

EL 

CUENTO?

DEL día

Año II – Tomo I

(DEL 15/09/10 AL 14/01/11)



Índice

Página	Fecha	Título
4	15/09/10	- Huérfano , de Ricardo Mariño
8	16/09/10	- Principiantes , de Raymond Carver
23	17/09/10	- La mujer alta , de Pedro Antonio de Alarcón
34	20/09/10	- Balada de la oficina , de Roberto Mariani
36	21/09/10	- La voz del enemigo , de Juan Villoro
38	22/09/10	- Noche de póquer , de John Updike
43	23/09/10	- A cajón cerrado , de Marcelo Birmajer
53	24/09/10	- El anillo , de Elena Garro
60	27/09/10	- El nadador , de John Cheever
69	28/09/10	- La mujer de Liñares , de Vlady Kociancich
72	29/09/10	- El visitante , de Dylan Thomas
78	30/09/10	- Puertas marrones , de Ricardo Sumalavia
81	01/10/10	- Cuánto se divertían , de Isaac Asimov
84	04/10/10	- Cine Prado , de Elena Poniatowska
88	05/10/10	- Rock Springs , de Richard Ford
105	06/10/10	- Jeffy tiene cinco años , de Harlan Ellison
123	07/10/10	- Los ojos de Lina , de Clemente Palma
128	08/10/10	- Una de Terror , Pablo De Santis
131	12/10/10	- El pescador y su alma , de Oscar Wilde
155	13/10/10	- La recompensa , de Félix Pita Rodríguez
162	14/10/10	- El armario viejo , de Charles Dickens
171	15/10/10	- ¡Magia! , de Sergio Bizzio
174	18/10/10	- La mosca , de Katherine Mansfield
179	19/10/10	- Los amos , de Juan Bosch
182	20/10/10	- La Casa de los Deseos , de Rudyard Kipling
196	21/10/10	- Los donguis , de Juan Rodolfo Wilcock
203	22/10/10	- La condición inhumana , de Clive Barker
232	25/10/10	- La madre de Ernesto , de Abelardo Castilo
237	26/10/10	- La estrella sobre el bosque , de Stefan Zweig
242	27/10/10	- El pequeño tesoro de cada cual , de Liliana Heker
248	28/10/10	- Yzur , de Leopoldo Lugones
254	29/10/10	- El cuento envenenado , de Rosario Ferré
260	01/11/10	- La debutante , de Leonora Carrington
262	02/11/10	- El que jadea , de Juan José Millás
264	03/11/10	- Supervivencia , de Dennis Etchison
273	04/11/10	- Bajo el puente , de Augusto Roa Bastos
280	05/11/10	- Dos son compañía , de John Rankine
292	08/11/10	- ¿Por qué no pueden decirte el porqué? , de James Purdy
297	09/11/10	- También usted es fea , de Lorrie Moore

- 313 10/11/10 - [En la oscuridad](#), de Anton Chejov
 317 11/11/10 - [No hay mayor ciego...](#), de Joe Haldeman
 324 12/11/10 - [El árbol de la colina](#), de H. P. Lovecraft
 327 15/11/10 - [Carta Verde](#), de Petros Márkaris
 334 16/11/10 - [Lo primero que la bebé hizo mal...](#), de Donald Barthelme
 336 17/11/10 - [Bala en el cerebro](#), de Tobias Wolff
 340 18/11/10 - [Un cuento de reyes](#), de Ignacio Aldecoa
 344 19/11/10 - [Perro, Gata y Bebé](#), de Joe R. Lansdale
 346 23/11/10 - [Memorias de un paraguas](#), de Manuel Gutiérrez Nájera
 352 24/11/10 - [Alpiste para codornices](#), de Saki
 357 25/11/10 - [El hombre superior](#), de Brian W. Aldiss
 373 26/11/10 - [Los insomnes](#), de Beatriz Guido
 378 29/11/10 - [Él](#), de Hebe Uhart
 385 30/11/10 - [Markheim](#), de Robert Louis Stevenson
 397 01/12/10 - [Coma algo](#), de Marie-Helene Bertino
 401 02/12/10 - [La reconciliación](#), de Frederic Edward Benson
 412 03/12/10 - [Betsy](#), de Rubem Fonseca
 413 06/12/10 - [No oyes ladrar los perros](#), de Juan Rulfo
 417 07/12/10 - [Los perros, el deseo y la muerte](#), de Boris Vian
 423 09/12/10 - [La mano muerta](#), de Wilkie Collins
 438 10/12/10 - [Zapatos](#), de Mempo Giardinelli
 440 13/12/10 - [La mortaja](#), de Miguel Delibes
 459 14/12/10 - [El expulsado](#), de Samuel Beckett
 467 15/12/10 - [Cómo se salvó Wang-Fô](#), de Marguerite Yourcenar
 474 16/12/10 - [Elefantes](#), de Federico Falco
 477 17/12/10 - [Historia del negro haragán](#), de Eliseo Diego
 483 20/12/10 - [El maestro](#), de Rafael Barrett
 485 21/12/10 - [Depósito de chatarra](#), de William F. Nolan
 492 22/12/10 - [Los nutrieros](#), de Rodolfo Walsh
 496 23/12/10 - [Tragedia navideña](#), de Agatha Christie
 509 24/12/10 - [Navidad de 1987](#), de David Rojas
 511 27/12/10 - [Una gallina](#), de Clarice Lispector
 513 28/12/10 - [Muñecas rusas](#), de Sergio Gaut vel Hartman
 524 29/12/10 - [Acerca de la muerte de Bieito](#), de Rafael Dieste
 526 30/12/10 - [El pozo sin fondo](#), de G.K. Chesterton
 538 10/01/11 - [Un asunto de otro tiempo](#), de John Galsworthy
 541 11/01/11 - [Volamos](#), de Antonio Di Benedetto
 542 12/01/11 - [El amor que no podía ocultarse](#), de Enrique Jardiel Poncela
 545 13/01/11 - [El Ojo Silva](#), de Roberto Bolaño
 553 14/01/11 - [Capítulo primero](#), de Miguel Briante

Huérfano, de Ricardo Mariño



Vi a mi amor cuando subía con la olla en la mano. Al llegar al extremo de la escalera apoyó el recipiente en el techo del baño, pasó ella misma al techo y lentamente fue vertiendo el agua dentro del tanque. El primer chorro hizo ruido como de bolitas de acero que golpeaban contra el fondo metálico. Dejó la olla a un lado y se irguió, tomándose la cintura y mirando hacia arriba, donde el sol se ocultaba dando un tinte cobrizo a las copas de los árboles y trazando finas rayas rojas en los techos de zinc. Bandadas de patos surcaban el cielo, sus graznidos eran el silbido de un viento imperceptible y yo estaba henchido de amor, tronando, exigiendo ayuda al dios del cual me animaba a descreer mi abuelo.

—Te vas a bailar, Teresa —le grité desde nuestro corredor.

—Qué hacés, Mario —saludó—. Sí, a ese lugar nuevo —se tiró atrás el pelo y en el mismo gesto volvió su mirada a nuestro patio. Dijo que calentaría otra olla y emprendió el descenso.

—¿Qué? ¿Un lugar nuevo? —me preguntó el viejo alcanzándome el mate—. ¿Cómo se llama? —y cuando se lo devolví retuvo mi mano, insistiendo—: ¿Qué hace esta chica? ¿Cómo se llama ese lugar?

—En el frigorífico —le contesté—, trabaja en el frigorífico.

—¿Con vos?

—No, abuelo, ¿qué, va a andar en los camiones?

Cuando volvió a subir se quejó del peso de la olla. Era ahora una figura totalmente oscura recortada sobre el cielo rojo. La brisa que empezaba a levantarse adhería el vestido a sus piernas.

—Decime, Teresa, ¿fumás vos? —le preguntó el viejo, asomando la cabeza por sobre la sombra de nuestro corredor.

—Qué tal, abuelo, ¿cómo está?

—Bien, querida. Si fumás te pregunto.

—Ah, sí —sonrió—. Bah, a veces—. Al terminar de descargar el agua dijo que si no se apuraba terminaría bañándose con agua fría.

—Fuma —dijo el viejo, como si le costara creerlo—. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Te lleva cinco. ¿Vos también vas a ir a ese lugar?

Me levanté y llevé la pava y el mate a la cocina. Seguí de largo hasta la pieza y me acodé en el marco de la ventana. El callejón que se veía desde allí estaba en sombras

y a cincuenta metros, donde se abría una calle, una vaca permanecía petrificada junto a la zanja. Se escuchó una radio. Imaginé la acrobacia del viejo para encenderla desde el sillón de ruedas. El locutor describía la quietud del agua en el Tigre y hablaba de las lanchas Paglietini: una chica sentada en el techo de la lancha con expresión ausente y el pelo dorado batiéndose suavemente. El macho de la chica, yo mismo pero rubio, con los codos apoyados en una baranda, mirando la figura de la chica reflejada en el agua.

—¡Mario! —tose, ríe y grita el viejo—. ¡Con algún ricachón debe andar!

La chica del cumpleaños había arreglado la pieza que daba a la calle con fotos de artistas y papeles sobre las lámparas que proyectaban sombras de colores. En un rincón había una mesita con tortas y bebidas, confiada al cuidado de los tres hermanitos. Si alguien quería comer algo debía pasar por la aprobación de los tres, que a cierta altura de la fiesta insultaban a quien se acercaba por miedo a que estuviera consumiendo más de la cuenta. En el patio estaba el padre de la chica despatarrado en un sillón de caña en compañía de una botella vacía.

Bailando sometí toda la noche a una misma chica, fea y escasamente interesada en mi persona, a la batería de preguntas cuyas posibilidades de respuesta tenía puntualmente estudiadas. El interrogatorio incluía, claro, su ocupación y si tenía novio. Dijo que era bordadora, que tenía diecisiete años y que en cuanto a novio tenía algo así como una mitad. Si esa mitad no venía a buscarla en una hora me informó que ella se arreglaría con el que tuviera más cerca. El medio novio era jugador del equipo de fútbol más importante de la ciudad y en mi vida, por esa misma razón, ocupaba un puesto destacado. Tuve miedo de que el tipo entrara y, enojado o para lucirse ante los demás, me agarrara a trompadas.

—¿La conocés a Teresa? —pregunté.

—¿La que trabaja en el frigorífico? Sí, ¿por?

—No, por nada. Para ver si la conocías.

—¿Anda con vos? No puede ser, ¿anda con vos? ¿Cuántos años tenés? —preguntó, por primera vez interesada en algo que guardara relación con mi persona y a la vez dejando entrever que esa posibilidad le parecía rematadamente absurda.

—Dieciséis. ¿De qué te reís? —tuve que preguntar en seguida.

—De nada, ¿no me puedo reír? —pero un momento después lo dijo—. De Teresa me río, ¿no es ella la que...? —y completó la idea con un gesto que parodiaba una enorme panza. Sólo después de unos minutos pude recuperarme y centrar mi atención en que a la chica no le resultaba claro el autor del embarazo, por lo cual me estaba agregando a su lista mental de sospechosos. Recibí el equívoco con indisimulado orgullo. Esperé un tiempo prudencial y, como no dando importancia, dije:

—A esta hora me gusta caminar. Te parecerá una pavada. Caminar, mirar la luna... soy, ¿se dice bohemio, no? —ella, a modo de contestación dijo:

—Vos sos huérfano. No sé quién me contó... —ella pensaba que sólo a un huérfano se le podía ocurrir caminar y mirar la luna a esa hora. Algo de razón tendría.

Salimos. Por un momento pensé que las cosas estarían realmente perfectas si nos viera Teresa. Pero era la primera vez que una mujer hacía dos pasos en mi compañía y después de diez metros no pude dejar de pensar en cómo sería besar. Solamente una

vez lo había hecho, mientras bailaba, con una chica que era garantía de no saberlo tampoco. Pensé en todas las maneras de acomodar los labios.

Tal como le había asegurado la luna estaba ahí arriba. Nos llegaba además la música lejana del baile de un club y los bramidos de los camiones que pasaban cada tanto por la avenida. Ella admiraba que yo reconociera las marcas de los camiones por el ruido que hacían. Yo era, decididamente, feliz.

Los huérfanos —dijo, luego de un largo silencio— leen mucho —unos metros más adelante, agregó—: Bah, qué sé yo, me parece a mí.

Sí, yo también creía que todos los huérfanos leían mucho o, al revés, que todos los que leían mucho lo hacían debido a algún tipo de orfandad. Según ese razonamiento yo era huérfano en las dos variantes y en cuanto a la segunda leía los diarios socialistas que le traían al viejo y releía la colección Grandes Novelas.

—¿Te gustaría estar al lado de un río? —extraje del libreto.

—¡Sí! —gritó entusiasmada. A juzgar por la exclamación había soñado toda su vida con estar en un lugar así con un ayudante de camionero, hablando sobre la orfandad. Naturalmente, no hubo ningún plan de ir a nada que se pareciera a un río y el tema de los huérfanos no fue retomado. En cambio, inesperadamente le dije, con una de mis frases memorizadas, que la quería. Nada menos. Los dos nos sorprendimos. Ella rió más de lo que eran capaces de tolerar mis nervios. Finalmente dijo “yo no”. Traté de salir del paso diciéndole que en realidad yo tampoco, pero de inmediato me entristecí. Y es que ahora ella me parecía bellísima y distante. Pensé que de todas maneras, aunque me diese bolilla en ese momento, al día siguiente cuando se enterara de mi verdadera edad me odiaría para siempre. ¿Y si nos convertíamos en novios y un día nos casábamos? Cuando ella tuviera cuarenta yo tendría treinta y cinco. Era mucha diferencia. Lo mismo con Teresa. Un día estaría yo sentado a la mesa y de pronto la miraría a ella, cualquiera de las dos, y el enemigo que llevo adentro me preguntaría: ¿esa vieja es tu mujer?

—A las dos menos cuarto pasa un tren carguero —le informé cuando llegamos al paso a nivel.

Lo esperamos tirando piedras a un charco, mientras le contaba las hazañas de mi abuelo. El viejo acostumbraba a pedir a algún vecino que hiciera el favor de llevarle un paquete a otro viejo que arreglaba zapatos al otro lado de la ciudad. Adentro del paquete iba una enorme piedra o un atado de ladrillos. A los pocos días el otro viejo le devolvía algún enorme trasto inservible con un nuevo comedido. Y así eternamente.

Finalmente llegó el tren: como sobrecogidos por el estruendo nos abrazamos. El convoy ya estaría a diez kilómetros y yo ya había despejado mis dudas sobre cómo se usaban los labios para besar, cuando ella dijo:

—Si me viera mi novio...

¿Seguía siéndolo? Le recordé que no había pasado a buscarla en el plazo fijado. Sonrió y señaló a dos perros que treinta metros más allá compartían un enorme hueso. La enorme luna caía sobre sus lomos lustrosos con algo de líquido, de llovizna. Traté de pensar en que nos parecíamos a esos perros o, en todo caso, por qué a mí me parecía que había algo que nos emparentaba con esos perros.

Regresamos. A cada paso ella parecía más feliz y yo más triste. Pero luego me repuse, porque mientras ella saltaba en un solo pie sobre una serie de cuatro pequeños puentes, pensé: traicionó a su novio conmigo. ¡Conmigo!

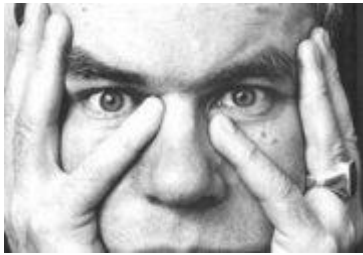
Poco después nos separamos.

Metí las manos en los bolsillos y caminé muy lentamente hacia mi casa. Pensaba en esa calle de tierra volátil, en la música que llegaba desde el baile. En ese momento pasó el loco que se creía corredor de bicicleta. Todas las madrugadas salía a entrenarse en una bicicleta de reparto con manubrio de carrera. Le tiré un piedrazo que dio en los rayos de la rueda trasera. Me miró aterrorizado y yo a él. Salí corriendo y recién a las dos cuadras caminé más tranquilo: la madrugada, las sábanas flameando, el canto de un gallo, el olor de la levadura de una panadería. Me extrañó que ningún cambio importante se hubiera operado en mi persona después de haber besado a una chica de diecisiete años.

—Buenos días, distraído.

Era Teresa. Estaba adentro de una camioneta, me pareció que con un tipo medio viejo. Saludé vacilante, sin resolverme a seguir como venía —pateando una piedra y relatando la jugada— o a detenerme y mirar quién era el tipo. Seguí camino tratando de aparentar firmeza. Aún dentro del patio de mi casa continué así. No fui a mi pieza. Me aposté en el tapial para mirar al patio vecino. Diez minutos después se encendió la luz en la habitación de Teresa y entró ella. Tiró los zapatos a un rincón, se besó la mano, la llevó al vientre y dio una vuelta de vals, y otra, y otra, y se dejó caer en la cama. El huérfano se quedó allí pensando en que algún día se iría de esa casa y esa ciudad y que sólo regresaría después de muchos años. Hizo un esfuerzo y logró ver todo lo que lo rodeaba como si ya fuera un recuerdo.

Principiantes, de Raymond Carver



Mi amigo Herb McGinnis, cardiólogo, estaba hablando. Los cuatro estábamos sentados en torno a su mesa en la cocina tomando ginebra. Era sábado a la tarde. El sol inundaba la cocina desde la gran ventana tras la piletta. Eramos Herb y yo y su segunda mujer, Teresa -Terri, le decíamos- y mi mujer, Laura. Vivíamos en Albuquerque, pero todos éramos de otra parte. Había un balde de hielo en la mesa. La ginebra y el agua tónica iban y venían, y así llegamos en la conversación al tema del amor. Herb pensaba que el amor real no era otra cosa que amor espiritual. Cuando era joven había pasado cinco años en un seminario antes de renunciar para seguir la carrera de medicina. Había dejado la iglesia al mismo tiempo, pero dijo que todavía recordaba aquellos años en el seminario como los más importantes de su vida.

Terri dijo que el hombre con el que vivía antes de vivir con Herb la amaba tanto que hubiera intentado matarla. Herb se rió cuando dijo esto. Mudó de expresión. Terri lo miró. Entonces ella dijo, "una noche me dio una paliza, la última noche que vivimos juntos. Me arrastró de los tobillos por todo el living. Mientras que decía, "Te amo, ¿te das cuenta? Te amo, puta". No paraba de arrastrarme por todo el living, mi cabeza golpeando con todo". Terri nos miró a los que estábamos en la mesa y luego miró sus manos en el vaso. "¿Qué se hace con un amor así?", dijo. Era una mujer de huesos finos, de cara linda, ojos oscuros y cabello castaño cayendo por su espalda. Le gustaban los collares de turquesas, y los aros largos. Era quince años más joven que Herb, había tenido períodos de anorexia, y a fin de los años sesenta, antes de comenzar enfermería, había sido marginal, una "persona de la calle", como decía ella. Herb a veces la llamaba, afectuosamente, su hippie.

"Dios mío, no seas tonta. Eso no es amor, y lo sabes", dijo Herb. "No sé cómo se llama, yo diría locura, pero mierda seguro que no es amor".

"Podés decir lo que quieras, pero sé que me amaba", dijo Terri. "Sé que sí. Puede sonar absurdo, pero no deja de ser verdad. No todos somos iguales, Herb. Es cierto, puede que a veces actuara como un loco. De acuerdo. Pero me amaba. A su manera, tal vez, pero me amaba. Ahí había amor, Herb. No me niegues eso.

Herb suspiró. Tomó su vaso y se volvió hacia Laura y yo. "El hombre él amenazó con matar, también a mí". Terminó su bebida y buscó la ginebra. "Terri es una romántica. Terri es de la escuela de las que piden que las pateen como prueba de amor. Terri, vida, no me mires así". Él acarició su mejilla con sus dedos por sobre la mesa. Le sonrió.

"Ahora quiere arreglarla", dijo Terri. "Después de habérselas agarrado conmigo". Ella no sonreía.

"¿Arreglar qué?", dijo Herb. "¿Qué es lo que hay que arreglar? Sé cómo fueron las cosas. Y punto."

"¿Cómo se llama, entonces?", dijo Terri. "¿Cómo llegamos a este tema, en todo caso?". Levantó el vaso y bebió. "Herb siempre piensa en el amor", dijo ella. "¿No es verdad, querido?". Ahora sonreía, y yo pensé que la cosa quedaba ahí.

"Yo no llamaría amor al comportamiento de Carl, es todo lo que digo, vida", dijo Herb. "¿Y ustedes qué piensan?", nos preguntó él a Laura y a mí. "¿Eso les parece amor a ustedes?"

Yo me encogí de hombros. "A mí no me preguntes ni siquiera conozco al tipo. Sólo oí su nombre al pasar. Carl. No sabría. Habría que conocer todos los detalles. No le saco la ficha, ¿qué se puede decir? Hay muchas formas de comportarse y de mostrar afecto. Esa forma no es la mía. Pero lo que estás diciendo, Herb, ¿es que el amor es un concepto absoluto?"

"el tipo de amor del que hablo lo es", dijo Herb, "el tipo de amor del que hablo no puede llevar al asesinato".

Laura, mi dulce y gran Laura, dijo pausadamente, "No sé nada sobre Carl, ni nada de la situación. ¿Quién puede juzgar la situación de otro? Pero, Terri, yo no sabía nada de esa violencia".

Acaricié el dorso de la mano de Laura. Me sonrió rápidamente, y luego se volvió a mirar a Terri. Le tomé la mano. La mano estaba tibia al tacto, las uñas cuidadas, una manicura perfecta. Rodeé su ancha muñeca con los dedos, como un brazalete, y la abracé.

"Cuando me fui, se tomó un veneno para ratas", dijo Terri. Se apretó los brazos con las manos. "Lo llevaron al hospital de Santa Fe donde vivíamos en ese momento y le salvaron la vida, y sus encías le quedaron separadas. Digo, se separaban de los dientes. Después los dientes se le salían afuera como colmillos. Dios mío", dijo. Esperó un minuto, aflojó los brazos y agarró el vaso.

"¡Hasta dónde llega la gente!", dijo Laura. "Me da pena por él y ni siquiera me cae bien. ¿Dónde está ahora?"

"Está fuera de combate ", dijo Herb. "Está muerto". Me pasó el plato con limas. Tomé una rodaja de lima, la exprimí sobre mi bebida, e hice girar los cubitos de hielo con el dedo.

"Es peor que eso", dijo Terri. "Se disparó en la boca, pero hasta eso hizo mal. Pobre Carl", dijo. Sacudió la cabeza.

"Nada de pobre Carl", dijo Herb. "Era peligroso", Herb tenía cuarenta y cinco años. Era alto y esbelto, de cabello gris y ondulado. Su cara y sus brazos estaban bronceados de jugar al tenis. Cuando estaba sobrio, sus gestos, todos sus movimientos, eran precisos y cuidados.

"Sin embargo me amaba, Herb, concédeme eso", dijo Terri. "Es todo lo que pido. El no me amaba de la misma manera que vos, no estoy diciendo eso. Pero él me amaba. Podés concederme al menos eso, ¿sí? No es mucho pedir".

"¿Cómo que 'hasta eso hizo mal'?, pregunté. Laura se inclinó hacia adelante con su vaso. Apoyó los codos en la mesa y sostuvo el vaso con las dos manos. Paseó la mirada de Herb a Terri y esperó con una expresión asombrada, como si fuera extraordinario que tales cosas le pasaran a gente conocida. Herb terminó su trago. ¿Cómo pudo haberlo hecho mal si se mató?", dije de nuevo.

"Te voy a contar qué pasó", Herb dijo. "Usó el revólver calibre veintidós que había comprado para amenazarnos a Terri y a mí. Hablo en serio, el tipo siempre nos

amenazaba con usarlo. Deberías haber visto cómo vivíamos en aquella época. Como fugitivos. Incluso me compré un arma yo mismo, y yo que pensaba que yo era un pacifista. Pero Compré una pistola para defenderme, y la llevaba en la guantera. A veces tenía que salir del departamento a mitad de la noche, ya saben, para ir al hospital, ¿vieron? Terri y yo todavía no estábamos casados en ese entonces, y mi primera mujer tenía la casa y los chicos, el perro, todo, y Terri y yo vivíamos en este departamento. A veces, como decía, me llamaban a mitad de la noche y tenía que ir al hospital a las dos o tres de la mañana. Estaba oscuro en el estacionamiento y sudaba un montón antes de siquiera llegar al auto. Nunca sabía si iba a aparecer disparando, escondido en un arbusto o atrás de un auto. Digo, estaba loco. Era capaz de ponerme una bomba en el auto, cualquier cosa. Tenía la costumbre de llamarme al teléfono de guardia a toda hora y decir que necesitaba hablar con el doctor, y cuando yo contestaba, decía "hijo de puta, tus días están contados". Cosas así. Era terrorífico, les digo".

"Aún así me da pena", dijo Terri. Vacío su vaso de un trago y observó a Herb. Herb le devolvió la mirada.

"Parece una pesadilla", dijo Laura. "¿Pero qué sucedió exactamente después de que se disparó?" Laura es secretaria jurídica. Nos conocimos en un entorno profesional. , con mucha gente alrededor, pero hablamos y le pedí que cenáramos juntos. Antes de que nos diéramos cuenta, ya estábamos saliendo. Ella tenía treinta y cinco, tres años más joven que yo. Además de estar enamorados, nos gustábamos y disfrutábamos de la compañía del otro. Da gusto estar con ella.

"¿Qué pasó?", volvió a preguntar Laura.

Herb esperó un minuto y giró el vaso en sus manos. Luego dijo, "se pegó un tiro en la boca en su habitación. Alguien escuchó el disparo y le avisó al administrador. Entraron con una llave maestra, vieron lo que pasó, y llamaron a una ambulancia. Yo estaba ahí cuando lo trajeron, en la sala de emergencias. Estaba con otro paciente. Todavía estaba vivo, pero nadie podía hacer nada por él. Aún así, sobrevivió tres días. No es broma: su cabeza se hinchó hasta el doble del tamaño de una cabeza normal. Nunca vi algo así, y espero no verlo nunca más de nuevo. Terri quería entrar y sentarse con él cuando se enteró. Terminamos peleando. No me parecía que ella querría verlo así. No me parecía que ella tenía que verlo, y todavía sigo pensando así".

"¿Quién ganó la pelea?", dijo Laura.

"Estuve en la habitación con él cuando murió", dijo Terri. "Nunca recuperó la conciencia, y ya no había esperanza para él, pero me senté con él. No tenía a nadie más".

"Era peligroso", dijo Herb. "Si eso es amor para vos, allá vos".

"Era amor", dijo Terri. "Estoy de acuerdo que era anormal para los ojos de la mayoría de la gente, pero él estaba dispuesto a morir por ese amor. De hecho lo hizo".

"De ninguna manera es amor para mí", dijo Herb. "Vos no sabés por qué murió. He visto muchos suicidas, y para mí nadie cercano a ellos supo nunca, con seguridad. Y cuando declaran ser la causa, bueno, mejor no digo nada". Puso sus manos detrás del cuello y tiró la silla para atrás inclinó la silla sobre sus patas traseras. "Ese tipo de amor no me interesa Si eso es amor para vos, allá vos".

Un minuto después, Terri dijo, "Teníamos miedo. Herb incluso hizo un testamento y le escribió a su hermano en California, que había sido Boina Verde. Él le dijo a quién buscar si algo le pasara misteriosamente. ¡O no tan misteriosamente!" Ella sacudió la cabeza y se rió. Ella bebió de su vaso. , continuó, "Pero - sí que vivíamos un poco como fugitivos. Teníamos miedo de él, si dudas. Incluso llamé una vez a la policía, pero no nos ayudaron. Dijeron que no podían hacerle nada a él, no podían arrestarlo o hacer nada a menos que realmente le hiciera algo a Herb. ¿No es para reírse?", dijo Terri. Se sirvió lo que quedaba de ginebra en su vaso y sacudió la botella. Herb se levantó de la mesa y fue al aparador. Sacó otra botella de ginebra.

"Bueno, Nick y yo estamos enamorados", dijo Laura. "¿no, Nick?". Golpeó mi rodilla con la suya. "Decí algo vos ahora, dale", dijo ella, y me miró con una gran sonrisa. "Nos llevamos muy bien, me parece. Nos gusta hacer cosas juntos, y ninguno le ha pegado al otro hasta ahora, gracias a Dios. Toco madera. Diría que somos bastante felices, supongo que deberíamos estar agradecidos".

Como respuesta, tomé su mano y la llevé a mis labios con un floreó. Armé una escena a partir del beso en su mano. Todos estaban complacidos. Tenemos suerte", dije.

"Vamos", dijo Terri. "Paren con eso. ¡Me enferman! Todavía están de luna de miel, por eso hacen esas cosas. Todavía están infatuados por el otro. Esperen y ya van a ver. ¿Cuánto hace que están juntos? ¿Cuándo fue? ¿Hace un año? Más que un año".

"Vamos para año y medio", dijo Laura, todavía sonrojada y sonriendo.

"Todavía están de luna de miel", dijo Terri de nuevo. "Esperen un poco". Tomó su copa y miró a Laura. "Sólo estoy bromeando", dijo ella.

Herb había abierto la ginebra y dado la vuelta alrededor de la mesa con la botella. "Terri, por Dios, no deberías hablar así, aunque no sea en serio, aunque estés bromeando. Trae mala suerte. Vengan". "Brindemos. Quiero proponer un brindis. Un brindis por el amor. Por el amor". Herb dijo. Chocamos los vasos.

"Por el amor", dijimos.

Afuera, en el patio, uno de los perros empezó a ladrar. Las hojas del árbol de álamo que se inclinaban sobre la ventana golpeaban las ventanas, sacudidas por la brisa. La luz de la tarde era como una presencia en habitación. Hubo un sentimiento de quietud y generosidad alrededor de la mesa, de amistad y comodidad. Podríamos haber estado en cualquier otro lado. Levantamos los vasos otra vez y sonreímos entre nosotros como chicos que han pactado hacer algo por una vez.

"Yo les voy a decir qué es el amor de verdad", dijo finalmente, rompiendo el hechizo. "Digo, les voy a dar un buen ejemplo. De él podrán sacar sus propias conclusiones". Se sirvió un poco más de ginebra en el vaso. Agregó un hielo y una porción de lima. Esperamos y nos tomamos los tragos. Laura y yo tocamos rodilla con rodilla otra vez. Puse una mano sobre su muslo tibio y la dejé ahí.

"¿Qué es lo que sabemos realmente del amor?", dijo Herb. "Realmente creo en lo que voy a decir, si me disculpan que lo diga. Pero me parece que somos apenas principiantes en las filas del amor. Decimos que nos amamos y sin duda lo hacemos. Nos amamos y lo hacemos con ímpetu, todos. Yo amo a Terri y Terri me ama, y ustedes dos se aman. Saben de qué tipo de amor estoy hablando ahora. Amor sexual, atracción por la otra persona, el compañero o compañera, y también el simple amor

cotidiano, el amor por el ser que es la otra persona, el amor que da estar con el otro, las pequeñas cosas que hacen al amor de todos los días. El amor carnal, entonces, y bueno, podemos decir el amor sentimental, el cuidado del día a día del otro. Pero a veces me es muy difícil tener en cuenta el hecho de que tuve que haber amado a mi ex esposa también. Pero lo hice, sé que lo hice. Así que asumo supongo antes que me digan nada, soy como Terri en ese sentido. Como Terry y Carl". Reflexionó por un minuto y siguió. "pero en un punto creía que amaba a mi ex esposa más que la vida misma, y tuvimos hijos. Pero ahora la odio. Realmente. ¿Cómo se entiende esto? ¿Qué pasó con ese amor? ¿Se borró ese amor del gran pizarrón, como si nunca hubiera estado ahí, como si nunca hubiera sucedido? Me gustaría saber qué le pasó. Ojalá alguien me lo explicara. Y luego está Carl. Bien, volvamos a Carl. El amó a Terri tanto que intenta matarla y termina matándose a él mismo". Dejó de hablar y sacudió la cabeza. "Ustedes han estado dieciocho meses juntos y se aman. Se les nota. Ustedes, es claro, Brillan. Pero han amado antes a otros también, antes de conocerse. Ambos estuvieron casados antes, igual que nosotros. Y probablemente amaron a otros antes de eso. Terri y yo hemos estado juntos por cinco años, hemos estado casados por cuatro. Y lo terrible, lo terrible es, pero lo bueno, también, lo que nos salva, podrían decir, es que si algo le sucediera a uno de nosotros -y perdónenme por decirlo- pero si algo le sucediera a uno de nosotros mañana, creo que el otro, el compañero, estaría de luto por un tiempo, entienden, pero luego el que sobreviviera saldría y volvería a amar, encontraría pronto a otro. Y todo esto, todo este amor -Dios, ¿cómo puede saberse esto?- sería sólo recuerdo. Tal vez ni siquiera recuerdo. Tal vez así debería ser. Pero, ¿estoy equivocado? ¿Estoy muy lejos de la realidad? Yo sé que eso lo que nos pasaría, a mí y a Terri, con todo al amor que nos tenemos. Con cualquiera de nosotros, para el caso. Hasta ahí me estiro. Todos lo hemos comprobado, de alguna manera. Me cuesta entenderlo. Corrijanme si me equivoco. Quiero saber. Yo no sé nada, y soy el primero en admitirlo".

"Herb, por el amor de Dios", dijo Terri. "Es deprimente. Podríamos terminar todos deprimidos. Aún si creés que es verdad", dijo, "no deja de ser deprimente". Se acercó a él y le tomó el antebrazo cerca de la muñeca. "¿Estás emborrachándote, Herb? ¿Querido, estás borracho?"

"Vida, sólo estoy hablando, está bien", dijo Herb. "No necesito estar borracho para decir cómo pienso, ¿o sí? No estoy borracho. Estamos todos charlando, ¿no?", dijo Herb. Luego cambió la entonación. "Pero si me quiero emborrachar, lo voy a hacer, carajo. Puedo hacer lo que quiera hoy". La miró fijamente.

", querido, no te estoy criticando", dijo ella. Tomó su vaso.

"No estoy de guardia hoy", dijo Herb. "Puedo decir todo lo que quiera hoy. Estoy cansado, nada más".

"Herb, te queremos", dijo Laura.

Herb miró a Laura. Fue como si no pudiera ubicarla, por un minuto Ella siguió mirándolo, manteniendo la sonrisa. Las mejillas estaban sonrojadas y el sol le daba en los ojos, de forma que le costaba verlo. Las facciones de él se relajaron. "También yo te quiero, Laura", dijo Mel. "Y a vos, Nick, "les voy a decir que ustedes son nuestros amigos", dijo Herb. Levantó el vaso.

Bueno, ¿en qué estaba? Ah, sí, quería contarles algo que pasó cierto tiempo atrás. Quería demostrarles algo. Y voy a demostrarlo si logro contarles esto tal como pasó.

Esto pasó hace un par de meses, pero sigue pasando todavía hoy se podría decir, bah. Pero debería darnos vergüenza hablar de amor como si supiéramos del tema".

", Herb, dale", dijo Terri. "Estás demasiado borracho. No hables así. No hables como borracho si no estás borracho".

"Callate por un momento, ¿puede ser?", dijo Herb. "Déjenme contarles. Lo vengo teniendo en la cabeza. Callate por un minuto, nada más. Algo te conté cuando pasó por primera vez. Esa pareja de viejos que tuvieron un accidente en la autopista. Un chico los chocó y los dejó destruidos y sin mucha esperanza de que salieran vivos. Dejame contarles esto, Terri. Ahora callate por un minuto, ¿sí?"

Terri nos miró y después se volvió a Herb. Parecía ansiosa, es la única palabra posible. Herb nos pasó la botella.

"Sorprendeme, Herb", dijo Terr. "Sorprendeme más allá de toda razón".

"Quizás lo haga", dijo Herb. "Quizás. A mí me sorprenden las cosas constantemente. Todo en mi vida me sorprende. La miró por un minuto. Luego empezó a hablar.

"Esa noche estaba de guardia. Era en Mayo o Junio. Terri y yo recién nos habíamos sentado a cenar, cuando llamó el hospital. Había pasado un accidente en la autopista. Un borracho, un adolescente, había chocado chocó la camioneta de su papi contra la casa rodante con la pareja de viejos dentro. Tendrían setenta y pico. El chico - dieciocho, diecinueve años- ya había muerto cuando lo trajeron. Tenía el volante hundido en el esternón, y tuvo que haber muerto instantáneamente. Pero la pareja de viejos, todavía estaban vivos, pero apenas. Tenían de todo. Múltiples fracturas y contusiones, laceraciones, lo que se les ocurra, y los dos tenían conmoción cerebral. Estaban en muy mal estado, créanme. Y, por supuesto, la edad les jugaba en contra. Ella estaba incluso un poco peor que él. Tenía el bazo reventado y además del resto. Ambas rótulas estaban fracturadas. Pero tenían puestos los cinturones de seguridad y, sabe Dios, eso fue la única cosa que los había salvado".

"A los presentes, esto es una campaña publicitaria para el Concejo Nacional de Seguridad", dijo Terri. "Les habla el vocero, Herb McGinnis. Escuchen con atención", dijo Terri y rió. Luego bajó la voz. Herb, a veces te pasás de la raya. Igual te amo, ",

Todos nos reímos. Herb también. "Vida, te amo". "Pero, ¿sabés una cosa?". Se inclinó por sobre la mesa. Terri fue a su encuentro. Y se besaron. "Terri tiene razón, vean", dijo Herb cuando se acomodó de nuevo. "Ajústense a la vida. Escuchen lo que el Doctor Herb les dice. Pero hablando seriamente, estaban jodidos, los viejos. Para cuando yo pude bajar, el médico residente y las enfermeras ya estaban trabajando con ellos. El chico ya había muerto, como dije. Estaba en un rincón, tirado en una camilla. Alguien ya le había avisado al pariente más cercano, y la gente de la funeraria ya estaba en camino. Miré a los viejos y le pedí a la enfermera de emergencias que hiciera bajar a un neurólogo y a un traumatólogo inmediatamente. Intentaré no extenderme demasiado. Los otros colegas aparecieron, me llevé a la pareja a la sala de operaciones y trabajamos con ellos toda la noche. Debían tener una reserva de energía increíble, esos viejos, no es muy frecuente verlo. Hicimos todo lo posible, y llegando la mañana le dábamos un cincuenta por ciento de posibilidades, tal vez menos, tal vez treinta por ciento, para ella para la mujer. Anna Gates se llamaba, y era una mujer bien puesta. Pero así y todo, todavía vivos en la mañana siguiente. Y los movimos a terapia intensiva. Donde podíamos controlarles hasta el ritmo de la respiración y vigilarlos veinticuatro horas por día. Estuvieron en terapia intensiva por casi dos

semanas, ella un poco más, antes que su condición fuera suficientemente buena como para transferirlos a una habitación para ellos solos.

Herb dejó de hablar. "Vamos", dijo, "tomémonos esta ginebra. Tomémosla toda. Después nos vamos a cenar, ¿sí? Terri y yo conocemos un lugar. Vamos para allá, ese lugar nuevo que conocemos. Nos vamos cuando terminemos esta ginebra".

Se llama "La Biblioteca", dijo Terri. "Ustedes nunca fueron, ¿no?", dijo, y Laura y yo negamos con la cabeza. "Es un lugar que tiene lo suyo. Dicen que es parte de una nueva cadena, pero no es como una cadena, si entienden a qué me refiero. Tienen incluso repisas con libros de verdad. Se puede rebuscar entre los libros luego de la cena y tomar uno y devolverlo la próxima vez que uno va a cena. Y la comida, increíble. Y Herb está leyendo Ivanhoe! Se lo trajo la última vez que fuimos la semana pasada. Le hicieron firmar una ficha, como en una biblioteca de verdad".

"Me gusta Ivanhoe", dijo Herb. "Ivanhoe está buenísimo. Si pudiera empezar de nuevo, estudiaría literatura. Hoy por hoy tengo una crisis de identidad. ¿No, Terri?", dijo Mel. Se rió. Hizo girar el hielo en su vaso. "Hace años que vengo teniendo una crisis de identidad. Terri lo sabe. Terri les puede contar. Pero yo digo, si pudiera volver otra vez en alguna otra vida, en otra época y todo, ¿saben qué? Me gustaría volver como un caballero medieval. Se estaba bien seguro con toda esa armadura. Estaba muy bien ser un caballero hasta la invención de la pólvora y los mosquetones y las pistolas calibre veintidós".

"A Herb le gustaría montar un caballo blanco y llevar una lanza en ristre", dijo Terri y rió.

"Llevar la liga de una mujer encima a todos lados", dijo Laura.

"O la mujer y listo", dije yo.

"Exacto", dijo Herb. "Ahí vamos. Cada cosa en su lugar, ¿eh, Nick?", dijo. "También uno podría llevar sus pañuelos perfumados encima a todos lados que uno cabalque. ¿Había pañuelos perfumados en aquella época? No importa. Algún nomeolvides. Un talismán, ustedes entienden. Se necesitaba algún talismán para llevar encima en aquellos días. Como sea, no importa, era mejor en aquellos días ser un caballero andante que un siervo", dijo Herb.

"Siempre es mejor", dijo Laura.

Los siervos no la pasaban bien en aquellos días", dijo Terri.

"Los siervos nunca la han pasado bien", dijo Herb. "Pero supongo que incluso los caballeros fueron vasallos de alguien. ¿No era así en aquellos días? Pero igual todos somos vasallos de alguien. ¿No es así? ¿Terri? Pero lo que a mí me gustaba de los caballeros medievales, además de sus damas, era que tenían esa armadura, y no los podían lastimar tan fácil. No había autos en aquellos días, hombre. No había adolescentes borrachos que te pisaran".

"Vasallos", dije yo.

"¿Cómo?", dijo Herb.

"Vasallos", dije yo. "Se dice vasallos, doctor, no vasallos".

"Vasallos, vesallos", dijo Herb. "Vasallos, vesallos, vesanías, bazos, vasos deferentes. Como sea, me entendieron igual. Está bien, Ustedes son más cultos en esos temas que yo", dijo Herb. "Yo no soy culto. Sé mi oficio. Soy cirujano de cardiología, sí, pero en realidad soy sólo un mecánico. Lo único que hago es ir y arreglar cosas que andan mal en el cuerpo. No soy más que un mecánico.

"La falsa modestia de ninguna manera te queda bien, Herb Laura, y Herb se rió con ella.

"Es sólo un humilde doctor, gente", dije yo. "Pero a veces se ahogaban con tanta armadura, Herb. Incluso les daban ataques al corazón si hacía mucho calor, y estaban cansados y rendidos. Leí en alguna parte que se caían de sus caballos y no podían levantarse porque estaban demasiados cansados para pararse con toda esa armadura puesta. A veces los mismos caballos los pisaban".

"Qué terrible", dijo Herb. "Qué imagen terrible, Nicky. Creo que se quedaban tirados ahí entonces, y esparaván hasta que alguien, el enemigo, viniera y los convirtiera en shish kabob".

"Algún otro vasallo", dijo Terri.

"Eso, algún otro vasallo", dijo Herb. "Ahí tienen. Algún otro vasallo hubiera venido y hubiera lanceado a su colega caballero en el nombre del amor. O la mierda por la que se pelearan en esa época". Las mismas por las que peleamos en esta época, supongo", dijo Herb.

"Política", dijo Laura. "Nada ha cambiado". Las mejillas de Laura seguían encendidas. Sus ojos brillaban. Se llevó el vaso a los labios.

Herb se sirvió otro trago. Miró la etiqueta de cerca como si estudiara las figuritas de los guardias de la ginebra Beefeater. Luego dejó lentamente la botella sobre la mesa y se estiró para agarrar el agua tónica.

"¿Y qué pasó con aquella pareja de viejos, Herb?", dijo Laura. "No terminaste de contar esa historia". A Laura le estaba costando encender su cigarrillo. Los fósforos se le apagaban. La luz dentro de la habitación era distinto ahora, cambiante, se debilitaba. Las hojas de afuera de la ventana seguían brillando, y me quedé mirando el diseño borroso que hacían en el cristal y la mesita de fórmica que había debajo. No eran los mismos diseños, por supuesto No había otro sonido que el de Laura prendiendo sus fósforos.

"¿Y la pareja de viejos?", dije yo. Luego de un minuto. "Lo último que dijiste es que habían salido recién de terapia intensiva".

"Más viejos pero más sabios", dijo Terri.

Herb la miró.

"Herb, no me mires así", dijo Terri. "Seguí con la historia. Sólo bromeaba. ¿Qué pasó después? Queremos saber".

"Terri, a veces", dijo Herb.

"Por favor, Herb", dijo ella. "No Querido, no seas siempre tan serio. Por favor, seguí con la historia. Estaba haciendo un chiste, por el amor de Dios. ¿No te bancás un chiste?"

"No da para hacer chistes", dijo Herb. Tomó su vaso y la miró fijamente

¿Qué pasó después, Herb?", dijo Laura. "En serio queremos saber".

Herb fijó su mirada en Laura. Entonces se relajó y rió. "Laura, si no tuviera a Terri la amara tanto, y Nick no fuera mi amigo, me enamoraría de vos. Te conquistaría".

"Herb, sos una mierda", dijo Terri. "Seguí con la historia", dijo Terri. "Si yo no estuviera enamorada de vos, no estaría acá para empezar, podés estar bien seguro. Querido, ¿qué cosas decís? Terminá de contar la historia. Después vamos a la biblioteca, ¿sí?"

"Bueno", dijo Herb. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estoy? Esa es una pregunta mejor. Tal vez debería preguntar, Esperó un minuto, y luego empezó a hablar.

"Cuando finalmente salieron del pantano, pudimos sacarlos de terapia intensiva, una vez que vimos que podían sobrevivir. Pasé a verlos cada día, a veces dos veces por día si pasaba por otros pacientes. Estaban metidos en yeso y vendas, de pies a cabeza. Ustedes lo habrán visto en las películas, aunque no hayan visto ninguno de verdad. Se veían así, como esos malos actores en las películas después de algún gran desastre. Así era en la realidad. Las cabezas vendadas, agujeros para los ojos y un lugar para las bocas y la nariz. Anna Gates tenía que tener las piernas levantadas también. Estaba peor que él, ya les dije. Los dos tenían vías intravenosas y glucosa por un tiempo. Bueno, Henry Gates le duró más la depresión. Incluso después de saber que su mujer la pelearía y se recuperaría, seguía muy deprimido. No sólo por el accidente en sí mismo, pese a que por supuesto a él lo afectó como suelen suceder en esos casos.

Ahí está uno en un momento, todo perfecto, y pum, de repente aparece mirando el abismo. Uno vuelve. Es como un milagro. Pero ha dejado sus marcas en uno. Pasa así. Un día yo estaba sentado en una silla al lado de su cama y me contó, hablando pausadamente, hablando a través del agujero de su boca de forma que a veces tenía que poner mi oído al lado de su cara para oírlo, contándome cómo vio él todo el asunto, qué sintió, cuando el auto de ese chico cruzó la línea central hacia su carril y no paraba. Dijo que él sabía que todo se terminaba para ellos, de que era lo último que iban a ver en esta tierra. Eso fue todo. Pero dijo que nada le pasó por la mente, su vida no pasó volando frente a sus ojos, nada por el estilo. Dijo solamente que se sentía mal porque sabía que no iba a volver a ver a su Anna, porque tuvieron una buena vida juntos. Ese fue su único remordimiento. Miró fijamente hacia adelante, aferrado al volante y mirando el auto del chico que se les venía encima. Y no había nada que pudiera decir, excepto '¡Anna, agarrate, Anna!'

"Me da escalofríos", dijo Laura. "Brrrr", dijo, sacudiendo la cabeza.

Herb asintió. Siguió hablando, entusiasmado ahora. "Me senté un rato todos los días al lado de su cama. El estaba tirado ahí con sus vendas mirando por la ventana que había al pie de la cama. La ventana era demasiado alta para que pudiera ver otra cosa que la punta de los árboles. Es todo lo que veía por horas sin parar. No podía girar su cabeza sin ayuda, y sólo se le permitía hacer eso dos veces por día. Cada mañana, durante algunos minutos, y cada noche, se le permitía girar la cabeza. Pero durante nuestras visitas tenía que mirar a la ventana cuando hablábamos. Yo hablaba un poco, le hacía algunas preguntas, pero mayormente escuchaba. Estaba muy deprimido. Para él, lo más deprimente, luego de asegurarse que su mujer iba a estar bien, que se estaba recuperando para la satisfacción de todos, lo más deprimente para él era el hecho de que no podían estar físicamente juntos. Que no la podía ver y estar con ella

todos los días. Me contó que se habían casado en 1927 y que desde entonces sólo estuvieron separados en dos ocasiones. Aún cuando sus hijos nacieron, nacieron en la granja de ellos y Henry y la mujer aún así se veían diariamente y hablaban y estaban juntos por ahí. Pero dijo que sólo estuvieron separados en dos ocasiones: una cuando la madre de ella murió en 1940 y Anna tuvo que tomarse un tren a Saint Lewis para arreglar algunas cosas. La segunda en 1952, cuando su hermana murió en Los Angeles, y tuvo que irse para allá para reclamar el cuerpo. Le cuento que tenían una granjita a unos ciento veinte kilómetros en las afueras de Bend, Oregon, y ahí pasaron la mayor parte de sus vidas. Vendieron la granja y se mudaron a la ciudad de Bend hace muy pocos años. Cuando sucedió el accidente, iban camino desde Denver, donde habían ido a ver a la hermana de él. Iban a visitar a un hijo y algunos de sus nietos en El Paso. Pero en toda su vida de casados sólo estuvieron separados sólo en dos ocasiones. Imagínense. Pero, Dios, él sufría de soledad por ella. Les digo que la extrañaba a morir. Nunca supe qué significaba esa expresión, extrañar a morir, hasta que lo vi en este hombre. La extrañaba de una manera muy fuerte. Anhelaba su compañía, ese pobre hombre. Por supuesto, se sintió mejor, se iluminó, cuando le di mi reporte diario de la evolución de Anna -que ella estaba sanando, que iba a estar bien, que sólo era una cuestión de tiempo. El ya no tenía vendas ni yeso ahora, pero seguía sufriendo de una soledad radical. Le dije que en cuando fuera posible, tal vez en una semana, lo iba a poner en una silla de ruedas y lo iba a llevar a visitar, por el pasillo, a ver a su mujer. Mientras tanto, lo iba a ver y charlábamos. Me contó un poco de su vida en la granja a fines de los años veinte, y principios de los treinta". Nos miró y sacudió su cabeza por lo que iba a decir, o tal vez por lo imposible de todo. "Me contó que en el invierno no había nada excepto nieve, y acaso por meses no salían de la granja, la ruta se cerraba. Además, tenía que alimentar el ganado todos los días en esos meses de invierno. Se la pasaban juntos sin hacer otra cosa, los dos, él y su mujer. Los chicos todavía no habían llegado. Llegarían después. Pero mes que iba, mes que venía, estaban siempre juntos, los dos, la misma rutina, siempre lo mismo, sin nadie con quien hablar o a quién visitar durante esos meses de invierno. Pero se tenían uno al otro. Eso es todo lo que tenían, el uno tenía al otro. '¿Qué hacían para divertirse?', le pregunté. Hablaba en serio. Quería saber. No concebía cómo la gente podía vivir así. No creo que nadie pueda vivir así hoy por hoy. ¿Qué piensan ustedes? A mí me parece imposible. ¿Saben qué me dijo? ¿Quieren saber qué me respondió? Se quedó ahí acostado, considerando la pregunta. Se tomó su tiempo. Luego dijo, 'Íbamos a bailar todas las noches'. ¿Qué?', dije yo, "perdón, Henry", dije, y me incliné más cerca, pensando que no había escuchado bien. 'Íbamos a bailar todas las noches', volvió a decir. Me quedé pensando qué quiso decir. No sabía de qué hablaba, pero esperé que siguiera hablando. Volvió a pensar en aquella época, y en un rato dijo 'Teníamos una vitrola y algunos discos, doctor. Los poníamos en la vitrola todas las noches y escuchábamos los discos y bailábamos ahí en el living. Hacíamos eso todas las noches. A veces nevaba afuera y la temperatura iba bajo cero. La temperatura baja mucho allá en Enero o Febrero. Pero escuchábamos los discos y bailábamos en medias en el living hasta que se acababan los discos. Y después avivábamos el fuego y apagábamos las luces, todas excepto una, y nos íbamos a la cama. Algunas noches nevaba, y estaba tan silencioso afuera que se podía oír la nieve caer. Es verdad, Doc', decía, 'se podía. A veces se podía oír la nieve caer. Si uno se quedaba silencioso y la mente estaba clara y uno estaba en paz con uno mismo y eso, se podía tirar en la oscuridad y oír la nieve. Inténtelo alguna vez', dijo. 'A veces nieva aquí, de tanto en tanto, ¿no? Inténtelo alguna vez. Como sea, íbamos a bailar todas las noches. Y después nos metíamos en la cama bajo una pila de frazadas y dormíamos calentitos hasta la mañana siguiente. Al levantarse, se podía ver el aliento', dijo".

"Cuando estuvo suficientemente bien para moverse en una silla de ruedas, sus vendas hacía rato que ya no estaban para ese entonces, una enfermera y yo lo llevamos por el corredor hasta donde estaba su mujer. Se había afeitado esa mañana y se había puesto perfume. Estaba con su bata puesta, con el camisolín del hospital, todavía estaba en recuperación, entienden, pero se mantenía erguido en su silla de ruedas. Aún así, estaba nervioso como un gato, se podía percibir. A medida que nos acercamos a la habitación de ella, su color se encendió y tenía una expresión de anticipación en la cara, una expresión que ni podría empezar a describir. Yo lo llevaba con la silla de ruedas, y la enfermera caminaba a mi lado. Ella sabía algo de lo que pasaba, pescaba cosas. Ya saben cómo son las enfermeras, ven todo, aunque no les quede mucho al tiempo, pero ésta en cuestión estaba bien afilada esa mañana. La puerta estaba abierta, y yo empujé a Henry a la habitación. La señora Gates, Anna, seguía inmovilizada, pero podía mover la cabeza y el brazo izquierdo. Tenía los ojos cerrados, pero se abrieron de repente cuando entramos a la habitación. Todavía tenía vendas, pero sólo desde el área pélvica hacia abajo. Puse a Henry del lado izquierdo de su cama y dije, "vino alguien a acompañarte, Anna. Visitas, querida". Pero no pude decir mucho más que eso. Me sonrió un poco y su cara se encendió. Sacó la mano por debajo de la sábana. Esta azulada y parecía amoratada. Henry le tomó la mano en las suyas. La sostuvo y la besó. Entonces dijo, 'Hola, Anna. ¿Cómo está mi chiquita? ¿Te acordás de mí?' A ella le empezaron a correr lágrimas por los ojos. Asintió. 'Te extrañé', dijo. Se quedó asintiendo. La enfermera y yo los dejamos solos. Se largó a llorar ni bien salimos, y esa enfermera es de carne dura. Toda una experiencia, les digo. Pero después de eso, lo llevaban todas las mañanas y todas las tardes. Arreglamos todo para que pudieran almorzar y cenar juntos en su habitación. En los ratos libres se sentaban, se tomaban las manos y hablaban. Nunca se le acababan los temas de conversación".

"Nunca me contaste esto antes, Herb", dijo Terri. "Dijiste alguna cosita la primera vez que pasó. Nunca me contaste nada de esto, mierda. Ahora me contás esto para hacerme llorar. Herb, espero que esta historia tenga un final feliz. ¿Termina bien, no? No nos estás poniendo una trampa, ¿no? Si es así, no quiero oír ni una palabra más. No hay necesidad de seguir contando nada, podés terminar acá y listo, ¿eh?"

¿Qué les pasó después, Herb?, dijo Laura. "Terminá con la historia, por el amor de Dios. ¿Hay más? Igual pienso como Terri, no quiero que nada les pase. Es una buena historia".

"¿Están bien todavía?", pregunté. Estaba metido en la historia yo también, pero ya estaba borracho. Era difícil concentrarse. La luz parecía chorrear fuera de la habitación, volver por la ventana por donde había entrado al principio. Sin embargo nadie se movía para levantarse de la mesa o para prender la luz eléctrica.

"Sí, están muy bien", dijo Herb. "Se los dio de alta un poco después, hace un par de semanas, en efecto. Después de un tiempo, Henry pudo moverse en muletas, y después con un bastón, y al rato ya estaba caminando por todos lados. Pero ya sus almas están recuperadas, sus almas están bien, él mejoró día tras día una vez que pudo ver a su mujer nuevamente. Cuando pudimos moverla a ella, vinieron su hijo de El Paso y su mujer para llevárselos con ellos. A ella le quedaba un tiempo de convalecencia, pero ya estaba evolucionando muy bien. Hace un par de días me llegó una tarjeta postal de Henry. Supongo que esa es una de las razones por la cual todavía los tengo dando vueltas en la cabeza. Eso, y lo que hablábamos del amor antes.

"Escuchen", siguió Herb, "terminamos con esta ginebra. Quedó suficiente como para todos. Vamos a comer. Vamos a La Biblioteca. ¿Qué dicen? No sé, había que ver todo eso. Se desenvolvía día a día. Algunas de esas charlas que tuve con él... no me voy a olvidar de esos momentos. Pero hablar ahora del tema me deprimió. Dios, me agarró la depresión de repente".

"No te deprimas, Herb", dijo Terri. "Herb, ¿por qué no te tomás alguna pastilla, querido?". Se volvió a Laura y a mí y nos dijo "Herb toma esas pastillas que te cambian el humor, a veces. No es un secreto, ¿no, Herb?"

Herb negó con la cabeza. "Tomé todo lo que hay para tomar, en un momento u otro. No es ningún secreto".

". Mi ex mujer las tomaba", dije.

"¿Le sirvieron?", dijo Laura.

"No, aún así vivía deprimida. Lloraba todo el tiempo".

"Algunos ya nacen deprimidos, me parece", dijo Terri. "Algunos nacen infelices. Y sin suerte, también. He conocido gente que no tenía suerte absolutamente en nada. Otra gente -no vos, vida, no estoy hablando de vos, por supuesto- otra gente buscan no ser felices y se quedan con eso. Ella estaba frotando algo en la mesa con su dedo. Entonces dejó de frotar.

"Me parece que quiero llamar a mis hijos antes de ir a comer", dijo Herb. "¿A alguien le molesta? No tardo. Me pego una ducha rápida para refrescarme, después llamo a mis chicos, y nos vamos a comer".

Tal vez tengas que hablar con Marjorie, Herb, si contesta el teléfono. Es la ex-mujer de Herb. Ustedes ya nos escucharon hablar del tema de Marjorie. Lo mejor es no hablar con ella esta tarde, Herb. Te vas a sentir peor".

"No, no quiero hablar con Marjorie", dijo Herb. "Pero quiero hablar con mis hijos. Los extraño mucho, vida. Extraño a Steve. Estuve despierto anoche recordando cosas de cuando él era chico. Quiero hablar con él. Quiero hablar con Kathy también. Los extraño, así que voy a tener que correr el riesgo de que su madre atienda el teléfono. Esa puta".

"No hay día que Herb no anhela que ella se vuelva a casar, o se muera. "Para empezar", dijo Terri, "nos está llevando a la bancarrota. Para seguir, tiene la custodia de los dos chicos. Logramos tener los chicos acá por un mes durante el verano. Herb dice que ella no se casa de nuevo sólo para joderlo a él. Tiene un novio que vive con ellos también, y Herb está manteniendo también a él también".

"Es alérgica a las abejas", dijo Herb. "Si no ruego porque se vuelva a casa, ruego para que salga de paseo por el campo y la pique a muerte un enjambre de abejas".

", Herb, es horrible eso", dijo Laura y rió hasta que le lloraron los ojos.

"Horriblemente divertido", dijo Terri. Todos nos reímos. No parábamos de reír.

"Bzzzzzz", dijo Herb, poniendo los dedos como abejas y haciéndolos zumbir en la garganta y el collar de Terri. Después dejó caer las manos, y se tiró para atrás, de repente serio de nuevo.

"Es una podrida puta, es verdad", dijo Herb. "Es depravada. A veces, cuando me emborracho, como ahora, pienso que me gustaría allá vestido como un apicultor ya saben, con ese sombrero que es como un casco con la placa de vidrio sobre la cara, los gruesos guantes grandes, y el traje acolchado. Golpearía la puerta y liberaría una colmena de abejas en la casa. Antes me aseguraría que los chicos estuvieran fuera de la casa, por supuesto. Con alguna dificultad, se cruzó de piernas. Entonces puso ambos pies en el piso y se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa, mentón entre sus manos." "Quizás no llame a los chicos ahora, después de todo. Quizás tengas razón, Terri. Quizás no es una buena idea. Quizás lo mejor es que tome una ducha rápida y me cambie la camisa, y después salgamos a comer. ¿Qué les parece a ustedes?"

"Por mí está bien", dije. "Comer o no comer. O quedarnos tomando. Podría ir directo hacia el ocaso".

"¿Y eso qué quiere decir, vida?", dijo Laura, girando hacia mí.

"Exactamente lo que dije, cariño, nada más". "Quiero decir que podría seguir y seguir. Es todo lo que quise decir". Tal vez sea ese ocaso". La ventana tenía un tono rojizo a medida que caía el sol.

"A mí me gustaría comer algo", dijo Laura. "Recién me doy cuenta que estoy hambrienta. ¿Hay algo para entretener el estómago?"

"Pongo algo de queso y galletas", dijo Terri, pero se quedó sentada ahí.

Herb terminó su trago. Después se levantó lentamente de la mesa y dijo: "disculpen, me voy a duchar". Dejó la cocina y caminó lentamente hasta el baño. Cerró la puerta tras él.

"Me preocupa Herb", dijo Terri. Sacudió su cabeza. "A veces me preocupo más que otras, pero últimamente estoy muy preocupada". Miró su vaso. No se movió para buscar el queso y las galletas. Decidió pararme y buscar en la heladera. Cuando Laura dice que está hambrienta, sé que necesita comer. "Servite vos mismo lo que puedas encontrar, Nick. Traete lo que se vea bien. Hay queso, y un salmín, creo. Hay galletas en el aparador sobre la cocina. Me olvidé. Piquemos algo. No tengo hambre yo en particular, pero ustedes deben estar famélicos. Perdí el apetito. ¿Qué estaba diciendo?". Cerró los ojos y los volvió a abrir. "No creo haberles contado esto, tal vez sí, no recuerdo, pero Herb tenía mucha tendencia al suicidio después de que su primer matrimonio fracasara y que su mujer se mudara a Denver con sus hijos. Estuvo haciendo terapia por mucho tiempo, meses. A veces dice que debería retomar". Tomó la botella vacía y la puso cabeza abajo sobre su vaso. Yo cortaba el salmín sobre la mesada tan cuidadosamente como podía. "Una botella menos", dijo Terri. Luego dijo: "últimamente ha vuelto hablar de suicidarse. Especialmente cuando bebe. A veces creo que es demasiado vulnerable. No tiene defensas. No tiene defensas contra nada. Bueno", dijo, "se acabó la ginebra. Hora de la huida. Hora de evitar más pérdidas, como decía mi viejo. Hora de comer, supongo, aunque yo perdí el apetito. Pero ustedes deben estar famélicos, me agrada verlos comer algo. Para aguantar hasta que lleguemos al restaurant. Podemos seguir tomando algo en el restaurant, si quieren. Esperen a ver lo que es ese lugar, es algo muy diferente. Además de la bolsa con las sobras, se pueden llevar algún libro. Mejor me preparo para salir yo también. Me lavo la cara y me pinto los labios y listo. Salgo así como estoy. Si no les gusta, lo lamento. Quiero que sepan esto, y listo. Pero no quiero que suene mal. Espero y ruego que ustedes se sigan amando por otros cinco, o tres años más, como lo hacen hoy. O

cuatro años más, digo. Ese es el punto de inflexión, cuatro años. Es todo lo que puedo decir al respecto". Se tomó los delgados brazos y empezó a frotarlos. Cerró los ojos.

Yo me levanté de la mesa y me paré detrás de la silla de Laura. Me incliné sobre ella y crucé los brazos alrededor de sus pechos y la abracé. Incliné la cara para que quede al lado de la de ella. Laura apretó mis brazos. Apretó más fuerte y no me soltaba.

Terri abrió los ojos. Nos observó. Luego levantó su vaso. "Brindo por ustedes", dijo. "Por todos nosotros". Tomó la última gota, y el hielo tintineó contra sus dientes. "Por Carl también", dijo y volvió a poner el vaso sobre la mesa. "Pobre Carl. Herb pensaba que era un idiota, pero Herb realmente le tenía miedo. Carl no era un idiota. Me amaba, y yo lo amaba a él. Eso es todo. A veces todavía pienso en él. Es la verdad, y no me da vergüenza decirlo. A veces pienso en él, se me aparece en la cabeza de vez en cuando. Les digo algo, y odio que todo parezca una novela rosa, no es sólo ustedes, pero así es como fue. Yo estaba embarazada de él. Fue la primera vez que trató de suicidarse, cuando tomó el veneno para ratas. No sabía que yo estaba embarazada. Se puso peor. Decidí abortar. Tampoco se lo dije, naturalmente. No estoy diciendo nada que Herb no sepa. Herb sabe todo esto. Último acto: Herb mismo me hizo el aborto. El mundo es un pañuelo, ¿eh? Pero creía que Carl estaba loco por ese entonces. No quería un hijo de él. Entonces va y se mata. Pero después de eso, luego de que él ya no estuvo por un tiempo y no estaba Carl para hablar y escuchar sus cosas y ayudarlo cuando tenía miedo, me sentí muy mal. Me daba mucha pena su hijo, que no quise tener. Amo a Carl, y no hay ninguna duda al respecto en mi cabeza. Lo sigo amando. Pero Dios, también amo a Herb. Ustedes se dan cuenta, ¿no? Ni se los tengo que decir. ¿No es demasiado?". Puso la cara entre sus manos y empezó a llorar. De a poco se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza sobre la mesa.

Laura dejó de comer inmediatamente. Se levantó y dijo: "Terri, Terri, querida", y empezó a frotar el cuello y los hombros de Terri. "Terri", murmuró.

Yo estaba comiendo una rodaja de salmín. La cocina ya estaba muy oscura. Terminé de masticar lo que tenía en la boca, tragué, y caminé hasta la ventana. Miré el patio. Miré el álamo y los dos perros negros que dormían entre las sillas del jardín. Miré más allá de la piscina, hacia corralito con su portón abierto y el establo vacío para los caballos, y más lejos. Había campo, un pastizal, y un alambrado y más campo, y la autopista que unía Albuquerque con El Paso. Los autos pasaban hacia un lado y otro de la ruta. El sol se escondía tras las montañas, y las montañas se habían vuelto oscuras, llenas de sombra. Quedaba un poco de luz, sin embargo, y parecía suavizar todo lo que veía. El cielo estaba gris cerca de los picos de las montañas, grises como en un día oscuro de invierno. Pero había una franja de cielo azul justo sobre el gris, el azul que se ve en las postales tropicales, el azul del Mediterráneo. El agua en la superficie de la piscina ondeaba y la misma brisa hacía temblar las hojas del álamo. Uno de los perros levantó la cabeza como si lo hubieran llamado, escuchó un momento con las orejas paradas, y luego volvió a descansar la cabeza entre las patas.

Me daba la sensación de que algo iba a pasar, algo en lo lento de las sombras y la luz, algo que podía arrastrarme. Y yo no quería. Miré el viento moviéndose en ondas por el pasto. Podía ver el pasto en el campo, doblado por el viento, y vuelto a su posición original. El otro campo estaba inclinado hacia la ruta, y el viento se movía cuesta arriba sobre él, ola tras ola. Me quedé ahí y esperé y observé el pasto doblarse en el viento. Podía escuchar el latido de mi corazón. En alguna parte de la casa corría el agua de la ducha. Terri seguía llorando. Lentamente, haciendo un esfuerzo, la miré.

Estaba con la cabeza apoyada en la mesa, la cara hacia la cocina. Los ojos estaban abiertos, pero de vez en cuando lagrimeaba. Laura se había sentado a abrazarla por los hombros. Seguía murmurando, con los labios sobre el pelo de Terri:

"Claro, claro", dijo Terri. "Ya lo sé".

"Terri, cariño", le dijo Laura tiernamente, "todo va a mejorar, ya vas a ver. Va a mejorar".

Laura levantó los ojos hacia mí. Su mirada era penetrante, y se me heló el corazón. Me miró a los ojos por una eternidad, y después asintió. Eso fue todo, el único gesto que hizo, pero fue suficiente. Es como si me hubiera dicho "no te preocupes, vamos a pasar esto, todo va a estar bien entre nosotros, ya vas a ver. Relajate. Al menos así yo interpreté esa mirada, aunque pude haberme equivocado.

La agua de la ducha dejó de correr. En un minuto, escuché un silbar al abrir Herb la puerta del baño. Seguí mirando a las mujeres en la mesa. Terri seguía llorando y Laura la peinaba. Me volví a la ventana. La parte azul del cielo ya había cedido y se oscurecía como el resto. Pero habían aparecido algunas estrellas, reconocí a Venus y más allá y hacia uno de los lados, no tan brillante pero sin dudas ahí en el horizonte, a Marte. El viento se había levantado más. Miré su efecto sobre los campos. Pensé absurdamente que no estaba bien que los McGinnis ya no tuvieran caballos. Quería imaginarme a los caballos corriendo por esos campos en la oscuridad cercana, o aunque sea estando ahí quietos con sus cabezas mirando en direcciones opuestas al lado del alambrado. Miré la ventana y esperé. Yo sabía que tenía que quedarme quieto un rato más, seguir mirando allá afuera, siempre que quedara algo para ver.

La mujer alta, de Pedro Antonio de Alarcón



I

-¡ Qué sabemos! Amigos míos.... ¡qué sabemos! - exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado.

-Sentémonos, como es de rigor y está escrito.. en nuestro programa -continuó Gabriel-, a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Bosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis..., reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales: esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes palabras, palabras y palabras, que diría Hamlet...

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis... Inclínome a creer el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

-Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan positivista como el que más, bien que incluya entre los datos positivos de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento...Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales o extranaturales, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

-El caso fue como sigue... ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el pellejo dentro de esa bullidora y cristiana fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

II

-Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X.... que murió en 1860...

-Yo no...

-¡Yo sí!

-Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda.... y que murió de ictericia...

-¡Ése mismo! -continuó Gabriel-. Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábasele varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente usufructuario...

-¡Señor don Gabriel, al orden!

-Sí..., sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Águeda al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telesforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

-Mucho me alegro de que hayas venido ... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo... Ocúrreme una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia... Siéntate... -prosiguió diciendo,

cuando hubimos llegado a su despacho-, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida... ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto

-¡Habla! -respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

-Oye... -repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

III

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no se veía mas alma viviente por ningún lado... entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía... Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras ... ! Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ila noche del 15 al 16 de noviembre de 1857!) volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle

de la Montera, en que recordarás viví por entonces .. Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la Policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera... y última vez. Sabes que nunca he sido jugador, entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (demi-monde puro), so pretexto de jugar algunos maravedíes al Enano, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a eso de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban del teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dineral... con el pagaré correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mi mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición.... cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje... Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena...

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón ... ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré mujer fue su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a gigante tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañoletto de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado... Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca..., ¡no sé

de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle ... ! ¡Dijérase que, desde la cuna, había sentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o por varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra... ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la autoridad!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años de vida y de salud, y de esta manera, poco a poco,irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba ... ; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió un idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

«Una de dos... -pensé con la rapidez del rayo-: o mi terror tiene fundamento o es una locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome y no hay salvación para mí en el mundo... Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.»

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco, y que no dejó de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera...

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por

un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la mujer alta si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna! Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

«¡Esa bribona -me dije- se habrá metido en el hueco de otra puerta...! Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí ... »

En eso vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con tal medio no podría escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno, tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

-Se habrá metido en alguna casa -dijo el sereno.

-¡Eso será! -respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de noviembre no habían concluido!

-¿Qué ocurre? -le pregunté con extrañeza.

-Aquí ha estado -me respondió visiblemente conmovido-, esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer...

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte... Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente... ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Sentéme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, ¡y Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la mujer y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio...

Arrojéme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

-¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

IV

¡Mi amigo Telesforo -continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino- descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

-Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico: que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores...

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a la mujer . ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

-¿Para qué?

-¡Para matarla en el acto!

-No te comprendo...

-Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina...

-Cuéntame.... cuéntame...

-Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T.... ¡de quien érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a quien estaban enterrando en Santa Águeda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia el este. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto... Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años... ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese...

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometióme como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía oscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima...

Vuélvome en esto.... y ¡allí estaba?. ¡Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto...

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojéme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y con la otra, ¡qué asco!, púseme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos sucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer.

Ella había lanzado entre tanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

-¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

-¡Luego usted recuerda -grité- haberme visto en otra parte!

-¡Ya lo creo, alma mía! -respondió sardónicamente-. ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años...

Sentí frío dentro de los tuétanos.

-Pero ¿quién es usted? -le dije sin soltarla-. ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

-Yo soy una débil mujer... -contestó diabólicamente-. ¡Usted me odia y me teme sin motivo ... ! Y si no, dígame usted, señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

-¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

-¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

-¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

-¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: «¡Éste es!»

-Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

-¡El demonio! -respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra...

¡Locura intentar alcanzarla ... ! Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La mujer siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí a mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina...

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! ¡Oyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Águeda! El desgraciado padre se lo había teleografiado a Falcón para que me lo dijese... ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentido desde que nací? ¿Por qué me reconoció al verme? ¿Por qué no se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna gran desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es ... ?

V

-Os hago gracia, mis queridos amigos -continuó Gabriel-, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano... vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos terror pánico y por otros delirio emotivo; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo a coincidencias casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...

-¡Admirable suposición! -exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas-. ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

-Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra locura que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la Tierra!

-¡Habla! ¡Habla!

-Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes; y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrible ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un

sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba a mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán... Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable Correspondencia de España, y lo primero que leí en ella fue la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja, y muy alta, que se reía impíamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba.

A la Primera ojeada reconocí, con asombro y pavor, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella con su pañoletto de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándose heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo...

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nuevas coincidencias o casualidades. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero en tal momento sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio...

La mujer se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía...Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándose a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo para siempre, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla...Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideraréis todavía naturales?

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al

fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Balada de la oficina, de Roberto Mariani



Entra. No repares en el sol que dejas en la calle. Él está caído en la calle como una blanca mancha de cal. Está lamiendo ahora nuestra vereda; esta tarde se irá enfrente. Entra. No repares en el sol. Tienes el domingo para bebértelo todo y golosamente, como un vaso de rubia cerveza en una tarde de calor. Hoy, deja el perezoso y contemplativo sol en la calle. Tú, entra. El sol no es serio. Entra. En la calle también está el viento. El viento que corre jugando con fantasmas. Fantasma él también, pues no se ve con los ojos de la cara, y se lo siente. El viento está jugando; ya corriendo una loca carrera por en medio de la calle; ya golpeándose las sienes contra las paredes de las casas; ya deshilándose en las copas de los árboles... f... f... f... f... El viento es juguetón como un recental; esto no es serio. Tú entra.

Deja en la calle sol, viento, movimiento loco; tú, entra.

¿Qué podrías hacer en la calle? ¿No tienes vergüenza, estúpido sentimental, regodearte con el sol como un anciano blanco, y esqueletoso, y centenario? ¿No te humilla, en tu actual situación de muchacho fornido, dejarte forrar por el viento como una hoja dentro de un remolino?

¡Y la lluvia! No te avergonzaré recordándote que los otros días estuviste tres horas, itres horas!, contemplando tras la vidriera del café, caer y caer y caer, monótonamente, estúpidamente, una larga, monótona y estúpida lluvia. Entra, entra.

Entra; penetra en mi vientre, que no es oscuro, porque, imira cuántos Osrarn flechan sus luminosos ojos de azufre encendido como pupilas de gata! Penetra en mi carne, y estarás resguardado contra el sol que quema, el viento que golpea, la lluvia que moja y el frío que enferma.

Entra; así tendrás la certeza —que dará paz a tu espíritu— de obtener todos los días pan para tu boca y para la boca de tus pequeñuelos. ¡Tus pequeñuelos, tus hijos, los hijos de tu carne y de tu alma y de la carne y del alma de la compañera que hace contigo el camino! Yo te daré para ellos pan y leche; no temas; mientras tú estés en mi seno, y no desgarras las prescripciones que tú sabes, jamás faltará a tus pequeñuelos, ilos pobres!, ni pan, ni leche, para sus ávidas bocas. Entra; acuérdate de ellos; entra.

Además, cumplirás con tu deber. Tu Deber. ¿Entiendes? El trabajo no deshonra, sino que ennoblece. La Vida es un Deber. El hombre ha nacido para trabajar.

Entra; urge trabajar. La vida moderna es complicada como una madeja con la que estuvo jugando un gato joven. Entra; siempre hay trabajo aquí.

No te aburrirás; al contrario, encontrarás con qué matizar tu vida. (Además de que es un Deber.) Entra. Siéntate. Trabaja. Son cuatro horas apenas. Cuatro horas. Pero, eso sí: nada de engaños ni simulaciones ni sofisticaciones. ¡A trabajar! Si tu labor es limpia, exacta y voluntariosa —voluntariosa sobre todo—, los jefes te felicitarán. Tú estás sano; puedes resistir estas cuatro horas. ¿Has visto cómo las has resistido? Ahora vete a almorzar. Y vuelve a hora cabal, exacta, precisa, matemática. ¡Cuidado! Porque si todos se atrasaran, se derrumbaría la disciplina, y sin disciplina no puede existir nada serio. Otras cuatro horas al día. Nadie se muere trabajando ocho horas

diarias. Tú mismo, dime: ¿no has estado remando el domingo once o doce horas, cansando tus músculos en una labor con el agua que me abstengo de calificar por el ningún rendimiento que se obtiene? ¿Ves tú? ¡Y con inminente peligro de ahogarte ! Yo sólo te exijo ocho horas. Y te pago, te visto, te doy de comer. ¡No me lo agradezcas! Yo soy así.

Ahora vete contento. Has cumplido con tu Deber. Ve a tu casa. No te detengas en el camino. Hay que ser serio, honesto, sin vicios. Y vuelve mañana, y todos los días, durante 25 años; durante los 9.125 días que llegues a mí, yo te abriré mi seno de madre; después, si no te has muerto tísico, te daré la jubilación.

Entonces, gozarás del sol, y al día siguiente te morirás. ¡Pero habrás cumplido con tu Deber!

La voz del enemigo, de Juan Villoro



Cuando existía la ciudad de México yo usaba un hermoso casco amarillo. En lo alto de un poste escuchaba conversaciones telefónicas. El cielo era una maraña de cables; la electricidad vibraba, envuelta en plásticos suaves. De vez en cuando una chispa gorda, azul, caía a la calle. Ese momento me justificaba en el poste. Mi cinturón estaba repleto de herramientas pero yo prefería unas pinzas cortas, con dientes de perico. Su mordisco corregía la herida, la luz volvía a correr.

Enfrente había un cine; sobre la marquesina se alzaba un castillo de cartón. Al fondo, un edificio encendía sus focos rojos para protegerlo de los aviones. Los motores hacían ruido pero resultaba imposible verlos en el cielo espeso.

El Supervisor Eléctrico exigía una oreja atenta a los cables. Los enemigos avanzaban hacia nosotros. Yo no sabía quiénes eran pero sabía que avanzaban: había que oír llamadas, buscar en ellas algo raro. Una tarde de lluvia, atado al poste, escuché una voz peculiar. La mujer hablaba como si quisiera esconderse; en tono suave, asustado, pronunció “alpiste”, “fulgor”, “magnolia”, “balcón roto”. Yo estaba ahí para seguir conversaciones y garantizar que fluyeran sin sorpresas. Oí esas palabras sueltas, que vibraban como una clave insensata. Tenía que denunciarlas, pero no hice nada; dejé que alguien, en otra parte, entendiera lo que a mí se me escapaba.

A los pocos días supe de las palmeras carbonizadas. Los enemigos incendiaron un barrio donde aún quedaban plantas. Fijo en mi poste, ignoraba si la ciudad se dilataba o encogía. A veces las tropas leales hablaban por los cables, entre cornetas y clarines; luego una bomba, la áspera voz de otra milicia.

En la esquina de enfrente sucedió algo raro; el casco amarillo no se movió en muchas horas. Traté de avisar que mi colega había muerto; los dedos me sangraron marcando números ocupados. Mientras veía el casco inerte, volví a escuchar las palabras suaves, temerosas: “alcoba”, “canela”, “estatua”. Imaginé, con minuciosa envidia, que esas palabras significaban un mensaje para otra gente. Para mí sólo era tristes. Tampoco entonces hablé con el Supervisor Eléctrico.

Una madrugada me sacudió una explosión. Abrí la caja de registros; los sensores fotoeléctricos despedían humo pútrido. Encendí mi linterna; me quedaban pilas para unas semanas pero algo me hizo saber que no duraría tanto en el poste.

El Supervisor decía en sus llamadas: “quien domina los cables domina la ciudad”. Los enemigos habían cortado la luz, el cine ardía en una nube rojiza, pero los teléfonos funcionaban. Oí a la mujer decir “fragancia”, “planetas”, “caramelos”, “piedras lisas”. No pude delatarla. Lentamente, con terror, con precisa crueldad, entendí cuán maravillosa era la voz del enemigo.

Debo haber dormido cuando bajaron al colega del poste de enfrente. Luego llegó mi turno; una mano enguantada me jaló por la espalda. Estaba intoxicado de tanto respirar aquel aire maligno y no supe cómo salí de la ciudad incendiada.

Desde hace semanas, tal vez meses, vivo en un cuarto con paredes metálicas. En una computadora me mostraron una foto terrible. Se llama Ciudad de los palacios y registra el cine con su castillo de cartón, el alto edificio al fondo, los cables que una vez

cuidé. “Son 67”, dijo la voz de mi captor. Era cierto. Tuve a mi cargo 67 cables y los protegí de nuestros imprecisos enemigos. Durante días indistinguibles de las noches salvé la luz y las llamadas. Sólo una vez dañé un cable a propósito. Ocurrió unos días antes de bajar del poste.

De la ciudad sólo quedan fotografías. Si indicara el cable dañado, mis guardianes podrían entrar al laberinto, seguir el hilo hasta otra fotografía, hasta la casa donde vivió esa voz distinta. Frente a mí están los 67 cables que formaron mi vida. Uno de ellos puede llevarlos a la mujer. Sé cuál es. Pero no voy a decirlo.

Noche de póquer, de John Updike



La fábrica había estado trabajando hasta muy tarde, ya que los detallistas tenían prisa por proveerse de existencias para la Navidad, aunque todavía estábamos en agosto; por consiguiente, tomé un tentempié de camino hacia la casa del médico, y proyecté ir directamente después a jugar al póquer. En realidad, a mi esposa le gusta que de vez en cuando no vuelva a casa por la tarde; esto le da la oportunidad de prescindir de la cena y remediar un poco el problema de su peso.

El doctor se había trasladado de su viejo consultorio de Poblar a uno de esos nuevos centros médicos emplazados justo detrás del parque en el que hubo un campo durante muchos años, cuando yo era niño, y en el que recuerdo que los italianos cultivaban alubias escarlata, miles y miles de estas robustas plantas. El nuevo centro tiene iluminación indirecta en todos los techos, alfombras de pared a pared, y aire acondicionado en la sala de espera; pero las puertas son tan delgadas que podrían romperse fácilmente con el puño, y se puede oír a los otros médicos y pacientes a través de las paredes, todo lo que dicen, incluso su respiración.

Lo que me dijo el médico no me satisfizo mucho. En realidad, cada vez que yo trataba de hacerme ilusiones la cosa parecía empeorar.

Él, para animarme, me habló elocuentemente de los tratamientos que pueden aplicarse ahora, de la quimioterapia y del cobalto, e incluso de algo que puede hacerse con platino; peto, a mis años, he visto morir personas suficientes para saber que nada puede atajar realmente el mal, sino alargar el tormento. Si no fuese por la compañía de seguros y la Ayuda Médica, uno se pregunta cuántos de estos caros hospitales seguirían funcionando.

Yo dije que al menos me alegraba de que no hubiese sido cosa de mi imaginación. Le pregunté si pensaba que mi dolencia tenía algo que ver con los productos químicos que tenía que emplear en la fábrica, y él me respondió, prudentemente, que no podía aventurar una opinión sobre aquello.

Sin duda pensó que yo consideraba la posibilidad de entablar un pleito, pero sólo había sido curiosidad por mi parte. Siempre pensé que si no era por una causa, lo sería por otra; en estos tiempos, uno se puede parar en la esquina de una calle, esperando que cambie la luz de un semáforo, e inhalar veneno bastante como para matar a una rata.

Concertamos las futuras visitas, y él me dio un fajo de recetas. Al cerrar la puerta, tuve la impresión de que también a mí podrían romperme fácilmente de un puñetazo.

Pero los drugstores son lugares alegres y, mientras esperaba, tomé un Milky Way y hojeé un People, y cuando la joven de detrás del mostrador me entregó los medicamentos cualquiera habría dicho, por su sonrisa y por la manera en que el bolígrafo amarillo sobresalía del bolsillo de su bata, que nada muy malo podía ocurrirme. Al menos éste pareció ser el caso a cierto nivel de mi conciencia.

Las mariposas eran tan numerosas como los mosquitos, debajo de los faroles, y había la vieja alegría del verano en el susurro pegajoso de los neumáticos sobre el asfalto, y en los adolescentes que, desde dentro de los coches, saludaban incluso a los desconocidos. Subí a mi propio coche y, después de pensarlo un poco, me dirigí a las Heights a jugar al póquer.

Yo deseaba compartir con mi esposa mi estado de ánimo, pero ellos contaban conmigo como sexto de la partida, y unas horas significarían poco. Las malas noticias pueden esperar. ¿No es esto lo que solían decir los viejos?

Nuestro grupo se había estado reuniendo a miércoles alternos durante treinta años, con algunas entradas y salidas, gente que se ausentaba y volvía después. Habíamos tenido algunas defunciones, pero hasta ahora no había fallecido ninguno de los hijos, solamente sustitutos, cuñados o vecinos llamados para completar la mesa por una noche determinada.

Hoy le tocaba a Bob. Bob fabricaba marcos y tenía una tienda propia en el centro de la ciudad. Es sorprendente lo que ganan ahora los de su oficio; tal vez cuarenta o cincuenta pavos por enmarcar una pequeña acuarela pintada por una tía y heredada de ella, o el diploma de bachiller de algún muchacho.

Jerry trabaja de mecánico para una empresa de más allá de la nueva avenida; Ted es socio de un almacén de frutas del distrito comercial; Greg dirige el negocio de fontanería que fundó su padre tiempo atrás; Rick es consejero asesor de segunda enseñanza, créase o no, y Arthur es corredor de Doerner's Paints. Arthur tenía que estar de viaje esta noche, y por esto me necesitaban para ser el sexto.

Todo empezó cuando éramos recién casados y empezábamos, más o menos, a crear nuestras familias en el barrio entre Poblal y Forrest, en el lado de la avenida opuesto al que había sido la fábrica de papeles de pared «Agawam Wallpaper» antes de ser convertida en pequeñas unidades comerciales de alquiler. Una noche de abril recibí la llamada de Greg, un tipo al que apenas conocía, aunque todo el mundo conocía el camión de su padre.

Pensé que Alma opondría resistencia: Jimmy y Grace debían tener entonces menos de dos años, y ella todavía trataba de dar lecciones de piano por las noches. Pero me dijo que fuese, que había estado trabajando de firme y que creía que me convenía un poco de distracción.

Ahora, sólo Ted y yo vivimos en el barrio, y él habla de trasladarse a una de esas casas divididas en propiedad horizontal, ahora que los hijos no viven ya con ellos; pero le fastidia la idea de tener que luchar con el tráfico todos los días. Desde donde vive ahora, puede ir a pie hasta el almacén de frutas aunque haya tormenta, y la tonta de su Josie no aprendió nunca a conducir.

Arthur vive desde hace años en las Heights, a unas tres calles de la casa de Bob, Rick reside en el otro lado de la ciudad, en dirección al lago, y Jerry compró una arruinada y vieja granja de vacas en el sur; está acondicionando lo que fue corral, para alquilarlo, haciendo él mismo la mayor parte del trabajo durante los fines de semana. En el curso de los años, ha habido también algunos cambios en lo tocante a las esposas, a las situaciones y los negocios.

Pero las apuestas no han cambiado, y con la inflación y nosotros prosperando más o menos, las monedas de diez y veinticinco centavos, e incluso los billetes de un dólar,

nos parecen como fichas que vienen y van. Es en realidad una buena distracción, en la que cuenta mucho más la satisfacción de ganar que el dinero ganado.

Llegué tal vez diez minutos tarde, debido a lo que había tenido que esperar en el drugstore. Las bolsitas de papel que llevaba en el bolsillo crujieron cuando arrojé la chaqueta sobre el sofá, y aquel ruido me revolvió el estómago, al recordarme mi secreto.

¿Habéis tenido, alguna vez, la fuerte impresión de que algo tiene que ser un sueño y de que mañana te despertarás sano y salvo? A mí me había ocurrido muchas veces cuando era pequeño, siempre que me encontraba en un apuro.

Me serví una cerveza, y me senté a la mesa entre Ted y Rick. Las cinco caras, animadas ya con la cerveza y con la emoción de los naipes, parecían globos, globos brillantes y colorados bajo la luz que había instalado Bob en su cubil, una bombilla de 100 vatios y sin pantalla, suspendida de una cuerda entre los listones descubiertos.

Había estado trabajando en su cubil durante años, bajando el techo y entrando las paredes para un mejor aislamiento. Pero el negocio de los marcos le retiene en el centro de la ciudad durante los sábados, y las tardes hasta última hora, y las hojas de cartón yeso, los maderos y los rollos de material aislante han estado tanto tiempo en esta guarida, que siempre nos valemos de ellos para zaherirle.

Nunca veré terminada esta habitación, pensé. Esta idea me produjo el efecto de un balazo en la barriga; pero me imaginé que si permanecía quieto y bebía la primera cerveza, los globos de aquellas caras me llevarían con ellos a una altura en la que podría olvidarme de mis tripas.

Y esto me dio buen resultado. Las cartas empezaron a venir a mis manos bajo la brillante luz; los ases y los doses y las reinas, con sus hermosas caras inexpresivas, y realmente sólo cometí dos errores aquella noche.

Uno de ellos fue que continué con dos parejas, jotas y ochos, hasta la apuesta de un dólar de un juego de siete cartas alta-baja, cuando Jerry tenía cuatro cartas descubiertas de una escalera, y sólo dos de los nueves, la carta que necesitaba, habían salido. Pero me imaginé que él tendría que pujar, tanto si la tenía como si no; en realidad, la tenía, y yo ni siquiera quedé en segundo lugar, pues Greg había estado agazapado allí con tres reyes.

El otro fue en el último juego, cuando, tal vez influido por la cerveza, tiré un pequeño full de cincos y treses en un juego de Twien Veds, porque había tantas parejas descubiertas sobre la mesa, que pensé que alguien tenía que ganarme. Pero estaba equivocado: Rick ganó con un flush de corazones con el as.

¿Podéis imaginaros ganar Twien Veds con un flush? Siempre he preferido apostar por una mano perdedora, que tirar una ganadora; me parece que es un pecado más leve contra Dios o la naturaleza o lo que sea.

Tal vez no me concentraba lo bastante; había momentos en los que me parecía una estupidez estar sentado allí, con aquellos tipos repletos de cerveza (bastante vicingleros al final), jugando como chiquillos para matar una tarde lluviosa de domingo, cuando acababan de decirme que mis días estaban contados. Las cartas, en aquellos momentos, parecían increíblemente delgadas: una especie de hoja de plata, batida hasta que sólo tenía el grueso necesario para envolver y ocultar la enorme bola de plomo que yo sentía en todas partes.

En realidad, mis cartas fueron, en general, bastante malas, de modo que tuve tiempo de mirar a mi alrededor. Las caras de aquellos hombres parecían, sí, globos colorados, pero sus manos, al alargarlas sobre la mesa, no tenían nada que ver con aquéllas: eran manos de viejos, garras pálidas, marchitas y salpicadas de manchas, con uñas ennegrecidas y vello gris y venas abultadas.

Habíamos envejecido juntos. Todos nos acercábamos a la muerte, y supongo que esto era un consuelo.

Ted derramó su cerveza, como suele hacer al tocar la velada a su fin, al alargar la mano para coger unas cartas, o la bolsa de palomitas de maíz, o sus gafas bifocales (su empleo es difícil; con la visión próxima se pueden ver muy bien las propias cartas, pero las de encima de la mesa tienden a hacerse borrosas, y viceversa con la visión larga), y todo el mundo chilló y se chanceó al ocurrir lo que estaban esperando, y a mí se me empezó a secar la garganta, porque todos eran terriblemente amables y les conocía desde hacía mucho tiempo, aunque nunca habíamos hablado mucho, salvo para tontear y preguntar quién daba las cartas; tal vez en esto estaba la gracia. Sus caras se volvían borrosas y resurgían en puntos brillantes, como esas imágenes desenfocadas que registran ahora las cámaras de televisión (los dientes postizos, las gafas y aquellas frentes altas que antaño habían estado cubiertas de cabellos), y entonces se me ocurrió la idea de que a las personas les importaría menos ir al colegio o al infierno, si iban acompañadas de sus amigos.

Ted tenía las manos ligeramente hinchadas, con pequeños rasguños en los lados de los dedos, y más gordas en los bordes de las palmas, supongo que debido a tanto manejar cajones, y uno habría presumido, dada la agilidad que mostraba todos los días en la frutería, escogiendo ciruelas y tomates para sus elegantes parroquianas, que sería el último en volcar el vaso de cerveza. Pero es siempre el único en hacerlo, como Rick es el único que no dice más que tonterías, y Jerry el único que pilla la única carta de la baraja que necesita.

Terminé embolsándome cinco dólares. Si hubiese tenido agallas para aguantar con aquel pequeño full, habrían sido quince.

Me puse la chaqueta, y el ruidito de papel en el bolsillo me recordó las recetas y el doctor. Por mucho que hagas, la realidad se impone al fin.

Mi mujer no estaba levantada. Y no esperaba que lo estuviese, a las doce menos cuarto de la noche.

Pero tampoco estaba dormida. Me preguntó, desde la cama, qué tal me había ido.

Le dije que había quedado aproximadamente en paz. Entonces me preguntó qué me había dicho el médico.

Yo le pregunté si no le importaría bajar a la cocina para hablar. No sé exactamente por qué no quería hablar de aquello en el dormitorio, pero lo cierto es que no quería.

Me dijo que le encantaría, pues no había cenado aquella noche y se estaba muriendo de hambre. Había quedado un poco de lasagna en el frigorífico, y podía calentarla en un minuto en el horno microondas; había estado pensando en esto mientras yacía en la oscuridad.

Alma no está exactamente gorda; maciza, diría yo, más bien. Cuando estoy con ella en la cama, me doy cuenta de que todavía tiene cintura, concavidades y convexidades.

Bajamos la escalera, encendimos la luz y ella, envuelta en su albornoz, calentó la fuente de Pyrex medio llena de lasagna, y yo pensé en tomar otra cerveza, pero resolví no hacerlo. Sin embargo, la lasagna estaba tan caliente (es sorprendente lo que pueden hacer las microondas; dicen que haciendo vibrar las moléculas desde dentro hacia afuera), que tuve que tomarme la cerveza para refrescarme la boca.

Le dije, lo mejor que pude, todo lo que me había dicho el médico. Sus palabras exactas en su tono de voz, como en una declaración grabada de antemano; y volví a ver las luces suspendidas sobre la mesa de reconocimiento, y el escritorio de acero, y el zócalo de madera de imitación, como si acabase de salir de allí, como si no hubiese estado jugando al póquer.

Desde luego, Alma hizo y dijo lo adecuado. Lloró, pero no tanto como para infundirme pánico, e hizo una serie de observaciones sensatas sobre segundas opiniones y curaciones misteriosas, y añadió que debíamos tomarlo con calma y tener fe.

Pero ella no era yo. Yo era yo.

Mientras estábamos hablando, sentados a la mesa de la cocina, se levantó de pronto una barrera; yo me encontraba a un lado de ella, mientras que ella se hallaba en el otro, con su peso excesivo y sus más de cincuenta años; una mujer madura y cansada, levantada después de medianoche y envuelta en un albornoz de un azul pálido, pero con unos ojos negros que, repentinamente, habían cobrado una vivacidad terrible. Yo le había dado esta tremenda ventaja.

Su mente estaba trabajando; podía verse en su cara. Estaba considerando las cartas que le habían dado; estaba pensando cómo debía jugarlas.

A cajón cerrado, de Marcelo Birmajer



Me había pasado el día intentando escribir esa bibliográfica. Pretendía leer el libro en las tres primeras horas de la mañana y escribir el comentario pasado el mediodía. Pero había logrado finalizar la lectura cuando se iba la luz de la tarde, a duras penas, salteándome varias páginas.

Me jacto de ser un comentarista que lee completos los libros que reseña; y si el libro es tan arduo que me aparta de este principio, sencillamente no lo reseño.

No podía cargar sobre el autor la entera culpa de que aquella breve novela no permitiera ser leída de un tirón. En los últimos meses había ido desarrollando una suerte de afección simbólica: sin importar la calidad del texto, me costaba más leer cuando me pagaban por hacerlo.

Este libro en particular no era malo, pero se notaba que el autor había perdido las riendas de un cuento, finalmente convertido en novela corta. Los editores habían creído conveniente presentarlo como una novela a secas. Lo cierto es que aquello no era un cuento largo sino alargado, y la diferencia entre estas dos palabras se advertía, desventajosamente, en la factura última del relato. Se llamaba La señora de Osmany, y trataba de una viuda que recurría a la policía tras escuchar durante días, a altas horas de la noche, violentos golpes de martillo en el piso de abajo. El incidente derivaba en una historia policial de homicidio, enigma y, quizá, fantasmas.

Recién pude sentarme frente al libro con ánimo crítico y productivo cuando mi hijo se hubo dormido, cerca de las doce de la noche. Y aún tuve que esperar una buena media hora a que mi mujer se quitara el maquillaje y se metiera en la cama, para comenzar a tipear las primeras letras sin temor a ruidos imprevistos.

Pero cuando todavía no había dado la una, como si se trataba de un cuento fantástico, alguien, en algún lugar de mi edificio presumiblemente debajo de mi departamento, inició una discreta tarea de remodelación: se oían ruidos de muebles al ser arrastrados, sillas que caían, incluso algún martillazo. Quizás una danza, o un arreglo a deshoras (cuando nos desvelamos, olvidamos que los demás duermen). O un vecino estaba siendo robado y asesinado. Como fuere, no me permitía escribir. El influjo de factor con que la madrugada premia a todos los que renuncian horas de sueño para cumplir con sus labores, me estaba siendo arrebatado por aquella bandada de ruidos fuera de programa.

Apagué la computadora, recogí un cuaderno, una lapicera avisé con un susurro, a mi mujer dormida, que me iba a un bar a terminar el trabajo. Me contestó con un murmullo alarmado, como si le respondiera a una de las criaturas que poblaban su sueño.

Por las dudas, arranqué una hoja del cuaderno, repetí el mensaje por escrito y lo dejé en el piso junto a la puerta.

Desde que me casé, no acostumbro salir a esas horas de mi casa, y menos aún para dirigirme a un bar. Pero no tenía alternativa: al día siguiente por la tarde debía

entregar mi comentario, por la mañana me aguardaban una serie de compromisos y con aquellos ruidos no podía escribir.

De soltero, no era imposible que decidiera bajar a la calle cualquier hora de la madrugada. Sufría ciertos ataques de ansiedad que sólo podía dominar abandonando mi solitaria habitación y buscando algún sitio donde pudiera observar otras caras, autos o cualquier movimiento medianamente normal. El matrimonio la paternidad me habían vuelto, gracias a Dios, un hombre más tranquilo.

Atravesé el barrio como si nada malo pudiera pasarme y recalé en un 24 horas de Agüero y Rivadavia. Curiosamente, no sentí la penosa melancolía que podía haber acompañado la repetición de un hábito de una época pretérita, en la que había sido un hombre solo y por momentos atormentado, sino la suave euforia del marido alegre en el reencuentro con migajas de libertad que ya creía imposibles. Elegí una lata grande de cerveza, una bolsa de saladitos, y me senté detrás de un trío de mujeres adolescentes. Su charla no me desconcentraba; por el contrario, comencé a trabajar con ahínco, y mirarlas me permitía las necesarias pausas antes de corregir un párrafo o iniciar otro. Estaba tan contento que trataba al libro mejor de lo que merecía. La cerveza ayudaba.

Entonces un señor se acercó a mi mesa sonriendo.

Me extendió la mano.

Por un momento pensé: “Es el autor”.

Sumada a la de los golpes bajo mi departamento, esta coincidencia podría haber alterado el curso lógico de mi vida. Pero en un instante comprendí que el libro había permanecido durante todo el tiempo con su tapa contra la mesa, y que este hombre venía desde una posición en la que le hubiese sido imposible saber qué texto estaba yo leyendo.

El hombre dijo mi nombre y me preguntó si era yo.

Lo miré extrañado y finalmente exclamé:

—Pancho.

Era Pancho Perlman.

Ahora sonreía. No sé cuán gordo estaba, pero la cara parecía a punto de reventar. La tenía hinchada, los ojos casi achinados. Debía llevarme tres o cuatro años (lo calculé como si fuera su cara, y no las fechas reales de nuestros nacimientos, la distancia de tiempo entre nosotros).

No hubiera sido difícil que recordara su nombre por el nombre en sí: no hay muchos judíos apodados Pancho ni llamados Francisco, y él era el único del club judío donde nos habíamos conocido.

Pero hay detalles que borran toda otra huella. El padre de Pancho Perlman se había suicidado cuando él era un niño. Y cuando yo era un niño también.

No sé por qué, yo había concurrido al velorio. El velorio judío, con el cajón cerrado. Recordaba un manto de color crema, con la estrella de David bordada en el medio, cubriendo el cajón. También recordaba que el manto tenía una quemadura de cigarrillo

en una de sus esquinas, y que entonces me había parecido la seña de que el hombre se había quitado la vida.

No les pregunté a mis padres, pero durante años mantuve la certeza —callada e íntima— de que cuando un judío se suicidaba, además de enterrarlo contra la pared en el cementerio, se quemaba con un cigarrillo una de las puntas del manto con la estrella de David que cubría su cajón.

Creo que sólo me libré de este pensamiento herético —si es que realmente me libré— cuando tuve que concurrir al territorio de un amigo que se había suicidado en la flor de la edad, en la flor de su éxito y en la flor de su vida en general. Nunca supe por qué se suicidó.

Tampoco tenía claro por qué se había matado el padre de Pancho Perlman.

Invité a Pancho a sentarse a mi mesa, e inicié la tarea de recolectar argumentos y palabras para explicarle que debía en una nota al día siguiente. Aunque hacía veinte años que no nos veíamos, aunque yo había estado en el funeral de su padre, aunque teníamos toda una vida para contarnos y la casualidad nos había reunido como una casamentera, debía explicarle, mi familia necesitaba mi dinero y para conseguir el dinero yo tenía que terminar mi trabajo.

“Las personas que no nos suicidamos, Pancho”, pensé con crueldad que me asustó, “tenemos que cumplir lo que nos toca”

—Te leo siempre —me dijo— es uno de los pocos periódicos que me interesan.

—Muchas gracias —dije—. Hago lo que puedo.

—Me voy a buscar un café —dijo.

—Mirá... —comencé.

Pero Pancho ya había salido hacia la caja. Regresó al minuto con un café en la mano.

—¿No te dejan escribir todo lo que querés, no?

—En ningún lado —dije—. Pero ahora tengo que terminar una nota.

—¿Ahora, ahora? —me preguntó incrédulo.

—Ahora, ahora —afirmé—, ¿y qué haces vos por acá?

Pancho tardó en contestarme.

Finalmente, vacilando acerca de si debía revelármelo o no, respondió:

—Hay noches que no me soporto solo en casa.

La confesión me doblegó. Insistiría en que debía trabajar, pero ya no encontraba fuerzas para pedirle seriamente a Pancho que postergáramos nuestro encuentro.

—¿Te casaste? —me preguntó...

—Y tengo un hijo —dije.

Pancho había dejado el café sobre mi mesa, pero aún no se había sentido lo suficientemente invitado.

—Sentate —capitulé—, ¿y vos?

Pancho metió como pudo su anatomía entre el banco y la mesa de fórmica. Una camisa celeste férreamente sumergida en el pantalón compactaba su barriga; llevaba vaqueros azules involuntariamente gastados y zapatos de gamuza marrón sin cepillar.

Dudó también en responder esta pregunta.

—Lo mío es una historia —dijo finalmente—. Me casé dos veces, y tuve dos hijos con la peor de las dos.

—¿Qué edades tienen? —pregunté.

—Siete y nueve —dijo—. Pero mi ex mujer no me los deja ver.

En el silencio inmediato a la exposición de su drama, decidí que escucharía a Pancho cuanto él quisiera y luego, fuera la hora que fuera, acabaría mi bibliográfica. Llegaría a casa con el tiempo justo para pasarla a la computadora y dormir unas horas antes de cumplir con el primer compromiso de la mañana. Necesitaba un café bien cargado.

—Voy a buscar un café —avisé.

Pancho asintió. Una sonrisa de extraña felicidad emergió en su cara. Era la tranquilidad del hombre solo, atormentado, que en la madrugada ha encontrado con quien conversar.

Caminé hacia la caja pensando en la sencillez de Pancho. Sancho Perlman, debería llamarse. Toda su vida había sido un hombre transparente. Sus sentimientos, sus deseos, afloraban de él antes de que pudiera expresarlos voluntariamente. Con la cara hinchada, sus gestos eran aun más evidentes.

En mi familia, las pasiones y dolores no se libraban con tanta facilidad. Cada uno de los integrantes de mi clan familiar poseía un rictus que variaba, sin demasiada relación con la experiencia, real, de la tristeza a la alegría, en función de quién estuviera enfrente. Luego de ese rictus, venían las palabras. Y por debajo de ambos, sin llegar nunca a hacerse públicos, ni para nosotros ni para los demás, nuestras tragedias o placeres. Nadie es lo suficientemente inteligente como para conocer sus propios sentimientos, y mi familia jamás se hubiese permitido decir algo que no fuera inteligente o sobre lo que no conociera al menos en sus tres cuartas partes.

Los Perlman no eran necesariamente más pobres que nosotros; pero sí decididamente más incultos y vulgares. El máximo plato al que aspiraban era la milanesa con papas fritas y su postre utópico era el flan con dulce de leche. Nos llamaban “paladar negro” que nos gustaban pescados que no eran el filete de merluza. Betty Perlman se vestía muy mal, y pretendía intercambiar vestidos con mi madre. Esto ocasionó que mi madre siempre le prestara vestidos a Betty y, muy de vez en cuando, aceptara de ella alguno, que fatalmente terminaba colgado en el ropero y arrugado un antes de ser devuelto, para que Betty no descubriera el desprecio. Natalio Perlman era un judío más practicante que mi padre, conocía mucho menos de la cultura judía en general.

Mi familia no era especialmente refinada, encajábamos con comodidad en la clase media; pero los Perlman ingresaron poco definible segmento de personas con sus necesidades básicas solucionadas y sin interés por ninguna otra necesidad. Ton prestado del grotesco italiano y del atolondramiento judío componer aquel espectáculo de bocas abiertas al comer, lu comunes al hablar y despreocupación en general.

Y sin embargo, sin embargo... Los Perlman reían. No con la risa maníaca de mi padre, o la risa contenida de mi madre. Sin darse cuenta. Reían por un chiste imbécil o por algún accidente de alguno de ellos mismos. Natalio y Betty Perlman se besaban. Salían de viaje y dejaban a los dos hijos con los abuelos. A veces los Perlman, Betty y Natalio, se mataban a gritos delante de nosotros; y mi madre me decía:

—Ves, mucho besito pero en realidad se odian.

Yo nunca me atreví a contestarle:

—No, no se odian. Las parejas humanas también se gritan y se enojan. El odio es entre mi padre y vos, que ni se dan besito ni se gritan.

Tampoco tenía derecho ni conocía lo suficiente de las parejas ni de la de mi padre y mi madre, ni de la de Betty y Natalio.

Y tampoco hoy se mucho de mi relación con mi mujer, ni creía que Pancho supiera por qué, exactamente, se había separado de su mujer ni por qué no lo dejaba ver a sus hijos.

—¿Y por qué te separaste? —le pregunté, regresando con el café

—¿Conoces a los Lubawitz? —me preguntó.

—Sí —dije—. Incluso los menciono en un cuento.

Los Lubawitz eran una suerte de "orden" judía, con las ideas de los ortodoxos y los métodos de los reformistas: utilizaban camiones con altoparlantes, organizaban actividades y trataban de adivinar quién era judío, por la calle, para sugerirle un rezo o ponerle los tefilín.

—Ahora los podés mencionar en otro —me dijo Pancho—. Mi mujer se hizo Lubawitz. Yo siempre fui muy judío, en casa festejábamos todo. Pero mi mujer se pasó. Se peló, se puso la pollera, me conminó a dejarle crecer los peyes a los chicos. ¿Podés creerlo? No la aguanté. Soy judío hasta la médula, pero también tengo mi tradición. Mis comidas. Ahora los Lubawitz le dicen a mi ex mujer que no me deje ver a mis hijos.

Iba a preguntarle: "¿Y tus padres qué dicen?". Pero recordé que Natalio Perlman ya no estaba entre los vivos.

—¿Y tu mamá? —pregunté.

—Está destruida —me dijo—. Dice que ya no quiere vivir. Estoy tratando de llegar a un arreglo, con mi ex mujer, para dejar de insistirle con que me deje ver a mis hijos semanalmente, a cambio de que se los deje ver semanalmente a mi mamá.

—¿Cada cuánto los ves?

—Cuando puedo —dijo Pancho, y se terminó la gota fría de café que le restaba en el fondo de la taza de plástico.

Pancho Perlman, el hombre sencillo, ya no era tan sencillo. Y sin embargo, seguía siéndolo. Todas las familias, todas las personas, sufrían tragedias a lo largo de la vida: accidentes, grandes peleas y, como en este caso, divorcios. Lo que diferenciaba a los sencillos de los refinados era la actitud ante cada uno de estos cataclismos. Pancho Perlman no había concurrido con su mujer new-Lubawitz a una terapia de pareja. Ni su mujer había probado combatir su frustración con la comida macrobiótica o el yoga. Ante el primer traspie en el desarrollo de su psiquis, o de su matrimonio, o lo que fuera que la hubiese desbarrancado, la señora de Pancho Perlman había ido a abreviar directo a las fuentes: al shtet, a las costumbres piadosas de sus antepasados.

Y el divorcio... Nada de diálogo ni de intercambio pacífico. Pasión y odio: no te veo más, y ni pienses en volver a ver a mis hijos.

No era forma de solucionar las cosas, pero lo cierto es que no existe forma alguna de solucionar las cosas; y sencillamente Pancho Perlman y su esposa lo sabían antes que muchos. Yo rogaba para que mi mujer nunca decidiera abandonarme, y para resistir en mi hogar hasta que mi hijo cumpliera treinta años. Eso, era todo lo que se me ocurría para mantenerme dentro de los límites de lo que consideraba la normalidad.

Lo único que se me ocurría sugerirle a Pancho era que se hiciera practicante e intentara reconquistar a su ex esposa por esa vía. Pero no me atreví a decírselo. Además, había vuelto a casarse; y a mí me estaba entrando el hambre y un tentador sándwich de jamón y queso en pan negro clamaba por ingresar en microondas. No era el mejor momento para convocar a nadie a regresar a la senda de nuestros ancestros.

Me levanté a buscar el sándwich mientras Pancho me hablaba de su nueva mujer, una ecuatoriana mulata.

Ahora el libro de la señora de Osmany me parecía una excelente nouvelle, discreta y atractiva, y no encontraba deficiencia alguna en su desarrollo y longitud. El segundero del microonda me pareció el contador de los años de mi vida; pensé en cuántos buenos libros habían perdido su oportunidad de una buena reseña sólo porque el crítico no se había tomado una madrugada y no se había encontrado con Pancho Perlman.

“Es correcto”, me dije, “milanesa con papas fritas, flan dulce de leche, mulata ecuatoriana”.

Pancho Perlman, a su modo, había seguido las líneas familiares y yo aún continuaba admirando su sencillez. Pero... ¿Pero don Natalio Perlman se había suicidado? Ya lo he dicho: no lo sé. Nadie sabe por qué las personas se suicidan. Tampoco sabe por qué queremos vivir. Pero suicidarse es extraño, y querer es normal.

Natalio Perlman era un hombre normal. Sus comidas eran normales, su comportamiento era normal, el amor por su mujer y sus hijos era normal. Hasta fue normal que se acostara con la mujer de la limpieza, la llamada shikse.

Mary era una paraguaya ni siquiera exuberante. Tenía su pechos, eso sí, y en el club la mentábamos al igual que al resto (las shikses). Pero no eran muchos más grandes que los de la propia Betty, y Mary ni siquiera era tanto más joven.

¿Por qué había derivado en tragedia aquel previsible incidente?

Muchos maridos como Perlman habían tenido alguna aventura, ya sea con su propia doméstica, con la de un amigo o con mujer X. Y, como mucho, el drama culminaba con la doméstica despedida, o con la otra rechazada, o con una separación en regla. ¿Pero un suicidio?

Dicen que Mary estaba embarazada. Qué sé yo. También se rumoreó que Natalio se perdió por esa mujer, y que ella tenía otro, en Paraguay. Mis padres no aceptaban por buena versión alguna. En mi casa, no estaba bien visto regocijarse con los chismes. O hacerlo público. ¡Cuán aliviados se habrán sentido mis padres al testimoniar el completo fracaso de la gente sencilla!

Ahí tenés cómo terminan, podía escuchar a mi madre, los que se dan besitos en la puerta. Los que se ríen involuntariamente, los que cuentan chismes, los que se matan a gritos y se reconcilian locamente. Ahí los tenés.

Toda una vida de contención, de pasiones sofocadas, de sexo dosificado, recibía por fin un premio inapenable: nosotros, querido, no nos suicidamos.

Y, sin embargo, sin embargo..., en mi familia había un suicida. Era nada menos que el hermano de mi madre. A los diecinueve años, mi tío Israel se había suicidado. Fue en el año 1967, yo apenas tenía un año.

La diferencia entre las familias sencillas y refinadas ante la tragedia: me enteré de la existencia de mi tío Israel a los quince años. Quiero decir: en una misma hora me enteré de que había existido, de que había tenido diecinueve años y de que se había suicidado. Como si se tratara de una adopción, mi abuela había guardado el secreto del suicidio de su hijo. Pero no era una adopción, era un hijo muerto.

A mis primas se les dijo que mi tío había muerto en la Guerra de los Seis Días. Con la adultez, una decena de años después de enterarme de la existencia y muerte de mi tío, siempre recordé con un estremecimiento de frío su nombre, el mismo nombre del país de los judíos, que había estado a punto de desaparecer por la misma fecha en que mi tío se suicidó. Los judíos lograron defenderse en su país, pero mi tío no logró derrotar a sus demonios internos. Tampoco lo logró mi joven amigo, ni Natalio Perlman.

¿Y por qué se había suicidado mi tío? No lo sé. Nadie lo sabe.

Mi madre, cuando no le quedó más remedio, me contó una historia de psicosis. Pero nada quedaba claro: había sido un chico normal hasta que se suicidó.

Mi tío había asistido a mi nacimiento y a mi circuncisión, me había tenido en brazos, pero yo no supe de él hasta los quince años. Así lidiaban con las tragedias las familias refinadas.

La sencilla familia Perlman había llorado sobre el cajón de Natalio, habían invitado a amigos y conocidos al ritual de la tragedia, lo habían enterrado en Tablada —en una ceremonia, sí íntima, de la que sólo participaron Betty, los chicos y los abuelos. El suicidio está penalizado por la religión judía, los muertos por mano propia son enterrados contra un paredón alejado del resto y visitados sólo por sus parientes más cercanos. Pero el barrio entero sabía que se había suicidado.

¿Un tiro? ¿Veneno? No recordaba. Y no se lo iba a preguntar a Pancho a las dos de la mañana. Mi tío, sabía, se había pegado un balazo en la boca, sentado al borde de una terraza, luego ser un muchacho normal durante diecinueve años.

El sándwich me había adormecido y tuve que ir en buscar otro café.

Cuando regresé, quería que Pancho se fuera y ponerme nuevamente a trabajar. No obstante, me oí preguntar:

—¿Cómo fue que se mató tu papá?

¿Cómo pude haber preguntado eso? ¿Qué tipo de locura me había asaltado? ¿Así es como se comportaban los hijos de las familias refinadas? ¿Así era como continuaba la senda familiar de contención y rictus? ¿Qué había pasado con aquel hombre que yo era, que sabía que decir la verdad nada solucionaba y por tanto más valía hablar de cosas sin importancia y no molestar?

Pancho me miró, creí yo, procesando una docena de preguntas: “¿Está loco este tipo? ¿Me está preguntando de qué modo se mató mi papá, o por qué? El modo en que me lo preguntó es frialdad ante la tragedia, o la compulsión a soltar la pregunta sobre un enigma que lo apesadumbró durante toda su infancia?”

Yo podría haber contestado “sí” a todas ellas.

¿Acaso podía quedarle aún una gota de café en su taza? ¿Pro qué se estaba llevando esa informe vasija de plástico blanco a la boca?

Lo que fuera que hubiera en la taza —granos de azúcar humedecidos o el solo vacío—, Pancho lo bebió.

Miró el reloj colgado de la pared —las dos y diez—, miró a tres adolescentes —una de ellas se había dormido—, y me dijo:

—Mi papá no se suicidó.

Siguió un diálogo en el que todas mis capacidades retentivas fueron desbordadas. Ya no sabía si preguntaba lo que deseaba preguntar, ya no sabía qué quería callar y qué decir. No sabía qué quería saber. Estaba seguro, y creo que desde entonces lo estaré para siempre, de que, supiera lo que supiera, no conocería la verdad.

—¿Lo mataron? —pregunté.

—No. Está vivo.

El cajón cerrado, el manto con su quemadura en la punta, el llanto de la familia simple... Todo un fraude.

Natalio Perlman había huido con la shikse. Betty Perlman, incapaz de aceptarlo, lo había dado por muerto. Lo había velado en su casa. Había hecho creer al barrio que se había suicidado.

Padre, madre y suegros habían permitido que se diera a Natalio por muerto. Habían viajado en coches fúnebres hasta no se sabía dónde, y regresado a sus casas. A los chicos se les dijo la verdad: el padre había huido con Mary. Pero para el resto del mundo, Natalio, su padre, se había suicidado.

Yo vi a Pancho durante pocos años después de la muerte de su padre. Si no recuerdo mal, la última vez había sido en los días posteriores a mi bar mitzvá.

No sé, desde entonces, si habrá logrado mantener el secreto como lo consiguió conmigo. Ni tampoco se lo pregunté en ese 24 horas, a las dos y media de la mañana.

Supongo que a su esposa y a sus dos hijos les habrá dicho la verdad. Y que decir la verdad tampoco habrá servido para nada. Pocas de las afecciones del alma son comunicables. ¿Les habrá dicho la verdad a su esposa y a sus hijos? ¿Para qué?

¿No era acaso mejor permitirles creer que su abuelo y suegro estaba muerto, antes que relatarles la incontable historia de la señora que veló falsamente a su marido fugitivo?

Vi en mi recuerdo la mancha en la punta del manto y sentí náuseas. Me levanté y corrí al baño. Pero mirándome al espejo, en vez de vomitar comprendí: la mancha en la esquina del manto no señalaba a los suicidas; era un guiño para avisar a los entendidos que el cajón estaba vacío. “Tranquilos, muchachos, el cajón está vacío. Es todo una joda.” Regresé a la mesa hablando imaginariamente con mi madre:

“Viste, mamá. Las personas que se besan en la puerta, que ríen y se gritan, no sólo no se suicidan: ni siquiera van a morir alguna vez en su vida”.

—¿Te shockeó, no? —preguntó Pancho.

Asentí.

—¿Cómo pudiste mantener el secreto? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

¿Pero acaso mi abuela no había logrado borrar la existencia su hijo, al menos para mí, durante quince años?

—Ahora está en la Argentina —me dijo.

—¿Quién? —pregunté.

—Mi padre —dijo Pancho—. Natalio.

Miré en las góndolas del 24 horas buscando algo más que comer o beber, pero nada me interesaba.

—Hace como diez años que la paraguaya lo dejó. Ni bien bajaron a Paraguay, él supo que ella estaba casada. O al menos tenía un hombre allí. Mi padre terminó financiando al matrimonio. El amante era el otro, y mi padre el marido cornudo.

—¿Y recién ahora volvió?

—Fue una reparación para mi madre: la dejó darlo por muerto. Además, mis abuelos nunca le perdonaron haberse escapado con una mujer no judía.

—¿Por qué me dejaron a mí entrar en ese velorio? —pregunté.

—Nunca supimos cómo fue que apareciste por ahí.

—Creo que te fui a visitar —dije—. Y de pronto me encontré con... con eso.

—No —dijo Pancho—. No puede haber sido así.

—Qué sé yo —dije—. Éramos muy chicos.

Como un holograma en el aire, en mi memoria apareció la imagen de Pancho junto a mí, los dos con pantalones cortos, intentando comprender cómo era ser niños, niños judíos del barrio del Once en un país gentil. Ahora nos estábamos preguntando cómo ser adultos.

Quité la vista de todos lados.

—¿Ya lo viste? —le pregunté.

—Hace dos meses que lo veo —me dijo—. Está bastante mal —agregó con una coherencia oculta—: Ahora que mi mamá no puede ver a sus nietos, ella también necesita compañía.

—¿Y ellos dos se vieron?

—Creo que no. Él vive en una pensión.

—¿De qué trabaja?

—De nada. Vive de lo que hizo con el contrabando en Paraguay. Quizá mantiene todavía algún “bagayito”.

La palabra “bagayito” sonó como una cometita de cartón en un velorio. En un velorio de verdad.

—Ya no voy a poder dormir —me dijo Pancho, el sencillo. —Yo tengo que trabajar.

—Te dejo —me dijo.

Le iba a decir que no hacía falta, pero se fue.

Después de todo, eran una familia sencilla. Las personas simples no se suicidaban; como mucho, fingían los suicidios.

La señora de Osmany era un gran libro. “Cumple con el deber de cualquier ficción”, escribí, mientras una de las adolescentes pavoneaba su enorme y hermoso trasero en busca de una ensalada de fruta en vaso, “evitar la realidad. Consolidar un relato lógico y verosímil.”

El anillo, de Elena Garro



Siempre fuimos pobres, señor, y siempre fuimos desgraciados, pero no tanto como ahora en que la congoja campea por mis cuartos y corrales. Ya sé que el mal se presenta en cualquier tiempo y que toma cualquier forma, pero nunca pensé que tomara la forma de un anillo. Cruzaba yo la Plaza de los Héroes, estaba oscureciendo y la boruca de los pájaros en los laureles empezaba a calmarse. Se me había hecho tarde. "Quién sabe qué estarán haciendo mis muchachos", me iba yo diciendo. Desde el alba me había venido para Cuernavaca. Tenía yo urgencia de llegar a mi casa, porque mi esposo, como es debido cuando uno es mal casada, bebe, y cuando yo me ausento se dedica a golpear a mis muchachos. Con mis hijos ya no se mete, están grandes señor, y Dios no lo quiera, pero podrían devolverle el golpe. En cambio con las niñas se desquita. Apenas salía yo de la calle que baja del mercado, cuando me cogió la lluvia. Llovía tanto, que se habían formado ríos en las banquetas. Iba yo empinada para guardar mi cara de la lluvia cuando vi brillar a mi desgracia en medio del agua que corría entre las piedras. Parecía una serpientita de oro, bien entumida por la frescura del agua. A su lado se formaban remolinos chiquitos. .

"¡Ándale, Camila, un anillo dorado!" y me agaché y lo cogí. No fue robo. La calle es la calle y lo que pertenece a la calle nos pertenece a todos. Estaba bien frío y no tenía ninguna piedra: era una alianza. Se secó en la palma de mi mano y no me pareció que extrañara ningún dedo, porque se me quedó quieto y se entibió luego. En el camino a mi casa me iba yo diciendo: "Se lo daré a Severina, mi hijita mayor".

Somos tan pobres, que nunca hemos tenido ninguna alhaja y mi lujo, señor, antes de que nos desposeyeran de las tierras, para hacer el mentado tiro al pichón en donde nosotros sembrábamos, fue comprarme unas chandlitas de charol con trabilla, para ir al entierro de mi niño. Usted debe de acordarse, señor, de aquel día en que los pistoleros de Legorreta lo mataron a causa de las tierras. Ya entonces éramos pobres, pero desde ese día sin mis tierras y sin mi hijo mayor, hemos quedado verdaderamente en la desdicha. Por eso cualquier gustito nos da tantísimo gusto. Me encontré a mis muchachos sentados alrededor del corral.

—¡Anden, hijos! ¿Cómo pasaron el día?

—Aguardando su vuelta —me contestaron. Y vi que en todo el día no habían probado bocado.

—Enciendan la lumbre, vamos a cenar.

Los muchachos encendieron la lumbre y yo saqué el cilantro y el queso.

—¡Qué gustosos andaríamos con un pedacito de oro! —dije yo preparando la sorpresa—. ¡Qué suerte la de la mujer que puede decir que sí o que no, moviendo sus pendientes de oro!

—Sí, qué suerte... —dijeron mis muchachitos.

—¡Qué suerte la de la joven que puede señalar con su dedo para lucir un anillo! —dije.

Mis muchachos se echaron a reír y yo saqué el anillo y lo puse en el dedo de mi hija Severina. Y allí paró todo, señor, hasta que Adrián llegó al pueblo, para caracolear sus ojos delante de las muchachas. Adrián no trabajaba más que dos o tres veces a la semana reparando las cercas de piedra. Los más de los días los pasaba en la puerta de "El Capricho" mirando cómo comprábamos la sal y las botellas de refrescos. Un día detuvo a mi hijita Aurelia.

—¿Oye, niña, de qué está hecha tu hermanita Severina?

—Yo no sé... —le contestó la inocente.

—Oye, niña, ¿y esa mano en la que lleva el anillo a quién se la regaló?

—Yo no sé... —le contestó la inocente.

—Mira, niña, dile a tu hermanita Severina que cuando compre la sal me deje que se la pague y que me deje mirar sus ojos.

—Sí, joven —le contestó la inocente. Y llegó a platicarle a su hermana lo que le había dicho Adrián.

La tarde del siete de mayo estaba terminando. Hacía mucho calor y el trabajo nos había dado sed a mi hija Severina y a mí.

—Anda, hija, vé a comprar unos refrescos.

Mi hija se fue y yo me quedé esperando su vuelta sentada en el patio de mi casa. En la espera me puse a mirar cómo el patio estaba roto y lleno de polvo. Ser pobre señor, es irse quebrando como cualquier ladrillo muy pisado. Así somos los pobres, ni quién nos mire y todos nos pasan por encima. Ya usted mismo lo vio, señor, cuando mataron a mi hijito el mayor para quitarnos las tierras. ¿Qué pasó? Que el asesino Legorreta se hizo un palacio sobre mi terreno y ahora tiene sus reclinatorios de seda blanca, en la iglesia del pueblo y los domingos cuando viene desde México, la llena con sus pistoleros y sus familiares, y nosotros los descalzos, mejor no entramos para no ver tanto desacato. Y de sufrir tanta injusticia, se nos juntan los años y nos barren el gusto y la alegría y se queda uno como un montón de tierra antes de que la tierra nos cobije. En esos pensamientos andaba yo, sentada en el patio de mi casa, ese siete de mayo.

"¡Mírate, Camila, bien fregada! Mira a tus hijos. ¡Qué van a durar? ¡Nada! Antes de que lo sepan estarán aquí sentados, si es que no están muertos como mi difuntito asesinado, con la cabeza ardida por la pobreza, y los años colgándoles como piedras, contando los días en que no pasaron hambre"... Y me fui, señor, a caminar mi vida. Y vi que todos los caminos estaban llenos con las huellas de mis pies. ¡Cuánto se camina! ¡Cuánto se rodea! Y todo para nada o para encontrar una mañana a su hijito tirado en la milpa con la cabeza rota por los máuseres y la sangre saliéndole por la boca. No lloré, señor. Si el pobre empezara a llorar, sus lágrimas ahogarían al mundo, porque motivo para llanto son todos los días.

Ya me dará Dios lugar para llorar, me estaba yo diciendo, cuando me vi que estaba en el corredor de mi casa esperando la vuelta de mi hijita Severina. La lumbre estaba apagada y los perros estaban ladrando como ladran en la noche, cuando las piedras

cambian de lugar. Recordé que mis hijos se habían ido con su papá a la peregrinación del Día de la Cruz en Guerrero y que no iban a volver hasta el día nueve. Luego recordé que Severina había ido a "El Capricho".

"¿Dónde fue mi hija que no ha vuelto?" Miré el cielo y vi cómo las estrellas iban a la carrera. Bajé mis ojos y me hallé con los de Severina, que me miraban tristes desde un pilar.

—Aquí tiene su refresco —me dijo con una voz en la que acababan de sembrar la desdicha.

Me alcanzó la botella de refresco y fue entonces cuando vi que su mano estaba hinchada, y que el anillo no lo llevaba.

—¿Dónde está tu anillo, hija?

—Acuéstese, mamá.

Se tendió en su camita con los ojos abiertos. Yo me tendí junto a ella. La noche pasó larga y mi hijita no volvió a usar la palabra en muchos días. Cuando Gabino llegó con los muchachos, Severina ya empezaba a secarse.

—¿Quién le hizo el mal? —preguntó Gabino y se arrinconó y no quiso beber alcohol en muchos días.

Pasó el tiempo y Severina seguía secándose. Sólo su mano seguía hinchada. Yo soy ignorante, señor, nunca fui a la escuela, pero me fui a Cuernavaca a buscar al doctor Adame, con domicilio en Aldana 17.

—Doctor, mi hija se está secando...

El doctor se vino conmigo al pueblo. Aquí guardo todavía sus recetas. Camila sacó unos papeles arrugados.

—¡Mamá! ¿Sabes quién le hinchó la mano a Severina? —me preguntó Aurelia.

—No, hija, ¿quién?

—Adrián, para quitarle el anillo.

¡Ah, el ingrato! y en mis adentros veía que las recetas del doctor Adame no la podían aliviar. Entonces, una mañana, me fui a ver a Leonor, la tía del nombrado Adrián.

—Pasa, Camila.

Entré con precauciones: mirando para todos lados para ver si lo veía.

—Mira, Leonor, yo no sé quién es tu sobrino, ni qué lo trajo al pueblo, pero quiero que me devuelva el anillo que le quitó a mi hija, pues de él se vale para hacerle el mal.

—¿Qué anillo?

—El anillo que yo le regalé a Severina. Adrián con sus propias manos se lo sacó en "El Capricho" y desde entonces ella está desconocida.

—No vengas a ofender, Camila, Adrián no es hijo de bruja.

—Leonora, dile que me devuelva el anillo por el bien de él y de toda su familia.

—¡Yo no puedo decirle nada! Ni me gusta que ofendan a mi sangre bajo mi techo.

Me fui de allí y toda la noche velé a mi niña. Ya sabe, señor, que lo único que la gente regala es el mal. Esa noche Severina empezó a hablar el idioma de los maleados. ¡Ay, Jesús bendito, no permitas que mi hija muera endemoniada! Y me puse a rezar una Magnífica. Mi comadre Gabriel, aquí presente, me dijo: "Vamos por Fulgencia, para que le saque el mal del pecho". Dejamos a la niña en compañía de su padre y sus hermanos y nos fuimos por Fulgencia. Luego, toda la noche Fulgencia curó a la niña, cubierta con una sábana.

—Después de que cante el primer gallo, le habré sacado el mal —dijo.

Y así fue, señor, de repente Severina se sentó en la cama y gritó: "¡Ayúdeme mamacita!". Y echó por la boca un animal tan grande como mi mano. El animal traía entre sus patas pedacitos de su corazón. Porque mi niña tenía el animal amarrado a su corazón... Entonces cantó el primer gallo.

—Mira —me dijo Fulgencia—, ahora que te devuelvan el anillo, porque antes de los tres meses habrán crecido las crías.

Apenas amaneció, me fui a las cercas a buscar al ingrato. Allí lo esperé. Lo vi venir, no venía silbando, con un pie venía trayendo a golpecitos una piedra. Traía los ojos bajos y las manos en los bolsillos.

—Mira, Adrián desconocido, no sabemos de dónde vienes, ni quiénes fueron tus padres y sin embargo te hemos recibido aquí con cortesía. Tú en cambio andas dañando a las jóvenes. Yo soy la madre de Severina y te pido que me devuelvas el anillo con que le haces el mal.

—¿Qué anillo? —me dijo ladeando la cabeza. Y vi que sus ojos brillaban con gusto.

—El que le quitaste a mi hijita en "El Capricho".

—¿Quién lo dijo? —y se ladeó el sombrero.

—Lo dijo Aurelia.

—¿Acaso lo ha dicho la propia Severina?

—¡Cómo lo ha de decir si está dañada!

—¡Hum!... Pues cuántas cosas se dicen en este pueblo. ¡Y quién lo dijera con tan bonitas mañanas!

—Entonces ¿no me lo vas a dar?

—¿Y quién dijo que lo tengo?

—Yo te voy a hacer el mal a ti y a toda tu familia —le prometí.

Lo dejé en las cercas y me volví a mi casa. Me encontré a Severina sentadita en el corral, al rayo del sol. Pasaron los días y la niña se empezó a mejorar. Yo andaba trabajando en el campo y Fulgencia venía para cuidarla.

—¿Ya te dieron el anillo?

—No.

—Las crías están creciendo.

Seis veces fui a ver al ingrato Adrián a rogarle que me devolviera el anillo. Y seis veces se recargó contra las cercas y me lo negó gustoso.

—Mamá, dice Adrián que aunque quisiera no podría devolver el anillo, porque lo machacó con una piedra y lo tiró a una barranca. Fue una noche que andaba borracho y no se acuerda de cuál barranca fue.

—Dile que me diga cuál barranca es para ir a buscarlo.

—No se acuerda... —me repitió mi hija Aurelia y se me quedó mirando con la primera tristeza de su vida. Me salí de mi casa y me fui a buscar a Adrián.

—Mira, desconocido, acuérdate de la barranca en la que tiraste el anillo.

—¿Qué barranca?

—En la que tiraste el anillo.

—¿Qué anillo?

—¿No te quieres acordar?

—De lo único que me quiero acordar es que de aquí a catorce días me caso con mi prima Inés.

—¿La hija de tu tía Leonor?

—Sí, con esa joven.

—Es muy nueva la noticia.

—Tan nueva de esta mañana...

—Antes me vas a dar el anillo de mi hija Severina. Los tres meses ya se están cumpliendo.

Adrián se me quedó mirando, como si me mirara de muy lejos, se recargó en la cerca y adelantó un pie.

—Eso sí que no se va a poder...

Y allí se quedó, mirando al suelo. Cuando llegué a mi casa Severina se había tendido en su camita. Aurelia me dijo que no podía caminar. Mandé traer a Fulgencia. Al llegar nos contó que la boda de Inés y de Adrián era para un domingo y que ya habían invitado a las familias. Luego miró a Severina con mucha tristeza.

—Tu hija no tiene cura. Tres veces le sacaremos el mal y tres veces dejará crías. No cuentas más con ella.

Mi hija empezó a hablar el idioma desconocido y sus ojos se clavaron en el techo. Así estuvo varios días y varias noches. Fulgencia no podía sacarle el mal, hasta que llegara a su cabal tamaño. ¿Y quién nos dice, señor, que anoche se nos pone tan malísima? Fulgencia le sacó el segundo animal con pedazos muy grandes de su

corazón. Apenas le quedó un pedazo chiquíto de su corazón, pero bastante grande para que el tercer animal se prenda a él. Esta mañana mi niña estaba como muerta y yo oí que repicaban campanas.

—¿Qué es ese ruido, mamá?

—Campanas, hija...

—Se está casando Adrián —le dijo Aurelia.

Y yo señor, me acordé del ingrato y del festín que estaba viviendo mientras mi hijita moría.

—Ahora vengo —dije.

Y me fui cruzando el pueblo y llegué a casa de Leonor.

—Pasa, Camila.

Había mucha gente y muchas cazuelas de mole y botellas de refrescos. Entré mirando por todas partes, para ver si lo veía. Allí estaba con la boca risueña y los ojos serios. También estaba Inés, bien risueña, y allí estaban sus tíos y sus primos los Cadena, bien risueños.

—Adrián, Severina ya no es de este mundo. No sé si le quede un pie de tierra para retoñar. Dime en qué barranca tiraste el anillo que la está matando.

Adrián se sobresaltó y luego le vi el rencor en los ojos.

—Yo no conozco barrancas. Las plantas se secan por mucho sol y falta de riego. Y las muchachas por estar hechas para alguien y quedarse sin nadie...

Todos oímos el silbar de sus palabras enojadas.

—Severina se está secando, porque fue hecha para alguien que no fuiste tú. Por eso le has hecho el maleficio. ¡Hechicero de mujeres!

—Doña Camila, no es usted la que sabe para quién está hecha su hijita Severina.

Se echó para atrás y me miró con los ojos encendidos. No parecía el novio de este domingo: no le quedó la menor huella de gozo, ni el recuerdo de la risa.

—El mal está hecho. Ya es tarde para el remedio.

Así dijo el desconocido de Ometepéc y se fue haciendo para atrás, mirándome con más enojo. Yo me fui hacia él, como si me llevaran sus ojos. "¿Se va a desaparecer?", me fui diciendo, mientras caminaba hacia delante y él avanzaba para atrás, cada vez más enojado. Así salimos hasta la calle, porque él me seguía llevando, con las llamas de sus ojos. "Va a mi casa a matar a Severina", le leí el pensamiento, señor, porque para allá se encaminaba, de espaldas, buscando el camino con sus talones. Le vi su camisa blanca, llameante, y luego, cuando torció la esquina de mi casa, se la vi bien roja.

No sé cómo, señor, alcancé a darle en el corazón, antes de que acabara con mi hijita Severina...

Camila guardó silencio. El hombre de la comisaría la miró aburrido. La joven que tomaba las declaraciones en taquigrafía detuvo el lápiz. Sentados en unas sillas de hule, los deudos y la viuda de Adrián Cadena bajaron la cabeza. Inés tenía sangre en el pecho y los ojos secos.

Gabino movió la cabeza apoyando las palabras de su mujer.

—Firme aquí, señora, y despídase de su marido porque la vamos a encerrar.

—Yo no sé firmar.

Los deudos de Adrián Cadena se volvieron a la puerta por la que acababa de aparecer Severina. Venía pálida y con las trenzas deshechas.

—¿Por qué lo mató, mamá?... Yo le rogué que no se casara con su prima Inés. Ahora el día, que yo muera, me voy a topar con su enojo por haberlo separado de ella...

Severina se tapó la cara con las manos y Camila no pudo decir nada.

La sorpresa la dejó muda mucho tiempo.

—¡Mamá, me dejó usted el camino solo!...

Severina miró a los presentes. Sus ojos cayeron sobre Inés, ésta se llevó la mano al pecho y sobre su vestido de linón rosa, acarició la sangre seca de Adrián Cadena.

—Mucho lloró la noche en que Fulgencia te sacó a su niño. Después, de sentimiento quiso casarse conmigo. Era huérfano y yo era su prima. Era muy desconocido en sus amores y en sus maneras... —dijo Inés bajando los ojos, mientras su mano acariciaba la sangre de Adrián Cadena.

Al rato le entregaron la camisa rosa de su joven marido. Cosido en el lugar del corazón había una alianza, como una serpentita de oro y en ella grabadas las palabras: "Adrián y Severina gloriosos"

El nadador, de John Cheever



Era uno de esos domingos de mediados del verano, cuando todos se sientan y comentan:

-Anoche bebí demasiado. –Quizá uno oyó la frase murmurada por los feligreses que salen de la iglesia, o la escuchó de labios del propio sacerdote, que se debate con su casulla en el vestiarium, o en las pistas de golf y de tenis, o en la reserva natural donde el jefe del grupo Audubon sufre el terrible malestar del día siguiente.

-Bebí demasiado –dijo Donald Westerhazy.

-Todos bebimos demasiado –dijo Lucinda Merrill.

-Seguramente fue el vino –dijo Helen Westerhazy-.
Bebí demasiado clarete.

Esto sucedía al borde de la piscina de los Westerhazy. La piscina, alimentada por un pozo artesiano que tenía elevado contenido de hierro, mostraba un matiz verde claro. El tiempo era excelente. Hacía el oeste se dibujaba un macizo de cúmulos, desde lejos tan parecido a una ciudad –vistos desde la proa de un barco que se acercaba- que incluso hubiera podido asignársele nombre. Lisboa. Hackensack. El sol calentaba fuerte. Neddy Merrill estaba sentado al borde del agua verdosa, una mano sumergida, la otra sosteniendo un vaso de ginebra. Era un hombre esbelto –parecía tener la especial esbeltez de la juventud- y, si bien no era joven ni mucho menos, esa mañana se había deslizado por su baranda y había descargado una palmada sobre el trasero de bronce de Afrodita, que estaba sobre la mesa del vestíbulo, mientras se enfilaba hacia el olor del café en su comedor. Podía habersele comparado con un día estival, y si bien no tenía raqueta de tenis ni bolso de marinero, suscitaba una definida impresión de juventud, deporte y buen tiempo. Había estado nadando, y ahora respiraba estertorosa, profundamente, como si pudiese absorber con sus pulmones los componentes de ese momento, el calor del sol, la intensidad de su propio placer. Parecía que todo confluía hacia el interior de su pecho. Su propia casa se levantaba en Bullet Park, unos trece kilómetros hacia el sur, donde sus cuatro hermosas hijas seguramente ya habían almorzado y quizá ahora jugaban a tenis. Entonces, se le ocurrió que dirigiéndose hacia el suroeste podía llegar a su casa por el agua.

Su vida no lo limitaba, y el placer que extraía de esta observación no podía explicarse por su sugerencia de evasión. Le parecía ver, con el ojo de un cartógrafo, esa hilera de piscinas, esa corriente casi subterránea que recorría el condado. Había realizado un descubrimiento, un aporte a la geografía moderna; en homenaje a su esposa, llamaría Lucinda a este curso de agua. No le agradaban las bromas pesadas y no era tonto, pero sin duda era original y tenía una indefinida y modesta idea de sí mismo como una figura legendaria. Era un día hermoso y se le ocurrió que nadar largo rato podía ensanchar y exaltar su belleza.

Se quitó el suéter que colgaba de sus hombros y se zambulló. Sentía un inexplicable desprecio hacia los hombres que no se arrojaban a la piscina. Usó una brazada corta, respirando con cada movimiento del brazo o cada cuatro brazadas y contando en un rincón muy lejano de la mente el uno-dos, uno-dos de la patada nerviosa. No era una brazada útil para las distancias largas, pero la domesticación de la natación había

impuesto ciertas costumbres a este deporte, y en el rincón del mundo al que él pertenecía, el estilo crol era usual. Parecía que verse abrazado y sostenido por el agua verde claro era no tanto un placer como la recuperación de una condición natural, y él habría deseado nadar sin pantaloncitos, pero en vista de su propio proyecto eso no era posible. Se alzó sobre el reborde del extremo opuesto –nunca usaba la escalerilla- y comenzó a atravesar el jardín. Cuando Lucinda preguntó adónde iba, él dijo que volvía nadando a casa.

Los únicos mapas y planos eran los que podía recordar o sencillamente imaginar, pero eran bastante claros. Primero estaban los Graham, los Hammer, los Lear, los Howland y los Crosscup. Después, cruzaba la calle Ditmar y llegaba a la propiedad de los Bunker, y después de recorrer un breve trayecto llegaba a los Levy, los Welcher y la piscina pública de Lancaster. Después estaban los Halloran, los Sachs, los Biswanger, Shirley Adams, los Gilmartin y los Clyde. El día era hermoso, y que él viviera en un mundo tan generosamente abastecido de agua parecía un acto de clemencia, una suerte de beneficencia. Sentía exultante el corazón y atravesó corriendo el pasto. Volver a casa siguiendo un camino diferente le infundía la sensación de que era un peregrino, un explorador, un hombre que tenía un destino; y además sabía que a lo largo del camino hallaría amigos: los amigos guarnecerían las orillas del río Lucinda.

Atravesó un seto que separaba la propiedad de los Westerhazy de la que ocupaban los Graham, caminó bajo unos manzanos floridos, dejó tras el cobertizo que albergaba la bomba y el filtro, y salió a la piscina de los Graham.

–Caramba, Neddy –dijo la señora Graham-, qué sorpresa maravillosa. Toda la mañana he tratado de hablar con usted por teléfono. Venga, sírvase una copa. –Comprendió entonces, como les ocurre a todos los exploradores, que tendría que manejar con cautela las costumbres y las tradiciones hospitalarias de los nativos si quería llegar a buen destino. No quería mentir ni mostrarse grosero con los Graham, y tampoco disponía de tiempo para demorarse allí. Nadó la piscina de un extremo al otro, se reunió con ellos al sol y pocos minutos después lo salvó la llegada de dos automóviles colmados de amigos que venían de Connecticut. Mientras todos formaban grupos bulliciosos él pudo alejarse discretamente. Descendió por la fachada de la casa de los Graham, pasó un seto espinoso y cruzó una parcela vacía para llegar a la propiedad de los Hammer. La señora Hammer apartó los ojos de sus rosas, lo vio nadar, pero no pudo identificarlo bien. Los Lear lo oyeron chapotear frente a las ventanas abiertas de su sala. Los Howland y los Crosscup no estaban en casa. Después de salir del jardín de los Howland, cruzó la calle Ditmar y comenzó a acercarse a la casa de los Bunker; aun a esa distancia podía oírse el bullicio de una fiesta.

El agua refractaba el sonido de las voces y las risas y parecía suspenderlo en el aire. La piscina de los Bunker estaba sobre una elevación, y él ascendió unos peldaños y salió a una terraza, donde bebían veinticinco o treinta hombres y mujeres. La única persona que estaba en el agua era Rusty Towers, que flotaba sobre un colchón de goma. ¡Oh, qué bonitas y lujuriosas eran las orillas del río Lucinda! Hombres y mujeres prósperos se reunían alrededor de las aguas color zafiro, mientras los camareros de chaqueta blanca distribuían ginebra fría. En el cielo, un avión de Haviland, un aparato rojo de entrenamiento, describía sin cesar círculos en el cielo mostrando parte del regocijo de un niño que se mece. Ned sintió un afecto transitorio por la escena, una ternura dirigida hacia los que estaban allí reunidos, como si se tratara de algo que él pudiera tocar. Oyó a distancia el retumbo del trueno. Apenas Enid Bunker lo vio comenzó a gritar:

-¡Oh, vean quién ha venido! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Cuando Lucinda me dijo que usted no podía venir, sentí que me moría. –Se abrió paso entre la gente para llegar a él, y cuando terminaron de besarse lo llevó al bar, pero avanzaron con paso lento, porque ella se detuvo para besar a ocho o diez mujeres y estrechar las manos del mismo número de hombres. Un barman sonriente a quien Neddy había visto en cien reuniones parecidas le entregó una ginebra con agua tónica, y Neddy permaneció de pie un momento frente al bar, evitando mezclarse en conversaciones que podían retrasar su viaje. Cuando temió verse envuelto, se zambulló y nadó cerca del borde, para evitar un choque con el flotador de Rusty. En el extremo opuesto de la piscina dejó atrás a los Tomlinson, a quienes dirigió una amplia sonrisa, y se alejó trotando por el sendero del jardín. La grava le lastimaba los pies, pero ése era el único motivo de desagrado. La fiesta se mantenía confinada a los terrenos contiguos a la piscina, y cuando ya estaba acercándose a la casa oyó atenuarse el sonido brillante y acuoso de las voces, oyó el ruido de un receptor de radio que provenía de la cocina de los Bunker, donde alguien estaba escuchando la retransmisión de un partido de béisbol. Una tarde de domingo. Se deslizó entre los automóviles estacionados y descendió por los límites cubiertos de pasto del sendero, en dirección a la calle Alewives. No deseaba que nadie lo viera en el camino, con sus pantaloncitos de baño pero no había tránsito, y Neddy recorrió la reducida distancia que lo separaba del sendero de los Levy, donde había un letrero indicando: PROPIEDAD PRIVADA, y un recipiente para The New York Times. Todas las puertas y ventanas de la espaciosa casa estaban abiertas, pero no había signos de vida, ni siquiera el ladrido de un perro. Dio la vuelta a la casa, buscando la piscina, y se dio cuenta de que los Levy habían salido poco antes. Habían dejado vasos, botellas y platitos de maníes sobre una mesa instalada hacia el fondo, donde había un vestuario o mirador adornado con farolitos japoneses. Después de atravesar a nado la piscina, consiguió un vaso y se sirvió una copa. Era la cuarta o la quinta copa, y ya había nadado casi la mitad de la longitud del río Lucinda. Se sentía cansado y limpio, y en ese momento lo complacía estar solo; en realidad, todo lo complacía.

Habría tormenta. El grupo de cúmulos –esa ciudad- se había elevado y ensombrecido, y mientras estaba allí, sentado, oyó de nuevo la percusión del trueno. El avión de entrenamiento de Haviland continuaba describiendo círculos en el cielo. Ned creyó que casi podía oír la risa del piloto, complacido con la tarde, pero cuando se descargó otra cascada de truenos, reanudó la marcha hacia su hogar. Sonó el silbato de un tren, y se preguntó qué hora sería. ¿Las cuatro? ¿Las cinco? Pensó en la estación provinciana a esa hora, el lugar donde un camarero, con el traje de etiqueta disimulado por un impermeable, un enano con flores envueltas en papel de diario y una mujer que había estado llorando esperaban el tren local. De pronto comenzó a oscurecer; era el momento en que las aves de cabeza de alfiler parecen organizar su canto anunciando con un sonido agudo y reconocible del agua que caí de la copa de un roble, como si allí hubiesen abierto un grifo. Después, el ruido de fuentes se repitió en las coronas de todos los árboles altos. ¿Por qué le agradaban las tormentas? ¿Qué sentido tenía su excitación cuando la puerta se abría bruscamente y el viento de lluvia se abalanzaba impetuoso escaleras arriba? ¿Por qué la sencilla tarea de cerrar las ventanas de una vieja casa parecía apropiada y urgente? ¿Por qué las primeras notas cristalinas de un viento de tormenta tenían para él el sonido inequívoco de las buenas nuevas, una sugerencia de alegría y buen ánimo? Después, hubo una explosión, olor de cordita, y la lluvia flageló los farolitos japoneses que la señora Levy había comprado en Kioto el año anterior, ¿o quizá era incluso un año antes?

Permaneció en el jardín de los Levy hasta que pasó la tormenta. La lluvia había refrescado el aire, y él temblaba. La fuerza del viento había despejado de sus hojas

rojas y amarillas a un arce y las había dispersado sobre el pasto y el agua. Como era mediados del verano seguramente el árbol se agostarí, y sin embargo Ned sintió una extraña tristeza ante ese signo otoñal. Flexionó los hombros, vació el vaso y caminó hacia la piscina de los Welcher. Para llegar necesitaba cruzar la pista de equitación de los Lindley, y lo sorprendió descubrir que el pasto estaba alto y todas las vallas aparecían desarmadas. Se preguntó si los Lindley habían vendido sus caballos o se habían ausentado todo el verano y habían dejado en una pensión los animales. Le pareció recordar haber oído algo acerca de los Lindley y sus caballos, pero el recuerdo no era claro. Continuó caminando, descalzo sobre el pasto húmedo, hacia la casa de los Welcher, donde descubrió que la piscina estaba seca.

La ausencia de este eslabón en su cadena acuática lo decepcionó de un modo absurdo, y se sintió como un explorador que busca una fuente torrencial y encuentra un arroyo seco. Se sintió desilusionado y desconcertado. Era costumbre salir durante el verano, pero nadie vaciaba nunca sus piscinas. Era evidente que los Welcher se habían marchado. Los muebles de la piscina estaban plegados, apilados y cubiertos con fundas. El vestuario estaba cerrado con llave. Todas las ventanas de la casa estaban cerradas, y cuando dio la vuelta a la vivienda en busca del sendero que conducía a la salida vio un cartel que indicaba EN VENTA clavado a un árbol. ¿Cuándo había oído hablar por última vez de los Welcher...?; es decir, ¿cuándo había sido la última vez que él y Lucinda habían rechazado una invitación a cenar con ellos? Le parecía que hacía apenas una semana, poco más o menos. ¿La memoria le estaba fallando, o la había disciplinado tanto en la representación de los hechos ingratos que había deteriorado su propio sentido de la verdad? Ahora, oyó a lo lejos el ruido de un encuentro de tenis. El hecho lo reanimó, dispuso sus aprensiones y pudo mirar con indiferencia el cielo nublado y el aire frío. Era el día que Neddy Merrill atravesaba nadando el condado. ¡El mismo día! Atacó ahora el trecho más difícil.

Si ese día uno hubiera salido a pasear para gozar de la tarde dominical quizá lo hubiera visto, casi desnudo, de pie al borde la Ruta 424, esperando la oportunidad de cruzar. Quizá uno se preguntaría si era la víctima de una broma pesada, si su automóvil había sufrido su desperfecto o si se trataba sencillamente de un loco. De pie, descalzo, sobre los montículos al costado de la autopista –latas de cerveza, trapos viejos y cámaras reventadas- expuesto a todas las burlas, ofrecía un espectáculo lamentable. Al comenzar, sabía que ese trecho era parte de su trayecto –había estado en sus mapas-, pero al enfrentarse a las hileras del tránsito que serpeaban a través de la luz estival, descubrió que no estaba preparado. Provocó risas y burlas, le arrojaron un envase de cerveza, y no podía afrontar la situación con dignidad ni humor. Hubiera podido regresar, volver a casa de los Westerhazy, donde Lucinda sin duda continuaba sentada al sol. No había firmado nada, jurado ni prometido nada, ni siquiera a sí mismo. ¿Por qué, creyendo, como era el caso, que todas las formas de obstinación humana eran asequibles al sentido común no podía regresar? ¿Por qué estaba decidido a terminar su viaje aunque eso amenazara su propia vida? ¿En qué momento esa travesura, esa broma, esa suerte de pirueta había cobrado gravedad? No podía volver, ni siquiera podía recordar claramente el agua verdosa de los Westerhazy, la sensación de inhalar los componentes del día, las voces amistosas y descansadas que afirmaban que ellos habían bebido demasiado. Después de más o menos una hora había recorrido una distancia que imposibilitaba el regreso.

Un anciano que venía por la autopista a veinticinco kilómetros por hora le permitió llegar al medio de la calzada, donde había un refugio cubierto de pasto. Allí se vio expuesto a las burlas del tránsito que iba hacia el norte, pero después de diez o quince minutos pudo cruzar. Desde allí, tenía un breve trecho hasta el Centro de Recreación,

que estaba a la salida del pueblo de Lancaster, donde había unas canchas de balonmano y una piscina pública.

El efecto del agua en las voces, la ilusión de brillo y expectativa era la misma que en la piscina de los Bunker, pero aquí los sonidos eran más estridentes, más ásperos y más agudos, y apenas entró en el recinto atestado tropezó con la reglamentación “**TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN DARSE UNA DUCHA ANTES DE USAR LA PISCINA. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN USAR LA PLACA DE IDENTIFICACIÓN**”. Se dio una ducha, se lavó los pies en una solución turbia y acre y se acercó al borde del agua. Hedía a cloro y le pareció un fregadero. Un par de salvavidas apostados en un par de torrecillas tocaban silbatos policiales, aparentemente con intervalos regulares, y agredían a los bañistas por un sistema de altavoces. Neddy recordó añorante el agua color zafiro de los Bunker, y pensó que podía contaminarse –perjudicar su propio bienestar y su encanto- nadando en ese lodazal, pero recordó que era un explorador, un peregrino, y que se trataba sencillamente de un recodo de aguas estancadas del río Lucinda. Se zambulló, arrugando el rostro con desagrado, en el agua clorada y tuvo que nadar con la cabeza sobre el agua para evitar choques, pero aun así lo empujaron, lo salpicaron y zarandearon. Cuando llegó al extremo menos profundo, ambos salvavidas estaban gritándole:

-¡Eh, usted, el que no tiene placa de identificación, salga del agua!

Así lo hizo, pero no podían perseguirlo, y atravesó el hedor de aceite bronceador y cloro, dejó atrás la empalizada y fue a las pistas de balonmano. Después de cruzar el camino entró en el sector arbolado de la propiedad de los Halloran. No se había desbrozado el bosque, y el suelo fue traicionero y difícil hasta que llegó al jardín y el seto de hayas recortadas que rodeaban la piscina.

Los Halloran eran amigos, y una pareja anciana muy adinerada que parecía regodearse con la sospecha de que podían ser comunistas. Eran entusiastas reformadores, pero no comunistas, y sin embargo cuando se los acusaba de subversión, como a veces ocurría, el incidente parecía complacerlos y excitarlos. El seto de hayas era amarillo, y nadie supuso que estaba agostado, como el arce de los Levy. Dijo “Hola, hola”, para avisar a los Halloran que se acercaba, para moderar su invasión de la intimidad del matrimonio. Por razones que el propio Neddy nunca había llegado a entender, los Halloran no usaban trajes de baño. A decir verdad, no eran necesarias las explicaciones. Su desnudez era un detalle de la inflexible adhesión a la reforma, y antes de pasar la abertura del seto Neddy se despojó cortésmente de sus pantaloncitos.

La señora Halloran, una mujer robusta de cabellos blancos y rostro sereno, estaba leyendo el Times. El señor Halloran estaba extrayendo del agua hojas de haya con una barredera. No parecieron sorprendidos ni desagradados de verlo. La piscina de los Halloran era quizá la más antigua de la región, un rectángulo de lajas alimentado por un arroyo. No tenía filtro ni bomba, y sus aguas mostraban el oro opaco del arroyo.

-Estoy nadando a través del condado –dijo Ned.

-Vaya, no sabía que era posible –exclamó la señora Halloran.

-Bien, vengo de la casa de los Westerhazy –afirmó Ned-. Unos seis kilómetros.

Dejó los pantaloncitos en el extremo más hondo, caminó hacia el extremo contrario y nadó el largo de la piscina. Cuando salía del agua oyó la voz de la señora Halloran que decía:

-Neddy, nos dolió muchísimo enterarnos de sus desgracias.

-¿Mis desgracias? –preguntó Ned-. No sé de qué habla.

-Bien, oímos decir que vendió la casa y que sus pobres niñas...

-No recuerdo haber vendido la casa –dijo Ned-, y las niñas están allí.

-Sí –suspiró la señora Halloran-. Sí... -Su voz impregnó el aire de una desagradable melancolía y Ned habló con brusquedad-. Gracias por permitirme nadar.

-Bien, que tenga un buen viaje –dijo la señora Halloran.

Después del seto, se puso los pantaloncitos y se los ajustó. Los sintió sueltos, y se preguntó si en el curso de una tarde podía haber adelgazado. Tenía frío y estaba cansado, y los Halloran desnudos y sus aguas oscuras lo habían deprimido. El esfuerzo era excesivo para su resistencia, pero ¿cómo podía haberlo previsto cuando se deslizaba por la baranda esa mañana y estaba sentado al sol, en casa de los Westerhazy? Tenía los brazos inertes. Sentía las piernas como de goma y le dolían las articulaciones. Lo peor era el frío en los huesos y la sensación de que quizá nunca volviera a sentir calor. Alrededor, caían las hojas y Ned olió en el viento el humo de leña. ¿Quién estaría quemando leña en esa época del año?

Necesitaba una copa. El whisky podía calentarlo, reanimarlo, permitirle salvar la última etapa de su trayecto, renovar su idea de que atravesar nadando el condado era un acto original y valiente. Los nadadores que atravesaban el canal bebían brandy. Necesitaba un estimulante. Cruzó el prado que se extendía frente a la casa de los Halloran y descendió por un estrecho sendero hasta el lugar en que habían levantado una casa para su única hija, Helen, y su marido, Eric Sachs. La piscina de los Sachs era pequeña, y allí encontró a Helen y su marido.

-Oh, Neddy –exclamó Helen-. ¿Almorzaste en casa de mamá?

-En realidad, no –dijo Ned-. Pero en efecto vi a tus padres. –Le pareció que la explicación bastaba-. Lamento muchísimo interrumpirlos, pero tengo frío y pienso que podrían ofrecerme un trago.

-Bien, me encantaría –dijo Helen-, pero después de la operación de Eric no tenemos bebidas en casa. Desde hace tres años.

¿Estaba perdiendo la memoria y quizá su talento para disimular los hechos dolorosos lo inducía a olvidar que había vendido la casa, que sus hijas estaban en dificultades y que su amigo había sufrido una enfermedad? Su vista descendió del rostro al abdomen de Eric, donde vio tres pálidas cicatrices de sutura, y dos tenían por lo menos treinta centímetros de largo. El ombligo había desaparecido, y Neddy se preguntó qué podía hacer a las tres de la madrugada la mano errabunda que ponía a prueba nuestras cualidades amatorias, con un vientre sin ombligo, desprovisto de nexo con el nacimiento. ¿Qué podía hacer con esa brecha en la sucesión?

-Estoy segura de que podrás beber algo en casa de los Biswanger –dijo Helen-. Celebran una reunión enorme. Puedes oírlos desde aquí. ¡Escucha!

Ella alzó la cabeza y desde el otro lado del camino, atravesando los prados, los jardines, los bosques, los campos, él volvió a oír el sonido luminoso de las voces reflejadas en el agua.

-Bien, me mojaré –dijo Ned, dominado siempre por la idea de que no tenía modo de elegir su medio de viaje. Se zambulló en el agua fría de la piscina de los Sachs y jadeante, casi ahogándose, recorrió la piscina de un extremo al otro-. Lucinda y yo deseamos muchísimo verlos –dijo por encima del hombro, la cara vuelta hacia la propiedad de los Biswanger-. Lamentamos que haya pasado tanto tiempo y los llamaremos muy pronto.

Cruzó algunos campos en dirección a los Biswanger y los sonidos de la fiesta. Se sentirían honrados de ofrecerle una copa, de buena gana le darían de beber. Los Biswanger invitaban a cenar a Ned y Lucinda cuatro veces al año, con seis semanas de anticipación. Siempre se veían desairados, y sin embargo continuaban enviando sus invitaciones, renuentes a aceptar las realidades rígidas y antidemocráticas de su propia sociedad. Eran la clase de gente que discutía el precio de las cosas en los cócteles, intercambiaba datos acerca de los precios durante la cena, y después de cenar contaba chistes verdes a un público de ambos sexos. No pertenecían al grupo de Neddy, ni siquiera estaban incluidos en la lista que Lucinda utilizaba para enviar tarjetas de Navidad. Se acercó a la piscina con sentimientos de indiferencia, compasión y cierta incomodidad, pues parecía que estaba oscureciendo y eran los días más largos del año. Cuando llegó, encontró una fiesta ruidosa y con mucha gente. Grace Biswanger era el tipo de anfitriona que invitaba al dueño de la óptica, al veterinario, al negociante de bienes raíces y al dentista. Nadie estaba nadando, y la luz del crepúsculo reflejada en el agua de la piscina tenía un destello invernal. Habían montado un bar, y Ned caminó en esa dirección. Cuando Grace Biswanger lo vio se acercó a él, no afectuosamente, como él tenía derecho a esperar, sino en actitud belicosa.

-Caramba, a esta fiesta viene todo el mundo –dijo en voz alta- y también los intrusos.

Ella no podía perjudicarlo socialmente... eso era indudable, y él no se impresionó.

-En mi carácter de intruso –preguntó cortésmente-, ¿puedo pedir una copa?

-Como guste –dijo ella-. No parece que preste mucha atención a las invitaciones.

Le volvió la espalda y se reunió con varios invitados, y Ned se acercó al bar y pidió un whisky. El barman le sirvió, pero lo hizo bruscamente. El suyo era un mundo en que los camareros representaban el termómetro social, y verse desairado por un barman que trabajaba por horas significaba que había sufrido cierta pérdida de dignidad social. O quizá el hombre era nuevo y no estaba informado. Entonces, oyó a sus espaldas la voz de Grace, que decía:

-Se arruinaron de la noche a la mañana. Tienen solamente lo que ganan. –Y él apareció borracho un domingo y nos pidió que le prestásemos cinco mil dólares... -Esa mujer siempre hablaba de dinero. Era peor que comer guisantes con cuchillo. –Se zambulló en la piscina, nadó de un extremo al otro y se alejó.

La piscina siguiente de su lista, la antepenúltima, pertenecía a su antigua amante, Shirley Adams. Si lo habían herido en la propiedad de los Biswanger, aquí podía curarse. El amor –en realidad, el combate sexual- era el supremo elixir, el gran anestésico, la píldora de vivo color que renovarían la primavera de su andar, la alegría

de la vida en su corazón. Habían tenido un asunto la semana pasada, el mes pasado, el año pasado. No lo lograba recordar. Él había interrumpido la relación, que era quien prevalecía, y pasó el portón en la pared que rodeaba la piscina sin que su sentimiento fuese tan ponderado como la confianza en sí mismo. En cierto modo parecía que era su propia piscina, pues el amante, y sobre todo el amante ilícito, goza de las posesiones. La vio allí, los cabellos color de bronce, pero su figura, al borde del agua luminosa y cerúlea, no evocó en él recuerdos profundos. Pensó que había sido un asunto superficial, aunque ella había llorado cuando lo dio por terminado. Parecía confundida de verlo, y Ned se preguntó si aún estaba lastimada. ¿Quizá, Dios no lo permitiese, volvería a llorar?

-¿Qué deseas? –preguntó.

-Estoy nadando a través del condado.

-Santo Dios. ¿Jamás crecerás?

-¿Qué pasa?

-Si viniste a buscar dinero –dijo-, no te daré un centavo más.

-Podrías ofrecerme una bebida.

-Podría, pero no lo haré. No estoy sola.

-Bien, ya me voy.

Se zambulló y nadó a lo largo de la piscina, pero cuando trató de alzarse con los brazos sobre el reborde descubrió que ni los brazos ni los hombros le respondían, así que chapoteó hasta la escalerilla y trepó por ella. Mirando por encima del hombro vio, en el vestuario iluminado, la figura de un joven. Cuando salió al prado oscuro olió crisantemos y caléndulas –una tenaz fragancia otoñal- en el aire nocturno, un olor intenso como de gas. Alzó la vista y vio que habían salido las estrellas, pero ¿por qué le parecía estar viendo a Andrómeda, Cefeo y Casiopea? ¿Qué se había hecho de las constelaciones de mitad del verano? Se echó a llorar.

Probablemente era la primera vez que lloraba siendo adulto y en todo caso la primera vez en su vida que se sentía tan desdichado, con tanto frío, tan cansado y desconcertado. No podía entender la dureza del barman o la dureza de una amante que le había rogado de rodillas y había regado de lágrimas sus pantalones. Había nadado demasiado, había estado mucho tiempo en el agua, y ahora tenía irritadas la nariz y la garganta. Lo que necesitaba era una bebida, un poco de compañía y ropas limpias y secas, y aunque hubiera podido acortar camino directamente, a través de la calle, para llegar a su casa, siguió en dirección a la piscina de los Gilmartin. Aquí, por primera vez en su vida, no se zambulló y descendió los peldaños hasta el agua helada y nadó con una brazada irregular que quizá había aprendido cuando era niño. Se tambaleó de fatiga de camino hacia la propiedad de los Clyde, y chapoteó de un extremo al otro de la piscina, deteniéndose de tanto en tanto a descansar con la mano aferrada al borde. Había cumplido su propósito, había recorrido a nado el condado, pero estaba tan aturdido por el agotamiento que no veía claro su propio triunfo. Encorvado, aferrándose a los pilares del portón en busca de apoyo, subió por el sendero de su propia casa.

El lugar estaba a oscuras. ¿Era tan tarde que todos se habían acostado? ¿Lucinda se había quedado a cenar en casa de los Westerhazy? ¿Las niñas habían ido a buscarla, o

estaban en otro lugar? ¿O habían convenido, como solían hacer el domingo, rechazar todas las invitaciones y quedarse en casa? Probó las puertas del garaje para ver qué automóviles había allí, pero las puertas estaban cerradas con llave y de los picaportes se desprendió óxido que le manchó las manos. Se acercó a la casa y vio que la fuerza de la tormenta había desprendido uno de los caños de desagüe. Colgaba sobre la puerta principal como la costilla de un paraguas; pero eso podía arreglarse por la mañana. La casa estaba cerrada con llave, y él pensó que la estúpida cocinera o la estúpida criada seguramente habían cerrado todo, hasta que recordó que hacía un tiempo que no empleaban criada ni cocinera. Gritó, golpeó la puerta, trató de forzarla con el hombro y después, mirando por las ventanas, vio que el lugar estaba vacío.

La mujer de Liñares, de Vlady Kociancich



Daisy A. de Liñares despertó una noche de junio para no dormirse nunca más. La muerte del sueño llegaría tarde a su conciencia, día tras día, hora tras hora, por negros pasadizos de angustia, pero ocurrió esa noche, como la voladura de un puente: primero la explosión, luego el humo, finalmente el vacío.

Se encontró sentada en la cama, sin aire y temblando de estupor. Instintivamente había puesto una mano sobre la espalda de Liñares. La retiró con una brusquedad no menos instintiva. Espantada, comprendió que el primer movimiento en busca del cuerpo de Liñares pertenecía al pasado y al amor, el segundo a la repugnancia. Y se sintió caer en esa leve raya trazada por la fatalidad como en una grieta cuya hondura alcanzaba el centro de la tierra.

Cuando pudo salir, vio que ya había prendido el velador, ya se deslizaba fuera de la cama, del dormitorio, hacia la sala, apretando llaves de luz, tirando de frío en un camisón demasiado liviano, rogando que Liñares no se despertara.

Estaban en Berlín y era junio. Se dio cuenta de que repetía en voz baja Berlín y junio como mensajes que le ordenaban transmitir y que temía olvidar. Pensó en la sonrisa divertida de Liñares si pudiera escucharla, en la tutela afectuosa de Liñares sobre los tropiezos que daba, en la gracia con que Liñares narraría a los amigos otra anécdota más, otro párrafo para la antología titulada *Mi mujer*, edición de autor que circulaba adherida a los libros de Enrique Liñares, el famoso escritor, y también pensó, inconsecuentemente, en su terrible vergüenza de una tarde, cuando Liñares dijo en público, riendo, mientras la abrazaba:

–Me llama Liñares, como una señora de barrio.

La mujer de Liñares tenía treinta y dos años, aparentaba poco más de veinte. Las hijas sorprendían como hermanas menores de aquella chica rubia, baja, menuda.

No era hermosa. Era apenas bonita y sabía, sin entristecerse, que el contraste de los grandes ojos castaños con ese pelo de oro, la regularidad de los rasgos, la buena figura, sólo llamaban la atención un momento, como las flores que adornan una mesa antes de la comida.

No era inteligente. Le había costado mucho aprender algo de inglés, algo de francés, para desenvolverse sola en las ciudades donde años atrás acampaban con Liñares (sofás prestados, departamentos provisoriamente vacíos, hospedajes misérrimos) y donde ahora residían, con holgura, hasta con una moderada exhibición de lujo.

No era culta. Aunque le gustaba leer y lo había hecho, a saltos, afirmada en la robusta erudición de Liñares, se perdía en cierto humor, cierta ironía, cierto lenguaje, como una polilla golpeándose las alas contra los filamentos de la lámpara. Pero podía jactarse de su buena salud.

Aquel cuerpo de escaso tamaño, femenino hasta el borde de la caricatura, tenía una resistencia de leñador. Había soportado inviernos de Madrid en piezas sin calefacción cuando el hielo destrozaba las cañerías, ella y su hija mayor, entonces la única, abrazadas en la cama bajo mantas y un viejo tapado de piel, mientras Liñares,

que no podía escribir, buscaba calor y consuelo emborrachándose en las tascas. Contactos, le explicaba Liñares, y ella pensaba que lo hacía por ella. No los libros espléndidos sino la caza nocturna de amigos influyentes. No la obra sino el aprendizaje de una guerra resumida en la palabra abstracta, contactos, que los pondría de pie en el mundo, que los puso, y que luego se borró de la conversación de los dos como una palabra obsoleta.

La mujer de Liñares era simple y alegre. Liñares no se cansaba de elogiar su risa fácil, las pobres cosas que la divertían, la rapidez para olvidar las bromas esquivas, las alusiones en voz baja o voz alta, según el grado de confianza o de histeria, al lastre conyugal de Liñares, que Liñares y sus amistades, hombres y mujeres de psicología muy compleja, sin pudor, sin mala voluntad, repetían en monótona sucesión, cambiando de papel, de idioma, de escenario, pero nunca de tema (el misterio de que un escritor como Liñares soportara una mujer tan tonta) en el transcurso de los años que llevaban juntos.

Sin ese carácter, o ese don, como lo llamaba Liñares, ¿qué hubiera sido del amor de jóvenes que unió un verano de Buenos Aires a la chica preciosa, ignorante empleada de comercio, genes de ama de casa, y al muchacho alto, apuesto como un príncipe de novela y también furiosamente intelectual, ya desdichado, ya escritor, incipiente promesa y colaborando en revistas que morían en el segundo número?

Ella nunca dudó de que serían felices en España, aunque lloró en brazos de la madre cuando debió anunciarle el viaje y soportó la hosca acusación del padre porque se iban sin casarse, aunque la aterraba lo que vendría y vino. Los trabajos mal pagos, las deudas que Liñares contrajo en seguida, la desesperación de Liñares, las semanas enteras con Liñares tirado en la cama, hundido en los vapores de su abatimiento, insultando ebrio, suplicando lúcido, amándola a rachas, tal como escribía, por inspiración, por extravío, porque simplemente le daba la gana, mientras ella limpiaba, lavaba, cocinaba y ganaba el sustento de los dos favorecida por una cabeza sin enredo, una tenacidad que no caía bajo el embate de las imaginaciones y la ayudaba a tomar el ómnibus todas las mañanas a Madrid, todas las noches de vuelta a El Escorial, abriendo y cerrando el tosco círculo de ocho horas de recepcionista con sueldo en negro.

No era celosa. Si alguna admiración despertaba en los amigos de Liñares, la debía a esa virtud tan rara en las mujeres. Más que tolerar aceptaba, con una sabiduría a la que se mezclaba la inocencia, que un hombre inteligente, buen mozo y célebre, atrajera a otras más inteligentes, más hermosas y célebres que ella. Por otra parte, Liñares se aplicaba en no ofenderla.

Salvo cuando bebía demasiado o no podía escribir, ocultaba generosamente sus amores y ella había tardado (ya no) en descubrirlos o que se los descubrieran, como las nostálgicas, muy detalladas cartas de la estudiante del curso que dictó Liñares en Ohio, la voz en el teléfono del hotel de Colonia que llorando le rogó que dejara en paz a Liñares, la progresiva traducción de compromisos nocturnos, viajes y ausencias de Liñares a cuerpos abrazados. Un cuerpo era el del hombre que irremediablemente, amorosamente, volvía a ella. Del otro cuerpo Daisy apartaba la vista.

Era una madre cariñosa. Las chicas la hubieran comprendido sin esos cambios de un país a otro, de una casa a otra casa, y si Liñares no creyera a pi e firme que consintiendo los caprichos de las hijas ganaba un punto de favor sobre los torpes desvelos de la madre, si en nombre de la libertad no estimulara las rebeliones

infantiles hasta convertirlas en estallidos de odio contra la carcelera, motines combinados con el sometimiento y el desprecio.

Liñares adoraba a las chicas, insólito en Liñares, que todavía era como un niño y no podía ocuparse de otros niños, nunca se había ocupado, pero era tan bueno en los juegos, en los mimos, en la adhesión casi física a esas miniaturas de ella, como solía describirlas, al punto de jurarle una noche, durante una pelea, que si lo abandonaba tendría que irse sola.

La mujer de Liñares era agradecida. Siempre creyó en el talento de Liñares, creyó que cuando al reconocimiento público se sumara la prosperidad, él se haría cargo con largueza del bienestar de ambos. Liñares cumplió y ella lo agradecía.

Liñares tenía ingenio, además de buen gusto, para hacerle regalos, se acordaba de fechas absurdas, la sorprendía con una caja enorme y una diminuta alhaja adentro o imposibles ramos de rosas. También agradeció la autoridad que empleó Liñares en ayudarla a vestirse mejor, a expresarse mejor, a no humillarlo ante las nuevas relaciones que les impuso la consagración de Liñares. Le agradeció el cambio de su trato, Liñares era más blando ahora, de los furores irracionales de antes apenas conservaba la mirada rápida, iracunda, la frase desdeñosa si había gente con ellos, y algún estallido de violencia doméstica, un jarrón destrozado, un par de copas, un insulto procaz, cuando quedaban solos. Frecuentemente le decía:

–Nunca amé a otra mujer en mi vida, Daisy A. de Liñares.

Ella tampoco había amado a otro hombre, aunque hacía tanto que él no la quería. Lo había amado con la naturalidad animal con que dormía, acomodándose en el amor como se acomodaba en su lado de la cama, confiada en el amor que sentía por Liñares como confiaba en el sueño que la bajaba suavemente a la almohada para borrar del cuerpo, noche a noche, todas las cicatrices de fatiga.

Hasta esta noche.

Era junio y estaban en Berlín. Débilmente, casi con timidez, murmuró:

–Es junio y estamos en Berlín.

Se acercó a la ventana, descorrió la cortina, miró la calle. No había nadie a esa hora, las dos o las tres de la mañana.

Fue entonces cuando Daisy A. de Liñares, abrumada por el peso de la verdad, dejó caer la cabeza entre los brazos ateridos y lloró silenciosamente, para no despertar a Liñares, la muerte del amor, anunciada por la muerte del sueño.

Una muerte que veló en secreto durante largos meses a partir de esta noche, dejándose engañar de tanto en tanto por un reflejo de ternura, por unos minutos de sopor, hasta el día en que sobrepuesta del duelo, tomó sin escandalizarse la ya cotidiana pastilla, la valija, el pasaporte, el avión de regreso a Buenos Aires.

El asombro, el dolor y las hijas, quedaron con Liñares.

El visitante, de Dylan Thomas



Las manos le pesaban, aunque toda la noche las había tenido posadas sobre las sábanas y no las había movido más que para llevárselas a la boca y al alborotado corazón. Las venas, insalubres, torrentes azules, se precipitaban hacia un blanco mar. A su lado una taza desportillada despedía un vaho de leche. Olfateó la mañana y supo entonces que los gallos volvían a asomar las crestas y cacareaban al Sol. ¿Qué eran aquellas sábanas que le envolvían sino un sudario? ¿Y qué era aquel fatigoso tictac del reloj, situado entre los retratos de su madre y su difunta esposa, sino la voz de un viejo enemigo? El tiempo era lo suficientemente generoso como para dejar que el Sol llegara a la cama y lo bastante misericorde como para arrancárselo por sorpresa cuando se cernía la noche y más necesitado estaba él de luz roja y claro calor.

Rhiana estaba al cuidado de un muerto: acercó a aquellos labios muertos el borde descascarillado de la taza. Aquello que latía bajo las costillas era imposible que fuera el corazón. Los corazones de los muertos no laten. Mientras esperaba a ser amortajado y embalsamado, Rhiana le había abierto el pecho con una plegadora, le había extirpado el corazón y lo había metido en el reloj. La oyó decir por tercera vez: «Bébetela leche.» Y al sentir que su amargor se le deslizaba por la lengua y que las manos de ella le acariciaban la frente, supo que no estaba muerto. Aún vivía. Los meses, serpenteando entre secos días, seguían su cauce de millas y millas en pos de los años.

Hoy vendría a sentarse allí y a charlar con él. Oyó dentro de la cabeza la batalla de voces de Callaghan y Rhiana, luego se quedó dormido saboreando la sangre de las palabras. Las manos le pesaban. Por dentro de aquel cuerpo escurrido y blanco en cuyos costados sobresalían los filos de las costillas, se había apostado una sombra de melancolía. Sus manos habían apretado otras manos y habían lanzado algo al vacío. Ahora eran unas manos muertas. Podía retorcérselas entre los cabellos o llevarlas insensibles hasta el estómago o dejar que se perdieran en el valle abierto entre los pechos de Rhiana. Cualquier cosa que hiciera con ellas, estaban tan muertas como las manecillas del reloj y a su compás giraban.

-¿Cierro la ventana hasta que caliente más el Sol? -dijo Rhiana.

-No tengo frío.

Estuvo a punto de decirle que los muertos no sienten ni el calor ni el frío, que ni el Sol ni el viento pueden metérseles entre las ropas. Pero ella se habría reído con aquella condescendencia suya, le habría besado en la frente y le hubiera dicho:

-¿Por qué estás aquí, Peter, qué tienes? Mañana estarás bien.

Un día había de salir a vagar por las colinas de Jarvis como el fantasma de un niño y le oiría decir a la gente: «Ese es el fantasma de Peter, un poeta que estuvo muerto varios años antes de que lo enterrasen.»

Rhiana le tapó los hombros con la sábana, le dio un beso como todas las mañanas y se llevó la taza.

Un hombre había dibujado con pincel un marco de colores bajo el Sol y había pintado círculos y más círculos alrededor de su esfera. La muerte era un hombre con una guadaña, pero aquel día de verano no había vida que segar.

El enfermo esperaba a su visitante. Peter estaba esperando a Callaghan. Su cuarto era un mundo dentro de otro mundo. Dentro de él había un mundo que giraba y giraba y donde salía un Sol y se ponía una Luna. Callaghan era el viento del oeste y Rhiana, como un viento del sur, le quitaba los escalofríos del otro viento.

Se llevó la mano a la cabeza y la posó allí como una piedra sobre otra. Nunca había sonado la voz de Rhiana tan remota como cuando dijo que se bebiera la leche. ¿Y qué era ella sino una enamorada hablando enloquecida a su amor bajo la tapa de un ataúd arropado? ¿Quién habría andado hurgando en él durante la noche para despojarle de todo menos de un corazón ajeno? Aquel corazón guardado en la armadura de sus costillas no le pertenecía, tampoco era suyo aquel hormigueo en las venas de los pies. Ya no podía mover los brazos ni siquiera para abrazar a una muchacha y protegerla de vientos y ladrones. Nada había bajo el Sol más lejano que su propio nombre. La poesía era una simple ristra de palabras puestas a secar. Dio forma con los labios a una leve esfera de sonidos y pronunció una palabra.

No hay mañana para los muertos. No cabía pensar que tras la noche y el sueño la vida iba a volver a brotar como una flor por las rendijas de un ataúd.

El cuarto era un amplio lugar en torno a él. Los retratos mendaces de las mujeres le contemplaban desde sus marcos. A un lado el rostro de su madre, un óvalo amarillento dentro de un marco de terciopelo y oro viejo, y al otro la difunta Mary. Aunque el viento de Callaghan soplara con fuerza, nunca lograría abatir la pared que había tras ella. Pensaba en ella tal y como había dicho, recordaba su Peter, querido, Peter, y la sonrisa de sus ojos.

Recordó que no había vuelto él a sonreír desde aquella noche, hacía ya siete años, en que el corazón se le había estremecido con tanta violencia que le había hecho caer. Había hallado fuerzas en el precioso crepúsculo. Sobre las colinas y el tejado habían desfilado anchas lunas, y a la primavera había seguido el verano. ¿Cómo había podido vivir sin que Callaghan hubiera aventado con un ruidoso soplido las telarañas del mundo y sin que Millicent hubiera derramado sobre él todo su cariño? Pero los muertos no necesitan amigos. Miró con perplejidad por encima de la tapa del ataúd. Un hombre de cera hierático y rígido le devolvió la mirada. Después los ojos se desviaron y se contemplaron el rostro.

Nada hubo en el cambio de los días más que la divinidad que él había construido en torno a ella. Su hijo mató a Marya en las entrañas. El notó que su cuerpo se volvía vapor y que los hombres ligeros como el aire pasaban a través de él con sus pies metálicos.

Empezó a gritar:

-¡Rhiana, Rhiana!, me han levantado y me están dando patadas en el costado. La sangre me corre gota a gota. ¡Rhiana!

Ella subió corriendo y una y otra vez le limpiaba las lágrimas de las mejillas con la manga del vestido.

Siguió allí tumbado toda la mañana, mientras el día crecía y maduraba camino del mediodía. Rhiana entraba y salía y él olfateaba la leche y los tréboles de su vestido

cuando se inclinaba sobre él. Nuevamente sorprendido seguía sus refrescantes evoluciones por la estancia, el movimiento de sus manos mientras quitaban el polvo al marco del retrato de Mary. Con la misma sorpresa, pensó, siguen los muertos la velocidad del movimiento y el florecer de la piel. Ella debía estar cantando mientras recorría la habitación de un lado a otro poniendo las cosas en su sitio, zumbando como una abeja. Y si hubiera hablado o reído, o se hubiera enganchado las uñas con el fino metal de los candelabros rechinando en un sollozo de campana, o si su cuarto se hubiera llenado de repente de un estruendo de pájaros, él se hubiera echado nuevamente a llorar. Le agradó contemplar las inmóviles olas de las ropas de la cama, y pensó que era una isla emplazada en algún lugar de los mares del Sur. En esta isla de rica y milagrosa vegetación los frutos, los vientos del Pacífico los hacían caer al suelo y allí se convertían en amparo de las expediciones veraniegas.

Y pensando en la isla, pensó también en el agua y sintió su ausencia. El vestido de Rhiana ondulando a su paso, creaba un murmullo de agua. La llamó a su lado y, poniéndole la mano en la pechera, sintió un tacto de agua. «Agua», le dijo. Y le contó cómo de niño se había tumbado a veces sobre las rocas jugueteando con los dedos en la corriente. Ella le trajo entonces un vaso de agua y se lo puso a la altura de los ojos para que pudiera ver la habitación a través de un muro de agua. No quiso beber él y ella retiró el vaso. Imaginó la frescura del mar. Aquella tarde de verano le hubiera gustado estar sumergido totalmente en el agua y ser, no una isla que flotara sobre ella, sino un verde lugar en el fondo de una vertiginosa caverna marina. Pensó unas palabras bonitas y compuso un verso acerca de un olivo que crecía en el fondo de un lago. Pero el árbol era un árbol de palabras y el lago rimaba con otra palabra.

-Siéntate y léeme, Rhiana.

-Después de que comas -dijo ella.

Y le trajo comida.

Él no podía comprender que ella hubiera bajado a la cocina y que le estuviera preparando la comida con sus propias manos. Pero se había ido y ya estaba de vuelta otra vez con la sencillez de una doncella del Antiguo Testamento. Su nombre no tenía sentido, pero sonaba muy bien. Era un nombre extraño tomado de la Biblia. Aquella mujer le había lavado el cuerpo después de arrancárselo al árbol y sus dedos expertos y frescos habían acariciado los huecos de su corteza como diez bendiciones. Él le gritó: «Pónme bajo el brazo hierbas dulces y mojadas de tu saliva y estaré fragante.»

-¿Qué te leo? -preguntó ella sentándose a su lado.

Él movió la cabeza, no le importaba lo que le leyera, sólo quería escuchar su voz y en nada quería pensar sino en las inflexiones de su tono.

*Ah! gentle may i lay me down,
and gentle rest my head,
and gentle sleep the sleep of death,
and gentle hear the voice
of Him that walketh in the garden
in the evening time. **

*
—

*Dulcemente quisiera yacer,
y dulcemente apoyar mi cabeza,
dulcemente dormir el sueño de los muertos
y dulcemente oír la voz
de Aquel que cruza por mi jardín
a esta hora de la tarde.*

Callaghan tenía el abrigo mojado y le rozó a Peter el rostro.

-Callaghan, Callaghan -le dijo con la boca apretada contra la negra tela de su abrigo.

Sintió los movimientos del cuerpo de Callaghan, el tensarse y relajarse de sus músculos, notó la curva de sus hombros, el impacto de sus pies sobre el suelo movedizo. Un viento de arcilla y limo subió hasta su rostro.

Sólo cuando sintió un arañazo de ramas en la espalda supo que iba desnudo. Para no gritar, apretó firmemente los labios como un dique contra aquella carne floja. Callaghan también iba desnudo como un niño.

-Vamos desnudos. Aún nos quedan los huesos, los órganos, la piel y la carne. Tienes en el pelo una cinta de sangre. No te asustes. Un tejido de venas te cubre las piernas.

El mundo se echaba encima de ellos, en el vacío se precipitaba un viento aventando los frutos del combate bajo la Luna. Peter oyó un canto de pájaros, pero era un canto nunca oído, muy distinto de aquel otro que salía de las gargantas de los pájaros de su ventana. Eran pájaros ciegos.

-¿Son ciegos? -dijo Callaghan-. Tienen mundos en los ojos. Su trino es blanco y negro. No te asustes. Bajo la cáscara de sus huevos, hay unos ojos que brillan.

De repente se detuvo. Peter tenía, entre sus brazos, la ligereza de una pluma. Lo depositó dulcemente sobre un verde ribazo. Allí comenzaba el viaje infinito de un valle cargado de hierbas y entecos árboles hasta perderse en la lejanía donde la Luna pendía oscura como un cordón umbilical. A uno y otro lado surgía de entre los bosques un afilado rumor de faisanes y escopetas que caían como una lluvia. Pero al momento la noche se había serenado y aquel trepidar de ramas arrumbadas por donde los pies de Callaghan pisaban chasqueando vino a hacerse un suave rumor.

Peter, con la conciencia de su corazón enfermo, se llevó una mano al costado y lo encontró vacío. Las puntas de los dedos flotaron por un torrente de sangre, pero las venas no se podían ver. Estaba muerto. Ahora sabía que estaba muerto. El fantasma de Peter, invisiblemente herido, fantasma de sangre, se irguió desafiante frente a la corrupción de la noche.

-¿Dónde estamos? -dijo la voz de Peter.

-En el valle de Jarvis -dijo Callaghan.

Callaghan también estaba muerto. Ni uno de sus cabellos podía moverse bajo la helada que estaba cayendo sin cesar.

-Este no es el valle de Jarvis.

-Este es el valle desnudo.

La Luna, doblando y redoblando la fuerza de sus haces, iluminaba las cortezas, las raíces y las ramas de los árboles de Jarvis, los perfiles de sus piedras, las negras hormigas que se arrastraban entre ellas, los guijarros de los arroyos, la hierba secreta, los incansables gusanos de la muerte. Las comadreas y las ratas, con el pelo emblanquecido por la Luna, salían de sus agujeros por los flancos de las colinas, rabiando y enceladas en busca de gargantas donde clavar la furia de sus dientes. Y cuando el ganado, presa ya de las comadreas que huían, caía al suelo desmoronado, todas las moscas, levantando su vuelo desde los estercoleros, venían sobre sus cabezas y allí se posaban como una nube. Del fondo de aquel valle desnudo emergía el olor de la muerte y se colaba por la enorme nariz de la montaña hasta la cara de la Luna. Las moscas zumbaban sobre los rebaños abatidos. Las ratas peleaban encarnizadamente por entre las heridas de las ovejas. Aún le quedaba a Peter un poco de tiempo antes de que los muertos, apenas identificados, quedaran enterrados bajo una Tierra que el viento arrastraba sonora y poderosamente derribando a su paso nubes de insectos que caían sobre la hierba. Los gusanos de la muerte deshacían ya las fibras de los huesos de los animales, los devoraban espléndida y minuciosamente, de entre las cuencas de los esqueletos crecían malas hierbas y de los pechos abandonados brotaban flores, cuyas hojas tenían el carnosos color de la muerte. Y la sangre que había manado de aquellos cuerpos corría ahora por las verdes superficies y se posesionaba de las semillas que, plantadas en el curso del viento, anunciaban la boca de la primavera. Rojos regatos de sangre, un amasijo de venas retorcidas poblaba espesamente el campo entero como un coágulo de areniscas.

Peter, dentro de su fantasma, gritaba con alegría. En el valle desnudo había vida, vida en su misma desnudez. Peter contemplaba las aguas turbulentas de los torrentes, las flores surgiendo de entre los muertos y la multiplicación de raíces revestidas de un extraño poder en cada tramo de sangre derramada.

Se detuvieron los arroyos. El polvo de la muerte ahogaba las gargantas de la primavera, yacía sobre las aguas como un oscuro hielo, y la luz, hasta entonces un movimiento inundado de ojos, empezó a helarse en el claror de Luna.

-Vida en esta desnudez -dijo Callaghan, burlonamente, y Peter vio que el fantasma de su dedo señalaba los muertos arroyos.

Y mientras hablaba, la forma que el corazón de Peter había tenido en el tiempo de la carne tangible sentía sobre sí la llamada del terror, y una vida estallaba dentro de cada piedra a modo de cuerpos de niño nacidos en mil úteros. Los arroyos volvieron a correr y la luz de la Luna brillaba con un nuevo esplendor sobre el valle, magnificando las sombras en torno y haciendo salir a los topos de sus invernales escondrijos, y arrojándolos a la media noche inmortal del mundo.

-Está empezando a aclarar por el filo del monte -dijo Callaghan.

Y levantó en sus brazos al invisible Peter.

En efecto, empezaba a amanecer en las silvestres lejanías de Jarvis, aún desnudas bajo la Luna.

Callaghan se echó a correr por la cresta del monte hacia el interior de los bosques donde los árboles corrían a su paso. Peter gritó exultante de alegría.

Oyó una carcajada de Callaghan que el viento trajo hasta él con un estertor de trueno. Al bramido del viento siguió una conmoción bajo la capa de la Tierra. Unas veces bajo las raíces y otras en las copas de los árboles. Los dos extraños corrían desesperadamente, saltaban por encima de los cercados y gritaban sin cesar.

-Escucha el canto del gallo -dijo Peter.

Y se subió el embozo de la sábana hasta la mandíbula.

Un hombre había dibujado un círculo rojo por el Este. El fantasma de otro círculo alrededor de la esfera de la Luna giraba en torno a una nube. Se pasó la lengua por los labios revestidos milagrosamente de carne y piel. Tenía en la boca un extraño sabor como si la última noche, hacía ya trescientos años, se hubiera dormido teniendo la corola de una amapola entre ellos. Seguía en su cabeza el viejo rumor de Callaghan. Entre el amanecer y la noche le había hablado de la muerte, había escuchado una carcajada que aún le retumbaba en los oídos. El gallo volvió a cantar y se oyó el trino de un pájaro como una guadaña en un trigal.

Rhiana, con la garganta desnuda y dulce, entró en la habitación.

-Rhiana -dijo-, dame la mano.

Ella no le oyó. Se quedó junto a la cama y le miró con infinito dolor.

-Dame la mano -dijo.

Y poco después:

-¿Por qué me echas la sábana encima de la cara?

Puertas marrones, de Ricardo Sumalavia



Mi padre nunca ansió tener muchos amigos, pero los pocos que llegaron a frecuentar la casa lo hacían con un gran respeto y consideración a sus años como agente municipal. Y este aprecio siempre les fue devuelto como era debido. No era de extrañarse, entonces, que lo buscaran para comunicarle que don Félix, su amigo, había muerto. Le contaron que había sido arrollado por un auto en el jirón Carabaya, frente a su taller de imprenta, justo cuando salía acompañado por sus operarios. «Fue absurdo», repetían estos mirando a mi padre y viéndose entre sí, como sobrevivientes de una inadvertida batalla. Agregaron que don Félix murió mientras era llevado dentro del taller. La ambulancia ya había sido llamada, pero solo llegó para certificar la muerte de quien aún yacía sobre una mesa, entre letras de molde y pliegos de papel, a la espera del fiscal de turno.

Le dijeron a mi padre que por su condición de amigo él era el indicado para darle la noticia a doña Lucía y sus hijos. La familia de don Félix vivía en la calle siguiente, al final de una larga cuadra elevada, semejante a una pendiente, que se truncaba en una plazoleta frente a la Iglesia Santa Ana. Mi padre se mantuvo sereno. Aceptó el encargo y luego muy cortésmente les pidió a aquellos hombres que se retiraran. Mi madre y yo lo vimos caminar hacia su cuarto y reaparecer con una casaca azul encima. Mi madre no lloró, pero su tristeza era evidente. Ambos intercambiaron una rápida mirada. Cuando mi padre subía el cierre de su casaca, se dirigió a mí y ordenó que me alistara, que iba a acompañarlo a la casa de la señora Lucía. Mi madre intervino y le sugirió que no era una buena idea; pero él ya estaba junto a la puerta marrón de nuestra casa, esperándome. Me alisté lo más pronto posible y, antes de cruzar la puerta, mi madre me pasó la mano por el cabello, alisándomelo, y me dijo que no peleara con los hijos de Lucía. Asentí y fui a reunirme con mi padre, quien tenía un par de metros avanzados.

Los hijos de la señora Lucía eran una pareja de doce y diez años. A ambos les gustaba cantar y eran obesos. Quien mejor cantaba era la muchacha, la mayor; realmente sorprendente. El otro, a pesar de su edad, corporalmente era bastante desarrollado y sus cuerdas vocales no le respondían de manera tan sublime como a su hermana. Los dos usaban anteojos de gran medida y con gruesas monturas de Carey negro que por aquellos años no era muy usual entre los jóvenes y niños. Sin lugar a dudas, la elección provenía de la madre, ya que ella usaba unos iguales. Ella, Doña Lucía, sin alcanzar la obesidad de sus hijos, era una mujer rolliza y atractiva. Tenía una cabellera larga, lacia y castaña. Aún hoy puedo imaginarla con las tupidas pecas en su rostro, concentradas bajo sus pómulos.

Mi padre y yo nos detuvimos justo en medio de las dos hojas del portón. La entrada a aquella casa era una gran puerta marrón de madera vieja y picada por las polillas, que, sin embargo, por ser tan gruesa y repintada, no perdía su solidez. Era de aquellas puertas que no se pueden tocar con los nudillos, sino con la palma de la mano. Observé a mi padre humedecerse los labios repetidas veces, como si nunca fuera suficiente para hablar con claridad. Bajó la cabeza en un par de ocasiones y masculló algunas palabras, repasando quizás lo que diría. Fue en la segunda ocasión, mientras mi padre tenía la cabeza inclinada, que la señora Lucía abrió el portón y se quedó quieta, sorprendida, mirando a mi padre.

Detrás de ella estaban sus hijos. La mayor, Cinthia, limpiaba meticulosamente sus anteojos con el extremo de su blusón rosa. Para ella la sorpresa fue todavía mayor porque no pudo reconocernos sin sus gafas puestas. Observé a su hermano Elías y no encontré en él ninguna reacción. Nos miraba con indiferencia.

Fue notable ver a mi padre erguirse de inmediato y saludar a la familia de su amigo. Mientras él hablaba, iba avanzando hacia el patio, obligando, a su vez, a retroceder a la señora Lucía y sus hijos. No recuerdo con exactitud qué le dijo a aquella mujer, lo cierto es que ambos atravesaron el patio y entraron a la sala de la casa por una puerta angosta. Creo recordar en ella un penoso gesto de angustia.

El patio, aunque no muy espacioso, era una magnífica extensión de la casa. Estaba adornado por frescas plantas de grandes hojas que se erguían en macetas igual de grandes. Varias puertas, todas marrones, rodeaban este patio. Cada una correspondía a un ambiente distinto: a la sala, la cocina, un baño y dos que supuse daban a las habitaciones de Elías y Cinthia, y a la de sus padres.

Cuando nos quedamos solos, los tres permanecimos en silencio. A los hermanos parecía no importarles la visita de mi padre; solo Cinthia, por un instante, trató de agudizar su debilitada vista por una de las ventanas que daba a la sala. Pronto desistió y se volvió hacia mí. Pensé que me diría algo, que me interrogaría por nuestra presencia, pero no fue así. Alzó los brazos y de inmediato me rodeó con ellos, dándome un fuerte estrujón. Yo me encontré completamente inutilizado y sin aire. Traté de echar la cabeza hacia atrás, pero aún así sentí su respiración caliente y agitada. Atenazado y confundido como estaba, no atiné a librarme del abrazo. No había imaginado antes que Cinthia tuviera los senos tan desarrollados para su edad. Supongo que la curiosidad hizo que me rindiera por unos momentos. Luego la escuché soltar una risita que resonó como el chillido de un ratón y me apretó todavía más contra su cuerpo.

Su hermano le ordenó de repente que me soltara. Solo entonces, ante las palabras de Elías, los brazos de ella fueron cediendo hasta finalmente abandonarme. Al verme librado, él me cogió de los cabellos y tiró de ellos en un violento vaivén, hasta hacerme caer cerca de la puerta del baño. Me puse de pie instintivamente, muy rápido, y, al verlo venir, no dudé en meterme al baño y trancar la puerta. Estaba muy oscuro adentro; no obstante, preferí no encender la luz, quizás pensando que así me protegía o a lo mejor escapando de la expresión ridícula que debía tener reflejada en el espejo de aquel lugar. También recuerdo que de la redecilla del sumidero se escapaba un olor acre que se espesaba y mezclaba con aromas de jabones y desinfectantes. No tenía intenciones de salir de allí, pues me encontraba aturdido, con la cabeza adolorida y muchas ganas de llorar. Pegué el oído a la puerta para saber si ellos me obligarían a salir. No oí nada. Sin embargo, por esos intentos pude escuchar algo, descubrí un haz de luz que atravesaba la puerta y que salía de un diminuto agujero que me permitió ver qué era lo que hacían ellos afuera. El susto y el dolor me abandonaron enseguida; saber lo que sucedía en el patio me tranquilizaba, solo tenía que observarlos y esperar a que mi padre me llamara.

Por el agujero únicamente podía ver a uno de los dos hermanos. A ratos parecían discutir; en otros, era como si se estuvieran poniendo de acuerdo. En ningún momento miraron a la puerta del baño. Pasado unos minutos, Cinthia fue hacia una de las puertas, la que debía ser su habitación, supongo, y, recostada sobre esta, empezó a cantar. Lo hizo con un tono bajo y cadencioso, como si preparara la voz para un esfuerzo mayor. Repentinamente y sin poder verlo, escuché la voz de Elías. Su voz era

aflautada pero sabía cómo hacerla agradable. Ambos ensayaban una canción que solían entonarla en las reuniones que mi padre y don Félix organizaban para sus demás amigos. Recordé que los sábados el padre de estos niños los llevaba puntualmente donde un profesor de canto. Y aquel día era sábado. Cinthia y Elías cantaban siguiendo la pauta imaginaria del maestro, pero cantaban para sí mismos, exigiéndose tonos verdaderamente difíciles de alcanzar y mantener. Como solo podía ver a Cinthia, observé su rostro encendido y perlado de transpiración. Imaginé a Elías de la misma manera, quizá también recostado sobre su puerta. A veces cantaban a dúo, otras se alternaban y siempre eran inmejorables.

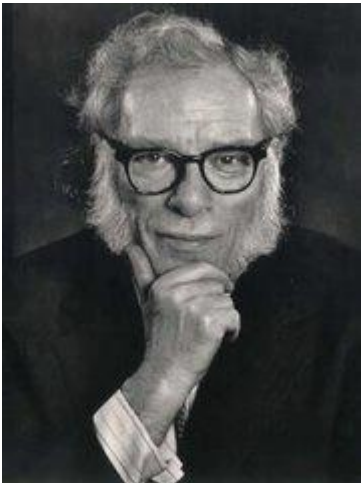
Tardé unos minutos en darme cuenta y descubrir que por las infladas mejillas de Cinthia corrían lágrimas. Ella se las iba limpiando con el dorso de su mano. Pese a esto, su voz no se quebró en ningún momento ni el tono decayó. Solo concedió que la melodía se abriese como un velo, en una pausa que duró un segundo larguísimo, dejando un silencio propicio para escuchar unos gemidos de placer entrecortados que provenían de la sala, donde se encontraban mi padre y la señora Lucía. Estos ruidos se hicieron más agitados, interrumpiéndose a ratos por balbuceos que no alcancé a oír.

El velo se volvió a tender: la voz de Cinthia continuó con lo suyo, esforzándose por cantar lo mejor posible. Yo me encontraba concentrado en todo ello, tratando de comprender lo que hacían mi padre y la señora Lucía, cuando un estrépito proveniente del otro lado del baño me obligó a reaccionar. Como todo estaba oscuro, no entendía qué pasaba ni de dónde provenía aquel alboroto. Sorpresivamente la ventana del baño se abrió y vi a Elías introduciéndose con inverosímil agilidad. Escuché sus resoplidos mientras se colgaba de manos del marco de la ventana. Agitaba sus piernas rápidamente tratando de encontrar un punto de apoyo, pero no pudo resistir más y cayó al pie de la bañera, dando un quejido bastante extraño, semejante a un agónico animal. Entonces intenté salir de allí. Reaccioné muy tarde, él ahora me tenía sujeto del cuello de la camisa. Abrió la puerta del baño y me llevó hacia el centro del patio. Seguía con sus resoplidos y se mostró sorprendido de escuchar a su hermana todavía cantando. Le gritó que se callara, pero ella no le hizo caso. Cantaba. Y ya ni siquiera se cuidaba de secarse las lágrimas. Elías me arrastró hacia Cinthia, tratando de cogerla con su mano libre. Apretó aún más mi camisa y jaló de ella. Luego me soltó y recién entonces Cinthia dejó de cantar. Los tres dirigimos la mirada a la puerta de la sala y vimos salir a la señora Lucía y a mi padre. Detrás de aquellas gafas tan gruesas se veían diminutos los ojos de la señora Lucía. Estaban irritados de tanto llorar y miraban al suelo. En ese momento no me di cuenta de la vergüenza que albergaba en su mirada. Sus hijos fueron hasta ella y la tomaron de las manos. Observaban a su madre con aflicción. Después se dirigieron a mí, como si tuviera que ser yo quien les explicara lo que sucedía. Ante mi silencio, cambiaron de expresión y me vieron con desprecio.

Mi padre dijo que era hora de marcharse y me hizo una seña para salir.

Salimos a la calle y desde allí escuché a la señora Lucía hablándoles a sus hijos. No pude oír qué les decía, solo contemplé sus rostros bañados en sudor. Luego, aunque le fue difícil, mi padre se encargó de cerrar el portón y no pude ver nada más.

Cuánto se divertían, de Isaac Asimov



Margie incluso lo escribió aquella noche en su diario, en la página encabezada con la fecha 17 de mayo de 2157. «¡Hoy, Tommy ha encontrado un libro auténtico!»

Era un libro muy antiguo. El abuelo de Margie le había dicho una vez que, siendo pequeño, su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

-¡Será posible! -comentó Tommy-. ¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra pantalla de televisión habrá contenido ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

-Ni a mí la mía -asintió Margie.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tommy, que ya había cumplido los trece.

-¿Dónde lo encontraste? -preguntó la chiquilla.

-En mi casa -respondió él sin mirarla, ocupado en leer-. En el desván.

-¿Y de qué trata?

-De la escuela.

Margie hizo un mohín de disgusto.

-¿De la escuela? ¡Mira que escribir sobre la escuela! Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El profesor mecánico le había señalado tema tras tema de geografía, y ella había respondido cada vez peor, hasta que su madre, meneando muy preocupada la cabeza, llamó al inspector.

Se trataba de un hombrecillo rechoncho, con la cara encarnada y armado con una caja de instrumental, llena de diales y alambres. Sonrió a Margie y le dio una manzana, llevándose luego aparte al profesor. Margie había esperado que no supiera recomponerlo. Sí que sabía. Al cabo de una hora poco más o menos, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con su enorme pantalla, en la que se inscribían todas las lecciones y se formulaban las preguntas. Pero eso, al fin y al cabo no era tan malo. Margie detestaba sobre todo la ranura donde tenía que depositar los deberes y los ejercicios. Había que transcribirlos siempre al código de perforaciones que la obligaron a aprender cuando tenía seis años. El profesor mecánico calculaba la nota en menos tiempo que se precisa para respirar.

El inspector sonrió una vez acabada su tarea y luego, dando una palmadita en la cabeza de Margie, dijo a su madre:

-No es culpa de la niña, señora Jones. Creo que el sector geografía se había programado con demasiada rapidez. A veces ocurren estas cosas. Lo he puesto más despacio, a la medida de diez años. Realmente, el nivel general de los progresos de la pequeña resulta satisfactorio por completo...

Y volvió a dar una palmadita en la cabeza de Margie. Ésta se sentía desilusionada. Pensaba que se llevarían al profesor. Así lo habían hecho con el de Tommy, por espacio de casi un mes, debido a que el sector de historia se había desajustado.

-¿Por qué iba a escribir alguien sobre la escuela? -preguntó a Tommy.

El chico la miró con aire de superioridad.

-Porque es una clase de escuela muy distinta a la nuestra, estúpida. El tipo de escuela que tenían hace cientos y cientos de años. -Y añadió campanudamente, recalcando las palabras-: Hace siglos.

Margie se ofendió.

-De acuerdo, no sé qué clase de escuela tenían hace tanto tiempo. -Leyó por un momento el libro por encima del hombro de Tommy y comentó-: De todos modos, había un profesor.

-¡Pues claro que había un profesor! Pero no se trataba de un maestro normal. Era un hombre.

-¿Un hombre? ¿Cómo podía ser profesor un hombre?

-Bueno... Les contaba cosas a los chicos y a las chicas y les daba deberes para casa y les hacía preguntas.

-Un hombre no es lo bastante listo para eso.

-Seguro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

-No lo creo. Un hombre no puede saber tanto como un profesor.

-Apuesto a que mi padre sabe casi tanto como él.

Margie no estaba dispuesta a discutir tal aserto. Así que dijo:

-No me gustaría tener en casa a un hombre extraño para enseñarme.

Tommy lanzó una aguda carcajada.

-No tienes ni idea, Margie. Los profesores no vivían en casa de los alumnos. Trabajaban en un edificio especial, y todos los alumnos iban allí a escucharles.

-¿Y todos los alumnos aprendían lo mismo?

-Claro. Siempre que tuvieran la misma edad...

-Pues mi madre dice que un profesor debe adaptarse a la mente del chico o la chica a quien enseña y que a cada alumno hay que enseñarle de manera distinta.

-En aquella época no lo hacían así. Pero si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

-Yo no dije que no me gustara -respondió con presteza Margie.

Todo lo contrario. Ansiaba enterarse de más cosas sobre aquellas divertidas escuelas. Apenas habían llegado a la mitad, cuando la madre de Margie llamó:

-¡Margie! ¡La hora de la escuela!

-Todavía no, mamá -suplicó Margie, alzando la vista.

-¡Ahora mismo! -ordenó la señora Jones-. Probablemente es también la hora de Tommy.

-¿Me dejarás leer un poco más del libro después de la clase? -pidió Margie a Tommy.

-Ya veremos -respondió él con displicencia.

Y se marchó acto seguido, silbando y con su polvoriento libro bajo el brazo. Margie entró en la sala de clase, próxima al dormitorio. El profesor mecánico ya la estaba esperando. Era la misma hora de todos los días, excepto el sábado y el domingo, pues su madre decía que las pequeñas aprendían mejor si lo hacían a horas regulares.

Se iluminó la pantalla y una voz dijo:

-La lección de aritmética de hoy tratará de la suma de fracciones propias. Por favor, coloque los deberes señalados ayer en la ranura correspondiente.

Margie obedeció con un suspiro. Pensaba en las escuelas antiguas, cuando el abuelo de su abuelo era un niño, cuando todos los chicos de la vecindad salían riendo y gritando al patio, se sentaban juntos en clase y regresaban en mutua compañía a casa al final de la jornada. Y como aprendían las mismas cosas, podían ayudarse mutuamente en los deberes y comentarlos.

Y los maestros eran personas...

El profesor mecánico destelló sobre la pantalla:

-Cuando sumamos las fracciones una mitad y un cuarto.

Margie siguió pensando en lo mucho que tuvo que gustarles la escuela a los chicos en los tiempos antiguos. Siguió pensando en cómo se divertían.

Cine Prado, de Elena Poniatowska



Señorita:

A partir de hoy, debe usted borrar mi nombre de la lista de sus admiradores. Tal vez convendría ocultarle esta deserción, pero callándome, iría en contra de una integridad personal que jamás ha eludido las exigencias de la verdad. Al apartarme de usted, sigo un profundo viraje de mi espíritu, que se resuelve en el propósito final de no volver a contarme entre los espectadores de una película suya.

Esta tarde, más bien, esta noche, usted me destruyó. Ignoro si le importa saberlo, pero soy un hombre hecho pedazos. ¿Se da usted cuenta? Soy un aficionado que persiguió su imagen en la pantalla de todos los cines de estreno y de barrio, un crítico enamorado que justificó sus peores actuaciones morales y que ahora jura de rodillas separarse para siempre de usted aunque el simple anuncio de Fruto Prohibido haga vacilar su decisión. Lo ve usted, sigo siendo un hombre que depende de una sombra engañosa.

Sentado en una cómoda butaca, fui uno de tantos, un ser perdido en la anónima oscuridad, que de pronto se sintió atrapado en una tristeza individual, amarga y sin salida. Entonces fui realmente yo, el solitario que sufre y que le escribe. Porque ninguna mano fraterna se ha extendido para estrechar la mía. Cuando usted destrozaba tranquilamente mi corazón en la pantalla, todos se sentían inflamados y fieles. Hasta hubo en canalla que rió descaradamente, mientras yo la veía desfallecer en brazos de ese galán abominable que la condujo a usted al último extremo de la degradación humana.

Y un hombre que pierde de golpe todos sus ideales ¿no cuenta para nada, señorita?

Dirá usted que soy un soñador, un excéntrico, uno de esos aerolitos que caen sobre la tierra al margen de todo cálculo. Prescinda usted de cualquiera de sus hipótesis, el que la está juzgando soy yo, y hágame el favor de ser más responsable de sus actos, y antes de firmar un contrato o de aceptar un compañero estelar, piense que un hombre como yo puede contarse entre el público futuro y recibir un golpe mortal. No hablo movido por los celos, pero créame usted: en Esclavas del Deseo fue besada, acariciada y agredida con exceso. No sé si mi memoria exagera, pero en la escena del cabaret no tenía usted por qué entreabrir de esa manera sus labios, desatar sus cabellos sobre los hombros y tolerar los procaces ademanes de aquel marinero, que sale bostezando, después de sumergirla en el lecho del desdoro y abandonarla como una embarcación que hace agua.

Yo sé que los actores se deben a su público, que pierden en cierto modo su libre albedrío y que se hallan a la merced de los caprichos de un director perverso; sé también que están obligados a seguir punto por punto todas las deficiencias y las falacias del texto que deben interpretar, pero déjeme decirle que a todo el mundo le queda, en el peor de los casos, un mínimo de iniciativa, una brizna de libertad que usted no pudo o no quiso aprovechar.

Si se tomara la molestia, usted podría alegar en su defensa que desde su primera irrupción en el celuloide aparecieron algunos de los rasgos de conducta que ahora le

reprocho. Es verdad; y admito avergonzado que ningún derecho ampara mis querellas. Yo acepté amarla tal como es. Perdón, tal como creía que era. Como todos los desengañados, maldigo el día en que uní mi vida a su destino cinematográfico. Y conste que la acepté toda opaca y principiante, cuando nadie la conocía y le dieron aquel papelito de trotacalles con las medias chuecas y los tacones carcomidos, papel que ninguna mujer decente habría sido capaz de aceptar. Y sin embargo, yo la perdoné, y en aquella sala indiferente y llena de mugre saludé la aparición de una estrella. Yo fui se descubridor, el único que supo asomarse a su alma, entonces inmaculada, pese a su bolsa arruinada y a vueltas de carnero. Por lo que más quiera en la vida, perdóneme este brusco arrebató.

Se le cayó la máscara, señorita. Me he dado cuenta de la vileza de su engaño. Usted no es la criatura de delicias, la paloma frágil y tierna a la que yo estaba acostumbrado, la golondrina de inocentes revueltos, el rostro perdido entre gorgueras de encaje que yo soñé, sino una mala mujer hecha y derecha, un despojo de la humanidad, novelera en el peor sentido de la palabra. De ahora en adelante, muy estimada señorita, usted irá por su camino y yo por mío. Ande, ande usted, siga trotando por las calles, que yo ya me caí como una rata en una alcantarilla. Y conste que lo de señorita se lo digo porque a pesar de los golpes que me ha dado la vida sigo siendo un caballero. Mi viejita santa me inculcó en lo más hondo el guardar siempre las apariencias. Las imágenes se detienen y mi vida también. Así es que... señorita. Tómelo usted, si quiere, como una desesperada ironía.

Yo la había visto prodigar besos y recibir caricias en cientos de películas, pero antes, usted no alojaba a su dichoso compañero en el espíritu. Besaba usted sencillamente como todas las buenas actrices: como se besa a un muñeco de cartón. Porque, sépalo usted de una vez por todas, la única sensualidad que vale la pena es la que se nos da envuelta en alma, porque el alma envuelve entonces nuestro cuerpo, como la piel de la uva comprime la pulpa, la corteza guarda al zumo. Antes, sus escenas de amor no me alteraban, porque siempre había en usted un rasgo de dignidad profanada, porque percibía siempre un íntimo rechazo, una falla en el último momento que rescataba mi angustia y consolaba mi lamento. Pero en La Rabia en el Cuerpo con los ojos húmedos de amor, usted volvió hacia mí su rostro verdadero, ese que no quiero ver nunca más. Confiéselo de una vez: usted está realmente enamorada de ese malvado, de ese comiquillo de segunda, ¿no es cierto? ¿Se atrevería a negarlo impunemente? Por lo menos todas las palabras, todas las promesas que le hizo, eran auténticas, y cada uno de sus gestos, estaban respaldados en la firme decisión de un espíritu entregado. ¿Por qué ha jugado conmigo como juegan todas? ¿Por qué me ha engañado usted como engañan todas las mujeres, a base de máscaras sucesivas y distintas? ¿Por qué no me enseñó desde el principio, de una vez, el rostro desatado que ahora me atormenta?

Mi drama es casi metafísico y no le encuentro posible desenlace. Estoy solo en la noche de mi desvarío. Bueno, debo confesar que mi esposa todo lo comprende y que a veces comparte mi consternación. Estábamos gozando aún de los deliquios y la dulzura propia de los recién casados cuando acudimos inermes a su primera película. ¿Todavía la guarda usted en su memoria? Aquélla del buzo atlético y estúpido que se fue al fondo del mar, por culpa suya, con todo y escafandra. Yo salí del cine completamente trastornado, y habría sido una vana pretensión el ocultárselo a mi mujer. Ella, por lo demás, estuvo completamente de mi parte; y hubo de admitir que sus deshábills son realmente espléndidos. No tuvo inconveniente en acompañarme otras seis veces, creyendo de buena fe que la rutina rompería el encanto. Pero ¡ay! las cosas fueron empeorando a medida que se estrenaban sus películas. Nuestro presupuesto hogareño tuvo que sufrir importantes modificaciones a fin de permitirnos frecuentar las pantallas

unas tres veces de semana. Está por demás decir que después de cada sesión cinematográfica pasábamos el resto de la noche discutiendo. Sin embargo, mi compañera no se inmutaba. Al fin y al cabo, usted no era más que una sombra indefensa, una silueta de dos dimensiones, sujeta a las deficiencias de la luz. Y mi mujer aceptó buenamente tener como rival a un fantasma cuyas apariciones podían controlarse a voluntad, pero no desaprovechaba la oportunidad de reírse a costa de usted y de mí. Recuerdo su regocijo aquella noche fatal en que, debido a un desajuste fotoeléctrico, usted habló durante diez minutos con voz inhumana, de robot casi, que iba del falsete al bajo profundo ...A propósito de su voz, sepa usted que me puse a estudiar el francés porque no podía conformarme con el resumen de los títulos en español, aberrantes e incoloros. Aprendí a descifrar el sonido melodioso de su voz, y con ello vino el flagelo de entender a fuerza mía algunas frases vulgares, la comprensión de ciertas palabras a usted me resultaron intolerables. Deploré aquellos tiempos en que llegaban a mí, atenuadas por pudibundas traducciones; ahora, las recibo como bofetadas.

Lo más grave del caso es que mi mujer está dando inquietantes muestras de mal humor. Las alusiones a usted, y a su conducta en la pantalla, son cada vez más frecuentes y feroces. Últimamente ha concentrado sus ataques en la ropa interior y dice que estoy hablándole en balde a una mujer sin fondo. Y hablando sinceramente, aquí entre nosotros ¿a qué viene toda esa profusión de infames transparencias, ese derroche de íntimas prendas de tenebroso acetato? Si yo lo único que quiero hallar en usted es ese chispita triste y amarga que ayer había en sus ojos...Pero volvamos a mi mujer. Hace visajes y la imita. Me arremeda a mí también. Repite burlona algunas de mis quejas más lastimeras. "Los besos que me duelen en Qué me duras, me están ardiendo como quemaduras".

Dondequiera que estemos se complace en recordarla, dice que debemos afrontar este problema desde un ángulo puramente racional, con todos los adelantos de la ciencia y echa mano de argumentos absurdos pero contundentes. Alega, nada menos, que usted es irreal y que ella es una mujer concreta. Y a fuerza de demostrármelo está acabando una por una con mis ilusiones. No sé qué va a ser de mí si resulta cierto lo que aquí se rumora, que usted va a venir a filmar una película y honrará a nuestro país con su visita. Por amor de Dios, pro lo más sagrado, quédese en su patria, señorita.

Sí, no quiero volver a verla, porque cada vez que la música cede poco a poco y los hechos se van borrando en la pantalla, yo soy un hombre anonadado. Me refiero a la barrera mortal de esas tres letras crueles que ponen fin a la modesta felicidad de mis noches de amor, a dos pesos la luneta. He ido desechando poco a poco el deseo de quedarme a vivir con usted en la película y ya no muero de pena cuando tengo que salir del cine remolcado por mi mujer que tiene la mala costumbre de ponerse de pie al primer síntoma de que el último rollo se está acabando.

Señorita, la dejo. No le pido siquiera un autógrafo, porque si llegara a enviármelo yo sería capaz de olvidar su traición imperdonable. Reciba esta carta como el homenaje final de un espíritu arruinado y perdóneme por haberla incluido entre mis sueños. Sí, he soñado con usted más de una noche, y nada tengo que envidiar a esos galanes de ocasión que cobran un sueldo por estrecharla en sus brazos y que la seducen con palabras prestadas. Créame sinceramente su servidor.

PD: Olvidaba decirle que escribo tras las rejas de la cárcel. Esta carta no habría llegado nunca a sus manos si yo no tuviera el temor de que el mundo le diera noticias

erróneas acerca de mí. Porque los periódicos, que siempre falsean los hechos, están abusando aquí de este suceso ridículo: "Ayer por la noche, un desconocido, tal vez en estado de ebriedad o perturbado de sus facultades mentales, interrumpió la proyección de Esclavas del Deseo en su punto más emocionante, cuando desgarró la pantalla del Cine Prado al clavar un cuchillo en el pecho de Franciose Arnoul. A pesar de la obscuridad, tres espectadoras vieron cómo el maniático corría hacia la actriz con el cuchillo en alto y se pusieron de pie para examinarlo de cerca y poder reconocerlo a la hora de la consignación. Fue fácil porque el individuo se desplomó una vez consumado el acto". Sé que es imposible, pero daría lo que no tengo con tal de que usted conservara para siempre en su pecho, el recuerdo de esa certera puñalada.

Rock Springs, de Richard Ford



Edna y yo salimos de Kalispell camino de Tampa-St. Pete, donde todavía me quedaban algunos amigos de los buenos tiempos, gente que jamás me entregaría a la policía. Me las había arreglado para tener algunos roces con la ley en Kalispell, todo por culpa de unos cheques sin fondos, que en Montana son delito penado con la cárcel. Yo sabía que a Edna le rondaba la cabeza la idea de dejarme, porque no era la primera vez en mi vida que tenía líos con la justicia. Edna también había tenido sus problemas, la pérdida de sus hijos y evitar día tras día que Danny, su ex marido, se colara en su casa y se lo llevara todo mientras ella trabajaba, que era el verdadero motivo por el cual me fui a vivir con ella al principio; eso y la necesidad de darle a mi hija Cheryl una vida algo mejor.

No sé muy bien qué había entre Edna y yo; tal vez eran unas corrientes confluyentes las que nos habían hecho acabar varados en la misma playa. Aunque — como sé muy bien— a veces el amor se construye sobre cimientos aún más frágiles. Y cuando aquella tarde entré en casa, me limité a preguntarle si quería venirse a Florida conmigo y dejarlo todo tal como estaba, y ella me dijo: «¿Por qué no? Tampoco tengo la agenda tan llena.»

Edna y yo llevábamos juntos ocho meses, viviendo más o menos como marido y mujer, y aunque parte de ese tiempo yo estuve en paro, durante unos meses trabajé de subalterno en el canódromo y pude ayudar a pagar el alquiler y tranquilizar a Danny cuando se presentaba. Danny me tenía miedo porque Edna le había dicho que estuve en la cárcel en Florida por haber matado a un hombre. Aunque no era cierto. Una vez me metieron en chirona en Tallahassee por robar neumáticos, y otra vez me metí en una pelea de granjeros en la que un tipo perdió un ojo. Pero no fui yo quien hizo el daño, y Edna sólo pretendía hacer más graves mis culpas para que Danny no hiciese locuras y la obligase a quedarse de nuevo con los niños, porque Edna finalmente se había acostumbrado a no tenerlos, y yo ya tenía conmigo a Cheryl. No soy una persona violenta; jamás le arrancaría un ojo a nadie, ni mucho menos le mataría. Helen, mi ex esposa, estaría dispuesta a venir desde Waikiki Beach para atestiguarlo. Nunca hubo violencia entre nosotros, y soy partidario de cruzar la calle para alejarme de los líos. Pero Danny no lo sabía.

Estábamos ya a mitad de Wyoming, camino de la I-80. Nos sentíamos muy bien, pero de pronto la luz del aceite del coche que había robado empezó a parpadear, y supe que era una pésima señal.

Me hice con un buen coche, un Mercedes color arándano que encontré en el aparcamiento de un oftalmólogo, en Whitefish, Montana. Me pareció muy cómodo para un viaje tan largo, porque pensé que tendría un buen kilometraje —lo cual resultó falso— y porque nunca había tenido un buen coche —sólo viejos cacharros Chevrolet y camionetas usadas— desde que era un niño y recogía limones entre cubanos.

El coche nos levantó el ánimo aquel día. No paré de subir y bajar las ventanillas, y Edna contó chistes y nos hizo muecas. A veces era muy divertida. Se le encendían las facciones como si fuera un faro, y era entonces cuando se veía su belleza, en absoluto corriente. Todo esto me dejó como mareado. Bajé directamente hasta Bozeman, y luego crucé el parque hasta Jackson Hole. Alquilé la suite nupcial del Quality Court de

Jackson, dejamos a Cheryl y a su perrito Duke durmiendo y Edna y yo nos fuimos en coche a un merendero y estuvimos bebiendo cerveza y riendo hasta después de media-noche.

Para nosotros era como comenzar de nuevo; dejar atrás los malos recuerdos y abrirnos a un nuevo horizonte. Llegué a estar tan eufórico que hice que me tatuaran en el brazo TIEMPOS GLORIOSOS, y Edna se compró un sombrero indio con plumas, y un brazalete de plata y turquesas para Cheryl, e hicimos el amor en el asiento del coche, en el aparcamiento del Quality Court, justo cuando el sol encendía el Snake River y todo parecía ser el final del arco iris.

Fue precisamente ese entusiasmo, de hecho, lo que me llevó a conservar el coche un día más en lugar de empujarlo al fondo del río y robar otro, que es lo que tendría que haber hecho, *y lo que siempre hacía*.

En el lugar donde el coche empezó a fallar no había ni pueblo ni casa alguna a la vista, sólo unas montañas bajas a unos setenta kilómetros —o quizá el doble— de distancia, una valla de alambre de espinos en ambas direcciones, una extensión de pradera yerma y unos cuantos halcones cazando insectos en el cielo de la tarde.

Bajé para echarle una ojeada al motor, y Edna se apeó con Cheryl y el perro para que hicieran pipí junto al coche. Miré el agua, comprobé la varilla del aceite, y todo estaba en orden.

—¿Qué significa esa luz, Earl? —preguntó Edna.

Se había acercado al coche y llevaba el sombrero puesto. Tratava de calibrar cómo estaban las cosas.

—Sería mejor que no siguiéramos con él —dije—. Al aceite le pasa algo.

Edna se volvió a mirar a Cheryl y a Duke que hacían pipí uno junto al otro sobre el asfalto, como un par de muñecos, y después miró hacia las montañas, que iban ennegreciéndose y perdiéndose a lo lejos.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Edna.

Aún no estaba preocupada, pero quería saber mi opinión. —Voy a probarlo otra vez.

—Buena idea —dijo ella, y nos montamos todos en el coche.

Cuando le di a la llave de contacto, el motor se puso en marcha en el acto, la luz roja se apagó y no se oyó ningún ruido sospechoso. Lo dejé un momento en punto muerto; luego pisé un poco el acelerador sin perder de vista el testigo del aceite. Pero no se encendió ninguna luz roja, y empecé a preguntarme si no habría soñado que la había visto, o si no habría sido el sol reflejado en los cromados de la ventanilla, o si no estaría yo asustado por algo sin saberlo.

—¿Qué le pasa, papá? —preguntó Cheryl desde el asiento trasero.

Me volví y la miré. Llevaba puesto su brazalete de turquesas y el sombrero de Edna encajado en la coronilla, y tenía sobre el regazo su perrito Heinz blanco y negro. Parecía una pequeña vaquera de película.

—Nada, cariño, ya está todo arreglado —respondí

—Duke ha hecho pis en el mismo sitio que yo —dijo Cheryl, y se echó a reír.

—Menudo par —comentó Edna sin volverse. Edna solía tratar bien a Cheryl, pero yo sabía que ahora estaba cansada. Habíamos dormido poco y Edna se ponía irritable cuando no dormía—. Tendríamos que deshacernos de este maldito coche a la primera oportunidad.

—¿Dónde será esa primera oportunidad? —pregunté, porque Edna había estado estudiando el mapa.

—Rock Springs, Wyoming —dijo Edna con decisión—. A cincuenta kilómetros de aquí, por esta misma carretera. —Señaló hacia el frente.

Se me había metido en la cabeza la idea de llegar con aquel coche hasta Florida; lo habría considerado una gran hazaña. Pero sabía que Edna tenía razón, que no debíamos correr riesgos estúpidos. Había llegado a pensar que era mi coche, y no el del oftalmólogo, y así es como uno acaba atrapado en estas cosas.

—Entonces creo que deberíamos ir a Rock Springs y hacernos con otro coche —dije. Pretendía mostrarme animoso, como si todo nos estuviera saliendo a pedir de boca.

—Me parece una gran idea —dijo Edna y se inclinó hacia mí y me besó con fuerza en los labios.

—Me parece una gran idea —repitió Cheryl—. Vayámonos de aquí ahora mismo.

Recuerdo aquel crepúsculo como el más hermoso que haya visto en toda mi vida. En el momento mismo de tocar el sol el borde del horizonte, el aire se incendió súbitamente en joyas y lentejuelas, en un estallido que jamás había visto y que jamás he vuelto a ver desde entonces. Nada como el Oeste para los crepúsculos; son superiores incluso a los de Florida, pues aunque tiene fama de ser un estado llano la mitad de las veces los árboles te impiden ver el horizonte.

—Es la hora del cóctel —dijo Edna al rato de rodar por la carretera—. Tenemos que tomar un trago festejar algo, cualquier cosa.

Se sentía mejor pensando que nos íbamos a desprender del coche. Aquel Mercedes ocultaba sin duda un fallo mecánico, y más valía abandonarlo cuanto antes.

Edna sacó una botella de whisky y unos vasos de plástico, y se puso a igualar niveles sobre la tapa de la guantera. A Edna le gustaba beber, y le gustaba beber cuando iba en coche, algo bastante corriente en Montana, donde no estaba penado por la ley, pero donde, en cambio, un cheque sin fondos bastaba para que te pasaras un año entero tras las rejas de la cárcel de Deer Lodge.

—¿Te he contado que una vez tuve un mono? —preguntó Edna mientras dejaba mi vaso sobre el salpicadero para que pudiera cogerlo cuando me apeteciera. Estaba otra vez animada. Edna era así, pasaba de la alegría a la depresión en un instante.

—Me parece que no me lo has contado —respondí—. ¿Dónde vivías entonces?

—En Missoula —dijo Edna. Puso un pie descalzo sobre el salpicadero y apoyó el vaso sobre sus pechos—. Estaba de camarera en el club de veteranos de guerra. Fue antes de conocerte. Un día llegó un tipo con un mono. Un mono araña. Y yo, bromeando, le dije: «Te lo juego a los dados.» Y el tipo propuso: «¿A una tirada?» Y yo le respondí: «Vale.» El tipo dejó el mono en la barra, cogió el cubilete, tiró y le

salieron doce puntos. Luego tiré yo, y saqué tres cincos. Y me quedé mirando al tipo. No era más que alguien que iba de paso, un veterano, supongo. Vi que se le había puesto una expresión rara en la cara, aunque seguro que menos rara que la mía, pero parecía triste y sorprendido y satisfecho, todo al mismo tiempo. «Podemos tirar otra vez», le dije. «No. Nunca tiro dos veces los dados. Por nada.» Se sentó y se bebió una cerveza y estuvo hablando de esto y de aquello durante un buen rato, de la guerra nuclear y de construir una fortaleza en lo alto de las Bitterroot, dondequiera que eso esté, mientras yo miraba el mono y me preguntaba qué iba a hacer con él cuando aquel tipo se fuera. Y al fin se puso en pie y dijo: «Bueno, adiós, Chipper», porque era así como se llamaba el mono. Y se fue sin darme tiempo a decirle nada. Y el mono se quedó sentado en la barra toda la noche. No sé por qué me he acordado de esto, Earl. Qué extraño. Mis pensamientos vagan sin rumbo fijo.

—Me parece perfecto —le dije.

Tomé un sorbo de mi vaso.

—Yo nunca tendría un mono —añadí poco después—. Son unos bichos asquerosos. Pero estoy seguro de que a Cheryl le encantaría tener uno, ¿verdad que sí, bonita? —Cheryl estaba hundida en el asiento, jugando con Duke. En aquella época se pasaba el día hablando de monos—. ¿Qué diablos hiciste con ese mono? —pregunté mientras echaba una ojeada al velocímetro.

Convenía ir más despacio, porque la luz roja parpadeaba a veces. Lo único que conseguía apagarla era reducir la velocidad. Íbamos a menos de sesenta; faltaba una hora para que anoheciera, y confiaba en que Rock Springs no estuviese demasiado lejos.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Edna.

Me lanzó una mirada rápida y luego volvió la vista al desolado paisaje, como si el desierto le diera que pensar. —Claro —dije.

Seguía animado. Pensé que más valía que sólo yo me preocupara por el posible fallo mecánico, y que los demás siguieran disfrutando.

—Lo tuve una semana. —De pronto Edna pareció ponerse triste, como si empezara a ver cierto aspecto de la anécdota que hasta entonces se le había escapado—. Me lo llevé a casa, e iba con él de casa al bar y del bar a casa todos los días. Y no me creó ningún problema. Le puse una silla al fondo del bar para que se sentara, y a la gente le gustaba. Hacía un clic-clic muy gracioso. Le pusimos de nombre Mary, porque el encargado del bar dijo que era una hembra. Pero nunca me sentí realmente a gusto teniéndolo en casa. Hasta que un día vino un tipo que había estado en Vietnam y aún llevaba la guerrera de faena, y me dijo: «¿No sabes que un mono puede matarte? Tiene más fuerza en los dedos que tú en todo el cuerpo.» Contó que hubo soldados en Vietnam que murieron a manos de los monos. Que los bichos salían a merodear en grandes grupos mientras la gente dormía, y te mataban y te tapaban con hojas. No me creí ni media palabra pero cuando llegué a casa me desnudé y me puse a mirar a Mary. Estaba en su silla, al otro extremo del cuarto, mirándome. Y me entró pánico. Y al cabo de un rato me levanté y me fui al coche, cogí un rollo de alambre de tender la ropa, volví a casa y até a Mary al tirador de la puerta después de pasarle el alambre por el collar plateado, y luego intenté conciliar el sueño otra vez. Y supongo que me dormí como un leño, aunque yo no lo recuerde, porque al despertar me encontré con

que Mary había tirado la silla al suelo y se había ahorcado con el alambre de tender. Le había dejado un cabo demasiado corto.

Edna parecía muy afectada por lo que había contado, y se hundió en el asiento hasta que no pudo ver por encima del salpicadero.

—¿No te parece horrible, Earl? ¿No es horrible lo que le pasó a aquel pobre mono?

—¡Veo un pueblo! ¡Veo un pueblo! —empezó a gritar Cheryl desde el asiento trasero, y al instante Duke se puso a ladrar y todo el coche se llenó de estrépito. Y, en efecto, Cheryl acababa de ver algo que yo no había visto, y era Rock Springs, Wyoming, al fondo de una larga ladera; una diminuta joya rutilante en medio del desierto, con la I-80 en su lado norte y el vasto y negro desierto a su espalda.

—Ahí está, cariño —le dije—. Es ahí adonde vamos. Has sido la primera en verlo.

—Tenemos hambre —dijo Cheryl—. Duke quiere algo de pescado, y yo espaguetis.

Me rodeó el cuello con los brazos y me apretó contra su pecho.

—Pues eso es lo que vais a comer —dije—. Podrás tomarte lo que quieras. Y lo mismo Edna y el pequeño Duke. —Volví la mirada, sonriendo, hacia Edna, pero ella me miraba con ojos llenos de ira—. ¿Qué pasa? —pregunté.

—¿No te importa un rábano esa cosa horrible que me pasó?

Tenía los labios apretados, y sus ojos miraban con fiereza hacia Cheryl y Duke, como si se hubieran pasado toda la tarde fastidiándola.

—Claro que me importa —dije—. Pienso que fue espantoso.

No quería que Edna estuviese triste. Estábamos a punto de llegar, y muy pronto podríamos sentarnos ante una buena comida de verdad sin preocuparnos por que nadie pudiera hacernos daño.

—¿Quiere> saber qué hice con el mono? —dijo Edna.

—Claro que sí —dije.

—Metí a Mary en una bolsa verde de basura, la puse en el maletero del coche, me fui hasta el vertedero y la tiré a la basura.

Me miraba con expresión sombría, como si la historia tuviera para ella un significado realmente importante; algún sentido que sólo ella podía ver y que nos convertía en estúpidos al resto de los mortales.

—Me parece horrible —dije—. Pero no veo qué otra cosa habrías podido hacer. No quisiste matarla. Si hubieses querido matarla, lo habrías hecho de otro modo. Luego tuviste que librarte del cuerpo, no te quedaba otra alternativa. Lo de tirarla puede que a alguien le parezca poco piadoso, no lo niego, pero no a mí. A veces no te queda otro remedio, y no debes preocuparte por lo que piensen los demás. —Traté de sonreírle, pero la luz roja se encendía por poco que pisara el acelerador, y traté de calibrar las posibilidades que teníamos de descender en punto muerto hasta Rock Springs antes de que el coche se nos quedara parado por completo. Miré otra vez a Edna—. ¿Qué más puedo decirte? —le dije.

—Nada —dijo ella, y volvió a mirar hacia el oscuro asfalto—. Debería haberme imaginado que pensarías de ese modo. Tienes un carácter que olvida ciertas cosas, Earl. Hace mucho que lo sé.

—Pero aquí estas —le dije—. Y no te va mal. Las cosas podrían ir mucho peor. Al menos, estamos los tres juntos.

—Las cosas siempre pueden ir mucho peor —dijo Edna—. Podrían llevarnos mañana mismo a la silla eléctrica.

—Exacto —le dije—. Y puede que a alguien, en algún lugar, le suceda eso. Pero no a ti.

—Tengo hambre —dijo Cheryl—. ¿Cuándo vamos a comer? Busquemos un motel. Ya estoy cansada. Y Duke también lo está.

El coche dejó de deslizarse cuesta abajo a cierta distancia de la ciudad; desde donde estábamos divisábamos el claro perfil de la autopista interestatal en la oscuridad, y Rock Springs iluminando el cielo mas atrás. Nos llegaba el ruido de los grandes trailers al pisar las juntas de dilatación del paso elevado, y al reducir la marcha para iniciar el ascenso hacia las montañas.

Apagué los faros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo Edna en tono irritado, dirigiéndome una mirada rencorosa.

—Es lo que trato de pensar —dije—. Sea lo que sea, no va a ser tan terrible. Tú no tendrás que hacer nada.

—Eso espero —dijo Edna, y miró hacia otro lado.

Al otro lado de la carretera y de un arroyo seco, a unos cien metros de distancia, había una especie de camping, y contigua a él una fábrica o refinería muy iluminada y en plena actividad. Había luces encendidas en muchas de las caravanas, y coches que circulaban por una carretera de acceso que terminaba cerca del paso elevado de la autopista, un kilómetro más allá. Las luces de las caravanas se me antojaron amistosas, y supe al instante lo que tenía que hacer.

—Baja —dije, abriendo mi puerta.

—¿Vamos a andar? —dijo Edna.

—Vamos a empujar el coche.

—Yo no voy a empujar nada.

Edna alzó la mano y cerró su puerta con el seguro.

—De acuerdo —dije—. Basta con que lleves el volante.

—¿Piensas empujarnos hasta Rock Springs, Earl? No parece que esté a más de cinco kilómetros.

—Yo empujaré —dijo Cheryl desde atrás.

—No, cariño. Ya empuja papá. Tú baja del coche con Duke y hazte a un lado.

Edna me miró con aire amenazador, como si hubiera pretendido pegarle. Pero cuando me bajé del coche, se deslizó hasta mi asiento, cogió el volante y se quedó mirando fija y airadamente hacia una fronda de álamos que se alzaba a escasos metros.

—Edna no sabe conducir este coche —dijo Cheryl desde la oscuridad del asiento trasero—. Se le irá a la cuneta.

—Claro qué sabe, cariño. Tan bien como yo. Y hasta mejor.

—No, no sabe —dijo Cheryl—. No sabe.

Me pareció que estaba a punto de echarse a llorar.

Le dije a Edna que dejase el contacto puesto para que no se trabara la dirección, y que condujera hacia los álamos con las luces de posición encendidas, para poder ver un poco. Y cuando empecé a empujar, Edna dirigió el coche hacia los álamos, y yo seguí empujando hasta que nos adentramos en el bosquecillo unos veinte metros y los neumáticos se hundieron en la arena blanda y ya nadie podía vernos desde la carretera.

—¿Dónde estamos ahora? —dijo Edna, se atada al volante. Hablaba con voz dura y cansada, y comprendí que estaba muerta de hambre. Edna era dulce de carácter, y hube de admitir que lo que nos estaba sucediendo no era culpa suya sino mía. Pero me habría gustado que pudiera ser más optimista.

—Quédate aquí. Voy a ir hasta esas caravanas y pediré un taxi por teléfono —le dije.

—¿Un taxi? —dijo Edna, con la boca fruncida, como si fuera la primera vez en la vida que oía tal cosa.

—Habrá taxis —dije, e intenté sonreírle—. En todas partes hay taxis.

—¿Y qué piensas decirle al taxista cuando llegue? ¿Que el coche que robamos se ha averiado y necesita nos que nos lleve a algún sitio para agenciarnos otro? Será fantástico, Earl.

—Ya me encargaré yo de hablar con él —dije—. Tú escucha la radio unos diez minutos y luego vete andando hasta la carretera como si no ocurriese nada raro. A ver si Cheryl y tú lo sabéis hacer. Ella no debe saber nada de este coche.

—Como si no fuéramos ya bastante sospechosos. —Edna alzó la vista hacia mí en la cabina iluminada del coche—. No piensas correctamente, ¿lo sabes, Earl? Cree que el mundo es estúpido y tú eres muy inteligente. Pero no es así. Me das pena. Podrías haber llegado a ser *alguien*, pero las cosas se te torcieron en alguna parte.

Pensé un instante en el pobre Danny. Era veterano de guerra y estaba loco como un cencerro, y me alegré de que se hubiese librado de todo aquello.

—Mete a la niña en el coche —dije, tratando de ser paciente—. Estoy tan hambriento como tú.

—Estoy cansada de todo esto —dijo Edna—. Ojalá me hubiese quedado en Montana.

—Pues vuelve a Montana mañana por la mañana —le dije—. Te compraré el billete y te acompañaré al autobús. Pero *mañana*, no antes.

—Sigue así, Earl.

Se hundió en el asiento, apagó las luces con un pie y conectó la radio con el otro.

Aquella comunidad de caravanas era la mayor que había visto en mi vida. Debía de hallarse vinculada de algún modo a la planta industrial que seguía iluminada más abajo, pues de cuando en cuando algún coche salía de una de las calles formadas por las caravanas, torcía en dirección a la fábrica y finalmente, muy despacio, accedía a su interior. Todo en aquella fábrica era blanco, y las caravanas —idénticas todas ellas— también eran blancas. Un zumbido grave salía de la fábrica, y al ir acercándome pensé que no me habría gustado trabajar en ella.

Me encaminé directamente a la primera caravana iluminada, y llamé a la puerta metálica. En la gravilla, al pie de los peldaños de madera, había unos cuantos juguetes desperdigados. La televisión, que instantes antes había oído en el interior, cesó de pronto. Luego una mujer dijo algo, y después se abrió la puerta.

En el umbral, ante mí, había un rostro ancho y amistoso. Me sonrió y se adelantó, como si fuera a salir, pero se detuvo en el escalón de arriba. Un niño negro asomaba tras sus piernas y me miraba con ojos entrecerrados. En la caravana flotaba como un aura de que no hubiera nadie más en su interior, un algo casi imperceptible que a lo largo de la vida yo había llegado a conocer bien.

—Siento molestar —dije—. Pero parece que esta noche tengo una racha de mala suerte. Me llamo Earl Middleton.

La mujer me miró; luego miró hacia la noche, en dirección a la autopista, como si lo que acababa de decirle fuera algo que ella pudiera ver con los ojos.

—¿Qué clase de mala suerte? —dijo, mirándome de nuevo.

—Se me ha averiado el coche en plena carretera —dije—. No puedo arreglarlo solo, y quería saber si sería tan amable de dejarme utilizar un segundo su teléfono.

La mujer me dirigió una sonrisa perspicaz.

—Ya no sabemos vivir sin coche, ¿no es eso?

—Tiene usted toda la razón —dije yo.

—Son casi como nuestro corazón —dijo ella. La cara le brillaba a la débil luz de la bombilla que había al lado de la puerta—. ¿Dónde se le ha quedado el coche?

Me volví y miré hacia la oscuridad, pero no pude ver nada: el coche estaba oculto entre los álamos.

—Por allí —dije—. Desde aquí no puede verse; está muy oscuro.

—¿Cuántos son? —dijo la mujer—. ¿Está con usted su esposa?

—Se ha quedado en el coche con la niña y el perrito —dije—. Mi hija se ha dormido. Si no, me habrían acompañado.

—No debería dejarlas solas con esta oscuridad —dijo la mujer, y frunció el ceño—. Hay mucho indeseable suelto.

—Lo mejor será que vuelva cuanto antes. —Traté de parecer sincero, pues todo lo que había dicho, salvo que Cheryl dormía y que Edna era mi esposa, era verdad. La verdad puede resultarte útil si permites que lo sea, y yo quería servirme de ella—. Le pagaré la llamada —le dije a la mujer—. Si me trae el teléfono a la puerta, puedo llamar desde aquí mismo.

La mujer volvió a mirarme como si buscara su propia verdad sobre el asunto, y luego miró otra vez hacia la noche. Parecía tener unos sesenta y tantos años, aunque no podría asegurarlo.

—¿Verdad que no va a robarme, señor Middleton? —Sonrió, como si se tratara de una broma entre nosotros.

—Esta noche no —dije, y le dediqué una sonrisa genuina—. Esta noche no estoy en ello. Quizá en otra ocasión.

—En tal caso, supongo que Terrel y yo podemos dejarle usar el teléfono aunque no esté papá en casa, ¿no crees, Terrel? Señor Middleton, le presento a mi nieto, Terrel Junior. —Puso la mano sobre la cabeza del niño y le miró—. Terrel no habla. Pero si supiese hablar le diría que puede usted usar nuestro teléfono. Es un encanto de niño.

La mujer abrió la puerta de tela metálica y me invitó a pasar.

Era una caravana grande, con una alfombra y un sofá nuevos y una sala de estar tan amplia como la de una casa común y corriente. De la cocina llegaba un aroma apetitoso y dulce; el ambiente general no era el de un acomodo temporal sino el de un hogar nuevo y confortable. Yo he vivido en caravanas, pero eran remolques de mala muerte con una sola habitación y sin retrete, y siempre me parecieron exiguos y tristes, aunque a veces he pensado que quizá era yo quien se sentía desdichado en ellas.

Había un gran televisor Sony y un montón de juguetes esparcidos por el suelo. Vi un autocar Greyhound como el que le había comprado a Cheryl. El teléfono estaba junto a un sillón nuevo de cuero, y la mujer me indicó con un gesto que me sentara para llamar, y me dio el listín de teléfonos. Terrel se puso a jugar con sus cosas y la mujer se sentó en el sofá, mirándome y sonriendo.

Había tres empresas de taxis: tres series de números con una sola cifra diferente. Marqué los números por orden y no obtuve respuesta hasta el último, que contestó con el nombre de la segunda empresa. Expliqué que estaba en la carretera, más allá del paso elevado de la interestatal, y que necesitaba antes de nada llevar a mi esposa e hija a la ciudad, y que de contratar una grúa me ocuparía más tarde. Mientras explicaba el lugar donde me encontraba, busqué el nombre de un servicio de grúa para decírselo al taxista en caso de que me lo preguntara.

Cuando colgué, la negra me miraba con los mismos ojos con que había mirado antes a la noche; una mirada que parecía exigir la verdad de lo mirado. Sin embargo, sonreía. Debía de recordarle algo que le era grato recordar.

—Tiene una casa preciosa —dije, y me eché hacia atrás en el sillón, que era tan confortable como el asiento del conductor del Mercedes y en el que no me habría importado arrellanarme un rato.

—Esta no es *nuestra* casa, señor Middleton —dijo la negra—. Todas estas caravanas son de la empresa. Nos las dejan gratis. Tenemos nuestra propia casa en Rockford, Illinois.

—Maravilloso —dije.

—Estar lejos de la propia casa no es nunca maravilloso, señor Middleton; aunque sólo llevamos aquí tres meses y todo será más fácil cuando Terrel Junior empiece a ir a esa escuela especial. Mire, nuestro hijo murió en la guerra, y su mujer se largó sin llevarse a Terrel Junior. Pero no se preocupe usted. El no nos entiende. Su almita no sufre. —La mujer entrelazó las manos sobre el regazo y sonrió con expresión satisfecha. Era atractiva, y llevaba un vestido floreado azul y rosa que la hacía parecer más grande de lo que en realidad era: la mujer adecuada para el sofá donde se había sentado. Era la estampa de la bondad, y me alegré de que fuera capaz de vivir con aquel nieto aquejado de alguna dolencia cerebral en un lugar donde nadie en su sano juicio soportaría vivir un solo minuto—. ¿Dónde vive usted, señor Middleton? —dijo en tono cortés, sonriendo con la misma afabilidad de siempre.

—Mi familia y yo estamos de paso —dije—. So' oftalmólogo, y ahora volvemos a Florida, donde nació. Voy a abrir un consultorio en algún pueblo donde haga buen tiempo todo el año. Todavía no he decidido dónde.

—Florida es precioso —dijo la mujer—. Creo que a Terrel le gustaría.

—¿Me permite que le pregunte una cosa? —dije.

—Claro que sí —dijo la mujer. Terrel se había puesto a empujar su Greyhound por la pantalla del televisor, arañó el cristal e hizo una *raya* que no podía dejar de verse— Deja de hacer eso, Terrel Junior —dijo sin alterarse la mujer. Pero Terrel siguió empujando su autobús por el cristal, y ella volvió a sonreírme como si ambos entendiéramos algo triste. Pero yo sabía que Cheryl nunca estropearía un televisor. Respetaba las cosas bonitas, y me dio lástima aquella mujer que había de soportar que Terrel no supiera respetarlas—. ¿Qué quería preguntarme? —dijo la mujer.

—¿Qué es lo que hacen en esa especie de fábrica? ¿En ese sitio iluminado que hay detrás de las caravanas?

—Oro —dijo la mujer, y sonrió.

—¿Cómo dice?

—Oro —dijo la negra, sonriendo tal como venía haciendo casi todo el rato desde mi llegada—. Es una mina de oro.

—¿Quiere decir que sacan oro de ese sitio? —dije, señalando con el dedo.

—Día y noche —dijo con sonrisa satisfecha.

—¿Trabaja ahí su marido? —dije.

—Es el ensayador —dijo ella—. Controla la calidad. Trabaja tres meses al año, y el resto del tiempo lo pasamos en nuestra casa de Rockford. Hemos esperado mucho tiempo para conseguir esto. Nos alegra tener aquí a nuestro nieto, pero no puedo decir que vaya a lamentar que tenga que dejarnos. Queremos empezar una nueva vida. —Me dirigió una abierta sonrisa, y después sonrió a Terrel, que la miraba maliciosamente desde el suelo—. Ha dicho que tenía una hija —dijo la negra—. ¿Cómo se llama?

—Irma Cheryl —dije—. Como mi madre.

—Muy bonito. Y es una niña sana. Lo noto en su cara —dijo mirándome. Miró a Terrel Junior de forma compasiva.

—Puedo considerarme afortunado —le dije.

—Hasta ahora lo es. Pero los niños traen pesares del mismo modo que traen alegrías. Nosotros fuimos infelices durante mucho tiempo, antes de que mi marido consiguiera este empleo en la mina de oro. Ahora, cuando Terrel empiece a ir a esa escuela, volveremos a ser niños. —Se puso en pie—. No vaya a perder el taxi, señor Middleton —dijo dirigiéndose hacia la puerta, aunque sin forzarme a marcharme. Era demasiado cortés para hacer algo semejante—. Si *nosotros* no podemos ver el coche, lo más probable es que el taxista tampoco pueda verlo.

—Cierto. —Me levanté del sillón sobre el que había pasado un rato tan cómodo—. Nosotros no hemos cenado aún, y su comida me recuerda lo hambrientos que debemos de estar todos.

—En la ciudad hay buenos restaurantes, ya los encontrará —dijo la negra—. Siento que no haya conocido a mi esposo. Es un hombre maravilloso. Lo es todo para mí.

—Dígale que agradezco lo del teléfono —dije—. Me han salvado ustedes.

—No ha sido difícil —dijo la mujer—. A todos nos pusieron en la tierra para que salváramos a nuestros semejantes. No he hecho más que ayudarle a seguir hacia lo que le está esperando.

—Esperemos que algo bueno —dije, adentrándome de espaldas en la noche.

—Confío en ello, señor Middleton. Terrel y yo confiamos en ello.

Le hice adiós con la mano mientras caminaba hacia el Mercedes oculto en la tiniebla de la noche.

Cuando llegué, el taxi estaba ya esperando. Había visto sus pequeños pilotos rojos y verdes desde el otro lado del arroyo seco, y ello me hizo temer que Edna estuviera ya diciendo algo que pudiera meternos en un lío, algo acerca del coche o del lugar de donde veníamos, algo que pudiera hacer que el taxista sospechara de nosotros. Entonces pensé que nunca llegaba a planear bien las cosas. Siempre se abría un abismo entre mis planes y los hechos; yo me limitaba a reaccionar ante las cosas a medida que se iban produciendo, o a confiar en que me ahorraría los problemas. A los ojos de la ley, yo era un delincuente. Pero yo siempre había *visto* las cosas de otro modo: a mis ojos no era un delincuente. Ni tenía intención de serlo, lo cual era verdad. Pero tal como leí una vez en una servilleta, entre la idea y el acto hay todo un mundo. Y yo había tenido siempre dificultades con mis actos, que con frecuencia eran actos delictivos, y mis ideas, tan buenas como el oro que sacaban en aquella mina iluminada en medio de la noche.

—Estábamos esperándote, papá —dijo Cheryl cuando crucé la carretera—. El taxi ya ha llegado.

—Ya lo veo, cariño —dije, y la abracé con fuerza. El taxista, sentado al volante, fumaba con las luces interiores encendidas. Edna estaba apoyada en el maletero, entre

las dos luces de posición, y llevaba puesto su sombrero—. ¿Qué le has dicho? —dije cuando estuve cerca de ella.

—Nada —dijo ella—. ¿Qué iba a decirle?

—¿Ha visto el coche?

Edna echó una ojeada en dirección a los álamos donde habíamos escondido el Mercedes. En la negrura reinante no podía verse nada, pero oí a Duke husmeando en el sotobosque; seguía alguna pista, y su pequeño collar tintineaba en la oscuridad.

—¿Adónde vamos? —dijo Edna—. Estoy tan hambrienta que podría desmayarme.

—Edna está enfadadísima —dijo Cheryl—. Hasta me ha dado un cachete.

—Todos estamos muy cansados, cariño —dije—. Así que trata de ser más amable.

—Ella no es nunca amable —dijo Cheryl.

—Corre a buscar a Duke —dije—. Y vuelve en seguida.

—Parece que las preguntas que *yo* hago son las menos urgentes —dijo Edna.

Le pasé el brazo por los hombros.

—Eso no es cierto.

—¿Has encontrado en las caravanas a alguien con quien te hubiese gustado quedarte? Has tardado mucho.

—¿Por qué dices eso, Edna? —dije—. Sólo pretendía hacer que todo pareciese normal; no quiero que nos metan en la cárcel.

—Que *te* metan, querrás decir.

Edna rió con una risita que no me gustó.

Exacto. Para que no me metan. Soy yo el que acabaría en chirona. —Me quedé mirando hacia aquel enorme complejo de edificios blancos y luces blancas del que ascendían penachos de humo blanco hacia el despiadado cielo de Wyoming, y todo aquel montaje de edificios parecía un castillo inverosímil que emitiera un zumbido en un sueño deformado—. ¿Sabes lo que son esos edificios? —le dije a Edna, que no se había movido y que parecía no sentir el más mínimo deseo de moverse nunca más.

—No. Pero la verdad es que me da igual, porque no es un motel ni un restaurante.

—Es una mina de oro —dije, mirando hacia la mina, la cual, según sabía ahora, estaba mucho más lejos de nosotros de lo que parecía; pero la veíamos gigantesca y próxima, recortada contra el cielo helado. Pensé que, en lugar de aquellas luces y espacios sin vallar, lo lógico habría sido que hubiera un muro y guardias de seguridad. Daba la sensación de que cualquiera podía entrar y llevarse lo que le viniera en gana, del mismo modo que yo me había acercado hasta el remolque de la mujer negra y usado su teléfono. Pero se trataba, corlo es lógico, de una impresión desatinada.

Edna, en aquel momento, se echó a reír. No con la risa malévola que no me gustaba, sino con una risa en la que había algo de afectuoso, la risa abierta que celebra una broma, la risa con la que reía cuando la vi por vez primera, en el East Gate

Bar de Missoula, en 1979, una risa que reíamos los dos juntos cuando Cheryl aún vivía con su madre y yo tenía un empleo fijo en el canódromo y no me dedicaba a robar coches y a pasar cheques sin fondos en las tiendas. Un tiempo mejor en todos los sentidos. Y por alguna razón me hizo reír el simple hecho de oír la risa de Edna, y reímos juntos, y nos quedamos allí en la oscuridad, detrás del taxi, riéndonos de aquella mina de oro en pleno desierto, yo con el brazo sobre sus hombros y Cheryl correteando con Duke y el taxista fumando en el taxi y nuestro Mercedes-Benz robado —que tan bien nos habría venido a todos en Florida— hundido hasta los ejes en la arena, en un rincón donde ya jamás volvería a verlo.

—Siempre me he preguntado cómo sería una mina de oro —dijo Edna, aún riendo, secándose una lágrima de un ojo.

—Yo también —dije—. Siempre me picó la curiosidad.

—Menudo par de tontos estamos hechos, ¿eh, Earl? —dijo ella, incapaz de dejar de reír totalmente—. Somos tal para cual.

—Podría ser una buena señal, esa mina ¿No crees? —dije.

—¿Una buena señal? Imposible. No es nuestra. No tiene autoservicio para llevarnos lo que nos apetezca. —Seguía riendo.

—Al menos la hemos visto —dije, señalándola—. Está ahí mismo. Puede significar que estamos acercándonos. Hay gente que ni siquiera ve una en toda su vida.

—¿Y nosotros la hemos visto, Earl? Y un cuerno —dijo ella—. Y un cuerno.

Y dio media vuelta y subió al taxi.

El taxista no preguntó nada sobre el coche, ni se interesó por dónde estaba; no parecía haber notado nada extraño. Ello me hizo pensar que habíamos logrado zafarnos del Mercedes, y que no podrían relacionarnos con él hasta mucho más tarde, si es que llegaban a hacerlo. Mientras conducía, el taxista nos habló largo y tendido de Rock Springs; dijo que la mina de oro había atraído a mucha gente en los últimos seis meses, gente de todas partes, hasta de Nueva York, y que la mayoría de ella vivía en las caravanas. La marea de prosperidad, dijo, había hecho que llegaran prostitutas de Nueva York —«chicas de vida alegre», dijo—, y por las calles de la ciudad pululaban todas las noches Cadillacs con matrícula de Nueva York llenos de negros con grandes sombreros, los chulos de las chicas. Explicó que, en los últimos tiempos, todo el que subía a su taxi quería saber dónde estaban esas chicas, y que cuando recibió nuestra llamada estuvo a punto de no venir a recogernos, porque algunas de las caravanas eran burdeles que la propia mina proporcionaba a ingenieros y técnicos de ordenador a los que el trabajo había alejado de sus casas. Dijo que estaba harto de ir y venir del campamento para aquel indigno asunto. Dijo que *60 minutos* hizo incluso un programa sobre Rock Springs que dio lugar a un gran escándalo en Cheyenne, pero que nada podía hacerse mientras durase el *boom*.

—Es el fruto de la prosperidad —dijo el taxista—. Yo prefiero ser pobre, y ser como soy me parece una suerte.

Dijo después que los precios de los moteles estaban por las nubes, pero tratándose de una familia iba a llevarnos a uno aceptable y de precio módico. Pero yo le dije que queríamos un hotel de primera en donde aceptaran animales, y que el dinero no importaba porque habíamos tenido un día muy duro y queríamos terminarlo a lo

grande. Yo sabía que la policía busca ante todo en hoteles mínimos y anónimos y que es en ellos donde acaban encontrándose. A la gente con problemas que he conocido siempre la detenían en hoteles baratos y albergues turísticos de los que nadie ha oído hablar en su vida. Nunca, en cambio, en un Holiday Inn o un Travelodge.

Le pedí que primero nos llevara hasta el centro para que Cheryl pudiera ver la estación de ferrocarril, y mientras estábamos allí vi un Cadillac rosa con matrícula de Nueva York y antena de televisión, conducido por un negro con un gran sombrero, deslizándose despacio por una calle estrecha en la que únicamente había bares y un restaurante chino. Una imagen singular, algo absolutamente inesperado.

—Ahí tienen, el elemento criminal en estado puro —dijo el taxista con aire triste—. Siento que personas como ustedes tengan que ver algo así. Tenemos una ciudad bonita, pero hay quienes la quieren arruinar. Antes había formas de eliminar a la gentuza y a los criminales, pero esos tiempos se fueron para siempre.

—Usted lo ha dicho —dijo Edna.

—No deje que eso le deprima —dije yo—. Hay más gente como usted que como ellos. Y la habrá siempre Usted es la mejor publicidad de esta ciudad. Sé que Cheryl lo recordará a usted y no a *ese* tipo, ¿verdad, Cheryl? —Pero Cheryl se había ya dormido para entonces, con Duke en los brazos.

El taxista nos llevó al Ramada Inn de la autopista interestatal, no lejos de donde habíamos tenido que abandonar el coche. Al pasar bajo la marquesina del Ramada sentí cierta punzada de pesar: me habría gustado hacerlo en un Mercedes color arándano y no en un castigado y viejo Chrysler conducido por un taxista quejumbroso. Aunque sabía que era preferible de aquel modo. Estábamos mejor sin aquel coche; es más, cualquier coche era mejor que aquel Mercedes, pues fue en él donde la suerte nos dio la espalda.

Me registré con nombre supuesto y pagué la habitación en metálico para que no me hicieran preguntas. En el recuadro donde ponía «Empresa» escribí «Oftalmólogo», y añadí «doctor» delante de mi nombre. Me gustó cómo quedaba, aunque no fuera mi nombre.

Al llegar a la habitación, que como había pedido daba a la parte de atrás del edificio, dejé a Cheryl en una de las camas y a Duke a su lado, para que durmieran juntos. Cheryl no había cenado, pero no importaba demasiado; por la mañana despertaría hambrienta, y podría comer cuanto le viniera en gana. A ningún niño le sucede nada por quedarse sin comer de cuando en cuando. Yo perdí muchas comidas en mi infancia, y no he salido tan mal parado.

—Vamos a comer pollo frito —le dije a Edna cuando salió del baño—. Los Ramada tienen un pollo frito estupendo, y he visto que aún tienen abierto el restaurante. Podemos dejar aquí a Cheryl, durmiendo tranquilamente, hasta que volvamos.

—Creo que ya no tengo apetito —dijo Edna. Estaba junto a la ventana, mirando hacia la noche. Más allá de su cuerpo alcancé a ver en el cielo un resplandor como de niebla amarillenta. Por espacio de un instante pensé que era la mina de oro que iluminaba el cielo nocturno a lo lejos, pero no era más que la autopista.

—Podemos pedir que nos lo suban —dije—. Lo que te apetezca. Hay una carta encima de la guía de teléfonos. Podrías tomar sólo una ensalada.

—Come tú —dijo ella—. Yo ya no tengo hambre. —Se sentó en la cama junto a Cheryl y Duke y les miro con dulzura y puso la mano en la mejilla de Cheryl como para comprobar si tenía fiebre—. Bonita —dijo Edna—. Todo el mundo te quiere, pequeña.

—¿Qué quieres hacer? —dijo—. Yo quiero comer. A lo mejor pido que me suban algo de pollo.

—Claro, por qué no —dijo ella—. Es tu plato favorito. —Y me sonrió desde la cama.

Me senté en la otra cama y marqué el número del servicio de habitaciones. Pedí pollo, ensalada verde, patata asada y un panecillo, y una ración de tarta de manzana caliente y té con hielo. Caí en la cuenta de que no había comido en todo el día. Cuando colgué el teléfono vi que Edna estaba mirándome, no con odio o con amor, sino como si hubiera algo que no entendiera y fuera a pedirme que se lo explicara.

—¿Desde cuando es tan ameno mirarme? —dijo, y le sonreí. Intentaba mostrarme amistoso. Sabía lo cansada que debía estar. Eran más de las nueve.

—Estaba pensando en lo odioso que se me hace estar en un motel sin coche propio. ¿No es gracioso? Me empecé a sentir así anoche, al pensar que el Mercedes no era mío. Creo que ese coche color púrpura me puso los pelos de punta, Earl.

—Uno de esos coches que hay ahí *fuera es* tuyo —dijo—. Míralos bien desde la ventana y elige.

—Ya lo sé —dijo Edna—. Pero no es lo mismo, ¿no crees? —Alargó el brazo y cogió su sombrero Bailey azul, se lo puso y se lo echó hacia atrás, a lo Dale Evans. Estaba adorable—. Antes me gustaba ir a los moteles —dijo—. Son lugares secretos, y libres. Yo nunca pagaba, claro. Pero me sentía a salvo de todo y libre de hacer lo que quisiera, porque había tomado la decisión de estar allí y pagar ese precio, y lo demás era lo bueno. Joder y todo eso, ya me entiendes.

Me dirigió una sonrisa bondadosa.

—¿Y no son así las cosas ahora?

Estaba sentado en la cama, mirándola, sin saber qué era lo que iba a contestarme.

—Yo diría que no, Earl —dijo, y se quedó mirando a través de la ventana—. Tengo treinta y dos años y voy a tener que dejar de ir a moteles. Ya no puedo seguir alimentando fantasías.

—¿No te gusta esto? —dijo, y miré a mi alrededor. Me agradaban los cuadros modernos y la cómoda y el televisor de pantalla grande. Me parecía un lugar francamente bueno, teniendo en cuenta los otros donde habíamos estado.

—No, no me gusta —dijo Edna con convicción—. Pero de nada sirve que me enfade contigo por eso. La culpa no es tuya. Haces todo lo que puedes por todo el mundo. Pero en todos los viajes aprendes algo. Y yo he aprendido que tengo que dejar de ir a moteles antes de que me ocurra alguna desgracia. Lo siento.

—¿A qué te refieres? —dijo, porque en realidad no sabía lo que pretendía hacer, aunque debería haberlo adivinado.

—Me parece que sacaré ese billete de que hablabas antes —dijo Edna, y se puso en pie y se quedó de cara a la ventana—. Puedo salir mañana. De todos modos, no tenemos coche.

—Vaya, estupendo —dije, sentado en la cama. Me sentía como si acabara de sufrir una conmoción. Quería decirle algo, discutir con ella, pero no se me ocurría nada apropiado. No quería enfurecerme, pero estaba furioso.

—Tienes derecho a enfadarte conmigo, Earl —dijo ella—, pero en realidad no creo que puedas reprochármelo.

Se volvió hacia mí y se sentó en el alféizar, con las manos en las rodillas. Alguien llamó a la puerta, y yo grité que dejaran la bandeja en el suelo y me lo cargaran en la cuenta.

—Me temo que sí te lo reprocho dije, y estaba furioso. Pensé que habría podido desaparecer en aquel campamento de caravanas y no lo había hecho; que había regresado para salvar aquel contratiempo y había tratado de tomar las riendas de la situación cuando las cosas se ponían feas para todos.

—Pues no lo hagas. Preferiría que no lo hicieras —dijo Edna, y me sonrió como si quisiera que la abrazase—. Todo el mundo tendría que poder elegir, ¿no crees, Earl? Aquí estoy, en mitad de un desierto que no conozco en absoluto con un coche robado, en una habitación de hotel bajo nombre supuesto, sin un céntimo, con una criatura que no es mía, con la policía sobre mis pasos. Y tengo la posibilidad de librarme de todo eso con sólo tomar un autobús. ¿Qué harías en mi lugar? Sé exactamente lo que harías.

—Crees que lo sabes —dije. Pero no quise empezar una discusión sobre el asunto y decirle lo que yo podía haber hecho y no había hecho. Porque no habría servido para nada. Cuando se llega al terreno de las discusiones, ha quedado ya atrás la posibilidad de lograr que alguien cambie de opinión, aunque suela pensarse que es justo lo contrario, y tal vez lo sea para cierto tipo de gente, pero nunca con la gente que yo trato.

Edna me sonrió, cruzó el cuarto y me rodeó con sus brazos sin que yo me hubiera levantado de la cama. Cheryl se dio la vuelta hacia un costado, nos miró y sonrió; luego cerró los ojos y la habitación quedó en silencio. Y yo empezaba a pensar en Rock Springs del modo en que —sabía— habría de pensar ya siempre: una ciudad envilecida, plagada de delincuencia y de prostitución y de desencantos, el lugar en donde una mujer me había dejado, y no el lugar en donde logré encarrilar mi vida de una vez por todas, el lugar en donde vi una mina de oro.

—.Cómete el pollo que has pedido, Earl —dijo Edna—. Luego nos meteremos en la cama. Estoy cansada, pero quiero hacer el amor contigo. No se trata de que no te quiera, y lo sabes.

Avanzada ya la noche, mucho después de que se durmiera, me levanté y salí al aparcamiento. Podía ser una hora cualquiera, porque la luz de la autopista seguía helando el cielo bajo y el gran rótulo rojo del Ramada aún zumbaba inmóvil en la noche y no había ni la menor luminosidad en el este que indicase una posible proximidad del alba. El aparcamiento estaba atestado de coches aparcados en batería; había unos cuantos con maletas atadas a las bacas y los maleteros vencidos por el peso de las pertenencias que sus dueños llevaban consigo a algún lugar, a un hogar

nuevo o a un centro de recreo en las montañas. Me había quedado largo rato tendido en la cama después de que Edna se durmiera, viendo a los Atlanta Braves en la televisión, tratando de no pensar en lo que sentiría al día siguiente cuando viese partir el autocar, en cómo me sentiría al volverme y ver allí a Cheryl y a Duke, sin nadie salvo yo para cuidar de ellos a partir de entonces; pensando en que lo primero que tendría que hacer sería conseguir un coche y cambiarle las placas de la matrícula, y luego desayunar y emprender viaje hacia Florida; y todo ello en un máximo de un par de horas, porque era obvio que el Mercedes estaría menos oculto de día que de noche, y las noticias corren a velocidad vertiginosa. Siempre, desde que la tengo conmigo, he cuidado a Cheryl personalmente. Jamás tuvo que hacerlo ninguna de mis compañeras. A la mayoría de ellas ni siquiera parecía gustarles, aunque a mí siempre me cuidaron y así yo pude cuidar de Cheryl. Y sabía que en cuanto Edna se fuera todo sería más duro. Aunque mi mayor deseo era no pensar en ello de momento, tratar de que mi mente dejara de estar en vilo a fin de hacer acopio de fuerzas para enfrentarme a lo que me esperaba. Pensé que la diferencia entre una vida con éxito y una vida fracasada, entre yo en aquel instante y los propietarios de aquellos coches perfectamente aparcados en el aparcamiento, y quizá entre yo y aquella mujer de la caravana del campamento junto a la mina de oro, estaba en el grado de aptitud para alejar de la mente cosas como éstas, para lograr que no te abrumaran, y tal vez también en el número de problemas con que tenías que enfrentarte a lo largo de tu vida. Por azar o por voluntad, ellos se habían enfrentado a un menor número de problemas, y por su propio carácter los habían olvidado antes. Y era eso lo que yo quería. Menos problemas, menos recuerdos de problemas.

Me acerqué a un coche, un Pontiac con matrícula de Ohio, uno de los que llevaban bultos y maletas atados en la baca y otra tanta carga en el maletero, a juzga por las traseras hundidas. Miré al interior por la ventanilla de volante. Había mapas y libros de bolsillo y gafas de sol y soportes de plástico para las latas de bebida en las ventanillas. En el asiento trasero vi juguetes y cojines y un cesto con un gato que me miraba fijamente como si yo fuera la luna. Todo aquello me resultaba familiar; eran exactamente las cosas que habría habido en mi coche si hubiera tenido coche. Nada me pareció asombroso, nada difería de mi idea. Pero en aquel preciso instante me asaltó una sensación extraña y me volví y alcé los ojos hacia las ventanas de la fachada trasera del motel. Todas estaban oscuras salvo dos: la mía y otra. Y me pregunté —porque la situación se me antojó extraña— qué pensaría cualquier mortal de un hombre a quien viera en mitad de la noche mirando el interior de los coches aparcados en un Ramada Inn. ¿Pensaría que pretendía sólo aclarar un poco sus ideas? ¿Pensaría que trataba de prepararse para un día en el cual se abatiría sobre él un gran problema? ¿Pensaría que le estaba a pinto de dejar su amiga? ¿Pensaría que tenía una hija? ¿Pensaría que era un hombre como cualquier otro mortal, como él mismo?

Jeffy tiene cinco años, de Harlan Ellison



Cuando yo tenía cinco años, había un niño con quien solía jugar: Jeffy. Su verdadero nombre era Jeff Kinzer, pero todos los que jugábamos con él le llamábamos Jeffy. Los dos teníamos cinco años y pasamos muy buenos ratos juntos.

Cuando yo tenía cinco años, un helado de chocolate Clark era tan grueso como una barra de Louisville. Tenía unos quince centímetros de longitud, y utilizaban verdadero chocolate para recubrirlo, y crujía de un modo muy agradable al morderlo por el centro; además, el papel en que lo envolvían olía a cosa fresca y buena cuando se lo pelaba sosteniendo el palo de modo que el helado no se derritiera en los dedos. Hoy, un helado de chocolate Clark es tan delgado como una tarjeta de crédito, y emplean algo artificial y de un sabor terriblemente malo en lugar del chocolate puro; el helado es blanco y esponjoso y cuesta quince o veinte centavos en lugar de la decente y correcta moneda de cinco centavos que costaba, y lo envuelven como para que uno crea que tiene el mismo tamaño que tenía hace veinte años, aunque no lo tiene; es delgado, de aspecto feo, gusto nauseabundo y no vale ni un centavo, cuanto mucho menos quince o veinte.

Cuando yo tenía esa edad, cinco años, fui enviado a casa de mi tía Patricia, en Buffalo, Nueva York, durante dos años. Mi padre estaba pasando «malos tiempos» y tía Patricia era muy hermosa y se había casado con un agente de Bolsa. Ellos se hicieron cargo de mí durante cinco años. A los siete años, regresé a casa y fui a ver a Jeffy para jugar con él.

Yo había cumplido siete. Jeffy seguía teniendo cinco. No observé ninguna diferencia en él. No lo sabía: yo tenía sólo siete años.

A esa edad, solía tumbarme boca abajo frente a nuestra radio Atwater Kent y escuchaba. Había atado la antena de toma de tierra al radiador y me pasaba el tiempo allí, tumbado, con mis libros para colorear y mis Crayolas (cuando sólo había dieciséis colores en la caja grande), escuchando la red roja de la NBC: Jack Benny y el programa de Saludos, Amos y Andy, Edgar Bergen y Charlie McCarthy en el programa de Chase y Sanborn, La Familia de un hombre. La primera noche; la red azul de la NBC: Ases fáciles, el Programa de Jergens con Walter Winchell, Información, por favor, Los días del Valle de la Muerte; y, lo mejor de todo, la Red de la Mutualidad con la Corneta Verde, El Llanero Solitario, El Hombre Enmascarado y Tranquilidad, por favor. Hoy pongo en marcha la radio de mi coche y busco de un extremo a otro del dial; todo lo que oigo son orquestas de cien cuerdas, mas de casa frivolas y camioneros insípidos que discuten de sus pervertidas vidas sexuales con presentadores de voz arrogante, tonterías country y del Oeste y música rock tan estridente que me hace daño en los oídos.

Cuando tenía diez años, mi abuelo se murió de puro viejo y yo me convertí en un «chico problemático»; entonces, me enviaron a una escuela militar para que me «metieran en vereda».

Regresé a casa con catorce años. Jeffy seguía teniendo cinco años.

Cuando yo tenía catorce años de edad solía irme al cine los sábados por la tarde y una matine costaba diez centavos y entonces se utilizaba mantequilla de la de verdad para hacer las palomitas de maíz, y podía estar seguro de ver una película del Oeste con Lash LaRue o Wild Bill Elliott como Red Ryder, con Bobby Blake como Castorcito, o Roy Rogers, o Johnny Mack Brown; una película de terror como La Mansión de los Horrores, con Rondo Hatton en el papel de estrangulador, o como La mujer pantera, o como La Momia o como Me casé con una bruja, con Fredric March y Verónica Lake; además de un episodio de un gran serial como El Hombre Enmascarado, con Victor Jory, o Dick Tracy o Flash Cordón; y tres cortometrajes de dibujos animados; uno de James Fitzpatrick; uno de Noticias Movietone; uno de cantantes y, si me quedaba hasta la noche, una de Bingo o Keno; y chicas atractivas gratis. Hoy voy al cine y veo a Clint Eastwood volándole la cabeza a la gente como si fueran melones maduros.

A los dieciocho, fui a la universidad. Jeffty seguía teniendo cinco años. Yo regresaba a casa durante los veranos, para trabajar en la joyería de mi tío Joe. Jeffty no había cambiado. Ahora yo sabía que había algo diferente en él. Algo que no andaba bien, algo extraño. Jeffty seguía teniendo cinco años, ni un día más.

A los veintidós regresé a casa para quedarme definitivamente, y abrir una tienda de reparaciones de televisores Sony, la primera en la ciudad. Veía a Jeffty de vez en cuando. Tenía cinco años.

Las cosas han mejorado en muchos aspectos. La gente ya no se muere de algunas de las viejas enfermedades. Los coches son más veloces y le llevan a uno con mayor rapidez y por mejores carreteras al lugar al que uno quiere llegar. Las camisas son más blandas y sedosas. Tenemos libros de bolsillo, aunque cuestan tanto como costaba uno bien encuadernado. Cuando me estoy quedando sin dinero en el Banco, puedo vivir de las tarjetas de crédito hasta que las cosas se arreglan. Pero sigo creyendo que hemos perdido una gran cantidad de cosas buenas. ¿Sabía usted que ya no se puede comprar linóleo, sino sólo recubrimiento de vinilo para el suelo? Ya no quedan materiales como el hule; ya no volveremos a percibir ese olor especial y dulce que salía de la cocina de la abuela. Los muebles no se fabrican para que duren treinta años o más, porque llevaron a cabo una encuesta y descubrieron que, en los hogares jóvenes, les gustaba tirar los muebles y comprar bórax de colores nuevos cada siete años. Los discos no son gruesos y sólidos, como los antiguos, sino que ahora son delgados y hasta se pueden doblar... y eso no me parece bien. En los restaurantes no sirven la crema en jarras; sólo le dan a uno esa cosa artificial en pequeños tubos de plástico, y uno no consigue nunca que le sirvan un café con el color que debe tener. A todas partes donde uno vaya, todas las ciudades tienen el mismo aspecto, con locales para tomar hamburguesas y productos MacDonald y 7-Onces y moteles y grandes centros comerciales. Puede que las cosas sean mejores, pero ¿por qué pienso siempre en el pasado?

Lo que quiero decir cuando hablo de los cinco años no es que Jeffty fuera un retrasado. No creo que se tratara de eso. Al contrario, es astuto como un zurriagazo para los cinco años; un niño muy inteligente, rápido, agudo y divertido.

Pero medía noventa centímetros de estatura, pequeño para su edad, y estaba perfectamente formado; no tenía la cabeza grande, ni ninguna mandíbula extraña ni nada de eso. Simplemente, un niño guapo, de aspecto normal para los cinco años. Excepto que, en realidad, tenía la misma edad que yo; o sea, veintidós.

Cuando hablaba, lo hacía con la temblorosa voz de soprano de un niño de cinco años; cuando caminaba, arrastraba los pies como un niño de cinco años; cuando le

hablaba a uno, era acerca de las preocupaciones de un niño de cinco años..., tebeos, soldaditos de juguete; utilizaba un imperdible para sujetar una pieza de cartón rígido o la horquilla frontal de su bicicleta, de modo que el sonido que hiciera al darle al timbre fuese como el de una motora; y hacía preguntas como ¿por qué esa cosa hace eso de tal manera?, o ¿cómo es de alto, qué edad tiene? ¿Por qué la hierba es verde? ¿Qué aspecto tiene un elefante? A los veintidós años, tenía cinco.

Los padres de Jeffty eran una pareja más bien triste. Como yo seguía siendo amigo de Jeffty, le dejaban estar conmigo en la tienda, y a veces le llevaba a la feria del condado, o al minigolf o al cine, por lo que me encontré pasándome el tiempo con ellos. No es que me importaran mucho, porque siempre se sentían deprimidos. Pero supongo que tampoco se podía esperar gran cosa de los pobres diablos. Tenían a alguien extraño en su propia casa, a un niño que, en veintidós años, no había crecido más allá de los cinco, lo que les proporcionaba el tesoro de contemplar indefinidamente ese estado especial de la infancia, pero también les negaba el placer de ver crecer a su hijo hasta convertirse en un adulto normal.

Los cinco años son una época maravillosa de la vida para un niño... o «pueden» serlo si el niño se halla relativamente libre de la monstruosa bestialidad que se permite a otros niños. Es una época en la que los ojos permanecen muy abiertos y los modelos de comportamiento todavía no están fijados: una época en la que a uno todavía no se le ha martilleado para que lo acepte todo como inmutable e irreversible; una época en que parece que las manos no tienen nunca cosas suficientes que hacer y la mente cosas suficientes que aprender; en que el mundo es infinito y aparece lleno de color y de misterios. Los cinco años pertenecen a una época especial, antes de adoptar la actitud interrogativa, insaciable, quijotesca del joven soñador que se pasa el tiempo en clase soñando despierto. Antes de retirar las temblorosas manos que lo quieren coger todo, tocarlo todo, palparlo todo, dejando las cosas donde están, sobre las mesas. Antes de que la gente empiece a decir «actúa como un niño de tu edad» y «crece» o «te estás comportando como un bebé». Es una época en la que el niño que actúa como un adolescente sigue siendo hermoso y sensible y se convierte en el preferido de todos. Una época de delicia, de maravilla, de inocencia.

Jeffty se había estancado en esa época, a los cinco años, quedándose, simplemente, así. Pero para sus padres era una continua pesadilla de la que nadie podía sacarles, ni a gritos ni a bofetones -ningún asistente social, sacerdote, psicólogo infantil, ni maestros, amigos, curanderos, psiquiatras..., nadie-. Durante diecisiete años, su pena había pasado por diversas fases: de chochez paterna a inquietud, de inquietud a preocupación, de preocupación a temor, de temor a confusión, de confusión a cólera, de cólera a disgusto, de disgusto a un odio desnudo y, finalmente, de la más profunda aversión y repulsión a una estólida y depresiva aceptación.

John Kinzer, un jefe de equipo de la planta Balder Tool & Die, era un hombre de cincuenta años. Para todo el mundo, excepto para él, su vida transcurría espectacularmente uniforme. No era notable en modo alguno..., si se exceptúa el hecho de ser el padre de un niño de veintidós años que tenía cinco.

John Kinzer era un hombre pequeño, blando, sin ángulos marcados, con unos ojos pálidos que nunca parecían sostener mi mirada más de unos pocos segundos. Durante las conversaciones, se removía en su silla y parecía ver cosas en los rincones superiores de la habitación, cosas que nadie más podía ver..., o quería ver. Supongo que la palabra que mejor le cuadraba era la de «acosado»... Aquello en que se había convertido su vida, en algo acosado..., bueno, le cuadraba.

Leona Kinzer trataba con valentía de compensar la situación. Al margen de la hora a que la visitara, siempre intentaba que yo comiera algo. Y cuando Jeffty estaba en la casa, siempre estaba sobre él, intentando hacerle comer.

-Cariño, ¿quieres una naranja? ¿Una bonita naranja? ¿O una mandarina? Hay mandarinas. Podría pelarte una mandarina.

Pero, sin duda alguna, tenía tanto miedo, miedo de su propio hijo, que las ofertas de alimentos siempre las hacía con un tono débilmente siniestro.

Leona Kinzer había sido una mujer alta, pero los años la habían encorvado. Siempre parecía estar buscando alguna zona de pared empapelada o nicho de almacenamiento donde poder desvanecerse, adoptar alguna coloración protectora y ocultarse para siempre de la vista de los grandes ojos del niño, de modo que éste pudiera pasar cien veces al día junto a ella sin percatarse de su presencia, mientras ella permanecía allí, con la respiración contenida, invisible. Siempre llevaba un delantal atado a la cintura. Y tenía las manos enrojecidas de tanto limpiar. Como si al mantener el ambiente inmaculadamente limpio pudiera pagar su pecado imaginario: haber dado a luz a aquella criatura tan extraña.

Ninguno de ellos veía mucho la televisión. Por lo general, la casa permanecía silenciosa, sin que se oyera siquiera el susurro sibilante del agua en las tuberías, el crujido de las vigas de madera asentándose, el zumbido del refrigerador. Terriblemente silenciosa, como si el tiempo la hubiera rodeado sin tocarla.

En cuanto a Jeffty, era inofensivo. Vivía en aquella atmósfera de pavor suavizado y soportaba la aversión, y, si la comprendía, nunca la hacía notar de modo alguno. Jugaba como lo hace un niño, y parecía feliz. Pero tenía que percibir, como un niño de cinco años percibe, lo extraño que era para sus padres.

Extraño. No, en realidad, no del todo así. Él «también» era humano, si es que era algo. Pero estaba desfasado, desincronizado con el mundo que le rodeaba, y resonaba ante una vibración distinta a la de sus padres. Los otros niños no jugaban con él. A medida que crecían y le sobrepasaban, le encontraban infantil al principio, después nada interesante y, finalmente, a medida que se aclaraban sus percepciones sobre la edad y el paso del tiempo, y veían que a él no le afectaba como a ellos, le miraban como algo aterrador. Hasta los más pequeños, los de su misma edad, que podían deambular por el vecindario, aprendían pronto a alejarse de él como un perro callejero cuando un coche produce una explosión.

Así pues, yo seguía siendo su único amigo. Un amigo de muchos años. Cinco años. Veintidós años. Me gustaba; más de lo que puedo explicarme. Y nunca supe el porqué. Pero me gustaba, sin reserva alguna.

Pero como nos pasábamos el tiempo juntos, me encontré con que también me pasaba el tiempo con John y Leona Kinzer, en amable compañía. Las cenas, algunas tardes de los sábados, durante una hora o así, cuando acompañaba a Jeffty después de haberle llevado a ver alguna película. Ellos se sentían agradecidos, casi serviles. Yo les aliviaba de la embarazosa tarea de salir con él, de aparentar ante el mundo exterior que eran unos padres amorosos con un hijo perfectamente normal, feliz y atractivo. Y su gratitud se extendía hasta el punto de admitirme como huésped. Horrible; cada uno de los momentos de su depresión era horrible.

Sentía lástima por los pobres diablos, pero les despreciaba por su incapacidad para querer a Jeffty, que era, sobre todo, un niño merecedor de todo el cariño.

Nunca les revelé el secreto, ni siquiera durante las noches pasadas en su compañía, que eran terribles, en verdad, más allá de todo lo imaginable.

Podíamos estar sentados allí, en el oscurecido saloncito -siempre oscuro u oscureciéndose, como mantenido en la sombra para preservar lo que la luz pudiera revelar al mundo exterior a través de los iluminados ojos de la casa-, mirándonos en silencio los unos a los otros. Nunca sabían qué decirme.

-¿Cómo van las cosas por la planta? -yo le preguntaba a John Kinzer.

Él se encogía de hombros. Ni la conversación ni la vida le habían dotado de ninguna facilidad o gracia.

-Muy bien, estupendo -me contestaba al fin.

Y volvíamos a quedarnos sentados, en silencio.

-¿Te gustaría tomar un estupendo trozo de pastel de café? -me preguntaba Leona-. Lo acabo de hacer esta mañana.

O pastel de manzana verde. O leche con bollos caseros. O un budín amarronado que solía hacer.

-No, no, gracias, señora Kinzer. Jeffty y yo hemos tomado un par de bocadillos de queso cuando regresábamos a casa.

Y, una vez más, el silencio.

Entonces, cuando el silencio y la tensión de la situación se volvían insoportables, incluso para ellos (y quién sabe el tiempo de silencio total que reinaba entre ellos, cuando estaban solos, con aquella cosa de la que ya no hablaban nunca pendiente entre ambos), Leona Kinzer me decía:

-Creo que está durmiendo.

-No oigo la radio -añadía John Kinzer.

Así, siempre sucedía así, hasta que, amablemente, podía encontrar una excusa para marcharme con algún pretexto fútil. Sí, y todo habría continuado así, y todo continuó, cada vez, exactamente igual..., excepto una vez.

-Ya no sé qué hacer -dijo Leona, y empezó a llorar-. No hay cambio alguno. Ni un solo día de paz.

Su esposo se las arregló para levantarse de la vieja mecedora y dirigirse hacia ella. Se inclinó y trató de consolarla, pero por la poca gracia con que le tocaba el canoso cabello, quedó claro que se había anquilosado en él la capacidad de mostrarse compasivo.

-Chist, Leona. todo bien, chist...

Pero ella siguió llorando. Sus manos arañaron suavemente los pañitos de ganchillo colocados sobre los brazos del sillón. Entonces, dijo:

-A veces, desearía que hubiera nacido muerto.

John levantó la mirada hacia los rincones superiores del saloncito. ¿Buscaba las innombrables sombras que siempre le vigilaban? ¿Era a Dios a quien esperaba encontrar en aquellos espacios?

-No puedes hablar en serio -dijo, con suavidad, patético, urgiéndola con tensión física y con un temblor en la voz para que se retractara antes de que Dios se diera cuenta del terrible pensamiento que había expresado.

Pero ella sí que hablaba en serio. Muy en serio.

Yo me las arreglé para marcharme rápidamente aquella noche. No querían que hubiera ningún testigo de su vergüenza. Y me sentí contento de poder abandonar su casa.

Estuve una semana sin aparecer por allí. Una semana lejos de ellos, de Jeffty, de su calle, e incluso de aquella parte de la ciudad.

Yo tenía mi propia vida. La tienda, las cuentas, reuniones con proveedores, póquer con los amigos, mujeres bonitas a las que llevaba a restaurantes bien iluminados, mis propios padres, poner anticongelante en el coche, quejarme a la lavandería porque echaban demasiado almidón en los cuellos y puños de las camisas, acudir al gimnasio, impuestos, atrapar a Jan o a David (fuera quien fuese) robando de la caja registradora. Sí, yo tenía mi propia vida.

Pero ni siquiera «aquella» tarde pude mantenerme apartado de Jeffty. Acudió a verme a la tienda y me pidió que le llevara a ver el rodeo. Lo acordamos como buenos amigos, del mejor modo posible que un joven de veintidós años con otros intereses «podía»... con un niño de cinco años. Nunca medité en lo que nos mantenía juntos; siempre pensé que se trataba, simplemente, de los años. Eso y el afecto por un niño que podría haber sido el hermano pequeño que nunca tuve. (Excepto, me recordé a mí mismo, cuando los dos tuvimos la misma edad; yo me acordaba de ese período, y Jeffty seguía siendo exactamente el mismo.)

Y entonces, un sábado por la tarde, acudí para llevarle a ver una película, y ciertos aspectos que debía haber observado muchas veces con anterioridad sólo empecé a observarlos aquella tarde.

Llegué a pie a casa de los Kinzer, esperando que Jeffty estuviera sentado en los escalones del porche frontal, o en la barandilla del porche, esperándome. Pero no se encontraba allí.

Entrar en aquella oscuridad y silencio, en pleno mayo y a la luz del sol, fue algo inconcebible. Me quedé en el pasillo de entrada y, llevándome las manos a la boca, a modo de bocina, grité:

-¿Jeffty? ¡Eh, Jeffty! Vamos, sal. Rápido. Se nos hará tarde.

Su voz me llegó débil, como si estuviera bajo el suelo.

-Aquí estoy, Donny.

Le oí, pero no pude verle. Era Jeffty, no cabía la menor duda: como Donald H. Horton, presidente y único propietario del Centro de Sonido y Televisión Horton, nadie me llamaba Donny, a excepción de Jeffty. Nunca me había llamado de otro modo.

(En realidad, lo que acabo de decir no es ninguna mentira. Por lo que respecta al público, yo soy el único propietario del centro. La sociedad con mi tía Patricia es sólo para devolverle el préstamo que me hizo para completar el dinero que recibí cuando cumplí los veintiún años, y que mi abuelo me dejara cuando tuve diez. No fue un préstamo muy grande, sólo dieciocho mil, pero le pedí que fuera un socio silencioso amparándome en aquella época en que se hizo cargo de mí cuando yo era un niño.)

-¿Dónde estás, Jeffty?

-Bajo el porche, en mi lugar secreto.

Rodeé la parte lateral del porche, bajé y aparté la rejilla de mimbre. Allí, al fondo, sobre la tierra comprimida, Jeffty se había construido un lugar secreto. Tenía tebeos en cajones de naranjas, una pequeña mesita y algunas almohadas; la escena estaba iluminada por grandes velas de sebo, y solíamos escondernos allí cuando los dos teníamos... cinco años.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, mientras me arrastraba al interior y volvía a colocar la rejilla de mimbre en su sitio.

Hacía fresco bajo el porche y la tierra despedía un olor agradable, mientras que las velas olían a cobertizo cerrado y a algo familiar. Cualquiera niño se hubiera sentido muy a gusto en un lugar secreto como aquél. Nunca ha existido un niño que no se haya pasado los momentos más felices, productivos y deliciosamente misteriosos de su vida en un lugar así.

-Jugando -me contestó.

Tenía algo dorado y redondo que llenaba la palma de su pequeña mano.

-¿Has olvidado que íbamos a ir al cine?

-No. Sólo te esperaba.

-¿Están tu madre y tu padre en casa?

-Mamá.

Comprendí entonces por qué me esperaba bajo el porche. En consecuencia, no seguí preguntando.

-¿Qué tienes ahí?

-La insignia del Descodificador Secreto del Capitán Medianoche -me contestó, mostrándomela en su palma plana.

Me di cuenta de que llevaba observándola desde hacía rato, sin comprender de qué se trataba. Entonces caí en la cuenta del milagro que Jeffty tenía en su mano. Un milagro que, simplemente, no podía existir.

-Jeffty -le dije con suavidad, con maravilloso asombro en mi voz-. ¿Dónde has conseguido eso?

-Ha llegado hoy por correo. Yo lo pedí.

-Tiene que haber costado mucho dinero.

-No mucho. Diez centavos y dos sellos interiores de dos jarras de Ovaltine.

-¿Me dejas verlo?

Mi voz temblaba, y la mano que extendí hacia él también. Me lo entregó y yo sostuve el milagro en la palma de mi mano. Era maravilloso.

¿Recuerdan? El Capitán Medianoche fue un programa de radio de amplitud nacional, emitido en 1940. Estaba patrocinado por Ovaltine. Y cada año emitían una insignia del Escuadrón Secreto de Descodificación. Y cada día, al final del programa, transmitían una clave para el programa del día siguiente, en un código que sólo los niños que tuvieran la insignia oficial podían descifrar. Dejaron de hacer aquellas maravillosas insignias descodificadoras en 1949. Recuerdo la que yo mismo tuve en 1945; era hermosa. La placa tenía una lente de aumento en el centro del dial del código. El Capitán Medianoche desapareció de antena en 1950, y aunque a mediados de los cincuenta se emitieron unas cortas series en televisión y se hicieron placas de descodificación en 1955 y en 1956, por lo que a las «verdaderas» se refería, no volvieron a fabricar ninguna después de 1949.

La placa de código 0 del Capitán Medianoche que tenía en mis manos, la que Jeffty afirmaba haber recibido por correo por sólo diez centavos (¡¡¡diez centavos!!!) y dos cupones de Ovaltine, era completamente nueva, de un brillante metal dorado, sin una muesca ni una mancha de óxido en ella, como las viejas que pueden encontrarse todavía a precios exorbitantes en tiendas de coleccionistas, y sólo de vez en cuando.... aquello era un descodificador nuevo. Y la fecha que llevaba correspondía al año en que estábamos.

Pero el Capitán Medianoche ya no existía. En la radio no emitían nada parecido a aquel programa. Yo había oído una o dos flojas imitaciones de los viejos tiempos de la radio que reponían, y las historias resultaban aburridas, los efectos de sonido parecían suaves y todo daba la sensación de salir mal, de estar fuera de lugar. Sin embargo, yo tenía una placa de código 0 nueva en mi mano.

-Jeffty, cuéntame cosas de esto -le pedí.

-¿Que te cuente qué, Donny? Es mi nueva placa descodificadora secreta del Capitán Medianoche. La utilizo para calcular lo que va a suceder mañana.

-¿Mañana? ¿Cómo?

-En el programa.

-¿Qué programa?

Se me quedó mirando con fijeza, como si yo tratara deliberadamente de hacerme el estúpido.

-¡El del Capitán Medianoche, chico!

Me comportaba como un tonto. Sin embargo, no pude comprenderlo de un modo directo, inmediato. Estaba allí, justo allí, y yo todavía no sabía lo que estaba sucediendo.

-¿Te refieres a uno de esos discos que hicieron del programa de radio de los viejos tiempos? ¿Es eso lo que quieres decir, Jeffty?

-¿Qué discos? -preguntó él.

No sabía a qué me estaba refiriendo yo.

Nos quedamos mirando fijamente el uno al otro, allí, bajo el porche. Y entonces, muy lentamente, casi con el temor de escuchar la respuesta, le pregunté:

-Jeffty. ¿cómo escuchas el Capitán Medianoche!

-Lo escucho todos los días. En la radio. En mi radio. Todos los días a las cinco y media.

Noticias. Música idiota, y noticias. Eso era lo que emitían todos los días por la radio a las cinco y media. Y no el Capitán Medianoche. El Escuadrón Secreto no había salido a las ondas desde hacía veinte años.

-¿Lo podemos escuchar juntos esta tarde? -pregunté.

-¡Pero chico! -exclamó.

Me estaba comportando como un tonto. Lo supe por la forma en que lo dijo; pero no sabía el «porqué». Entonces se me ocurrió: era sábado. Y el Capitán Medianoche se transmitía de lunes a viernes. Ni en sábados ni en domingos.

-¿Vamos a ir al cine?

Tuvo que repetirme dos veces la pregunta. Yo tenía la mente en alguna otra parte. Nada concreto. Ninguna conclusión. Ninguna suposición descabellada en la que poder basarme. Simplemente en blanco, tratando de imaginarme algo, para llegar a la conclusión -la misma a la que usted, o cualquiera, habría llegado antes que aceptar la verdad evidente, la imposible y maravillosa verdad- de que tenía que haber alguna explicación bien sencilla que yo no percibía todavía. Algo mundano y aburrido, como el paso del tiempo que nos roba todo lo bueno, nos arranca las cosas antiguas y nos da chucherías inútiles a cambio. Y todo en nombre del progreso.

-¿Vamos a ir al cine, Donny?

-Puedes apostar a que sí, muchacho -le dije.

Y le sonreí. Y le entregué la placa del código 0. Y él se la metió en un bolsillo del pantalón. Y salimos a gatas de debajo del porche. Y fuimos al cine. Y ninguno de nosotros dijo nada del Capitán Medianoche durante el resto del día. Y ya no hubo ni siquiera diez minutos seguidos de todo el resto de aquel día en que yo no estuviera pensando en ello.

Tuve inventario durante toda la semana siguiente. No pude ver a Jeffty hasta bien entrada la tarde del jueves. Confieso que dejé la tienda en manos de Jan y David; les dije que debía hacer unos recados, y me marché pronto. A las cuatro de la tarde. Llegué a casa de los Kinzer con el tiempo justo: a las cinco menos cuarto. Leona me abrió la puerta. Parecía agotada y distante.

-¿Está Jeffty por ahí?

Me dijo que se encontraba arriba, en su habitación... escuchando la radio.

Subí los escalones de dos en dos.

Muy bien, por fin había dado aquel salto imposible e ilógico. Si la cuestión de la credulidad hubiera implicado a cualquier otro individuo que no fuera Jeffty, niño o adulto, yo habría pensado respuestas más lógicas. Pero se trataba de Jeffty, otra clase de tipo de vida, y lo que él experimentara podría muy bien no encajar en el esquema ordenado.

Lo admito: «quise» escuchar lo que escuché.

Incluso con la puerta cerrada, oí el programa, y lo reconocí:

«¡Ahí va, Tennessee! ¡Cógele!»

Se escuchó el fuerte sonido de un disparo de rifle y, a continuación, la misma voz gritó, triunfal:

«¡Le he alcanzado! ¡Mue-e-e-r-to!»

Estaba oyendo la emisora American Broadcasting Company, por la banda de 790 kilociclos y el programa de Tennessee Jed, uno de mis favoritos de los años cuarenta, una aventura del Oeste que no había escuchado desde hacía veinte años, porque no había existido durante todo aquel tiempo.

Me senté en el escalón más alto, allí, en la escalera interior de la casa de los Kinzer, y escuché el programa. No era la reposición de un programa antiguo, porque había referencias ocasionales a avances culturales y tecnológicos actuales y frases que no solían utilizarse en los años cuarenta: aerosoles, tatuajes por láser. Tanzania, y ciertas palabras técnicas.

No pude ignorar el hecho. Jeffty estaba escuchando una parte «nueva» de Tennessee Jed.

Corrí escalera abajo, salí de la casa y me dirigí a mi coche. Leona debía de estar en la cocina. Giré la llave, apreté el botón de la radio y manejé el dial hasta localizar los 790 kilociclos. La emisora ABC transmitía música de rock.

Permanecí sentado allí durante unos minutos y, a continuación, fui buscando la emisora con lentitud, de un extremo a otro del cuadrante. Música, noticias, conversaciones, espectáculos. Nada de Tennessee Jed. Y era un Blaupunkt, la mejor radio del mercado. No pasé por alto ninguna emisora perimétrica. Simplemente, ino estaba allí!

Al cabo de unos momentos apagué la radio, cerré el contacto y regresé arriba, sereno. Volví a sentarme en el último escalón y escuché todo el resto del programa. Era «maravilloso».

Me sentía excitado, imaginativo, lleno de todo lo que recordaba como lo más innovador en los dramas radiofónicos de años antes. Pero era moderno. No se trataba de un programa antiguo vuelto a emitir para satisfacer las necesidades de ese pequeño oyente que ansiaba escuchar las cosas de los viejos tiempos. Era un programa nuevo, en el que aparecían todas las viejas cosas, pero que seguía siendo nuevo y brillante. Incluso los anuncios comerciales eran sobre productos que podían adquirirse actualmente, pero ni tan violentos ni tan insultantes como los gritos de anuncios que uno escucha en la radio de estos días.

Y cuando Tennessee Jed terminó, a las cinco de la tarde, oí a Jeffty manejar el botón de su radio, hasta que escuché la familiar voz del presentador Glenn Riggs. que proclamaba:

«¡Presentando a Hop Harrigan! ¡El as norteamericano de las ondas del aire!».

Se escuchó el sonido del vuelo de un avión; un avión de hélice, no a chorro. No era el sonido al que los chicos de hoy ya se han acostumbrado, sino el sonido al que yo me acostumbré, el verdadero sonido de un avión; el rugiente, revivificado y ronco sonido de la clase de aviones en que G-8 y sus Ases de Combate volaban, del tipo en que el Capitán Medianoche y Hop Harrigan se desplazaban. Y entonces escuché a Hop que decía:

«CX-4 llamando a la torre de control, CX-4 llamando a la torre de control. ¡Listo para despegar! Hubo una pausa y, a continuación, oí: «Está bien. Aquí Hop Harrison.... ¡Adelante!»

Y Jeffty, que tenía el mismo problema que todos los niños de los años cuarenta tuvimos con la programación que emitía historias de héroes favoritos a la misma hora y en diferentes emisoras, tras haber presentado sus respetos a Hop Harrigan y Tank Tinker, giró el botón de la radio con toda rapidez y sintonizó la ABC, donde oí el sonido de un gong, la salvaje cacofonía del parloteo chino sin sentido y al presentador que gritaba:

«¡T-e-e-rry y los piratas!».

Me quedé allí, sentado en el último escalón, escuchando a Terry y a Connie y a Flip Corkin y, que Dios me ayude, a Agnes Moorehead como la Dama del Dragón, todos ellos en una nueva aventura que se desarrollaba en una China Roja que no existía en los tiempos de la versión de Miltón Caniff, de 1937, sobre el Oriente, con piratas fluviales y Chiang Kai-chek y los señores de la guerra y el ingenuo imperialismo de la diplomacia norteamericana de los barcos de guerra.

Permanecí sentado, escuchando todo el espectáculo, y aún me quedé sentado más tiempo para escuchar Supermán y una parte de Jack Armstrong, el chico norteamericano, y otra parte de Capitán Medianoche; y John Kinzer regresó a casa y ni él ni Leona subieron la escalera para saber qué me había pasado o dónde se encontraba Jeffty, y yo aún estuve sentado allí más tiempo y descubrí que había empezado a llorar y que no podía contenerme. Simplemente, me quedé allí sentado, y dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas y llegaran hasta las comisuras de mis labios. Sentado allí y llorando, hasta que Jeffty me oyó, abrió su puerta y me vio. Entonces, se acercó a mí y me miró lleno de una gran confusión infantil mientras yo oía cómo la emisora conectaba con la Red de Mutualidades y comenzaban a transmitir el tema musical de Tom Mix, «Cuando ha llegado el buen tiempo a Texas y todo ha florecido». Jeffty me tocó en el hombro, sonrió, y me dijo:

-Hola. Donny. ¿Quieres entrar y escuchar la radio conmigo?

Hume negó la existencia de un espacio absoluto en el que cada cosa tiene su lugar; Borges negó la existencia de un solo tiempo en el que todos los acontecimientos están entrelazados.

Jeffty recibía programas de radio de un lugar que no podía existir, en buena lógica, dentro del esquema natural del universo espacio-tiempo, tal y como Einstein lo

concibió. Pero no era eso todo lo que recibía. También recibía premios por correo: objetos que nadie fabricaba ya.

Leía tebeos que habían dejado de publicarse tres décadas antes. Veía películas con actores que habían muerto hacía veinte años. Era la terminal de recepción de innumerables juguetes y placeres del pasado que el mundo había ido dejando caer en su camino. En su vuelo suicida hacia Nuevos Mañanas, el mundo había saqueado su casa de los tesoros de simples cosas felices; había vertido cemento sobre sus terrenos de juegos, abandonado sus rezagados elementos mágicos, y todo eso, de un modo imposible, estaba siendo milagrosamente maniobrado hacia atrás, desde el presente, a través de Jeffty. Revivificado, puesto al día; con tradiciones mantenidas pero contemporáneas. Jeffty era el Aladino libre cuya propia naturaleza formaba la lámpara mágica de su realidad.

Y él me introdujo en su mundo.

Porque confiaba en mí.

Tomábamos un desayuno de trigo machacado cuáquero y bebíamos Ovaltine caliente de «ese» año en las tazas irrompibles de la huerfanita Annie, íbamos al cine, y mientras que todo el mundo veía una comedia protagonizada por Goldie Hawn y Ryan O'Neal, Jeffty y yo disfrutábamos de Humphrey Bogart, dando vida al ladrón profesional Parker en la brillante adaptación de John Huston de la novela de Donald Westlake Tierra de asesinos. El segundo protagonista era Spencer Tracy, acompañado por Carole Lombard y Laird Cregar en la película producida por Val Lewton, Leiningen contra las hormigas.

Dos veces al mes, acudíamos al nuevo quiosco y comprábamos los números de El Hombre Enmascarado, Doc Savage e Historias Asombrosas. Entonces, nos sentábamos juntos y yo le leía las revistas. Le gustó, en particular, la nueva novela corta de Henry Kuttner Los sueños de Aquiles, y la nueva serie de Stanley G. Weinbaum de historias cortas situadas en el universo de partícula subatómica de Redurna. En septiembre, disfrutamos de la primera publicación de la nueva novela de Conan, escrita por Robert E. Howard, La isla de los negros, en «Weird Tales»; y en agosto nos sentimos suavemente desilusionados por la cuarta novela de Edgar Rice Burroughs perteneciente a la serie de «Júpiter». Pero el editor de «Historias Semanales» prometía que habría dos aventuras más en la serie, y eso fue una revelación tan inesperada para Jeffty y para mí que amortiguó nuestra desilusión por la calidad de la narración que acabábamos de leer.

Leíamos juntos los tebeos, y Jeffty y yo decidimos -por separado, antes de que ambos lo discutiéramos- que nuestros personajes favoritos eran Dolí Man, Airboy y The Heap. También adorábamos las aventuras de George Carlson en los tebeos Jingle Jangle; sobre todo, las historias del Príncipe de Cara de Pastel del Viejo Pretzleburg, que leíamos juntos y que nos hacían reír, aun cuando tuve que explicarle a Jeffty algunos de los sutiles juegos de palabras, puesto que él era demasiado niño para comprender la sutileza de aquellas bromas.

¿Cómo explicarlo? Estudié suficiente Física en la universidad como para hacer algunas conjeturas sin pensármelas mucho, pero lo más probable es que esté equivocado. En ocasiones, se rompen las leyes de la conservación de la energía. Se trata de leyes que los físicos denominan «débilmente violadas». Quizá Jeffty era un catalizador para la débil violación de las leyes de la conservación que sólo ahora empezamos a darnos cuenta de que existen. Traté de leer algo sobre el tema -

deterioro de la clase «prohibida»; deterioro gamma que no incluye el neutrino muon entre sus productos-, pero no descubrí nada; ni siquiera los últimos escritos del Instituto Suizo para la Investigación Nuclear, cerca de Zurich, pudieron darme una explicación de lo que sucedía. Me vi arrojado hacia una vaga aceptación de la filosofía según la cual el verdadero nombre de la «ciencia» es «magia».

No había explicaciones, pero sí momentos muy buenos.

La época más feliz de mi vida.

Yo tenía el mundo «real», el mundo de mi tienda, de mis amigos y de mi familia; el mundo de los beneficios y las pérdidas; de los impuestos; de las noches con mujeres jóvenes que hablaban de ir de compras o de las Naciones Unidas; del coste creciente del café y de los hornos de microondas. Y tenía el mundo de Jeffty, en el que existía sólo cuando me encontraba junto a él. Las cosas del pasado que él conocía como algo fresco y nuevo, yo las experimentaba en su compañía. Y la membrana de separación entre los dos mundos se fue haciendo más tenue, más luminosa y transparente. Yo disfrutaba de lo mejor de ambos mundos. Y, de algún modo, sabía que no podía traspasar nada de uno al otro.

Al olvidarme de eso, sólo por un momento, al traicionar a Jeffty por olvidarlo, puse fin a todo.

El hecho de disfrutar tanto como yo disfrutaba me hizo llevar cada vez menos cuidado, y no llegué a considerar lo frágil que era la relación entre el mundo de Jeffty y mi propio mundo. He aquí una razón por la que el presente tiene envidia de la existencia del pasado. En realidad, yo nunca llegué a comprenderlo. En ninguno de los libros donde se muestra la lucha por la supervivencia en batallas entre la garra y el colmillo, entre el tentáculo y el saco de veneno, existe reconocimiento alguno de la ferocidad con que el presente se arroja siempre sobre el pasado. En ninguna parte se ofrece una detallada afirmación de qué forma miente el presente en espera de lo que sea, en espera de que eso se convierta en el aquí y el ahora para desgarrarlo con sus despiadadas mandíbulas.

¿Quién podría saber tal cosa... a cualquier edad, y desde luego no a la mía...?
¿Quién podría comprender tal cosa?

Trato de justificarme. Y no puedo. Fue error mío.

Era otro sábado por la tarde.

-¿Qué vamos a ver hoy? -le pregunté cuando nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad en el coche.

Él me miró desde el otro extremo del asiento delantero y me sonrió.

-Ken Maynard en La justicia del látigo y El hombre demolido.

Siguió sonriendo como si realmente me hubiera engañado. Le miré con incredulidad.

-¡Es una broma! -le dije, encantado-. ¿El hombre demolido, de Bester?

Asintió con un gesto de cabeza, contento por el hecho de que yo también lo estuviera. Sabía que ése era uno de mis libros favoritos.

-¡Oh, estupendo!

-¡Estupendo, estupendo! -coreó él.

-¿Quiénes actúan?

-Franchot Tone, Evelyn Keyes. Lionel Barrymore y Elisha Cook, Jr.

Él tenía muchos más conocimientos de los que yo había tenido jamás sobre actores de cine. Podía citar a los intérpretes principales de cualquiera de las películas que había visto. Incluso de las escenas de multitudes.

-¿Y dibujos animados? -pregunté.

-Proyectan tres: uno de la Pequeña Lulú, uno del Pato Dónald y otro de Bugs Bunny. Y una Especialidad de Pete Smith y una titulada Los monos son la gente más loca, de Lew Lehr.

-¡Vaya, muchacho! -dije, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y entonces bajé la mirada y vi el talonario de órdenes de compra en el asiento. Se me había olvidado dejarlo en la tienda.

-Tengo que pasar por el Centro –dije-. Debo dejar algo. Sólo tardaré un momento.

-Muy bien -repuso Jeffty-. Pero no llegaremos tarde, ¿verdad?

-No te preocupes, muchacho -le tranquilicé.

Cuando entré en el aparcamiento situado detrás del Centro, él decidió acompañarme y estuvimos hablando del cine. No es una gran ciudad la nuestra, íbamos al Utopía, que sólo estaba a tres manzanas de distancia del Centro.

Entré en la tienda con el talonario de pedidos y la encontré llena. David y Jan estaban atendiendo cada uno a un cliente, y había otras personas de pie, en espera de ser atendidas. Jan me dirigió una mirada y la expresión de su rostro era una máscara de ruego. David estaba corriendo del almacén a la sala de proyección y todo lo que pudo murmurar al pasar junto a mí fue:

-¡Socorro!

-Jeffty -dije, inclinándome hacia él-. Escucha, dame unos pocos minutos más. Jan y David tienen problemas con toda esta gente. Te prometo que no llegaremos tarde. Sólo déjame atender a un par de estos clientes.

Él pareció nervioso, pero asintió con un gesto.

-Siéntate un momento y en seguida estaré contigo.

Y le indiqué una silla.

Se dirigió hacia ella, portándose con gran amabilidad, aunque sabía lo que estaba sucediendo, y se sentó.

Empecé a ocuparme de los clientes que querían ver unos televisores en color. Era la primera remesa sustancial de unidades que habíamos conseguido -la televisión en color estaba alcanzando unos precios razonables y era la primera promoción de la

Sony-, y una época estupenda para mí. Ya me imaginaba con el préstamo pagado y ponerme por primera vez a la cabeza con el Centro. Era un buen negocio.

En mi mundo, los buenos negocios tienen prioridad.

Jeffty se quedó allí sentado, con la mirada fija en la pared. Permítanme que les diga algo sobre esa pared.

Estaba cubierta de estanterías metálicas, desde el suelo hasta unos sesenta centímetros del techo. Los televisores en color se habían colocado artísticamente contra la pared. Un total de treinta y tres televisores. Todos ellos encendidos al mismo tiempo. En blanco y negro, en color, pequeños y grandes, todos funcionando al unísono.

Jeffty se sentó y contempló treinta y tres aparatos de televisión en la tarde de un sábado. Nosotros disponemos de un total de trece canales, incluidas las emisoras educativas en UHF. En un canal se retransmitía un campeonato de golf; béisbol en otro; juego de bolos en otro; un seminario religioso en el cuarto; en el quinto había un espectáculo de danza de niños pequeños; en el otro la reposición de una comedia; en el séptimo, una película policíaca; el octavo era un programa sobre la naturaleza en el que se mostraba a un hombre volando continuamente; en el noveno había noticias y conversación; el décimo, una carrera de coches antiguos; en el undécimo, un hombre hacía unos logaritmos sobre una pizarra; el duodécimo mostraba a una mujer vestida con leotardos haciendo ejercicios; y en el canal decimotercero se proyectaban unos malos dibujos animados en castellano. Todos los espectáculos, excepto seis, se repetían en tres televisores. Jeffty se sentó y contempló aquella pared de televisión en la tarde de un sábado, mientras yo vendía con toda la rapidez y seguridad que podía para devolverle el préstamo a tía Patricia y para mantenerme en contacto con mi mundo. Era el negocio.

Debería haberme dado cuenta, haber comprendido lo del presente y la forma en que éste mata el pasado. Pero estaba vendiendo a manos llenas. Y cuando eché un vistazo hacia Jeffty, media hora después, él parecía haberse convertido en otro niño.

Sudaba. Con ese terrible sudor febril que le coge a uno cuando tiene gripe. Estaba pálido, tan pastoso y pálido como un gusano, y sus pequeñas manos se agarraban con fuerza a los brazos del sillón, tanto que yo veía el relieve de los nudillos a la perfección. Me apresuré a acercarme a él, disculpándome ante la pareja de edad media que miraba un nuevo modelo Mediterráneo de 21 pulgadas.

-¡Jeffty!

Él me miró, pero sus ojos no me distinguieron. Estaba absolutamente aterrorizado. Le arranqué del sillón y me dirigí con él hacia la puerta principal, pero los clientes a quienes había abandonado me gritaron.

-¡Eh! -dijo el hombre-. ¿Quiere usted venderme esto o no?

Yo miré a Jeffty, después al hombre y de nuevo a Jeffty, que parecía un zombie. Había llegado hasta donde yo le había llevado. Sus piernas parecían de goma y arrastraba los pies. El pasado, que estaba siendo comido por el presente, el sonido de algo que sufría dolor.

Me saqué algún dinero del bolsillo del pantalón y lo apelo-toné en la mano de Jeffty.

-Muchacho..., escúchame.... ivete ahora mismo de aquí!

Él seguía sin poder enfocar la mirada.

-¡Jeffty! -grité, tanto como pude-. ¡Escúchame!

La pareja de mediana edad caminaba hacia nosotros.

-Escucha, muchacho, márchate de aquí ahora mismo. Vete al Utopía y compra las entradas. Te seguiré en seguida.

La pareja de mediana edad estaba casi a nuestro lado. Empujé a Jeffty a través de la puerta y le vi alejarse, tambaleante, en la dirección equivocada. Entonces, se detuvo, como si se acordara de algo, y volvió sobre sus pasos, cruzando ante la tienda y tomando el camino correcto hacia el Utopía.

-Sí, señor -dije, enderezándome y volviéndome hacia ellos-. Sí, señora. Ése es un modelo estupendo con unas características sensacionales. Si quiere situarse aquí, donde estoy yo, podrá verlo mejor...

Oí un terrible sonido de algo que se rompía; pero no pude saber de qué canal ni de qué aparato procedió.

Me enteré más tarde de la mayor parte de lo sucedido, por la taquillera del cine y por algunas personas a las que conocí y que se me acercaron para contarme lo ocurrido. Cuando llegué al Utopía, unos veinte minutos después, Jeffty ya había sido golpeado hasta quedar convertido en una piltrafa, y llevado al despacho del director.

-¿Ha visto usted a un niño pequeño, de unos cinco años de edad, con grandes ojos pardos y cabello liso... que me esperaba?

-¡Oh! Creo que es el niño pequeño a quien han golpeado esos muchachos.

-¿Qué? ¿Dónde está ahora?

-Le han llevado al despacho del director. Nadie sabía quién era ni dónde encontrar a sus padres...

Una joven, con uniforme de acomodadora, le estaba colocando una toalla de papel húmedo en el rostro cuando llegué.

Le quité la toalla de papel y le ordené que saliera del despacho. Ella pareció sentirse insultada y me replicó algo brusca, pero se marchó. Me senté en el borde del sofá y traté de limpiarle la sangre que surgía de las laceraciones, sin abrir las heridas allí donde la sangre ya se había coagulado. Tenía los dos ojos hinchados. La boca estaba gravemente desgarrada. El cabello, manchado de sangre seca.

Se había puesto en la cola, detrás de dos chicos jóvenes. Empezaron a vender las entradas a las doce y media y la película empezaba a la una. Las puertas no se abrieron hasta la una menos cuarto. Él había estado esperando y los chicos que tenía delante llevaban una radio portátil. Escuchaban el partido de fútbol. Jeffty quiso oír algún programa que sólo Dios sabe cuál sería, Gran Estación Central, La Tierra Perdida..., cualquiera.

Pidió si le podían prestar la radio para escuchar el programa un minuto, y todo fue como un intercambio comercial o algo así. Los chicos le dejaron la radio, tal vez

impulsados por una especie de maliciosa cortesía que después les permitiera abusar de él y destrozar al niño. Él había cambiado la emisora.... y los chicos no pudieron volver a encontrar la que retransmitía el partido de fútbol. La radio había quedado apresada en una emisora que retransmitía un programa que ya no existía para nadie, excepto para Jeffty.

Le pegaron con todas sus fuerzas..., mientras todos los demás observaban.

Después, echaron a correr, alejándose de allí.

Yo le había dejado solo, le había abandonado para que luchara contra el presente, sin disponer de armas suficientes. Le había traicionado por la venta de un televisor de veintiuna pulgadas del modelo Mediterráneo. Por eso, su rostro era una amasijo de carne golpeada. Gimió algo inaudible y sollozó suavemente.

-Chist, todo va bien ahora, muchacho. Soy Donny. Estoy aquí. Te llevaré a casa y te pondrás bien.

Hubiera debido llevarle al hospital directamente. No sé por qué razón no lo hice. Tendría que haberlo hecho así. Debería haberlo hecho.

Cuando crucé la puerta, con él en brazos, John y Leona Kinzer se me quedaron mirando fijamente. No se movieron para cogerle ellos. Jeffty llevaba colgando uno de sus brazos. Estaba consciente, pero apenas. Ellos nos miraron, allí, en la semioscuridad de la tarde de un sábado, en el presente.

-Un par de chicos le golpearon en el cine -dije, al tiempo que le elevaba un poco en mis brazos y le extendía hacia adelante.

Ellos me observaron con fijeza, los dos, sin ninguna expresión en su mirada, sin hacer movimiento alguno.

-¡Por Jesucristo! -grité- . ¡Le han golpeado! ¡Es su hijo! ¿Ni siquiera quieren tocarle? ¿Qué clase de personas son ustedes?

Entonces, Leona empezó a moverse hacia mí, con gran lentitud. Permaneció frente a nosotros durante unos segundos y había un plomizo estoicismo en su rostro que era algo terrible de ver. Con él, estaba diciendo: «He estado en este lugar antes, muchas veces, y no puedo soportar el volver a estar, pero aquí estoy ahora».

Así es que le entregué a Jeffty. Que Dios me ayude, se lo entregué a ella.

Y se lo llevó arriba, para lavarle la sangre y aliviarle el dolor.

John Kinzer y yo nos quedamos de pie, separados, en el oscuro saloncito de su casa, mirándonos fijamente. Él no tenía nada que decirme.

Pasé por su lado y me dejé caer en un sillón. Las piernas me temblaban.

Escuché el correr del agua en el baño, arriba.

Después de lo que pareció un largo rato. Leona bajó, enjugándose las manos en el delantal. Se sentó en el sofá y, al cabo de un momento, John se acomodó junto a ella. Entonces, escuché, arriba, el sonido de la música rock.

-¿Te gustaría tomar un trozo de pastel? -preguntó Leona.

No le contesté. Sólo escuchaba el sonido de aquella música. Música rock. En la radio. Sobre la mesita situada junto al sofá había una lámpara de mesa. Arrojaba una luz débil e inútil sobre el saloncito en penumbra. ¿Música rock del presente, en una radio, arriba? Empecé a decir algo y, entonces, lo «supe»...

Me levanté de un salto en el momento en que un terrible crujido hacía desaparecer el sonido de la música, y en que la lámpara de la mesita se debilitaba más, y más y vacilaba. Grité algo, no recuerdo el qué, y eché a correr escalera arriba.

Los padres de Jeffy no se movieron. Se quedaron allí, sentados, con las manos plegadas, en el mismo lugar en el que habían permanecido durante tantos años.

Me caí dos veces subiendo la escalera a toda velocidad.

Por la televisión no retransmiten muchas cosas capaces de despertar mi interés. Compré una enorme radio Philco en una tienda de segunda mano y sustituí todas las partes dañadas, utilizando los componentes originales de otras radios viejas que pude localizar y que aún funcionaban. No utilizo transistores, ni circuitos impresos. Esos componentes no funcionarían. A veces, me he pasado horas y horas, sentado frente a ese receptor, manejando el botón de un lado a otro, con toda la lentitud que uno pueda imaginar, tanto que en ocasiones parecía como si la aguja no se moviera en absoluto.

Pero no puedo encontrar al Capitán Medianoche, ni La Tierra Perdida, ni El Hombre Enmascarado, ni Tranquilidad, por favor.

Así es que ella le quería un poco, todavía, después de todos aquellos años. No puedo odiarles: sólo querían volver a vivir en el presente. Y eso no es nada tan terrible.

Teniendo en cuenta todas las cosas, no deja de ser un mundo bueno. Es mucho mejor de lo que era, en muchos sentidos. La gente no muere de las viejas enfermedades. Ahora muere a causa de enfermedades nuevas; pero eso es el progreso, ¿verdad?

¿No es cierto?

Díganmelo.

Que alguien me lo diga, por favor.

Los ojos de Lina, de Clemente Palma



El teniente Jym de la Armada inglesa era nuestro amigo. Cuando entró en la Compañía Inglesa de Vapores le veíamos cada mes y pasábamos una o dos noches con él en alegre francachela. Jym había pasado gran parte de su juventud en Noruega, y era un insigne bebedor de whisky y de ajeno; bajo la acción de estos licores le daba por cantar con voz estentórea lindas baladas escandinavas, que después nos traducían. Una tarde fuimos a despedirnos de él a su camarote, pues al día siguiente zarpaba el vapor para San Francisco. Jym no podía cantar en su cama a voz en cuello, como tenía costumbre, por razones de

disciplina naval, y resolvimos pasar la velada refiriéndonos historias y aventuras de nuestra vida, sazonando las relaciones con sendos sorbos de licor. Serían las dos de la mañana cuando terminamos los visitantes de Jym nuestras relaciones; sólo Jym faltaba y le exigimos que hiciera la suya. Jym se arrellanó en un sofá; puso en una mesita próxima una pequeña botella de ajeno y un aparato para destilar agua; encendió un puro y comenzó a hablar del modo siguiente:

No voy a referiros una balada ni una leyenda del Norte, como en otras ocasiones; hoy se trata de una historia verídica, de un episodio de mi vida de novio. Ya sabéis que, hasta hace dos años, he vivido en Noruega; por mi madre soy noruego, pero mi padre me hizo súbdito inglés. En Noruega me casé. Mi esposa se llama Axelina o Lina, como yo la llamo, y cuando tengáis la ventolera de dar un paseo por Christianía, id a mi casa, que mi esposa os hará con mucho gusto los honores.

Empezaré por deciros que Lina tenía los ojos más extrañamente endiablados del mundo. Ella tenía diez y seis años y yo estaba loco de amor por ella, pero profesaba a sus ojos el odio más rabioso que puede caber en corazón de hombre. Cuando Lina fijaba sus ojos en los míos me desesperaba, me sentía inquieto y con los nervios crispados; me parecía que alguien me vaciaba una caja de alfileres en el cerebro y que se esparcían a lo largo de mi espina dorsal; un frío doloroso galopaba por mis arterias, y la epidermis se me erizaba, como sucede a la generalidad de las personas al salir de un baño helado, y a muchas al tocar una fruta peluda, o al ver el filo de una navaja, o al rozar con las uñas el terciopelo, o al escuchar el frufrú de la seda o al mirar una gran profundidad. Esa misma sensación experimentaba al mirar los ojos de Lina. He consultado a varios médicos de mi confianza sobre este fenómeno y ninguno me ha dado la explicación; se limitaban a sonreír y a decirme que no me preocupara del asunto, que yo era un histérico, y no sé qué otras majaderías. Y lo peor es que yo adoraba a Lina con exasperación, con locura, a pesar del efecto desastroso que me hacían sus ojos. Y no se limitaban estos efectos a la tensión álgida de mi sistema nervioso; había algo más maravilloso aún, y es que cuando Lina tenía alguna preocupación o pasaba por ciertos estados psíquicos y fisiológicos, veía yo pasar por sus pupilas, al mirarme, en la forma vaga de pequeñas sombras fugitivas coronadas por puntitos de luz, las ideas; sí, señores, las ideas. Esas entidades inmateriales e invisibles que tenemos todos o casi todos, pues hay muchos que no tienen ideas en la cabeza, pasaban por las pupilas de Lina con formas inexpresables. He dicho sombras porque es la palabra que más se acerca. Salían por detrás de la esclerótica, cruzaban la pupila y al llegar a la retina destellaban, y entonces sentía yo que en el fondo de mi cerebro respondía una dolorosa vibración de las células, surgiendo a su vez una idea dentro de mí.

Se me ocurría comparar los ojos de Lina al cristal de la claraboya de mi camarote, por el que veía pasar, al anochecer, a los peces azorados con la luz de mi lámpara, chocando sus estrafalarias cabezas contra el macizo cristal, que, por su espesor y convexidad, hacía borrosas y deformes sus siluetas. Cada vez que veía esa parranda de ideas en los ojos de Lina, me decía yo: ¡Vaya! ¡Ya están pasando los peces! Sólo que éstos atravesaban de un modo misterioso la pupila de mi amada y formaban su madriguera en las cavernas oscuras de mi encéfalo.

Pero ¡bah!, soy un desordenado. Os hablo del fenómeno sin haberos descrito los ojos y las bellezas de mi Lina. Lina es morena y pálida: sus cabellos undosos se rizaban en la nuca con tan adorable encanto, que jamás belleza de mujer alguna me sedujo tanto como el dorso del cuello de Lina, al sumergirse en la sedosa negrura de sus cabellos. Los labios de Lina, casi siempre entreabiertos, por cierta tirantez infantil del labio superior, eran tan rojos que parecían acostumbrados a comer fresas, a beber sangre o a depositar la de los intensos rubores; probablemente esto último, pues cuando las mejillas de Lina se encendían, palidecían aquéllos. Bajo esos labios había unos dientes diminutos tan blancos, que iluminaban la faz de Lina, cuando un rayo de luz jugaba sobre ellos. Era para mí una delicia ver a Lina morder cerezas; de buena gana me hubiera dejado morder por esa deliciosa boquita, a no ser por esos ojos endemoniados que habitaban más arriba. ¡Esos ojos! Lina, repito, es morena, de cabellos, cejas y pestañas negras. Si la hubierais visto dormida alguna vez, yo os hubiera preguntado: ¿De qué color creéis que tiene Lina los ojos? A buen seguro que, guiados por el color de su cabellera, de sus cejas y pestañas me habríais respondido: negros. ¡Qué chasco! Pues, no, señor; los ojos de Lina tenían color, es claro, pero ni todos los oculistas del mundo, ni todos los pintores habrían acertado a determinarlo ni a reproducirlo. Los ojos de Lina eran de un corte perfecto, rasgados y grandes; debajo de ellos una línea azulada formaba la ojera y parecía como la tenue sombra de sus largas pestañas. Hasta aquí, como veis, nada hay de raro; éstos eran los ojos de Lina cerrados o entornados; pero una vez abiertos y lucientes las pupilas, allí de mis angustias. Nadie me quitará de la cabeza que, Mefistófeles tenía su gabinete de trabajo detrás de esas pupilas. Eran ellas de un color que fluctuaba entre todos los de la gama, y sus más complicadas combinaciones. A veces me parecían dos grandes esmeraldas, alumbradas por detrás por luminosos carbunclos. Las fulguraciones verdosas y rojizas que despedían se irisaban poco a poco y pasaban por mil cambiantes, como las burbujas de jabón, luego venía un color indefinible, pero uniforme, a cubrirlos todos, y en medio palpitaba un puntito de luz, de lo más mortificante por los tonos felinos y diabólicos que tomaba. Los hervores de la sangre de Lina, sus tensiones nerviosas, sus irritaciones, sus placeres, los alambicamientos y juegos de su espíritu, se denunciaban por el color que adquiría ese punto de luz misteriosa.

Con la continuidad de tratar a Lina llegué a traducir algo los brillos múltiples de sus ojos. Sus sentimentalismos de muchacha romántica eran verdes, sus alegrías, violadas, sus celos amarillos, y rojos sus ardores de mujer apasionada. El efecto de estos ojos en mí era desastroso. Tenían sobre mí un imperio horrible, y en verdad yo sentía mi dignidad de varón humillada con esa especie de esclavitud misteriosa, ejercida sobre mi alma por esos ojos que odiaba como a personas. En vano era que tratara de resistir; los ojos de Lina me subyugaban, y sentía que me arrancaban el alma para triturarla y carbonizarla entre dos chispazos de esas miradas de Luzbel. Por último, con el alma adiente de amor y de ira, tenía yo que bajar la mirada, porque sentía que mi mecanismo nervioso llegaba a torsiones desgarradoras, y que mi cerebro saltaba dentro de mi cabeza, como un abejorro encerrado dentro de un horno. Lina no se daba cuenta del efecto desastroso que me hacían sus ojos. Todo Christhianía se los elogiaba por hermosos y a nadie causaban la impresión terrible que a mí: sólo yo

estaba constituido para ser la víctima de ellos. Yo tenía reacciones de orgullo; a veces pensaba que Lina abusaba del poder que tenía sobre mí, y que se complacía en humillarme; entonces mi dignidad de varón se sublevaba vengativa reclamando imaginarios fueros, y a mi vez me entretenía en tiranizar a mi novia, exigiéndola sacrificios y mortificándola hasta hacerla llorar. En el fondo había una intención que yo trataba de realizar disimuladamente; sí, en esa valiente sublevación contra la tiranía de esas pupilas estaba embozada mi cobardía: haciendo llorar a Lina la hacía cerrar los ojos, y cerrados los ojos me sentía libre de mi cadena. Pero la pobrecilla ignoraba el arma terrible que tenía contra mí; sencilla y candorosa, la buena muchacha tenía un corazón de oro y me adoraba y me obedecía. Lo más curioso es que yo, que odiaba sus hermosos ojos, era por ellos que la quería. Aun cuando siempre salía vencido, volvía siempre a luchar contra esas terribles pupilas, con la esperanza de vencer. ¡Cuántas veces las rojas fulguraciones del amor me hicieron el efecto de cien cañonazos disparados contra mis nervios! Por amor propio no quise revelar a Lina mi esclavitud.

Nuestros amores debían tener una solución como la tienen todos: o me casaba con Lina o rompía con ella. Esto último era imposible, luego tenía que casarme con Lina. Lo que me aterraba, de la vida de casado, era la perduración de esos ojos que tenían que alumbrar terriblemente mi vejez. , Cuando se acercaba la época en que debía pedir la mano de Lina a su padre, un rico armador, la obsesión de los ojos de ella me era insoportable. De noche los veía fulgurar como ascuas en la oscuridad de mi alcoba; veía al techo y allí estaban terribles y porfiados; miraba a la pared y estaban incrustados allí; cerraba los ojos y los veía adheridos sobre mis párpados con una tenacidad luminosa tal, que su fulgor iluminaba el tejido de arterias y venillas de la membrana. Al fin, rendido, dormía, y las miradas de Lina llenaban mi sueño de redes que se apretaban y me estrangulaban el alma. ¿Qué hacer? Formé mil planes; pero no sé si por orgullo, amor, o por una noción del deber muy grabada en mi espíritu, jamás pensé en renunciar a Lina.

El día en que la pedí, Lina estuvo contentísima. ¡Oh, cómo brillaban sus ojos y qué endiabladamente! La estreché en mis brazos delirante de amor, y al besar sus labios sangrientos y tibios tuve que cerrar los ojos casi desvanecido.

-¡Cierra los ojos, Lina mía, te lo ruego!

Lina, sorprendida, los abrió más, y al verme pálido y descompuesto me preguntó asustada, cogiéndome las manos:

-¿Qué tienes, Jym?... Habla. ¡Dios Santoi ... ¿Estás enfermo? Habla.

-No ... perdóname; nada tengo, nada... -le respondí sin mirarla.

-Mientes, algo te pasa...

-Fue un vahído, Lina... Ya pasará...

-¿Y por qué querías que cerrara los ojos? No quieres que te mire, bien mío.

No respondí y la miré medroso. ¡Oh!, allí estaban esos ojos terribles, con todos sus insoportables chisporroteos de sorpresa, de amor y de inquietud. Lina, al notar mi turbado silencio, se alarmó más. Se arrodilló sobre mis rodillas, cogió mi cabeza entre sus manos y me dijo con violencia:

-No, Jym, tú me engañas, algo extraño pasa

en ti desde hace algún tiempo: tú has hecho algo malo, pues sólo los que tienen un peso en la conciencia no se atreven a mirar de frente. Yo te conoceré en los ojos, mírame, mírame.

Cerré los ojos y la besé en la frente.

-No me beses, mírame, mírame.

-¡Oh, por Dios, Lina, déjame! ...

-¿Y por qué no me miras? -insistió casi llorando.

Yo sentía honda pena de mortificarla y a la vez mucha vergüenza de confesarle mi necesidad: -No te miro, porque tus ojos me asesinan; porque les tengo un miedo cerval, que no me explico, ni puedo reprimir-. Callé, pues, y me fui a mi casa, después que Lina dejó la habitación llorando.

Al día siguiente, cuando volví a verla, me hicieron pasar a su alcoba: Lina había amanecido enferma con angina. Mi novia estaba en cama y la habitación casi a oscuras. ¡Cuánto me alegré de esto último! Me senté junto al lecho, le hablé apasionadamente de mis proyectos para el futuro. En la noche había pensado que lo mejor para que fuéramos felices, era confesar mis ridículos sufrimientos. Quizá podríamos ponernos de acuerdo... Usando anteojos negros... quizá. Después que le referí mis dolores, Lina se quedó un momento en silencio.

-¡Bah, que tontería! -fue todo lo que contestó.

Durante veinte días no salió Lina de la cama y había orden del médico de que no me dejaran entrar. El día en que Lina se levantó me mandó llamar. Faltaban pocos días para nuestra boda, y ya había recibido infinidad de regalos de sus amigos y parientes. Me llamó Lina para mostrarme el vestido de azahares, que le habían traído durante su enfermedad, así como los obsequios. La habitación estaba envuelta en una oscura penumbra en la que apenas podía yo ver a Lina; se sentó en un sofá de espaldas a la entornada ventana, y comenzó a mostrarme brazaletes, sortijas, collares, vestidos, una paloma de alabastro, dijes, zarcillos y no sé cuánta preciosidad. Allí es-

taba el regalo de su padre, el viejo armador: consistía en un pequeño yate de paseo, es decir, no estaba el yate, sino el documento de propiedad; mis regalos también estaban y también el que Lina me hacía, consistente en una cajita de cristal de roca, forrada con terciopelo rojo.

Lina me alcanzaba sonriente los regalos y yo, con galantería de enamorado, le besaba la mano. Por fin, trémula, me alcanzó la cajita.

-Mírala a la luz -me dijo- son piedras preciosas, cuyo brillo conviene apreciar debidamente.

Y tiró de una hoja de la ventana. Abrí la caja y se me erizaron los cabellos de espanto; debí ponerme monstruosamente pálido. Levanté la cabeza horrorizado y vi a Lina que me miraba fijamente con unos ojos negros, vidriosos e inmóviles. Una sonrisa, entre amorosa e irónica, plegaba los labios de mi novia, hechos con zumos de fresas silvestres. Salté desesperado y cogí violentamente a Lina de la mano.

-¿Qué has hecho, desdichada?

-¡Es mi regalo de boda! -respondió tranquilamente.

Lina estaba ciega. Como huéspedes azorados estaban en las cuencas unos ojos de cristal, y los suyos, los de mi Lina, esos ojos extraños que me habían mortificado tanto, me miraban amenazadores y burlones desde el fondo de la caja roja, con la misma mirada endiablada de siempre...

Cuando terminó Jym, quedamos todos en silencio, profundamente emocionados. En verdad que la historia era terrible. Jym tomó un vaso de ajeno y se lo bebió de un trago. Luego nos miró con aire melancólico. Mis amigos miraban, pensativos, el uno la claraboya del camarote y el otro la lámpara que se bamboleaba a los balances del buque. De pronto, Jym soltó una carcajada burlona, que cayó como un enorme cascabel en medio de nuestras meditaciones.

-¡Hombres de Dios! ¿Creéis que haya mujer alguna capaz del sacrificio que os he referido? Si los ojos de una mujer os hacen daño, ¿sabéis cómo lo remediará ella? Pues arrancándoos los vuestros para que no veáis los suyos. No; amigos míos, os he referido una historia inverosímil cuyo autor tengo el honor de presentaros.

Y nos mostró, levantando en alto su botellita de ajeno, que parecía una solución concentrada de esmeraldas.

Una de Terror, Pablo De Santis



Tengo una caja de cartón a la que llamo “la caja de los tesoros”. Seguramente a nadie le podrían parecer tesoros más que a mí. Hay un soldado de plomo del ejército napoleónico al que le falta un brazo, un yoyo “profesional” Russell, un cortaplumas roto, una brújula con el cristal astillado, una figurita de El Zorro (la única que me quedó de las miles que junté cuando era chico) y una postal que me envió una novia desde alguna playa. En la postal solamente se ve una ola, y nada más, y en el reverso ella me escribió: “¿Viste alguna vez una postal más estúpida que ésta?” Si cualquier persona se asomara a esa caja (desde luego, ese acto sería castigado con la pena de muerte) no podría advertir cuál es el objeto más extraño de todos, y quizás el más precioso: un pedacito de papel viejo, quebradizo, casi quemado, encerrado en un sobre. En el papel no puede leerse casi nada. Es apenas una huella.

Cuando tenía doce años empecé a dibujar historietas. En ese momento la mayoría de los chicos leían las revistas mexicanas de Batman, Superman, Fantomas, La Pequeña Lulú, y las chicas Susy, Secretos del corazón; a mí me gustaban, en cambio, las de terror. Era difícil conseguirlas, no estaban en todos los quioscos sino en ferias de plazas o en viejas librerías. Había dos: Doctor Tetrick y Doctor Mortis. En una de ellas vi una página —en la revista decía que era la única que se conservaba— de un dibujante llamado Ashton Forbes. A partir de ahí empecé a seguir los pasos de Forbes y pude conocer su historia, aunque de poco me sirvió.

En una minúscula revista de historietas que publicaban (bueno, fotocopiaban en realidad) unos amigos, puse un aviso llamando a los interesados en Ashton Forbes. A pesar de que la revista debía tener una venta que rara vez superaba los treinta ejemplares, alguien me contestó. La carta que me mandó estaba firmada sólo con unas iniciales: L.M. Jamás hubiera imaginado que la “L” era de Lucía.

Cuando entré en el bar vi que la única persona que tenía la revista “Doctor Tetrick” sobre la mesa era una chica. Me presenté, combinando un desconcertado tartamudeo con algunos gestos con las manos, por completo incomprensibles. (En ese tiempo uno no esperaba que las chicas se dedicaran a las revistas de terror. Nunca supe muy bien en qué se interesaban las chicas. Hubo un momento en que no existían en absoluto para mí, y un tiempo después ya eran tan importantes, que tampoco pude detenerme a mirar qué cosas les gustaban. Existían, y eso era suficiente.)

Lucía era terriblemente alta. Me llevaba una cabeza y media. (Pero de eso me enteré sólo al salir del bar.) Creo que los dos estábamos nerviosos, y si no hubiera sido por Forbes, cada uno hubiera salido corriendo por su lado. Teníamos pocos datos de Forbes, pero entre los dos reconstruimos parte de su historia.

Ashton Forbes era un dibujante norteamericano que se había venido a vivir a Buenos Aires en 1956. Es posible que estuviera escapando de algo. Durante un año trabajó en la ciudad dibujando historietas para la revista “El espanto de lo cotidiano”. Después se fue a Córdoba y nada más se supo de él. Quizá volvió a Estados Unidos, o se murió, o puso un hotel en las sierras. También había dibujado algunas tapas de novelas policiales de la Editorial Tor, libros de páginas y portadas amarillas. Aunque los

dibujos no llevaban firma, me parecía reconocer su estilo en algunas novelas de Edgar Wallace y Gastón Leroux.

Le pregunté a Lucía si había conseguido alguna revista de “El espanto de lo cotidiano” y se rió.

—No existe un solo ejemplar en todo el mundo.

—¿Se perdieron?

—No. Se autodestruyeron.

Lucía iba mucho más adelantada que yo en la investigación sobre Forbes. Había logrado ubicar a un viejo guionista que vagamente recordaba la historia de los veinte números de “El espanto de lo cotidiano”. La publicaba la editorial Nocturno; su dueño había tenido la mala suerte de comprar el papel más barato que había en plaza, y que probablemente había entrado de contrabando. Ese papel, se supo más tarde, tenía unas características muy curiosas: envejecía aceleradamente y era alérgico a la tinta. Apenas las revistas salían a la venta comenzaba su lento proceso de desintegración. Las destruía la luz. Cinco años después del cierre de la editorial (“El espanto de lo cotidiano” fue un fracaso total) no quedaba un solo ejemplar. Todos se habían vuelto cenizas.

El editor murió poco después y de los originales de Forbes nunca se supo nada. La única página publicada que se salvó (y que yo había descubierto en Doctor Tetrack) había sido salvada del devastador efecto de la luz porque su dueño la había recortado, guardándola entre las páginas de un manual de cocina. No la guardó por los dibujos, sino porque en el reverso había una receta: “El espanto de lo cotidiano” incluía una sección de cocina. Platos típicos de Transilvania, qué comía Edgar Poe entre botella y botella, especialidades de la cocina caníbal (se podían reemplazar algunos ingredientes).

Cuando salí del bar me importaba mucho menos Ashton Forbes y sus malditas páginas inexistentes que volver a ver a Lucía, aunque salir con ella me trajera algunos problemas en el cuello. Fuimos una tarde al cine de la parroquia que quedaba a la vuelta de casa para ver “Cuentos de ultratumba”: a mí me asustó tanto que estuve a punto de irme de la sala, pero como ella resistía, me llevé las manos a la cara y espiando apenas por entre las rendijas de los dedos pude llegar hasta el final. Creo que una semana después la invité a mi casa para ver “El cuervo”, con Vincent Price y Peter Lorre en “Sábados de súper acción”.

A los tres días me llamó por teléfono. Había ido a casa de un viejo coleccionista a cambiarle unas Billiken del año treinta que había encontrado en su casa por algunas revistas de terror importadas. El canje no debía haber sido muy ventajoso para Lucía, porque apenas se cerró el trato el viejo empezó a saltar de contento. Y hasta le confesó:

—Tengo un ejemplar de “El espanto de lo cotidiano”, donde está la historieta “El cuarto de arriba”, de Ashton Forbes. Es el último ejemplar que existe.

Lucía le ofreció toda su colección de historietas por la revista, pero el viejo se negó. Al final le arrancó el permiso para que fuéramos juntos a ver la revista. El hombre dudó, pero finalmente aceptó: a veces los coleccionistas se cansan de tener algo cuyo valor todos ignoran, y quieren divulgar, aunque sea por unos instantes, su secreto al mundo.

Un sábado a la mañana fuimos a Flores, hasta un caserón en ruinas, cerca de la estación de tren. Cruzamos la verja oxidada: entre los altos pastos amarillos había figuras de piedra que parecían dibujos de Forbes. El viejo nos recibió con pocas palabras y nos condujo al primer piso de la casa.

Había una habitación entera destinada a “El espanto de lo cotidiano”. El coleccionista encendió una lámpara de luz roja, que no dañaba el papel. Vi, en el suelo, una caja de cristal negro. El viejo la abrió: allí estaba el ejemplar de una especie extinguida, la última huella del paso de Forbes por el mundo. Pero no habíamos venido solamente a mirar la revista. Eramos traidores, y habíamos organizado todo para fotografiar las páginas. A la hora señalada el teléfono sonó y el viejo no tuvo más remedio que dejarnos solos para hablar con uno de mis amigos, que trataría de entretenerlo durante diez minutos, consultándolo sobre revistas desaparecidas. Sólo el gato estaba con nosotros.

Yo suponía que los breves golpes de flash no le harían daño a las páginas. No había notado, mientras Lucía pasaba hoja tras hoja, que el papel se ennegrecía con cada relámpago. No tuvimos tiempo de leer la historieta, ni siquiera de mirar los dibujos. Cuando terminamos la revista se había convertido en sesenta páginas indescifrables, manchas grises contra el papel amarillo.

Ya se oían los pasos del viejo en la escalera. Escondí la cámara, pero no podía ocultar la revista. Lucía fue más rápida que yo: abrió la puerta, de la que llegaba la luz implacable de una ventana, y atrapó al gato, colgándoselo de la camisa. Cuando el viejo vio que la puerta estaba abierta, entró corriendo, horrorizado; Lucía simulaba defenderse del pobre gato. Dijo que la había atacado y que casi se muere del susto. El coleccionista ni siquiera la miró: sus ojos estaban clavados en la revista que, con la nueva luz, ya no sólo se desdibujaba sino que comenzaba a hacerse polvo ante nuestros ojos. En medio del caos alcancé a guardar un papelito que se desprendió.

¿Creyó el viejo la mentira de Lucía? Nunca supimos si quiso vengarse burdamente del animal, o sutilmente de nosotros, porque agarró al gato, le retorció el cuello, y lo tiró escaleras abajo. Nosotros habíamos empezado nuestra huida apenas oímos el crack. El cuerpo del animal cayó a mis pies.

Nunca hablamos con nadie de lo que había pasado. Ni siquiera entre nosotros. Durante unos quince días dijimos que éramos novios y nos besamos en las plazas vacías, pero eran tiempos en que todo pasaba rápido y no sé muy bien cómo pero nos alejamos (ella se mudó a otro barrio, yo cambié de colegio, pero a lo mejor son cosas que no tuvieron nada que ver, aunque seguramente les echamos la culpa). Evitamos siempre hablar de ese día, pero no sé si fue por culpa o por miedo. Porque cuando revelamos las fotografías para hacerlas publicar, vimos que la historia que había contado Ashton Forbes era la de unos chicos que en busca de una revista rara visitan a un coleccionista, y cuando están solos allá arriba, en la oscuridad, se confiesan que todo aquello no era otra cosa que un pacto de amor... Nunca supimos cómo terminaba la historieta, porque a pie de página decía “continuará”, y como ya no quedaban ejemplares en el mundo, la aventura había sido cancelada para siempre.

El pescador y su alma, de Oscar Wilde



Todas las tardes el joven Pescador se internaba en el mar, y arrojaba sus redes al agua.

Cuando el viento soplaba desde tierra, no lograba pescar nada, porque era un viento malévolo de alas negras, y las olas se levantaban empujándose a su encuentro. Pero en cambio, cuando soplaba el viento en dirección a la costa, los peces subían desde las verdes honduras y se metían nadando entre las mallas de la red y el joven Pescador los llevaba al mercado para venderlos.

Todas las tardes el joven Pescador se internaba en el mar. Un día, al recoger su red, la sintió tan pesada que no podía izarla hasta la barca. Riendo, se dijo:

-O bien he atrapado todos los peces del mar, o bien es algún monstruo torpe que asombrará a los hombres, o acaso será algo espantoso que la gran Reina tendrá deseos de contemplar.

Haciendo uso de todas sus fuerzas fue izando la red, hasta que se le marcaron en relieve las venas de los brazos. Poco a poco fue cerrando el círculo de corchos, hasta que, por fin, apareció la red a flor de agua.

Sin embargo no había cogido pez alguno, ni monstruo, ni nada pavoroso; sólo una sirenita que estaba profundamente dormida.

Su cabellera parecía vellón de oro, y cada cabello era como una hebra de oro fino en una copa de cristal. Su cuerpo era del color del marfil, y su cola era de plata y nácar. De plata y nácar era su cola y las verdes hierbas del mar se enredaban sobre ella; y como conchas marinas eran sus orejas, y sus labios eran como el coral. Las olas frías se estrellaban sobre sus fríos senos, y la sal le resplandecía en los párpados bajos.

Tan bella era aquella sirenita que cuando el joven Pescador la vio, se sintió sobrecoigido de maravilla, alargó la mano y la atrajo hasta él; luego inclinándose sobre el borde de la barca, la tomó en brazos. Pero apenas la tocó, la sirenita gritó como una gaviota asustada, y despertó, y lo miró con sus ojos de amatista llenos de terror, esforzándose en un vano intento de escapar. Él la sujetó poderosamente abrazada, sin dejarla escapar.

Cuando la sirenita comprendió que no había forma de huir se puso a llorar y dijo:

-Te suplico que me dejes en libertad. Soy la hija única de un Rey, y mi padre ya es viejo y vive solo.

Pero el joven Pescador respondió:

-No te soltaré hasta que me prometas que cada vez que te llame obedecerás mi llamada, y cantarás para mí. A los peces les fascina el oír las canciones del pueblo del mar, y así mis redes estarán siempre llenas.

-¿Juras que me soltarás si te hago esa promesa? -preguntó la sirena.

-Juro que te soltaré -respondió el joven Pescador.

Ella hizo entonces la promesa pactada, jurando con el juramento de los hijos del Mar. Él abrió los brazos y la sirenita se sumergió en el agua temblando con un extraño temblor.

Todas las tardes el joven Pescador se internaba mar adentro, y llamaba a la sirena, y ella acudía invariablemente; salía del agua y cantaba. En torno de ella nadaban los delfines, y las gaviotas le revoloteaban sobre la cabeza.

Cantaba una canción maravillosa.

Cantaba sobre los hijos del Mar que llevan sus rebaños de gruta en gruta, cargando los terneros al hombro; cantaba acerca de los tritones, que tienen largas barbas verdes y pechos velludos, y hacen sonar sus retorcidas caracolas cuando pasa el Rey; cantaba sobre el palacio del Rey que es todo de ámbar, y su techo es de claras esmeraldas, y el pavimento está formado de resplandecientes perlas; y cantaba sobre los jardines del Mar, donde los grandes abanicos de coral se balancean todo el día, y los peces nadan alrededor como pájaros de plata, y las anémonas se cogen a las rocas y en la arena amarilla florecen con grandes corolas rojas. Cantaba de las vastas ballenas, que bajan de los mares del Norte con sus barbas cuajadas de agudos carámbanos; cantaba también acerca de las sirenas, que cantan tales maravillas, que los mercaderes deben taparse con cera los oídos, por temor, al escucharlas, de saltar al agua y ahogarse; cantaba sobre las naves hundidas, con sus altos mástiles y sus marineros aferrados aún a las jarcias, y de las caballas entrando y saliendo por los huecos abiertos en el casco; cantaba sobre las lapas diminutas, que son grandes viajeras porque adheridas a la quilla de los barcos dan vueltas al mundo una y otra vez; y cantaba de las jibias, que habitan los arrecifes y extienden sus largos brazos negros, y pueden crear la noche cuando se les antoja. Cantaba al Nautilus, que tiene un barquito tallado en ópalo y se gobierna con una vela de plata; cantaba a los grandes leones marinos, con sus colmillos curvos, y a los hipocampos, de crines flotantes y graciosos cuerpos de carey rojo y cabriolante.

Mientras la sirenita cantaba, los atunes subían de las profundidades para oíra, y el joven Pescador lanzaba sus redes al mar y los atrapaba, o bien traspasaba con su arpón a los más grandes. Y cuando tenía su barca bien cargada, la sirena le sonreía y se sumergía nuevamente hacia el reino de su padre.

Sin embargo, ella nunca se le acercó tanto como para que el Pescador pudiese volver a tocarla. Muchas veces él la llamó y le suplicó, pero ella no quería; y cuando trataba de capturarla, ella se zambullía en el mar con la grácil rapidez de una foca, y ya no volvía a verla en todo el día. Y cada día el sonido de su voz era más dulce. Tan dulce era la voz de la sirena que a veces el pescador olvidaba sus redes. Esas tardes pasaban en cardumen los atunes con sus aletas purpúreas y sus ojos de oro elástico, sin que el pescador se diera cuenta. Esas tardes el arpón descansaba ocioso a su lado, y los cestos de mimbre quedaban vacíos. El Pescador, con los labios entreabiertos y los ojos llenos de maravilla, se quedaba muy quieto en la barca, escuchando, escuchando, hasta que la niebla llegaba arrastrándose a envolver la embarcación y la luna tenía de plata su cuerpo de bronce.

Y una tarde llamó a la sirena y le dijo:

-Sirenita, sirenita, yo te quiero. Seamos novios, porque estoy enamorado de ti..

Pero la sirena negó moviendo tristemente la cabeza, mientras decía:

-Tienes un alma humana. Sólo podría amarte yo si tú te desprendieses de tu alma.

Entonces el joven pescador se dijo:

-¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla, no puedo tocarla, no la conozco. La despediré, y podré ser feliz.

Y de sus labios surgió un grito de alegría, y poniéndose de pie en su barca extendió los brazos hacia la sirena, y le dijo:

-Expulsaré a mi alma, y entonces seremos novios, y viviremos juntos en lo más profundo del mar, y me mostrarás todo lo que has cantado, y yo haré todo lo que quieras, y ya nunca podrán separarse nuestras vidas.

Y la sirenita rió alegremente, escondiendo el rostro entre las manos.

-Pero ¿cómo podré desprenderme de mi alma? -preguntó el pescador-. Dime qué debo hacer y lo haré ahora mismo.

-¡Ay! -repuso la sirenita-. ¡Yo no lo sé! Los hijos del Mar no tenemos alma.

Lo miró con sus ojos ardientes y se hundió en lo profundo.

Al día siguiente, muy temprano, cuando el sol todavía no se alzaba un palmo por sobre la colina, el joven pescador se dirigió a la casa del cura, y llamó tres veces a la puerta.

El novicio se asomó por el postigo y cuando vio de quien se trataba, descorrió el cerrojo y le dijo:

-Entra.

El joven entró, se arrodilló sobre la estera de juncos del suelo, y dijo al cura, que leía el Libro Santo:

-Padre, estoy enamorado de una hija del Mar, y mi alma impide que consiga mi deseo. Dime por favor, qué es lo que debo hacer para librarme de mi alma, porque no la necesito: ¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla, no puedo tocarla, no la conozco.

-¡Oh, mi muchacho, estás loco o has comido quizás algún hongo venenoso! El alma es lo más noble que hay en el hombre, y nos fue dada por Dios para que la usemos noblemente. Nada hay tan precioso como el alma humana, ni cosa terrestre alguna que pueda comparársele. Vale todo el oro del mundo, y es más preciosa que los rubíes de los reyes. Hijo mío, no pienses más en algo así, porque incluso tal pensamiento es un pecado mortal. Los hijos del Mar, ellos están perdidos, y los que tienen comercio con ellos, lo están también. Son como las bestias del campo, que no distinguen el bien del mal. ¡Por ellos no murió nuestro Señor Jesucristo!

Al escuchar las amargas palabras del cura, al joven Pescador se le llenaron de lágrimas los ojos; se levantó y repuso:

-Padre, los faunos viven en la selva, y viven contentos; y los tritones vienen a descansar sobre las rocas del acantilado, con sus arpas doradas. Déjame ser como

ellos, te lo ruego, porque sus días son como los días de las flores. Y en cuanto a mi alma, dime tú, ¿de qué me sirve si se interpone entre yo y el ser que amo?

-El amor del cuerpo es ruin -exclamó el cura, frunciendo el ceño-, y los seres paganos que Dios permite que vaguen por el mundo, también son ruines y maléficos. ¡Malditos los faunos del bosque, y malditos los cantores del Mar! Los he oído a veces en las noches, e intentan distraerme de mi rosario. Llamen a mi ventana levemente, y ríen, y me susurran al oído el cuento de sus placeres peligrosos. Me seducen con sus proposiciones y cuando me propongo rezar me hacen muecas. ¡Te digo que están perdidos, están perdidos!... Para ellos no hay cielo ni infierno y en ninguno lugar podrán alabar el nombre del Señor.

-Padre -replicó el joven Pescador-, tú no sabes lo que dices. Una tarde capturé en mis redes a la hija de un Rey del Mar. Y es más hermosa que la estrella de la mañana y más blanca que la luna. Yo daré mi alma por su cuerpo y renunciaré al cielo por su amor. Contesta mi pregunta y déjame ir en paz.

-¡Atrás! ¡Atrás! -gritó el cura-. ¡Esa muchacha está perdida y te perderás con ella!

Y lo expulsó de la casa parroquial sin darle la bendición.

El joven Pescador se dirigió al mercado; caminando lentamente, con la cabeza baja, sumido en una tristeza insondable.

Cuando lo vieron los mercaderes, cuchichearon entre ellos, y uno se adelantó. Después de llamarlo por su nombre, le preguntó:

-¿Qué vendes, pescador?

-Vendo mi alma -contesto el joven Pescador-. Te ruego que me la compres, porque estoy cansado con ella. ¿De qué sirve mi alma? No puedo verla. No pudo tocarla. No la conozco.

Entonces los mercaderes se burlaron de él:

-Pero dínos, muchacho, ¿de qué nos serviría el alma de un hombre? No vale ni una mala moneda de cobre. Si quieres te podemos comprar tu cuerpo como esclavo, y te vestiremos de rojo y te pondremos un anillo en el dedo y podrás ser el favorito de la gran Reina. Pero no nos hables de tu alma porque a nosotros tampoco nos sirve para nada, ni tiene valor alguno.

El joven Pescador pensó:

-¡Qué cosa rara! El cura dice que el alma vale todo el oro del mundo, pero los mercaderes aseguran que no vale ni una mala moneda de cobre.

Salió del mercado, y se encaminó hacia la playa donde se puso a meditar sobre qué debería hacer.

Al mediodía, el Pescador recordó que cierta vez uno de sus compañeros le había hablado de una bruja joven que vivía en una caverna al extremo de la bahía, y que era muy sabia en brujerías. De inmediato echó a correr en dirección a la caverna. Tan veloz que una nube de polvo le seguía al correr por la arena de la playa.

La joven bruja adivinó la llegada del Pescador por una picazón que sintió en la palma de la mano; se soltó entonces la roja cabellera y se puso a reír. Se quedó de pie a la entrada de la caverna, teniendo en la mano una rama de cicuta florida.

-¿Qué necesitas? -gritó cuando el Pescador subía jadeando por el acantilado-. ¿Quieres peces para tus redes cuando el viento sopla en contra? Si es eso, tengo un caramillo que cuando se sopla en él, el mújol se mete a la bahía. Pero tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? ¿Quieres una tormenta que haga naufragar los barcos y arrastre a la costa baúles llenos de tesoros? Tengo más huracanes que el tiempo, porque mi amo es más fuerte que el tiempo, y con un cedazo y un cubo de agua puedo enviar las grandes carabelas al fondo del mar. Pero también tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? Conozco una flor que crece en el valle y que yo sólo conozco. Tiene las hojas púrpura, y una estrella en el corazón, y su jugo es tan blanco como la leche. Si tocas los labios desdeñosos de la gran Reina con esta flor, ella te seguirá a través del mundo entero. Pero tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? Puedo machacar un sapo en el mortero y hacer un caldo, removiéndolo con la mano de un muerto. Si mojas con ese caldo a tu enemigo mientras duerme, se convertirá en una víbora negra, y lo matará su propia madre. Con ayuda de una rueda puedo hacer bajar a la luna del cielo, y en un cristal puedo mostrarte la Muerte. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas? Dime tu deseo y yo te lo concederé. Pero me tendrás que pagar su precio, hermoso joven, me tendrás que pagar su precio.

-Mi deseo es poca cosa -contestó el joven Pescador-, sin embargo el cura se enojó conmigo y me arrojó de su casa. Es poca cosa, pero los mercaderes se burlaron de mí y me lo negaron. Por eso vengo a conversar contigo, a pesar que los hombres dicen que eres mala; y sea cual sea tu precio, te lo pagaré.

-¿Qué necesitas? -preguntó la bruja, acercándosele.

-Quiero desprenderme de mi alma -contesto- el joven Pescador.

La bruja palideció y, con un estremecimiento, escondió su rostro en el manto azul.

-Hermoso joven, hermoso joven -murmuró-, esa es una cosa terrible.

Pero él sacudió sus rizos oscuros y se echó a reír.

-¿De qué me sirve mi alma? -dijo-. No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco.

-¿Qué me darás si te lo digo? -preguntó la bruja mirándolo con sus hermosos ojos.

-Tengo cinco monedas de oro para darte -contesto él-, y también mis redes, y la choza de cañas en que vivo, y la barca en que navego. Dime solamente lo que debo hacer para desprenderme de mi alma, y te daré todo lo que tengo.

Ella se rió burlonamente, lo rozó con la rama de cicuta, y le dijo:

-Si yo lo desease, podría convertir en oro las hojas del otoño, y tejer hebras de plata con los rayos de la luna. Mi amo es más rico que todos los reyes de este mundo, y gobierna en todos los dominios de la tierra.

-¿Qué te daré entonces -dijo él-, si no esperas recibir oro ni plata?

La joven bruja le acarició los cabellos con su mano blanca y fina y sonriendo, murmuró:

-Tendrás que bailar conmigo, hermoso joven.

-¿Sólo bailar contigo? -exclamó el Pescador maravillado.

-Nada más -contesto ella- sonriendo de nuevo.

-En cuanto se ponga el sol, bailaremos juntos donde nadie nos vea, o donde quieras que lo hagamos -dijo él- y después de bailar me dirás lo que quiero saber.

Ella agitó la cabeza murmurando:

-Cuando salga la luna, cuando salga la luna.

Luego observó atentamente alrededor, y atentamente escuchó. Un pájaro azul salió chillando de su nido y se puso a describir círculos sobre las dunas; y tres pájaros pardos bostezaron en medio de la hierba verde y áspera silbándose entre sí. No se oía más que el susurro de las olas arrastrando las piedras pulidas de la playa. Entonces la bruja extendió su mano, atrajo hacia sí al joven pescador y le acercó los labios al oído:

-Esta noche habrás de venir a la cumbre de las colinas -susurró-. Es sábado y estará Él.

El joven Pescador se estremeció. Ella reía, mostrando sus dientes blancos.

-¿Quién va a estar allí? -preguntó.

-Eso no debe importarte -repuso ella-. Ven esta noche y espérame a la sombra del espino blanco... si un perro negro te acomete, golpéalo con una rama de sauce y huirá. Y si te habla un búho, no le respondas. Cuando la luna esté en el cenit iré a buscarte y bailaremos juntos sobre la hierba.

-Pero, ¿Juras decirme qué debo hacer para desprenderme de mi alma? -preguntó el joven Pescador.

Ella se puso al sol y el viento agitó sus cabellos rojos.

-Te lo juro por las pezuñas del macho cabrío -prometió.

-Eres la mejor de las brujas -exclamó el Pescador-, y bailaré contigo esta noche en la cumbre de las colinas... Hubiera preferido que me pidieras oro o plata, pero de todos modos el precio me conviene... es poca cosa.

Se quitó la gorra, hizo una profunda reverencia ante la mujer, y bajó corriendo de regreso al pueblo, ebrio de alegría.

La joven bruja lo miró hasta que el Pescador se perdió de vista. Volvió entonces a su gruta, sacó un espejo de un cofre de cedro labrado, y lo puso en un marco. Luego, sobre unas brasas, quemó delante del espejo un puñado de verbena, y miró atentamente a través de las espirales de humo. Después de unos instantes cerró los puños iracunda:

-Debería haber sido mío -murmuró-, soy tan hermosa como ella.

Esa noche, al salir la luna, el joven Pescador trepó a la cima del monte, y esperó bajo las ramas del espino blanco. Allá abajo, a sus pies, se extendía el mar como una rodela de plata bruñida, y la sombra de las barcas de pesca moteaba la bahía de signos que resbalaban por la luz. Un gran búho, de amarillos ojos sulfúreos, lo llamó por su nombre... pero él no respondió. Y un perro negro lo persiguió gruñendo... él lo golpeó con una rama de sauce y el perro huyó lanzando gañidos lastimeros.

Las brujas llegaron a medianoche, volando por el aire como murciélagos.

-iWhee-ho! -gritaban al tocar tierra-. Aquí hay uno a quien no conocemos.

Olfateaban alrededor, charlaban entre ellas, y se hacían signos.

La joven Bruja , con su roja cabellera al viento, llegó la última de todas. Vestía un traje de tisú de oro, bordado con ojos de pavos reales, y un pequeño birrete de terciopelo verde en la cabeza.

-¿Dónde está, dónde está? -chillaron las brujas cuando la vieron.

Pero ella no hizo más que reír, corrió hacia el espino blanco, tomó de la mano al Pescador y llevándolo a la luz de la luna comenzaron a bailar. Pronto todos estaban bailando.

Giraban juntos vertiginosamente, dando vuelta tras vuelta, y la joven Bruja saltaba tan alto que el Pescador podía ver los tacos escarlata de sus zapatillas.

Entonces, por encima del tumulto de los bailarines, se escuchó galopar un caballo, pero no se veía caballo alguno, y el joven Pescador tuvo miedo.

-iMás rápido! iMás rápido! -gritó la bruja abrazándolo por el cuello a tiempo que le exhalaba su aliento cálido en el rostro.

-iMás rápido! iMás rápido! -volvió a gritar, y la tierra parecía girar bajo los pies del Pescador, y la cabeza le daba vueltas, y comenzó a sentirse dominado por el terror, como si lo estuviera observando un ser maléfico. Al fin advirtió que al pie de una roca, había una sombra que recién no estaba allí.

Era un hombre vestido de terciopelo negro, a la manera española; tenía el rostro pálido, y sus labios eran orgullosos como una flor roja. Estaba reclinado contra la roca, como si estuviese muy cansado, y su mano izquierda jugaba distraída con el pomo de la daga que pendía del cinturón. A su lado, sobre la hierba, había un sombrero emplumado y unos guantes de montar bordados con hilos de oro. Sus manos blancas estaban cubiertas de preciosos anillos y una capa corta le colgaba del hombro izquierdo. El Pescador no podía verle los ojos, porque los velaban sus párpados cansados.

El joven Pescador no podía apartar la mirada de esta figura, como si fuese víctima de un sortilegio. Al fin se encontraron sus ojos, que parecían seguirle dondequiera que los llevara la danza. Entonces escuchó reír a la Bruja, y tomándola de la cintura giraron y giraron locamente.

De pronto, un perro ladró en el bosque, y los bailarines se detuvieron, y fueron subiendo de a dos en dos, para besar las manos del hombre. Mientras lo hacían, una sonrisa se dibujó levemente en sus labios altivos. Pero había cierto desdén en el gesto, y los ojos del hombre continuaban fijos en el joven Pescador.

-¡Ven, adorémoslo! -murmuró la Bruja tironeándolo hacia arriba.

El Pescador sintió un gran deseo de hacer lo que ella le pedía, y la siguió. Pero cuando estuvo cerca de él, sin saber por qué, hizo la señal de la cruz, invocando el Nombre Santo.

Al instante, las brujas emprendieron vuelo chillando como halcones, y el rostro pálido que había estado mirando, se contrajo en un espasmo de dolor. El hombre se dirigió al bosque y silbó. Un corcel con arreos de plata corrió a su encuentro. El hombre saltó sobre la silla, se volvió, y miró tristemente, por última vez, al joven Pescador.

La Bruja de cabellos rojos también trató de levantar el vuelo, pero el Pescador la sujeto fuertemente por las muñecas.

-¡Suéltame! -gritó ella-. ¡Déjame ir, porque has nombrado lo que no debería nombrarse, y has hecho el signo que no debe verse!

-¡No! -replicó él-. No te dejaré ir hasta que me hayas dicho el secreto.

-¿Qué secreto? -preguntó ella forcejeando como un gato montés y mordiéndose los labios, blancos de espuma.

-¡Lo sabes muy bien! -dijo el joven.

Los ojos de la bruja, verdes como el pasto, centellearon de lágrimas, diciendo:

-¡Pídeme lo que quieras, menos eso!

Pero él se echó a reír, y la sujetó con más fuerza.

Y cuando ella vio que no podía escapar, le susurró al oído:

-¿No te parece que soy tan bella como las hijas del Mar, tan seductora como las que viven bajo las aguas azules?

Y lo miraba cariñosamente, acercando su rostro al del joven.

Pero el Pescador la rechazó frunciendo el ceño, mientras decía:

-Si no cumples la promesa que me hiciste, tendré que matarte por ser bruja falsa y mentirosa.

Ella palideció, tomando el color gris lívido de la flor del árbol de Judas, y estremeciéndose le señaló:

-Será como quieras. Es tu alma y no la mía. Haz con ella lo que se te antoje.

Y se descolgó del cinturón un cuchillito, con mango de piel de víbora verde, para entregárselo. En la hoja centelleaban misteriosas runas.

-¿Y para qué me va a servir esto? -preguntó el Pescador sorprendido.

Ella calló todavía por un instante y una sombra de terror le pasó por el rostro. Luego sonrió extrañamente, sacudió su cabellera roja, y agregó:

-Lo que los hombres llaman la sombra del cuerpo no es la sombra del cuerpo, sino el cuerpo del alma. Ponte de pie en la playa, de espaldas a la luna, y con este cuchillo corta, desde tus pies, tu sombra, que es el cuerpo de tu alma, y ordénale que se vaya. Ella así tendrá que hacerlo.

El joven Pescador se estremeció de placer.

-¿Es verdad lo que me dices? -murmuró.

-Es cierto, y quisiera no habértelo dicho nunca -murmuró ella llorando, y se abrazó a sus rodillas.

Pero el Pescador la rechazó de nuevo, y la hizo caer sobre la hierba espesa, luego se guardó el cuchillo en el cinturón, caminó hasta el borde de la cima e inició el descenso.

Y su alma, que estaba dentro de él y había escuchado todo, lo llamó para decirle apesadumbrada:

-Escucha, he vivido contigo todos estos años y siempre estuve a tu servicio. No me arrojes ahora... ¿qué mal te he hecho?

Y el joven Pescador se puso a reír:

-No me has hecho ningún daño pero no te necesito. El mundo es ancho, y hay Cielo e Infierno, y esa sombría mansión crepuscular que se extiende entre ambos. Ve donde se te ocurra, pero no me importunes, porque mi amor me está llamando.

El alma suplicó, plañidera, pero el Pescador, sin hacerle caso, bajó saltando de risco en risco, tan seguro de pies como una cabra. Por fin llegó a la playa amarillenta junto al mar.

Recio y bronceado, como una estatua esculpida por un griego, se alzó sobre la arena, de espaldas a la luna; y, de la espuma, surgieron, llamándolo, unos brazos blancos, y de las olas se levantaron formas indecisas, rindiéndole homenaje. Delante suyo, yacía su sombra, que era el cuerpo de su alma, y detrás, en el aire, colgaba la luna color miel.

Su alma todavía le dijo:

-Si realmente quieres echarme, no me despidas sin corazón. El mundo es cruel, dame tu corazón para llevarlo conmigo.

Pero el Pescador, moviendo la cabeza, sonrió:

-¿Cómo voy a amar a mi amor si te doy mi corazón?

-Sé generoso -insistió el alma -, dame tu corazón, que el mundo es muy cruel y tengo miedo.

-Mi corazón es de mi amor -dijo él-. No seas porfiada y vete.

-¿Y no podré amar yo también? -preguntó su alma.

-¡Andate, te digo, yo no te necesito para nada!

Y tomó el cuchillo con mango de piel de víbora verde, y recortó su sombra alrededor, a partir de sus pies. Y la sombra se irguió, y quedó en pie delante de él, y era exactamente igual a él.

Dando un paso atrás, el pescador se guardó el cuchillo en el cinturón, y se sintió dominado por un temor que entraba a las honduras de su ser.

-¡Ahora vete! -murmuro-. ¡Que no vuelva yo a ver tu rostro!

-No -dijo el alma-. Es necesario que nos encontremos de nuevo -su voz era llorosa y aflautada, y sus labios apenas se movían al hablar.

-¿Cómo nos encontraremos? -dijo el pescador – ¿No estarás pensando seguirme a las profundidades del mar?

-Todos los años vendré una vez a este mismo lugar y te llamaré-dijo el alma-. Tal vez me necesites.

-¿Para qué te habría de necesitar? -protestó el joven Pescador-. En fin, haz lo que quieras.

Y se sumergió en el agua. Y los tritones soplaron sus caracolas, y la sirenita nadó para encontrarlo, y lo abrazó besándole en los labios.

Y el alma, de pie en la playa solitaria, los miraba. Y cuando desaparecieron en el mar, se marchó llorando a través de las marismas.

Cuando transcurrió un año, el alma vino a la orilla del mar y llamó al joven Pescador. Él subió de las profundidades, y la interrogó en tono fastidiado:

-¿Por qué me llamaste?

Y el alma respondió:

-Acércate más, para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El Pescador se acercó a la orilla, se tendió sobre el agua, y escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

Y el alma le refirió:

-Cuando nos separamos miré hacia el Oriente, y caminé hacia allá, pues del Oriente viene toda la sabiduría. Estuve caminando seis días, y al amanecer del séptimo, llegué a una colina que se encuentra en el país de los Tártaros. Tuve que sentarme a la sombra de un tamarindo, porque el país era seco y el calor me abrasaba. La gente iba y venía, como moscas arrastrándose por una bandeja de cobre bruñido. Al mediodía se levantó una nube de polvo, y apenas la divisaron los tártaros prepararon sus arcos saltaron sobre sus caballos, y galoparon hacia ella. Las mujeres subieron chillando a los carros, y se escondieron tras las cortinas de fieltro.

“Los tártaros volvieron al caer la tarde; faltaban cinco de ellos, y muchos de los que volvían estaban heridos. Subieron a los carros y se alejaron velozmente. Cuando salió la luna, vi los fuegos de un campamento y me dirigí hacia allá. Era una caravana de mercaderes, sentados en sus alfombras alrededor de una fogata.

“Al acercarme, su jefe se levantó, y desenvainando la espada, me preguntó qué quería.

“Repuse que en mi país yo era un príncipe, y que había huido de los tártaros que me llevaban prisionero. El jefe sonrió mostrándome cinco cabezas clavadas en varas de bambú.

“Luego me preguntó quien era el profeta de Dios, y yo le dije que Muhammad.

“Al oírme pronunciar el nombre del falso profeta, me tomó de la mano y me hizo sentar a su lado. Un negro me trajo leche de yegua y un trozo de cordero asado.

“Continuamos el viaje a la salida del sol. Yo cabalgaba en un camello al lado del jefe, y un esclavo corría delante de nosotros agitando una lanza. Nos seguían los hombres de armas, desplegados a uno y otro lado, y detrás las mulas con las mercancías.

“Mucho cabalgamos. Del país de los tártaros pasamos al país de los que odian a la Luna, donde vimos los grifos custodiando su oro sobre rocas blancas, y los dragones cubiertos de escamas durmiendo en sus cavernas. Cuando cruzamos las montañas, conteníamos el aliento por miedo a que las nieves cayeran encima de nosotros. Al pasar por los valles, los pigmeos nos lanzaron flechas desde los huecos de los árboles, y durante la noche escuchamos los tambores de los salvajes. Cuando llegamos a la Torre de los Monos, les ofrecimos fruta, y no nos hicieron daño. Cuando alcanzamos la Torre de las Serpientes, les ofrecimos leche tibia, y nos dejaron pasar mirándonos con sus ojos inexcusables.

“Los señores de cada ciudad nos exigían tributos de paso, pero no nos abrían sus puertas. Nos arrojaban pan, pastelillos de harina cocidos en miel, y pasteles de cebada rellenos con dátiles, desde lo alto de sus muros.

“Cuando los habitantes de las aldeas nos veían acercar, envenenaban sus pozos y escapaban a la cumbre de los cerros. Luchamos con los magdenses, que nacen viejos y se rejuvenecen año tras año hasta que mueren niños; y con los lactros, que se dicen hijos de los tigres y se pintan de negro y amarillo; y con los aurantes, que sepultan a sus muertos en los árboles, y viven en oscuras cavernas por miedo a que el sol, que es su dios, les quite la vida.

“Un tercio de nuestra caravana murió peleando, y un tercio pereció de hambre. El resto murmuraba en contra mía, diciendo que les había traído la mala suerte. Entonces tomé una víbora de debajo de una piedra y la dejé que me mordiera. Cuando vieron que no me pasaba nada, sintieron temor pero no me amaron.

“Tras cuatro meses de viaje agobiador, llegamos a la ciudad de Illiel. Era de noche, y al amanecer llamamos a sus inmensas puertas. Los centinelas preguntaron qué queríamos, y nosotros respondimos que veníamos de la isla de Siria con gran cantidad de mercancías. Ellos nos dijeron que abrirían las puertas al mediodía.

“Y así lo hicieron; abrieron las puertas cuando el sol estaba en el cenit y apenas entramos acudió la gente para vernos, y un pregonero recorrió la ciudad. Nos detuvimos en el mercado, donde los mercaderes mostraron los lienzos encerados del Egipto, y las telas pintadas de los Etiópes, y las esponjas purpúreas de Tiro y los tapices azules de Sidón.

"El primer día vinieron a comprar los sacerdotes, al segundo los nobles, y al tercero los artesanos y los esclavos.

"Permanecimos allí toda una luna hasta que, hastiado, me puse a vagar por las calles de la ciudad. Así llegué al jardín de su dios. Los sacerdotes vestidos de amarillo, paseaban silenciosos entre los árboles verdes, y sobre un pavimento de mármol negro se levantaba el palacio rosado que sirve de mansión al dios.

"Uno de los sacerdotes, me preguntó qué deseaba.

"Le respondí que quería ver al dios.

"-El dios ha ido de cacería -dijo el sacerdote mirándome con sus ojos oblicuos.

"-Dime a qué selva ha ido, pues quiero cabalgar con él -repuse.

"El sacerdote peinó los flecos de su túnica con las uñas puntiagudas, y respondió:

"-El dios está durmiendo.

"-Dime en qué lecho, y velaré su sueño -respondí.

"-El dios está en la fiesta -gritó el sacerdote.

"-Si el vino es dulce, beberé con él, y si es amargo beberé también -respondí.

"El sacerdote, asombrado, me cogió de la mano y me condujo al templo.

"En la primera cámara había un ídolo sentado en un trono de jaspe. Era de ébano tallado y de la estatura de un hombre. Tenía un rubí en la frente y sus pies estaban enrojecidos por la sangre de un cabrito recién degollado.

"Le pregunté al sacerdote:

"-¿Es éste el dios?

"Y él me respondió:

"-Este es el dios.

"-Enséñame el dios -grité-, o te mataré sin vacilar.

"Y le toqué la mano, que se marchitó enseguida.

"El sacerdote me imploró diciendo:

"-Cure mi señor a su siervo, y le mostraré al dios.

"Le soplé en la mano que se curó de inmediato. Temblando me condujo a un segundo aposento, donde había un ídolo, en pie sobre un loto de jade. Era todo de marfil y del doble de la estatura de un hombre. Tenía un crisólito en su frente, y sus pechos estaban ungidos de mirra y cinamomo.

"Yo interrogué al sacerdote:

"-¿Es éste el dios?

"Y él me respondió:

"-Este es el dios.

"-Enséñame el dios-rugí-, o te mataré sin vacilar.

"Y le toqué los ojos, que quedaron ciegos.

"El sacerdote me suplicó diciendo:

"-Cure mi señor a su siervo, y le mostraré el dios.

"Le soplé en los ojos, y la vista volvió a ellos. Temblando de pavor, el sacerdote me llevó entonces a una tercera estancia. Allí, ¡oh maravilla!, no había ídolo ni imagen alguna, sino solamente un espejo redondo de metal, colocado encima de un altar de piedra.

"Y dije al sacerdote:

"-¿Dónde está el dios?

"Y él me contestó:

"-No hay más dios que este Espejo, que es el Espejo de la Sabiduría. Todas las cosas del cielo y de la tierra las refleja, excepto el rostro de quien se mira en él. No lo refleja para que el que mire pueda ser sabio. Todos los demás espejos son espejos de la opinión. Sólo éste es el Espejo de la Sabiduría. Quienes poseen este Espejo, lo saben todo, y no hay nada oculto para ellos. Y quienes no lo poseen, no adquieren la Sabiduría. Este es el dios que adoramos nosotros.

"Miré el espejo, y era tal como él me había dicho.

"Hice entonces una cosa muy singular... No viene al caso que te lo diga, pero en un valle que está a sólo un día de camino, tengo escondido el Espejo de la Sabiduría. Permíteme que vuelva a entrar en ti, para servirte, y serás más sabio que todos los sabios, y tuya será la Sabiduría. Permíteme entrar en ti, y no habrá nadie tan sabio como tú.

El joven Pescador se puso a reír.

-El amor es mejor que la sabiduría -exclamó- y la sirenita me ama.

-Te equivocas, no hay nada mejor que la sabiduría -dijo el alma.

-El amor es mejor -repitió el joven Pescador, y volvió a sumergirse en las honduras del mar, mientras el alma se alejaba llorando a través de las marismas.

Cuando el segundo año hubo transcurrido, llegó el alma a la orilla del mar y llamó al joven Pescador. Una vez más, éste subió de las profundidades, y pregunto:

-¿Para qué me has llamado?

Y el alma repuso:

-Acércate más, para poder hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

Y él se acercó a la orilla, y echado sobre el agua, escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

El alma dijo entonces:

-Cuando nos separamos, miré hacia el Mediodía, y caminé hacia allá. Del Mediodía viene todo lo que hace Riqueza. Seis días caminé por las sendas que conducen a la ciudad de Aster, y al amanecer del día séptimo divisé a mis pies la ciudad, en el fondo de un valle.

"En los muros de la ciudad hay nueve puertas, y en cada una de ellas hay un caballo de bronce que relincha cuando los beduinos bajan de la montaña. Sus murallas están cubiertas de cobre y en cada una de sus torres hace guardia un arquero. Cuando sale el sol, disparan una flecha contra un gong, y al ponerse el sol tocan una bocina de cuerno.

"Quise entrar, y los centinelas me preguntaron quién era. Repliqué que era un derviche en camino hacia la Meca, donde está la roca Kaaba y sobre ella hay un velo negro con El Corán bordado en letras de oro por mano de los ángeles. Ellos quedaron maravillados y me rogaron que entrara.

"Dentro de esa ciudad, es todo un bazar. ¡Lástima que no estuvieras conmigo! Los mercaderes se sientan en el umbral de sus tiendas sobre tapices de seda. Tienen barbas negras, y turbantes cubiertos de broches de oro. Algunos venden gálbano y nardo, y extraños perfumes de las Indias, y aceite de rosa, y jugo cristalizado de las hojas de un árbol, y florecillas de clavel de olor. Otros venden brazaletes de plata incrustados de turquesas azules, y colgantes de perlas, y garras de tigre engarzadas en oro, y arracadas de esmeralda, y anillos de jade. De las casas de té llega el sonido del laúd, y los fumadores de opio, con sus blancos rostros sonrientes, miran pasar a los viandantes.

"Es una lástima que no estuvieras conmigo. Los vendedores de vino llevan grandes pellejos negros a la espalda. Casi todos venden vino de Chiraz, que es dulce como la miel. Y lo sirven en tacitas de metal, con pétalos de rosas. Un día, vi pasar por allí un elefante. Llevaba el cuerpo pintado con bermellón y cúrcuma. Se paró frente a una de las tiendas, y se puso a comer naranjas mientras el dueño reía. ¡Qué gente tan extraña! Cuando están contentos, van donde un vendedor de pájaros, compran un centenar de ellos y los dejan libres, para aumentar su alegría; y cuando están tristes, se azotan con espinos, para que su tristeza sea mayor.

"Es de verdad una pena que no estuvieses conmigo. En la fiesta de la Luna Nueva el joven Emperador salió de su palacio para ir a rezar a la mezquita. Llevaba la barba y los cabellos cubiertos con pétalos de rosas, y las mejillas cubiertas con oro pulverizado.

"Salió de su palacio al amanecer con una vestidura de plata; y al atardecer, volvió con otra vestidura de oro. La gente se arrojaba al suelo, ocultando sus rostros; excepto yo, que no quise imitarlos. Me mantuve de pie, junto al mesón de un vendedor de dátiles, esperando.

"Al verme, el Emperador se detuvo. Pero yo continué inmóvil, sin rendirle homenaje. La gente se maravilló de mi audacia, y me aconsejaron que huyera de la ciudad. Pero no les hice caso, y fui a sentarme con los vendedores de dioses extranjeros, que por su oficio, son abominados. Cuando les dije lo que había hecho, me regalaron dioses, pero me suplicaron que me alejase de ellos.

"Aquella noche, mientras dormía entre almohadones, en una casa de té que hay en la calle de las Granadas, entraron los guardias del Emperador y me llevaron al palacio.

Apenas entré cerraron las puertas y las aseguraron con cadenas. Al interior había un vasto patio, los muros eran de alabastro blanco, adornados con azulejos verdes y azules. Las columnas eran de mármol verde, y el pavimento de un mármol color damasco. Nunca había visto nada similar.

“Cuando atravesé el patio, dos mujeres veladas me maldijeron desde una galería. Los guardias abrieron una puerta de marfil labrado, y me encontré en un patio dispuesto en siete terrazas. Estaba lleno de maceteros con tulipanes, girasoles y áloes. Al centro se abría un surtidor de agua rodeado de cipreses que eran como antorchas apagadas, y en cada uno de ellos cantaba un ruiseñor.

“Al acercarnos a un pequeño pabellón que se levantaba al extremo del jardín, salieron dos eunucos a encontrarnos. Sus cuerpos obesos se balanceaban al caminar, y me miraban de soslayo, con ojos de párpados amarillentos.

“Entonces, el capitán de la guardia me indicó la entrada del pabellón. Entré apartando la cortina.

“El joven Emperador estaba reclinado sobre un lecho cubierto de pieles de león. Detrás de él se erguía un nubio, desnudo hasta la cintura, con turbante de bronce y pesados aretes. Encima de una mesa, al lado del lecho, descansaba un gran alfanje de acero.

“Cuando me vio el Emperador frunció el ceño, y me dijo:

“-¿Cuál es tu nombre? ¿Acaso no sabes que soy el Emperador de esta ciudad?

“Pero yo no le contesté.

“Entonces el Emperador señaló la cimitarra con el dedo, y el nubio la empuñó y abalanzándose sobre mí, me asestó un tajo terrible. La hoja pasó zumbando a través de mi cuerpo, pero no me hizo daño alguno. El verdugo rodó por tierra, y al levantarse sus dientes castañeteaban de terror. Corrió a protegerse tras el lecho.

“El joven Emperador se levantó, tomó una lanza, y la arrojó contra mí. Pero yo la cogí al vuelo y la quebré en dos pedazos. Entonces él me disparó una flecha, pero levanté las manos y la detuve en el aire. Luego desenvainó una daga, y apuñaló la garganta del nubio, para que no pudiese contarle a nadie la afrenta que había recibido. El esclavo se retorció como una serpiente, y la roja espuma roja le salió a borbotones entre los labios.

“Al verlo ya muerto, el Emperador se volvió hacia mí, y después de secarse el sudor con una toalla de seda carmesí, me dijo:

“-¿Eres acaso un profeta, que no puedo herirte, o el hijo de un profeta, que no puedo dañarte? Te ruego que salgas de mi ciudad esta noche, porque mientras estés aquí, yo ya no seré el Señor.

“Y yo le respondí:

“-Quizás acepte marcharme, pero a cambio de la mitad de tus tesoros. Dame la mitad de tus tesoros y me iré de tu ciudad.

“El Emperador me cogió de la mano y me guió fuera del jardín. Cuando me vio el capitán de la guardia, se maravilló. Cuando los eunucos me vieron, les tiritaron las rodillas y cayeron al suelo.

"Hay en el Palacio una habitación que tiene ocho paredes de pórfido rojo, y un techo artesonado de bronce, del que cuelgan las lámparas. El Emperador tocó una de las paredes y ésta se abrió. Bajamos entonces por un corredor iluminado por antorchas. En nichos, a uno y otro lado, había grandes cántaros, llenos hasta el borde de monedas de plata. Cuando llegamos al centro del corredor el Emperador dijo la palabra que no puede ser dicha, y giró una puerta de granito. Él se cubrió el rostro con las manos, por temor a que sus ojos quedaran deslumbrados.

"No puedes imaginarte qué sitio tan maravilloso. Había grandes conchas de tortuga rebosantes de perlas, y selenitas de gran tamaño amontonadas con rubíes rojos. El oro estaba almacenado en arcas de piel de elefante, y el oro en polvo en botellas de cuero de bestias marinas. Había ópalos y zafiros; los primeros en copas de cristal, los segundos en copas de jade. Ordenadas en bandejas de marfil había esmeraldas verdes, y en un rincón grandes sacos de seda, unos con turquesas y otros con berilos. Y aún no he podido decirte ni la décima parte de lo que allí había. Cuando el Emperador apartó las manos de su rostro, me expreso:

"-Este es mi tesoro, y tal como te prometí, la mitad de él es tuya. Y te daré camellos y camelleros para que lleves tu parte a cualquier lugar del mundo que se te antoje. Y todo quedará hecho esta misma noche, pues no quiero que el Sol, que es mi padre, vea que en mi ciudad hay un hombre al que no puedo matar.

"Pero yo le respondí:

"-El oro que hay aquí es tuyo, y también es tuya la plata, y tuyas las piedras preciosas. No los necesito para nada, ni aceptaré otra cosa tuya que ese anillo que llevas en el dedo.

"Y el Emperador frunció el ceño y exclamó:

"-Es una sortija de plomo, sin ningún valor. Toma la mitad del tesoro y vete.

"-No -repliqué-, sólo aceptaré ese anillo de plomo, porque sé muy bien lo que hay escrito por dentro, y con qué fin.

"Y el Emperador tembló, y me imploró, diciendo:

"-Toma el tesoro entero, pero ándate de mi ciudad. La mitad mía también será tuya.

"Y entonces hice una cosa muy singular... Pero no importa lo que hice, porque en una gruta, que está sólo a un día de camino, tengo escondido el Anillo de la Riqueza. Un día de marcha nada más. Quién posee ese anillo es más rico que todos los reyes de la tierra. Ven , tómallo, y todas las riquezas del mundo serán tuyas.

Pero el joven Pescador se echó a reír:

-El amor es mejor que la riqueza -exclamó-, y la sirenita me ama.

-No, no hay nada mejor que la riqueza -insistió el alma.

-El amor es mejor-replicó el joven Pescador.

Y volvió a hundirse en las profundidades, mientras el alma partía llorando a través de las marismas.

Pasado el tercer año, el alma regresó a la orilla del mar y llamó al joven pescador. Este subió desde las profundidades y dijo:

-¿Para qué me llamas?

Y el alma le dijo:

-Acércate más para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El se acercó a la orilla, y echado sobre el agua, escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

El alma le contó:

-En una ciudad que conozco, hay una posada a la orilla de un río, donde estuve en compañía de unos marineros que bebían vinos de dos colores y comían pan de cebada con pescaditos salados servidos en hojas de laurel con vinagre; nos divertíamos allí, cuando entró un viejo con una alfombra de cuero y un laúd que tenía dos cuernos de ámbar. Extendió el tapiz en el suelo y comenzó a tocar el laúd con la punta de una pluma; entonces entró corriendo una muchacha, con el rostro cubierto por un velo, y comenzó a bailar ante nosotros. Tenía cubierto el rostro, pero los pies desnudos. Tenía los pies desnudos y se agitaban sobre el tapiz como dos pichones blancos. Jamás, en ninguno de mis viajes, vi nada tan maravilloso. Y la ciudad donde baila queda sólo a una jornada de aquí.

Cuando el joven Pescador oyó las palabras de su alma, recordó que la sirenita no tenía pies, y no podía danzar. Y se apoderó de él un gran deseo, y se dijo:

-Puesto que sólo queda de aquí a un día, luego puedo volver al lado de mi amor.

Riendo, se puso de pie y caminó a grandes pasos hacia la orilla.

Al llegar a tierra firme volvió a reír y extendió los brazos hacia su alma. Y su alma lanzó un gran grito de alegría, y corrió a su encuentro, y penetró en él; y el joven Pescador vio delante suyo, sobre la arena esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Y su alma le dijo:

-Ven, alejémonos de aquí ahora mismo, mira que los dioses del mar son muy celosos y tienen monstruos que obedecen sus mandatos.

Se apresuraron y toda aquella noche caminaron bajo la luna, y todo el día siguiente caminaron bajo el sol, y al atardecer llegaron a una ciudad.

Y entonces el joven Pescador preguntó a su alma:

-¿Está es la ciudad donde danza la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma contestó:

-No, no es esta ciudad, es otra. Sin embargo, entremos.

Y entraron, y vagaron por las calles. Al pasar por el barrio de los joyeros, el joven Pescador se fijó en una copa de plata que estaba expuesta en una tienda. Y su alma le dijo:

-Toma esa copa de plata y escóndela.

El tomó la copa y la escondió entre los pliegues de su capa. Luego, precipitadamente, salieron de la ciudad.

Cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador frunció el ceño, arrojó lejos la copa y le dijo a su alma:

-¿Por qué me dijiste que tomara esa copa y la ocultara, siendo eso, como es, una acción vil?

Pero su alma le respondió:

-Cálmate, tranquilízate...

Al anochecer del segundo día, llegaron a otra ciudad, y el joven Pescador preguntó a su alma:

-¿Es ésta la ciudad donde baila la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

-No, no es esta ciudad, es otra. Sin embargo, entremos.

Y entraron, y comenzaron a vagar por las calles. Al pasar por el barrio de los vendedores de sandalias, el joven Pescador vio a un niño que estaba de pie, cargando un cántaro de agua. Y su alma le dijo:

-Pégale, hazlo caer.

Y él le pegó al niño, hasta hacerlo caer, llorando. Luego escaparon de la ciudad.

Y cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador se irritó y dijo a su alma:

-¿Por qué me hiciste que le pegara a ese niño, siendo eso, como es, una acción vil?

Pero su alma le respondió:

-Cálmate, tranquilízate...

Al amanecer del tercer día llegaron a otra ciudad, y el joven Pescador preguntó a su alma:

-¿Es esta la ciudad donde baila la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

-Sí, quizás sea esta la ciudad. Entremos a ver.

Y entraron, y recorrieron las calles. Pero en ningún sitio les fue posible encontrar el río, ni la posada que se levantaba a orillas del río. Y la gente de la ciudad lo miraba con extrañeza, y el joven Pescador se atemorizó, y le dijo a su alma:

-Vámonos de aquí, porque la muchacha que baila con pies blancos no está en esta ciudad.

Pero su alma le contestó:

-No, quedémonos en esta ciudad, porque la noche esta oscura y puede haber ladrones en el camino.

Se sentaron entonces a descansar en el mercado; cuando al poco rato, pasó un mercader vestido con una capa de paño de Tartaria que llevaba una linterna al extremo de una caña.

El mercader le dijo:

-¿Por qué te sientas en el mercado, cuando las tiendas ya están cerradas?

Y el joven Pescador repuso:

-No encontré ninguna posada en esta ciudad, y no tengo pariente alguno que me hospede.

-¿Es que acaso no somos todos hermanos? -dijo el mercader-. ¿Acaso no nos hizo a todos el mismo dios? Ven conmigo, yo tengo en mi casa una habitación para huéspedes.

Y el joven Pescador se levantó y siguió al mercader hasta su casa.

Cuando entraron, después de atravesar un jardín de granados, el mercader le trajo agua de rosas en un lavatorio de cobre para que se lavara las manos, y melones maduros para que apagara su sed, y un plato de arroz con una porción de cabrito asado para que saciara su hambre.

Una vez que hubo acabado de comer, lo llevó a la habitación para alojados, y le deseó una buena noche. El joven Pescador le dio las gracias, y besó el anillo que su anfitrión llevaba en el dedo. Luego se tendió sobre los tapices de pelo de cabra, y cubierto con pieles de cordero negro, se quedó dormido.

Tres horas antes de salir el sol, cuando todavía era de noche, su alma lo despertó y le dijo:

-Levántate y anda al cuarto del mercader, a la misma habitación donde duerme, y mátao, y róbele el oro; porque tenemos necesidad de dinero.

El joven Pescador se levantó, como sonámbulo, y se deslizó sigilosamente hasta la alcoba del mercader. A los pies de su anfitrión había una espada curva, y en un azafate, junto a él, nueve bolsas de oro. Extendiendo la mano, el joven Pescador tocó la espada; pero, apenas lo hizo despertó el mercader estremeciéndose y saltando del lecho, empuñó la espada. Y dijo al joven Pescador:

-¿Vas a devolver el bien por mal y pagar con mi sangre la bondad que he tenido contigo?

Pero su alma le dijo al joven Pescador:

-¡Mátalo!

Entonces el joven Pescador golpeó al mercader y lo hizo perder el sentido. Luego se apoderó de las nueve bolsas de oro, y huyó rápidamente atravesando el jardín de los granados, y volviendo continuamente el rostro hacia la estrella de la mañana.

Cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador se golpeó el pecho y dijo a su alma:

-¿Por qué me ordenaste que asesinara al mercader y le robara su oro? No cabe duda que eres muy perversa.

Pero su alma le respondió:

-Cálmate, tranquilízate...

-¡No! -gritó el joven Pescador-, no puedo tranquilizarme, porque detesto todo lo que me has obligado a hacer. Y a tí también te detesto, y te ordeno que me expliques por qué me has obligado a actuar de esta manera.

Su alma le contestó entonces:

-Cuando te desprendiste de mí y me lanzaste al mundo, no me diste corazón; así que aprendí a hacer todas estas cosas, y a gustar de ellas.

-¿Qué dices? -murmuró el joven Pescador.

-Bien lo sabes -contestó su alma-, lo sabes muy bien. ¿Te olvidaste que no me diste corazón? Por eso, no te inquietes, ni me perturbes a mí. Tranquilízate, porque no hay dolor que no puedas ahuyentar, ni placer que no puedas conseguir.

Al oír estas palabras atroces, el joven Pescador tembló, y replicó a su alma:

-Eres perversa y malvada, me has hecho olvidar mi amor, me has seducido con tus tentaciones, y has encaminado mis pies por la senda del pecado.

Pero su alma replicó con petulancia:

-No olvides que cuando me arrojaste al mundo no me diste corazón. Ven, vamos ya a otra ciudad, y divirtámonos, porque tenemos nueve bolsas de oro para gastar.

Esta vez el joven Pescador arrojó al suelo las nueve bolsas de oro, y las pisoteó, gritando:

-¡No! ¡No quiero nada contigo, ni viajaré más en tu compañía! Tal como me desprendí de ti una vez, me desprenderé de nuevo ahora, porque no me has hecho más que daño.

Se volvió de espaldas a la luna, y con el cuchillito de mango de piel de víbora verde, trató de recortar, desde sus pies, esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Sin embargo ahora el alma no se separó de él, ni obedeció su mandato, sino que le dijo:

-El hechizo que te enseñó la bruja ya no te sirve ahora, porque ni yo puedo abandonarte, ni tú puedes desprenderte de mí. Sólo una vez en la vida un hombre puede separarse de su alma, pero aquel que la ha recibido de nuevo, tiene que conservarla consigo para siempre; y éste es su castigo y también su recompensa.

El joven Pescador palideció y apretó los puños, gritando:

-¡Fue una bruja malvada, porque eso no me lo dijo!

-No -repuso su alma-, ella fue fiel a Aquel a quien adora y servirá para siempre.

Cuando el joven Pescador comprendió que ya no podría librarse de su alma, que ahora era un alma perversa, y que habitaría en él para siempre, cayó en tierra llorando amargamente.

Al amanecer, el joven Pescador se levantó y dijo a su alma:

-Amarraré mis manos para que no te obedezcan, cerraré mis labios para que no repitan tus palabras, y volveré al lugar en que vive la sirena que amo. Caminaré de nuevo hacia el mar, hacia la bahía donde ella canta habitualmente y la llamaré, y le contaré el mal que he hecho a otros, y el mal que tú me has hecho a mí.

Y su alma lo tentó, diciéndole:

-¿Qué tan gran cosa es esa amada tuya, para que quieras volver con ella? Hay muchas mujeres en el mundo que son mucho más hermosas. Existen las bailarinas de Samaris, que bailan imitando a las aves y los animales, y llevan los pies teñidos de alheña, y cascabeles en las manos. Ellas ríen cuando bailan, y su risa es tan clara como la risa del agua. Ven conmigo y te las mostraré. Porque, ¿para qué te vas a preocupar de eso que tú crees que es pecado? ¿No fueron hechas para el goce las cosas sabrosas de comer? ¿Y acaso hay algún veneno en lo que es dulce de beber? No te perturbes más, y ven conmigo a otra ciudad. Muy cerca de aquí se encuentra una ciudad, donde hay un jardín de tulipanes poblado de pavos reales blancos y pavos reales de pecho azul. Cuando abren sus colas al sol son como discos de marfil y como discos de oro. Y la muchacha que los alimenta, baila con ellos, y algunas veces baila sobre sus manos y otras veces baila sobre sus pies. Y lleva los ojos pintados con antimonio, y las aletas de su nariz tienen el delicado molde de las alas de la golondrina. De una de ellas cuelga una flor tallada en una perla. Y ríe cuando baila y los aros de plata que lleva en los tobillos tintinean como campanitas. No te mortifiques más, y acompáñame a esa ciudad.

El joven Pescador ya no le contestó a su alma; cerró sus labios con un sello de silencio, amarró sus manos con una cuerda, y emprendió el regreso hacia el lugar de donde había venido, hacia la bahía donde su amada cantaba. Aunque su alma lo tentó sin cesar durante todo el camino, el joven Pescador no respondió, ni quiso seguir ninguno de sus pérfidos consejos. Tan grande era la fuerza de su amor.

Cuando por fin llegó a la orilla del mar, liberó sus manos de la cuerda, levantó de sus labios el sello de silencio y llamó a la sirenita. Pero esta vez ella no acudió a su llamada, a pesar de que él estuvo allí, implorando todo el día.

Su alma se burlaba, ahora, y le decía:

-Poca es la alegría que te produce tu amor. Eres como ese que, en tiempos de sequía, guarda su agua en un cántaro roto. Das lo que tienes y no recibes nada en cambio. Mejor será que te vengas conmigo, porque yo sé dónde está el valle de los Placeres, y las cosas que pasan allí.

El joven Pescador siguió sin responder a su alma, y en una quebrada de la roca, se construyó una cabaña, y habitó allí todo un año. Cada mañana llamaba a la sirenita, y todas las tardes la volvía a llamar, y pasaba las noches repitiendo su nombre.

Pero ella no salió del agua, jamás acudió a su encuentro, y tampoco pudo encontrarla en ningún lugar del mar, a pesar de que la buscó en las grutas y en el agua verde, en las charcas de la marea y en los pozos que hay en las profundidades.

Y sin cesar, su alma le tentaba, susurrándole cosas terribles. Pero no consiguió vencerlo, tan grande era la fuerza de su amor.

Y cuando pasó todo un año, pensó el alma:

-He tentado a mi dueño con el mal, y su amor es más fuerte que yo. Ahora voy a tentarlo con el bien, y quizás venga conmigo. Habló entonces al joven Pescador diciéndole:

-Te he referido los placeres del mundo, y no me has escuchado. Déjame ahora que te hable del dolor del mundo y acaso quieras oírme. Porque, en verdad, el dolor es el Rey del mundo, y no hay nadie que pueda escapar de sus redes. A unos les falta ropa, y otros no tienen pan. Hay viudas que se visten de púrpura, y hay viudas que se visten de harapos. A través de los pantanos caminan los leprosos, y son crueles unos con otros. De aquí para allá van los mendigos por los caminos, con sus bolsillos vacíos. Por las calles de las ciudades pasea el Hambre, y la Peste se estaciona en las puertas. Ven, vamos a remediar todo eso. ¿Para qué vas a quedarte aquí, llamando día y noche a tu amada, si ves que no viene nunca? ¿Qué tanto valor tiene ese amor tuyo para que le des tanta importancia?

Nuevamente el joven Pescador no quiso contestarle; tan grande era la fuerza de su amor. Y siguió llamando a la sirenita cada mañana, y todas las tardes la volvía a llamar y pasaba las noches repitiendo su nombre. Sin embargo, ella nunca salió del agua para encontrarlo, ni tampoco pudo encontrarla en ningún lugar del mar, a pesar que la buscó en las corrientes, y en los valles que hay debajo de las olas; la buscó en el mar que al atardecer se tiñe de rojo, y en el mar que al amanecer se vuelve gris.

Cuando el segundo año transcurrió, una noche su alma dijo al joven Pescador, mientras estaba sentado en la cabaña:

-Te he tentado con el mal y te he tentado con el bien, pero tu amor es más fuerte que yo. No voy a volver a tentarte, pero te ruego que me dejes entrar en tu corazón, para ser de nuevo una sola contigo, como fuimos antes.

-Por cierto que puedes entrar -dijo el joven Pescador-, porque en los días que vagaste por el mundo sin corazón, has tenido que sufrir mucho.

-¡Ay! chilló el alma-. No hay sitio para mí en tu corazón, está repleto de amor.

-Yo quisiera ayudarte -dijo el joven Pescador.

En ese instante, un gran grito de duelo llegó del mar, como el grito que escuchan los hombres cuando muere un hijo del Mar.

El joven Pescador se puso en pie de un salto, y corrió hacia la orilla. Las olas sombrías se precipitaron hacia la playa, trayendo una carga más blanca que la plata. Blanca como la espuma y semejante a una flor flotante sobre las olas empenachadas de negro. La marejada la arrancó de las olas, la espuma la arrancó de la marejada, la playa la recibió... y el joven Pescador vio tendido a sus pies el cuerpo de la sirenita. La sirenita estaba muerta a sus pies.

Con el corazón deshecho de dolor, el joven pescador se echó sobre la arena, junto a la sirenita, y besó el rojo frío de su boca, y acarició el ámbar mojado de su cabellera. Se echó junto a la sirenita, llorando como el que tiembla de alegría y la estrechó contra su pecho. Estaban fríos sus labios, pero él los besó. Estaba salada la miel de su carne, pero él la saboreó con cruel alegría.

Y habló con el cadáver. En las conchas de las orejas de la sirenita vertió el vino agrio de su historia. Puso las manos de ella alrededor de su cuello, y con sus dedos le acarició la garganta delicada. Amarga, amarga era su alegría, y lleno de una extraña plenitud era su dolor.

El mar negro se acercaba hinchándose, y la blanca espuma gemía como un leproso. Con blancas manos de espuma el mar se aferraba a la playa. Y del palacio del Rey del Mar se escuchó de nuevo el grito de dolor, y a lo lejos en alta mar, los tritones solaron roncamente sus caracolas.

-Retírate- le advirtió su alma-, porque el mar se acerca cada vez más; si te demoras vas a morir. Retírate a un lugar seguro. ¿No querrás enviarme al otro mundo sin corazón?

Pero el joven Pescador no la escuchaba. Llamaba a la sirenita, y le decía:

-El amor es mejor que la sabiduría, y más precioso que las riquezas, y más bello que los pies de las hijas de los hombres. Al amor no lo consume el fuego, ni el agua puede apagarlo. Yo te llamaba al amanecer, y tú no acudiste a mi llamada. La luna oyó tu nombre, pero tú no escuchaste. Porque yo te había abandonado, y para daño mío vagué muy lejos de ti. Sin embargo, tu amor fue siempre conmigo a todas partes, y siempre fue poderoso, y nada prevaleció contra él, a pesar de que contemplé el mal y contemplé el bien. Y ahora que tú estás muerta, yo quiero también morir contigo.

Su alma le suplicaba que se retirase pero él no quiso hacerlo; tan grande era su amor. Y el mar se acercó cada vez más y trató de cubrirlo con sus olas. Y cuando él supo que su muerte estaba próxima, besó con labios frenéticos los labios fríos de la sirenita, y su corazón se hizo pedazos. Y como la plenitud de su amor hizo estallar su corazón, el alma encontró una abertura, y por allí entró, y fue de nuevo una sola con el joven Pescador, tal como antes. Entonces las sombrías olas del mar cubrieron al joven Pescador.

A la mañana siguiente, el sacerdote salió para bendecir el mar que había estado tormentoso, y con él venían los monjes y los músicos, y los acólitos llevando cirios, y una gran muchedumbre.

Cuando alcanzaron la orilla, el sacerdote vio al joven Pescador, ahogado sobre la playa con el cuerpo de la sirenita estrechamente abrazado. Y retrocedió frunciendo el ceño; y después de hacer la señal de la cruz anunció con resentimiento:

-¡No bendeciré al mar, ni a nada de lo que encierra! ¡Malditos sean los hijos del Mar, y malditos los que tienen relaciones con ellos! Y en cuánto a este joven Pescador, que por causa del amor olvidó a su Dios, y yace así, fulminado por el juicio de Dios, tomen su cuerpo y el cuerpo de su amante impía, y entiérrenlos al final del Campo de los Retamos, y no pongan encima marca ni señal alguna, para que nadie sepa el lugar donde descansan, porque fueron malditos en vida, y malditos son también en la eternidad de la muerte.

La gente le obedeció, y al final del Campo de los Retamos, en un sitio donde no crecía hierba, cavaron un profundo foso, y allí depositaron los cadáveres.

Cuando hubo pasado el tercer año, llegado que fue el día de la gran fiesta, subió el cura a la parroquia, para mostrarle al pueblo las llagas del Señor, y hablar de la cólera divina.

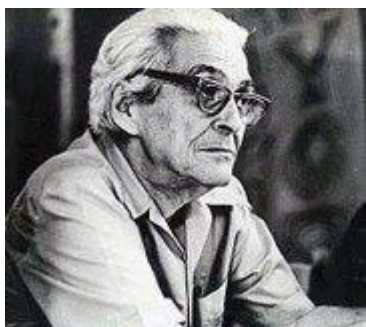
Después de vestirse con sus paramentos sacerdotales, cuando entró y se inclinó ante el altar, vio que estaba todo cubierto de extrañas flores fragantes, que jamás había visto anteriormente. Eran muy singulares, y su rara belleza le turbó, y el aroma fue dulce para su olfato, sugerente de nostalgias que jamás se cuajarían en recuerdos. Y se sintió alegre, sin saber por qué estaba alegre.

Después de abrir el tabernáculo y de incensar la custodia que había dentro, y demostrar la Santa Forma al pueblo, y de esconderla otra vez detrás del velo de los velos, comenzó hablar al pueblo. Se había propuesto hablarles de la cólera divina. Pero la belleza de las flores blancas lo turbaba, y su perfume era tan grato a su olfato, y otras palabras comenzaron a brotar de sus labios. Así no habló de la ira de Dios, sino del Amor de Dios. ¿Y por qué hablaba así? No lo sabía

Al término de su prédica la gente lloraba, y el propio cura volvió a la sacristía con los ojos llenos de lágrimas. Y los diáconos vinieron a despojarle de sus paramentos, le quitaron el alba y el cíngulo, el manípulo y la estola, mas el sacerdote seguía inmóvil como en sueños. Cuando lo hubieron desvestido, miró a los diáconos y dijo: -¿Qué flores son esas que hay en el altar, y de dónde provienen? Y ellos le contestaron: -Qué flores son no podemos decirlo; pero provienen del final del Campo de los Retamos. Entonces el cura se estremeció, atravesado de recuerdos, y volviendo a su casa se puso en oración. Al amanecer del siguiente día, salió con los monjes y los músicos, y los portadores de cirios; y los acólitos, y una gran muchedumbre. Fue caminando hasta la orilla del mar y bendijo al mar, y a todos los seres que viven en él. A los faunos también los bendijo, y a las pequeñas criaturas que danzan en la selva, y a las criaturas de ojos brillantes que espían a través del follaje. A todos los seres del mundo de Dios los bendijo estremeciéndose de amor, y el pueblo estaba lleno de júbilo y asombro.

Sin embargo, desde entonces, nunca más volvieron a crecer flores en aquel rincón de los Campo de los Retamos, que volvió a quedar tan desierto como lo había sido. Tampoco volvieron a entrar los hijos del Mar en la bahía, como acostumbraban a hacerlo, porque se fueron a otro lugar del limpio océano.

La recompensa, de Félix Pita Rodríguez



Los ojos de Marta se clavaron en el cuerpecito arrugado y empequeñecido por la fiebre. ¿Dónde estaría aquella bolita que corría por dentro y era el mal? Nicolasa había vuelto a ponerle en el costado la mano grande y oscura, como quemada.

—Cuando el mal se encarama por encima en la enjundia de las costillas, ya una no tiene fuerzas para atajarlo, Marta. Eso es lo que pasa.

—¿Y ya le va por ahí?

—Tócale aquí y lo sentirás.

—¿Dónde?

—Aquí, por el filo de las costillas. Es como una bolita que se mueve.

—Yo no la siento. Pero debe ser la ignorancia, Nicolasa.

—Eso debe ser.

Volvió a apoyar el índice, levantándolo un poco para que la uña sucia no se le hundiera en la piel de la niña, pero la bolita del mal se deslizaba, negándosele.

—No, no la siento.

—No importa. Ahí está subiendo. Se agarra a las costillas para llegar al corazón.

—¿Eso quiere decir que se va a morir?

—Pudiera ser... A veces se para antes de llegar y se hace un grano empuja la piel y revienta. Pero a veces... Si me hubieras llamado un poco antes.

—Yo no podía saber.

—Claro, claro.

Nicolasa se incorporó, separándose del catre, y Marta sintió que se quedaba sola. Los pensamientos de diez días con sus noches le atravesaron los labios en un susurro desesperado.

—Si Martica se muere. Francisco no va a comprender.

Lo dijo caminando hacia la puerta abierta. Un pedazo de la ciénaga estaba al otro lado, con su color triste, angustiador. El pensamiento de Marta resbalaba por los lodazales, corría. Francisco estaba allá, en la isleta, después de pasar el mar. Estaba allá, pensando en Martica y quería que viviera. No iba a comprender aquello de la bolita que subía para llegar al corazón. La negra Nicolasa se apoyó en el marco de la puerta torcida.

—Tal vez si la llevaras a La Habana, Marta.

—¿A dónde?

—A La Habana. A veces los médicos pueden.

—Pero La Habana está muy lejos, Nicolasa.

Lo dijo de un modo que Nicolasa comprendió. La tierra enferma de la ciénega no terminaba nunca. Y La Habana estaba al otro lado de ese nunca, que era como el otro lado del mundo.

—Es verdad, cuesta mucho.

Nicolasa sacudió la cabeza como un árbol al que ya no le queda ninguna hoja que dejar caer.

—Francisco no podrá comprender, Nicolasa.

—Ni Francisco ni nadie, Marta. Eso no es cosa de Dios.

Los ojos de Marta se escaparon otra vez por la ciénega enorme. Allí estaba el mar, donde las nubes parecían bajar un poco. Y al otro lado, pero hacía falta un barco para llegar, la isleta y la prisión.

—Cuando Francisco cumpla y venga, la buscará. Yo lo conozco. Y una carta no le bastará para comprender.

—¿Cuánto le falta, Marta?

—Ocho años, como los que tiene Martica ahora. Es mucho tiempo. Nicolasa.

—Mucho tiempo.

La negra Nicolasa se quedó mirando por encima de los fangales interminables de la ciénega, como si quisiera ver a Francisco al otro lado.

—A los que se portan bien les perdonan un tiempo, Marta.

Quería consolarla con aquello, pero ella sabía que de nada podía servir, porque Martica estaba a su espalda, con la bolita del mal subiendo, subiendo.

—Por mucho que le perdonen, Nicolasa.

—No desesperes. Lo último que se pierde es la esperanza.

—Pero cuando se pierde...

Martica gimió en el camastro y Marta se volvió con su miedo que no era el de siempre. Nicolasa lo vio como se ve la luz del sol.

—No tengas miedo. Si eso pasa, no será hoy.

La muerte estaba allí otra vez. Se había retirado un instante, pero volvía por la ciénega, desde muy lejos, desde su extraña casa de tinieblas.

—Yo me cambiaría por ella a causa de Francisco.

No sabía decir hasta qué punto Francisco quería a su hija.

Nicolasa quiso aliviar.

—Si eso pasa, Francisco sabrá cerrar los ojos y aguantar.

—No, Nicolasa. Otras cosas, pudiera ser, pero llegar y no ver a Martica, eso es distinto.

—Sabrá. Marta.

No respondió. Un pulgar ancho y sucio había encontrado el consuelo de un desgarrón en el vestido y giraba allá dentro.

—Te vas a romper el vestido. No te pongas nerviosa.

—¿Eh. .. ? Sí... No sé lo que hago.

—Me doy cuenta, Marta.

Nicolasa quería consolar. Marta estaba junto a ella, como ella perdida en el fangal enorme de la ciénaga, como ella pequeña y chupada por la soledad. También Cleofé, su marido, era carbonero. También ella sabía que cada sol viene más triste que el otro. Y eso va pesando sobre el corazón.

—Si la pudieras llevar a La Habana, Marta.

—Pero ¿cómo? ¿No ves?

Su mano fue hacia el interior del bohío y toda la tristeza oscura del catre de Martica, de las sillas rotas, de la alacena claveteada, de la tierra dura del piso, del tinajón, de la mesa coja estaba en su gesto desfallecido. Nicolasa no miró.

—Yo decía si pudieras.

—Si pudiera... Pero La Habana.

—Es verdad.

La ciénaga se iba, se iba por el horizonte. El mar estaba al otro lado, y la isleta, con su prisión como una semilla en el medio, estaba al otro lado. Y La Habana estaba al otro lado.

—Ten paciencia, Marta.

—Yo quisiera.

Nicolasa sacó de la faltriquera un tabaco pequeño y aplastado. Estaba buscando una palabra de consuelo en aquel mar espeso que la circundaba y sacó el tabaco para ayudarse. Lo encendió apretando los labios.

—Yo no sé, pero la vida.

Quería decir la vieja, la eterna angustia que estaba ya con el primer hombre en la caverna oscura. Pero no pudo.

—Uno nace para morir, Marta.

—Sí, pero morir cuando se está al final, es claro... Lo que no puede comprenderse es esto.

Señaló por encima de su hombro, con el índice curvado, hacia atrás, hacia la bolita del mal en el cuerpecito nuevo de Martica.

—Cuando se murió mi madre, me dolió, porque siempre duele, pero comprendí en seguida. Pero esto, a los ocho años...

La voz se le quebraba, subiendo y bajando, como si el aliento que llena las palabras faltase por momentos.

—Y luego Francisco. Para él, allá encerrado, Martica es como el sol, más que el sol.

—Dios nos ayuda a soportar.

Por la vereda, allí delante, afilado en un relieve extraño sobre el rojo quemado de la ciénaga, un jinete aparecía y desaparecía. La tarde era tan quieta en su luz, que el humo del tabaco quedaba tras él en nubes fijas, que prolongaban la vida en el vacío tan singular del mundo. La voz vibró contra los últimos rayos del sol.

—¡Adiós, Marta! ¿Cómo están por acá?

—Como Dios quiere, Servando.

La voz de Marta se rompió en el esfuerzo por alcanzar al jinete, que ya traspasaba los mangles, perdiéndose.

—Allá va Servando —la voz de Nicolasa parecía añorar cualquier cosa lejana—. Allá va Servando: ése tuvo suerte.

Había tal vez un poco de reproche y otro poco de dolor, porque aquella muerte que aguardaba en el bohío el momento de caminar el mínimo espacio que mediaba entre las costillas de Martica y su pequeño corazón, le hacía sentir a todo el mundo como deudor.

—¡Sí, Servando tuvo suerte! Por encontrar entre los mangles a un fugado del presidio le dieron más dinero del que había visto junto en su vida.

—Es verdad.

—Claro que yo no sé... Poner el puente para que los rurales agarren al que va huyendo...

Nicolasa apagó el tabaco contra el paral y lo insertó con movimiento brusco tras la oreja.

—Bueno, Marta, tengo que aprovechar el poco claro que queda. Llovió en vuelta de casa y hay un fangal. Si te parece que Martica va mal, date un salto y búscame.

—Está bien.

Nicolasa se alejaba ya con su paso triste sobre el fondo de la vereda.

Cuando dio la espalda a la ciénaga y sus ojos tropezaron de nuevo con la tristeza oscura del catre de Martica, sintió la soledad.

—¿Cómo estás, mi niña?

Un silbido resbaladizo y pobre le respondió. La niña peleaba con la muerte. Pero Marta estaba tan sola, tan indefensa, que no podía medir su dolor. El tinajón vacío le agarró el pensamiento.

—¡Válgame Dios, no hay agua! Y la tarde acabándose.

Quiso haberse equivocado y se acercó para mirar al fondo del tinajón. Un pedacito de luz del tamaño de una moneda brillaba en la oscuridad.

—Tengo que ir. Menos mal que el mar está tranquilo.

Cuando se sentó en el bote crujiente y sus manos comenzaron a impulsar los remos, el agua le hizo bien. Muchas veces, sin saberlo, el mar le había hecho bien así. Empujó con el pie el barrilito para que no lo sacudiera el vaivén. El manantial estaba a dos kilómetros, muy cerca de la costa. Eso hacía al agua salobre. Pero no había otra. Remaba.

Remaba, pero no se alejaba del bohío, no podía alejarse del catre donde Martica peleaba con la muerte. Veía a Francisco de pie junto al vacío inexplicable. Y se veía tratando de justificar. “Francisco, yo no quería. Nicolasa vino. El corazón se me partía. Yo pensaba en ti más que en mí misma. Más que en ella que se estaba muriendo. Pero no podía hacer nada. La bolita del mar iba subiendo. Nicolasa dijo que en La Habana tal vez. Pero piensa, ¡en La Habana! Yo trataba de hacer que el mal esperara hasta que tú llegaras, pero no pudo ser”.

La ciénaga cruzaba a su derecha, en una línea irregular de mangles terrosos, de tierras quemadas, solitarias. El bote avanzaba, pero Marta parecía no estar en él. El barrilito vacío se movió y el pie de Marta lo llevó a su sitio sin que mediara el pensamiento. Estaba cruzando, frente a la ensenada, ya para llegar al manantial, cuando vio al hombre.

—Es un preso.

La voz le resonó dentro, como doliendo.

La silueta azul había saltado entre los mangles, desapareciendo en seguida. Pero ella le había visto. Aquella ropa bastaba verla una vez para no olvidarla nunca. Miró sin dejar de remar. Entre el rojo triste del manglar lo vio de nuevo deslizándose.

“¡Pobre! Si los de la rural le están siguiendo, debe ser duro para él. Si se le ocurriera meterse por el manglar hacia el arroyo, a lo mejor podía esconderse en las cuevas. Allí se metió el Hurón y la rural le perdió el rastro. ¡Ojalá que lo hiciera!”

La ensenada quedó atrás. Un cordel más abajo estaba ya el manantial. El barrilito volvió a moverse, oprimiéndole un pie.

“Francisco me dice que cuando salga, ya Martica será una mujer. Y que eso va a ser muy extraño para él. Yo no sé lo que voy a decirle. ¡Ojalá que al preso se le ocurra meterse por el manglar y encuentre las cuevas! ¿Y si la bolita se parara, como dijo Nicolasa, y se hiciera un grano para reventar? No quiero pensar en eso. Además, Nicolasa lo dijo para consolar.”

La mano derecha se inmovilizó y la izquierda impulsó el remo para ganar la orilla. El bote crujió acostando. Marta iba a levantar el barrilito, cuando vio a los soldados. Desde lejos le hablaron.

—¡Eh, tú! ¿No has visto a nadie por acá? ¿A un preso?

Iba a responder, cuando la voz de Nicolasa le llegó otra vez desde la puerta del bohío: "Allá va Servando... Ese tuvo suerte. Por encontrar entre los mangles a un fugado del presidio le dieron más dinero del que había visto junto en su vida".

—¿Estás sorda?

—¿Eh... ? Sí, sí. Ya estaba oyendo: ¿Qué decía?

—Que si no has visto a un preso por aquí. Uno que se fugó.

La voz de Nicolasa volvía, volvía. "Ese tuvo suerte. Por encontrar a un preso en el manglar"... Francisco se metía ahora entre el rural y ella, como si estuviera parado en la roca, con su ropa azul, igual a la del que se arrastraba por el fango de la ciénaga. "Quiero salir de aquí para ver a Martica. Cuando eso pase, ella será una mujer y me va a resultar extraño, pero vivo pensándolo." El rural se cruzaba el correa, esperando. "Por encontrar a un preso en el manglar y decirlo, le dieron a Servando más dinero del que viera junto en su vida." Volvía la voz de Nicolasa como de otro mundo. "Si la llevaras a La Habana, tal vez." La bolita del mal iba subiendo y Francisco no podría comprender... Marta dejó los remos y cargó el barrilito para saltar a la orilla cenagosa. El rural estaba esperando. Marta veía al hombre arrastrándose y veía el catre sucio con Martica en el medio, y oía la voz de Nicolasa. "Si la llevaras a La Habana, tal vez." La mirada subió despacio por la piedra que hacía pedestal al soldado. A Servando le habían dado más dinero del que viera junto en su vida. Y Francisco no iba a comprender.

—¿Es verdad que al que lo dice le dan dinero?

La voz fría del rural le rayó encima, como una lluvia.

—Es verdad. La recompensa. Si lo sabes, te conviene hablar.

Marta sintió igual que aquella vez en el bautizo de Martica, cuando se había bebido cuatro copas de moscatel: un frío que le subía desde muy adentro del estómago y una repugnancia angustiosa. El soldado esperaba, tan extraño así, en la altura de la roca. Marta dejó el barril sobre el fango.

—Vayan por la orilla, y cuando lleguen a la ensenada, den, la vuelta. Está allí, en medio del manglar.

Al regreso, los remos le pesaban como si tuvieran piedras en las puntas. A sus pies, el barrilito, lleno hasta los bordes, se balanceaba, pesado, reflejando las primeras estrellas.

"Ya deben estar buscándolo entre los mangles. Él tratará de arrastrarse para que no lo vean. Pero no podrá hacer nada, porque ellos saben y van rodeándolo. No le diré nada a Francisco. Nadie tiene por qué saberlo. ¿Cuándo me darán el dinero? El rural dijo que en seguida. Tengo que hacerle una bata a Martica para llevarla a La Habana. Con el percal que me dio Severa le saldrá bonita... Le puedo poner el entredós que le quité a mi túnica. ¿Me sobraré dinero para llevarla al presidio cuando la cure el médico? Tengo que ahorrar para que alcance. Francisco va a estar loco de alegría. ¿Ya lo habrán encontrado? Tal vez, como está obscureciendo pueda burlar a los rurales. No. El manglar es chiquito y ya lo rodearon, seguro. Me darán el dinero. ¡Pobre! ¡Ojalá que se entregue y no lo maten!"

Los remos le pesaban como si tuvieran piedras en las puntas. Fue acostando, porque llegaba. La cumbrera del bohío salía entre dos árboles. ¿Se habría dormido Martica? En aquel momento cruzó el cielo el restallar seco de tres disparos. Las manos se le pusieron frías sobre los remos.

Le estaba dando el cocimiento a Martica, cuando sintió el chapoteo de los caballos en la vereda. En la noche de la ciénaga, los ruidos son siempre como de otro mundo. Pero Marta supo en seguida que eran los rurales. Descolgó el quinqué para llevar la luz afuera. Desde la puerta los vio entrando por el trillo, enormes en la mentira de las sombras. El tercero, lo vio en seguida, traía al hombre cruzado en la montura, colgando en dos pedazos, a un lado y otro. La voz que la había hablado desde la piedra, allá junto al manantial, le llegó de nuevo.

—Lo agarramos. Estaba metido en el manglar, pero le dimos la vuelta, y cuando salió para huir, tuvimos que tirarle. Ya es muy tarde. Vamos a pasar la noche aquí.

Ya estaban desmontando y cargaban al muerto entre dos. Cuando entraron en la zona de luz triste del quinqué, Marta vio la cara de piedra de Francisco. Tenía los ojos abiertos, fijos, desolados, y la boca torcida y enlodada. Desde el catre, entre las sombras, llegó el llanto pequeñito de Martica.

El armario viejo, de Charles Dickens



Eran las diez de la noche. En la hostería de los Tres Pichones, de Abbeylands, un viajero, joven aún, se había retirado a su cuarto, y de pie, cruzados los brazos contra el pecho, contemplaba el contenido de un baúl que acababa de abrir.

-Bueno, todavía debo sacar algún partido de lo que me queda -dijo-. Sí; en este baúl puedo invocar un genio no menos poderoso que el de Las mil y una noches: el genio de la venganza..., y quizá también el de la riqueza... ¿Quién sabe?... Empecemos antes por el primero.

Quien hubiese visto el contenido del baúl, más bien habría pensado que su dueño no debería hacer mejor cosa que llevárselo a un trapero, pues todo eran ropas, en su mayor parte pertenecientes, por su tela y forma, a las modas de otro siglo, excepto uno o dos vestidos de mujer; pero ¿qué podía hacer de un traje de mujer el joven cuya imaginación se exaltaba de ese modo ante aquel guardarropa híbrido? No eran días de Carnaval...

-¡Alto! Dan las diez -repuso de pronto-. Tengo que apresurarme, no vaya a cerrar la tienda ese bribón.

Y hablando consigo mismo se abrochó el frac, se echó encima un capote de caza, bajó, franqueó la puerta, siguió por la calle Mayor hasta recorrerla casi toda, torció por una calleja y se detuvo ante el escaparate de un comercio.

Quizá fuese el único abierto de todo el pueblo. Detrás del escaparate se veían las más variadas mercancías: muebles, libros, gemelos, monedas de plata, alhajas, relojes, hierro viejo y artículos de tocador. La mayoría de estos objetos tenían un rótulo que indicaba su precio. Detrás de un mostrador enrejado se sentaba un hombre con la pluma sobre la oreja, como un contable que acabara de interrumpir una operación matemática para despabilar la luz de la vela. Porque, en medio de todas aquellas riquezas, el hombre del mostrador se alumbraba económicamente con una prosaica vela de sebo colocada en una vieja botella vacía.

También él, lo mismo que el joven de la hostería, animaba su soledad con un monólogo o con uno de esos diálogos cuyas preguntas y respuestas las hace uno mismo.

"Es una gran verdad, sí, señor. En un chelín hay un millón, como en un grano de trigo hay toda una cosecha para llenar un granero; el secreto consiste en colocar bien el chelín y en sembrar el grano de trigo en buena tierra. La inteligencia y el ahorro dan a los ceros valor poniéndolos a continuación de las cifras; la locura y la prodigalidad ponen la cifra a continuación de los ceros. ¡Qué maravillosa semana! Las doscientas libras esterlinas que me prestó hace diez años Tomas Evans han dado excelente fruto. El imbécil perdió mi pagaré; siempre hacía igual por su habitual negligencia. Eso sí, también habría perdido el dinero si se hubiera presentado al vencimiento, en vez de morir nombrando heredero a su hijo Jorge, aún más derrochador que él. Creo firmemente que Tomás Evans tuvo la intención de dejarme ese legado, aunque el

joven me escribió reclamándome las doscientas libras esterlinas con el pretexto de que no pagué a su padre”.

-“Señor mío -le contesté-, presénteme el pagaré y haré honor a mi firma. No pido ningún requisito más: soy solvente. Venga usted mismo si no tiene confianza en su agente de negocios”.

“¡Sí, sí! Le pareció mejor correr mundo con una actriz y gastarse las rentas antes de cobrarlas, en Norteamérica, de donde creo que no regresará. Dicen que también él se ha hecho cómico... ¡Cómico!... ¡Cualquier día el teatro le indemnizará de lo que le ha costado! Razón tiene nuestro ministro, el reverendo señor Mac-Holy, cuando llama escuela de Satanás al teatro. Si Tomás Evans hubiera sabido que su hijo acabaría su educación en esa escuela, además del pagaré de las doscientas libras esterlinas me hubiera legado también todo el modesto patrimonio que tan mal invirtió el heredero réprobo. ¡Comerse con una actriz la herencia de Tomás Evans y acabar por dedicarse él mismo a las tablas!... Ese joven está perdido. ¡No seré yo quien vaya a verlo trabajar, ni aunque me regalase la entrada!”

El señor Benson, intérprete de este soliloquio, que ejercía el doble oficio de prendero y prestamista, era acaso igualmente ingrato con el teatro y con su difunto amigo Tomás Evans. Porque muchos de los artículos que había en su tienda procedían de esos pobres comediantes que él convertía en discípulos de Satán, y los había comprado hacía poco por la tercera parte de su valor, a consecuencia de la quiebra del empresario del coliseo de Abbeylands. Su última frase, pronunciada con la elocuencia de un fiel sectario del reverendo Mac-Holy, quizá fuera oída por el joven pupilo de la hostería de los Tres Pichones, quien después de echar una ojeada llena de curiosidad a través de los cristales entraba en aquel momento en la tienda.

-Para servirle, señor Benson -saludó-. Me alegro de que no haya cerrado aún. Deseo tratar con usted un pequeño negocio.

-¿Tiene usted algún reloj de más y algunas guineas de menos? -preguntó Benson abriendo un cajoncito.

-No, señor; no me sobra ninguno. Respecto a las guineas, tengo, por fortuna, bastantes todavía para poder comprarle un mueble que he visto esta mañana al pasar delante de su tienda: un armario pequeño con cajones... Creo que es de encina... ¡Ah! Casualmente está ahí...

-¡Dispénseme! -exclamó Benson al comprender que había juzgado mal al comprador, quien llegaba a la hora intempestiva que suele elegirse para deshacerse de alguna prenda-. Si le interesa el armario está por completo a su disposición... ¡Buen mueble, de veras..., de encina, sí..., y encina de primera calidad, con cajones muy útiles y bonitos! Ese armario me ha costado bastante caro en la almoneda del granjero Merrywood, que murió la semana pasada. Pero me conformo con poca ganancia, aunque se han puesto de moda los muebles antiguos. El granjero Merrywood decía que este armario lo tenía su familia desde hace lo menos dos siglos. Puedo vendérselo por dos libras esterlinas.

-No presumo de ser inteligente en muebles viejos -respondió el joven-; pero tengo una tía a quien creo que le gustaría éste, y es un regalo que quiero hacerle para completar nuestro mobiliario. No regatearé; aquí tiene usted las dos libras esterlinas. Pago al contado, con dos condiciones: primera, que el mueble sea entregado esta noche, sin gastos, y que si por casualidad no agradase a mi tía, me lo cambie usted

mañana a primera hora por otra cosa, en cuyo caso los gastos de devolución correrían de mi cuenta.

-Con mucho gusto, con mucho gusto -asintió Benson, que se esperaba el regateo de algunos chelines-. Pero ¿cómo voy a enviarlo esta noche?

-Eso allá usted -respondió el comprador-. Deseo también un recibo del dinero, y en ese recibo tendrá la bondad de especificar que me vende el armario con todo cuanto contiene, porque a lo mejor se encuentra una fortuna en estos armatostes antiguos -añadió sonriendo-. Se habla de butacas que la propietaria había relleno de billetes de banco.

-¡Oh! Eso no me preocupa -dijo Benson, extendiendo el recibo-. En cuanto al transporte... No pesa mucho el armario... Yo me encargo de él... ¿Adónde hay que llevarlo?

-A la señora de Truman, calle de Salisbury, número 2, en el arrabal... No es un barrio muy recomendable, pero cada uno se aloja donde puede, con los alquileres tan caros.

-Es una calle muy oscura y que no goza de buena fama -objetó el prestamista-. ¿No podría usted aguardar a mañana por la mañana? Estoy solo en casa con una criada, y como a estas horas no encontraré en su puesto al recadero de la esquina, seguro que me veré obligado a llevar yo mismo el armario. Hace unos veinte años, en esa misma calle robaron y asesinaron a un hombre.

-¡Oh! ¡Sí, hace veinte años...! -comentó riendo el joven-. Pero la calle de Salisbury ha mejorado mucho desde esa fecha. Además, ¿a qué ladrón seduciría la idea de robar un armario vacío, que ha estado dos o tres siglos en poder de la familia del granjero Merrywood?

El señor Benson dirigió una mirada de desconfianza al comprador; pero le tranquilizó la fisonomía franca y leal de aquel joven de apenas veinticuatro años. En efecto, ¿qué podía temer? Y, además, "¡qué ocasión tan excelente para ahorrarme el viaje del mozo de cuerda! ¡Verdaderamente -se decía a sí mismo-, yo debiera invitar a este hombre a un refresco! Pero la buena intención se desvaneció como tantas otras buenas que a veces cruzaban rápidas por su imaginación.

-Si llega a casa de mi tía antes que yo, le ruego diga únicamente que es de parte de su sobrino, aunque estaré a tiempo para recibirlo yo mismo. Sólo me detendré un cuarto de hora en la calle Mayor y regresaré a toda prisa.

Y acto seguido se envolvió el joven con el capote y se despidió del señor Benson.

Éste paseó una mirada de satisfacción en tomo suyo.

-¡Ea! -concluyó-. He hecho un magnífico negocio que completa el día con gran beneficio. ¡Qué buen muchacho! ¡Cuánto debe de querer a su tía para no regatear al hacerle un regalo! Me daré prisa en llevarle este armario, que amenazaba con estorbarme aquí mucho tiempo.

Y llamando a la criada para participarle su salida, se echó el armario al hombro, cerró la puerta de la tienda y se encaminó con paso rápido a la calle de Salisbury. Había cesado de llover.

Cuando llegó al número 2, el prestamista llamó una vez con la aldaba sin obtener respuesta.

-¡Vaya! -dedujo para su capote-. Creo que esta es la casa que ha estado desalquilada tanto tiempo. No sabía que la ocuparan ya inquilinos. ¿A quién se habrán dirigido, pues, para los muebles?

Volvió a llamar y entonces dieron señales de vida; se oyeron pisadas en el pasillo y abrió una vieja que parecía extrañada por tan tardía visita.

-Iba a acostarme -dijo la anciana-. No esperaba más que a mi sobrino y creí que sería él...

-Pronto estará aquí -respondió Benson-, y me ha encargado que le traiga de su parte este precioso armario. Todo está pagado..., a menos que quiera usted añadir alguna propina -indicó sin el menor remordimiento de conciencia, porque el avaro prestamista pensaba que no debía impedir a la buena mujer mostrarse tan generosa como su sobrino.

-¡No faltaba más! -accedió la vieja-. Ahí tiene una moneda de seis peniques... ¡Qué amable es para su tía mi querido sobrino!

-¿Hace mucho tiempo que vive usted aquí, señora? -indagó Benson mientras la tía se registraba los bolsillos.

-¡No! Sólo llevo tres días -contestó la anciana.

-Gracias, señora; y si le hace falta algún mueble más, venga usted misma a mi tienda, donde hallará objetos de su agrado y baratísimos.

-Gracias a mi sobrino, no creo que me falte gran cosa, máxime cuando mi antiguo mobiliario ha llegado todo esta mañana por el canal. Buenas noches.

Benson se embolsó la propina y se marchó, sin preocuparse más que la vieja de prolongar la conversación en el pasillo, donde le había mandado dejar el armario, sin invitarle a entrar en las habitaciones.

Al llegar a su casa, el prestamista, como hombre minucioso, encendió de nuevo la bujía, anotó su último ingreso y se permitió el lujo de fumar una pipa antes de acostarse, y de servirse una copa de aguardiente para humedecer de cuando en cuando los labios. No tardó en oír dar las doce en uno de sus relojes; pero como otro dio una hora menos creyó que este último era el que acertaba y cargó de nuevo la pipa para esperar a que tocara un tercero. En aquel momento paró a su puerta un carruaje.

-¿Quién podrá llegar a mi casa a estas horas? -se preguntó al oír que llamaban-. ¡Ya va, ya va!... Probablemente será algún noble arruinado que viene a ofrecerme su vajilla heredada, o alguna condesa que quiere deshacerse de un diamante que le estorba.

Con tan agradable reflexión, salió a abrir. Vio a una señora que se apeaba de una silla de postas, cuyo estribo fue levantado de nuevo por el conductor, quien cerró también la portezuela, en tanto que la viajera disponía:

-Que aguarde el coche. Tengo que tratar con usted de un asunto importante, señor Benson; entremos en su casa, para que nadie nos moleste.

Benson penetró en la tienda, y a la luz de la vela notó que su entrevista a solas se efectuaba con una mujer de distinguidísimo porte, vestida con sencillez y dominada por una gran emoción.

-¿Es usted, realmente, el señor Benson el prestamista? -se informó.

-Sí, señora, y comerciante de objetos de ocasión: muebles, libros, estatuas, relojes de pared y bolsillo, alhajas, escopetas de dos cañones, pistolas y otros diversos artículos.

-¿Estuvo usted en la almoneda¹ del granjero Merrywood el miércoles de la semana pasada?

-Sí, señora.

-¿Lo ha comprado usted?

-¿Qué?

-¡Ah, es verdad! Aún no se lo he dicho, ni debo decírselo... ¿Cuánto ha pagado usted por todos los artículos que adquirió allí?

-He hecho algunas buenas adquisiciones, lo confieso, pero me han costado unas treinta guineas

-¿Quiere enseñarme la factura de todos los lotes y dejarme escoger? O mejor aún, ¿quiere usted concedérmelo por cien guineas?

Benson miraba a aquella señora tan emocionada, de labios temblorosos.

Lo que ofrecía era de corazón.

-No -contestó-. Cien guineas es muy poco. Acaso para usted valga eso, pero para mí vale más.

-¡Le daré doscientas, y asunto terminado! ¿Qué ha adquirido usted? ¿Las camas, las butacas, los aparadores?... Enséñeme la lista...

Benson descolgó de un clavo de la tienda la memoria del tasador y se la entregó a la señora, que la examinó y con la misma agitación febril exclamó:

-¿Para qué comprobar artículo por artículo? Sólo hay uno que me interesa, y es éste. Quédese con los demás y véndame ese armario con sus cuatro cajones. Señale usted mismo el precio y no perdamos un tiempo precioso.

-¡No puede ser, señora! -opuso Benson, a su vez pálido y azorado-. Ese armario no está ya en mi poder. Lo he vendido y lo he llevado yo mismo al comprador.

-¡Infeliz! -exclamó la señora-. ¡Me ha arruinado usted y se ha arruinado también a sí mismo! Ese armario nos hubiera hecho ricos a los dos. ¿Por qué me enteraría tan tarde de la venta? ¿Por qué...? ¿Y no puede usted recobrarlo? ¿Quién lo ha adquirido? ¿Accederá el comprador a vendérmelo? Dígame su nombre y su dirección... Quizás no se haya perdido todo aún...

-No sé el nombre del comprador -replicó Benson-; pero, por fortuna, sé dónde vive, y quizá encontremos medio de volver a verlo... Sin embargo, dígame antes por qué se le antoja tan valioso el armario. Lo he examinado detenidamente, se lo aseguro; es un

mueble ordinario, no tiene doble fondo ni muelle alguno secreto... Debe usted de equivocarse, sin duda.

-No hay equivocación. ¿Ha mirado usted bien los cuatro cajones? ¿Se ha fijado en su grueso? ¿No ha reparado en que el de arriba tenía una especie de corredera en un borde?

-No..., nada he visto. Pero si tan segura está usted de lo que afirma, habré mirado mal... Decididamente, soy muy torpe; se han burlado de mí... me han engañado...

Pareció tan abrumado el prestamista por la convicción de su simpleza, que hasta la misma señora se conmovió.

-Escúcheme -le dijo-; si se las agencia usted bien, aún podremos repararlo todo; pero es necesario que actuemos de acuerdo. ¿Quiere que acordemos repartirnos lo que contenga el cajón?

-Pero ¿qué contiene? -inquirió Benson bajando la voz-. ¿Contiene realmente algo?

-¿Le ofrecería yo si no cien o doscientas guineas por tal mueble? En fin, quiero confiárselo todo. ¿Conocía usted al granjero Merrywood?

-No; no puedo asegurar que lo conociera. Hace tiempo le vendí una silla de montar y recuerdo que pocos días después vino a reprocharme haberlo engañado en la calidad de la borra.

-¡Qué suyo es eso! Espíritu desconfiado, inquieto, lúgubre... Pero no siempre fue así el pobre hombre; la desgracia trastorna con frecuencia un buen carácter. Tenía una hija cuya extraordinaria belleza ponderaba todo el mundo hace unos veinte años; hija única... ¡Pobre Carolina! Constituía su ídolo y mostraba con él todas las atenciones del cariño filial. Agradecida a la brillante educación que recibiera, quería consagrar su vida a tan buen padre: le leía, le ejecutaba sonatas al piano; en una palabra, era el ángel de la casa. ¡Tan amable! Todos la queríamos.

-¿también la conocía usted?

-¡Que si la conocía! Fuimos amigas desde la infancia, y éramos primas por parte de madre. Aunque yo era pobre, se portó muy bien conmigo; exigió a su padre que yo viviera con ellos en la granja. Claro que yo por mi parte los ayudaba con multitud de pequeños servicios; pero ¡qué delicadeza en el proceder de tan generosos parientes! Me hubieran tomado por hermana de Carolina siempre vestida igual, compartiendo sus diversiones..., yendo al baile con ella... ¡Al baile!... Ya adivinará usted lo demás.

-¡No, se lo juro! La escucho.

-¿De modo que no ha oído usted hablar del viejo marqués de...? ¡Pero dejemos ese nombre odioso!... Tenía un hijo, el joven conde Rogelio..., muchacho amabilísimo, espléndido, muy alegre, sin la menor arrogancia... Vio a Carolina y le impresionó su belleza; la amó, como todos... ¿Quién no la hubiera amado?... Le declaró su amor y lo compartió con ella... Lo de siempre, señor Benson... el amor y sus penas amargas... Una noche, hará de esto doce años, sí, doce años, transcurría el mes de septiembre, Carolina vino a verme a mi cuarto... "Prima -me dijo-, ¿crees que mi padre es hombre capaz de perdonar?" "Sin duda, Carolina -le respondí-. ¿No es cristiano?" "Lo es; pero ¿perdonaría a una hija que hubiese ambicionado elevarse por encima de su condición? ¿Le perdonaría hacerse lady? ¿Se descubriría de buena gana ante ella, como hace

cuando la marquesa pasa por su lado en carroza para ir a la iglesia?” “¡Qué locura!”, contesté a Carolina, temiendo comprenderla. Y en cuanto me hubo confesado todo, le di un consejo amistoso, aunque me sedujera también verla ir y venir por mi cuarto aquella noche dándose aires de condesa, abanicándose con una zapatilla y recogiendo la cola del traje de corte..., que a la sazón no era sino el camisón...

-¿Y qué sucedió? ¿Cogió una pleuresía y murió?

-No; sucedió que fue raptada. Carolina desapareció una mañana de aquel mes, y desde tan aciago día, el granjero Merrywood no levantó la cabeza de humillación. El infortunado padre pareció olvidar que había tenido una hija. No volvió a hablar de Carolina; nadie se atrevió ya a nombrarla, y cuando al mes siguiente recibió carta de ella, en la que le anunciaba que se iba a casar, que iba a ser una gran señora importante y rica, pero que siempre amaría y respetaría a su padre..., el granjero rompió la carta y arrojó los pedazos al aire, sin pronunciar más que estas palabras: “¡Insensata! ¡Insensata!”

-Loca estaba, en efecto -confirmó Benson-, porque presumo que no se casaría con ella el joven conde.

-¡Ay, no! Y ella no volvió a escribir. Merrywood subió al cuarto que ocupaba Carolina, abrió violentamente el armario de encima en que ella guardaba sus vestidos y ropa blanca, vació en el suelo los cajones y echó al fuego trajes, lencería, cofias, toquillas, etcétera, etcétera. Aquel armario era un antiguo mueble de familia que había pertenecido a su propia abuela, luego a su madre, después a su esposa... El cajón superior tenía un doble fondo, que servía a Carolina de cartera, donde guardaba las cartas que cuando estaba en el colegio recibió de su padre. El granjero abrió asimismo ese doble fondo, las sacó de él todas, intentó releer una y no pudo continuar por las muchas lágrimas que acudieron a sus ojos. Pasó un mes, luego otro, después el año entero, y el pobre padre no se mostraba menos taciturno ni menos triste, cuando recibió otra carta que llevaba en el sello las armas del marqués. La abrió y vio que era del joven conde Rogelio, cuyo padre acababa de morir, legándole todos sus títulos y propiedades, pero a condición de que se casara con la heredera de lord Rockingham. “Carolina -escribía el nuevo marqués- es dichosa; mas yo debo a usted una reparación personal, porque sé que su fortuna se ha resentido de sus penas. Le envío, pues, en nombre de su hija, cuatro billetes de banco de mil libras esterlinas cada uno.”

-¡Alabado sea Dios! -gritó el prestamista-. ¡Qué señor tan noble y dadivoso! ¡Cuatro mil libras esterlinas! ¡Vaya una fortuna para el granjero Merrywood!

-¡Qué mal lo juzga usted! ¡Ah! ¡Si hubiera visto, como yo vi, la cólera reconcentrada con que estrujó en sus manos la carta sin pronunciar una palabra!... Al cabo de un cuarto de hora de triste silencio me dijo: “Sube conmigo, Juana. Deseo que seas testigo de lo que voy a hacer.” Lo seguí toda temblorosa hasta el cuarto de Carolina. “Aquí hay -agregó- cuatro mil libras esterlinas que ese cobarde seductor pretende hacerme aceptar en nombre de mi hija. Líbreme Dios de tocarlas, y no se las devuelvo porque podría emplearlas en seducir a otras; pero... cuando yo muera..., si alguna vez queda en la miseria la hija que él me raptó, no quiero que perezca de hambre. Justo es que recobre el precio de su deshonor; tú sabrás de dónde sacar lo que le pertenece.” Y al decir esto, abrió el doble fondo, metió en él los billetes de banco, empujó el cajón con un postrer acceso de desesperación y me entregó este alfiler de plata, que sirve para activar el muelle secreto. El granjero Merrywood ha muerto; Carolina ha dejado también de existir. ¿Para quién deben ser las cuatro mil libras esterlinas?

-¡Y yo que he vendido el armario por dos libras! -suspiró Benson- ¡Miserable de mí! Lo repito: ¡me han robado! ¿Está usted segura de que es la única que sabía lo que acaba de contarme? ¡Ah! ¡He debido desconfiar del joven de aparente inocencia que venía como por casualidad a escoger ese mueble entre todos los de mi tienda!

-Dígame el nombre del comprador -repitió la dama-; no sólo poseo el secreto, sino que tengo también el alfiler.

-Déjeme el alfiler -prosiguió Benson-. No es demasiado tarde para ir a comprobarlo. Corro allá.

-No, no; quiero conservar la llave. Traiga usted el armario, y una vez que esté aquí lo comprobaremos juntos, y juntos lo abriremos puesto que debemos repartirnos la suma. A no ser que prefiera darme la dirección del comprador para que me arregle con él.

-No, no -porfíó, a su vez, Benson-; yo he cometido la falta, yo tengo que repararla. Esté usted aquí mañana por la mañana, a las nueve.

-¡Mañana, a las nueve! -repitió la prima Juana-. Buenas noches.

Y montó de nuevo en el carruaje.

Benson no cerró los ojos en toda la noche por miedo a que el sol y el joven de la calle de Salisbury madrugaran más que él. En cuanto amaneció, corrió a la calle en cuestión, y daban las seis cuando se hallaba delante del número 2.

Antes de echar mano a la aldaba, se cercioró de que llevaba en el bolsillo una bolsa de monedas de oro. "Supongo -pensaba- que la vista del dinero seducirá a mi modesto joven, y, sobre todo, a la tía vieja, a quien tal vez haya que indemnizar. ¡Magnífico! Estoy prevenido. Llamemos."

-¿Quién es?

-¿Está levantada la señora de Truman? -preguntó Benson por el ojo de la cerradura.

-Aún no.

-¿Y su sobrino?

-Soy yo -respondió una voz desde dentro.

Y al abrirse la puerta. el sobrino, presentándose en persona, expresó su extrañeza por tan temprana visita.

-Caballero -le expuso Benson-, nunca se apresura uno lo bastante, cuando se trata de reparar un error. Lo cometí anoche, al venderle un armario que me descabalaba la pareja. Y vengo a deshacer el trato; pero soy demasiado justo para no resarcirle espléndidamente. Usted mismo escogerá lo que quiera de toda mi tienda.

-De ningún modo, señor. Mi tía está entusiasmada con el regalo y no creo que haya el menor error. Por otra parte, todavía no he abierto los cajones, y recordará usted que lo he previsto todo... ¿Y si encontrase en él mi fortuna? Esos muebles antiguos de familia han enriquecido a más de un heredero, como le decía a usted ayer.

Hubo una pausa. Benson reflexionaba y calculaba. Reanudó la conversación a media voz y apoyó su elocuencia sacando del bolsillo la bolsa. Y debió de hallar, por fin, un argumento contundente, porque media hora más tarde el armario gótico entraba de nuevo en la tienda, después de desandar, a hombros del prestamista, todo el camino recorrido la víspera.

-¡Al fin respiro! -exclamó-. Pero ¿aguardaré a las nueve? ¡Ah! ¡Esa buena prima que cree que no puedo prescindir de su alfiler! Aquí tengo una hachita que ha roto otros muchos muebles!

Monologando así, sacó el primer cajón del armario y vio pegado en una de las paredes interiores un papel.

-¡Vaya, vaya! -murmuró-. ¿Será uno de los billetes?

Y leyó:

“Recibí: Jorge Evans.”

En el mismo instante entraba el joven cómico en su cuarto de la hostería de los Tres Pichones y restituía a su baúl dos vestidos de mujer.

-¡Vaya! -se dijo-. ¡Mucha prisa se ha dado en quebrar el empresario de este pueblo! Yo hubiera podido hacerle recaudar algunos ingresos con mi estreno. He tenido bastante éxito en mis papeles de la tía Truman y de la prima Juana. Deducidos de mis doscientas cincuenta libras esterlinas el alquiler de la casa de la calle de Salisbury, las dos libras del armario, lo que debo por la silla de posta y la propina de seis peniques, tan generosamente dada al ambicioso Benson, aún me quedarán las doscientas libras de mi padre, con los intereses de diez años. ¡Ojalá la conciencia de mi deudor esté tan tranquila como la mía!

¡Magia!, de Sergio Bizzio



—Yo leo el pensamiento —dijo Julián.

Hacía media hora que Ronnie estaba sentado en el borde de la barranca, con las piernas colgando y la vista clavada en el río. Eran las once de la mañana de un día de fines de enero y hacía mucho calor, tanto que se veía. El muelle al final de la playa, el isleño que cruzaba el río en canoa, los juncos al otro lado de la barranca, todo ondulaba impreso en una delgadísima tela inexistente (pero transparente). Ronnie alzó la vista y vio a un chico de su misma edad (12 años). Era el chico que había estado observándolo de lejos un rato antes. Un chico con cara de nada, regordete y de pelo lacio, con un flequillo que le cubría las cejas. Ronnie no lo había oído llegar. Durante un segundo se mostró sorprendido, pero enseguida lo descartó y volvió a mirar el río. El chico le dijo entonces que leía el pensamiento.

—¿Por qué decís que tengo cara de boludo? —añadió.

—¿Yo dije eso?

—No, bueno, no lo dijiste, lo pensaste —dijo Julián.

A Ronnie le pareció que no había nada desafiante en el chico, ningún motivo para levantarse o ponerse en guardia. Se limitó a mirarle las zapatillas por encima del hombro. Eran unas zapatillas nuevas, demasiado llamativas, con refuerzos plateados que brillaban al sol y una suela verde con espejitos de acrílico en los bordes. Julián siguió la mirada de Ronnie y por un momento los dos se mantuvieron callados observando las zapatillas. Después Ronnie señaló con el mentón al isleño que cruzaba el río en canoa y dijo:

—¿Qué está pensando el tipo aquel, a ver?

—No puedo, está muy lejos... —dijo Julián negando con la cabeza. Hizo una pausa y añadió—: Recién pensaste "sí, es cierto". ¡Y claro, está lejos! Dejá que se acerque un poco y te digo. A propósito, me llamo Julián.

A Ronnie le llamó la atención el modo de hablar del chico: un tono sereno, sin titubeos, con palabras anticuadas. Volvió a mirarlo. Era formal, era prolijo. Llevaba puesto un jean planchado con una raya filosa y una remera blanca con la cara del pato Donald. Ronnie tuvo la impresión de que era un pobre chico sometido a una madre obsesiva que le elegía la ropa más fea del mundo y lo obligaba a ponérsela, pero no fue eso lo que lo impactó sino imaginar a la madre pasándole orgullosa un peine por el flequillo. Entonces oyó que Julián decía:

—No, no es así...

Se estremeció. ¿Le había leído el pensamiento? Julián empezó a reírse.

—No, no puede ser... ¿Sabés qué está pensando el señor de la canoa? Que no llega a ver el partido. ¡Está cruzando todo ese río para ver un partido! ¡Rema doscientos metros contra la corriente para ir a ver un partido! Qué bárbaro, mirá que hay gente que... Bueno, en fin. —Se puso serio de golpe—. Esa fue la última prueba que te doy. Leo el pensamiento y me acerqué a vos porque sé que vos también tenés un poder.

—¿Y eso quién te lo dijo? —dijo Ronnie.

—Nadie. Vos. Andaba por acá (mis padres están allá haciendo un asado) y te vi y no pude evitar leerte el pensamiento. Estabas pensando usar tu poder contra vos mismo. ¿Qué poder tenés? ¿Por qué querés usarlo contra vos? Ok, sea lo que sea: no lo hagas, por favor. Te encontré y te salvé. Somos dos, ahora.

Julián dijo esto con aire solemne y se acomodó para una respuesta a la altura de sus palabras. Ronnie se levantó despacio, como si le pesara el cuerpo, y lo miró entre ceja y ceja. Le dijo:

—Es cierto. Tengo un poder y es terrible y estaba pensando usarlo contra mí. Pero lo que voy a hacer es usarlo contra vos. Te voy a hacer desaparecer.

—¿iHacés desaparecer gente!? —chilló Julián.

Ronnie levantó la mano y la abrió como una garra sobre la cara de Julián, que empezó a transpirar. Le temblaban los párpados, los labios, incluso movía las orejas.

—No... no, por favor... —dijo—. Esperá un minuto... pensemos...

—No tengo nada que pensar con vos, gordo boludo. Dame un segundo y vas a ver lo que te pasa...

—iNo, esperá! ¿En un segundo podés hacerme desaparecer? iMi mamá me va a matar!

—Tu mamá no te va a matar porque no te va a ver más... —dijo Ronnie y acercó la garra a la cara de Julián. Julián cayó de rodillas.

—Levantate —le ordenó Ronnie.

Julián negó con la cabeza, llorando y moqueando. —Perdoname, perdoname —decía—, soy nuevo acá, no conozco a nadie, estaba aburrido y creí que nuestro encuentro iba a ser genial: no lo pensé. Ronnie escupió a un costado como un adulto y, lentamente, aflojó los dedos, dejó caer el brazo.

—Andá, volá —le dijo—, si te encuentro de nuevo voy a ser el último en verte.

Julián caminó unos metros en dirección al lugar donde estaban sus padres sin dejar de mirar a Ronnie. Después giró de golpe y se echó a correr a todo lo que daba. Tropezó, se levantó, corrió tan desordenadamente que era imposible saber si lo que hacía era huir o tratar de recuperar el equilibrio.

Ronnie volvió a sentarse. El isleño estaba ahora bastante más cerca. Una mancha de transpiración oscurecía un triángulo invertido de su camisa a rayas. Era, seguro, su mejor prenda, y se la había puesto para ver el partido, pero también para cruzar el río... Ronnie alzó la mano en dirección al isleño y en el acto el río estuvo otra vez desierto. En el agua no quedaron ni las ondas del último impulso de los remos. Después alzó su mano sobre su cara. Pensó que el gesto de la mano en forma de garra había sido siempre una impostación, algo que no hacía falta para que su poder se hiciera efectivo. En más de una ocasión había hecho desaparecer gente sin necesidad de ese gesto: lo usaba para asustar, era una amenaza, y también un chiste, porque sus víctimas no le creían y a él le gustaba que se rieran antes de evaporarse.

Dos manos de mujer, frías a pesar del calor, aparecieron desde atrás y le cubrieron los ojos. La voz de Suki (17 años) preguntó:

—¿Quién soy?

—Suki —dijo Ronnie.

Ella lo soltó y, antes de que su espalda quedara completamente apoyada en el pasto, Ronnie ya estaba echado sobre ella. Se besaron.

—¿Hacía mucho que estabas? —preguntó Suki.

—No, media hora, menos.

—Yo llegué puntual, pero vi que estabas con alguien y no me quise acercar... ¿Quién era?

—Nada, un pibe que dice que lee el pensamiento.

—¿En serio? ¿Dijo eso?

—Te juro.

Suki se rió. A Ronnie le encantaba la risa de Suki. "¿Por qué el pato Donald cuando sale del baño lleva una toalla en la cintura y después anda siempre desnudo?" Así era la risa de Suki.

—Te extrañé... —le dijo Ronnie.

—Yo también... —dijo Suki. Lo abrazó con fuerza y, antes de separarse para besarlo de nuevo, hizo (a espaldas de Ronnie) reaparecer en el río al isleño en su canoa. El isleño se pasó el dorso de una mano por la frente como si acabara de recuperarse de un desvanecimiento y volvió a remar.

La mosca, de Katherine Mansfield



-Pues sí que está usted cómodo aquí -dijo el viejo señor Woodifield con su voz de flauta. Miraba desde el fondo del gran butacón de cuero verde, junto a la mesa de su amigo el jefe, como lo haría un bebé desde su cochecito. Su conversación había terminado; ya era hora de marchar. Pero no quería irse. Desde que se había retirado, desde su... apoplejía, la mujer y las chicas lo tenían encerrado en casa todos los días de la semana excepto los martes. El martes lo vestían y lo cepillaban, y lo dejaban volver a la ciudad a pasar el día. Aunque, la verdad, la mujer y las hijas no podían imaginarse qué hacía allí. Suponían que incordiar a los amigos... Bueno, es posible. Sin embargo, nos aferramos a nuestros últimos placeres como se aferra el árbol a sus últimas hojas. De manera que ahí estaba el viejo Woodifield, fumándose un puro y observando casi con avidez al jefe, que se arrellanaba en su sillón, corpulento, rosado, cinco años mayor que él y todavía en plena forma, todavía llevando el timón. Daba gusto verlo.

Con melancolía, con admiración, la vieja voz añadió:

-Se está cómodo aquí, ¡palabra que sí!

-Sí, es bastante cómodo -asintió el jefe mientras pasaba las hojas del Financial Times con un abrecartas. De hecho estaba orgulloso de su despacho; le gustaba que se lo admiraran, sobre todo si el admirador era el viejo Woodifield. Le infundía un sentimiento de satisfacción sólida y profunda estar plantado ahí en medio, bien a la vista de aquella figura frágil, de aquel anciano envuelto en una bufanda.

-Lo he renovado hace poco -explicó, como lo había explicado durante las últimas, ¿cuántas?, semanas-. Alfombra nueva -y señaló la alfombra de un rojo vivo con un dibujo de grandes aros blancos-. Muebles nuevos -y apuntaba con la cabeza hacia la sólida estantería y la mesa con patas como de caramelo retorcido-. ¡Calefacción eléctrica! -con ademanes casi eufóricos indicó las cinco salchichas transparentes y anacaradas que tan suavemente refulgían en la placa inclinada de cobre.

Pero no señaló al viejo Woodifield la fotografía que había sobre la mesa. Era el retrato de un muchacho serio, vestido de uniforme, que estaba de pie en uno de esos parques espectrales de estudio fotográfico, con un fondo de nubarrones tormentosos. No era nueva. Estaba ahí desde hacía más de seis años.

-Había algo que quería decirle -dijo el viejo Woodifield, y los ojos se le nublaban al recordar-. ¿Qué era? Lo tenía en la cabeza cuando salí de casa esta mañana. -Las manos le empezaron a temblar y unas manchas rojizas aparecieron por encima de su barba.

Pobre hombre, está en las últimas, pensó el jefe. Y sintiéndose bondadoso, le guiñó el ojo al viejo y dijo bromeando:

-Ya sé. Tengo aquí unas gotas de algo que le sentará bien antes de salir otra vez al frío. Es una maravilla. No le haría daño ni a un niño.

Extrajo una llave de la cadena de su reloj, abrió un armario en la parte baja de su escritorio y sacó una botella oscura y rechoncha.

-Ésta es la medicina -exclamó-. Y el hombre de quien la adquirí me dijo en el más estricto secreto que procedía directamente de las bodegas del castillo de Windsor.

Al viejo Woodifield se le abrió la boca cuando lo vio. Su cara no hubiese expresado mayor asombro si el jefe hubiera sacado un conejo.

-¿Es whisky, no? -dijo débilmente.

El jefe giró la botella y cariñosamente le enseñó la etiqueta. En efecto, era whisky.

-Sabe -dijo el viejo, mirando al jefe con admiración- en casa no me dejan ni tocarlo-. Y parecía que iba a echarse a llorar.

-Ah, ahí es donde nosotros sabemos un poco más que las señoras -dijo el jefe, doblándose como un junco sobre la mesa para alcanzar dos vasos que estaban junto a la botella del agua, y sirviendo un generoso dedo en cada uno-. Bébaselo, le sentará bien. Y no le ponga agua. Sería un sacrilegio estropear algo así. ¡Ah! -Se tomó el suyo de un trago; luego se sacó el pañuelo, se secó apresuradamente los bigotes y le hizo un guiño al viejo Woodifield, que aún saboreaba el suyo.

El viejo tragó, permaneció silencioso un momento, y luego dijo débilmente:

-¡Qué fuerte!

Pero lo reconfortó; subió poco a poco hasta su entumecido cerebro... y recordó.

-Eso era -dijo, levantándose con esfuerzo de la butaca-. Supuse que le gustaría saberlo. Las chicas estuvieron en Bélgica la semana pasada para ver la tumba del pobre Reggie, y dio la casualidad que pasaron por delante de la de su chico. Por lo visto quedan bastante cerca la una de la otra.

El viejo Woodifield hizo una pausa, pero el jefe no contestó. Sólo un ligero temblor en el párpado demostró que estaba escuchando.

-Las chicas estaban encantadas de lo bien cuidado que está todo aquello -dijo la vieja voz-. Lo tienen muy bonito. No estaría mejor si estuvieran en casa. ¿Usted no ha estado nunca, verdad?

-¡No, no! -Por varias razones el jefe no había ido.

-Hay kilómetros enteros de tumbas -dijo con voz trémula el viejo Woodifield- y todo está tan bien cuidado que parece un jardín. Todas las tumbas tienen flores. Y los caminos son muy anchos. -Por su voz se notaba cuánto le gustaban los caminos anchos.

Hubo otro silencio. Luego el anciano se animó sobremanera.

-¿Sabe usted lo que les hicieron pagar a las chicas en el hotel por un bote de confitura? -dijo-. ¡Diez francos! A eso yo le llamo un robo. Dice Gertrude que era un bote pequeño, no más grande que una moneda de media corona. No había tomado más que una cucharada y le cobraron diez francos. Gertrude se llevó el bote para darles una lección. Hizo bien; eso es querer hacer negocio con nuestros sentimientos.

Piensen que porque hemos ido allí a echar una ojeada estamos dispuestos a pagar cualquier precio por las cosas. Eso es. -Y se volvió, dirigiéndose hacia la puerta.

-¡Tiene razón, tiene razón! -dijo el jefe. aunque en realidad no tenía idea de sobre qué tenía razón. Dio la vuelta a su escritorio y siguiendo los pasos lentos del viejo lo acompañó hasta la puerta y se despidió de él. Woodifield se había marchado.

Durante un largo momento el jefe permaneció allí, con la mirada perdida, mientras el ordenanza de pelo canoso, que lo estaba observando, entraba y salía de su garita como un perro que espera que lo saquen a pasear.

De pronto:

-No veré a nadie durante media hora, Macey -dijo el jefe-. ¿Ha entendido? A nadie en absoluto.

-Bien, señor.

La puerta se cerró, los pasos pesados y firmes volvieron a cruzar la alfombra chillona, el fornido cuerpo se dejó caer en el sillón de muelles y echándose hacia delante, el jefe se cubrió la cara con las manos. Quería, se había propuesto, había dispuesto que iba a llorar...

Le había causado una tremenda conmoción el comentario del viejo Woodifield sobre la sepultura del muchacho. Fue exactamente como si la tierra se hubiera abierto y lo hubiera visto allí tumbado, con las chicas de Woodifield mirándolo. Porque era extraño. Aunque habían pasado más de seis años, el jefe nunca había pensado en el muchacho excepto como un cuerpo que yacía sin cambio, sin mancha, uniformado, dormido para siempre. «¡Mi hijo!», gimió el jefe. Pero las lágrimas todavía no acudían. Antes, durante los primeros meses, incluso durante los primeros años después de su muerte, bastaba con pronunciar esas palabras para que lo invadiera una pena inmensa que sólo un violento episodio de llanto podía aliviar. El paso del tiempo, había afirmado entonces, y así lo había asegurado a todo el mundo, nunca cambiaría nada. Puede que otros hombres se recuperaran, puede que otros lograran aceptar su pérdida, pero él no. ¿Cómo iba a ser posible? Su muchacho era hijo único. Desde su nacimiento el jefe se había dedicado a levantar este negocio para él; no tenía sentido alguno si no era para el muchacho. La vida misma había llegado a no tener ningún otro sentido. ¿Cómo diablos hubiera podido trabajar como un esclavo, sacrificarse y seguir adelante durante todos aquellos años sin tener siempre presente la promesa de ver a su hijo ocupando su sillón y continuando donde él había abandonado?

Y esa promesa había estado tan cerca de cumplirse. El chico había estado en la oficina aprendiendo el oficio durante un año antes de la guerra. Cada mañana habían salido de casa juntos; habían regresado en el mismo tren. ¡Y qué felicitaciones había recibido por ser su padre! No era de extrañar; se desenvolvía maravillosamente. En cuanto a su popularidad con el personal, todos los empleados, hasta el viejo Macey, no se cansaban de alabarlo. Y no era en absoluto un mimado. No, él siempre con su carácter despierto y natural, con la palabra adecuada para cada persona, con aquel aire juvenil y su costumbre de decir: «¡Sencillamente espléndido!».

Pero todo eso había terminado, como si nunca hubiera existido. Había llegado el día en que Macey le había entregado el telegrama con el que todo su mundo se había venido abajo. «Sentimos profundamente informarle que...» Y había abandonado la oficina destrozado, con su vida en ruinas.

Hacía seis años, seis años... ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Parecía que había sido ayer. El jefe retiró las manos de la cara; se sentía confuso. Algo parecía que no funcionaba. No estaba sintiéndose como quería sentirse. Decidió levantarse y mirar la foto del chico. Pero no era una de sus fotografías favoritas; la expresión no era natural. Era fría, casi severa. El chico nunca había sido así.

En aquel momento el jefe se dio cuenta de que una mosca se había caído en el gran tintero y estaba intentando infructuosamente, pero con desesperación, salir de él. ¡Socorro, socorro!, decían aquellas patas mientras forcejeaban. Pero los lados del tintero estaban mojados y resbaladizos; volvió a caerse y empezó a nadar. El jefe tomó una pluma, extrajo la mosca de la tinta y la depositó con una sacudida en un pedazo de papel secante. Durante una fracción de segundo se quedó quieta sobre la mancha oscura que rezumaba a su alrededor. Después las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, levantando su cuerpecillo empapado, empezó la inmensa tarea de limpiarse la tinta de las alas. Por encima y por debajo, por encima y por debajo pasaba la pata por el ala, como lo hace la piedra de afilar por la guadaña. Luego hubo una pausa mientras la mosca, aparentemente de puntillas, intentaba abrir primero un ala y luego la otra. Por fin lo consiguió, se sentó y empezó, como un diminuto gato, a limpiarse la cara. Ahora uno podía imaginarse que las patitas delanteras se restregaban con facilidad, alegremente. El horrible peligro había pasado; había escapado; estaba preparada de nuevo para la vida.

Pero justo entonces el jefe tuvo una idea. Hundió otra vez la pluma en el tintero, apoyó su gruesa muñeca en el secante y mientras la mosca probaba sus alas, una enorme gota cayó sobre ella. ¿Cómo reaccionaría? ¡Buena pregunta! La pobre criatura parecía estar absolutamente acobardada, paralizada, temiendo moverse por lo que pudiera acontecer después. Pero entonces, como dolorida, se arrastró hacia delante. Las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, esta vez más lentamente, reanudó la tarea desde el principio.

Es un diablillo valiente -pensó el jefe- y sintió verdadera admiración por el coraje de la mosca. Así era como se debían de acometer los asuntos; ésa era la actitud. Nunca te dejes vencer; sólo era cuestión de... Pero una vez más la mosca había terminado su laboriosa tarea y al jefe casi le faltó tiempo para recargar la pluma, y descargar otra vez la gota oscura de lleno sobre el recién aseado cuerpo. ¿Qué pasaría esta vez? Siguió un doloroso instante de incertidumbre. Pero ¡atención!, las patitas delanteras volvían a moverse; el jefe sintió una oleada de alivio. Se inclinó sobre la mosca y le dijo con ternura: «Ah, astuta cabroncita». Incluso se le ocurrió la brillante idea de soplar sobre ella para ayudarla en el proceso de secado. Pero a pesar de todo, ahora había algo de tímido y débil en sus esfuerzos, y el jefe decidió que ésta tendría que ser la última vez, mientras hundía la pluma hasta lo más profundo del tintero.

Lo fue. La última gota cayó en el empapado secante y la extenuada mosca quedó tendida en ella y no se movió. Las patas traseras estaban pegadas al cuerpo; las delanteras no se veían.

-Vamos -dijo el jefe-. ¡Espabila! -Y la removió con la pluma, pero en vano. No pasó nada, ni pasaría. La mosca estaba muerta.

El jefe levantó el cadáver con la punta del abrecartas y lo arrojó a la papelera. Pero lo invadió un sentimiento de desdicha tan agobiante que verdaderamente se asustó. Se inclinó hacia delante y tocó el timbre para llamar a Macey.

-Tráigame un secante limpio -dijo con severidad- y dese prisa. -Y mientras el viejo perro se alejaba con un paso silencioso, empezó a preguntarse en qué había estado pensando antes. ¿Qué era? Era... Sacó el pañuelo y se lo pasó por delante del cuello de la camisa. Aunque le fuera la vida en ello no se podía acordar.

Los amos, de Juan Bosch



Cuando ya Cristino no servía ni para ordeñar una vaca, don Pío lo llamó y le dijo que iba a hacerle un regalo.

-Le voy a dar medio peso para el camino. Usted está muy mal y no puede seguir trabajando. Si se mejora, vuelva.

Cristino extendió una mano amarilla, que le temblaba.

-Mucha gracia, don. Quisiera coger el camino ya, pero tengo calentura.

-Puede quedarse aquí esta noche, si quiere, y hasta hacerse una tisana de cabrita. Eso es bueno.

Cristino se había quitado el sombrero, y el pelo abundante, largo y negro le caía sobre el pescuezo. La barba escasa parecía ensuciarle el rostro, de pómulos salientes.

-Ta bien, don Pío -dijo-; que Dio se lo pague.

Bajó lentamente los escalones, mientras se cubría de nuevo la cabeza con el viejo sombrero de fieltro negro. Al llegar al último escalón se detuvo un rato y se puso a mirar las vacas y los críos.

-Que animao ta el becerrito -comentó en voz baja.

Se trataba de uno que él había curado días antes. Había tenido gusanos en el ombligo y ahora correteaba y saltaba alegremente.

Don Pío salió a la galería y también se detuvo a ver las reses. Don Pío era bajo, rechoncho, de ojos pequeños y rápidos. Cristino tenía tres años trabajando con él. Le pagaba un peso semanal por el ordeño, que se hacía de madrugada, las atenciones de la casa y el cuidado de los terneros. Le había salido trabajador y tranquilo aquel hombre, pero había enfermado y don Pío no quería mantener gente enferma en su casa.

Don Pío tendió la vista. A la distancia estaban los matorrales que cubrían el paso del arroyo, y sobre los matorrales, las nubes de mosquitos. Don Pío había mandado poner tela metálica en todas las puertas y ventanas de la casa, pero el rancho de los peones no tenía ni puertas ni ventanas; no tenía ni siquiera setos. Cristino se movió allá abajo, en el primer escalón, y don Pío quiso hacerle una última recomendación.

-Cuando llegue a su casa póngase en cura, Cristino.

-Ah, sí, cómo no, don. Mucha gracia -oyó responder.

El sol hervía en cada diminuta hoja de la sabana. Desde las lomas de Terrero hasta las de San Francisco, perdidas hacia el norte, todo fulgía bajo el sol. Al borde de los potreros, bien lejos, había dos vacas. Apenas se las distinguía, pero Cristino conocía una por una todas las reses.

-Vea, don -dijo- aquella pinta que se aguaita allá debe haber parío anoche o por la mañana, porque no le veo barriga.

Don Pío caminó arriba.

-¿Usted cree, Cristino? Yo no la veo bien.

-Arrímese pa aquel lao y la verá.

Cristino tenía frío y la cabeza empezaba a dolerle, pero siguió con la vista al animal.

-Dese una caminata y me la arrea, Cristino -oyó decir a don Pío.

-Yo fuera a buscarla, pero me toy sintiendo mal.

-¿La calentura?

-Unjú, me ta subiendo.

-Eso no hace. Ya usted esta acostumbrado, Cristino. Vaya y tráigamela.

Cristino se sujetaba el pecho con los dos brazos descarnados. Sentía que el frío iba dominándolo. Levantaba la frente. Todo aquel sol, el becerrito...

-¿Va a traermela? -insistió la voz.

Con todo ese sol y las piernas temblándole, y los pies descalzos llenos de polvo.

-¿Va a buscarmela, Cristino?

Tenía que responder, pero la lengua le pesaba. Se apretaba más los brazos sobre el pecho. Vestía una camisa de listado sucia y de tela tan delgada que no le abrigaba.

Resonaron pisadas arriba y Cristino pensó que don Pío iba a bajar. Eso asustó a Cristino.

-Ello sí, don -dijo-: voy a dir. Deje que se me pase el frío.

-Con el sol se le quita. Hágame el favor, Cristino. Mire que esa vaca se me va y puedo perder el becerro.

Cristino seguía temblando, pero comenzó a ponerse de pie.

-Si: ya voy, don -dijo.

-Cogió ahora por la vuelta del arroyo -explicó desde la galería don Pío.

Paso a paso, con los brazos sobre el pecho, encorvado para no perder calor, el peón empezó a cruzar la sabana. Don Pío lo veía de espaldas. Una mujer se deslizó por la galería y se puso junto a don Pío.

-¡Qué día tan bonito, Pío! -comentó con voz cantarina.

El hombre no contestó. Señaló hacia Cristino, que se alejaba con paso torpe como si fuera tropezando.

-No quería ir a buscarme la vaca pinta, que parió anoche. Y ahorita mismo le di medio peso para el camino.

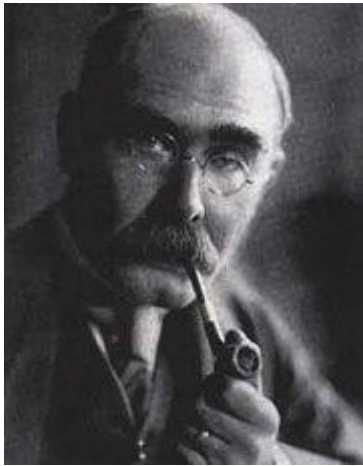
Calló medio minuto y miró a la mujer, que parecía demandar una explicación.

-Malagradecidos que son, Herminia -dijo-. De nada vale tratarlos bien.

Ella asintió con la mirada.

-Te lo he dicho mil veces, Pío -comentó. Y ambos se quedaron mirando a Cristino, que ya era apenas una mancha sobre el verde de la sabana.

La Casa de los Deseos, de Rudyard Kipling



La nueva visitadora de la iglesia acababa de marcharse tras pasar veinte minutos en la casa. Mientras estuvo ella, la señora Ashcroft había hablado con el acento propio de una cocinera anciana, experimentada y con una buena jubilación que había vivido mucho en Londres. Por eso ahora estaba tanto más dispuesta a recuperar su forma de hablar de Sussex, que le resultaba más fácil, cuando llegó en el autobús la señora Fettley, que había recorrido cincuenta kilómetros para verla aquel agradable sábado de marzo. Eran amigas desde la infancia, pero últimamente el destino había hecho que no se pudieran ver sino de tarde en tarde.

Ambas tenían mucho que decirse, y había muchos cabos sueltos que atar desde la última vez, antes de que la señora Fettley, con su bolsa de retazos para hacer una colcha., ocupara el sofá bajo la ventana que daba al jardín y al campo de fútbol del valle de abajo.

-Casi todos se han apeado en Bush Tye para el partido de hoy -explicó-, de manera que me quedé sola la última legua y media. ¡Anda que no hay baches!

-Pero a ti no te pasa nada -dijo su anfitriona-. Por ti no pasan los años, Liz.

La señora Fettley sonrió e intentó combinar dos retazos a su gusto.

-Sí., y si no ya me habría roto la columna hace veinte años. Seguro que ni te acuerdas cuando me decían que estaba bien fuerte. ¿A que no?

La señora Ashcroft negó lentamente con la cabeza -todo lo hacía lentamente- y siguió cosiendo un forro de arpillera en un cesto de paja para herramientas adornado con cintas de algodón. La señora Fettley siguió cosiendo retazos a la luz primaveral que entraba entre los geranios del alféizar, y ambas se quedaron calladas un rato.

-¿Qué tal es esa nueva visitadora tuya? -preguntó la señora Fettley con un gesto hacia la puerta. Como era muy miope, al entrar casi se había tropezado con aquella señora.

La señora Ashcroft suspendió la gran aguja de coser el forro con un gesto tranquilo antes de pincharla.

-Salvo que no te cuenta nada de lo que pasa por ahí, no tengo nada especial contra ella.

-La nuestra, la de Keyneslade -dijo la señora Fettley- habla sin parar y es muy compasiva, pero no se para a escuchar. Dale que dale, que no la oyes más que a ella.

-Ésta no habla mucho. Yo creo que quiere hacerse de esas monjas protestantes, o algo así.

-La nuestra está casada, pero dicen que como si nada... -la señora Fettley levantó la barbilla huesuda-. ¡Dios mío! ¡Esos malditos altobuses arman un terremoto!

La casita revestida de azulejo tembló al paso de dos autobuses especiales de cuarenta plazas que se dirigían al partido de Bush Tye; detrás de ellos humeaba el autobús «del mercado» de todos los sábados. camino de la capital del condado, y de una de las tabernas abarrotadas salió un cuarto vehículo a sumarse a la procesión, impidiendo el paso de los coches que iban de excursión en sentido opuesto.

-Sigues teniendo la lengua tan larga como siempre, Liz -observó la señora Ashcroft.

-Sólo cuando estoy contigo. El resto del tiempo soy la típica agüelita: tres nietos ya.

Apuesto que ese cesto es para uno de tus nietos, ¿a que sí?

-Es para Arthur, el mayor de mi Jane.

-Pero no trabaja en ninguna parte, ¿verdad?

-No. Es para cuando van de gira.

-Tienes suerte. Mi Willie se pasa la vida pidiéndome dinero para comprar uno de esos arradios que pone la gente en el jardín para oír la música que dan de Londres y todo eso. Y encima se lo doy... ¡Si es que soy tonta!

-Y, ¿a que no te da un beso de gracias después? -la sonrisa de la señora Ashcroft parecía dirigirse a ella misma.

-Y tanto. Los chicos de ahora no se pueden comparar con los de hace cuarenta años. Muchos derechos y nada de obligaciones. ¡Y se lo aguantamos! ¡Si es que somos tontas! ¡Willie me pide tres chelines cada vez!

-Si es que se creen que el dinero crece en los árboles... -dijo la señora Ashcroft.

-Y la semana pasada -siguió la otra- mi hija va y pide un cuarto de libra de tocino al carnicero y va y le dice que se lo corte, que no va ella a molestarse en cortarlo.

-Apuesto que se lo cobró.

-Apuesto que sí. Me dijo que aquella tarde había una sesión de tresillos en la asociación de mujeres y que no iba a molestarse ella en picarlo.

-¡Mira que!

La señora Ashcroft dio los últimos toques al cesto. Apenas había terminado cuando llegó corriendo su nieto de dieciséis años, con una de las tantas muchachas que lo seguían a todas partes, recorrió el sendero del jardín preguntando a voces si ya estaba listo el cesto, lo agarró y se marchó sin dar las gracias. La señora Fettle lo contempló atentamente.

-Van de gira no sé dónde -explicó la señora Ashcroft.

-¡Ah! -dijo la otra entornando los ojos-. Apuesto a que no las deja en paz si le dan una oportunidad. Ahora que lo pienso. ¿a quién demonios me recuerda?

-Tienen que apañárselas por su cuenta... igual que nosotras a su edad -dijo la señora Ashcroft empezando a preparar el té.

-Tú sí que te las apañabas bien, Gracie -dijo la señora Fettle.

-¿De qué hablas ahora?

-No sé... Pero de repente me acuerdo de aquella mujer de Rye... no me acuerdo cómo se llamaba... Barnsley, ¿no?

-Quieres decir Batten... Polly Batten.

-Eso es... Polly Batten. Aquel día que se te echó encima con un tenedor de la paja - era cuando íbamos a la trilla en Smalldene- por quitarle el novio.

-Pero, ¿no me oíste decirle que por mí se lo podía quedar? -la señora Ashcroft tenía la sonrisa y la voz más suaves que nunca.

-Claro, y todos creíamos que te iba a clavar el tenedor en el pecho cuando se lo dijiste.

-No... Polly nunca se pasaba. Era demasiado fuguillas para llegar hasta el final.

-Pues a mí siempre me pareció -dijo la señora Fettley tras una pausa- que lo más tonto del mundo es que dos mujeres se peleen por un hombre. Es como un perro con dos amos.

-A lo mejor. Pero, ¿por qué te acuerdas ahora de todo eso, Liz?

-La cara del chico y la forma de andar. No lo había visto desde que era rapaz. A tu Jane no le vi nada así, pero este chico... este chico. ¡Pero si es como volver a ver a Jim Batten otra vez! ... ¿Eh?

-A lo mejor. Las hay que lo dicen... claro que ellas son estériles.

-¡Ah! ¡Bueno, bueno! ¡Hay que ver, hay que ver! ... Y ya hace años que murió Jim Batten...

-Veintisiete años -respondió brevemente la señora Ashcroft-. ¿Quieres servirlo tú, Liz?

La señora Fettley sirvió las tostadas con mantequilla., el pan de higos, el té hervido, amargo como el pecado., conserva casera de peras y una cola de cerdo hervida, fría, para bajar los bollos. Lo elogió todo cumplidamente.

-Sí., a mí no me gusta maltratar la panza -dijo pensativa la señora Ashcroft-. Sólo se vive una vez.

-Pero., ¿no te sientes pesada a veces? -le sugirió su invitada.

-La enfermera dice que es más fácil que me muera de una indigestión que de la pierna -comentó la señora Ashcroft. que tenía desde hace mucho tiempo una úlcera en el tobillo para la que necesitaba la asistencia constante de la enfermera del pueblo, que presumía (o dejaba que lo hicieran otros por ella) que desde su toma de posesión le había hecho ya ciento tres curas.

-¡Y con lo dispuesta que has sido siempre! Te ha venido todo demasiado pronto. Mira que te he visto empeorar -dijo la señora Fettley en tono verdaderamente afectuoso.

-A todos nos tiene que dar algo alguna vez. Entodavía me queda el corazón -fue la respuesta de la señora Ashcroft.

-Siempre has tenido un corazón que vale por tres. Da gusto recordarlo cuando va una apagándose.

-Bueno, tú también tienes cosas que recordar -contestó la señora Ashcroft.

-Y tanto. Pero no pienso demasiado en esas cosas salvo cuando estoy contigo, Gra. Para recordar no hay como las amistades.

La señora Fettley, con la boca medio abierta. se quedó mirando el calendario de colores de la tienda de comestibles. La casita volvía a retremblar al paso de los automóviles, y el campo de fútbol repleto, al otro lado del jardín, hacía casi tanto ruido como los coches, porque la gente del pueblo estaba entregada a sus diversiones del sábado.

La señora Fettley llevaba un rato hablando con gran precisión y sin interrumpirse, hasta que se secó los ojos.

-Y entonces -concluyó- me leyeron su esquila en los papeles el mes pasado. Claro que ya no era asunto mío... porque hacía tanto tiempo que no le había puesto la vista encima. Claro que no podía decir ni hacer nada. Y tampoco tengo derecho a ir a Eastbourne a ver su tumba. Llevo tiempo pensando en ir un día en el altobús, pero en casa me iban a freír a preguntas. De manera que ya no me queda ni eso para consolarme.

-¿Pero has tenido tus satisfacciones?

-¡Y tanto que sí! Los cuatro años que trabajó en el tren cerca de casa. Y los otros maquinistas le hicieron un funeral muy güeno.

-Entonces no puedes quejarte. ¿Otra taza de té?

Al ir bajando el sol, la luz y el aire habían ido cambiando, y las dos ancianas cerraron la puerta de la cocina para que no entrase el fresco. Se veía a un par de arrendajos que piaban y revoloteaban en los dos manzanos del jardín. Ahora le tocaba hablar a la señora Ashcroft, que tenía los codos puestos en la mesita del té y la pierna enferma apoyada en un taburete...

-¡Nunca lo hubiera creído! ¿Y qué dijo tu marido de todo eso? -preguntó la señora Fettley cuando cesó el relato hecho en voz grave.

-Dijo que por él podía irme donde me diera la gana. Pero como estaba en cama dije que lo cuidaría. Ya sabía él que no iba a aprovecharme mientras estuviera así de malo. Duró ocho o nueve semanas. Entonces le dio corno un ataque y se quedó varios días quieto como una piedra. Entonces un día se levanta en la cama y va y dice: «Reza para que ningún hombre te trate como me has tratado tú a mí.» Y yo digo: «¿Y tú?» Porque ya sabes tú, Liz, cómo era él con las mujeres. «Los dos», dice él, «pero yo me estoy muriendo y veo lo que te va a pasar». Se murió un domingo y lo enterramos el jueves... Y mira que lo había querido yo... antes o... no sé.

-No me lo habías dicho nunca -aventuró la señora Fettley.

-Te lo digo por lo que acabas de decirme tú. Cuando se murió escribí para decir que ya estaba libre a aquella señora Marshall de Londres... con la que empecé de pincha de cocina hace... itantos anos, Dios mío! Se alegró mucho, porque ellos se estaban haciendo viejos y yo ya sabía sus mañas. ¿Te acuerdas, Liz, que de vez en cuando me

ponía a servir hace años... cuando necesitábamos dinero o mi marido... no estaba en casa?

-Es verdad que pasó seis meses en la cárcel de Chichester, ¿no? -murmuró la señora Fettle-. Nunca supimos bien lo que había pasado.

-Podía haber sido más, pero el otro no murió.

-No tuvo que ver contigo, ¿verdad, Gra?

-¡No! Aquella vez fue por la mujer del otro. Y entonces, cuando se murió mi hombre, volví a ponerme a servir con los Marshall, de cocinera, a comer como los señores y a que todos me llamaran señora Ashcroft. Fue el año que te marchaste tú a Portsmouth.

-A Cosham -corrigió la señora Fettle-. Entonces estaban construyendo bastante allí. Primero se fue mi marido y alquiló un cuarto, y después me fui yo.

-Bueno, pues me pasé un año o así en Londres y fue como un suspiro, con cuatro comidas al día y una vida de lo más tranquila. Entonces, hacia el otoño, se fueron los dos de viaje, a Francia o algo así, y me dijeron que volviera yo después, porque no podían pasarse sin mí. Puse la casa en orden para la guardesa y después me vine aquí con mi hermana Bessie, con todos los meses pagados y todo el mundo contento de volver a verme.

-Eso debió ser cuando yo estaba en Cosham -dijo la señora Fettle.

-Te acordarás, Liz, que en aquellos tiempos la gente no andaba con aquellos orgullos tontos, igual que no había cines ni campeonatos de tresillos. Fueses hombre o mujer, tomabas cualquier trabajo que te dieran un chelín. ¿No es verdad? Yo estaba agotada después de Londres, y creí que el aire del campo me sentaría. Así que me quedé en Smalldene y echaba una mano cuando había que sacar las patatas tempranas o matar gallinas... Todo eso. ¡Anda. que no se hubieran reído de mí en Londres si me hubieran visto con botas de hombre y las enaguas remangadas!

-¿Y te pintó bien? -preguntó la señora Fettle.

-La verdad es que no fui allí por eso. Tú sabes tan bien como yo que las cosas nunca pasan hasta que han pasado. El corazón no te advierte de nada cuando te va a pasar algo hasta que ya te ha pasado. No nos enteramos de las cosas hasta que ya han pasado.

-¿Quién fue?

-'Arrv Mockler -dijo la señora Ashcroft, al mismo tiempo que hacía una mueca. Le dolía la pierna enferma.

-¿'Arry? ¡El hijo de Bert Mockler! ;Y yo nunca me lo malicié!

La señora Ashcroft asintió:

-Y yo me decía, y me lo creía, que lo que pasaba era que me gustaba trabajar en el campo.

-¿Y cómo fue?

-Lo de siempre. Al principio, estupendo... y después peor que nada. Debí haberme dado cuenta, porque tuve advertencias de sobra, pero no les hice caso. Porque una vez estábamos quemando basura, justo cuando estábamos empezando a conocernos bien. Era un poco demasiado pronto para quemarla, y se lo dije. «¡No!», va y dice él, «cuanto antes acabemos con esta porquería, mejor», dice. Tenía un gesto muy duro cuando me dijo eso. Entonces me di cuenta. de que me había encontrado con un hombre de verdad, que nunca me había pasado antes. Siempre había mandado yo.

¡Sí, es verdad! O mandas tú o mandan ellos -suspiró la otra-. A mí me gustan las cosas como deben ser.

-A mí no, pero a 'Arry sí... Por entonces tenía yo que volverme a Londres. Me resultó imposible. ¡Lo juro! Conque fui y un lunes por la mañana me eché un chorro de agua hirviendo en el brazo izquierdo y en la mano. Así me podía quedar allí otros quince días.

-¿Y valió la pena? -preguntó la señora Fettle, contemplando la cicatriz blanquecina en el antebrazo arrugado de la señora Ashcroft.

Ésta asintió:

-Y después nos las arreglamos entre los dos para que él pudiera venir a Londres a buscar trabajo en unas cocheras cerca de donde estaba yo. Y se lo dieron. Ya me encargué yo. Su madre nunca se malició nada. Él se vino a Londres y ahí vivimos los dos, a menos de un kilómetro de distancia.

-Pero le pagarías el viaje tú... -dijo la señora Fettle, convencida de ello.

La señora Ashcroft volvió a asentir:

-Para él todo me parecía poco. Era mi hombre. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que nos reíamos cuando salíamos de paseo por aquellas calles adoquinadas al atardecer, aunque a mí me dolían los callos con aquellas botitas! Nunca lo había pasado así de bien. ¡Nunca en mi vida! ¡Y él tampoco!

La señora Fettle echó una risita de solidaridad.

-¿Y cómo fue que acabaron? -preguntó.

-Cuando me lo devolvió todo, hasta el último penique. Entonces lo comprendí, pero no quería comprenderlo. «Has sido muy amable conmigo», va y me dice. Y yo le digo: «¡Amable! ¿Me dices eso a mí?» Pero él va y me sigue diciendo lo buena que he sido con él y que nunca en la vida lo va a olvidar. Estuve sin crérmelo dos o tres días, porque no quería crérmelo. Entonces va y me dice que no estaba contento con su trabajo en la cochera, y que los otros están abusando de él, y todas esas mentiras que cuentan los hombres cuando van a dejarla a una. Lo dejé que hablara todo lo que quisiera, sin ayudarlo ni discutirle. Cuando acabó de hablar me quité un broche que me había regalado y le digo: «Vale. No te pido nada.» Y me di la vuelta y me marché a sufrir a solas. Y él no insistió. Desde entonces no vino a verme ni me escribió. Se volvió otra vez a casa con su madre.

-¿Y estuviste mucho tiempo esperando a que volviera? -preguntó implacable la señora Fettle.

-¡Y tanto!... ¡Y tanto! Cuando pasaba por las calles por las que habíamos ido juntos, me creía que hasta las piedras decían su nombre.

-Sí -dijo la señora Fettley-. Yo creo que eso hace más daño que nada en el mundo. ¿Y no pasó nada más?

-No, nada. Eso es lo más raro de todo, aunque te parezca mentira, Liz.

-Te creo. Te apuesto que a estas alturas no vas a decir una mentira.

-Y tanto... Y sufrí como no se lo deseo a mi peor enemigo. ¡Dios mío! ¡Aquella primavera fue un infierno! Primero fueron los dolores de cabeza, que nunca había tenido en toda la vida. ¡Imagínate, yo con dolores de cabeza! Pero al final los prefería. Así no podía pensar...

-Es como el dolor de muelas -comentó la señora Fettley-. Tiene que doler y doler hasta que ya no se puede soportar mas... y entonces ya no queda nada.

-A mí me quedó bastante para toda la vida. Todo pasó por la muchacha de la señora de la limpieza. Se llamaba Sophy Ellis. Era todo ojos y codos y siempre tenía hambre. Yo le daba de comer. A veces no le hacía ni caso, y desde luego ni la miraba cuando pasó lo mío con 'Arry. Pero ya sabes lo que pasa a veces con las rapazas. Me cogió un cariño loco, y todo el tiempo me hacía arrumacos, y yo no tenía coraje para echarla... Una tarde, me acuerdo que era al principio de la primavera, su madre la había mandado a ver si podía sacarnos algo de comer. Yo estaba sentada al lado de la chimenea, con el mandil puesto por la cabeza, medio loca del dolor de cabeza, cuando va y entra la Sophy. Creo que le dije que me dejara en paz. «¡Anda!» va y dice «¿No es más que eso? ¡Eso se lo quito yo en medio minuto!» Le dije que no me pusiera un dedo encima, porque creí que me iba a acariciar la frente... que a mí no me gustan esas cosas. «No la voy a tocar», va y dice, y vuelve a salir. No hacía ni diez minutos que ya se había ido cuando de pronto se me pasa el dolor de cabeza. Conque me puse a la faena. Pasa un rato y vuelve la Sophy y se sienta en mi silla, más callada que un muerto. Tenía unas ojeras asina de grandes y la cara toda consumida. Le pregunté qué le pasaba. Y va y dice: «Nada. Ahora lo tengo yo.» «Que tienes qué», digo yo. «Su dolor de cabeza», dice ella, toda ronca y apretando los labios. «Se lo he quitado.» Y yo le digo: «Bobadas; se me ha ido solo mientras tú andabas por ahí. Quédate ahí mientras te hago una taza de té.» «Eso no vale», dice ella. «Tiene que durarme lo mismo que a usted. ¿Cuánto tiempo le duran a usted los dolores de cabeza?» «No digas bobadas», le digo yo, «o mando a buscar al médico», porque parecía que tenía un ataque de anginas. «Ay, señora Ashcroft », dice ella, estirando los bracitos, «la quiero tanto». Entonces no pude decir nada. Me la senté en el halda y le hice cariños. «¿Se le ha pasado de verdad?», me dice. «Sí, le digo. «y si eres tú la que me lo has quitado, te lo agradezco de verdad». «Claro que he sido yo», dice y me pone la cabeza en la mejilla. «Yo soy la única que sabe de esas cosas.» Y entomices va y me dice que ha cambiado mi dolor de cabeza por el suyo en una Casa de los Deseos.

-¿Qué? -dijo la señora Fettley, muy extrañada.

-Una Casa de los Deseos. ¡No! Yo tampoco había oído hablar de nada por el estilo. Al principio no entendí nada, pero cuando me lo fue explicando vi que una Casa de los Deseos tenía que ser una casa deshabitada, sin nadie desde hacía mucho tiempo, para que viniera alguien a habitarla. Dijo que se lo había dicho una rapaza con la que jugaba en los establos donde trabajaba 'Arry. Dijo que la chica andaba con unos que venían en una caravana a pasarse los inviernos en Londres. Gitanos, digo yo.

-¡Aaah! Los gitanos saben muchas cosas, pero yo nunca había oído hablar de una Casa de los Deseos, y eso que he oído decir... tantas cosas -dijo la señora Fettlely.

-Sophy dijo que había una Casa de los Deseos en Wadloes Road, unas manzanas más allá, camino de la tienda de comestibles donde comprábamos nosotros. No había más que llamar a la puerta y echar el deseo por la raja del buzón. Le pregunté si eran las hadas. Y va y me dice: «¿Pero no sabe usted que en las Casas de los Deseos no hay hadas? No hay más que un trasgo.»

-¡Díos mío de mi vida! ¿Dónde aprendió esa palabra? -exclamó la señora Fettlely, porque en Sussex los trasgos son espíritus de los muertos o, lo que es todavía peor, de los vivos.

-Me dijo que se lo había dicho la chica de la caravana. Y, la verdad, Liz, aquello me dio miedo, y como la tenía en brazos, debe haberlo sentido, y la apreté fuerte y le digo:

«Eres muy amable de haberme quitado el dolor de cabeza, pero ¿por qué no te deseaste algo muy bonito para ti?» Y va y me dice: «No dejan. En la Casa de los Deseos lo único que te dejan es desear que si a alguien le pasa algo malo se te pase a ti. Cuando madre me trata bien, le quito los dolores de cabeza, pero es la primera vez que puedo hacer algo por usted. La quiero tanto, señora Ashcroft.» Y va y sigue diciendo cosas por el estilo. Te aseguro, Liz, que de oírla hablar se me pusieron los pelos de punta. Le pregunté lo que era un trasgo y va y me dice: «No sé, pero cuando tocas el timbre oyes que viene corriendo del sótano y sube la escalera hasta la puerta. Entonces dices lo que deseas y te largas». Y yo digo: «¿El trasgo no te abre la puerta?» «¡Ni hablar!», dice ella. «No oyes más que unas risitas detrás de la puerta. Entonces dices lo que le quieres quitar a alguien al que quieres mucho y te lo pasa a ti», dice. No le pregunté nada más; la rapaza estaba demasiado cansada y tenía mucha calentura. La estuve haciendo arrumacos hasta que llegó la hora de encender el gas, y poco después se le pasó el dolor de cabeza, que debía de ser el mío, y se puso a jugar con el gato.

-¡Qué cosas! -dijo la señora Fettlely-. Y, ¿le volviste a preguntar algo?

-Ella quería seguir hablando de aquello, pero yo no estaba dispuesta a hablar de esas cosas con una niña.

-Y entonces, ¿qué hicistes?

-Cuando me venían los dolores de cabeza me quedaba sentada en mi habitación, detrás de la cocina. Pero no me se olvidó.

-Claro. Y, ¿te volvió a hablar de eso?

-No. Además, no sabía nada más que lo que le había contado la gitanilla, sólo que aquel encantamiento valía. Y después -aquello fue en mayo- me pasé el verano en Londres. Fueron semanas y semana's de mucho calor y con viento, y con las calles que apestaban a boñigas secas de caballo que el viento se llevaba de un lado para otro y se amontonaban en las aceras. Ahora ya no pasa eso. Tenía vacaciones justo antes de la recogida del lúpulo, y vine aquí a pasarlas con Bessie otra vez. Se dio cuenta que había adelgazado y que tenía ojeras.

-Y, ¿viste a 'Arry?

La señora Ashcroft asintió:

-Al cuarto... no, al quinto día. Un miércoles, fue. Yo sabía que había vuelto a trabajar a Smalldene. Le pregunté a su madre en la calle, con todo descaro. No pudo decirme mucho, porque estaba la Bessie y ya sabes lo que habla, y aquel día no paraba. Pero aquel miércoles había yo sacado a uno de los chicos de la Bessie que se me colgaba de las sayas, y cuando íbamos por la trasera de Chanter's Tot sentí que venía él por el sendero detrás de mí y por la manera de andar sentí que había cambiado en algo. Empecé a andar más despacio y sentí que él también. Entonces me paré un rato con el crío, para hacer que se me adelantara él. Y entonces tuvo que pasarme. Y va y no me dice más que: «Buenas», y sigue su camino, tratando de hacer corno si no le pasara nada.

-¿Estaba bebido? -preguntó la señora Fettle.

-¡Ni hablar! Estaba como encogido y pálido, y le colgaba la ropa como si fuera un espantapájaros, y tenía la nuca blanca como el papel. Tuve que agarrarme para no abrir los brazos y llamarle. Pero tuve que tragar saliva hasta volver a casa y dejar a todos los críos en la cama. Y entonces, después de la cena voy y le digo a la Bessie: «¿Qué demonios le ha pasado a 'Arry Mockler?» Y la Bessie va y me dice que se ha pasado dos meses en el hospital porque se ha cortado el pie con una pala cuando estaba vaciando el estanque de Smalldene. El barro estaba infestado y se le subió la infección por toda la pierna y luego por todo el cuerpo. No llevaba más que quince días de vuelta a su trabajo de carretero en Smalldene. La Bessie me dijo que el doctor había dicho que probablemente no aguantaría las primeras heladas de noviembre, y que su madre le había dicho que no comía ni dormía bien y que dejaba la cama empapada, aunque durmiera sin mantas. Y que escupía que daba miedo por las mañanas. «Hay que ver», digo yo, «qué pena. Pero a lo mejor con la recogida del lúpulo se pone güeno», y me traigo la costura y voy y enhebro la aguja a la luz de la lámpara, sin hacer ni un gesto. Aquella noche (me había puesto a dormir en el cuarto de la colada) me la pasé llorando. Y ya sabes tú, que me has acompañado en los partos, que para que llore yo tengo que estar muy a las malas.

-Sí, pero un parto no es más que dolor -dijo la señora Fettle.

-Me desperté con el canto del gallo y me puse té frío en los ojos para que no me se notara. Y aquella tarde, cuando salía a poner unas flores en la tumba de mi hombre, para que no comentaran, me encontré con 'Arry donde está ahora el Monumento a los Caídos. Volvía de donde sus caballos, así que no podía verme. Le miro de arriba abajo y le digo: «'Arry, vente a descansar a Londres.» «No pienso», dice, «porque yo no puedo darte nada». Y yo le digo: «No te pido nada. ¡Por Dios que no te pido nada! Sólo que vengas a ver a un médico en Londres.» Y levanta los ojos cargados para mirarme y me dice: «No hay nada que hacer, Gra. No me quedan más que unos meses.» «¡Pero si tú eres mi hombre!», le digo. Y no pude decir nada más. Se me atragantaban las palabras. «Muchas gracias, Gra», dice (pero nunca me dijo que yo era su mujer), y sigue su camino y su madre, maldita sea, le estaba esperando, y cuando entró él en casa candó la puerta.

La señora Fettle alargó un brazo por encima de la mesa, como para tocar en la muñeca a la señora Ashcroft, pero ésta retiró el brazo.

-Así que seguí hasta el cementerio con mis flores y me acordé de lo que me había dicho mi marido aquella noche. Era verdad que se estaba muriendo y había pasado lo que había dicho él. Pero cuando estaba poniendo las plantas en su tumba me di cuenta

que sí había algo que podía hacer yo por 'Arry. Diga lo que diga el doctor, pensé que podía intentarlo. Y fui y lo intenté. Aquella mañana llegó una cuenta de nuestra tienda de Londres. La señora Marshall me había dejado dinero para esas cosas, claro, pero yo le dije a la Bessie que era que tenía que ir a abrir la casa. Y me fui en el tren de la tarde.

-¡Ah! Pero, ¿no te daba... no te daba miedo?

-¿Por qué? No me quedaba ya nada más que mi vergüenza y la crueldad de Dios. Ya me había quedado sin 'Arry para siempre. ¿no? Sabía que iba a seguir ardiendo hasta quedarme consumida.

-¡Pobrecita! -dijo la señora Fettle, volviendo a alargar el brazo, y esta vez la señora Ashcroft permitió que le tocara la muñeca.

-Pero me alegraba saber que por lo menos podría tratar de hacer algo por él. Y entonces fui y pagué la cuenta de la tienda y me metí el recibo en el bolso y fui a la casa de la señora Ellis, que era la que venía a hacer la limpieza, y le pedí las llaves y fui a abrir la casa. Primero me hice la cama (¡Dios mío! ¡Dormir en mi propia cama!). Después me hice una taza de té y me quedé sentada en la cocina, pensando todo el rato hasta el atardecer. Casi era de noche cuando me vestí y salí con el recibo y el bolso, haciendo como que estaba buscando unas señas. La casa era el número 14 de Waldoes Road, y era una de esas casitas con la cocina en el sótano, de esas casitas todas pegadas unas a otras con un jardincito delante y una valla, y había veinte o treinta iguales. Tenía la pintura de la puerta agrietada y hacía años que no la habían pintado. En la calle no había casi gente; sólo gatos. ¡Y qué calor! Voy a la puerta de lo más natural, subo las escaleras y voy y toco al timbre. Sonó muy fuerte, como pasa siempre en las casas vacías... Cuando dejó de sonar oí como si retirasen una silla en la cocina. Después oí unas pisadas en la escalera de la cocina, como si fuera una mujer bien fuerte en zapatillas. Iban subiendo por la escalera hasta llegar al vestíbulo... oí cómo chirriaban los escalones... y se pararon delante de la puerta. Me inclino hacia la raja del buzón y digo: «Que me caiga a mí encima todo lo que le está pasando a mi hombre, 'Arry Mockler, porque le quiero.» Y entonces, lo que fuese que estaba al otro lado de la puerta dejó escapar el aliento, como si hubiera estado un rato sin respirar para oír mejor.

-Y, ¿no te dijo nada? -preguntó la señora Fettle.

-Nada. No hizo más soltar el aliento, como si dijera: A-ah. Después golvieron a sonar las pisadas que golvían a bajar a la cocina, como si arrastrase los pies... y sentí que golvían a arrastrar la silla.

-¿Y todo ese tiempo tú estabas en la puerta, Gra?

La señora Ashcroft asintió.

-Entonces me fui y me crucé con un hombre que va y me dice: «¿No sabía usted que esa casa estaba vacía?» «No», le digo yo. «Deben de haberme dado mal el número.» Y me golví a nuestra casa y me acosté, porque ya no podía más. Hacía tanto calor que casi no se podía dormir, y me estuve dando paseos por la habitación, y durmiendo a ratos, hasta el amanecer. Entonces me fui a la cocina a hacerme el té y me di un golpe justo encima del tobillo con una de las tenazas de la cocina que la señora Ellis había sacado de su sitio la última vez que había ido a limpiar. Y después de eso me puse a esperar hasta que los Marshall golvieran de vacaciones.

-¿Tú sola? ¿Y no te daban ya miedo las casas vacías? -preguntó horrorizada la señora Fettle.

-Güeno, la señora Ellis y Sophy empezaron a venir en cuanto que se enteraron que había vuelto yo, y entre las tres golvimos a limpiar la casa de arriba abajo. En todas las casas siempre queda algo que hacer. Y así me pasé todo el otoño y el invierno, allá en Londres.

-¿Y no pasó nada con lo que habías hecho?

La señora Ashcroft sonrió:

-No. Entonces no. En noviembre le mandé diez chelines a la Bessie.

-Siempre has sido muy generosa -interrumpió la señora Fettle.

-Y recibí lo que esperaba, con todas las demás noticias. Me decía que con la recogida del lúpulo él se había puesto estupendo. Había estado en la recogida seis semanas y ahora estaba otra vez en Smalldene, con los caballos. A mí no me importaba cómo había sido eso, con tal que estuviera bien. Pero no creas que mis diez chelines sirvieron para tranquilizarme mucho. Si 'Arry se hubiera muerto, entonces sería mío hasta el Día del Juicio. Pero 'Arry vivo, seguro que iba a liarse con alguna en cuanto pudiera. Aquello me tenía cabreada. Y cuando llegó la primavera me empezó a fastidiar otra cosa. Me había salido una especie de divieso con mucha pus en la pierna, justo encima de la bota y no se me cerraba nunca. Me daba asco mirarlo. porque yo he sido siempre de piel muy fuerte. Ya me pueden dar un hachazo, que en seguida se cierra la herida, como quien cava la tierra. Entonces la señora Marshall hizo que me viniera a ver su propio doctor. El doctor me dijo que tendría que haberle consultado mucho antes, en lugar de llevar meses vendándomelo con una media de color. Me dijo que en el trabajo me pasaba demasiado tiempo de pie, porque el divieso estaba al lado de una vena hinchada, por detrás del tobillo. Y va y me dice: «Va a tardar en quitársele tanto como tardó en ponerse así. Ponga la pierna en alto y descánsela», dice, «y pronto se le pasará. Más vale que no cierre en seguida. Tiene usted la pierna muy fuerte, señora Ashcroft». Y va y me pone unas hilas húmedas.

-Hizo bien -dijo convencida la señora Fettle-. A las heridas que supuran se les ponen hilas húmedas. Se tragan la pus, igual que la mecha de la lámpara se traga el aceite.

-Es verdad. Y ha señora Marshall se pasaba el rato haciéndome pasar más tiempo sentada y casi se me cerró. Y después me hicieron venir con la Bessie para acabar de curarme, porque no soy de las que les gusta estar sentada cuando hay algo que hacer. Entonces era cuando golviste tú al pueblo, Liz.

-Sí. pero la verdad es que no me sospechaba nada.

-Yo no quería que sospecharas nada -sonrió la señora Ashcroft-. Vi a 'Arry dos o tres veces por la calle y estaba estupendo; había engordado y estaba curado del todo. Entonces, un día ya no le vi y su madre me dijo que uno de los caballos le había dado una cox en la cadera. Estaba en cama, con muchos dolores. Y la Bessie va y le dice a su madre que era una pena que 'Arry no estuviera casado para que su mujer se encargara de cuidarle. ¡Cómo se puso la vieja! Nos dijo que 'Arry no había mirado a una mujer en toda su vida, y que mientras ella viviera le cuidaría sin parar. Y por eso me di cuenta de que le vigilaría como un perro, y encima sin pedir ni un hueso.

La señora Fettley reía en silencio.

-Aquel día -continuó la señora Ashcroft- estuve todo el tiempo sin dormir, y vi cómo iba y venía el doctor porque creían que también le había dado en las costillas. Eso hizo que me se volviera a reventar el grano y me saliera toda la pus. Pero resultó que 'Arry no tenía nada en las costillas, y pasó bien la noche. Cuando me enteré, a la mañana siguiente, me digo: «Todavía no voy a pensar nada. No voy a descansar la pierna en toda la semana, a ver qué pasa.» Aquel día no me dolió, era más bien como si me fuera quedando sin fuerzas, y 'Arry volvió a pasar bien la noche. Entonces seguí igual, pero no me atreví a pensar nada hasta el fin de semana, que 'Arry volvió a levantarse, casi como si nada, sin heridas por dentro ni por fuera. Casi me puse de rodillas en el lavadero cuando salió la Bessie a la calle, y digo: «Ahí te tengo, muchacho. Todo lo bueno que te pase hasta que yo me muera te vendrá de mí, aunque tú no lo sepas. ¡Dios mío, haz que viva mucho tiempo, por el bien de 'Arry!», digo. Y creo que aquello me alivió los dolores.

-¿Para siempre? -preguntó la señora Fettley.

-Han vuelto muchas veces, pero por fuertes que fueran, yo sabía que era por él. Lo sabía. Fui y me puse a controlar los dolores, igual que se controla una cocina, hasta que aprendí a tenerlos cuando quería yo. Y aquello también era muy raro, Liz. Había veces que el grano se encogía y se secaba. Al principio yo hacía todo lo posible para que me golviara, porque me daba miedo dejar a 'Arry demasiado tiempo solo por si le pasaba algo. Y después comprendí que aquello era porque estaba bien y así fue cómo me salvé.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó la señora Fettley, interesadísima.

-A veces me he pasado casi un año sin que se viera más que la punta del granito. Estaba seco y chiquitísimo. Luego se volvía a inflamarse, como un aviso, y me dolía. Cuando ya no podía más, porque tenía que seguir haciendo mi trabajo de Londres, ponía la pierna en una silla hasta que se aliviaba. Pero tardaba su tiempo. Entonces sabía, por aquella sensación, que a 'Arry le pasaba algo. Y le mandaba cinco chelines a la Bessie, o le mandaba algo a los niños, para enterarme de si a lo mejor es que le pasaba algo porque yo me había descuidado. ¡Y eso era! Año tras año conseguí cuidar de él, Liz, y todo lo bueno que le pasó fue gracias a mí... años y años.

-Pero, ¿de qué te valió todo eso a ti, Gra? -casi sollozó la señora Fettley-. ¿Le veías mucho?

-A veces, cuando me venía a pasar aquí las fiestas. Y cuando me vine aquí para siempre, más. Pero nunca me ha hecho caso, ni a mí ni a ninguna otra mujer, más que a su madre. ¡Cómo le vigilaba yo! Y ella también.

-¡Tantos años! -dijo la señora Fettley-. Y, ¿dónde trabaja ahora?

-Hace mucho que dejó lo de los caballos. Ahora trabaja en una de esas casas grandes de tractores, de esas que también hacen arados y algunos camiones. Me han dicho que hay veces que los lleva hasta Gales. Para las fiestas viene a ver a su madre, pero ahora hay veces que me paso semanas sin verle. ¡Me da igual! Con su trabajo, nunca se puede quedar mucho tiempo en el mismo sitio.

-Pero, es un decir, suponte que 'Arry fuera y se casara -dijo la señora Fettley. La señora Ashcroft dio un respingo entre los dientes, iguales y sin puentes.

-Nunca se me ha ocurrido eso -respondió-. Supongo que se me tendrían en cuenta todos mis dolores. ¿No, Liz?

-Es lo que debería pasar, hija. Es lo que debería pasar.

-La verdad es que a veces duele mucho. Ya verás cuando venga la enfermera. Se cree que no me he enterado de lo que es.

La señora Fettley comprendió. La naturaleza humana raras veces se permite pronunciar la palabra «cáncer».

-¿Estás totalmente segura, Gra? -pregunto.

-Ya estaba segura cuando el señor Marshall me mandó a subir a su estudio y me estuvo hablando un rato largo de que había sido una sirvienta muy fiel y les había servido mucho tiempo, pero no el suficiente para que me dieran una pensión. Pero me pasarían una cantidad semanal. Ya sabía yo lo que significaba eso... y ya hace tres años.

-Eso no demuestra nada, Gra.

-¿Pasarle 15 chelines a la semana a una mujer que lógicamente tenía veinte años de vida por delante? ¡Claro que sí!

-¡Te equivocas, te equivocas! -insistió la señora Fettley.

-Liz, no me puedo equivocar cuando los bordes están todos dados la vuelta, como... como un cuello de camisa arrugado. Ya lo verás. Y además, yo amortajé a Dora Wickwood. A ella le había dado debajo del sobaco.

La señora Fettley se quedó pensativa un rato e inclinó la cabeza como rindiéndose.

-¿Cuánto tiempo crees que te queda a partir de ahora, hija?

-Igual que tardó en venir, tardará en irse. Pero si no te veo antes de la próxima recogida del lúpulo, ésta será nuestra despedida, Liz.

-No sé si podré venir antes, si no tengo un perrito que me guíe. Los niños no quieren molestarse. ¡Ay, Gra! Me estoy quedando ciega... ¡Me estoy quedando ciega!

-¡Ah!, ¿por eso no has hecho más que tocar y retocar la colcha todo este rato? Ya me decía yo... Pero sí que va a contar el dolor, ¿no crees, Liz? Sí que contará el dolor para que 'Arry siga... donde quiero yo. Dime que no ha sido todo para nada.

-Estoy segura... segura, hija. Tendrás tu recompensa.

-Eso es lo único que quiero... Si es que me tienen en cuenta el dolor.

-Seguro, seguro, Gra.

Llamaron a la puerta.

-Es la enfermera. Se ha adelantado -dijo la señora Ashcroft-. Ábrela.

Entró la joven a paso animado, con un bolso lleno de frasquitos tintineantes.

-Buenas tardes, señora Ashcroft saludó-. He venido un poquito más temprano que de costumbre por lo del baile de esta noche en la Institución. ¿Verdad que no le importa?

-No, no. A mí ya se me pasó la edad de bailar -dijo la señora Ashcroft, recuperando su tono de sirvienta discreta-. Aquí mi vieja amiga, la señora Fettley, me ha estado haciendo compañía.

-Espero que no la haya fatigado a usted -dijo la enfermera en tono un tanto frío.

-Todo lo contrario. Ha sido un placer. Sólo que... sólo que al final me he sentido un poco cansada.

-Claro, claro -la enfermera ya se había puesto de rodillas y tenía unas gasas en la mano-. Cuando se reúnen las señoras mayores, hablan demasiado. Ya me he dado yo cuenta.

-A lo mejor tiene usted razón -dijo la señora Fettley, poniéndose en pie-. Así que me voy.

-Pero antes, míralo -dijo la señora Ashcroft con voz apagada-. Me gustaría que lo vieras.

La señora Fettley lo miró y sintió un escalofrío. Después, se inclinó, dio un beso suave a la señora Ashcroft en la frente macilenta y otro en los ojos grises desvaídos.

-Sí que cuenta, ¿verdad? ¿El dolor? -aquellas palabras apenas si traspasaron los labios, que todavía mostraban huellas de su antigua línea.

La señora Fettley se los besó y se fue hacia la puerta.

Los donguis, de Juan Rodolfo Wilcock



I

Suspendida verticalmente del gris como esas cortinas de cadenitas que impiden la entrada de las moscas en las lecherías sin cerrar el paso al aire que las sustenta ni a las personas, la lluvia se elevaba entre la Cordillera y yo cuando llegué a Mendoza, impidiéndome ver la montaña aunque presentía su presencia en las acequias que parecían bajar todas de la misma pirámide.

Al día siguiente por la mañana subí a la terraza del hotel y comprobé que efectivamente las cumbres eran blancas bajo las aberturas del cielo entre las nubes nómades. No me asombraron en parte por culpa de una tarjeta postal con una vista banal de Puente del

Inca comprada al azar en un bazar que luego resultó ser distinta de la realidad; como a muchos viajeros de lejos me parecieron las montañas de Suiza.

El día del traslado me levanté antes de la aurora y me pertreché en la humedad con luz de eclipse. Partimos a las siete en automóvil; me acompañaban dos ingenieros, Balsa y Balsocci, realmente incapaces de distinguir un anagrama de un saludo. En los arrabales el alba empezaba a alumbrar cactus deformes sobre montículos informes: crucé el río Mendoza, que en esta época del año se destaca más que nada por su estruendo bajo el rayo azul que enfocan hacia el fondo del valle las luces nítidas de verano, sin mirarlo, y luego penetramos en la montaña.

Balsocci hablaba con Balsa como un combinado y dijo en cierto momento:

-Barnaza come más que un dongui.

Balsa me miró de costado y después de otra selección de noticias del exterior pretendió sonsacarme:

-¿A usted le han explicado, ingeniero, por qué motivo construimos el hotel monumental de Punta de Vacas?

Yo sabía pero no me lo habían explicado: contesté:

-No.

Y les ofrecí esta miseria adicional:

-Supongo que lo construyen para fomentar el turismo.

-Sí, fomentar el turismo, ja, ja. Cola de paja, ja, ja, diga mejor (Balsocci).

No dije mejor, pero entendiendo les dije:

-No entiendo.

-Después le comunicaremos ciertos detalles secretos -me explicó Balsa- que se relacionan con la construcción y que por lo tanto le serán comunicados cuando lo

pongamos en posesión de los planos, pliegos de condiciones y demás detalles de construcción. Por ahora permita que abusemos un poco de su paciencia.

Supongo que entre los dos no habrían conseguido ni en catorce años formar un misterio. Su única honradez -involuntaria- consistía en mostrar todo lo que pensaban, por ejemplo en vez de disimular poner cara de disimulo, etcétera.

Miré mi valiente nuevo mundo. Ciertos instantes se proyectan sobre las horas y los días subsiguientes, de modo que cuando uno vuelve por ejemplo por segunda vez a la plaza cóncava de Siena y entra por el otro lado cree que la entrada que utilizó primero ya es famosa. Móvil entre dos rocas altas como el obelisco, una negra y una colorada, capté una visión memorable y me dediqué a la toma de posesión de otro gran paisaje: junto al estrépito fluvial recapacité que el momento era un túnel y que emergería cambiado.

Proseguimos como un insecto veloz entre planos verdes, amarillos y violetas de basalto y granito por un camino peligroso. Balsa me preguntó:

-¿Tiene la familia en Buenos Aires, ingeniero?

-No tengo familia.

-Ah, comprendo -contestó, porque para ellos siempre existía la posibilidad de no comprender, ni siquiera eso.

-¿Y piensa quedarse mucho tiempo por aquí? (Balsocci).

-No sé; el contrato mencionaba la construcción de indefinidos hoteles monumentales, lo que naturalmente puede prolongarse un tiempo indefinido.

-Mientras la altura no le caiga mal... (Balsocci, esperanzado).

-2.400 metros ni se sienten, menos un muchacho (Balsa, con la misma esperanza).

Los cielos de gran lujo se transformaban en mercados de nubes congestionadas entre los cerros: al rato llovía entre arcos iris, al otro rato la lluvia era nieve. Bajamos para tomar café con leche en casa de un eslavo amigo de ellos de 50 años casado con una argentina de 20 años y encargado de mantener el ferrocarril y de cambiar las vías de lugar, esos trabajos fútiles de los pobres. La mujer apenas visible parecía sufrir meramente de vivir pero me dio semejante deseo que tuve que salir afuera para no mirarla como un mono. Hundí los pies en esa materia nueva; me quité los guantes y apreté un ovillo, lo probé con los labios, lo mordí con los dientes, arranqué de las ramas pedazos de escarcha, oriné, me resbalé y me caí sobre una acequia congelada.

Cuando nos fuimos la nieve emplumaba los vidrios del coche y la humedad me penetró en las botas. A veces pasábamos al lado del río y a veces lo veíamos en el fondo de un precipicio.

-Los que se caen al agua los arrastra lejísimos y cuando los encuentran están desnudos y pelados (Balsa).

-¿Por qué? (Yo).

-Porque el agua los golpea contra las piedras (Balsa).

-Siete metros por segundo, dispara el agua. Hace unos días se cayó un capataz de la pasarela, Antonio, la mujer está en Mendoza esperando el cuerpo y no podemos encontrarlo (Balsocci).

-Cierto, tendríamos que mirar de vez en cuando a ver si se lo ve (Balsa).

En el fondo del valle se abrió un cuadro sencillo al sol. De un lado Uspallata con álamos y sauces sin hojas, del otro el camino que seguía subiendo por una garganta colorada, entre ríos solitarios.

Esos ríos de la Cordillera, rápidos, más claros que el aire, con sus piedras redondas, verdes, violetas, amarillas y veteadas, siempre lavados, sin bichos y sin ninfas entre bloques sin edad que algo raro trajo y dejó, ríos modernos porque no tienen historia. A veces los escucho parado sobre una roca, bajo el cielo invisible sin nubes ni pájaros; entre manantiales, oyendo torrentes, pensando en la misma nada.

Tienen nombres de colores, Blanco, Colorado y Negro; algunos aparecen de frente, otros de un salto (dicen que hay guanacos, pero hasta ahora no vi ninguno); todos vienen al valle y en verano engordan, cambian de lugar y de color, transportan cantidades increíbles de barro.

Pasamos una elevación aluvional amarilla geológicamente interesante denominada Paramillo de Juan Pobre y llegamos a la obra a la hora de almorzar. No queda exactamente en Punta de Vacas sino unos dos kilómetros antes; esto me enfureció porque pensé que en invierno la nieve podía dejarme sin mujeres, suponiendo que me gustara alguna. Después me tranquilicé porque comprendí que de todos modos siempre podía llegar a pie, aunque se cayeran los rodados -son unos conos de detritos minerales que periódicamente se escurren cubriendo los caminos y las vías.

La construcción ocupa una especie de plataforma a buena distancia de los derrumbes. El terreno es inclinado y a un lado está limitado por un arroyo que después de formar una noble cascada de 7 metros cae al valle miserablemente como un chorro de canilla. En este lugar todo lo que no vino sobre ruedas es basalto, pizarra o jarilla y yuyos parecidos. Un cerro como un serrucho colorado o el techo de una iglesia o más bien la estación de Saint Pancrase en Londres cierra la quebrada del otro lado; el cielo es tan angosto aquí que el sol se asoma a las nueve y media y se pone a las cuatro y media, rápido, como avergonzado por el frío y el viento que van a hacer.

¡El viento! ¿Cómo harán para vivir aquí las mujeres ricas de Buenos Aires, siempre tan atentas con sus peinados, entre estos vientos que hacen rodar las piedras como nada? Ya las oigo decir el dolor de cabeza que les da y eso en cierto modo me alienta a terminar pronto el primer hotel y a perfeccionar un tipo de ventana sencilla que una vez abierta no se puede cerrar. Dentro de unos días inauguraremos la sección provisoria, si no aparece Enrique el fastidioso.

Después de almorzar los dos ingenieros me mostraron los planos y la obra. Estaban muy satisfechos de que no interviniera en ella ningún arquitecto y habían encomendado la decoración del edificio a una marmolería de Mendoza con la que actualmente existe un conflicto por una partida de ciento veintiocho cruces destinadas a los dormitorios cuyo tamaño no está estipulado en ningún pliego de condiciones. Las cruces enviadas son de "granitit" negro y un metro de alto; yo que las concebí insisto en colocarlas pero Balsocci les teme. En realidad me excedí, pero hasta ahora se han dejado, pobres, notoriamente manejar y, exceptuando la menor del correo y esta crónica, me cuesta entretenerme: en una de las columnas principales de hormigón del

anexo para la servidumbre conseguí intercalar cuando la llenaban una cámara de pelota inflada pero al sacar el encofrado se veía la cámara donde había apoyado contra la madera; hubo que rellenar el hueco con una inyección de cemento y el incidente es ahora una leyenda confusa que periódicamente provoca despidos de personal. La pelota pertenecía a Balsocci.

Volvimos a la oficina y los colegas abordaron la parte secreta de mi iniciación. No tuve que simular curiosidad porque me interesaba oírsele contar a ellos.

II

Balsocci. -¿Usted no advirtió nada raro últimamente en Buenos Aires?

Yo. -No, nada.

Balsa. -Vamos al grano (como si decidiera rápidamente chupar un grano en un cráneo frondoso). ¿No oyó nunca hablar de los donguis?

Yo.-No. ¿Qué son?

Balsa. -Usted habrá visto en el subterráneo de Constitución a Boedo que el tren no llega hasta la estación de Boedo porque no está terminada, se para en una estación provisoria con piso de tablas. El túnel sigue y donde interrumpieron la excavación el hueco está cerrado con tablas.

Balsocci. -Por ese hueco aparecieron los donguis.

Yo. -¿Qué son?

Balsa. -Ahora le explico...

Balsocci. -Dicen que es el animal destinado a reemplazar al hombre en la Tierra.

Balsa. -Espere que le explico. Hay unos folletos de circulación restringida y prohibida que le condensan la opinión de los sabios extranjeros y de los sabios argentinos. Yo los leí. Dicen que en distintas épocas predominaron distintos animales en el mundo, por H o por B. Ahora predomina el hombre porque tenemos muy desarrollado el sistema nervioso que le permite imponerse a los demás. Pero este nuevo animal que le llama dongui...

Balsocci. -Lo llaman dongui porque el que los estudió primero fue un biólogo francés Donneguy (lo escribe en un papel y me lo muestra) y en Inglaterra le pusieron Donneguy Pig pero todos dicen dongui.

Yo.-¿Es un chancho?

Balsa. -Parece un lechón medio transparente.

Yo. -¿Y qué hace el dongui?

Balsa. -Tiene tan adelantado el sistema digestivo que estos bichos pueden digerir cualquier cosa, hasta la tierra, el fierro, el cemento, aguas vivas, qué sé yo, tragan lo que ven. ¡Qué porquería de animal!

Balsocci. -Son ciegos, sordos, viven en la oscuridad, una especie de gusano como un lechón transparente.

Yo. -¿Se reproducen?

Balsa. -Como la peste. Por brotes, imagínese.

Yo. -¿Y son de Boedo?

Balsocci. -Cállese, allí empezaron, pero después empezaron también en otras estaciones, sobre todo si hay túneles de vía muerta o depósitos subterráneos, Constitución está plagado, en Palermo, en el túnel empezado de la prolongación a Belgrano hay montones. Pero después empezaron en las otras líneas, habrán hecho un túnel, la de Chacarita, la de Primera Junta. Hay que ver lo que es el túnel del Once.

Balsa.-¡Y el extranjero! Donde había un túnel se llenaba de donguis. En Londres hasta se reían parece porque tienen tantos kilómetros de túnel; en París, en Nueva York, en Madrid. Como si repartieran semillas.

Balsocci. -No permitían que los barcos que llegaban de un puerto infectado atracara en esos puertos, temían que trajera donguis en la bodega. Pero no por eso se salvaron, están mejor que nosotros.

Balsa. -En nuestro país tratan de no asustar a la población, por eso no le dicen nunca nada, es un secreto que le confían solamente a los profesionales, y también a algunos no profesionales.

Balsocci. -Hay que matarlos pero quién los mata. Si les dan veneno se lo comen o no se lo comen, como usted prefiera, pero no les hace nada, lo comen perfectamente como cualquier otro mineral. Si les echan gases los degenerados tapan los túneles y salen por otra parte. Cavan túneles en todos lados, no puede atacárselos directamente. No se puede inundarlos o echar abajo las galerías porque se puede hundir el subsuelo de la ciudad. Ni qué decir que andan por los sótanos y las cloacas como Juan por su casa.

Balsa. -Habrá visto estos derrumbes de estos meses. Los depósitos de Lanús son ellos, por ejemplo. Quieren dominar al hombre.

Balsocci. -¡Oh!, al hombre no lo dominan así nomás, no lo domina nadie, pero si se lo comen...

Yo. -¿Se lo comen?

Balsocci. -¡Y cómo! Cinco donguis se comen a una persona en un minuto, todo, los huesos, la ropa, los zapatos, los dientes, hasta la libreta de enrolamiento, si me perdona la exageración.

Balsa. -Les gusta. Es la comida que más les gusta, mire qué desgracia.

Yo. -¿Hay casos comprobados?

Balsocci. -¿Casos? Ja, ja. En una mina de carbón de Gales se comieron 550 mineros en una noche: les taparon la salida.

Balsa. -En la capital se comieron una cuadrilla de ocho peones que arreglaban las vías entre Loria y Medrano. Los encerraron.

Balsocci. -Yo propongo que hay que inocularles una enfermedad.

Balsa. -Hasta ahora no hay caso. No sé cómo le van a inocular una enfermedad a un aguaviva.

Balsocci. -¡Esos sabios! Supongo que el que inventó la bomba de hidrógeno contra nosotros podría inventar algo también, unos pobres chanchitos ciegos. Los rusos, por ejemplo, que son tan inteligentes.

Balsa.-Sí, ¿sabe qué están haciendo los rusos? Tratando de criar una variedad de dongui que resista la luz.

Balsocci. -Que se embromen ellos.

Balsa. -Sí, ellos. Pero ellos no importa. Nosotros Desapareceríamos. No será cierto. Será un rumor como tantos. Yo no creo una palabra de lo que le dije.

Balsocci. -Primero pensamos resolver el problema construyendo edificios sobre pilotes, pero por una parte el gasto y, por otra siempre pueden derrumbarlos de abajo.

Balsa. -Por eso construimos nuestros hoteles monumentales aquí. ¡A que no socavan la Cordillera! Y la gente que sabe está loca por venirle. Veremos cuánto duran.

Balsocci. -Podrían socavar también las rocas, pero tardarían mucho; y mientras me supongo que alguien hará algo.

Balsa. -De todo esto ni una palabra. Total no tiene familia en Buenos Aires. Por eso nos limitamos a un mínimo de excavaciones en los cimientos y todos los hoteles proyectados ni tienen sótanos ni planta alta.

III

El aire de Buenos Aires posee una calidad coloidal especial para la transmisión intacta de rumores falsos. En otros lugares el ambiente deforma lo que oye pero junto al Río las mentiras se transmiten con pulcritud. Cada ser humano puede inventar en sus días de extraversión rumores concretos y no requiere proclamarlos en una esquina para que se los devuelvan idénticos una semana después.

Por eso cuando me anunciaron los donguis hace unos dos años y medio los relegué con los platos voladores, pero un amigo de intereses variados que acababa de autorizarse en Europa me patentó la noticia. Desde el primer momento me fueron simpáticos y esperé quererlos.

En esa época descendía parabólicamente mi interés por aquella vendedora de una sedería denominada Virginia y ascendía el subsiguiente por la negrita Colette. Mi desvinculación de Virginia solía adquirir forma de noche en el Parque Lezama aunque su estupidez prolongaba indecorosamente el proceso.

Una de esas noches en que más sufrí de ver sufrir nos acariciábamos en esa escalera doble que abarca unos depósitos excavados en la barranca del Parque donde guardan sus herramientas los jardineros. La puerta de uno de estos depósitos estaba abierta; en el hueco oscuro vi de repente ocho o diez donguis nerviosos que no se atrevían a salir por un poquito de luz de mala muerte. Eran los primeros que veía; me acerqué con Virginia y se los mostré. Virginia llevaba puesta una pollera clara estampada con grandes macetas de crisantemos; la recuerdo porque se desmayó de espanto en mis brazos y por suerte paró de llorar por primera vez esa noche. La llevé desmayada hasta la puerta abierta y la tiré adentro.

La boca de los donguis es un cilindro cubierto de dientes córneos en todo su interior y tritura mediante movimientos helicoidales. Miré con curiosidad espontánea; en la oscuridad se distinguía la pollera de crisantemos y sobre ella el movimiento epiléptico de las vastas babosas en masticación. Me fui casi asqueado pero contento; al salir del Parque cantaba.

Ese Parque solitario y húmedo con estatuas rotas y mil vulgaridades modernas para ignorantes, con flores como estrellas y una sola fuente buena, Parque casi sudamericano, cuántas liaisons de personas que llaman jazmines a la tumbergias habrá visto fenecer por otra parte debajo de sus palmeras polvorientas.

Allí me deshice de Colette, de una polaca que me prestó el dinero de la moto, de una menorcita indigna de confianza y finalmente de Rosa, adormeciéndolas con un caramelo especial. Pero la Rosa llegó en cierto momento a excitarme tanto que perpetré la temeridad de darle el número de teléfono y aunque juró destruir el papelito y aprenderlo de memoria, y lo hizo, una vez su hermano la vio llamar y se fijó en el número que marcaba de modo que poco después de su desaparición apareció Enrique y empezó a fastidiar. Por eso acepté este trabajo renunciando provisoriamente a toda diversión como los reyes prehistóricos que debían pasar 40 días de ayuno en la montaña.

De este voto de castidad me distraigo a mi manera resolviendo jeroglíficos y preparando cosas para Enrique. La pasarela sobre el río Mendoza por ejemplo sólo era cuando vine una vía de esas que esparció el aluvión del treinta y tanto, el que retorció los puentes, y un cable tendido a un costado a la altura de la mano para sostenerse. De allí se cayó un tal Antonio y con ese pretexto hice retirar el cable y colocar en su lugar un caño largo que en cada punta va enganchado en un poste. Ahora es más fácil sostenerse cuando uno cruza y cuando cruza otro desenganchar el caño.

Otras distracciones podrían ser cuando hace frío encender con un fósforo los arbustos que rodean las carpas de los peones porque son tan resinosos que arden solos. Una vez organicé un picnic unipersonal que consistía en subir y subir siempre con varios sandwiches de jamón, huevo y lechuga y me hastié tanto de ascender que me volví a mediodía. Esa mañana vi glaciares inexplicablemente sucios y encontré en los rodados de arriba flores negras, las primeras que veo. Como no había tierra, sino solamente piedras sueltas y filosas, me interesó ver las raíces; la flor medía cinco centímetros más o menos pero apartando las piedras desenterré unos dos metros de tallo blando que se perdía entre los cascotes como un cordón negro y liso; pensé que seguiría así unos cien metros más y me dio un poco de asco.

Otra vez vi un cielo negro sobre la nieve fosforescente porque absorbía toda la luz de la luna; parecía un negativo del mundo y valía la pena describirlo.

La condición inhumana, de Clive Barker



—¿Has sido tú, eh? —inquirió Red, sujetando al vagabundo por el hombro de la escuálida gabardina.

—¿A qué te refieres? —repuso la cara cubierta de mugre.

Analizaba al cuarteto de jóvenes que lo habían arrinconado con ojos de roedor. El túnel en el que lo habían pescado orinando se encontraba alejado de toda esperanza de ayuda; todos lo sabían, y él también.

—No sé de qué me estás hablando —aseguró.

—Te has estado mostrando a los niños —le dijo

Red.

El hombre meneó la cabeza; un hilillo de baba se le escurrió por el labio y fue a caer a la mata apelotonada de barba.

—Yo no he hecho nada —insistió.

Brendan se aproximó al hombre; sus pesados pasos resonaron huecos en el túnel.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con engañosa amabilidad.

Aunque no poseía la actitud imponente de Red y era mas bajo, la cicatriz que marcaba la mejilla de Brendan desde la sien hasta la mandíbula sugería que conocía el sufrimiento, tanto por haberlo recibido como por haberlo infligido.

—Tu nombre —exigió—. No te lo preguntaré otra vez.

—Pope —repuso el viejo—. Señor Pope.

—¿Señor Pope? —repitió Brendan con una sonrisa—. Bien, nos hemos enterado de que has estado exhibiendo esa polla rancia a niños inocentes. ¿Qué me dices de eso?

—No —repuso Pope, meneando otra vez la cabeza—. No es cierto. Jamás he hecho una cosa así.

Al fruncir el ceño, la mugre que le cubría la cara se cuarteó como asfalto enloquecido; era una segunda piel de tizne, resultado de muchos meses. De no haber sido porque despedía una fragancia a alcohol, que cubría lo peor de sus olores corporales, habría sido poco menos que imposible permanecer a escasos metros de él. Aquel hombre era un desecho humano, una vergüenza para su especie.

—¿Para qué te molestas? —preguntó Karney—. Apesta.

Red echó un vistazo por encima del hombro para acallar la interrupción. Karney, de diecisiete años, era el menor de todos, y de acuerdo con la inefable jerarquía del cuarteto, no tenía derecho a opinar. Al reconocer su error, cerró la boca y dejó que Red concentrara su atención en el vagabundo. Empujó a Pope contra la pared del túnel. El viejo lanzó un grito al golpearse contra el cemento; su eco quedó flotando en el túnel. Por la experiencia pasada, Karney ya sabía cómo se desarrollaría la escena a

partir de ese momento, por lo que se alejó y se dedicó a observar una dorada nube de mosquitos en la boca del túnel. Aunque disfrutaba de la compañía de Red y de los otros dos —la camaradería, las raterías, las borracheras—, aquel juego en particular nunca le había gustado demasiado. No le encontraba gracia a eso de buscar un borracho perdido como Pope y darle una paliza hasta acabar con la poca cordura que le quedara en la trastornada cabeza. Aquello hacía que Karney se sintiera sucio, y no quería saber nada.

Red arrancó a Pope de la pared y le escupió a la cara una sarta de indecencias, y al no obtener una respuesta adecuada volvió a lanzarlo contra la pared del túnel por segunda vez, pero con más fuerza que la anterior; fue tras él, agarró de las solapas al hombre sin aliento y lo sacudió hasta hacerlo resonar. Pope lanzó una mirada aterrada hacia las vías. En otra época había pasado por allí un tren, que atravesaba Highgate y Finsbury Park. Pero ahora habían quitado las vías y el atajo se había convertido en parque público, muy popular entre los corredores mañaneros y los enamorados vespertinos. A aquella hora, en mitad de una calurosa tarde, las vías estaban desiertas en ambas direcciones.

—Ten cuidado, no le rompas las botellas —sugirió Catso.

—Tiene razón, quitémosle la bebida antes de reventarle la cabeza —dijo Brendan.

Al oír que iban a robarle el licor, Pope comenzó a luchar, pero sus forcejeos no hicieron más que enfurecer a su captor. Red estaba de un humor de perros. Ese día, al igual que la mayoría de aquel veranillo de San Martín, había sido aburrido y pegajoso. Un día de perros de una estación desperdiciada, sin nada que hacer ni dinero para gastar. Hacía falta un poco de entretenimiento, y le había tocado a Red como león, y a Pope como cristiano, proporcionarlo.

—Te lastimarás si te resistes —le dijo Red al viejo—, sólo queremos ver lo que llevas en los bolsillos.

—No es asunto tuyo —le espetó Pope, y por un instante habló como un hombre que en alguna ocasión estuvo acostumbrado a ser obedecido.

El altercado hizo que Karney se olvidara de los mosquitos y se fijara en la cara demacrada de Pope. Las depravaciones innumerables le habían consumido toda la dignidad y el vigor, pero bajo la mugre aún conservaba algo que seguía brillando. Karney se preguntó qué habría sido aquel hombre. ¿Un banquero? ¿Un juez, perdido ya para la ley?

Catso intervino en la pelea para registrar las ropas de Pope, mientras Red sujetaba al prisionero por el cuello, contra la pared del túnel. Pope se deshizo de las atenciones no deseadas de Catso lo mejor que pudo; sus brazos giraron como molinos de viento y los ojos se le fueron enfureciendo más y más. «No luches —lo instó Karney mentalmente—, será peor para ti si lo haces.» Pero el viejo estaba al borde del pánico, y lanzaba gruñidos de protesta que eran más animales que humanos.

—Que alguien le sujete los brazos —ordenó Catso, agachándose para esquivar el ataque de Pope.

Brendan agarró a Pope de las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza para facilitar la búsqueda. Aunque ya no tenía esperanzas de soltarse, Pope siguió retorciéndose. Logró darle una fuerte patada a Red en la espinilla izquierda, por lo que recibió un golpe a cambio. Empezó a sangrarle la nariz y a caerle por la boca.

Karney sabía que de la nariz le saldría mucha más. Había visto innumerables películas de gente destrozada —la brillante espiral de los intestinos; la grasa amarilla y las luces púrpura—; todo ese brillo se encontraba encerrado en el saco gris del cuerpo de Pope. Karney no supo a ciencia cierta por qué se le había ocurrido pensar en eso. Lo ponía nervioso, por lo que intentó centrar su atención en los mosquitos, pero Pope no se lo permitió. Lanzó un grito de angustia cuando Catso le abrió de un tirón uno de los muchos chalecos hasta alcanzar las capas inferiores.

—¡Hijos de puta! —rugió Pope, sin importarle que los insultos le hicieran acreedor inevitable de más golpes—. ¡Quitadme de encima vuestras asquerosas manos! ¡Os mataré! ¡A todos!

Red puso fin a las amenazas con un puñetazo y hubo más sangre. Pope la escupió en la cara de su atormentador.

—No me provoques —dijo con voz apenas audible—. Os lo advierto...

—Hueles a perro muerto —le dijo Brendan—. ¿Es eso lo que cres, un perro muerto?

Pope no respondió; sus ojos no se apartaron de Catso, quien se dedicó sistemáticamente a vaciarle los bolsillos de la chaqueta y los chalecos y lanzar al suelo polvoriento del túnel una patética colección de recuerdos.

—Karney, ¿quieres revisar todas estas cosas? —ordenó Red—. Fíjate si encuentras algo de valor.

Karney miró fijamente las baratijas y los lazos mugrientos, las raídas hojas de papel (¿acaso sería poeta?) y los corchos de las botellas de vino.

—No es más que basura —dijo.

—Fíjate de todos modos —insistió Red—. En una de éstas, entre tanta porquería igual encuentras dinero. —Karney no se movió—. ¡Fíjate, maldita sea!

A regañadientes, Karney se puso en cuclillas y revolvió la pila de basura que Catso seguía depositando en el polvo. A simple vista logró ver que no había nada de valor, aunque tal vez algunos de los objetos —las viejas fotografías, las notas indecifrables— podían ofrecer una pista de lo que había sido Pope antes de que la bebida y la locura incipiente ahuyentaran los recuerdos. Aunque sentía curiosidad, Karney deseaba respetar la intimidad de Pope. Era lo único que le quedaba al hombre.

—Aquí no hay nada —anunció después de efectuar un rápido examen.

Pero Catso no había concluido su búsqueda; cuanto más revolvió, sus ávidas manos descubrían más capas de ropa sucia. Pope tenía más bolsillos que un mago maestro.

Karney levantó la vista de la pila solitaria de pertenencias y, para su incomodidad, notó que Pope lo miraba. El viejo, cansado y golpeado, ya no protestaba. Tenía un aspecto lamentable. Karney abrió las manos para indicarle que no se había quedado con nada. Como respuesta, Pope inclinó levemente la cabeza.

—¡La encontré! —aulló Catso con aire triunfal—. ¡Encontré a la hija de puta!

Y sacó una botella de vodka de uno de los bolsillos. Demasiado débil como para notar que le había sido arrebatado el suministro de alcohol, o bien demasiado cansado para preocuparse, Pope no formuló ninguna queja cuando le robaron la bebida.

—¿Algo más? —quiso saber Brendan. Había comenzado a reírse tontamente: una risa de tono agudo, indicadora de su creciente excitación—. Tal vez el muy perro tenga más de donde le sacamos ésta —sugirió, soltándole las manos a Pope y haciendo a un lado a Catso.

Este último no hizo objeción alguna por el tratamiento; había conseguido su botella y estaba satisfecho. Rompió el cuello de un golpe, para evitar la contaminación, y comenzó a beber, acucillado entre la mugre. Red soltó a Pope al ver que Brendan se había hecho cargo de él. Estaba claro que el juego le aburría. Por otra parte Brendan apenas comenzaba a tomarle gusto.

Red se dirigió a Karney y, con la punta de la bota, removió la pila formada por las pertenencias de Pope.

—Pura basura —dijo, sin demasiada convicción.

—Sí —asintió Karney, con la esperanza de que la falta de convicción de Red mareara el final de la humillación del viejo.

Pero Red le había arrojado el hueso a Brendan y no era tan tonto como para arrebatárselo otra vez. Karney conocía la capacidad de violencia de Brendan y no sentía deseo alguno de verlo otra vez en acción. Suspirando, se puso de pie y volvió la espalda a las actividades de Brendan. Sin embargo, los ecos del túnel eran demasiado elocuentes: una mezcla de puñetazos y obscenidades susurradas con un hilo de voz. Por experiencias pasadas, sabía que nada detendría a Brendan hasta que su furia se hubiera apagado. Si alguien era tan tonto como para interrumpirlo, acababa siendo víctima.

Red se paseó hasta el extremo más alejado del túnel, encendió un cigarrillo y observó con interés casual cómo castigaban al viejo. Karney echó un vistazo a Catso. Después de permanecer acucillado, se sentó en medio de la mugre con la botella de vodka entre las piernas extendidas. Sonreía para sí, sordo a la sarta de súplicas que provenían de la boca rota de Pope.

Karney sintió ganas de vomitar. Para no tener que concentrarse en la paliza, más que por genuino interés, volvió a observar las porquerías salidas de los bolsillos de Pope, las revolvió, y recogió una de las fotos para examinarla. Era de un niño, aunque resultaba imposible adivinar si había algún parecido familiar, porque la cara de Pope era casi irreconocible. Había comenzado a cerrársele un ojo al hincharse la moradura. Karney lanzó la foto sobre el resto de los recuerdos. Al hacerlo vio un trozo de cuerda anudada que anteriormente había pasado por alto. Volvió a mirar a Pope. El ojo hinchado se le había cerrado y el otro parecía ciego. Contento de que no vigilara, Karney sacó la cuerda de donde estaba, enrollada como una serpiente en su nido, entre la basura. Los nudos le fascinaban, siempre le habían fascinado. Aunque jamás había tenido habilidad para los acertijos académicos (para él las matemáticas eran un misterio, y los detalles intrincados del lenguaje, igual), siempre le habían gustado los acertijos más tangibles. Si le daban un nudo, un rompecabezas o el horario de trenes, se desconectaba del mundo durante horas. Conservaba ese interés desde la infancia solitaria. sin padre ni hermanos con quienes entretenerse, ¿qué mejor compañía que un rompecabezas?

Le dio vueltas y vueltas a la cuerda, examinando los tres nudos hechos a intervalos de dos o tres centímetros a partir de la mitad de la cuerda. Eran grandes y asimétricos, y no parecían cumplir ninguna finalidad discernible salvo, tal vez, la de infatuar mentes

como la suya. ¿Cómo si no podía explicarse su extraña construcción, salvo diciendo que quien hiciera los nudos se las había visto y deseado para crear un problema prácticamente insoluble? Dejó que sus dedos jugaran con la superficie de los nudos, buscando instintivamente alguna amplitud, pero habían sido pergeñados con tanta brillantez que ninguna aguja, por fina que fuese, podría haber pasado entre los lazos unidos. El reto que presentaban era demasiado atrayente como para pasarlo por alto. Volvió a mirar al anciano. Al parecer, Brendan se había cansado de sus esfuerzos, y mientras Karney lo observaba, lanzó al anciano contra la pared del túnel y dejó que su cuerpo cayera al suelo. Una vez allí, lo dejó tirado. De él emanó un inconfundible olor a cloaca.

—Sí que ha estado bien —sentenció Brendan, como si acabara de salir de una vigorizante ducha. El ejercicio le había cubierto las facciones rubicundas con una capa de sudor; sonreía de oreja a oreja—. Dame un poco de vodka, Catso.

—Se ha terminado —farfulló éste volviendo la botella boca abajo—. No había más que un trago.

—Eres un mierda y un mentiroso —le dijo Brendan sin dejar de sonreír.

—¿Y qué? —repuso Catso, y lanzó la botella vacía a un lado. Se hizo añicos—. Ayúdame a levantarme —le pidió a Brendan.

Éste, sin perder su enorme buen humor, ayudó a Catso a ponerse en pie. Red ya había comenzado a salir del túnel; los demás lo siguieron.

—Oye, Karney... —dijo Catso por encima del hombro—, ¿te vienes?

—Claro.

Se puso de pie, sin despegar los ojos de la figura inerte repantigada sobre el suelo del túnel, intentando encontrar una pizca de conciencia. No logró ver nada. Echó un vistazo a sus compañeros: los tres le daban la espalda mientras caminaban por las vías. Rápidamente, Karney se metió los nudos en el bolsillo. El hurto le llevó unos instantes. Una vez que la cuerda quedó oculta a la vista de todos, se sintió invadido por una ola de triunfo que no guardaba proporción alguna con la mercancía adquirida. Imaginaba de antemano las horas de diversión que le proporcionarían los nudos. Horas en las que se olvidaría de sí mismo, de su vacío; olvidaría el verano estéril y el invierno desangelado que le esperaba, olvidaría también al anciano que yacía sobre sus propios excrementos, a pocos metros de donde él mismo se encontraba.

—¡Karney! —gritó Catso.

Karney le dio la espalda a Pope y comenzó a alejarse del cuerpo y de la pila de porquería formada por sus pertenencias. A pocos pasos del final del túnel, el viejo comenzó a murmurar en su delirio. Las palabras eran incomprensibles, pero, por algún truco acústico, las paredes del túnel amplificaron el sonido. La voz de Pope viajó por el túnel, llenándolo de murmullos.

Karney no tuvo ocasión de estudiar los nudos con toda tranquilidad sino hasta mucho más tarde, esa misma noche, cuando se encontró sentado en su habitación a solas, mientras en la habitación contigua su madre lloraba en sueños. No le había dicho a Red ni a los otros que había robado la cuerda; el hurto era tan insignificante que se habrían burlado de él por mencionarlo. Además, los nudos suponían un reto personal, un reto que él enfrentaría —y que seguramente perdería— a solas.

Después de reflexionar un rato, eligió el nudo que intentarla desatar en primer lugar y se puso a trabajar. Casi de inmediato, perdió toda noción del tiempo: el problema lo absorbió por completo. Las horas de arrobada frustración pasaron sin que las notara mientras analizaba la maraña, en busca de alguna pista que le revelara el sistema oculto de los nudos. No logró encontrar ninguno. Las configuraciones, si es que tenían alguna lógica, lo superaban. Lo único que le quedaba era analizar el problema a base de ir eliminando errores. El amanecer amenazaba con devolver la luz al mundo cuando finalmente dejó la cuerda para dormir un par de horas; en toda una noche de trabajo apenas había logrado aflojar una pequeña porción del nudo.

Durante los cuatro días que siguieron el problema se convirtió en una idea fija, una obsesión hermética a la que volvía cada vez que le era posible, cogiendo el nudo con los dedos cada vez más entumecidos. El acertijo lo subyugaba como pocas cosas en su vida adulta; mientras trabajaba en el nudo estaba sordo y ciego al resto del mundo. Por las noches, sentado en su dormitorio iluminado por una lámpara, o en un parque, durante el día, llegaba a sentirse arrastrado hacia el retorcido corazón del nudo, con la mente tan concentrada que podía llegar adonde no alcanzaba la luz. A pesar de su persistencia, el desenmarañar la cuestión resultaba asunto lento. A diferencia de la mayoría de los nudos que, una vez aflojados en parte, concedían la solución total, esta estructura había sido diseñada con tanta precisión que al soltar un elemento no se lograba otra cosa que ajustar otro. Comenzó a vislumbrar que el truco consistía en trabajar por todos los extremos del nudo a igual ritmo: soltando un poco por una parte, dándole la vuelta para aflojar otra en el mismo grado, y así sucesivamente. Esta rotación sistemática, aunque tediosa, gradualmente fue dando resultados.

Durante esos días no vio a Red, a Brendan ni a Catso: su silencio sugería que echaban de menos su presencia tanto como él la de ellos. Se sorprendió cuando Catso apareció un viernes por la tarde a preguntar por él. Traía una propuesta. Él y Brendan habían encontrado una casa a punto para un atraco y querían que Karney hiciera de centinela. En el pasado, había desempeñado ese papel en dos ocasiones. En ambos casos se había tratado de atracos con escalamiento, igual que éste; en el primer caso habían logrado reunir unas cuantas alhajas vendibles, y en el segundo, varios cientos de libras. Sin embargo, esta vez se trataba de un trabajo a realizar sin la participación de Red, porque éste estaba cada vez más ocupado con Anelisa, y ella, en palabras de Catso, le había hecho jurar que no se ensuciaría las manos con asuntos de poca monta y que debía ahorrar sus talentos para golpes más ambiciosos. Karney presintió que Catso —y con toda probabilidad también Brendan— se moría por probar su eficacia criminal sin Red. La casa elegida era un objetivo fácil, al menos eso sostenía Catso, y Karney sería un tonto redomado si dejaba pasar la oportunidad de hacerse con un botín tan sencillo. Finalmente, cuando Catso concluyó con su perorata, Karney aceptó el trabajo, no por el dinero, sino simplemente porque al decir que sí podría volver a sus nudos mucho antes.

Mucho más tarde, esa noche, y siguiendo la sugerencia de Catso, se encontraron para echar un vistazo al lugar del golpe. El sitio resultaba, sin duda, presa fácil. Karney había pasado con frecuencia por el puente que conducía a Hornsey Lane por encima de Archway Road, pero jamás había reparado en el empinado sendero, formado en parte por escalones y en parte por una senda, que bajaba desde un costado del puente hasta el camino de abajo. La entrada era estrecha y difícil de ver, y su sinuoso recorrido se hallaba iluminado por una sola farola; su luz era oscurecida por los árboles de los jardines cuyos fondos daban al sendero mismo. Eran estos jardines, de cercas fácilmente escalables o ya derruidas, los que ofrecían un acceso perfecto a las casas. Un ladrón que utilizara el apartado sendero podía entrar y salir impunemente, sin ser

visto por los viandantes que pasaran por el camino superior o el inferior. Lo único que hacía falta era contar con un centinela en el sendero para advertir la presencia de un peatón ocasional que pudiera utilizarlo. Esa sería la misión de Karney.

La siguiente fue una noche ideal para ladrones. Fresca sin llegar a ser fría; el cielo estaba nublado pero no llovía. Se reunieron en Highgate Hill, junto a los portales de la iglesia de los Hermanos Pasionarios; desde allí bajaron hasta Archway Road. Según Brendan, si se acercaban al sendero desde arriba llamarían menos la atención. Los coches patrulla de la policía solían pasar más por Hornsey Lane, en parte porque el puente resultaba irresistible a los depresivos del barrio. Para el suicida decidido, el lugar ofrecía evidentes ventajas: una de las principales era que si la caída de veinticuatro metros no te mataba, lo harían sin duda los colosales camiones que se dirigían al sur por Archway Road.

Esa noche Brendan estaba dominado por el entusiasmo, encantado de dirigir a los otros en lugar de desempeñar el papel de segundo de Red. Estaba dicharachero y en gran parte su conversación giraba en torno a las mujeres. Karney le dejó a Catso el orgullo de ir al lado de Brendan y se mantuvo detrás de ellos, a unos cuantos pasos, sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta, donde le esperaban los nudos. En las últimas horas, fatigado por tantas noches insomnes, la cuerda había empezado a hacer cosas raras ante sus ojos; en cierta ocasión había llegado incluso a moverse en sus manos, como si se estuviera desatando desde dentro. Incluso en ese momento, mientras se acercaban al sendero, le pareció sentir que se retorció contra la palma de su mano.

—Joder..., fíjate en eso. —Catso señaló hacia el sendero completamente a oscuras—. Alguien ha roto la farola.

—Baja la voz —le ordenó Brendan, y los condujo hacia el sendero.

No estaba completamente a oscuras: desde Archway Road llegaban vestigios de iluminación. Pero como se filtraba a través de la densa mata de arbustos, el sendero quedaba de todos modos sumido en las sombras. A duras penas Karney lograba verse la mano delante de la cara. Sin duda, la oscuridad disuadiría hasta al más confiado de los peatones de utilizar el sendero. Cuando habían subido más de la mitad del trayecto, Brendan hizo detener al grupo.

—Ésta es la casa —anunció.

—¿Estas seguro? —inquirió Catso.

—He contado los jardines. Es ésta.

La cerca que marcaba el final del jardín se encontraba en un estado deplorable; Brendan no tuvo más que manipularla brevemente —los ruidos quedaron cubiertos por el rugido de un camión rezagado que pasaba por el asfalto de más abajo— para que pudieran entrar sin problemas. Brendan avanzó por la maraña de zarzas que crecían exuberantes en el fondo del jardín; Catso fue tras él blasfemando cada vez que se pinchaba. Brendan lo mandó callar con otra maldición y luego regresó hasta donde estaba Karney.

—Vamos a entrar. Silbaremos dos veces cuando hayamos salido. ¿Te acuerdas de las señales?

—No es imbécil. ¿Eh, Karney? Lo hará bien. ¿Vamos a entrar o no?

Brendan no dijo una palabra más. Las dos figuras navegaron por las zarzas y subieron hasta alcanzar el jardín propiamente dicho. Cuando llegaron al césped y salieron de las sombras de los árboles, resultaron visibles como dos siluetas grises recortadas contra la casa. Karney los observó mientras avanzaban hacia la puerta trasera, y oyó el ruido que hizo ésta cuando Catso —el de dedos más ágiles— forzó la cerradura; luego, el duo entró en la casa. Y Karney se quedó solo.

No del todo solo. Todavía tenía a los compañeros de la cuerda. Miró hacia ambos lados del sendero; sus ojos se acostumbraron poco a poco a la penumbra color sodio. No vio ningún peatón. Satisfecho, sacó los nudos del bolsillo. Sus manos eran como fantasmas; apenas lograba ver los nudos. Pero prácticamente sin que los guiara la conciencia, sus dedos reanudaron la investigación, y por raro que pareciera, logró captar mejor el problema en unos segundos de ciega manipulación que en todas las horas precedentes. Sin poder utilizar la vista, se guió puramente por el instinto y obró maravillas. De nuevo tuvo la fantástica sensación de que el nudo tenía vida propia, como si fuera cada vez más un agente de su propio desatarse. Animado por la alegría de la victoria, deslizó sus dedos por el nudo con una precisión inspirada, encontrando justamente los hilos que debía manipular.

Volvió a echar un vistazo al sendero, para asegurarse de que estuviera vacío, y luego miró hacia la casa. La puerta estaba abierta, y no había señales ni de Catso ni de Brendan. Se concentró otra vez en el problema que tenía entre manos; estuvo a punto de echarse a reír al comprobar la facilidad con que de repente se desataba el nudo.

Sus ojos, iluminados quizá por el entusiasmo creciente, habían comenzado a jugarle una mala pasada. Unos destellos de color —extraños y de tonos innombrables— se encendieron ante él; se originaban en el corazón del nudo. La luz le iluminó los dedos a medida que trabajaban, y se volvieron translúcidos. Vio las terminaciones nerviosas, brillantes con una sensibilidad nueva, los huesecillos de los dedos, visibles hasta la médula. Entonces, tan repentinamente como habían surgido, los colores se apagaron, dejando a sus ojos embrujados en la oscuridad hasta que volvieron a encenderse.

El corazón comenzó a latirle en los oídos. Presintió que solo tardaría unos segundos en desatar el nudo. Los hilos entrelazados se iban separando; sus dedos se convirtieron en juguete de la cuerda, y no al revés. Abrió unas lazadas para pasar los otros dos nudos, tiró y tiró; lo hizo todo a instancias de la cuerda.

Volvieron los colores, pero esta vez sus dedos eran invisibles y en cambio logró ver una cosa brillar en las dos últimas vueltas del nudo. La forma se retorció cual pez en la red y aumentaba con cada vuelta que él deshacía. Los latidos de la cabeza redoblaron su ritmo. A su alrededor, la atmósfera se había vuelto casi pegajosa, como si estuviera hundido en el barro.

Alguien silbó. Sabía que la señal tenía un significado, pero no logró recordar cuál era. Había demasiadas distracciones: el aire espeso, la cabeza que le latía, el nudo que se desataba solo en sus manos indefensas mientras la figura de su centro —sinuosa y brillante— se hinchaba y se revolvía.

Hubo otro silbido. Esta vez su urgencia lo sacó del trance. Levantó la vista. Brendan ya estaba atravesando el jardín y Catso le seguía a escasa distancia. Karney sólo tuvo un momento para registrar su aparición antes de que el nudo iniciara la fase final de su resolución. La última lazada se soltó, y la forma que se encontraba en su centro saltó a la cara de Karney, creciendo a un ritmo exponencial. Se apartó instintivamente para no perder la cabeza y la cosa pasó disparada junto a él. Asombrado, tropezó con la

maraña de zarzas y cayó en un lecho de espinas. Arriba, el follaje se agitaba como si soplara un ventarrón. Le llovieron hojas y ramitas. Miró hacia arriba, a las ramas, e intentó divisar la forma, pero se había perdido de vista.

—¿Por qué no contestaste, idiota? —preguntó Brendan—. Creímos que te habías pirado.

Karney apenas se había percatado de la presencia agitada de Brendan; siguió buscando en el dosel de árboles que tenía encima de la cabeza. El hedor de barro helado le llenó la nariz.

—Será mejor que te muevas —le sugirió Brendan, trepando a la cerca rota y saltando al sendero.

Karney se esforzó por ponerse en pie, pero las espinas de las zarzas le impidieron ir de prisa porque se le enganchaban en el pelo y la ropa.

—¡Mierda! —oyó murmurar a Brendan desde el extremo opuesto de la cerca—. ¡La policía está en el puente!

Catso había llegado al final del jardín.

—¿Qué haces ahí abajo? —le preguntó a Karney.

—Ayúdame —dijo éste levantando la mano.

Catso le aferró de la muñeca y en ese momento Brendan siseó:

—¡La policía! ¡Moveos!

Catso soltó a Karney, se agachó y pasó por debajo de la cerca para seguir a Brendan, Archway Road abajo. Mareado, Karney tardó unos segundos en darse cuenta de que la cuerda con los nudos restantes le había desaparecido de la mano. No se le había caído, estaba seguro de eso. Lo más probable era que lo hubiese abandonado deliberadamente, y su única oportunidad la había tenido cuando Catso lo aferró de la muñeca. Extendió los brazos para agarrarse de la cerca desmoronada y ponerse de pie. Tenía que advertirle a Catso de lo que había hecho la cuerda, hubiera o no policía. En aquel paraje merodeaba algo peor que la ley.

Al bajar el sendero a toda carrera, Catso ni siquiera notó que los nudos habían logrado abrirse paso hasta su mano; estaba demasiado preocupado por huir. Brendan ya había huido por Archway Road. Catso echó una mirada por encima del hombro para comprobar si la policía lo seguía. No había señales de ellos. Incluso aunque comenzaran a perseguirlo ahora, no lograrían cazarlo. Pero quedaba Karney. Catso aminoró la marcha y luego se detuvo mirando hacia el sendero para comprobar si el muy idiota daba señales de seguirlo, pero ni siquiera había logrado saltar la cerca.

—Maldita sea —masculló.

¿Debería volver sobre sus pasos e ir en su busca?

Mientras titubeaba en el ensombrecido sendero, advirtió que lo que había tomado por un ventarrón entre los árboles había desaparecido repentinamente. El silencio lo dejó perplejo. Apartó la vista del sendero para observar el dosel de ramas; sus ojos asombrados se posaron en la forma que se arrastraba hacia él, llevando consigo el hedor del barro y la descomposición. Lentamente, como en un sueño, levantó las

manos para impedir que la criatura lo tocara, pero lo alcanzó con sus miembros húmedos y helados y lo levantó.

Karney, que estaba trepando a la cerca, vio a Catso elevarse y desaparecer entre los árboles. También vio cómo sus piernas pedaleaban en el aire al tiempo que los artículos robados caían de sus bolsillos y saltaban sobre el sendero hacia Archway Road.

Entonces, Catso aulló, y sus piernas colgantes comenzaron a moverse enloquecidas. En lo alto del sendero, Karney oyó gritar a alguien. Un policía que hablaba con otro, supuso. Acto seguido, oyó el sonido de una carrera. Levantó la vista hacia Hornsey Lane —los oficiales aún no habían alcanzado lo alto del sendero— y luego volvió a mirar en dirección a Catso, justo a tiempo para ver cómo caía su cuerpo del árbol. Se desplomó en el suelo, inmóvil, y no tardó en ponerse de pie. Catso volvió a mirar hacia el sendero y hacia Karney. La expresión de su rostro, incluso en la oscuridad, era la de un loco. Entonces echó a correr. Contento de que Catso tuviera una ventaja inicial, Karney saltó de nuevo la cerca justo cuando dos policías aparecían en lo alto del sendero y comenzaban a perseguir a Catso. Todo aquello —el nudo, los ladrones, la persecución, el grito y demás— ocupó unos pocos segundos, durante los cuales Karney no había osado respirar siquiera. Ahora yacía sobre una almohada espinosa de zarzas y boqueaba como un pescado, mientras al otro lado de la cerca la policía bajaba por el sendero gritándole al sospechoso.

Catso apenas oyó sus órdenes. No huía de la policía, sino de la cosa fangosa que lo había levantado para mostrarle su cara chancrosa y cortajeadada. Al llegar a Archway Road, el temblor se apoderó de sus piernas. Si le fallaban las piernas, tenía la certeza de que la cosa volvería a buscarlo y posaría los labios sobre los suyos como antes. Pero esta vez no tendría fuerzas para gritar; le chuparía el aliento hasta quitarle de los pulmones la última gota de aire. Su única esperanza era interponer distancia entre él y su atormentador. Sin que la respiración de la bestia abandonara sus oídos, escaló la calzada hacia el sur. A medio camino advirtió su error. El horror lo había vuelto ciego a los demás peligros. Un Volvo azul —la boca de su chófer una O perfecta— lo dejó paralizado. Fascinado, quedó atrapado ante los faros como un animal; instantes después recibió un golpe súbito que lo arrojó al otro lado de la calzada, bajo las ruedas de un camión con remolque. El segundo chófer no tuvo ocasión de esquivarlo; el impacto abrió a Catso y lo lanzó bajo las ruedas.

En el jardín, allá en lo alto, Karney oyó el pánico de los frenos y al Policía, en el fondo del sendero, exclamar:

—¡Dios me libre y me guarde!

Esperó unos segundos y luego espió desde su escondite. El sendero estaba desierto tanto en lo alto como en la parte baja. Los árboles estaban en calma. Desde el camino de abajo le llegó el sonido de una sirena y el grito de los oficiales ordenando a los coches que se detuvieran. Algo más cerca, alguien sollozaba. Aguzó el oído durante unos instantes, intentando descifrar el origen del llanto, hasta que se dio cuenta de que era él quien lloraba. Con lágrimas o sin ellas, el clamor exigía su atención. Algo terrible había ocurrido, y tenía que comprobar qué era. Pero tenía miedo de pasar por la doble hilera de árboles, porque sabía lo que allí acechaba; se quedó quieto, mirando hacia las ramas, intentando localizar a la bestia. No había ruidos ni movimientos; los árboles estaban tan quietos que parecían muertos. Ahogando sus temores, salió de su escondite y comenzó a bajar por el sendero sin despegar los ojos del follaje para comprobar hasta la menor señal de la presencia de la bestia. La multitud fue

aumentando y oyó sus murmullos. Se le ocurrió pensar en un muro de personas; a partir de ese momento tendría que ocultarse. Los hombres que habían visto milagros debían hacerlo.

Había llegado al lugar donde Catso se había elevado hacia los árboles; un montón de hojas y cosas robadas lo indicaban. Los pies de Karney desearon ser ligeros, recogerlo todo y alejarse a toda velocidad de aquel lugar, pero un instinto perverso lo obligaba a ir despacio. ¿Acaso quería tentar a la criatura del nudo para que le mostrara la cara? Mejor enfrentarse a ella ahora, en toda su asquerosidad, que vivir con el temor a partir de entonces, bordando su rostro y sus poderes. Pero la bestia se mantuvo oculta. Si todavía seguía en el árbol, no movió ni una uña.

Algo se retorció debajo de su pie. Karney bajó la vista y allí, casi perdida entre las hojas, estaba la cuerda. Al parecer Catso no había sido considerado digno de llevarla. Después de haber revelado algunos datos de su poder, no hizo esfuerzo alguno por aparentar ser algo natural. Se retorció en la grava como una serpiente en celo, echando hacia atrás la cabeza anudada para llamar la atención de Karney. Quiso pasar por alto sus cabriolas, pero le fue imposible. Sabía que si él no la recogía, con el tiempo lo haría algún otro: una víctima, como él, de la manía de resolver enigmas. ¿Adónde conduciría esa inocencia sino a otra huída más terrible que la primera? No, lo mejor era que recogiera la cuerda con los nudos. Al menos él conocía su potencial y en consecuencia se encontraba prevenido. Se agachó, y al hacerlo, la cuerda saltó a sus manos, enroscándose en sus dedos con tanta fuerza que casi le hizo gritar.

—Hija de puta.

La cuerda se enrolló en su mano, enlazándosele entre los dedos, extasiada por la bienvenida. Levantó la mano para observar mejor su actuación. De repente, la inquietud por los acontecimientos de Archway Road había desaparecido milagrosamente, se había evaporado. ¿Que importaban esas preocupaciones menores? No eran más que la vida y la muerte. Sería mejor que huyera ahora que tenía ocasión.

Por encima de su cabeza se sacudió una rama. Apartó la vista de los nudos y miró al árbol. Recuperada la cuerda, aquella trepidación, al igual que sus temores, se había evaporado.

—Muéstrate —dijo—. No soy como Catso, no tengo miedo. Quiero saber lo que eres.

Desde el camuflaje de hojas, la bestia acechante se inclinó hacia Karney y exhaló una sola bocanada de aire helado. Olía como el río cuando había marea baja, a vegetación putrefacta. Karney se disponía a preguntarle qué era, cuando advirtió que la exhalación era la respuesta de la bestia. Todo lo que podía decir de su condición estaba contenido en esa bocanada de aire amargo y rancio. Para ser una respuesta no carecía de elocuencia. Angustiado por las imágenes que despertó, Karney se alejó del lugar. Tras sus ojos se movían unas formas heridas y lentas, envueltas por una oleada de mugre.

A escasa distancia del árbol se rompió el hechizo del aliento y Karney bebió el aire contaminado del camino como si fuera la brisa clara y limpia de los albores del mundo. Le dio la espalda a las agonías que presentía, metió la mano envuelta en la cuerda en el bolsillo, y comenzó a subir por el sendero. Detrás de él, los árboles volvieron a quedarse quietos.

Varias docenas de espectadores se habían reunido en el puente a observar los procedimientos de más abajo. Su presencia había provocado la curiosidad de los camioneros y conductores que pasaban por Hornsey Lane, algunos de los cuales aparcaron sus vehículos, se apearon y se sumaron a la multitud. La escena debajo del puente parecía demasiado remota como para despertar en Karney sentimiento alguno. Permaneció entre la multitud y miró hacia abajo con bastante desapasionamiento. Reconoció el cadáver de Catso por las ropas; poco más quedaba del que fuera su compañero.

Dentro de unas horas sabía que iba a lamentarlo. Pero en ese momento no lograba sentir nada. Al fin y al cabo, Catso estaba muerto, ¿o no? Su dolor y su confusión habían acabado. Karney presintió que sería más conveniente que se ahorrara las lágrimas para aquellos cuyas agonías acababan de comenzar.

Y otra vez los nudos.

Esa noche, en su casa, intento guardarlos, pero después de los acontecimientos de la carretera habían adquirido un encanto nuevo. Los nudos sujetaban a unas bestias. Ignoraba cómo y por qué, y aunque sentía curiosidad, no le importaba demasiado. Toda su vida había aceptado que el mundo estaba plagado de misterios que una mente de sus limitados recursos no podía esperar resolver. Era la única lección verdadera que había aprendido en la escuela: él era ignorante. Ese nuevo imponderable fue uno más de una larga lista.

Sólo se le ocurrió una explicación racional, y era que de alguna manera Pope había dispuesto que él le robara la cuerda, en la plena conciencia de que la bestia liberada se vengaría de los atormentadores del anciano; no fue hasta la cremación de Catso, seis días después, cuando Karney obtuvo cierta confirmación de su teoría. Mientras tanto, se guardó sus temores; decidió que cuanto menos hablara de la noche de los hechos, menos daño le harían. La palabra daba credibilidad a lo fantástico, otorgaba peso a unos fenómenos que si se dejaban estar, esperaba que se debilitaran lo bastante como para lograr sobrevivir.

Al día siguiente, cuando la policía fue a su casa a someterle a un interrogatorio de rutina porque era amigo de Catso, declaró desconocer las circunstancias que rodearon su muerte. Brendan había hecho otro tanto, y como parecía no haber testigos que declarasen lo contrario, no volvieron a interrogar a Karney. Lo dejaron en paz con sus pensamientos, y con los nudos.

En cierta ocasión vio a Brendan. Había esperado que le reeliminara; Brendan creía que Catso huía de la policía cuando se mató y que había sido la falta de concentración de Karney la que había impedido que les avisara de su presencia. Pero Brendan no formuló acusaciones. Había aceptado la carga de la culpa con una disposición que olía a apetito: hablaba sólo de sus fallos, y no de los de Karney. La aparente arbitrariedad de la muerte de Catso había despertado en Brendan una ternura no deseada, y Karney se moría por contarle la historia desde el principio hasta el fin. Pero presintió que no era el momento adecuado. Dejó que Brendan se desahogara y mantuvo la boca cerrada.

Y otra vez los nudos.

A veces se despertaba en mitad de la noche y tocaba la cuerda debajo de la almohada. Su presencia era reconfortante, pero la ansiedad de la cuerda misma no despertaba en él un sentimiento similar. Quería tocar los nudos restantes y examinar

los acertijos que ofrecían. Pero sabía que al hacerlo tentaría a la capitulación; sucumbiría a su propia fascinación y al hambre de los nudos por la libertad. Cuando surgía semejante tentación, se obligaba a recordar el sendero y la bestia de los árboles, para despertar los horripilantes pensamientos que habían acompañado a aquel aliento. Luego, poco a poco, la angustia recordada cancelaba la curiosidad presente y dejaba en paz la cuerda. Sus ojos no la veían, pero su corazón la sentía.

Aunque sabía que los nudos eran peligrosos, no se decidió a quemarlos. Mientras poseyera ese modesto cordel, sería un hombre único; entregarlo significaría volver a su condición amorfa. No estaba dispuesto a hacerlo, aunque sospechaba que su relación diaria e íntima con la cuerda debilitaba sistemáticamente su capacidad para resistirse a su seducción.

Como no había visto nada de la cosa del árbol, empezó a preguntarse si no se habría imaginado el encuentro. En realidad, si le daban tiempo, sus poderes para racionalizar la verdad y convertirla en algo inexistente habrían ganado la partida. Pero los acontecimientos acaecidos después de la cremación de Catso pusieron fin a tan conveniente opción.

Karney había asistido solo a la ceremonia, y a pesar de la presencia de Brendan, Red y Anelisa, se había sentido solo. No tenía deseos de hablar con ninguno de los asistentes. A medida que pasaba el tiempo, le resultaba cada vez más difícil reinventar las palabras que en cierta ocasión podía haber encontrado para describir los acontecimientos. Se alejó rápidamente del crematorio antes de que nadie se acercase a hablarle, con la cabeza gacha para evitar el viento polvoriento que, a lo largo del día, había producido una sucesión de períodos nublados y soleados. Mientras caminaba, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. La cuerda esperaba allí, como de costumbre, y le dio la bienvenida a sus dedos con su forma congraciadora de costumbre. La desenroscó y sacó los cigarrillos, pero había mucho viento, las cerillas se apagaban, y sus manos parecían incapaces de efectuar la simple tarea de parapetar la llama. Siguió andando hasta encontrar un callejón, y se metió en él para encender el cigarrillo. Allí le esperaba Pope.

—¿Has enviado flores? —inquirió el vago.

La primera intención de Karney fue dar media vuelta y echar a correr. Pero el camino soleado se encontraba a unos metros de distancia; no había peligro. Además, si hablaba con el anciano, quizá lograra averiguar algo.

—¿Nada de flores? —insistió Pope.

—No, nada de flores —repuso Karney—. ¿Que haces tu aquí?

—Lo mismo que tú —replicó Pope—, vine a ver como quemaban al muchacho.

Sonrió irónicamente; la expresión de aquel rostro mugriento era sumamente repulsiva. Pope seguía delgado y huesudo como hacía dos semanas en el túnel, pero ahora mostraba un aire amenazante. Karney se sintió aliviado de que a sus espaldas, no muy lejos, estuviera todo soleado.

—Y para verte a ti —aclaró Pope.

Karney permaneció callado. Saco una cerilla y encendió el cigarrillo.

—Tienes algo que me pertenece —le dijo Pope. Karney no se mostro culpable—. Quiero que me devuelvas los nudos, muchacho, antes de que hagas daño en serio.

—No sé de qué me estas hablando —repuso Karney.

Su mirada se concentro sin querer en el rostro inescrutable de Pope. El callejón y sus desechos apilados se sacudieron abruptamente. Una nube debía de haber tapado el sol, porque Karney lo vio todo ligeramente oscurecido, a excepción de la flgura de Pope.

—Fue una tontería que intentases robarme, muchacho. Reconozco que fui presa fácil; el error fue mío y no volverá a ocurrir. Es que a veces me siento solo. Seguro que me comprendes. Y cuando me siento solo, me da por beber.

Aunque habían pasado unos segundos desde que Karney encendiera el cigarrillo, éste se había quemado hasta el filtro sin que él le hubiera dado una sola chupada. Lo tiró, vagamente consciente de que en aquel pequeño callejón, el tiempo, igual que el espacio, se apartaban de la realidad.

—No fui yo —masculó, una defensa infantil ante todo tipo de acusaciones.

—Sí fuiste tú —repuso Pope con incontestable autoridad—. No perdamos el tiempo con mentiras. Me has robado y tu compañero pagó por ello. No puedes reparar el daño que has causado. Pero puedes evitar más daños si me devuelves ahora lo que me pertenece.

Sin darse cuenta, Karney había metido la mano en el bolsillo. Quería salir de aquella trampa antes de que se cerrara sobre él; sin duda, la solución más sencilla sería darle a Pope lo que le pertenecía por derecho. Sin embargo, sus dedos titubearon. ¿Por qué? ¿Tal vez porque los ojos de aquel matusalén eran implacables? ¿O porque devolverle los nudos a Pope le daría un control total sobre el arma que, en efecto, había matado a Catso? No obstante, había algo más; incluso si estaba en juego su cordura, Karney se sentía reacio a devolver el único fragmento de misterio que se había cruzado en su camino. Pope presintió en él la falta de disposición y sus lisonjas arreciaron.

—No me tengas miedo —le dijo—. No te haré daño a menos que me obligues. Preferiría que acabáramos este asunto pacíficamente. Más violencia, incluso otra muerte, llamarían la atención.

Karney se preguntó si aquel viejo tan desharrapado, tan ridículamente débil, sería un asesino. Sin embargo, lo que oía contradecía a lo que veía; la semilla de la autoridad que Karney había percibido la vez anterior en la voz de Pope había florecido por completo.

—¿Quieres dinero? —preguntó Pope—. ¿Es eso? ¿Si te ofreciera algo por tus molestias se sentiría tu orgullo mas aplacado? —Karney observó incrédulamente el estado ruinoso de Pope—. Tal vez no parezca un potentado, pero las apariencias suelen engañar. Además, ésa es la regla, y no la excepción. Fíjate en ti, por ejemplo. No pareces hombre muerto, pero te lo digo yo, muchacho, estás prácticamente muerto. Te prometo la muerte si continúas desafiándome.

La perorata —tan medida, tan escrupulosa— sorprendió a Karney viniendo, como venía, de labios de Pope; estaba claro que su tesis quedaba probada. Hacía dos semanas habían pescado a Pope borracho y vulnerable, pero ahora, sobrio, el hombre hablaba como un potentado: un rey loco, quizá, mezclado entre el populacho

disfrazado de mendigo. ¿Rey? No, más bien sacerdote. En la naturaleza de su autoridad (incluso en su nombre) había algo que sugería una persona cuyo poder jamás se había basado solamente en la política.

—Te lo repito —dijo Pope—, dame lo que es mío.

Dio un paso hacia Karney. El callejón era un túnel estrecho que se cernía sobre sus cabezas. Si allá arriba había un cielo, Pope lo había oscurecido.

—Dame los nudos —insistió.

Su voz era suave y tranquilizadora. La oscuridad era completa. Karney sólo lograba ver la boca del viejo: sus dientes desiguales, su lengua gris.

—Dámelos, ladrón, o sufrirás las consecuencias.

—¿Karney?

La voz de Red le llegó como de otro mundo. Se encontraba a unos pasos de distancia de la voz, el sol, el viento, pero durante un largo instante Karney luchó por localizarlos.

—¿Karney?

Sacó a rastras la conciencia que había quedado atrapada entre los dientes de Pope y se obligó a volver la cara para mirar el camino. Red estaba allí, parado en el sol, y Anelisa estaba a su lado. El pelo rubio de la muchacha brillaba.

—¿Qué ocurre?

—Déjanos en paz —le ordenó Pope—. Él y yo estamos discutiendo un asunto.

—¿Tienes asuntos con ese tipo? —inquirió Red a Karney.

Antes de que Karney pudiera contestar, Pope le dijo:

—Díselo. Diselo, Karney. Dile que quieres hablar conmigo a solas.

Red lanzó una mirada al anciano por encima del hombro de Karney, y le preguntó a éste:

—¿Quieres decirme qué está ocurriendo?

La lengua de Karney se esforzó por encontrar una respuesta, pero no lo logró. La luz del sol estaba tan lejos...; cada vez que la sombra de una nube surcaba la calle, temía que la luz se apagara para siempre. Sus labios se movieron en silencio para expresar su temor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Red—. Karney... ¿Me oyes?

Karney asintió. La oscuridad que lo tenía atrapado comenzó a desaparecer.

—Sí... —repuso.

De repente, Pope se abalanzó sobre Karney; sus manos buscaron desesperadamente llegar a los bolsillos. El impacto del ataque lanzó a Karney, que seguía estupefacto, contra la pared del callejón. Cayó de lado, sobre una pila de cajas.

Todo se vino abajo; Pope agarraba a Karney con tanta fuerza que cayó junto con él. La calma precedente —el humor negro, las amenazas circunspectas— se evaporó; Pope volvía a ser el vago idiota que escupía desatinos. Karney sintió que las manos del anciano le rasgaban las ropas y le arañaban la piel en busca de los nudos. Las palabras que le gritaba a la cara ya no le resultaban comprensibles.

Red entró en el callejón e intentó agarrar al viejo de la chaqueta, el cabello o la barba, lo primero que lograra asir, para apartarlo de su víctima. Era más fácil decirlo que hacerlo; su reacción tenía toda la furia de un ataque. Pero como Red era más fuerte, a la larga ganó la partida. Profiriendo tonterías, Pope fue puesto en pie. Red lo sujetó como si fuera un perro rabioso.

—Levántate —le ordenó a Karney—, y aléjate de él.

Karney se incorporó con dificultad entre las maderas de las cajas. En los escasos segundos de la agresión, Pope había causado un daño considerable: Karney sangraba en media docena de sitios. Tenía la ropa arrasada; la camisa estaba hecha jirones. Vacilante, se llevó la mano a la cara; los arañazos se habían hinchado como cicatrices rituales.

Red empujó a Pope contra la pared. El vagabundo seguía apoplético, con los ojos fuera de las órbitas. Una andanada de invectivas —mezcla de inglés y galimatías— cayó sobre la cara de Red. Sin interrumpir su perorata, Pope intentó atacar otra vez a Karney, pero esta vez Red lo sujetó e impidió que sus garras tocaran al muchacho. Red sacó a Pope del callejón y lo arrastró hasta el camino.

—Te sangra el labio —dijo Anelisa, mirando a Karney con disgusto.

Karney saboreó la sangre: salada y caliente. Se llevó el dorso de la mano a la boca. Al apartarla, quedó teñida de rojo.

—Menos mal que te seguimos —dijo la muchacha.

—Sí —repuso él sin mirarla.

Estaba avergonzado de su comportamiento ante el vagabundo, y sabía que la muchacha se estaría riendo de su incapacidad para defenderse. La familia de Anelisa estaba compuesta por villanos, su padre era un héroe entre los ladrones.

Red regresó de la calle. Pope se había ido.

—¿A qué venía todo esto? —exigió saber, sacando un peine del bolsillo de la chaqueta y arreglándose el copete.

—A nada —respondió Karney.

—No me vengas con esas mierdas —rechazó Red—. Dice que le robaste algo. ¿Es cierto?

Karney lanzó una mirada a Anelisa. De no haber estado ella allí, le habría contado todo a Red, en ese mismo instante. La muchacha le devolvió la mirada y pareció leerle el pensamiento. Se encogió de hombros y se apartó para no escuchar, pateando las cajas destrozadas a medida que se alejaba.

—Nos la tiene jurada a todos, Red —dijo Karney.

—¿De qué estás hablando?

Karney bajó la vista y se miró la mano ensangrentada. Aunque Anelisa se había alejado, las palabras para explicar sus sospechas tardaron en llegar.

—Catso... —comenzó a decir.

—¿Qué pasa con él?

—Huía, Red.

Detras de él, Anelisa lanzó un suspiro de irritación. Aquello tardaba demasiado para su gusto.

—Red, llegaremos tarde —dijo.

—Espera un momento —le ordenó Red, cortante, y concentró su atención en Karney—. ¿Qué quieres decirme sobre Catso?

—El viejo no es lo que parece. No es un vagabundo.

—¿No? ¿Y qué es entonces?

La voz de Red había recuperado su tono sarcástico; sin duda, debido a la presencia de Anelisa. La muchacha se había cansado de la discreción y había regresado junto a Red.

—¿Qué es, Karney? —repitió.

Karney negó con la cabeza. ¿Qué sentido tenía explicar una parte de lo ocurrido? O intentaba relatar toda la historia o se callaba la boca. Lo más fácil era callarse la boca.

—Da igual —dijo con tono monótono.

Red le lanzó una mirada asombrada y al comprobar que no se producía aclaración alguna, dijo:

—Si tienes algo que contarme sobre Catso, me gustaría oírlo. Ya sabes dónde vivo.

—Está bien.

—Lo digo en serio —insistió Red.

—Gracias.

—¿Sabes? Catso era un buen amigo. Un poco borrachín, pero todos tenemos nuestras cosas, ¿no? No tendría que haber muerto, Karney. Fue una putada.

—Red...

—Te llama —dijo Karney.

Anelisa se había ido hasta la calle.

—Siempre me está llamando. Ya nos veremos. Karney.

—Vale.

Red le dio una palmadita en la mejilla lastimada y salió al sol, tras Anelisa. Karney no hizo ademán de seguirlos. El ataque de Pope lo había dejado tembloroso; quería esperar en el callejón hasta recuperar la compostura. Buscó la tranquilidad de los nudos y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Estaba vacío. Registró los demás bolsillos. Todos vacíos, y sin embargo estaba seguro de que el viejo no había llegado a la cuerda. Tal vez se le hubiera caído durante la lucha. Karney comenzó a rastrear el callejón, y al ver que la primera búsqueda no daba resultado, revisó todo una segunda y una tercera vez, aunque ya la daba por perdida. Pope había logrado quitársela después de todo. A hurtadillas o bien por pura casualidad, había recuperado los nudos.

Con asombrosa claridad, Karney se recordó a sí mismo, de pie en el Salto del Suicida, mirando hacia abajo, hacia Archway Road, el cuerpo despatarrado de Catso, que yacía en el centro de una maraña de luces y vehículos. Se había sentido tan alejado de la tragedia...; la había visto con la misma implicación que un pájaro al vuelo. De repente, le disparaban desde el cielo. Caía al suelo, herido, aguardando sin esperanzas los terrores que le esperaban. Saboreó la sangre que le manaba del labio partido y se preguntó, deseando que el pensamiento se desvaneciera incluso antes de formarse, si Catso habría muerto instantáneamente, o si él también habría saboreado su sangre mientras yacía sobre el asfalto, mirando a la gente del puente, que todavía no se había enterado de cuán cercana estaba la muerte.

Regresó a su casa por las calles más transitadas que logró encontrar. Aunque de ese modo su lamentable aspecto atraía las miradas de las matronas y los policías, prefirió su desaprobación a arriesgarse a transitar por calles vacías, alejadas de las arterias principales. Una vez en su casa, se lavó las heridas y se cambió de ropa, y luego se sentó frente al televisor para permitir que sus miembros dejaran de temblar. Eran las últimas horas de la tarde, y hacían programas para niños: un aire de optimismo fácil infectaba todos los canales. Miraba aquellas banalidades con los ojos, pero no con la mente, aprovechando el sosiego para encontrar las palabras que describieran lo que le había ocurrido. Lo imperioso ahora era advertir a Red y a Brendan. Pope se había hecho con los nudos, y sólo sería cuestión de tiempo antes de que alguna bestia —quizá peor que la cosa de los árboles— fuera en busca de ellos. Entonces sería demasiado tarde para explicaciones. Sabía que los otros dos se mostrarían incrédulos, pero haría lo imposible para convencerlos, aunque tuviera que quedar en el peor de los ridículos. Tal vez sus lágrimas y su terror los harían reaccionar, cosa que su empobrecido vocabulario no lograría jamás.

A eso de las cinco y cinco, antes de que su madre regresara del trabajo, salió de casa y fue en busca de Brendan.

Anelisa se sacó del bolsillo el trozo de cuerda que había hallado en el callejón y lo examinó. No estaba segura de por qué se había molestado en recogerlo; en cierto modo la cuerda había encontrado la forma de llegar hasta su mano. Jugueteó con uno de los nudos, corriendo el riesgo de estropearse las uñas. Tenía media docena de cosas mejores para hacer esa tarde. Red había ido a comprar bebida y cigarrillos, y ella se había prometido tomar un baño perfumado y relajante antes de que él volviera. No tardaría tanto en desatar el nudo, estaba segura. En realidad, parecía ansioso por ser desatado: tenía la extraña sensación de que se movía. Lo más intrigante de todo eran los colores que despedía el nudo: Anelisa logró ver tonalidades violeta y rojizas. Al cabo de unos minutos llegó a olvidarse por completo del baño; eso podía esperar. Se concentró en cambio en el acertijo que tenía entre las manos. Pocos minutos después comenzó a ver la luz.

Karney le contó la historia a Brendan lo mejor que pudo. En cuanto se lanzó a hablar y comenzó desde el principio, descubrió que tenía su propio impulso y fue eso lo que lo hizo cambiar al tiempo presente con escaso titubeo. Y terminó diciendo:

—Sé que suena increíble, pero es la verdad.

Brendan no creyó ni una sola palabra, eso quedó claro en su mirada ausente. Pero en la cara llena de cicatrices había algo más que incredulidad. Karney no logró descifrar de qué se trataba hasta que Brendan lo agarró por la camisa. Sólo entonces supo el alcance de la furia de Brendan.

—No te basta con la muerte de Catso y tienes que venir aquí a contarme esas mierdas.

—Es la verdad.

—¿Y dónde carajo están los nudos?

—Ya te lo dije, los tiene el viejo. Me los quitó esta tarde. Nos va a matar, Bren. Lo sé.

Brendan lo soltó y le dijo con tono magnánimo:

—Te diré lo que voy a hacer. Voy a olvidar que me has contado todo esto.

—Pero es que no me entiendes...

—He dicho que voy a olvidar que me lo has contado. ¿Vale? Ahora, vete de aquí y llévate tus historias.

Karney no se movió.

—¿Me has oído? —gritó Brendan.

En sus ojos Karney logró apreciar una plenitud delatora. La rabia era sólo el camuflaje —apenas adecuado— de una pena para la que no tenía mecanismos de defensa. En su estado de ánimo actual ni el temor ni la discusión lo convencerían de la verdad. Karney se puso de pie.

—Perdona, ya me voy —le dijo.

Brendan mantuvo la cabeza gacha. No volvió a levantarla, y dejó que Karney se alejara. Sólo quedaba Red, él sería el último tribunal de apelación. Podía repetir la historia ahora que ya la había contado. La repetición le sería fácil. Dejó a Brendan a solas con sus lágrimas, y mentalmente comenzó a repasar las palabras.

Anelisa oyó entrar a Red por la puerta principal y lo oyó gritar varias veces una palabra. La palabra le resultaba familiar, pero tardó varios segundos de ferviente actividad mental en reconocerla como su propio nombre.

—¡Anelisa! —volvió a gritar—. ¿Dónde te has metido?

«En ninguna parte —pensó—. Soy la mujer invisible. No me busques, por favor. Dios mío, que me deje en paz.» Se llevó la mano a la boca para parar el castañeteo de sus dientes. Tenía que permanecer absolutamente quieta, y en silencio. Si movía un solo pelo, la oiría e iría en su busca. La única seguridad residía en hacerse un ovillito y taparse la boca con la palma de la mano.

Red comenzó a subir la escalera. Sin duda, Anelisa estaría cantando en el baño. Le encantaba el agua como pocas cosas. No era inusual que se pasara horas en la bañera, con los pechos rompiendo la superficie como dos islas de ensueño. A cuatro escalones del rellano, oyó un ruido en el pasillo de abajo: una tos o algo parecido. ¿Acaso estaría jugando con él? Se dio media vuelta y bajó, moviéndose con mayor sigilo. Casi al pie de la escalera, sus ojos se posaron en un trozo de cuerda que yacía sobre uno de los escalones. La levantó y, brevemente, se preguntó qué sería aquel único nudo antes de volver a oír el mismo ruido. Esta vez no pensó que se tratara de Anelisa. Contuvo el aliento, esperando que se repitiera en el pasillo. Cuando no oyó nada, metió la mano en el costado de la bota y sacó una navaja automática, un arma que llevaba encima desde la tierna edad de once años. Según el padre de Anelisa era un arma de adolescentes; pero ahora, al avanzar por el pasillo hacia la sala, agradeció al santo patrono de los cuchillos el no haber seguido el consejo del viejo criminal.

La habitación estaba a oscuras. La noche cayó sobre la casa, oscureciendo las ventanas. Red permaneció en el vano de la puerta durante largo rato, observando ansiosamente el interior en busca de algún movimiento. Y otra vez el ruido; esta vez no fue uno solo, sino una serie de sonidos. Para su alivio, notó que la fuente del mismo no era humana. Con toda probabilidad se trataría de un perro herido en alguna pelea. Y además, el ruido no provenía de la habitación de enfrente, sino de la cocina, ubicada más al fondo del pasillo. Recobrado el valor por el simple hecho de pensar que el intruso no era más que un animal, llevó la mano al interruptor y encendió la luz.

La rápida sucesión de acontecimientos que puso en marcha al hacerlo se produjo en una secuencia que no ocupó más de una docena de segundos; sin embargo, vivió cada uno de ellos con el máximo de detalles. En el primer segundo, al encenderse la luz, vio moverse una cosa en la cocina; luego, se dirigió hacia ella empuñando la navaja. Durante el tercer segundo apareció el animal, que alertado por su agresión, salió de su escondite. Corrió hacia él: era una imagen borrosa de carne reluciente. Su repentina proximidad le resultó sobrecogedora; su tamaño, el calor que despedía su cuerpo humeante, la boca enorme que dejaba escapar un aliento podrido. Red empleó el cuarto y el quinto segundos para evitar el primer ataque, pero al sexto aquella cosa dio con él. Sus brazos desnudos agarraron a Red. Lanzó un navajazo al aire y le abrió una herida, pero ésta se cerró, al tiempo que la bestia aferraba a Red con un abrazo mortal. Más por accidente que por verdadera intención, la navaja se clavó en la carne de aquella cosa y un calor líquido le salpicó la cara a Red. Apenas lo notó. Siguieron los últimos tres segundos, en los que el arma, resbaladiza por la sangre, se le escapó de la mano y quedó clavada en la bestia. Desarmado, intentó desasirse de aquel abrazo mortal, pero antes de poder apartarse, la enorme cabeza inconclusa se acercó a él — las fauces enormes como un túnel— y de un solo golpe se bebió todo el aire de sus pulmones. Era todo el aliento que Red poseía. Su cerebro, privado de oxígeno, produjo una serie de fuegos artificiales para celebrar su inminente partida: petardos, estrellas, girándulas. La pirotecnia fue brevísima; pronto se hizo la oscuridad.

Arriba, Anelisa escuchaba los caóticos sonidos e intentaba reunirlos para encontrarles un sentido, pero le fue imposible. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido, había acabado en silencio. Red no fue en su busca. Pero tampoco la bestia. Tal vez, pensó, se habrían matado. La simplicidad de la solución la satisfizo. Esperó en su cuarto hasta que el hambre y el aburrimiento calmaron su ansiedad; entonces bajó.

Red yacía donde el segundo engendro de la cuerda lo había soltado, con los ojos muy abiertos para observar los fuegos de artificio. La bestia estaba acucillada en el extremo de la habitación, hecha una ruina. Al verla, Anelisa se apartó del cuerpo de

Red y fue hacia la puerta. La bestia no intentó acercarse a ella, se limitó a seguirla con los ojos hundidos, la respiración entrecortada y unos pocos movimientos muy entorpecidos.

Iría a buscar a su padre, decidió, y abandonó la casa, dejando la puerta principal entreabierta.

Seguía entreabierta cuando, media hora más tarde, llegó Karney. Aunque después de dejar a Brendan tenía la intención de ir directamente a casa de Red, le había faltado valor. Había vagado sin rumbo fijo hacia el puente sobre Archway Road. Allí había permanecido durante largo rato, observando el tráfico que pasaba debajo y bebiendo de la media botella de vodka que había comprado en Holloway Road. Se había quedado sin dinero, pero con el estómago vacío, el licor había sido potente, y le había aclarado las ideas. Había llegado a la conclusión de que morirían todos. Tal vez la culpa la tenía él, por robar la cuerda; de todos modos, lo más probable era que Pope los castigara por los crímenes perpetrados contra su persona. Ahora, lo más que podían esperar —que él podía esperar— era una brizna de comprensión. Eso le bastaría, decidió, obnubilado por el alcohol: simplemente morir un poco menos ignorante de lo que había nacido. Red lo entendería.

Estaba ahora en el umbral de la puerta y llamó al muchacho por su nombre. No recibió respuesta alguna. El vodka que había bebido lo tornó osado y, gritando otra vez el nombre de Red, entro en la casa. El pasillo estaba a oscuras, pero había luz en un cuarto del fondo y hacia ella fue. La atmósfera de la casa era bochornosa, como el interior de un invernadero. En la sala hacía todavía más calor, porque allí se enfriaba Red, soltando su calor al ambiente.

Karney bajó la vista y se quedó mirándolo el tiempo suficiente como para notar que con la mano izquierda aferraba la cuerda y que en ésta sólo quedaba un nudo. Tal vez Pope había estado allí y, por algún motivo, había dejado la cuerda. Fuera como fuese, su presencia en la mano de Red ofrecía una posibilidad de vivir. Esta vez, juró mientras se acercaba al cuerpo, destruiría la cuerda para siempre. La quemaría y esparciría sus cenizas a los cuatro vientos. Se agachó para quitársela de la mano a Red. La cuerda presintió su proximidad y saltó, manchada de sangre, de la mano del muerto a la de Karney, y se le enrolló entre los dedos, dejando una huella. Asqueado, Karney miró el último nudo. El proceso que tan doloroso esfuerzo le costara iniciar había cobrado ahora su propio impulso. Desatado el segundo nudo, el tercero comenzaba prácticamente a aflojarse solo. Al parecer, seguía necesitando de un agente humano —¿por qué si no había saltado con tanta prontitud a su mano? —, pero a pesar de ello, estaba muy cerca de resolver su propio misterio. Era imperioso que destruyera la cuerda rápidamente antes de que el nudo se desatase.

Entonces notó que no estaba solo. Además del muerto, había allí cerca otra presencia viva. Apartó la vista del nudo retozante cuando alguien le habló. Las palabras no tenían sentido alguno. Ni siquiera eran palabras, sino más bien una serie de sonidos lastimeros. Karney recordó el aliento de la cosa del sendero y la ambigüedad de los sentimientos que había despertado en él. En aquel momento experimentó la misma ambigüedad: junto al temor creciente tuvo la sensación de que la voz de la bestia hablaba de pérdidas, fuera cual fuese su lengua. Se sintió embargado por la piedad.

—Muéstrate —le dUo, sin saber si entendería o no.

Pasaron unos cuantos instantes temblorosos. Entonces salió por la puerta del extremo opuesto. La luz de la sala era buena, y Karney tenía buena vista, pero la anatomía de la bestia desafió su comprensión. En su silueta deformada y palpitante había algo simiesco, como si hubiera nacido prematuramente. Su boca se abrió para emitir otro sonido; sus ojos, sepultados bajo la frente sangrante, eran inescrutables. Comenzó a arrastrarse desde su escondite para atravesar la habitación y dirigirse hacia él; con cada paso, ponía a prueba la cobardía de Karney. Al llegar al cadáver de Red, se detuvo, levantó un miembro destrozado e indicó un lugar en el pliegue del cuello. Karney vio el cuchillo; sería el de Red, supuso. Se preguntó si no estaría intentando justificar su muerte.

—¿Que eres? —le preguntó.

Meneó la pesada cabeza. De su boca salió un gemido prolongado. Y de repente, levantó el brazo y señaló en dirección a Karney. Al hacerlo, dejó que la luz le cayera de lleno en el rostro, y Karney pudo ver los ojos debajo de las pobladas cejas: eran como gemas gemelas atrapadas en la bola herida del cráneo. Su brillo y su lucidez le revolviéron el estómago. Y seguía señalando en su dirección.

—¿Que quieres? —le preguntó Karney—. Dime lo que quieres.

Dejó caer el miembro pelado e hizo ademán de pasar por encima del cadáver en dirección a Karney, pero no tuvo ocasión de revelar sus intenciones. Desde la puerta principal llegó un grito que la detuvo en seco.

—¿Hay alguien? —preguntó una voz.

En el rostro de la bestia se dibujó el pánico —los ojos demasiado humanos se movieron en sus orbitas—, y se alejó, rumbo a la cocina. El visitante, quienquiera que fuese, volvió a gritar; su voz sonó más cercana. Karney miró el cadáver y luego vio que tenía la mano ensangrentada. Sopesó sus posibilidades, se retiró de la habitación y entro en la cocina. La bestia había huido: la puerta trasera estaba abierta de par en par. A sus espaldas, Karney oyó al visitante encomendarse a Dios cuando vio los restos de Red. Titubeó en las sombras. ¿Sería correcto huir? ¿No sería mejor quedarse allí y tratar de encontrar una forma de llegar a la verdad? El nudo, que seguía moviéndose en su mano, lo decidió: lo prioritario era destruirlo. En la sala, el visitante marcaba el número de la policía; utilizando su monólogo aterrado como tapadera, Karney cubrió los metros que le quedaban hasta alcanzar la puerta y huyó.

—Te ha llamado alguien —le gritó su madre desde lo alto de la escalera—; ya me ha despertado dos veces. Le dije que no...

—Lo siento, mamá. ¿Quién era?

—No me lo quiso decir. Le dije que no volviera a llamar. Si telefonea otra vez dile que no quiero que vuelva a llamar a estas horas de la noche. Que hay gente que tiene que madrugar.

—Sí, mamá.

Su madre desapareció del rellano, cerró la puerta y se metió en su cama solitaria. Karney se quedó temblando en el vestíbulo, con la mano en el bolsillo apretada alrededor del nudo. Seguía moviéndose, retorciéndose en todas direcciones, contra los confines de su palma, buscando un sitio, por pequeño que fuera, en el que soltarse. Pero no se lo permitía. Buscó el vodka que había comprado horas antes; con una sola

mano destapó la botella y bebió. Cuando tomaba un segundo sorbo, sonó el teléfono. Dejó la botella y levantó el auricular.

—¿Diga?

Llamaban desde una cabina; sonó un «pip», depositaron unas monedas y una voz dijo:

—¿Karney?

—¿Sí?

—Por el amor de Dios, me matará.

—¿Quién habla?

—Brendan. —No sonaba como la voz de Brendan, era demasiado chillona, demasiado llorosa—. Me matará si no vienes.

—¿Pope? ¿Es Pope?

—Está loco. Tienes que venir al cementerio de coches, en la cima de la colina. Dale...

Se cortó la comunicación. Karney colgó. En su mano, la cuerda hacía acrobacias. Abrió la mano; en la escasa luz que provenía del rellano, el nudo restante brilló. En su centro, como en el centro de los otros dos nudos, se produjeron chispazos de color. Cerró de nuevo el puño, recogió la botella de vodka y volvió a salir.

El cementerio de coches se había vanagloriado en cierta época de la presencia de un doberman perpetuamente irascible, pero al perro le había salido un tumor la primavera anterior y había atacado salvajemente a su amo. Después del incidente lo sacrificaron y no volvieron a comprar un sustituto. La pared de hierro corrugado fue, a partir de aquel momento, muy fácil de traspasar. Karney trepó a ella y bajó al terreno lleno de grava y cenizas. En el portón de entrada, una farola iluminaba la colección de vehículos particulares y comerciales amontonados allí. La mayoría estaban desahuciados: eran camiones abiertos y camiones cisterna herrumbrados, un autobús que se había llevado por delante un puente a toda velocidad, una especie de archivo policial fotográfico de coches, alineados o apilados, víctimas de accidentes diversos.

Comenzando por el portón de entrada, Karney efectuó una búsqueda sistemática por el terreno, intentando andar con cuidado, pero en el extremo noroeste del cementerio no encontró señal alguna de Pope ni de su prisionero. Con el nudo en la mano, comenzó a avanzar por el recinto; la luz tranquilizadora del portón temblaba a cada paso que daba. Un poco más adelante, entre dos de los vehículos, vio unas llamas. Se quedó quieto e intentó interpretar el intrincado juego de sombras y fuego. A sus espaldas oyó un movimiento; se volvió, previendo a cada latido del corazón un grito, un golpe. No hubo nada. Recorrió el cementerio a sus espaldas —la imagen de la llama amarilla le bailaba en la retina—, pero lo que se había movido permanecía ahora quieto.

—¿Brendan? —susurró, mirando hacia el fuego.

En un retazo de sombras, frente a él, se movió una silueta; Brendan salió de la oscuridad tambaleándose y cayó de rodillas sobre las cenizas, muy cerca de donde se encontraba Karney. Incluso en la engañosa luz, Karney logró ver que Brendan había

sido apaleado salvajemente. Llevaba la camisa llena de manchas demasiado oscuras como para ser otra cosa que sangre; tenía el rostro crispado por el dolor presente o el que previsiblemente le llegaría. Cuando Karney avanzó hacia él, Brendan se escudó como un animal maltratado.

—Soy yo, Karney —le dijo éste.

—Dile que pare —le pidió Brendan, levantando la cabeza machacada.

—Todo saldrá bien.

—Por favor, dile que pare.

Brendan se llevó las manos al cuello. Un collar de cuerda le rodeaba la garganta, y de él partía una trailla que se internaba en la oscuridad, entre dos vehículos. Allí, sujetando el otro extremo de la trailla, estaba Pope. Sus ojos brillaban con las sombras, aunque ninguna fuente de luz se reflejara en ellos como para permitir aquel brillo.

—Ha sido muy sensato por tu parte el haber venido —le dijo Pope—. Lo habría matado.

—Suéltalo —le ordeno Karney.

—Primero dame el nudo —dijo Pope, negando con la cabeza.

Salió de su escondite. Karney esperaba que se le hubiese desprendido el disfraz de vagabundo, revelando su verdadero rostro —cualquiera que este fuese—, pero no fue así. Vestía las mismas ropas harapientas de siempre, pero su control de la situación era incontestable. Dio un tirón a la cuerda y Brendan se desplomó, ahogándose; sus manos aferraron en vano el nudo que le apretaba la garganta.

—Basta ya —le ordenó Karney a Pope—. Tengo el nudo, maldito seas. No lo mates.

—Dámelo.

Cuando Karney avanzaba hacia el anciano, algo gritó en el laberinto del cementerio. Karney reconoció el sonido; Pope también. No había posibilidad de error: era la voz de la bestia desollada que había matado a Red, y estaba muy cerca. La cara sucia de Pope se tiñó de una nueva urgencia

—¡Date prisa! —apremió—. O lo mato.

Había extraído un cuchillo de desollar de la chaqueta. Tiró de la trailla y obligó a Brendan a acercarse.

La queja de la bestia aumentó de tono.

—¡El nudo! —gritó Pope—. ¡Dámelo!

Avanzó hacia Brendan y le puso la hoja del cuchillo en la cabeza rapada.

—No lo hagas —le dijo Karney—, toma el nudo.

Antes de que lograra respirar, por el rabillo del ojo notó un movimiento y algo caliente le agarró la muñeca. Pope lanzó un grito de rabia, y Karney se volvió para ver

a la bestia escarlata a su lado, mirándolo con ojos fantasmales. Karney forcejeó para soltarse, pero la bestia meneó su enloquecida cabeza.

—¡Mátala! ¡Mátala! —aulló Pope.

La bestia observó a Pope y, por primera vez, Karney vio en aquellos ojos pálidos una mirada inequívoca: un odio muy puro. Brendan lanzó un grito agudo y Karney miró en su dirección: el cuchillo de desollar se deslizó en su mejilla. Pope retiró la hoja y dejó que el cadáver de Brendan cayera hacia adelante. Antes de que este tocara el suelo, el anciano se dirigió hacia Karney; cada una de sus zancadas revelaba unas intenciones asesinas. Atemorizada, la bestia soltó a Karney justo a tiempo para que éste evitara el primer ataque de Pope. Hombre y bestia se separaron y echaron a correr. Karney resbaló en las cenizas y por un instante sintió cernirse sobre él la sombra de Pope, pero logro esquivar el segundo cuchillazo por milímetros.

—No podrás salir —se jactó Pope al verle correr. El viejo se mostraba tan confiado de su trampa que ni siquiera se molestó en perseguirlo—. Estás en mi territorio, muchacho. No hay modo de salir.

Karney se ocultó entre dos vehículos y comenzó a volver sobre sus pasos en dirección al portón, pero sin saber cómo, había perdido el sentido de la orientación. Una hilera de mastodontes herrumbrados conducía a otra, tan parecida que no lograba distinguirlas. Ignoraba dónde lo conduciría aquella maraña, pero al parecer no había escapatoria; no volvería a ver la farola del portón, ni el fuego de Pope, en el extremo del cementerio. Aquello se había convertido en un coto de caza, y él en la presa; adondequiera que lo llevaba el sendero, la voz de Pope lo seguía tan de cerca como sus propios latidos.

—Entrégame el nudo, muchacho —le decía—, entrégamelo y no te obligaré a comerte tus propios ojos.

Karney estaba aterrorizado, pero presentía que a Pope le ocurría otro tanto. La cuerda no era una herramienta asesina, como Karney había creído siempre. Fuera cual fuese la razón de su existencia, el viejo no ejercía sobre ella dominio alguno. En ese hecho basaba las escasas posibilidades de supervivencia. Había llegado el momento de desatar el último nudo; lo desataría y esperaría las consecuencias. ¿Podrían ser peores que morir a manos de Pope?

Karney encontró un refugio adecuado al lado de un camión incendiado; se puso en cuclillas y abrió el puño. Incluso en la oscuridad logró sentir que el nudo se movía para deshacerse; lo ayudó lo mejor que pudo.

—No lo hagas, muchacho —le sugirió Pope, fingiendo una humanidad impropia en él—; sé lo que estás pensando, y créeme, será tu fin.

Era como si a las manos de Karney les hubieran brotado dedos adicionales: ya no estaban a la altura de solucionar el problema. Su mente era una galería de retratos de muerte: Catso tirado en la calzada del camino; Red en la alfombra, Brendan soltándose de las manos de Pope mientras el cuchillo se deslizaba de su cabeza. Se esforzó por apartar de sí esas imágenes, guiando como podía su sitiado intelecto. Pope había concluido su monólogo. El único sonido que se oía en el cementerio de coches era el murmullo lejano del tráfico; provenía de un mundo que Karney dudaba en volver a ver. Manoseó desmañadamente el nudo como si fuera un hombre ante una puerta cerrada con un manojo de llaves, probando una, luego la siguiente, y la siguiente, con la

certeza de que la noche se cernía sobre su cabeza. «De prisa. de prisa». se dijo. Pero su anterior destreza lo había abandonado por completo.

Entonces oyó un siseo que cortaba el aire; Pope había dado con él, vio su cara triunfante al lanzar el golpe asesino. Karney se echó a rodar desde la postura en la que se encontraba, pero la hoja le alcanzó en la parte superior del brazo, abriéndole una herida desde el hombro hasta el codo. El dolor le dio velocidad, y el segundo golpe fue a dar contra la cabina del camión, sacando chispas en vez de sangre. Antes de que Pope lograra acuchillarlo otra vez, Karney se alejó sangrando copiosamente. El viejo salió en su persecución, pero Karney fue más veloz. Se metió detrás de un autocar y, mientras Pope iba tras él resollando, se agachó y se ocultó debajo del vehículo. Pope pasó de largo justo cuando Karney sofocaba un sollozo de dolor. La herida que acababan de infligirle le había incapacitado la mano izquierda. Apretando el brazo contra el cuerpo para reducir al mínimo el esfuerzo sobre el músculo destrozado, intento concluir el maldito trabajo que había comenzado en el nudo, utilizando los dientes como segunda mano. Ante él aparecieron destellos de luz blanca: no tardaría en desmayarse. Respiró profundamente y con regularidad a través de las fosas nasales, mientras sus dedos tiraban febrilmente del nudo. Ya no veía ni lograba sentir el nudo en la mano. Trabajaba a ciegas, como lo había hecho en el sendero, y ahora, como entonces, sus instintos empezaron a suplir sus fuerzas. El nudo comenzó a bailar ante sus labios, ansioso por soltarse. Se encontraba a escasos momentos de la solución.

Tan concentrado estaba que no vio el brazo que se tendía hacia él hasta que se sintió arrastrar de su santuario y se quedó mirando hacia arriba los ojos brillantes de Pope.

—Basta de juegos —dijo el viejo, y soltó a Karney para arrancarle la cuerda de los dientes.

Karney intentó moverse un poco para evitar que Pope lo agarrara, pero el dolor del brazo era tan agudo que no pudo. Cayó hacia atrás lanzando un grito al tocar el suelo.

—Te sacare los ojos —dijo Pope, y el cuchillo descendió.

Sin embargo, el golpe cegador jamás llegó. Una silueta malherida salió de su escondite, detrás del viejo, y tironeó de las dos puntas de su gabardina. Pope recuperó el equilibrio en pocos momentos y se dio la vuelta. El cuchillo alcanzó a su contrincante, y Karney abrió los ojos nublados de dolor para ver a la bestia desollada retroceder con la mejilla abierta hasta el hueso. Pope fue tras ella para rematarla, pero Karney no se quedó a mirar. Tendió la mano para sujetarse del camión y se incorporó con el nudo apretado aún entre los dientes. A sus espaldas, Pope maldecía; Karney supo que había abandonado la matanza para seguirlo. Sabía también que lo alcanzaría, pero tambaleándose salió de entre los dos vehículos. ¿En qué dirección se encontraba el portón? No tenía idea. Sus piernas pertenecían a un comediante, y no a él; tenían articulaciones de goma, no servían para otra cosa que para hacerlo caer de nalgas. Avanzó dos pasos y las rodillas cedieron. Del suelo se elevó un olor de cenizas empapadas de gasolina.

Desesperado, se llevó la mano sana a la boca. Los dedos encontraron una lazada. Tiró con todas sus fuerzas y, milagrosamente, el nudo se deshizo. Escupió la cuerda al sentir que surgía un calor que le tostaba los labios. La cuerda cayó al suelo, roto su sello último, y de su centro se materializó el último de los prisioneros. Apareció sobre las cenizas como un niño enfermo, con unos vestigios de miembros, la cabeza pelada

demasiado grande para el cuerpecito marchito, cuya carne era tan pálida que parecía translúcida. Agitó los brazos paralíticos en un vano esfuerzo por enderezarse cuando Pope avanzó hacia ella, ansioso por cortar la indefensa garganta. Evidentemente, aquella incipiente forma de vida no era lo que Karney había esperado del tercer nudo; le daba asco.

Entonces habló. Su voz no era el maullido de un crío sino la de un hombre, aunque provenía de la boca de la criatura.

—¡Ven a mí! ¡Deprisa! —gritó.

Cuando Pope se inclinaba para asesinar a la criatura, el aire del cementerio de coches se llenó de un olor a fango y las sombras liberaron un ser espinoso, de vientre bajo, que se deslizó por el suelo, hacia él. Pope retrocedió cuando la criatura —tan inacabada en su estado de reptil como su hermano simiesco— se cerró sobre el extraño infante. Karney esperaba que devorase aquel montoncito de carne, pero el niño pálido levantó los brazos, como dándole la bienvenida, al tiempo que la bestia del primer nudo se enroscaba sobre él. Al hacerlo, la segunda bestia mostró su rostro fantasmal, gimiendo de placer. Posó sus manos sobre el niño y acunó el cuerpo deformado en sus brazos espaciosos, completando la atroz familia de reptil, mono y niño.

Sin embargo, la unión no se había completado aún. Cuando las criaturas se unieron, sus tres cuerpos comenzaron a desintegrarse, transformándose en lazos de una sustancia color pastel; incluso cuando sus anatomías comenzaban a disolverse, los restos iniciaban una nueva configuración: cada filamento se iba urdiendo con otros. Estaban atando otro nudo, al azar pero, aun así, inevitable, mucho más complicado que los que Karney había logrado tener entre sus manos. De las piezas del antiguo rompecabezas surgía otro nuevo, quizá insoluble, pero, mientras que los otros habían sido inacabados, éste sería completo y acabado. ¿Qué sería?

Mientras la madeja de nervios y músculos se movía hacia su condición final, Pope aprovechó la ocasión que se le presentaba. Avanzó a toda velocidad, con el rostro enloquecido al ver la unión, y hundió el cuchillo de desollar en el corazón del nudo. Pero el ataque no llegó a tiempo. Un miembro con jirones luminosos se desenroscó del cuerpo y envolvió la muñeca de Pope. La gabardina se prendió fuego y las carnes de Pope comenzaron a arder. Aulló y dejó caer el arma. El miembro lo soltó a su vez, para volver al ovillo; dejó al hombre tambaleándose hacia atrás y acunándose el brazo humeante. Al parecer, Pope estaba perdiendo la cordura; sacudía la cabeza lastimeramente. Por un instante, sus ojos se encontraron con los de Karney y un relumbre astuto los iluminó. Estiró el brazo, cogió al muchacho por la herida y lo apretó con fuerza. Karney gritó, pero sin prestar atención a su prisionero, Pope lo alejó a rastras de la cosa que estaba terminando su formación y lo metió en el refugio del laberinto.

—No me hará daño —dijo Pope para sí—, no si tú estas a mi lado. Siempre tuvo debilidad por los niños. —Empujó a Karney delante de él—. Buscaré los papeles..., luego me ire.

Karney no sabía si estaba vivo o muerto; no le quedaban fuerzas para deshacerse de Pope. Se limitó a seguir al viejo, arrastrándose la mitad del trayecto, hasta que llegaron a su destino: un coche sepultado detrás de una montaña de vehículos herrumbrados. Le faltaban las ruedas; a través del chasis le había crecido un arbusto que ocupaba el asiento del conductor. Pope abrió la puerta trasera, murmurando

satisfecho, y se inclinó hacia el interior, dejando a Karney acurrucado contra la puerta. No tardaría en desmayarse; Karney lo deseaba vehementemente. Pero Pope lo necesitaba aún. Retiró un librito de su escondite, debajo del asiento del coche, y susurró:

—Ahora nos vamos. Tenemos asuntos que tratar.

Karney gimió cuando lo empujó.

—Cierra la boca —le dijo Pope abrazándolo—, mi hermano tiene oídos.

—¿Tu hermano? —murmuró Karney, intentando encontrar algún sentido a lo que se le acababa de escapar a Pope.

—Hechizado, hasta que apareciste tú —le dijo Pope.

—Bestias —masculló Karney, al asaltarle las imágenes mezcladas de reptiles y simios.

—Humanos —replicó Pope—. La evolución es el nudo de la cuestión, muchacho.

—Humanos. .. —repitió Karney.

Y cuando la palabra hubo abandonado sus labios, sus ojos doloridos vieron una forma brillante sobre el coche, a espaldas de su torturador. Sí, era humano. Todavía húmedo por su renacimiento, el cuerpo estaba surcado de las heridas heredadas, pero era triunfalmente humano.

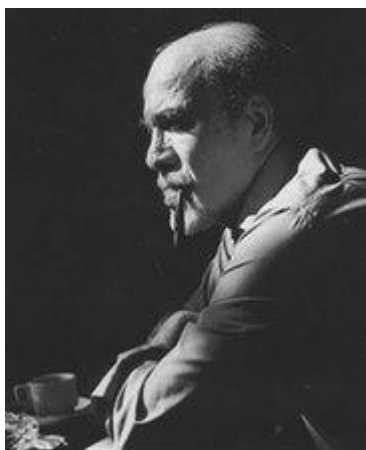
Pope vio el reconocimiento reflejado en los ojos de Karney. Lo agarró, y se disponía a utilizar su cuerpo herido como escudo cuando intervino su hermano. El hombre redescubierto tendió las manos desde lo alto del techo y sujetó a Pope por el estrecho cuello. El viejo chilló y, retorciéndose, se soltó, alejándose a toda velocidad por las cenizas. Pero el otro inició una aullante persecución, alejándolo de Karney.

Desde una gran distancia, Karney oyó la última súplica de Pope antes de que su hermano lo venciera; entonces, las palabras se transformaron en grito, un grito que Karney esperaba no volver a oír en su vida. Y después, el silencio. La criatura no regresó, por lo que Karney se sintió agradecido, a pesar de la curiosidad.

Minutos mas tarde, cuando logró reunir energías suficientes como para salir del cementerio de coches —la luz volvía a brillar en el portón, como un faro para los extraviados—, encontró a Pope tirado boca abajo en la grava. Aunque hubiera tenido fuerzas, una pequeña fortuna no lo habría persuadido de darle la vuelta al cadaver. Le bastaba con ver cómo las manos del muerto habían cavado la tierra durante el tormento, y cómo las brillantes ristras de intestinos, antes tan prolijamente enrolladas en el abdomen, asomaban por debajo del cuerpo. El libro que Pope se había tomado tanto trabajo en recuperar estaba a su lado. Karney se agachó para recogerlo; la cabeza le daba vueltas. Era una pequeña recompensa por la noche de horrores que había soportado. En el futuro próximo se formularía preguntas que jamas podría contestar, acusaciones contra las que tenía muy poca defensa. Pero a la luz de la farola del portón, notó que aquellas páginas manchadas le recompensaban mucho más de lo que había imaginado. Copiados con letra meticulosa, y acompañados de diagramas complicados, allí estaban los teoremas de la olvidada ciencia de Pope: los dibujos de nudos para asegurar el amor y ganar fama; lazos para dividir almas y unirlos; para hacer fortunas y niños; para causar la ruina del mundo.

Después de un breve examen, escaló el portón y saltó a la calle. A esa hora estaba desierta. En el lado opuesto, en el edificio propiedad del ayuntamiento, había varias luces; eran habitaciones donde los enfermos esperaban a que amaneciera. En vez de exigir más a sus miembros exhaustos, Karney decidió esperar donde se encontraba hasta parar un coche que lo llevase adonde pudiera contar su historia. Tenía mucho con qué entretenerse. Aunque le daba vueltas la cabeza y sentía el cuerpo entumecido, en su interior vibraba una lucidez como jamás había experimentado. Llegó a los misterios contenidos en las páginas del libro prohibido de Pope como a un oasis. Bebiendo profusamente de aquellas páginas, ansiaba con rara excitación el peregrinaje que le esperaba.

La madre de Ernesto, de Abelardo Castillo



Si Ernesto se enteró de que ella había vuelto (cómo había vuelto), nunca lo supe, pero el caso es que poco después se fue a vivir a El Tala, y, en todo aquel verano, sólo volvimos a verlo una o dos veces. Costaba trabajo mirarlo de frente. Era como si la idea que Julio nos había metido en la cabeza -porque la idea fue de él, de Julio, y era una idea extraña, turbadora: sucia- nos hiciera sentir culpables. No es que uno fuera puritano, no. A esa edad, y en un sitio como aquél, nadie es puritano. Pero justamente por eso, porque no lo éramos, porque no teníamos nada de puros o piadosos y al fin de cuentas nos parecíamos bastante a casi todo el mundo, es que la idea tenía algo que

turbaba. Cierta cosa inconfesable, cruel. Atractiva. Sobre todo, atractiva.

Fue hace mucho. Todavía estaba el Alabama, aquella estación de servicio que habían construido a la salida de la ciudad, sobre la ruta. El Alabama era una especie de restorán inofensivo, inofensivo de día, al menos, pero que alrededor de medianoche se transformaba en algo así como un rudimentario club nocturno. Dejó de ser rudimentario cuando al turco se le ocurrió agregar unos cuartos en el primer piso y traer mujeres. Una mujer trajo.

—¡No!

—Sí. Una mujer.

—¿De dónde la trajo?

Julio asumió esa actitud misteriosa, que tan bien conocíamos —porque él tenía un particular virtuosismo de gestos, palabras, inflexiones que lo hacían raramente notorio, y envidiable, como a un módico Brummel de provincias—, y luego, en voz baja, preguntó:

—¿Por dónde anda Ernesto?

En el campo, dije yo. En los veranos Ernesto iba a pasar emanas a El Tala, y esto venía sucediendo desde que el padre, a de aquello que pasó con la mujer, ya no quiso regresar al pueblo. Yo dije en el campo, y después pregunté:

—¿Qué tiene que ver Ernesto?

Julio sacó un cigarrillo. Sonreía.

—¿Saben quién es la mujer que trajo el turco?

Aníbal y yo nos miramos. Yo me acordaba ahora de la madre de Ernesto. Nadie habló. Se había ido hacía cuatro años, con una de esas compañías teatrales que recorren los pueblos: descocada, dijo esa vez mi abuela. Era una mujer linda. Morena y amplia: yo me acordaba. Y no debía de ser muy mayor, quién sabe si tendría cuarenta años.

—Atorranta, ¿no?

Hubo un silencio y fue entonces cuando Julio nos clavó aquella idea entre los ojos. O, a lo mejor, ya la teníamos.

–Si no fuera la madre...

No dijo más que eso.

Quién sabe. Tal vez Ernesto se enteró, pues durante aquel verano sólo lo vimos una o dos veces (más tarde, según dicen, el padre vendió todo y nadie volvió a hablar de ellos), y, las pocas veces que lo vimos, costaba trabajo mirarlo de frente.

–Culpables de qué, che. Al fin de cuentas es una mujer de la vida, y hace tres meses que está en el Alabama. Y si esperamos que el turco traiga otra, nos vamos a morir de viejos.

Después, él, Julio, agregaba que sólo era necesario conseguir un auto, ir, pagar y después me cuentan, y que si no nos animábamos a acompañarlo se buscaba alguno que no fuera tan braguetón, y Aníbal y yo no íbamos a dejar que nos dijera eso.

–Pero es la madre.

–La madre. ¿A qué llamás madre vos?: una chancha también pare chanchitos.

–Y se los come.

–Claro que se los come. ¿Y entonces?

–Y eso qué tiene que ver. Ernesto se crió con nosotros.

Yo dije algo acerca de las veces que habíamos jugado juntos; después me quedé pensando, y alguien, en voz alta, formuló exactamente lo que yo estaba pensando. Tal vez fui yo:

–Se acuerdan cómo era.

Claro que nos acordábamos, hacía tres meses que nos veníamos acordando. Era morena y amplia; no tenía nada de maternal.

–Y además ya fue medio pueblo. Los únicos somos nosotros.

Nosotros: los únicos. El argumento tenía la fuerza de una provocación, y también era una provocación que ella hubiese vuelto. Y entonces, puercamente, todo parecía más fácil. Hoy creo –quién sabe– que, de haberse tratado de una mujer cualquiera, acaso ni habríamos pensado seriamente en ir. Quién sabe. Daba un poco de miedo decirlo, pero, en secreto, ayudábamos a Julio para que nos convenciera; porque lo equívoco, lo inconfesable, lo monstruosamente atractivo de todo eso, era, tal vez, que se trataba de la madre de uno de nosotros.

–No digas porquerías, querés -me dijo Aníbal.

Una semana más tarde, Julio aseguró que esa misma noche conseguiría el automóvil. Aníbal y yo lo esperábamos en el bulevar.

–No se lo deben de haber prestado.

–A lo mejor se echó atrás.

Lo dije como con desprecio, me acuerdo perfectamente. Sin embargo fue una especie de plegaria: a lo mejor se echó atrás. Aníbal tenía la voz extraña, voz de indiferencia:

–No lo voy a esperar toda la noche; si dentro de diez minutos no viene, yo me voy.

–¿Cómo será ahora?

–Quién... ¿la tipa?

Estuvo a punto de decir: la madre. Se lo noté en la cara. Dijo la tipa. Diez minutos son largos, y entonces cuesta trabajo olvidarse de cuando íbamos a jugar con Ernesto, y ella, la mujer morena y amplia, nos preguntaba si queríamos quedarnos a tomar la leche. La mujer morena. Amplia.

–Esto es una asquerosidad, che.

–Tenés miedo – dije yo.

–Miedo no; otra cosa.

Me encogí de hombros:

–Por lo general, todas éstas tienen hijos. Madre de alguno iba a ser.

–No es lo mismo. A Ernesto lo conocemos.

Dije que eso no era lo peor. Diez minutos. Lo peor era que ella nos conocía a nosotros, y que nos iba a mirar. Sí. No sé por qué, pero yo estaba convencido de una cosa: cuando ella nos mirase iba a pasar algo.

Aníbal tenía cara de asustado ahora, y diez minutos son largos: Preguntó:

–¿Y si nos echa?

Iba a contestarle cuando se me hizo un nudo en el estómago: por la calle principal venía el estruendo de un coche con el escape libre.

–Es Julio –dijimos a dúo.

El auto tomó una curva prepotente. Todo en él era prepotente: el buscahuellas, el escape. Infundía ánimos. La botella que trajo también infundía ánimos.

–Se la robé a mi viejo.

Le brillaban los ojos. A Aníbal y a mí, después de los primeros tragos, también nos brillaban los ojos. Tomamos por la Calle de los Paraísos, en dirección al paso a nivel. A ella también le brillaban los ojos cuando éramos chicos, o, quizá, ahora me parecía que se los había visto brillar. Y se pintaba, se pintaba mucho. La boca, sobre todo.

–Fumaba, ¿te acordás?

Todos estábamos pensando lo mismo, pues esto último no lo había dicho yo, sino Aníbal; lo que yo dije fue que sí, que me acordaba, y agregué que por algo se empieza.

–¿Cuánto falta?

–Diez minutos.

Y los diez minutos volvieron a ser largos; pero ahora eran largos exactamente al revés. No sé. Acaso era porque yo me acordaba, todos nos acordábamos, de aquella tarde cuando ella estaba limpiando el piso, y era verano, y el escote al agacharse se le separó del cuerpo, y nosotros nos habíamos codeado.

Julio apretó el acelerador.

–Al fin de cuentas, es un castigo –tu voz, Aníbal, no era convincente–: una venganza en nombre de Ernesto, para que no sea atorranta.

–¡Qué castigo ni castigo!

Alguien, creo que fui yo, dijo una obscenidad bestial. Claro que fui yo. Los tres nos reímos a carcajadas y Julio aceleró más.

–¿Y si nos hace echar?

–¡Estás mal de la cabeza vos! ¡En cuanto se haga la estrecha lo hablo al turco, o armo un escándalo que les cierran el boliche por desconsideración con la clientela!

A esa hora no había mucha gente en el bar: algún viajante y dos o tres camioneros. Del pueblo, nadie. Y, vaya a saber por qué, esto último me hizo sentir audaz. Impune. Le guiñé el ojo a la rubiecita que estaba detrás del mostrador; Julio, mientras tanto, hablaba con el turco. El turco nos miró como si nos estudiara, y por la cara desafiante que puso Aníbal me di cuenta de que él también se sentía audaz. El turco le dijo a la rubiecita:

–Llévalos arriba.

La rubiecita subiendo los escalones: me acuerdo de sus piernas. Y de cómo movía las caderas al subir. También me acuerdo de que le dije una indecencia, y que la chica me contestó con otra, cosa que (tal vez por el coñac que tomamos en el coche, o por la ginebra del mostrador nos causó mucha gracia. Después estábamos en una sala pulcra, impersonal, casi recogida, en la que había una mesa pequeña: la salita de espera de un dentista. Pensé a ver si nos sacan una muela. Se lo dije a los otros:

–A ver si nos sacan una muela.

Era imposible aguantar la risa, pero tratábamos de no hacer ruido. Las cosas se decían en voz muy baja.

–Como en misa – dijo Julio, y a todos volvió a parecernos notablemente divertido; sin embargo, nada fue tan gracioso como cuando Aníbal, tapándose la boca y con una especie de resoplido, agregó:

–¡Mirá si en una de éstas sale el cura de adentro!

Me dolía el estómago y tenía la garganta seca. De la risa, creo. Pero de pronto nos quedamos serios. El que estaba adentro salió. Era un hombre bajo, rechoncho; tenía aspecto de cerdito. Un cerdito satisfecho. Señalando con la cabeza hacia la habitación, hizo un gesto: se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

Después, mientras se oían los pasos del hombre que bajaba, Julio pregunto:

–¿Quién pasa?

Nos miramos. Hasta ese momento no se me había ocurrido, o no había dejado que se me ocurriese, que íbamos a estar solos, separados –eso: separados- delante de ella. Me encogí de hombros.

–Qué sé yo. Cualquiera.

Por la puerta a medio abrir se oía el ruido del agua saliendo de una canilla. Lavatorio. Después, un silencio y una luz que nos dio en la cara; la puerta acababa de abrirse del todo. Ahí estaba ella. Nos quedamos mirándola, fascinados. El deshabillé entreabierto y la tarde de aquel verano, antes, cuando todavía era la madre de Ernesto y el vestido se le separó del cuerpo y nos decía si queríamos quedarnos a tomar la leche. Sólo que la mujer era rubia ahora. Rubia y amplia. Sonreía con una sonrisa profesional; una sonrisa vagamente infame.

–¿Bueno?

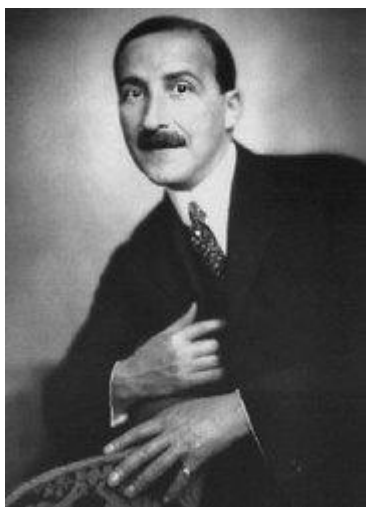
Su voz, inesperada, me sobresaltó: era la misma. Algo, sin embargo, había cambiado en ella, en la voz. La mujer volvió a sonreír y repitió "bueno", y era como una orden; una orden pegajosa y caliente. Tal vez fue por eso que, los tres juntos, nos pusimos de pie. Su deshabillé, me acuerdo, era oscuro, casi traslúcido.

–Voy yo –murmuró Julio, y se adelantó, resuelto.

Alcanzó a dar dos pasos: nada más que dos. Porque ella entonces nos miró de lleno, y él, de golpe, se detuvo. Se detuvo quién sabe por qué: de miedo, o de vergüenza tal vez, o de asco. Y ahí se terminó todo. Porque ella nos miraba y yo sabía que, cuando nos mirase, iba a pasar algo. Los tres nos habíamos quedado inmóviles, clavados en el piso; y al vernos así, titubeantes, vaya a saber con que caras, el rostro de ella se fue transfigurando lenta, gradualmente, hasta adquirir una expresión extraña y terrible. Sí. Porque al principio, durante unos segundos, fue perplejidad o incompreensión. Después no. Después pareció haber entendido oscuramente algo, y nos miró con miedo, desgarrada, interrogante. Entonces lo dijo. Dijo si le había pasado algo a él, a Ernesto.

Cerrándose el deshabillé lo dijo.

La estrella sobre el bosque, de Stefan Zweig



Un día, cuando el diligente y apuesto camarero François se inclinó sobre el hombro de la bella condesa polaca Ostrovska, sucedió algo extraño. Sólo duró un segundo y no fue un estremecimiento o un sobresalto, un temblor o una emoción. Y, sin embargo, fue uno de esos segundos que abarcan miles de horas y de días llenos de júbilo y tormento, como el vigor vehemente de los grandes y fragorosos robles con todas sus ramas que se mecen y sus copas que se inclinan está contenido en un solo granito de semilla. En ese segundo no sucedió nada visible. François, el dúctil camarero del gran hotel de la Riviera se inclinó aún más, para presentar con mayor comodidad la fuente al cuchillo indeciso de la condesa. Pero su rostro descansó ese momento a pocos centímetros de las ondas dulcemente rizadas y perfumadas de su cabeza, y, cuando instintivamente alzó la mirada devota, sus ojos turbados vieron la suave y luminosa línea blanca con la que su cuello surgía de esa marea oscura y se perdía en el vestido rojo oscuro abullonado. Una llamarada color púrpura lo invadió. Y el cuchillo vibró suavemente en la fuente, presa de un imperceptible temblor. Aunque en ese segundo François intuyó las graves consecuencias de este repentino hechizo, dominó hábilmente su agitación y siguió sirviendo con el entusiasmo reservado y un poco galante de un garçon de buen gusto. Alargó la fuente con movimiento medido al acompañante habitual de la condesa, un aristócrata maduro dotado de una imperturbable elegancia, que relataba cosas indiferentes con entonación refinadamente acentuada y en un francés cristalino. Luego se apartó de la mesa sin alterar su mirada y su gesto. Estos minutos fueron el comienzo de un estado de ensueño muy extraño y ferviente, de un sentimiento tan impetuoso y exaltado que apenas le corresponde el término grave y noble de amor. Era ese amor, de fidelidad canina y desprovisto de deseos, que los seres humanos generalmente no experimentan en la flor de su vida, que sólo sienten las personas muy jóvenes o muy ancianas. Un amor sin reflexión, que sólo sueña y no piensa. Olvidó por completo ese injusto y, sin embargo, inalterable desprecio que incluso personas inteligentes y circunspectas manifiestan hacia seres humanos que visten el frac de camarero; no especuló sobre posibilidades y casualidades, sino que aumentó en su sangre esa extraña inclinación hasta que su profundidad escapó a toda burla y crítica. Su ternura no era la de las miradas secretamente alusivas y al acecho, la temeridad de los gestos atrevidos que de repente se desata, la pasión sin sentido de labios sedientos y manos temblorosas; era una aplicación silenciosa, un prevalecer de aquellos pequeños servicios que son tanto más excelsos y sagrados en su modestia cuanto que permanecen a sabiendas ocultos. Después de la cena alisaba las arrugas del mantel delante de la silla de la condesa con dedos tan tiernos y dulces como quien acaricia las manos queridas y plácidas de una mujer; colocaba las cosas en su proximidad con simetría devota, como si las dispusiera para una fiesta. Con el mayor cuidado llevaba las copas que habían tocado sus labios a su estrecha y poco aireada buhardilla y de noche las dejaba relucir a la luz perlada de la luna como si fueran joyas preciosas. Constantemente era, desde cualquier rincón, el secreto observador de sus movimientos y actividades. Bebía sus palabras como quien paladea lascivamente un vino dulce y de perfume embriagador. y recogía las palabras y las órdenes ávido como los niños la rápida pelota en el juego. Así su alma embelesada introdujo en su pobre e indiferente vida un brillo cambiante y opulento. Nunca se le ocurrió la sabia necesidad

de trasponer todo el episodio a las palabras frías y destructivas de la realidad de que el miserable camarero François amaba a una condesa exótica y eternamente inalcanzable. Porque él no la sentía como realidad, sino como algo excelso, muy lejano, que bastaba con su reflejo de la vida. Amaba el imperioso orgullo de sus órdenes, el ángulo dominante de sus cejas negras que casi se tocaban, el pliegue indómito alrededor de la boca fina, la gracia segura de sus gestos. La sumisión le parecía a François algo natural y sentía como dicha la proximidad humillante del servicio modesto, porque gracias a ella podía entrar tan a menudo en el círculo seductor que rodeaba a su amada.

Así despertó de repente en la vida de un hombre sencillo un sueño, como una flor de jardín noble y cuidadosamente criada, que florece en una carretera donde el polvo de los caminantes ahoga todos los brotes. Era el vértigo de un ser sencillo, un sueño embriagador y narcótico en medio de una vida fría y monótona. Y los sueños de seres como él son como barcas sin timón, que van a la deriva presas de una voluptuosidad fluctuante sobre aguas silenciosas y espejeantes, hasta que de pronto su quilla choca con una sacudida seca en una orilla desconocida.

La realidad, sin embargo, es más fuerte y sólida que todos los sueños. Una noche el corpulento portero procedente del Waadtland le dijo a François al pasar: «La Ostrovska se marcha mañana en el tren de las ocho». Y luego añadió otros nombres sin importancia que él apenas escuchó. Porque esas palabras se habían transformado en su cerebro en un confuso remolino tumultuoso. Varias veces se pasó los dedos mecánicamente por la frente afligida, como si quisiera apartar un sedimento pesado, que allí reposaba y obnubilaba la razón. Dio unos pasos titubeantes. Inseguro y atemorizado cruzó delante de un alto espejo de marco dorado, del que le salió al encuentro un rostro mortalmente pálido y extraño. Los pensamientos no acudían a su mente, estaban por así decir aprisionados tras un muro oscuro y nebuloso. Casi inconsciente, descendió, agarrándose a la balaustrada, la amplia escalera hacia el jardín sumido en sombras, en el que los altos pinos se erguían solitarios como pensamientos sombríos. Su silueta intranquila dio unos inciertos pasos más, como el vuelo bajo y tambaleante de un ave nocturna enorme y oscura, y por fin se dejó caer en un banco, apoyando la cabeza en su frío respaldo. El silencio era absoluto. A su espalda, entre los arbustos redondeados, relucía el mar. Luces suaves y trémulas chispeaban sobre su superficie, y en el silencio se perdía la monótona cantinela murmurante de lejanos rompientes.

Y de pronto todo estaba claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que François casi sonrió. Todo había acabado, sencillamente. La condesa Ostrovska se marcha a casa y el camarero François queda atrás en su puesto. ¿Acaso era tan raro? ¿No se marchaban al cabo de dos, tres o cuatro semanas todos los extranjeros que venían? Qué tontería no haberlo pensado antes. Porque todo estaba tan claro como para reír o llorar. Y sus pensamientos bullían y bullían. Mañana por la noche, en el tren de las ocho en dirección a Varsovia. A Varsovia..., horas y horas a través de bosques y valles, a través de colinas y montañas, a través de estepas y ríos y dinámicas ciudades. ¡Varsovia! ¡Qué lejos quedaba! No podía siquiera imaginar, aunque sí sentir en lo más profundo, esa palabra orgullosa y amenazadora, dura y lejana: Varsovia. Y él...

Durante un segundo aleteó una pequeña y fantástica esperanza. Podía seguirla. Y buscar empleo allí como criado, escribiente, cochero, esclavo; estar allí en la calle como mendigo, todo menos estar tan horriblemente lejos; al menos respirar el aliento de la misma ciudad, verla quizá pasar, ver su sombra, al menos, su vestido y su cabello negro. Ya surgían precipitadas visiones. Pero el momento era duro e

implacable. François vio lo inalcanzable desnudo y claro. Calculó: cien o doscientos francos ahorrados, en el mejor de los casos. No bastaban ni para la mitad del camino. Y entonces ¿qué? Como a través de un velo desgarrado vio de pronto su vida, presintió lo pobre, miserable y fea que indefectiblemente sería de ahora en adelante. Años vacíos ejerciendo su profesión de camarero, torturado por un insensato deseo, esa ridiculez iba a ser su futuro. Lo recorrió un escalofrío. Y de pronto todas las cadenas de pensamientos confluyeron arrebatadas e imparables. Había únicamente una posibilidad.

Las copas de los árboles se mecían en una brisa apenas perceptible. La noche oscura y negra se alzaba amenazadora ante él. Entonces se alzó, seguro y sereno, del banco y se dirigió por la grava crujiente hacia el gran edificio que dormía en blanco silencio. Debajo de una de sus ventanas hizo un alto. Estaba ciega y sin un signo brillante de luz en el que se hubiera podido encender el deseo soñador. Ahora su sangre circulaba con latidos tranquilos, y se alejó como alguien al que ya nada confunde y engaña. En su cuarto se echó sin agitación alguna sobre la cama y durmió con un sueño denso y sin imágenes hasta la señal matutina del despertar.

Al día siguiente, su comportamiento se ciñó por completo a los límites de la deliberación meticulosamente definida y de la calma forzada. Con fría indiferencia cumplió con sus obligaciones, y sus gestos tenían una seguridad tan absoluta y tan despreocupada, que nadie hubiera imaginado detrás de la máscara falaz la amarga decisión. Poco antes de la hora de la cena, acudió con sus pequeños ahorros a la floristería más selecta y compró flores exquisitas que en su espléndido colorido le sugerían palabras: tulipanes del color del oro fogoso, que eran como la pasión; crisantemos blancos de amplia corola, como sueños luminosos y exóticos; finas orquídeas, las imágenes estilizadas del deseo, y unas soberbias rosas embriagadoras. Y luego compró un valioso jarrón de cristal con destellos opalescentes. Los pocos francos que aún le quedaban se los regaló al pasar, con un gesto rápido y distraído, a un niño que pedía limosna. Luego volvió al hotel. Con solemnidad melancólica colocó el jarrón con las flores delante del cubierto de la condesa, que dispuso por última vez con voluptuoso y minucioso esmero.

Llegó el momento de la cena. François sirvió la mesa como siempre: reservado, silencioso y competente, sin alzar los ojos. Sólo al final envolvió la silueta cimbreada y orgullosa de la condesa con una mirada infinita, que ella no percibió. Nunca le había parecido tan bella como en esta mirada última y libre de todo deseo. Luego se apartó con serenidad de la mesa, sin gesto alguno de despedida, y abandonó la sala. Como un huésped ante el que se inclinan los criados, atravesó los pasillos y descendió la elegante escalera de recepción hasta la calle: era evidente que en ese momento dejaba atrás su pasado. Delante del hotel se detuvo un segundo, indeciso; entonces empezó a caminar, bordeando iluminadas villas y amplios jardines, siempre adelante como un paseante ensimismado, sin saber adónde se dirigía.

Así vagó inciertamente hasta el anochecer en un estado de enajenación ensoñada. Ya no pensaba más en las cosas. Ni en las pasadas ni en las inevitables. Ya no le daba vueltas a la idea de la muerte, como sin duda en los últimos momentos el suicida circunspecto sopesa en la mano el brillante y amenazador revólver de profundo ojo y lo vuelve a dejar en la mesa. Hacía tiempo que se había sentenciado a sí mismo. Por su mente sólo pasaban imágenes en raudo vuelo, como golondrinas de viaje. Primero, los días de la juventud hasta aquella fatal hora de clase cuando una estúpida aventura lo propulsó violentamente desde la perspectiva de un futuro prometedor a la confusión del mundo. Luego los viajes incesantes, las dificultades por el sueldo, los proyectos,

una y otra vez fracasados, hasta que la gran oleada negra, que llamamos el destino, quebró su orgullo y lo dejó abandonado en un puesto indigno. Muchos recuerdos multicolores pasaron revoloteando por su mente. Por fin relució el suave reflejo de los últimos días en sus sueños despiertos; y de nuevo abrieron violentamente la oscura puerta de la realidad que debía traspasar. Recordó que deseaba morir en ese mismo día.

Durante un rato recapacitó sobre los muchos caminos que conducen a la muerte, y comparó su respectiva amargura y su definitiva prontitud. Hasta que lo traspasó un pensamiento. En su sombría cavilación se le ocurrió un funesto símbolo: así como la condesa había arrasado inconsciente y destructivamente su vida, así debía arrollar también su cuerpo. Ella misma lo llevaría a cabo. Ella misma consumiría su obra. Y ahora sus pensamientos se aceleraron con increíble seguridad. En algo menos de una hora, a las ocho, salía el expreso que la llevaba a su encuentro. Se arrojaría debajo de sus ruedas, se dejaría destrozar por la misma fuerza arrebatadora que le arrancaba a la mujer de sus sueños. Se desangraría debajo de sus pies. Los pensamientos galopaban y se perseguían jubilosos. François ya conocía el lugar. Más arriba, al borde del bosque, donde las copas frondosas de los árboles oscurecían la última vista sobre la cercana bahía. Miró el reloj: los segundos y los latidos de su sangre casi marcaban el mismo ritmo. Era hora de ponerse en camino. Y ahora, de repente, sus pasos cansinos se volvieron elásticos y decididos, con ese ritmo duro y precipitado que el sueño mata en su avance. Agitado se precipitó en el esplendoroso crepúsculo del anochecer meridional hacia el lugar en el que, entre lejanas colinas cubiertas de bosque, el cielo aparecía incrustado como una línea color púrpura. Y corrió hasta llegar a las vías del tren, que relucían como dos líneas plateadas y le mostraban el camino. Lo condujeron por una ruta sinuosa hacia la altura, a través de perfumados y profundos valles, cuyos velos de niebla atenuaban plateados la luz cansina de la luna; lo condujeron ascendiendo a las colinas, desde las que se veía lo lejos que el mar vasto y nocturno refulgía con sus brillantes luces costeras. Y le mostraron por fin el profundo bosque mecido por el inquieto viento, que sumergió las vías en las sombras que se cernían.

Ya era tarde cuando François llegó con respiración entrecortada a la ladera oscura del bosque. Los árboles lo rodeaban lúgubres y negros. Sólo arriba, entre las copas transparentes, asomaba la luz temblorosa y pálida de la luna entre las ramas, que se quejaban cuando la ligera brisa de la noche las tomaba en sus brazos. De vez en cuando resonaban extrañas llamadas de lejanos pájaros nocturnos en el apretado silencio. Los pensamientos se le paralizaron por completo en esa aprensiva soledad. François sólo esperaba, esperaba y miraba fijamente si allá abajo, en la curva de la primera serpentina ascendente, asomaba la luz roja del tren. De vez en cuando consultaba nervioso el reloj y contaba los segundos. Luego volvía a prestar atención al lejano grito del tren. Pero era imaginación suya. El silencio era total. El tiempo parecía haberse congelado.

Por fin brilló allá abajo la luz. En ese segundo François sintió una sacudida en el corazón, aunque no hubiera podido decir si de temor o de alegría. Con un movimiento impetuoso se tiró sobre las vías. Al principio sólo sintió un instante el agradable frío de los raíles de hierro en su sien. Luego aguzó el oído. El tren aún estaba lejos. Podía tardar algunos minutos. Ahora no se oía nada excepto el susurro de los árboles en el viento. Los pensamientos saltaban confusos. Y, de pronto, uno que permaneció clavado como una dolorosa flecha en su corazón: que él moría por ella y que ella nunca lo sabría. Que ni la más pequeña ola de su vida encrespada había tocado la de ella. Que ella nunca sabría que una vida ajena había venerado la suya y se había destrozado contra ella.

Apenas perceptible y muy lejano se oía jadear por el aire casi quieto el golpeteo rítmico de la máquina que remontaba la pendiente. Pero el pensamiento seguía quemando con igual fuerza y atormentaba los últimos minutos del moribundo. El tren se aproximaba más y más con su estrépito metálico. Y entonces François abrió una vez más los ojos. Sobre él se extendía un cielo mudo de un azul casi negro y las copas intranquilas de unos árboles. Y sobre el bosque resplandecía una estrella blanca. Una estrella solitaria sobre el bosque... Los raíles empezaron a vibrar suavemente y a zumbar bajo su cabeza. Pero el pensamiento ardía como fuego en su corazón y en la mirada que abarcaba toda la intensidad y la desesperación de su amor. Todo el deseo y esta última dolorosa pregunta se volcaron en la estrella blanca y reluciente, que miraba benignamente sobre él. El tren se aproximaba más y más. Y el moribundo envolvió una vez más con una última e inefable mirada la estrella sobre el bosque. Luego cerró los ojos. Los raíles temblaron y vibraron, la marcha estrepitosa del presuroso tren se acercaba más y más y el bosque resonaba como grandes y martilleantes campanas. La tierra pareció tambalearse. Aún un aturdidor chirrido, un estruendo arremolinado, luego un estridente pitido, el grito de animal asustado del silbato del tren y la queja disonante de un freno inútil.

La bella condesa Ostrovska ocupaba en el tren un compartimiento reservado. Desde el inicio del viaje leía una novela francesa, mecida suavemente por el balanceo del vagón. El aire del estrecho habitáculo era sofocante y estaba cargado del denso perfume de muchas flores a punto de marchitarse. En las magníficas cestas de despedida los racimos de lilas blancas ya dejaban caer la cabeza, cansinas como frutas excesivamente maduras, las flores colgaban flácidas de sus tallos, y los cálices pesados y dilatados de las rosas parecían consumirse en la nube caliente de los aromas embriagadores. Un atosigante bochorno calentaba las pesadas oleadas de perfume, suspendidas perezosas incluso en la presteza acelerada del tren.

De pronto, la condesa dejó caer el libro con dedos fatigados. Ni ella misma sabía por qué. Una sensación misteriosa la invadió. Sintió una presión sorda y dolorosa. Un dolor repentino, inexplicable y angustioso se apoderó de su corazón. Creyó que iba a asfixiarse en el vaho turbador y cálido de las flores. Y ese aterrador dolor no cedía, sentía cada vibración de las ruedas veloces, la ciega marcha hacia delante la martirizaba indeciblemente. La asaltó un deseo fulminante de parar el impulso acelerado del tren, de detenerlo ante el oscuro dolor hacia el que se precipitaba. Nunca en su vida había sentido su corazón atenazado por algo tan horrible, invisible y cruel como en esos segundos de dolor inconcebible y miedo inexplicable. Y esa sensación se hizo más y más acuciante, y más apretada la presión alrededor de su garganta. Como una plegaria surgió en ella el deseo de que el tren parara.

Ahí, de repente, un estridente silbato, el grito salvaje de aviso del tren y el quejido de los frenos con su lamentable chirrido. Y el ritmo ralentizado de las ruedas aladas, más y más lento, luego un tartamudeo mecánico y un golpe brusco.

Con dificultad se acercó a la ventanilla para aspirar a bocanadas el aire fresco. El cristal descendió ruidosamente. Afuera siluetas negras, corriendo... Palabras al vuelo de múltiples voces: un suicida... Bajo las ruedas... Muerto... En pleno campo...

La condesa se estremece. Instintivamente su mirada se alza hacia el cielo alto y silencioso y hacia los árboles negros mecidos por el viento. Y sobre ellos una estrella solitaria sobre el bosque. La condesa siente su mirada como una lágrima refulgente. La contempla y de pronto siente una tristeza como nunca la ha sentido. Una tristeza llena de fuego y deseo, como nunca existió en su vida...

El tren reanuda lentamente su marcha. La condesa se reclina en la esquina de su butaca y lágrimas silenciosas se deslizan por sus mejillas. La angustia sorda ha desaparecido, ya sólo siente un profundo y extraño dolor, cuyo origen busca explicarse en vano. Un dolor como el que tienen los niños asustados, cuando despiertan en la noche oscura e impenetrable y sienten que están por completo solos...

El pequeño tesoro de cada cual, de Liliana Heker



La puerta cancel abriéndose apenas. Asomada en la rendija, la cara de una mujer de pelo gris. Sonreía. Inesperadamente, el dibujo de un libro fulguró en la cabeza de Ana, ¿Alicia en el País de las Maravillas? Un gato sonriente que se borraba. No de golpe: se desdibujaba paso a paso, primero la cola, después el cuerpo, por fin la cabeza, hasta que sólo permanecía la sonrisa, rígida, descomunal, suspendida de la nada. Esto era lo mismo pero al revés. Como si la sonrisa hubiese estado allí antes de que la puerta se entreabriera. Esperándola.

-Qué se le ofrece, señorita.

La pregunta de la mujer, en cambio, no indicaba que la esperase. Curioso, con tanta propaganda como había habido, pero en fin. Ana adoptó (le parecía) cierta inflexión de funcionaria.

-Es por el censo nacional, señora. Yo soy la censista.

-¡Ay, la censista! -la exclamación de la mujer fue sorprendente: una mezcla de saludo entusiasta y de lamento- Le dije a mi hija que usted iba a venir al mediodía, pero ella...

Dejó la frase suspendida en el aire. Esta mujer deja todo suspendido en el aire, se le ocurrió a Ana.

-Lo siento- dijo-, una llega a la hora que puede.

-Por supuesto, mi hijita- la mujer abrió la puerta. Pase, por favor, se la va a llevar el viento con ese cuerpito.

Así enflaquecida por la mujer, Ana notó que tenía hambre. ¿O era por el olor? Olor a comida sustanciosa seduciéndola apenas dejó atrás el zaguán.

El vestíbulo se veía impecable. Pulido piso de mosaicos, carpetitas, muebles relucientes, sólo una revista de historietas abierta en el suelo parecía fuera de sitio. La mujer sacudió la cabeza cuando la notó. «Ay, estos chicos», protestó con suavidad mientras la levantaba. Ana saboreó el olor a comida, más nítido ahora.

-Ya sé que la hora es un poco incómoda -dijo-, pero son unos minutos nada más.

-Pero no, mi querida, puede quedarse toda la tarde si gusta. Perdón, no me presenté, soy la señora de Ferrari. Pero todos me dicen Amelia nomás.

-Y yo soy Ana, ¿puedo sentarme por acá, así hacemos esto?

-De ninguna manera, usted se viene conmigo al comedor y se acomoda como Dios manda -abrió una puerta que daba al patio-. Lo que me preocupa es que mi hija la mayor se haya ido, y encima el sinvergüenza de mi marido tiene que avisar justo hoy que no viene a almorzar -sonrió con ternura-. Pobrecito, él que aprovecha el feriado para adelantar trabajo y yo tratándolo de sinvergüenza.

-La verdad que para esto no va a hacer ninguna falta su marido.

La mujer se llevó una mano a la boca con una especie de pudor.

-Ya sé que usted se va a burlar de mí, le digo porque tengo tres hijas, mire si no voy a saber lo que piensan las chicas hoy en día, pase por aquí, pero qué quiere, una está chapada a la antigua. Para mí el que resuelve las cosas en casa es mi marido, él me acostumbró así, qué quiere, me lleva quince años. Cuando nos casamos yo parecía la hija así que imagínese, yo para él soy siempre su ¡Cuidado!

Justo a tiempo. Un segundo más y Ana habría pisado una patineta atravesada en la puerta del comedor.

-Ay, estos chicos, - rezongó la mujer, como antes en el vestíbulo-. Siéntese aquí, querida, así se repone -le indicó una silla ante una mesa con mantel, llena de tazas y restos de desayuno-. Lo que pasa es que es el más chiquito, sabe, y el único varón, un rubio tan comprador -emitió una risita-. El mimado de la familia se podrá imaginar.

Sí, se podía imaginar. Lo que en cambio no podía imaginarse era por qué la mujer había insistido tanto en traerla al comedor: migas por todas partes, ni un espacio como la gente para poner las planillas. La mujer pareció darse cuenta porque trajo una bandeja y empezó a vaciar la mesa.

-No sé qué va a pensar de mí -dijo; Ana miró con languidez una tostada con dulce, semicomida, que la mujer estaba levantando-. Lo que pasa es que, cuando una tiene una familia tan grande...

Ana llenó los encabezamientos tratando de no escuchar. ¿No había cierta voracidad en estas esposas que exhibían a sus maridos y a sus hijos como una pequeña obra de arte? Terminó de escribir y observó unos segundos el ajeteo de la mujer.

-No se preocupe por la mesa, por favor. ¿Le importaría mucho sentarse un momento, así terminamos de una vez con esto? Son pocas preguntas.

-Ya estoy con usted -ahora la mujer recogía el mantel tratando de que no se cayesen las migas-. Créame, no me gusta ver todo en desorden, lo que pasa es que con la cuestión del feriado los chicos se levantaron como a las doce. Y claro, salieron a los apurones. Llevo esto a la cocina y estoy con usted.

-Señora, por favor, todavía me queda un montón de casas para visitar y ni siquiera almorcé. ¿No podríamos de una buena vez?

-Ay, hijita soy una criminal. La tengo acá muerta de hambre y ni siquiera la convidó con un bocado. Mire, vamos a hacer una cosa, hoy me plantaron todos con el almuerzo. Venga, venga conmigo a la cocina, usted me hace las preguntas y yo la invito a almorzar. Me va a hacer un favor, en serio, no estoy acostumbrada a comer sola.

-Lo que pasa, señora, es que estoy cumpliendo una función -dijo Ana, y se sintió vagamente estúpida.

-Vamos, no me va a engañar a mí que podría ser su madre. Venga conmigo a la cocina, si está muerta de hambre, a mi marido y a mi chicos les encanta comer en la cocina.

¿No había deseado hasta hacía unos minutos que alguien la convidara aunque fuera con una mísera galletita? Aspiró con algo de gula el olor a comida y se puso de pie.

La mujer caminó hasta una puerta que debía comunicar con otra habitación; la abrió y, como si hubiese visto algo inadecuado, la cerró de un portazo.

-Dios mío, la iba a hacer pasar por los dormitorios -dijo-. No me acordaba que hoy ni tendí las camas. Venga por acá -y salió por la puerta que daba al patio.

Ana se encogió de hombros y la siguió, qué le importaba al fin y al cabo. Los gritos lejanos de una mujer y la voz de un chico le llegaron desde atrás de la medianera. Los vecinos de al lado, pensó; a esta casa no le falta nada.

-Todo el día gritando, ya me tienen cansada -refunfuñó la mujer; miró fugazmente a Ana y dulcificó el tono-. En fin, son chicos como los míos, ¿no? Lo que pasa es que una siempre ve la paja en el ojo ajeno. Vamos, entre, ésta es la cocina.

Una gran cacerola humeaba sobre la hornalla. La mujer levantó la tapa y revolvió con una cuchara de madera. Un vapor succulento se esparció por el aire.

-Venga, mire, dígame si me iba a plantar con toda esta comida, si alcanza para un regimiento -rió bonachonamente-. Siempre hago de más, qué quiere, si estos en cualquier momento se me aparecen con un invitado.

Es algo así como la madre ideal, pensó Ana. Se sentó y acomodó las planillas mientras la mujer preparaba la mesa para dos y ponía la comida en una especie de sopera. Por fin trajo la sopera a la mesa y se sentó.

-Pregunte, querida, así después comemos tranquilas.

Empezó a llenar los platos. Ana tomó la lapicera.

-¿Cuántas personas viven en la casa? -dijo, aunque, a esta altura, ni falta le hacía preguntarlo.

-Nada más que nosotros -dijo la mujer con cierto orgullo-. Perdón, usted querrá saber quiénes somos, esas cosas. Mi marido, mis tres hijas y el nene: el benjamín -se quedó un segundo en silencio-. Y yo, claro. ¿Le digo las edades?

-No hace falta. ¿Cuántos trabajan?

-Mi marido.

-¿El único?

-Ah, sí, él nos mantiene a todos. Bueno, mi hija la mayor trabaja también, es decoradora. Pero nada más que para los gustos, eh. El padre no quería pero yo estoy con la juventud moderna.

-Sí, señora, sí. ¿Alguno va a la escuela?

La mujer rió.

-Qué pregunta, claro. El nene, todavía en la primaria; la menor de las chicas, en cuarto año normal, y la que sigue terminando medicina. Ésa es una luz, no es porque yo sea la madre.

Ana miró de reojo el plato recién servido. París bien valía una misa, ¿no?

-¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

-¿Qué? -la mujer se puso alerta pero después se aflojó-. Ah, cinco. Cinco habitaciones.

Ana echó un vistazo al patio: no parecía muy grande. En fin. Anotó en el casillero: cinco. Miró a la mujer.

-Muy bien -tono de maestra que ha acabado de tomar la lección.

-¿Ya está? Ana dejó la lapicera y corrió las planillas.

-Ya está -dijo.

Consideró un segundo la expresión fascinada de la mujer y decidió acercarse el plato ella misma. Inesperadamente, la mujer canturreó. Ahora parecía más joven: resplandecía.

-Así que esto era todo -murmuró como quien piensa.

Ana comía. Delicioso, realmente. Ahora sí, que la mujer hablara todo lo que quisiese. De su marido ejemplar y de sus tres jóvenes gracias y del retozón rubio alegría de la familia. Por qué no, cada uno tiene su pequeño tesoro. Comiendo se sentía magnánima.

-¿Vio que no era para tanto? -dijo con tono juguetón.

La mujer sacudió la cabeza. Parecía no creer del todo en los hechos prodigiosos que acababan de ocurrir. Con timidez señaló las planillas.

-Y esto, ¿adónde va? -dijo.

-¿Esto? -Ana contempló con desconfianza la pila de papeles-. No sé, harán estadísticas, esas cosas.

-Estadísticas -repitió la mujer con expresión soñadora.

Pensándolo bien, mejor terminar el almuerzo en seguida e irse: antes de que la mujer empezara a hablar otra vez. "¡Te bajas de ahí inmediatamente!", oyó. "¡No me bajo nada!" Los vecinos de al lado, gente barullera realmente, tenía razón la mujer. "Bajate."

-¡Te digo que no me bajo nada! -más fuerte ahora, o más cercano-. ¡Quiero mi patineta!

Ana miró hacia el lugar de donde venía la voz. Vio la cabeza de un chico rubio asomada sobre la medianera. "Bajate, te digo; te vas a caer."

-Coma de una vez, se le va a enfriar la comida.

-Quiero mi patineta -repitió el chico-. ¡Amelia!

-Señorita Amelia -corrigió la vecina.

-¡Señorita Amelia! -gritó el chico-. ¿Está ahí?

Ana miró a la mujer; comía con los ojos fijos en el plato.

-¡Señorita Amelia! -el chico distinguió a Ana en la cocina-. ¡Eh, vos! -gritó-, ¿la señorita Amelia está ahí?

Ana observó a la mujer; seguía concentrada en su plato.

-Escúcheme -dijo con rabia-, preguntan por la señorita Amelia, ¿no oyó?

-Y a mí qué me dice -dijo la mujer-, ¿se cree que estoy obligada a conocer a todo el barrio?

-Sé buena -dijo el chico-. Yo se la presté porque me dijo que era para un sobrino, pero ahora mi mamá me dice que ésa no tiene ni sobrinos ni nada. Vos no serás el sobrino, ¿no? -se rió, encantado con su chiste; la vecina murmuró algo incomprensible. Y ahora me bajo porque me matan; chau, si la ves a la señorita Amelia, ya sabés.

Y como un actor que ha concluido su parte, el chico, su cabeza rubia, desapareció de la medianera.

-¿Ya terminó?

Ana giró la cabeza, sobresaltada. De pie junto a ella estaba la mujer. La cualidad de derramarse que antes parecía rodearla como un aura había desaparecido de su cara y de su cuerpo.

Se llevó los platos y la sopera. Con minuciosidad, con firmeza, fue arrojando la comida que quedaba en el tacho de basura. Tanto trabajo para esto, pensó Ana. Se acordó de las seis tazas sucias, se acordó de la tostada comida a medias, y tuvo ganas de escaparse corriendo de allí.

-¿Postre?

La cara inexpresiva vuelta hacia ella. Como si ferozmente la mujer se estuviera obligando a cumplir su tarea hasta el final.

-No, gracias, tengo que irme.

Se puso de pie y juntó sus cosas. La mujer levantó apenas el brazo.

-¿Esto ya no...?

Se interrumpió. Ana reparó en la mano señalando con miedo las planillas:

-Esto queda como está -dijo en voz muy baja.

Sólo un instante la mujer recuperó la cualidad que antes la había alumbrado.

-Gracias -dijo el movimiento de sus labios.

Después, en silencio, guió a Ana hasta la salida. No contestó a su saludo de despedida ni la miró. Esperó a que saliera, dio un golpe seco y, con dos vueltas de llave, cerró bien cerrada la puerta cancel.

Yzur, de Leopoldo Lugones



Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado. La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar".

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro es que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero esto no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un Cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábase que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende,

es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea fatalmente el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que se emplearía para comunicarle la palabra. Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir, que ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez, cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora; la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al marco.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Ésta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba -quizá por mi expresión- la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales, se halla asociado con el de la palabra en forma tal, que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentado en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una "concatenación dinámica de las ideas", frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no los que nunca le conocieron?...

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: a con papa; e con leche; i con vino; o con coco; u con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en papa, coco, leche, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como fundamental: vino, azúcar.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. Sólo que a veces, el aire contenido en sus abazones les daba una rotundidad de trueno. La u fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes me dieron un trabajo endemoniado, y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos y sus abazones, lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces a las cinco vocales, la b, la k, la m, la g, la f y la c, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tarea; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición de pes y emes.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditativas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas. Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Éste se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono "hablando verdaderas palabras". Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: cama y pipa. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llaméle al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las pes y las emes con que me tenía hartado, las guiñadas hipócritas y -Dios me perdone- una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro -toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquél por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de su cama. La proximidad de la muerte había ennoblecido y humanizado. Sus ojos llenos de gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías

en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejelo solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquéllas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el "yo soy tu amo" con que empezaba todas mis lecciones, o el "tú eres mi mono" con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a un espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, hacía redoblar mis preocupaciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquél era caso perdido. Más, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenarismo mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropeoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupidas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisiaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su extirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que, al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última noche, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron -estoy seguro-, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

-AMO, AGUA, AMO, MI AMO...

El cuento envenenado, de Rosario Ferré



Y el rey le dijo al sabio Ruyán:

–Sabio, no hay nada escrito.

–Da la vuelta a unas hojas más.

El rey giró otras páginas más y no transcurrió mucho tiempo

sin que circulara el veneno rápidamente por su cuerpo, ya que el libro

estaba envenenado. Entonces el rey se estremeció, dio un grito y dijo:

–El veneno corre a través de mí.

Las mil y una noches

Rosaura vivía en una casa de balcones sombreados por enredaderas tupidas y se pasaba la vida ocultándose tras ellos para leer libros de cuentos. Rosaura. Rosaura. Era una joven triste, que casi no tenía amigos; pero nadie podía adivinar el origen de su tristeza. Como quería mucho a su padre, cuando éste se encontraba en la casa se la oía cantar y reír por pasillos y salones, pero cuando él se marchaba al trabajo desaparecía como por arte de magia y se ponía a leer cuentos.

Sé que debería levantarme y atender a los deudos, volver a pasar la bandeja de café por entre mis clientas y la del coñac por entre sus insufribles esposos, pero me siento agotada. Lo único que quiero ahora es descansar los pies, que tengo aniquilados; dejar que las letanías de mis vecinas se desgranen a mi alrededor como un interminable rosario de tedio. Don Lorenzo era un hacendado de caña venido a menos, que sólo trabajando de sol a sol lograba ganar lo suficiente para el sustento de la familia. Primero Rosaura y luego Lorenzo. Es una casualidad sorprendente. Amaba aquella casa que la había visto nacer, cuyas galerías sobrevolaban los cañaverales como las de un buque orzado a toda vela. La historia de la casa alimentaba su pasión por ella, porque sobre sus almenas había tenido lugar la primera resistencia de los criollos a la invasión hacía ya casi cien años. Al pasearse por sus salas y balcones, don Lorenzo sentía inevitablemente encendérsele la sangre y le parecía escuchar los truenos de los mosquetes y los gritos de guerra de quienes en ella habían muerto en defensa de la patria. En los últimos años, sin embargo, se había visto obligado a hacer sus paseos por la casa con más cautela, ya que los huecos que perforaban los pisos eran cada vez más numerosos, pudiéndose ver, al fondo abismal de los mismos, el corral de gallinas y puercos que la necesidad le obligaba a criar en los sótanos. A pesar de estas desventajas, a don Lorenzo jamás se le hubiese ocurrido vender su casa o su hacienda. Como la zorra del cuento, se encontraba convencido de que un hombre podía vender su piel, su pezuña y hasta sus ojos, pero que la tierra, como el corazón, jamás se vende.

No debo dejar que los demás noten mi asombro, mi sorpresa. Después de todo lo que nos ha pasado, venir ahora a ser víctimas de un pila de escritorcito de mierda. Como si no me bastara con la mondadera de mis clientas. "Quién la viera y quién la vio", las oigo que dicen detrás de sus abanicos inquietos, "la mona, aunque la vistan

de seda, mona se queda”. Aunque ahora ya francamente no me importa. Gracias a Lorenzo estoy más allá de sus garras, inmune a sus bágame un poco más el escote, Rosa, apriétame acá otro poco el zipper, Rosita, y todo por la misma gracia y por el mismo precio. Pero no quiero pensar ya más en eso.

Al morir su primera mujer, don Lorenzo se sintió tan solo que, dando rienda suelta a su naturaleza enérgica y saludable, echó mano a la salvación más próxima. Como náufrago que, braceando en el vientre tormentoso del mar, tropieza con un costillar de esa misma nave que acaba de hundirse bajo sus pies, y se aferra desesperado a ella para mantenerse a flote, así se asió don Lorenzo a las amplias caderas y aún más plétóricos senos de Rosa, la antigua modista de su mujer. Restituida la convivencia hogareña, la risa de don Lorenzo volvió a retumbar por toda la casa y se esforzaba porque su hija también se sintiera feliz. Como era un hombre culto, amante de las artes y de las letras, no encontraba nada malo en el persistente amor de Rosaura por los libros de cuentos. Aguijoneado sin duda por el remordimiento, al recordar cómo la niña se había visto obligada a abandonar sus estudios a causa de sus malos negocios, le regalaba siempre, el día de su cumpleaños, un espléndido ejemplar de ellos.

Esto se está poniendo interesante. La manera de contar que tiene el autor me da risa, parece un firulí almidonado, un empalagoso de pueblo. Yo definitivamente no le simpatizo. Rosa era una mujer práctica, para quien los refinamientos del pasado representaban un capricho imperdonable, y aquella manera de ser la malquistó con Rosaura. En la casa abundaban, como en los libros que leía la joven, las muñecas raídas y exquisitas, los roperos hacinados de rosas de repollo y de capas de terciopelo polvoriento y los candelabros de cristales quebrados, que Rosaura aseguraba haber visto en las noches sostenidos en alto por deambulantes fantasmas. Poniéndose de acuerdo con el quincallero del pueblo, Rosa fue vendiendo una a una aquellas reliquias de la familia, sin sentir el menor resquemor de conciencia por ello.

El firulí se equivoca. En primer lugar, hacía tiempo que Lorenzo estaba enamorado de mí (desde mucho antes de la muerte de su mujer, junto a su lecho de enferma, me desvestía atrevidamente con los ojos) y yo sentía hacia él una mezcla de ternura y compasión. Fue por eso que me casé con él y de ninguna manera por interés, como se ha insinuado en este relato. En varias ocasiones me negué a sus requerimientos y, cuando por fin accedí, mi familia lo consideró de plano una locura. Casarme con él, hacerme cargo de las labores domésticas de aquel caserón en ruinas, era una especie de suicidio profesional, ya que la fama de mis creaciones resonaba, desde mucho antes de mi boda, en las boutiques de modas más elegantes y exclusivas del pueblo. En segundo lugar, vender los cachivaches de aquella casa no sólo era saludable psicológica sino también económicamente. En mi casa hemos sido siempre pobres y a orgullo lo tengo. Vengo de una familia de diez hijos, pero nunca hemos pasado hambre, y el espectáculo de aquella alacena vacía, pintada enteramente de blanco y con un tragaluz en el techo que iluminaba todo su vértigo, le hubiese congelado el tuétano al más valiente. Vendí los tereques de la casa para llenarla, para lograr poner sobre la mesa, a la hora de la cena, el mendrugo de pan de cada día.

Pero el celo de Rosa no se detuvo aquí, sino que empeñó también los cubiertos de plata, los manteles y las sábanas que en un tiempo pertenecieron a la madre de Rosaura y su frugalidad llegó a tal punto que ni siquiera los gustos moderadamente epicúreos de la familia se salvaron de ella. Desterrados para siempre de la mesa quedaron el conejo en pepitoria, el arroz con guinea y las palomas salvajes, asadas hasta su punto más tierno por debajo de las alas. Esta última medida entristeció grandemente a don Lorenzo, que amaba, más que nada en el mundo, luego de a su

mujer y a su hija, esos platillos criollos cuyo espectáculo humeante le hacía expandir de buena voluntad los carrillos sobre sus comisuras risueñas.

¿Quién habrá sido capaz de escribir una sarta tal de estupideces y de calumnias? Aunque hay que reconocer que el título le va a las mil maravillas; bien se ve que el papel aguanta todo el veneno que le escupan encima. Las virtudes económicas de Rosa la llevaban a ser candil apagado en la casa pero fanal encendido en la calle. “A mal tiempo buena cara, y no hay por qué hacerle ver al vecino que la desgracia es una desgracia”, decía, cuando se vestía con sus mejores galas para ir a misa, y obligaba a don Lorenzo a hacer lo mismo. Abrió un comercio de modistilla en los bajos de la casa, que bautizó ridículamente “El Alza de la Bastilla”, dizque para atraerse a una clientela más culta, y allí se pasaba las noches enhebrando hilos y sisando telas, invirtiendo todo lo que sacaba de la venta de los objetos de la familia en los vestidos que elaboraba para sus clientas.

Acaba de entrar a la sala la esposa del Alcalde. La saludaré sin levantarme, con una leve inclinación de cabeza. Lleva puesto uno de mis modelos exclusivos, que tuve que rehacer por lo menos diez veces, para tenerla contenta, pero aunque sé que espera que me le acerque y le diga lo bien que le queda, haciéndole mil reverencias, no me da la gana de hacerlo. Estoy cansada de servir de incensario a las esposas de los ricos del pueblo. En un principio les tenía compasión: verlas languidecer como flores asfixiadas tras las galerías de cristales de sus mansiones, sin nada en qué ocupar sus mentes que no fuese el bridge, el mariposear de chisme en chisme y de merienda en merienda, me partía el corazón. El aburrimiento, ese ogro de afelpada garra, había ya ultimado a varias de ellas, que habían perecido víctimas de la neurosis y de la depresión, cuando yo comencé a predicar, desde mi modesto taller, la salvación por medio de la Línea y del Color. La Belleza es, no me cabe la menor duda, la virtud más sublime, el atributo más divino de las mujeres. La

Belleza todo lo puede, todo lo cura, todo lo subsana.

Con la ayuda de Lorenzo me suscribí a las revistas más elegantes de París, de Nueva York y de Londres y comencé a publicar en *La Gaceta* una homilía semanal, en la cual señalaba cuáles eran las últimas tendencias de la moda. Si en el otoño se llevaba el púrpura magenta o el amaranto pastel, si en la primavera el talle se alforzaba o se plisaba, si en el invierno los botones se usaban de carey o de nuez, todo era materia de dogma, artículo apasionado de fe. El taller pronto se volvió una colmena de actividad, tantas eran las órdenes que recibía y tantas las visitas de las damas que venían a consultarme los detalles de sus últimas “tenues”.

El éxito no tardó en hacernos ricos y todo gracias a la ayuda de Lorenzo, que hizo posible el milagro vendiendo la hacienda y prestándome el capitalito que necesitaba para ampliar mi negocio. Por eso hoy, el día aciago de su sepelio, no tengo que ser fina ni considerada con nadie. Estoy cansada de tanta reverencia y de tanto halago, de tanta dama elegante que necesita ser adulada todo el tiempo para sentirse que existe. Que la esposa del Alcalde se alce su propia cola y se huelga su propio culo. Prefiero mil veces la lectura de este cuento infame a tener que hablarle, a tener que decirle qué bien se ha combinado hoy, qué maravillosamente le sientan su mantilla de bruja, sus zapatos de espátula, su horrible bolso.

Don Lorenzo vendió su casa y su finca y se trasladó con su familia a vivir al pueblo. El cambio resultó favorable para Rosaura: recobró el buen color y tenía ahora un sinnúmero de amigas y amigos, con los cuales se paseaba por las alamedas y los parques. Por primera vez en la vida dejó de interesarse por los libros de cuentos y,

cuando algunos meses más tarde su padre le regaló el último de ellos, lo dejó olvidado y a medio leer sobre el velador de la sala. A don Lorenzo, por el contrario, se le veía cada vez más triste, zurcido el corazón de pena por la venta de sus cañas.

Rosa, en su nuevo local, amplió su negocio y tenía cada vez más parroquianas. El cambio de localidad sin duda la favoreció, ocupando éste ahora por completo los bajos de la casa. Ya no tenía el corral de gallinas y puercos algarabeándole junto a la puerta y su clientela subió de categoría. Como estas damas, sin embargo, se demoraban en pagar sus deudas y Rosa, por otro lado, no podía resistir la tentación de guardar siempre para sí los vestidos más lujosos, su taller no acababa nunca de levantar cabeza. Fue por aquel entonces que comenzó a martirizar a Lorenzo con lo del testamento: "Si mueres en este momento, tendré que trabajar hasta la hora de mi muerte para pagar la deuda", le dijo una noche antes de dormirse, "ya que con la mitad de tu dinero no me será posible ni comenzar a hacerlo". Y como don Lorenzo se negara a desheredar a su hija para beneficiarla a ella, comenzó a injuriar y a insultar a Rosaura, acusándola de soñar con vivir siempre del cuento, mientras ella se descarnaba los ojos y los dedos cosiendo y bordando para ellos. Y antes de darle la espalda para extinguir la luz del velador, le dijo que ya que era a su hija a quien él más quería en el mundo, a ella no le quedaba más remedio que abandonarlo.

Me siento curiosamente insensible, indiferente a lo que estoy leyendo. He comenzado a sentir frío y estoy un poco mareada, pero debe ser la tortura de este velorio interminable. No veo la hora en que saquen el ataúd por la puerta y esta caterva de maledicientes acabe ya de largarse a su casa. Comparados a los chismes de mis clientas, los sainetes de este cuento insólito no son sino alfileretazos vulgares, que me rebotan sin que yo los sienta.

Me porté bien con Lorenzo; tengo mi conciencia tranquila. Eso es lo único que importa. Insistí, es cierto, en que nos mudáramos a la capital y todos nos beneficiamos por ello; insistí, es cierto, en que me dejara a mí el albaceazgo de todos sus bienes, porque me consideré mucho más capacitada que Rosaura, que anda siempre con la cabeza en las nubes, para administrarlos. Pero jamás lo amenacé con abandonarlo. Los asuntos de la familia iban de mal en peor y la ruina amenazaba cada vez más de cerca a Lorenzo, pero a éste no parecía importarle. Al llegar el día del cumpleaños de su hija le compró, como siempre, su tradicional libro de cuentos. Rosaura, por su parte, decidió cocinarle a su padre aquel día una confitura de guayaba, de las que antes solía confeccionarle su madre. Durante toda la tarde removió sobre el fogón el borbotante líquido color sanguaza y en varias ocasiones le pareció ver a su madre entrar y salir, por pasillos y salones, transportada por el oleaje rosado de aquel perfume que inundaba toda la casa.

Aquella noche, don Lorenzo se sentó feliz a la mesa y cenó con más apetito del que había demostrado en mucho tiempo. Terminada la cena, le entregó a Rosaura su libro, encuadernado, como él siempre decía riendo, en "cuero de corazón de alce". Haciendo caso omiso de los acentos circunflejos que ensombrecían de ira el ceño de su mujer, padre e hija admiraron juntos el opulento ejemplar, cuyo grueso canto dorado hacía resaltar elegantemente el púrpura de las tapas. Inmóvil sobre su silla, Rosa los observaba en silencio, con una sonrisa álgida escarchándole los labios. Llevaba puesto aquella noche su vestido más lujoso, porque asistiría con don Lorenzo a una cena de gran cubierto en casa del Alcalde y no quería por eso alterarse ni perder la paciencia con Rosaura.

Don Lorenzo comenzó entonces a embromar a su mujer y le comentó, intentando sacarla de su ensimismamiento, que los exóticos vestidos de aquellas reinas y grandes damas que aparecían en el libro de Rosaura bien podrían servirle a ella de inspiración para sus modelos. “Aunque para vestir tus opulentas carnes se necesitarían varias resmas de seda más de las que necesitaron ellas, a mí no me importaría pagarlas, porque tú eres una mujer de veras y no un enclenque maniquí de cuento”, le dijo pellizcándole solapadamente una nalga. ¡Pobre Lorenzo! Es evidente que me quería, sí. Con sus bromas siempre me hacía reír hasta saltárseme las lágrimas. Congelada en su silencio apático, Rosa encontró aquella broma de mal gusto y no demostró por las ilustraciones y grabados ningún entusiasmo. Terminado por fin el examen del lujoso ejemplar, Rosaura se levantó de la mesa, para traer la fuente de aquel postre que había estado presagiándose como un bocado de gloria por toda la casa, pero al acercársela a su padre la dejó caer, salpicando inevitablemente la falda de su madrastra.

Hacía ya rato que algo venía molestándome y ahora me doy cuenta de lo que es. El incidente del dulce de guayaba tomó lugar hace ya muchos años, cuando todavía vivíamos en el caserón de la finca y Rosaura era aún una niña. El firulí se equivoca: ha alterado descaradamente la cronología de los hechos, haciendo ver que éstos tomaron lugar recientemente, cuando es todo lo contrario. Hace sólo unos meses que Lorenzo le regaló a Rosaura el libro que dice, en ocasión de su vigésimo onomástico, pero han pasado ya más de seis años desde que Lorenzo vendió la finca. Cualquiera diría que Rosaura es todavía una niña inocente, cuando es ya una manganzona mayor de edad, una mujer hecha y derecha. Cada día se parece más a su madre, a las mujeres indolentes e inútiles de este pueblo. Se niega a trabajar en nada, alimentándose del pan honesto de los que trabajan.

Recuerdo perfectamente el suceso del dulce de guayaba. Íbamos a un coctel a casa del Alcalde, a quien tú mismo, Lorenzo, le habías propuesto que te comprara la hacienda “Los crepúsculos” –como la llamabas nostálgicamente y que los vecinos habían bautizado con sorna la hacienda “Los culos crespos” en venganza por los humos de aristócrata que siempre te dabas– para que se edificara allí un museo de historia, dedicado a preservar, para las generaciones venideras, las reliquias de los imperios cañeros. Había logrado convencerte, tras largas noches de empecinada discusión bajo el dosel raído de tu cama, de la imposibilidad de seguir viviendo en aquel caserón, en donde no había ni luz eléctrica ni agua caliente y en donde para colmo había que cagar a diario en la letrina estilo francés provenzal que Alfonso XII le había obsequiado a tu abuelo. Por eso yo llevaba puesto aquel traje cursi, confeccionado, como en *Gone with the wind*, con las cortinas de brocado que el viento no se había llevado todavía, porque aquella era la única manera de impresionar a la insoportable mujer del Alcalde, de apelar a su arrebatado delirio de grandeza. Nos compraron la casa por fin con todas las antigüedades que tenía adentro, pero no para hacerla un museo y un parque del que pudiera disfrutar el pueblo, sino para disfrutarla ellos como su rústica casa de campo.

Frenética y fuera de sí, Rosa se puso de pie y contempló horrorizada aquellas estrías de almíbar que descendían lentamente por su falda hasta manchar con su líquido sanguinolento las hebillas de raso de sus zapatos. Temblaba de ira y al principio se le hizo imposible pronunciar una sola palabra. Una vez le regresó el alma al cuerpo, sin embargo, comenzó a injuriar enfurecida a Rosaura, acusándola de pasarse la vida leyendo cuentos, mientras ella se veía obligada a consumirse los ojos y los dedos cosiendo para ellos. Y la culpa de todo la tenían aquellos malditos libros que don Lorenzo le regalaba, los cuales eran prueba de que a Rosaura se la tenía en mayor

estima que a ella en aquella casa y por lo que había decidido marcharse de su lado para siempre si estos no eran de inmediato arrojados al patio, donde ella misma encendería con ellos una enorme fogata.

Será el humo de las velas, será el perfume de los mirtos, pero me siento cada vez más mareada. No sé por qué, he comenzado a sudar y las manos me tiemblan. La lectura de este cuento ha comenzado a enconármeme en no sé cuál lugar misterioso del cuerpo. Y no bien terminó de hablar, Rosa palideció mortalmente y, sin que nadie pudiera evitarlo, cayó redonda y sin sentido al suelo. Aterrado ante el desmayo de su mujer, don Lorenzo se arrodilló a su lado y comenzó a llorar, implorándole en una voz muy queda que volviera en sí y que no lo abandonara, porque él había decidido complacerla en todo lo que ella le había pedido. Satisfecha con la promesa que había logrado sonsacarle, Rosa abrió los ojos y lo miró risueña, permitiéndole a Rosaura, en prueba de reconciliación, guardar sus libros.

Aquella noche Rosaura derramó abundantes lágrimas, hasta que por fin se quedó dormida sobre su almohada, bajo la cual había ocultado el obsequio de su padre. Tuvo entonces un sueño extraño: soñó que, entre los relatos de aquel libro, había uno que estaría envenenado, porque destruiría de manera fulminante a su primer lector. Su autor, al escribirlo, había tomado la precaución de dejar inscrita en él una señal, una manera definitiva de reconocerlo, pero por más que en su sueño Rosaura se esforzaba en recordar cuál era, se le hacía imposible hacerlo. Cuando por fin despertó, tenía el cuerpo brotado de un sudor helado, pero seguía ignorando aún si aquel cuento obraría su maleficio por medio del olfato, del oído y del tacto.

Pocas semanas después de estos sucesos don Lorenzo murió sereno al fondo de su propia cama, consolado por los cuidados y rezos de su mujer y de su hija. Encontrábase el cuerpo rodeado de flores y cirios, y los deudos y parientes sentados alrededor, llorando y ensalzando las virtudes del muerto, cuando Rosa entró a la habitación, sosteniendo en la mano el último libro de cuentos que don Lorenzo le había regalado a Rosaura y que tanta controversia había causado en una ocasión entre ella y su difunto marido. Saludó a la esposa del Alcalde con una imperceptible inclinación de cabeza y se sentó en una silla algo retirada, en pos de un poco de silencio y sosiego. Abriendo el libro al azar sobre su falda, comenzó a hojear lentamente las páginas, admirando sus ilustraciones y pensando que, ahora que era una mujer de medios, bien podía darse el lujo de confeccionarse para sí misma uno de aquellos espléndidos atuendos de reina. Pasó varias páginas sin novedad, hasta que llegó a un relato que le llamó la atención. A diferencia del resto, no tenía ilustración alguna y se encontraba impreso en una extraña tinta color guayaba. El primer párrafo la sorprendió porque la heroína se llamaba exactamente igual que su hijastra. Mojándose entonces el dedo del corazón con la punta de la lengua, comenzó a separar con interés aquellas páginas que, debido a la espesa tinta, se adherían moleestamente unas a otras. Del estupor pasó al asombro, del asombro pasó al pasmo y del pasmo pasó al terror, pero, a pesar del creciente malestar que sentía, la curiosidad no le permitió dejar de leerlas. El relato comenzaba: "Rosaura vivía en una casa de balcones sombreados por enredaderas tupidas...", pero Rosa jamás llegó a enterarse de cómo terminaba.

La debutante, de Leonora Carrington



En la época que fui debutante, solía ir a menudo al parque zoológico. Iba tan a menudo que conocía más a los animales que a las chicas de mi edad. Era porque quería huir del mundo, por lo que me hallaba a diario en el zoológico. El animal que mejor llegué a conocer fue una hiena joven. Ella me conocía a mí también. Era muy inteligente. Le enseñé a hablar francés y a cambio ella me enseñó su lenguaje. Así pasamos muchas horas agradables. Mi madre había organizado un baile en mi honor para el primero de mayo. ¡Lo qué sufrí durante noches enteras! Siempre he aborrecido los bailes; sobre todo los que se daban en mi honor. La mañana del uno de mayo de 1934, fui muy temprano a visitar a la hiena. -¡Qué asco! -le dije-. Esta noche me toca asistir a mi baile. -Tienes suerte -dijo ella-; a mí me encantaría ir. No sé bailar, pero en cambio sabría mantener una conversación. -Habrás muchas cosas de comer -dije-. He visto llegar a casa carros repletos de comida. -Y aún te quejas -replicó la hiena con desaliento-. Mírame a mí: yo sólo como una vez al día, y me tienen jeringada con tanta bazofia. Se me ocurrió una idea audaz; estuve a punto de echarme a reír. -No tienes más que ir en mi lugar. -No nos parecemos lo bastante; si no, con gusto iría -dijo la hiena un poco triste. -Escucha -dije-, con las luces de la noche no se ve muy bien. Con que te disfraces un poco, nadie se fijará en ti en medio de la multitud. Además, tenemos casi la misma estatura. Eres mi única amiga; anda, hazlo por mí. Por favor. Se puso a pensar en esta posibilidad. Comprendí que estaba deseosa de aceptar. -De acuerdo -dijo de repente. No había muchos guardianes cerca, dado lo temprano de la hora. Abrí rápidamente la jaula, y en un instante estuvimos en la calle. Llamé un taxi. En casa, todo el mundo estaba aún en la cama. Una vez en mi cuarto, saqué el vestido que debía ponerme por la noche. Era un poco largo, y la hiena andaba con dificultad con mis zapatos de tacón alto. Encontré unos guantes con que ocultarle las manos, demasiado peludas para parecerse a las mías. Cuando el sol iluminó mi habitación, la hiena dio varias vueltas alrededor, andando más o menos derecha. Estábamos tan ocupadas que mi madre, que entró a darme los buenos días, estuvo a punto de abrir la puerta antes de que la hiena se escondiera debajo de la cama. -Esta habitación huele mal -dijo mi madre, abriendo la ventana-; antes de esta noche date un baño con mis nuevas sales. -Por supuesto -le dije. No se entretuvo mucho. Creo que el olor era demasiado fuerte para ella. -No te retrases para el desayuno -dijo al irse. Lo más difícil fue encontrar un disfraz para la cara de la hiena. Estuvimos buscando horas y horas: rechazaba todas mis sugerencias. Por fin dijo: -Creo que he encontrado la solución. ¿Tenéis criada? -Sí -dije, perpleja. -Pues verás: vas a llamar a la criada; cuanto entre, nos lanzamos sobre ella y le arrancamos la cara; llevaré su cara esta noche en lugar de la mía. -No lo veo muy práctico -dije yo-. Probablemente se morirá en cuanto pierda la cara: alguien encontrará su cadáver, y nos meterán en la cárcel. -Tengo la suficiente hambre como para comérmela -replicó la hiena. -¿Y los huesos? -También -dijo-. ¿Te parece bien? -Sólo si me prometes matarla antes de arrancarle la cara. Si no, le va a doler demasiado. -Bueno, eso me da igual. Llamé a Marie, la criada, no sin cierto nerviosismo. Desde luego, no lo habría hecho si no odiara tanto los bailes. Cuando entró Marie, me volví de cara a la pared para no verla. Debo reconocer que no tardó nada. Un breve grito, y se acabó. Mientras la hiena comía, estuve mirando por la ventana. Unos minutos después, dijo. -Ya no puedo más; aún me quedan los pies, pero si tienes una bolsa, me los comeré más tarde, a lo largo del día. -En el armario encontrarás una bolsa bordada con flores de lis.

Saca los pañuelos que tiene y quédátela. Hizo lo que le había indicado. A continuación, dijo: -Date la vuelta ahora y mira qué guapa estoy. Delante del espejo, la hiena se admiraba con el rostro de Marie. Se lo había comido todo cuidadosamente hasta el borde de la cara, de forma que quedaba justo lo que le hacía falta. -Es verdad -dije-; lo has hecho muy bien. Hacia el atardecer, cuando la hiena estuvo completamente vestida, declaró: -Me siento en plena forma. Me da la impresión de que voy a tener un gran éxito esta noche. Después de oír un rato la música de abajo, le dije: -Ve ahora, y recuerda que no debes ponerte junto a mi madre: seguramente se daría cuenta de que no soy yo. Aparte de ella, no conozco a nadie. Buena suerte -le di un beso para despedirla, aunque exhalaba un olor muy fuerte. Se había hecho de noche. Cansada por las emociones del día, cogí un libro y me senté junto a la ventana, entregándome a la paz y el descanso. Recuerdo que estaba leyendo Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift. Al cabo de una hora, quizá, surgió el primer signo de inquietud. Un murciélago entró por la ventana profiriendo grititos. Los murciélagos me dan un miedo espantoso. Me escondí detrás de una silla, castañeteándome los dientes. Apenas me había arrodillado, cuando un gran ruido procedente de la puerta sofocó el batir de alas. Entró mi madre, pálida de furia. -Acabábamos de sentarnos a la mesa -dijo-, cuando el ser ese que ha ocupado tu sitio se ha levantado gritando: "Con que mi olor es un poco fuerte, ¿eh? Pues no como pasteles." A continuación se ha arrancado la cara y se la ha comido. Después ha dado un gran salto y ha desaparecido por la ventana.

El que jadea, de Juan José Millás



Descolgué el teléfono y escuché un jadeo venéreo otro lado de la línea.

–¿Quién es? –pregunté.

–Yo soy el que jadea –respondió una voz neutra, quizá algo cansada.

Colgué, perplejo, y apareció mi mujer en la puerta del salón.

–¿Quién era?

–El que jadea –dije.

–Habérmelo pasado.

–¿Para qué?

–No sé, me da pena. Para que se aliviara un poco.

Continué leyendo el periódico y al poco volvió a sonar el aparato. Dejé que mi mujer se adelantara y sin despegar los ojos de las noticias de internacional, como si estuviera interesado en la alta política, la oí hablar con el psicópata.

–No te importe –decía–, resopla todo lo que quieras, hijo. A mi no me das miedo. Si la gente fuera como tú, el mundo iría mejor. Al fin y al cabo, no matas, no atracas, no desfalcas. Y encima le das a ganar unas pesetas a la Telefónica. Otra cosa es que jadearas a costa del receptor. La semana pasada telefoneó un jadeador desde Nueva York a cobro revertido. Le dije que a cobro revertido le jadeara a su madre, hasta ahí podíamos llegar. Por cierto, que Madrid ya no tiene nada que envidiar a las grandes capitales del mundo en cuestión de jadeadores. Tú mismo eres tan profesional como uno americano. Enhorabuena, hijo.

A continuación escuchó un poco sofocada dos o tres tandas de jadeos, y colgó con naturalidad. Yo intenté reprimirme, creo que cada uno puede hacer lo que le dé la gana, pero no pude. Me salió la bestia autoritaria que llevo dentro.

–No me parece muy edificante la conversación que has tenido con ese degenerado, la verdad.

Ella se asomó a la página de mi periódico y al ver las fotos de las amantes de Clinton por orden alfabético respondió que un lector de pornografía barata no era quién para meterse con un pobre jadeador que vivía con su madre paralítica, y cuyo único desahogo sexual era el jadeo telefónico.

Me mordí la lengua para no discutir, porque era sábado y quería empezar bien el fin de semana. Pero el domingo, mientras mi mujer estaba en misa, telefoneó de nuevo el jadeador y le mandé a la mierda.

–Se lo voy a contar a tu mujer –respondió en tono de amenaza–. Le voy a decir cómo tratas tú a la gente educada y te vas a enterar de lo que vale un peine.

–Tampoco es para ponerse así –dije dando marcha atrás, no tenía ganas de líos domésticos–. Es que me has cogido en un mal momento. Discúlpame.

–Está bien, está bien. ¿Y tu mujer?

–Se ha ido a misa.

–Dile que luego la llamo.

Me quedé un rato pensativo. Desde pequeño, siempre había deseado jactarse por teléfono, pero mis padres decían que era una cosa de enfermos mentales. Me he perdido lo mejor de la vida por escrúpulos morales, o por prejuicios culturales, no sé. Pero al ver aquella relación tan sana entre mi mujer y el jactador pensé que no podía ser malo. Así que marqué un número al azar y me puse a jactarse como un loco, intentando recuperar los años perdidos.

–¿Quién es? –preguntó con cierta alarma una mujer cuya voz me resultó familiar.

–Soy el jactador –dije con naturalidad.

–Espere, que le paso a mi marido.

El marido resultó ser mi padre, nos reconocimos enseguida: inconscientemente, había marcado su número. Me dijo que ya sabían los dos que acabaría así y colgó. Luego llamaron a mi mujer y le contaron todo. Ella dice que quiere abandonarme, por psicópata, y me ha pedido que le firme unos papeles.

–Jactarse a tu propia madre. ¿Dónde se ha visto eso?

Nunca acierto, sobre todo cuando imito a los demás para ponerme al día. Total, que ahora ya no puedo dejar de jactarse, pero de angustia, aunque mis padres creen que lo hago por vicio.

Supervivencia, de Dennis Etchison



El renovado Isetta de Marber, tomó la esquina a toda velocidad zumbando suavemente en sus ruedas de miniatura. Virando hacia la derecha, sobrepasó de soslayo una enorme grieta que dividía en dos por entero lo que una vez había sido una calle con media docena de casas habitables de la población. ¿Cuándo comenzaron los equipos S.S. a la reconstrucción del suburbio?

Marber consideró de nuevo lo absurdo de aquella ilógica destrucción que se extendía por los hogares de viejo estilo español, hasta el final de la calle. Casas con torres y espiras, surgían de entre las ruinas y formas de ladrillo que proyectaban sombras largas como dedos engarfiados sobre la tierra fundida y requemada con el cemento deshecho por la muerte de cada día. *Un fantasma*, pensó, *como algunos de esos desolados panoramas surrealistas que una vez vi en un cuadro...*

Una especie de relámpago que se agitaba de arriba abajo, repetidamente, en frente de la segunda casa, al fondo, captó su atención.

¿Y sabes qué? Me voy acostumbrando. Esto es lo grotesco de la situación...

Reconoció a Darla, una niña de cuatro años, hija de un S.S., si recordaba correctamente. El sol temblón de las cuatro de la tarde ponía como una proyección de fondo desde atrás sobre los cabellos de la chiquilla, produciendo el efecto de un halo como la corona de un ángel en la criatura al aproximarse al pequeño automóvil.

La chiquilla salió a la calle con las manos puestas en la cadera. Su carita pálida se adelantó para salir al encuentro del «Isetta». Marber se detuvo.

—¡Hola... tú! —gritó Darla, mientras que Marber salía por la parte delantera levantando hacia arriba medio vehículo y dando la sensación de una criatura que sale metamorfoseada de un extraño capullo.

Ella salió hasta la calle y la mujer que parecía su madre, le hizo una seña antes de unirse a su hijita en el bordillo.

—Me alegro tanto que se detuviera —le dijo a Marber—. Pensé que seguramente se habría usted olvidado de que todavía estamos aquí...

—Encantado de verla de nuevo, señora Dayle —Marber forzó una sonrisa a la esposa del S.S. e hizo una seña en dirección al garaje—. ¿El generador se mantiene en marcha?

Ella hizo un gesto apreciativo de conformidad.

—Pues... seguimos casi tan confortablemente como... antes. Mi esposo ha recordado agradecido su arreglo; pero está siempre fuera con el equipo y...

—Bien, eso está bien. —Entonces oyó el ruido del generador con su suave zumbido en el interior del garaje—. Me alegro de que todo vaya bien.

La señora Dayle puso sus manos en los hombros de su hijita.

—Y bien, ¿qué es lo que le mantiene siempre tan ocupado?

Marber sintió que el último sol de la tarde le acariciaba un lado del rostro.

—Oh, procuro ir conservando mi trabajo y que no se deshaga. Y ¡ah! —dijo entonces señalando el «Isetta»—, procurando que este cacharro siga funcionando.

—Pues creo que ha tenido suerte de encontrar algo que no sea un montón de chatarra —repuso ella sonriendo—. No puedo imaginarme dónde...

—Pues he tenido que montarlo con una pieza de aquí y otra de allá como Dios me ha dado a entender. No ha sido muy fácil...

Ella hizo un gesto de admiración. La niñita frotó su carita en las manos de su madre.

—¿Cuándo vas a llevarme a ese paseo que me tienes prometido? ¿Eh, Jerry?

—Vamos, no molestes al señor Marber —corrigió la madre.

—Pues iba precisamente a San Bernardino a ver si encontraba algunas piezas de repuesto. A ver si el almacén ha sido saqueado allí también.

—Bien, ¿no le gustaría entrar en casa y tomarse una cerveza u otra cosa? Creo que habrá algo para invitarle, si lo desea...

—¿Ha dicho usted una cerveza? —Y sintió a Darla que se apretaba contra sus piernas—. Oh, sí, suarido...

—Bien... ya sabe, ya conoce cómo el Equipo lo ha confiscado todo después de lo sucedido. Y todavía se conserva «limpia» en cristal —dijo la señora Dayle sonrojándose un poco—. ¿No quisiera responder algo, Mr. Marber? —Era como una inaudible confesión de fe.

Marber intentó responderle con una sonrisa.

—Por supuesto que no, señora Dayle.

—Anda, Jerry, ven —insistió la chiquilla tirándole del pantalón.

—Bien y ahora, ¿no quisiera entrar un momento? —insistió sonriendo la señora Dayle—. Bueno, puede que incluso quede todavía un poco de ginebra. —Y se retorció las manos al hacer aquella revelación—. Quiero decir que usted... que nosotros..., podríamos disfrutar un poco de lo que quede, ¿no lo cree así? —concluyó como si se tratase de una conspiración—. Bueno, me refiero a lo que queda. Mi marido nunca está en casa...

Marber recordó el juramento prestado por los del S.S. para redistribuir todos los artículos utilizables entre los supervivientes. Y recordó al jovenzuelo tiroteado hacía una semana por llevar un brazo de revistas sacadas de aquí y de allá entre las ruinas.

La señora Dayle se dirigió hacia la casa.

Marber se aclaró la garganta.

—Ah, gracias; pero no puedo ahora. Gracias de todos modos. Son más de las cuatro y tengo que estar de vuelta antes de la caída de la noche. Seguramente que tendré mucho gusto en otra ocasión, señora...

—Winona —corrigió ella encontrándose con su mirada—. Vaya, por supuesto que sí. —Sus labios se movieron casi imperceptiblemente—. Guardaré una... en el refrigerador para usted. Quizá para cuando vuelva, si no es demasiado...

—Tal vez —Marber comprendió.

—Jerry... —insistió la pequeña Darla volviendo hacia él su carita, como un argumento—. Llévame a dar un paseo como dijiste...

—No debemos retener más al señor Marber, a Jerry... como tú dices, querida.

Marber se dio cuenta de la reseca presencia del terreno, achicharrado y ennegrecido, donde en los sábados corrientemente, la segadora mecánica una vez lanzaba alegremente al aire sus chorros de hierba recién cortada. De pronto, comprobó que la niña había nacido después de que ya no quedaban hierbas ni césped en los jardines. Ni árboles...

—Hay un sitio —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó la señora Dayle.

—Yo quiero ir contigo —insistió Darla.

De alguna forma, la idea le agradó a Marber.

—La niña... bueno, puede venir conmigo. No me importaría en absoluto. Y lo dijo sinceramente, de todo corazón.

—Oh, no, porque ella está...

—Lo digo de veras. No está demasiado lejos. Y al volver, podremos detenernos en el parque...

El rostro de la señora Dayle apareció con una peculiar falta de expresión.

—Es el único sitio en millas a la redonda donde todavía hay bastante agua...

—¡Síííí..., quiero ir al parque!

—Bien... —La señora Dayle vacilaba visiblemente—. Pues no lo sé, realmente...

—La niña podrá ver cómo crecen las cosas. El verano no durará ya mucho. Y... bien, ya sabe usted que yo perdí a la mía cuando sucedió todo. Realmente, sería un placer para mí.

—Supongo que estará usted de vuelta antes del... Diario.

—Pues claro que sí, si usted quiere. No creo que haya inconveniente ni que ella tenga que ver lo que no sea conveniente.

La señora Dayle se humedeció los labios. Se fijó en la carita de su hija, cerró los ojos y tomó una decisión.

—Vea. Así... lo sabrá mejor. —Y lanzó una mirada hacia el bloque vacío. Levantó a su hija y la depositó con cuidado en el asiento del «Isetta». Después, levantó la pierna de la niña.

—Vamos. Muéstraselo al señor Marber.

La niña escondió la cara avergonzada.

—No quiero... —lloriqueó como desamparada, retirando el pie.

—Vamos, enséñaselo al señor Marber, hijita. —De nuevo, su madre levantó la pierna de Darla. Con un rápido movimiento, los zapatitos de lona y el calcetín quedaron fuera—. Véalo.

Darla comenzó a llorar desconsolada.

—Mamá...

Su pie aparecía ligeramente y de forma inequívoca deformado.

—Siempre evitamos que lo esconda —comentó la señora Dayle—, porque de lo contrario, se acomplejaría y... ya sabe usted. No he comprendido nunca por qué ha tenido que ocurrirnos a nosotros. ¿Será quizás algún castigo? —Y se aproximó más—. Pero supongo que la culpa es nuestra. Es algo hereditario, no puede negarse. Claro que no es como en otros casos, sino a causa de *lo que ocurrió*... No es una..., ¿cómo le llaman...? ¿Una *mutación*? ¿Lo es?

Semiinconscientemente, Marber observaba a un perro grasiento y rechoncho con sólo tres patas a algunas yardas de distancia. El pobre animal intentaba subir por encima de un bloque de cemento achicharrado, hasta que cayó hacia atrás y desapareció entre una pequeña nube de cenizas...

—Pues yo... no sé. —Marber había leído tales cosas; pero no estaba seguro.

La señora Dayle intentaba relajarse apoyándose sobre un pie.

—Con toda seguridad que el Equipo reconocería la diferencia, ¿no es cierto?

—Yo... creo que nunca me he dado cuenta de que haya cojeado. —Marber estaba hecho un mar de confusiones—. Pero ella no lo hace, ¿verdad?

—Oh, hemos tenido mucho cuidado. —Y le mostró la conformación especial del interior del zapato de lona—. Se llevó bastante tiempo en enseñarla a caminar adecuadamente.

—¿Está segura de que quiere... bueno quiero decir... que no debiera...? —Farfulló algunas palabras incoherentes y levantó una mano para escudarse en ella los ojos.

En un impulso, la señora Dayle levantó en brazos a su hija y la metió en el coche.

—No, quiero que vea el parque mientras esté aún verde. Hay tan pocas cosas verdes que ver por ninguna parte, con el agua racionada...

—Bien, en ese caso tendré mucho cuidado en traerla de vuelta antes de que ellos comiencen.

—Después de todo, no creo que sea cosa de preocuparse, en realidad. Ya sabe usted cómo son las madres. No es por lo que le pasa a Darla... sino a las *otras* criaturas. Era pensando sólo que ella estuviese en cualquier parte cerca de esa... *piscina* y de esas desgraciadas criaturas. Pero ella no tendrá por qué preocuparse, ¿no es cierto?

—Por supuesto que no, señora... Winona.

Haciendo unos pucheritos, la niña se ató la cinta del zapato.

* * *

Tumbado en el suelo, con el rostro casi a su nivel, Marber dejó que sus ojos recorriesen un amplio arco por aquella faja de verdor que terminaba en la distancia en una hilera de sicómosos. No, murmuró como para sí, tal vez el parque no acabase allí, sino que se inclinaría hacia abajo, más allá de aquellos árboles en una suave pendiente formando la falda de alguna colina. No podía estar seguro. Hacía tanto tiempo que no había estado así, sintiendo la propia tierra junto a su cuerpo y con la clorofila tan próxima a su olfato...

Oyó un susurro tras él.

—Mira —dijo Darla, dejándose caer de rodillas junto a él—. ¡Oh, mira...!

Marber se medio incorporó sobre sus codos. La niña llevaba entre sus manos que formaban un nido, un diminuto pájaro azul, piando suavemente en solicitud de ser alimentado.

—Apuesto a que se ha caído de su nido —suspiró la niña, mirándolo con tristeza. Dio la vuelta a las manos para mostrarlo del otro lado. De una forma increíblemente monstruosa, entre las plumas nuevas que le estaban naciendo, se advertía una segunda cabeza.

—¿Por qué? —susurró Darla.

—*¡Dios mío!* —dijo Marber, casi en silencio—; *¡Dios de mi vida!*

Casi se había olvidado que la lluvia «caliente» había caído allí también. Casi.

—¿Qué le pasa de malo?

Era la voz de un muchacho. Marber dio la vuelta.

Se trataba de un muchacho de pelo encrespado, cuyos mechones le caían revueltos sobre la frente. Más allá, dos niñas venían corriendo a su encuentro.

—Ven con nosotros —invitó el muchacho a Darla—. ¡Le haremos un nido!

Por primera vez, Marber se dio cuenta de que a su derecha había una familia que había ido de campo. Un hombre y una mujer se hallaban cómodamente sentados frente a una mesa portátil adornada con un mantel de vivos colores, en blanco y rojo, entre un verdadero caleidoscopio de botellas y vasos de todos los matices del arco iris, en plástico, que sobresalían de una cesta de excursión de un tipo a la antigua usanza.

Marber se aproximó, siguiendo a los chiquillos, que corrían a distancia, proyectando largas sombras a su alrededor en la hierba. El hombre, ligeramente calvo, le sonrió

mostrándole dos hileras de dientes muy blancos, entre los que sostenía un aromático cigarro.

Marber le alargó la mano automáticamente.

—¡Eh, todos! ¿No queréis venir con nosotros? —ofreció el hombre, haciendo un gesto a cuantos les rodeaban. Sus nerviosas cejas se movían alegremente como orugas de carbón por encima de sus ojos.

Un tanto torpemente, Marber retiró la mano.

—Gracias —repuso vacilante.

—Su hija tiene que ser un encanto —dijo el hombre con un guiño—. La he estado observando.

—Ah... no es mía. Es la niña de un vecino.

—Me gusta esta época del año —dijo suspirando la mujer, como si se dirigiera al incipiente crepúsculo que como una acuarela aparecía sobre la silueta de la presa y sus aguas, sobre el horizonte, y que parecía estar reparada recientemente. Sus dientes, también, daban la impresión de ser demasiado blancos para Marber, y su blusa y sus pantalones cortos a medio muslo eran de algún modo demasiado brillantes y nuevos. Marber se preguntó cómo los habría conseguido en aquellos tiempos que corrían...

Después, vio a los niños haciendo un nido con ramitas en el árbol más cercano.

—Hay ensalada de patatas, escabeche dulce, algunas conservas y pan hecho en casa.

—Es magnífico... —repuso Marber rascándose la frente—. ¿Cómo consiguieron todo eso? La harina, sobre todo, ¿dónde?...

—Nos las arreglamos —contestó el hombre—. Como mucha gente hace ahora, supongo. También la tienen, ya sabe.

—Tenemos incluso alguna carne —añadió la mujer con una voz nasal y alegre—. Bueno, es solamente carne enlatada; pero es lo mejor que hemos podido conseguir.

Marber se puso a reír, incrédulo ante las explicaciones de la mujer.

—¡Vaya, pues yo no he comido carne de verdad en años! ¿Y quién?...

—Bien, algunos de nuestros amigos...

Así, las cosas recomienzan de nuevo otra vez, pensó Marber, echando una rodilla a tierra y recogiendo un tallo de hierba. Los nuevos ricos. Todo será siempre igual...

Una de las chiquillas más pequeñas llegó corriendo y se echó, poniendo la cabeza en las piernas de su padre.

Por un instante, Marber deseó haber podido enseñar a su hija a haber hecho aquello, de haber tenido tiempo. Y se encontró con que ni siquiera podía recordar su carita.

—Vamos, vamos, mejor es que te vayas a jugar antes de que se haga de noche —le estaba diciendo el hombre—. Vamos, vete por ahí.

Y la empujó fuera de sus piernas.

—¿Vienen ustedes por aquí con frecuencia?

—Ah, con tanta como podemos, supongo —repuso el hombre.

—Es bueno para los chiquillos —observó Marber.

—No sabe usted qué bueno es sentirse lejos de la condenada casa —suspiró la mujer.

—Oh...

—Papá —llamó entonces el muchacho—. Papá, ¿podemos ir hoy a la piscina? —dijo con las mejillas sonrosadas y sujetándose nerviosamente las manos en los pantalones, mientras miraba hacia atrás con impaciencia la fila de sicómoros.

—Es mi hijo Robby —dijo el hombre a Marber, sosteniendo el cigarro en la mano como un trofeo—. Saludable a toda prueba, como nació.

—Cariño —le amonestó la mujer—, ¿es que tenemos que ir hoy allá abajo? Ah, vamos, cielo. No podemos dejar que perdáis el Diario. Es bueno para ellos que sepan lo afortunados que son. ¡Los que comen carne gobernarán el mundo! A decir verdad, yo no quisiera perdérmelo hoy.

El hombre se levantó.

—Vamos, hijo... ¡Iremos corriendo!

—¡Yo también quiero verlo! —exclamó Darla.

—¡Vamos! —le urgió el muchacho, echando también a sus hermanas por delante para la carrera—. ¡Apuesto a que han comenzado ya!

Darla aparecía como una gacela dispuesta a echar a correr. Marber se aclaró la garganta. El hombre y su esposa, medio envueltos por las sombras de la tarde, le estaban mirando.

Marber tuvo que decir algo.

—La... llevaré —dijo y se incorporó.

* * *

Una vez, mucho tiempo atrás, había existido una gran piscina natural donde chapotear, un lugar de verano donde los niños gozaban de sus aguas a pleno sol.

Ahora, un muro de cemento se levantaba contorneando todo el perímetro, dándole la profundidad y la forma de un enorme tanque. Y la puerta de madera y la valla que conducía hasta los controles de drenaje aparecía abierta como una boca gigantesca. El letrero existente sobre la puerta ya había dejado de existir, mostrando las reglas de conducta: «No se admiten niños menores de seis años», recordó Marber como en un sueño; en su lugar colgaba el símbolo del Equipo S.S. superimpuesto, significando con ello «Supervivencia Selectiva», la clave para el Mañana...

El primero, un bebé de dos o tres meses de edad, luchó durante unos segundos con sus manecitas y piecitos como un pálido pez en el crepúsculo. Esta vez su blanco cuerpecito quedó sin ayuda en la piscina.

Una mujer, llorando desesperadamente, fue apartada a distancia entre aquella multitud vagamente resentida. Marber oyó sus sollozos una y otra vez. Clavó sus dedos en los hombros de Darla y observó a los hombres del Equipo, espectrales en sus blancas ropas, llevando a cabo su diario ritual, con aparente desinterés.

El siguiente, fue una criatura mayor, un esperpento de niña. Al ser llevada al borde de la piscina, la gente que se hallaba más próxima, comenzó a dar muestras de desprecio incrementado. Comenzaron a dar gritos como gatos enfurecidos. La empujaron con cruel dureza.

Robby, con su familia y con sus sucios dedos agarrados a la valla, no quitaba la vista de lo que estaba sucediendo.

—¿Veis? —oyó Marber que decía a sus hermanas a título de explicación—. Eso es lo que les ocurre a los deformados y monstruosos. De esa forma, sólo podrán crecer los chicos fuertes. ¿Os dais cuenta? —La niña más pequeña se metió un dedo en la boca y comenzó a llorar.

Uno de los hombres del Equipo próximo a la valla, notó el hecho y murmuró a su compañero, que hizo un gesto de asentimiento hacia los tres chicos.

—Hallendorfs... comprueba.

Marber captó las palabras.

Darla se sintió súbitamente inquieta.

—¡Quiero irme a *casa*!

Los hombres del equipo localizaron a Darla. Uno de ellos sacudió la cabeza.

La muchedumbre se estaba aproximando a su más próxima y posible víctima.

—¡Tú, miserable! —gritó una voz de mujer—. ¡Tullida!

A Marber se le detuvo el aliento como el aire del verano en una noche de luna llena.

—¿Ha sido comprobada su hija, amigo?

Correré —pensó—. Le atizaré el primer puñetazo y cogiéndola bajo el brazo, echaré colina abajo; yo solía ser un buen corredor de las cien yardas en el colegio...

Marber se volvió. Un hombre vestido de blanco estaba abriendo la puerta al otro extremo.

...o tal vez no, quizá me quede aquí, relajado, me desprenderé de ella y ellos le echarán un vistazo y con una sonrisa dirán: «A esta niña no le pasa nada», y todos nos tendremos que reír...

Se le echaron encima en el acto. Darla parecía una pobre muñeca levantada por los aires, gritando de terror. La despojaron de sus ropas como a una muñeca que hay que destrozar.

Sucedió todo tan rápido que no hubo tiempo para... para...

Fue como cuando tiempos atrás, un chico jugaba con la pelota y el bate en la calle y al sentir el golpe miraba hacia el cielo y quedaba cegado por el sol y alguien gritaba ¡CUIDADO!, pero fue incapaz de moverse hasta que la pelota alcanzaba al chico en la frente... Y por unos momentos sin tiempo, quedó tambaleándose como suspendido en el espacio y el tiempo, sin dar crédito a lo que le había sucedido, viendo los demás rostros mirándole, en espera de unos brazos piadosos que le hubieran sostenido antes de caer en la inconsciencia...

En el azulado crepúsculo, y en ese momento antes de que la noche descienda sobre el mundo en su oscuridad, Marber, inclinándose ligeramente, sintió náuseas y un horrible mareo...

Bajo el puente, de Augusto Roa Bastos



Por qué no come, le dijo taitá. Y el viejo: De noche no. Usted ya sabe, don Chiquito. Si no hay luz sobre mi comida, no puedo comer. Taitá se rió fuerte: Bajen el lampión y pónganle delante, dijo. El viejo miraba la oscuridad; casi sin mover los labios dijo: No. Tiene que ser luz del día, y si hay sol, mejor. De no, la comida es de otro gusto. Taitá lo miró con la boca llena. Enojado. Después le preguntó, burlón: Gusto a qué, si se puede saber, don. El viejo no contestó. No dijo nada más. Se levantó y se fue hasta que se emparejó con la oscuridad. Taitá volvió a masticar, rezongando: tiene la cabeza más dura que el recado. Capaz que un día va a enladrillar el río para vadearlo sin mojarse los pies.

Taitá y el maestro nunca se entendieron. Con el maestro nos pasó que lo empezamos a conocer cuando se desgració bajo el puente. Y ya para entonces tenía más de sesenta años. Un poco encorvado el espinazo no más; pero sabía ponerse derecho cuando quería. Mayormente en la fiesta de la Natividad, que en Itacuruví empieza un día antes del 24 y se alarga, a remezones, hasta la Epifanía. Muy guardador. Un hombre de orden, de trabajo. Flaquito. Inacabado. El redoblante y alférez mayor de la cofradía de mariscadores. Clavábamos la punta de los pies entre el gentío para verlo tocar. Despacito al principio. Ciego o dormido en el susurro del cuero. El cabello negro y lacio, pegado al cráneo con la goma del tártago. El pecho muy abombado en la figura pequeña. Reventaba en un tronido el redoble mientras el malón salvaje robaba al Niño-de-Cabellos-Rojos. Doscientos años después, jinetes de sudadas camisetas de fútbol lo traían a salvo. Sólo entonces el redoble paraba. Los mariscadores un rato de piedra sobre los caballos. Los brazos en alto. Florecidos ramos de palma. Por debajo pasaba la imagen. Un cuajito de leche, el pelo teñido de bermellón como el fleco del niño-azoté. La inmensa bola de polvo y ruido flotaba sobre el pueblo, y se iba en una nube a llover en otra parte, hasta el año que viene. Siempre igual.

En un lugar así la vejez es larga para cualquiera. No para el maestro. Con menos que poco se conformaba. Dentro de él encontraría todo lo que le hacía falta. Quién sabe. Por fuera, siempre ocupado; un hombre activo como ninguno, de provecho, cumplidor. La escuela. Su chacra llena de plantíos de muchas clases. El cuidado de los pájaros y animales silvestres en su casa, a media legua del pueblo, en la orilla del monte.

Al rayar el día ya estamos todos los alumnos en el patio, tiroteándonos con las semillas de los nísperos; los más grandes pelando al descuido las polleritas rotas, para mirar debajo. "Guá, el maestro". Una vela negra entre el vaho del roció. Detrás viene saltando el coatí. Lejísimo todavía, si hasta parece que no se mueven, que van reculando. De un parpadeo a otro, se ha puesto a repicar el trozo de riel. El ruido de los bancos se apaga antes que el fierro. Desde la puerta nos está barajando hace rato; nos mira y no nos mira. Nosotros, duros; cada uno con su estaca bien tragada. Sin saber dónde poner las manos y el traste. Los ojos de santitos. Un ramalazo de escarcha quema de refilón una mano, una pierna. Lo único que se mueve es la cola de humo del coatí, bajo la mesa del maestro. El vergajo atado al puño, tiembla un poco todavía. Él mira. No se oye más que su resuello; un anhelar más aire del que hace falta para uno solo. ¿En qué momento ha sacado la libreta de tapas negras donde nos tiene

guardados? No precisa abrirla para saber quién está cazando pájaros en el monte. O quiénes están temblando con el chucho y vaciándose en la diarrea, hasta que les hace tomar a la fuerza sus remedios de yuyos. Ni la sombra de un pelo se le escapa. Sabido.

Le miramos la cara para ver si hace buen tiempo. Entonces salimos a sacar la paja podrida del techo, a trenzar tientos y bozales; a tejer sombreros y guayacas, para el mercado. La escuela no le cuesta al gobierno más que la venida del inspector, que a saber a qué viene. Nada más que a emborracharse en la fonda del pueblo, a poner su firma en el registro, como de que todo está en orden. Nos hace cantar el himno al pie del asta pelada (ni bandera tenemos), y se va.

El nublado le dura varios días al maestro. Por cualquier cosa: Suba al palo, alumno. La voz gruesa en un cuerpo tan ajustado (a veces la voz más grande que su tamaño). El dedo uñado apuntando hacia afuera. El castigo más temido: el palo pelado, alto, y el culpable ahorquetado en la punta, achicharrándose al sol. Todo el tiempo de la penitencia debe chirriar allí como una chicharra. Si el ruido sale bien, más corta la pena: Bájese, alumno. Vuelva a su lugar. Sudores y temblores, esto de sostener el chirrido entre los dientes. Los brazos y las piernas se mueren contra el palo, antes que la voluntad. Con todo el sol y las moscas juntas, el cielo y la tierra dan vueltas alrededor del asta. Una bandera. ¿De qué patria sería? Uno cierra la boca para aguantar las arcadas del mareo. Ya está abajo la manchita brillante, resonando fuerte en medio del solazo: Qué le pasa a esa chicharra. Si no canta la van a comer las hormigas. Señor, me cuesta mucho, agarro y le digo esa mañana. Y él: Nunca lo mucho costó poco. Meta a cantar pues. Y déjese de pito-pito-colorito. Me entró un poco de rabia hasta la boca del estómago. Todo por esa porquería de lagartija que recogí en el camino y se me escapó de la bolsa cuando andábamos por la Provincia Gigante de las Indias, para partirse en dos pedazos contra los dientes del coatí. Me saltó la espuma y oigo que le grito: Creo que ya estoy muerto, señor. Que me coman no más las hormigas. La voz abajo: Animal muerto no mueve la cola. Y yo, con el último aliento: No puedo cantar más. La saliva no me alcanza. Cómo no, dice la manchita desde más abajo que el suelo: Alcanza el que no se cansa. Siga pues. Cuando esté muerto del todo se callará solo. El tono justo vuelve a subir; hay que empezar otra vez. El carapacho vacío acababa cayendo sobre las tunas. Venían las hormigas y se llevaban los pedazos bajo tierra, muy apuraditas.

A ratos, más distraído que ninguno el maestro. Se largaba a mirar la punta de sus botines de caña alta y elásticos a los costados. Más viejos que él, de puro remendados. Sin una gota de polvo vil. Todas las mañanas lustrados con flores de cinesia o con almendra de coco. La mano en lo negro del pizarrón. Los palotes, los números, los dibujos (siempre cosas redondas: una naranja, el pimpollo del irupé, un nido de alonsito, el globo terráqueo con la garrapata del Paraguay prendida a la verija) se borran poco a poco bajo su aliento de asmático, soltando una lloviznita de albayalde sobre la manga de lustrina. Tan caída la mirada. El hombre se iba cayendo. Se aplomaba, se achicaba. Desaparecía. Una mota de polvo en el brillo de las suelas. Los zapatos solos ahí, sobre el piso. El dueño volando lejos. Y nosotros sin poder saltar ni brincar; nada más que sudar del antojo. Los pies vacíos rayando el suelo. Los ojos hacia el trozo de sol que se retorció en el hueco de la ventana, cargado de viento, de tierra, de nubes, más allá de los árboles. Cuando tardaba mucho, nuestra mirada se ponía verde de tanto restregarse contra el campo.

La víspera del hecho que hizo bajo el puente, tardó más que otras veces. Pensamos que ya no iba a volver. Me voy a pescar todos los dorados que hay en el río, suscitó Epifanio Ortigoza. La mano espinuda volvía a animarse sobre el pizarrón. El maestro se

levantaba otra vez sobre los zapatos. Esa tarde se largó a hablar tupido, mezclando todo. Nosotros entendíamos sin entender. Las cosas que decía no eran de ese momento; habían pasado hacia mucho tiempo. O estaban por suceder. Él vivía en espera. Dijo: Un día va a llegar aquí un desconocido. Y no lo van a ver si no están preparados. Le faltaron las palabras, el resuello. Los rastrojitos de pelo a los costados de la boca, quietos por un rato. "De la casualidad no se saca nada", dijo al salir a flote su respiración de ahogado, tras una tos. El mismo se había puesto un plazo, vamos a decir; no hacia adelante, sino al revés. ¿Sería esa su fuerza? El lento poder crecido de esperar contra toda esperanza. La paciencia. La fuerza de su desamparo. Todos los días, desde el principio. Mañana no era un día para él. Qué tiempo iba a tener para pensar en viajes ni en zonceras.

Una sola vez bajó a la capital, dicen que a gestionar su jubilación. Tampoco ese hecho está claro. Algunos calcularon que había ido a buscar el título del terrenito del fisco, donde vivía. De allá no trajo más que los bolsillos llenos de unos granos como de pólvora o pimienta. Los echó en la laguna que forma el río un poco más allá del puente del ferrocarril. Al verano siguiente (o muchos veranos después), el agua barrosa se cubrió de unas plantas como cedazos, de más de una vara de ancho. Del centro salían unas espigas redondas envueltas en un mechón de seda negra; unas flores lustrosas y tiernas del color de la garza real. En la atardecida, el maestro bogaba lentamente en su canoa entre las cunitas flotantes de las victorias-regias; a cuidar que los pimpollos y las cabecitas de niño de los frutos se metieran a dormir bajo el agua. Antes de que comenzaran los ladridos.

Para lo único que sirvió el viaje. Un don no nacido de la casualidad: esas flores del Río-de-las-Coronas, aclimatadas en esa mierdita de laguna. Un milagro. Un hecho simple no más. Positivo. El aroma salía del estero al amanecer cuando los pimpollos despertaban sobre el agua. La alegría. A esa hora la laguna, hecha una sola ola de perfume, se metía enterita en la nariz llevándose el olor que los perros dejaban por la noche.

Ya para entonces (desde que me acuerdo) la gente se mandaba mudar. Uno después de otro, como si los agarrara una enfermedad de la que solamente se podían curar yéndose. Sin decir nada a nadie; sin despedirse siquiera. En tren, o a pie por el camino, muchas leguas, hasta el cruce de la ruta por la que pasan los camiones hacia el sur. Con lo puesto; como para pegar la vuelta en seguida. No vuelven más. Y hasta los que se han ido la víspera parece que faltaran hace mucho tiempo. Si vuelven alguna vez, vienen cambiados. Son otros. Llegan como extraños que sintieran vergüenza por alguna antigua mala acción. Todo falso en ellos: el parecido con las caras que llevaron al salir; la ropa, la tonada nueva que traen. Sólo su olor a lejos es cierto. Cuando el maestro se encuentra con estos lejeños de paso, ni el saludo. Los mira con desprecio. Y si alguna vez fueron sus alumnos, menos que mirarlos. Como ya no puede mandarlos de chicharra al palo, no existen para él. Los más chicos los miramos con envidia. Esa lejanía que traen escondida en la mirada como una culpa; las golosinas que se sacan de los bolsillos y reparten por ahí, para hacerse perdonar. Andamos detrás de ellos, riéndonos con una risa de plata, los dientes forrados con los papelitos de los chokolatines. "Les sacamos el molde", dice Juanchí, mi primo, inflando en la boca el poronguito transparente de la goma de mascar, que nos gusta más que todo. Vienen y se van otra vez en seguida, como escapados. Pero no vemos llegar por ningún lado al desconocido que nos anunció el maestro.

Llegaron las tropas. De la noche a la mañana el pueblo se llenó de soldados que bajaron del tren militar. Al norte, hacia Villarrica del Espíritu Santo, cuando no había

viento, se oía el tronar del cañón y el matraqueo de las ametralladoras. En Itacuruví los soldados no pelearon. Corridas y patrullajes; nada más que simulacros de combate. Parecían cuidar al pueblo de algún peligro, que por momentos se acercaba y por momentos se alejaba. Como una amenaza de tormenta que únicamente ellos veían. La estación del ferrocarril era su campamento. Por allí embarcaron en vagones de carga la hacienda y los hombres que consiguieron arrear. Lo más que pudieron. Su buen mes les llevó el trabajo. A taitá no lo mandaron porque él carneaba para las fuerzas. Por la noche, amontonados a la luz de la luna, tocaban guitarras y cantaban. Desde la sombra de las casas escuchábamos sus voces y sus gritos. De repente se largaban a brincar y a zapatear. El retumbo nos hacía tiritar la piel bajo el relente. Pero no era como el batifondo del gentío en las procesiones. Capaz porque las cosas que pasan bajo el sol son diferentes de las que pasan bajo la luna. Mamaíta rezaba por ellos también.

Aparte de taitá, entre los de más edad, el único que se quedó en el pueblo fue el maestro. No parecía enterado de nada. Ni que le importara tampoco. Durante el día, en la escuela como siempre. Por la tardecita, desamarraba su cama y se metía en la laguna, ya para entonces forrada del todo por los cedazos de los irupés. Tanto que el maestro daba la impresión de estar sentado en una de esas coronas que se apagaban poco a poco en la penumbra del poniente.

Una mañana el comandante visitó la escuela. Lindo hombre el capitán. Alto, de hombros anchos, la cintura muy delgada. Las botas le llegaban hasta la verija; pistola al cinto y esa especie de cañoncito negro que se encajaba en los ojos para manguear el monte y el camino cuando se subía al techo de la estación. Ojos verdes, cara blanca tostada por el sol. Suave, manso. Demasiado. Nos quedamos sin saber como sería en él la voz de mando, su furia en el combate. Se mostró muy amable. Hacia bromas con ojos de risa, la boca moviéndose en el humo perfumado del cigarrillo, que no era como el humo de alhucema del maestro que él prendía cuando había peste. El casi no tuvo necesidad de decir nada. Más callado que nunca. Estancado en su inmovilidad. Se pasó mirando las puntas de las botas del militar, que al mudar el paso soltaban un chillido a cuero nuevo. El capitán movía las manos y las manchitas de oro del reloj que llevaba en la muñeca corría por las paredes y el techo. No la podíamos alcanzar con los ojos, y volvíamos a la figura verdeoliva que nos miraba desde una ciudad desconocida. Muy grande. Cómo podía el haber ahí con todo eso. Nos dijo cosas que nunca habíamos oído. Pasamos pronto del susto a la diversión, y lo empezamos a querer en seguida. Dijo que nosotros éramos la esperanza de la patria y que el maestro era el héroe ignorado en la batalla contra la ignorancia. Así como ellos estaban ahora en lucha contra el bandidaje. Entró de un salto el coatí plumereando las botas del militar con la cola anillada. Trepó al hombro del maestro y se puso a mirar con ojitos asustados al visitante. Guiñando un ojo hacia nosotros, el capitán preguntó: ¿Este es alumno también? El maestro movió la cabeza: No, dijo. Me acompaña no más. Y el militar: Ah, es como su perro. Al maestro se le movió un poco un lado de la cara (a veces le venía ese temblor que tienen en sueños los animales): Si, dijo. Es como mi perro. Un pequeño quejido salió del coatí tal vez de las botas. El capitán dijo: así un día él también va a saber leer y escribir. Serio, sin levantar la vista, el maestro dijo pasando la mano por el lomo sedoso del animal: Lee y escribe, sí señor, cómo no. El militar lanzó una carcajada. Después se puso serio, sin fanfarronería. Prometió preocuparse de la escuela, apenas regresara de la capital: Aquí hay que levantar una escuela nueva, dijo midiendo con los ojos un espacio como para diez. Después dijo: Esto es poco para un pueblo como Itacuruví. El maestro murmuró a las cansadas: Lo poco basta. Lo mucho se gasta. (Su voz ahora era más chica que su tamaño). El militar no le oyó. Estaba ocupado con el futuro, haciéndose sonar los huesitos de los dedos: A

cuentas viejas, barajas nuevas, dijo. Ya al irse se volvió al maestro y le palmeó el hombro que le llegaba a la altura del talabarte: Y a usted, mi amigo, le vamos a conseguir esa bendita jubilación. El maestro ladeó la cabeza hacia el coatí, como para escucharle el ronroneo: Lo que yo quiero, dijo, es un reemplazante. Y el capitán, retirando la mano: También se lo vamos a mandar.

Mucho después que se fueron las tropas, los que habían ganado los montes regresaron de a pucho. Flacos, el cuero enllagado por los huesos de las uras, aqueresados por los moscones. Nada más se venían pierneando su esqueleto. Taitá los miraba con lastima, y cuando podía carneaba para ellos. Algunos se fueron rellenando, y apenas podían se largaban hacia las frontera. Muchos se quedaron no más detrás de la parecita blanca.

Ahora hay mucha tranquilidad. Pero la gente sigue Yéndose. Más que antes. Por eso en Itacuruví se ven cada vez menos conocidos. Lo que sobra son los perros sin dueño. Y los recuerdos, que son los perros flacos de la memoria. Andan desatinados revolviendo las huellas, husmeando ese restito de los ausentes que ha quedado agarrado al polvo. Un olor, un hongo venenoso que los enloquece, que los enferma de tristeza, que les voltea la cabeza a ras del suelo; que los ayuda a procrearse. A los chicos también nos destetan con eso.

Al caer la noche, Itacuruví se puebla de aullidos que se responden desde todas direcciones, brotados de la tierra. Desde las casas a la estación; desde el río al camino; desde los aserraderos vacíos a los cañaverales y algodonaes abandonados. Y más lejos todavía. Mayormente no se escuchan al principio y acaban llenando toda la noche. Cuando hay luna nueva, el olor se vuelve azucarado. Los perros se echan unos encima de otros. Se atacan a dentelladas. Se aparean en montón, salvajemente. Un desbordamiento.

La zafaduría de los perros enoja al maestro. Es lo único que lo enoja de veras. A guascazos, a patadas, se lanza contra la trenza de animales cebados. No para hasta apagar los colmillos y ojos que chispean en ese animalón de tantas cabezas y un cuerpo solo. Una noche, del montón que se deshacía lo han visto salir completamente desnudo. Embarrado con la baba de los perros se ha metido en su casa. De nuevo tranquilo y seguro. Algunos han dicho que lo han visto entrar en cuatro patas, como los mismos perros. Nunca se ponen de acuerdo en las cosas del maestro.

Resulta que en un pueblo chico, uno está muy cerca de otro, todo el santo día. Pero de repente entre uno y otro hay millones de años. Taitá y el maestro, por ejemplo. Las gentes no son según la cara que ponen, sino según su laya. Grande forzado, comilón, la ropa y el tirador siempre llenos de sangre, de sebo, era taitá. Medio sin más pena lento. Toda la vida en el matadero municipal, faenando él solo tres o cuatro reses. Después se iba a capar toros y caballos en las estancias de Maciel y Caazapá. Llegaba los sábados al mediodía con un medio costillar atado al tiento. Seguido por una tolvenera de moscas, que se oían hasta el cerro. El mismo hacía el asado. Partía la carne con el cuchillo manchado por la queresa de las castraciones. Mientras comía con mucho ruido se iba llenando de sueño. Antes de acostarse a dormir la siesta, enterraba el cuchillo hasta el mango en el tronco de un guayabo. Llamaba a mamá y se encerraban en el cuarto. Al despertarse a media tarde, mamá le cebaba mate. Él arrancaba el cuchillo y olía la hoja cubierta de orín. Iba raspando con la uña la costra fermentada. Y las hilachitas caían en la espuma del mate mientras chupaba la bombilla. De esas raspaduras fuimos naciendo yo y mis hermanos. Una hilera.

Me había puesto una tarde a mirar el cuchillo. En la hoja herrumbrada, los ojos espantados de los caballos se apagaban en el cardenillo. Entre los relinchos lejanos, hinchados de dolor, la voz de taitá: A éste lo voy a curar. Siempre dormido. A usted lo que le hace falta no es escuela sino candela. Hasta cuándo va a andar así, hasta que se ponga a mear la gallina, o qué. Me mandó que me bajara el calzoncillo, delante de todos. Una gran risa. Me puso el cuchillo entre las piernas, por seguir la broma seguro. "Para que seas un buen padrillo, mi hijo", me aturdió su voz en el oído. Me agarré al cuchillo con las dos manos. Ni un arañazo, pero un frío de muerte me peló la sangre por dentro. Desde entonces me dura el susto. Una especie de vacío en esa parte del cuerpo. Me escapé al monte; crucé al otro lado del río. Estoy tendido en la arena, boca arriba, para que el sol me coma los ojos. El aliento del coatí en la cara, la mano del maestro lavándome los ojos enlagados, hasta el seso me araña la quemadura del agua de llantén. La voz de taitá en la oscuridad, muy achicado, servil como un perro: No sé por qué ha hecho eso. Al niño lo tratamos muy bien. La voz del maestro yéndose: Claro, cómo no, don Chiquito. A cada uno le güele bien su pedo.

Días y días para que me retoñaran los ojos. Una telaraña enrollada en la cabeza al principio. Después se me destapó adentro otra mirada, y en los ojos entraban más cosas que antes. De una manera diferente. Ver era desear y desear era recordar. Volví a la escuela. El maestro también distinto: él mismo, pero una persona diferente. Lo estaba empezando a conocer. Más fuerza que taitá tenía, en todo y por todo; a pesar de lo quebradizo de su condición. Entonces supe también por qué no podía comer él si la luz no caía sobre su comida: el gusto de cualquier cosa en lo oscuro recuerda a la muerte. Pero ahora todo era muy claro; el día y la noche. Por la tarde me quedaba a barrer el aula. Me sentía liviano. Dispuesto a volar como un pájaro.

Con el gajo de cepacaballo esa tarde barrí hasta el último pedacito de escuela. Sobre la mesa estaba la libreta. Más sobada que la baraja de la fonda. Parpadeaba al vientito caliente. Me fui corriendo al borde de la laguna. A contraluz del poniente, el maestro caminaba muy derecho sobre las victorias-regias, y se perdía a saltos en la oscuridad.

Cuando todos dormían y los ladridos aumentaban la noche, me senté despacito en el larguero del catre. Traté de no pensar en nada; en nada más que en ese desconocido que un día iba a llegar al pueblo. Entonces oí la voz de los que se habían ido y de los que se habían muerto. Los ladridos se apagaron. Un gusto a herrumbre me llenó de saliva la boca. Se me curaron las llagas, pensé, pero se me están enfermado las cicatrices. Así y todo, la felicidad. Me mordí la lengua hasta sentir el gustito tibio a sangre. Los ladridos no volvieron y el pueblo amaneció lleno de gente.

Mamá, taitá y todos mis hermanos están detrás de la parecita blanca, en medio del campo. También la tía Emerenciana, que me llevó a vivir con ella cuando me quedé solo.

Al maestro le prohibieron tocar en las procesiones. Capaz que él mismo se cansó de redoblar para ese pueblo cada vez más vacío. El último año ya ni un triste puñadito de brazos se pudo juntar para sacar las andas. Y de los jinetes, el polvo del galope era barro. El malón anda creciendo por otros lugares. El maestro más callado que nunca; alunado todo el tiempo. Envejeció de un día para otro. Los cabellos se le llenaron de canas. Unas motas de lana manchadas por el excremento de los loros. Se le arrugó el cuero; la ropa. Todo él se iba achicando, achicando. Apretado, atorado en un agujero, pujando por salir. Pujaba y se atoraba. Solo, en el profundo agujero. Nadie lo podía ayudar. A trueque de su encogimiento, la abertura se angostaba, lo estrujaba. Lo que

saliera de allí (si algo salía), no iba a ser más que una despellejadura. Algo de nada. No bogaba más en la laguna. No se lo veía por ninguna parte. Fui a espiar la casa. Un agrio humo de alucema salía por la ventana. Adentro, el rumor del maestro leyendo en voz alta, o hablando solo. Un poco después, la voz carrasposa se quebró en la voz de un chico que hablaba a una mujer; como un chico malcriado puede hablar a su madre: resentido, porfiado, apenas con respeto. Me recosté contra la tapia, junto al cuadrado de sombra de la ventana; me metí entre la enredadera, los ojos lagrimeando por el humo. Las voces del chico y la mujer seguían discutiendo. Podían ser los loritos del maestro. Vino el coatí. Medio desconfiado, lento empezó a lamerme los pies. Gruñía un poco; capaz quería avisarme algo. Todos los animales se fueron alborotando. Después vi que no estaban: la selva había venido a buscarlos. Bejucos y ramas habían roto las jaulas, los corrales hacía mucho; se enredaban por todas partes, seguían avanzando sobre la casa. Pronto irían a caer y cerrarse sobre ella para siempre. El coatí dio un respingo. En eso salió el maestro con el tambor. Pasó junto a mí, sin verme; muy derecho, como enojado, golpeando el cuero, hasta que desapareció en la cueva del barranco. El redoble hacía tiritar la piel, metía bajo los huesos una especie de dentera. Entré en la casa. Nadie. No había nadie. Nada más que las sombras recostadas contra la pared. Un tiempo largo todo eso; demasiado, porque se terminaba de repente. Atravesando el yuyal que cubría los plantíos, regresé al pueblo. "Voy a volver mañana", oigo que me digo sin sentirme la voz; nada más que este gusto a cardenillo en la boca. Y encuentro que una montonera de años ha pasado desde entonces. Tengo la misma edad del maestro cuando se desgració bajo el puente, esa mañana en que todos los alumnos fuimos en fila a ver su cara bajo el agua barrosa. De golpe había volado hacia atrás, hacia el principio.

Lo que vimos desde el puente, entre el olor de las victorias-regias (que también ahora tenían el olor de los perros), era la cara arrugada de un chico. Menos que eso: la de un recién nacido. El agua turbia seguro engañaba un poco. Alguien venía tambaleándose por el camino, entre los reflejos. En el primer momento se nos antojó que era el inspector. Nos entró un poco de susto. Sin saber qué hacer, alguien se puso a cantar el himno. Al rato todos lo seguíamos. Un coro fuerte, desentonado, como si hubiéramos estado cantando al pie mismo del palo. Los ojos vueltos hacia el que se venía acercando.

Dos son compañía, de John Rankine



El negro óvalo de la puerta de entrada disminuyó lentamente hasta convertirse en un punto y cuando en la enrarecida atmósfera del planeta Omega se oyó el chasquido definitivo de su cierre, la nave voladora surgió como una flecha de plata de la pista de despegue, mientras que Dag Fletcher observaba la cola de luz color naranja del aparato, antes de escuchar el sonido vibratorio que estremeció la plataforma rocosa del despegue.

Lentamente, con una gracia especial, el "Interestelar 2-7" comenzó a ascender, y después a situarse en una recta trayectoria. En los diez segundos que Dag había contado automáticamente, se hallaba en pleno cielo, teniendo frente a sí el vacío azul y sin manchas ni alteraciones, como lo había sido a través de toda una eternidad del tiempo.

A pesar de los largos cursos de aprendizaje y acondicionamiento, y de las muchas misiones previas, no pudo evitar un sentimiento de soledad y abandono en aquel remoto lugar del universo. Existía también un toque de lamentación por la combinación de circunstancias que hicieron que fuese Meryl Wingard su ayudante para un viaje de turno de tres meses, entonces. No es que hubiera nada malo en ello, sobre todo al tener que considerarlo y mirarlo. Ella, por lo visto, había elegido el ser moldeada con las líneas de la Venus Marina de Botticelli, resultando en carne viva tan bella y maravillosa como el propio original; pero era una belleza sin significado que, por lo demás, trabajaba con la escrupulosa frialdad de una máquina computadora. Ella era una matemática de superior calibre y entrenada hasta un fantástico nivel de competencia, por años de esfuerzo con la mente puesta en aquella sola dirección.

La perfecta persona para la misión debida, sin duda; pero que producía muy poca alegría en el entorno humano que la rodeaba.

Además, Dag sospechó que ella disponía de muy poco tiempo para cualquier forma de coquetería práctica. Por cuanto podía decirse de cualquier hombre del espacio que hubiese alcanzado su rango. Dag era un improvisador, un hombre afortunado y lo que podía llamarse un dotado con todo lo preciso para ser todo un controlador. Esbelto, alto, elegante y próximo a los cuarenta años, con un aire de aplomo y desenvoltura, siempre se había distinguido con una fuerte personalidad entre los tipos correctos y conservadores del personal antiguo.

Volvió de la cámara de compresión y manipuló para crear un escudo protector contra la atmósfera exterior. Un resplandor verde mostraba el completo aislamiento y puso el regulador robot en automático para seguir el vuelo de inspección que entonces comenzaba.

Meryl no estaba en el espacio comunal de la nave, habiéndose ido a la suite del controlador. Se había establecido allí en la semana que la nave permanecía haciendo aquellos trabajos en que necesitaba toda la tripulación. Entonces se despojó Dag de su traje espacial y se dio una ducha. Después se vistió con unos pantalones, un jersey y una alegre camiseta de deporte.

La suite estaba construida en forma de cúpula presurizada de sesenta pies dividida por dos tabiques diametrales que hacían del espacio interior dos grandes y dos pequeños arcos. El más ancho y espacioso, para el día y dormitorio, y el pequeño, para cuarto de aseo y almacén. El cuarto de trabajo y de día estaba dominado por un explorador óptico situado sobre una plataforma contra la pared exterior. Dag se dirigió hacia el aparato y miró sin mucho entusiasmo la vista panorámica que aquel planeta sin fin presentaba en la pantalla rectangular y plana. Sintetizó el área inmediata de la estación espacial, apareciendo un trozo de unas cuantas millas cuadradas con la claridad del cristal. Un aspecto típico del planeta era una mezcla de meseta rocosa y de un amplio valle relleno con una vegetación espesa y verde amarillenta. La estación estaba enclavada en una plataforma de media milla cuadrada que había sido perfectamente nivelada en el suelo. Hacía de ella uno de los mejores espaciopuertos en la galaxia y servía a seis principales estaciones cupulares. Diez estaciones robot más pequeñas moteaban el planeta y cada una de ellas precisaba el ser visitada una vez al menos en un viaje de tres meses de duración. En teoría al menos, nada podía ir mal con ellas; pero sus computadores de programación debían ser, así y todo, comprobados periódicamente, ya que el más pequeño error podría dar lugar a una seria confusión caótica en la programación, largamente esquematizada.

El proyecto de Omega era el de crear una atmósfera de tipo terrestre. Ya el nivel de oxígeno alcanzaba aproximadamente una cuarta parte del de la Tierra y en dos años podría llegar a ser perfectamente respirable. Una gravedad de 0,72 de la de la Tierra era de por sí una perspectiva atrayente y se estaba seguro de que el planeta se situaría muy alto en la lista de los futuros colonizadores. A pesar de que, a juicio de Dag, siempre resultaría un sombrío lugar, con aquellos barrancos que parecían no tener fin y los trozos de terreno alterados, como grandes llanuras lisas como la roca, si bien aquella apariencia se alteraría drásticamente al mejorarse por una atmósfera equilibrada que produjese nubes, lluvias y corrientes de agua.

Dejó el aparato de observación y se volvió a la recepción del aparato. Aún no había trazas de la joven. Por tanto, comió sólo mediante el sencillo procedimiento de obtener los alimentos deseados presionando el botón correspondiente en el almacén de la nave, dispuesto para un servicio eficiente y automático. Cuando acabó el cate y encendió un cigarrillo, entró ella todavía vistiendo su traje espacial moldeado sobre su bello cuerpo, como una funda de plata, y que resaltaba cada una de las líneas de su cuerpo ideal. Los cabellos sueltos casi le llegaban a los hombros y, al moverse, ondulaban como una cascada dorada y elástica. Los galones azules y amarillos que brillaban en su hombro derecho tenían solamente una barra menos que los de Dag; pero ella se comportaba con toda la corrección posible, como si aún continuase en la Academia del Espacio, utilizando un lenguaje respetuoso y casi automático, donde otros, en situación semejante, habrían roto todo protocolo y habrían intimado en diferente aspecto.

—Controlador, existe una desviación en la Estación 9. Me gustaría que pudiéramos visitarla en primer término.

—De acuerdo. ¿Se encuentra confortable en su pequeño apartamento?

—Ah, sí, gracias; pero si no le importa, utilizaré para trabajar el salón grande. Prefiero un espacio libre mayor siempre que sea posible.

Dag simpatizó con semejante punto de vista de la joven y trató de imaginarse cómo se sentiría ella reducida al pequeño cuarto de estar de la nave. Pero se reservó sus pensamientos y no hizo comentario alguno.

Dag miró al globo que, como una reducción a escala manejable del planeta Omega, tenía a mano, y lo hizo girar hasta localizar la Estación 9. Se hallaba como a unas doscientas millas de distancia, una jornada de dos horas en uno de los coches deslizantes de superficie del Centro. Los días, en Omega, eran relativamente cortos, sólo unas quince horas y media en comparación con los de la Tierra. En aquel momento faltaban dos horas para el anochecer y todo el personal ajustaba sus acciones a semejante horario por acomodación, hablando por sistema de "hoy" y "mañana".

—¿Mañana, pues? Una hora después de la primera luz.

—De acuerdo. Buenas noches, controlador.

—Buenas noches.

El despegue de la joven era completo, sin pose alguna en ello. "Una mujer fría como un témpano allí", pensó Dag... aunque significaba realmente un éxito positivo para la misión, haciéndole no pensar en otra cosa fuera de su trabajo y de su deber. Sin embargo, reconoció que se hallaba un poco picado por la falta de interés de Meryl en él, y tras haberse tomado un whisky del bar, se volvió a sus propias habitaciones.

* * *

Era ya de mañana, con la luz inundándolo todo, cuando salieron de la cámara de compresión y avanzaron hacia el exterior. Fletcher decidió tomar el coche de mediano alcance y recorrer la cabina transparente, presurizada y sellada. Hizo una breve inspección de rutina al tanque de oxígeno y subieron a él. Se ajustaron los cinturones de seguridad a cero y el coche salió flotando y cerniéndose de la cúpula de aparcamiento. Dag lo elevó a la máxima altura y dispuso el piloto automático en dirección a la Estación 9 a toda marcha. El coche volador se cernió un instante en el aire, giró lentamente hasta dirigirse conducido ya por el rayo conductor electromagnético y se lanzó raudo por él, sin la menor señal de aceleración.

La superficie de Omega desfilaba bajo ellos, visible a través de la gran pantalla y del suelo transparente. Mesetas rocosas y valles en interminable sucesión. Los valles chocaban en sus confines con la serpenteante vegetación de tonalidad amarillo verdosa. Por descomposición controlada de aquella vida vegetal, era como se iba formando la atmósfera del planeta en colonización. Ello tenía un doble propósito: la creación de oxígeno y nitrógeno y el enriquecimiento del terreno para los futuros colonizadores. Conforme se iban acercando a la subestación, los efectos de aquel trabajo científico ponían un cambio dramático en el escenario general. Apareció una sucesión de valles completamente desiertos, donde ya el terreno desértico brillaba mostrando un púrpura profundo. Después, la estación apareció a la vista. Tres grandes cúpulas y un pequeño puerto espacial.

Hicieron un aterrizaje perfecto y saltaron fuera a la pequeña pista de concreto endurecido. A los pocos minutos y previas las operaciones de rutina, se encontraron en el interior de la cúpula principal. Meryl sólo se detuvo a quitarse el casco para dirigirse rectamente a los paneles de control de la subestación. Todas aquellas pequeñas estaciones estaban construidas con arreglo a un plan común y pronto identificó los elementos esenciales de su funcionamiento. Desconectó el control robot y comenzó a operar con él manualmente. Con rápidos cálculos, inspeccionó el sistema en cinco minutos y después volvió a conectarlo con el robot.

—Se ha producido una ligera desviación en el computador —advirtió Meryl—. Tendré que trabajar en ello.

—¿Como cuánto tiempo necesita?

—Seguro, dos horas; posiblemente, dos y media. —Aquello suponía salir de noche. Podían quedarse allí, desde luego, ya que había alimentos y acomodación para vanos meses en caso necesario; pero ambos preferían volver al relativo confort de la estación principal.

—Bien, vea usted como va.

—De acuerdo.

La hermosa cabeza de la joven se inclinó sobre el tablero y comenzó con extraordinaria precisión a realizar una serie de complicadas ecuaciones, tomando datos de los paneles de color marfil. Dag siguió el proceso durante unos minutos; pero posteriormente, al seguir una descripción de altas matemáticas, el controlador vio que aquello se escapaba fuera de su alcance. No cabía duda de que contaba con una ayudante de primera categoría y tuvo que admitir que el trabajo le habría costado a él varios días de constante quehacer.

—Mientras, voy a echar un vistazo por ahí afuera.

La joven no le oyó porque estaba completamente absorbida por el trabajo.

El cierre de salida se accionaba a mano y le llevó diez minutos llegar hasta el coche volador. Lo subió hasta unos cincuenta pies de altura y se dedicó a realizar un circuito por la zona inmediata. Los valles más próximos a la subestación estaban desprovistos de vegetación y aparecían como lagos de color púrpura. Aquel suelo denso de tierra era de una gran fertilidad y sería con el tiempo una ideal tierra de labor. Cuatro de aquellos valles se hallaban bajo el constante bombardeo de rayos y comenzando a mostrar retazos de terreno despejado. El aparato de rayos se instalaba y movía por una tripulación especial completa en cada visita de la nave del espacio y dirigido en los intervalos por los computadores de las subestaciones.

Tomó tierra en una de las zonas aclaradas y recogió una muestra del suelo en un recipiente inserto en el dispositivo de aterrizaje. Anotó la situación por los datos de la carta de navegación e hizo constar en la muestra la fecha, el tiempo y su perfecta localización. Los analistas de la base proporcionarían un informe detallado y así se iría haciendo con cada valle, hasta formar un plan de conjunto, antes de que el primer colonizador pusiese pie en el planeta.

Era el tiempo medio; había transcurrido exactamente medio día. Pero cuando llegó a la cúpula había transcurrido media hora más y encontró a Meryl tomando café.

—¿Qué tal va eso?

—No hay problema. El fallo no fue difícil de encontrar; pero necesitaré una comprobación general de una media hora para convencerme de que la desviación ha sido corregida del todo.

—Magnífico. Si salimos antes de las cinco, podremos estar de vuelta antes de la noche.

Se tomó su tiempo para inspeccionar la planta. No era probable que tuviesen tiempo de hacer una segunda visita: ellos iniciaban y fechaban las tablas de comprobación en cada sección. Hacía ya tres meses desde el día en que el anterior controlador había hecho lo mismo.

A la una y media, ella hizo la indicación de "inspección terminada", y tras las comprobaciones de rutina del equipo, volvieron a entrar en el coche volador. Fletcher sintió que debía agradecerle a la joven el éxito.

—Gracias por todo. No hay muchas personas que lo hubieran hecho tan bien en tan corto tiempo.

La respuesta fue típica.

—En absoluto. Cualquier matemático competente lo habría hecho lo mismo.

Pero él sintió que ella estaba complacida y pensó si no sería mejor una más íntima relación entre ambos.

De vuelta a la Base, Dag tomó el control manual y aceleró la velocidad por encima del alcance del automático. Aquello les haría llegar con luz del día. La navegación no estaría afectada por la oscuridad; pero incluso los momentos de transferencia desde el coche volador a la cúpula podrían resultar desagradables en aquel intenso frío de la temperatura nocturna del planeta Omega.

Se hallaban a dos millas de la Base, con el paso invisible del rayo deslizante frente a ellos como una alfombra desenrollada para darles la bienvenida, cuando el aerocar desafió las leyes mecánicas a que estaba sujeto y perdió inexplicablemente todo control. Todo sucedió tan rápido que resultó imposible recordar ni apreciar qué era, de hecho, lo que pudo haber sucedido. Dag dispuso la velocidad de aterrizaje y la conectó al piloto robot. El aerocar perdió altura, cayendo en picado vertical. Se produjo un chasquido ensordecedor y el aplastamiento contra algo duro y terrible. Donde estaba la pantalla apareció la roca al desnudo. Dag apenas si pudo apreciarlo antes de desvanecerse perdiendo el conocimiento y teniendo sólo los instantes precisos para protegerse la cabeza de las astillas del plastiglás de la pantalla destrozada.

Cayó en la inconsciencia no sin haber visto antes, como en un relámpago, la cabeza de Meryl colgar como una bandera dorada hacia adelante de su cuerpo amarrado al asiento con el cinturón de seguridad.

* * *

Minutos más tarde volvió a recobrar el conocimiento, y la borrosa imagen que se le presentó ante los ojos le proporcionó una idea de la mala situación a la que tenía que enfrentarse y que no podía ser peor. El dolor le agujoneaba todo el cuerpo hasta despertarse por completo y comenzó a moverse con precaución. No parecía tener ningún hueso roto; pero un trozo de roca le había rajado su traje espacial por debajo de la rodilla izquierda. Las secciones superiores de la pernera del uniforme habían actuado automáticamente cerrando provisionalmente la hendidura como un precinto contra la pérdida del aire interior. A través de la desgarradura notó un goteo lento de sangre. Al mirar a la joven maldijo la trabazón que le tenía sujeto con el cinturón de seguridad, costándole un gran trabajo deshacerse de la atadura. Ella aparecía como muerta y helada, como él debió haber estado antes; pero la terrible palidez de su piel resultaba espantosa. Una esquirla de roca le había perforado el casco a nivel de la cabeza. Puesto que el aerocar ya no estaba presurizado, Meryl estaba respirando la

tenue y enrarecida atmósfera de Omega. Los cilindros de oxígeno de su traje espacial se habían vaciado pronto en un vano esfuerzo de luchar contra el escape producido por la hendidura sufrida en su equipo. Se encontraba en el mismo estado de una persona que se ahoga en el mar, y Dag comprobó que era cuestión de minutos y de suerte el poder hacer algo por salvarle la vida.

Soltó como pudo sus ligaduras al asiento del aerocar y la arrastró al suelo del departamento trasero de la aeronave. Quitándole rápidamente el equipo desgarrado, buscó afanosamente entre los repuestos para hallar otro nuevo de su tamaño aproximadamente. Incluso trabajando y moviéndose a la velocidad que podía en su desesperación, se dio cuenta de la poca fuerza que tenía la chica en su desvanecimiento y las perfecciones de sus piernas y sus pechos. Le colocó su propio casco y lo enchufó al cable de emergencia para hacer una máscara de oxígeno. Se llenó los pulmones con una mezcla de oxígeno, y utilizando la técnica de respiración de boca a boca, hizo que Meryl pudiera volver a respirar. Trabajó de firme durante dos minutos, y ya comenzaba a sentirse agotado por el esfuerzo, cuando se movieron los párpados de la joven.

Puso entonces la mascarilla sobre la boca de Meryl y le retiró el casco, contento de poder respirar sin esfuerzo consciente. A poco Meryl se hallaba completamente consciente de la situación a la que tenían que enfrentarse. Con toda rapidez se enfundó las piernas en el nuevo traje espacial. Ella se arrodilló para facilitar la operación. Medio minuto después, la presión era ya normal y un color más natural volvió a la piel de la joven.

Dag buscó otro traje espacial para él y entonces se dio cuenta de lo embotado que se hallaba. Volvió a revertir el procedimiento y se colocó primero el casco; después, al quitarse los pantalones, sintió el dolor y la herida sufrida en la pierna izquierda. Entonces sintió una mano en el hombro y una voz femenina que le decía:

—Déjeme ayudarle. —Meryl había abierto un botiquín de urgencia y le había espolvoreado con un antibiótico y antihemorrágico en la herida bajo la rodilla izquierda.

—Esto necesita una sutura. Me cuidaré de hacerla en seguida.

Ella realizó una rápida intervención quirúrgica con los instrumentos esterilizados del botiquín y, después, una compresa. Dag se encogió de hombros dentro del traje espacial y se puso en pie para hacerse cargo de los daños sufridos.

El tiempo transcurría muy mal contra ellos. Apenas si quedaba luz del día, y a menos que no quisieran quedarse congelados en el interior del aerocar, era indispensable hacer algo urgentemente para remendar el aparato fuese como fuese. Se volvió como pudo al asiento del piloto. El suelo estaba roto con una desgarradura producida por el filo de una roca cortante y una estrecha fisura, además, se extendía en la pantalla panorámica en todas direcciones. Existían dos pulverizadores de plástico a presión en la caja de herramientas del aerocar y algunas hojas de plastiglás. Se llevaba siempre a prevención de cualquier rotura producida por un meteorito. Aquello podría intentarse. Ella ya estaba dispuesta a desempaquetar la caja de herramientas y Dag se dio cuenta de que la barrera formulista existente entre ellos hasta entonces había caído, al recibir una sonrisa de la muchacha. Él sonrió dándole las gracias silenciosamente y se pusieron a trabajar.

La roca parecía sólida y libre de la porosidad de la piedra pómez. Dag comenzó por sellar las roturas en el suelo del aerocar, haciendo que las astillas intrusas del exterior formasen parte del casco del aparato.

El atomizador de sustancia plástica completó el trabajo de cerrar herméticamente las roturas producidas. La totalidad de la parte frontal quedó completada cuando el primer cilindro silbó con el aviso inconfundible de estar vacío. Se hallaban ya a pocos minutos de aquel corto crepúsculo.

La luz de la cabina se encendió porque Meryl había enchufado con agrafes dos linternas de mano a la batería de la parte trasera, en el mamparo posterior del aerocar. Ahora que era el momento de mirarse recíprocamente, ella le dejó el máximo de penetración de su mente por algunos segundos. Dag vio con calma la fría aceptación de enfrentarse con la muerte, sin huellas de histerismo, sin precipitación y con el cálido sentido de hallarse íntimamente ligado a la suerte de la joven, con un fraternal y humano sentido de la camaradería.

El segundo cilindro completó un cierre perfecto del suelo y miró entonces en busca de otros escapes o roturas de la cabina y del casco. Algunas más, diminutas, fueron apareciendo, siendo tapadas una a una. Utilizando otro cilindro de repuesto, construyó un dispositivo de presión conveniente en el interior y después un circuito de aire acondicionado. Era ya oscuro, y con la caída de la noche, el frío comenzó a aparecer temible en aquellas circunstancias. Las rocas circundantes comenzaron a helarse rápidamente, haciendo ruido al contraerse, como un constante partir de trozos de madera.

Por fin, pudieron liberarse de los cascos y prepararse una comida de circunstancias. Una inspección al armario de suministros de la nave les proporcionó algunas galletas y botes de sopa que se calentaba automáticamente al ser destapados. Los aerocars disponían de pocos alimentos, llevando más bien cilindros de oxígeno y aire preparado como suministro considerado más vital.

El frío comenzó a ser el principal problema a considerar. Movidos por la lógica de las circunstancias, hicieron un estrecho saco de dormir utilizando unas láminas de tejido resistente procedentes de los cojines y asientos. Sin quitarse los trajes espaciales, aunque sin necesitar el casco en aquel aire acondicionado, se apretujaron, enfundándose en el saco de dormir así construido, uno junto al otro. Dag se volvió a ella para estar fuertemente presionados desde las rodillas hasta los hombros. Los pechos de la chica se sentían notablemente endurecidos contra el de Dag y su perfume resultaba fascinante. Si salían de aquélla, Dag estaba convencido de que se enamoraría ciertamente de Meryl; pero se dio cuenta de que no era el momento más adecuado, limitándose a tocarle los cabellos con los labios y a desearle buenas noches.

Durmieron seis horas antes de que el frío se alejara de sus cuerpos. Dag se movió el primero, dándose cuenta de que alrededor de la cabeza tenía toda una tela de araña de pequeños cristales de hielo. Sacudió suavemente a Meryl por los hombros y al despertarse le dijo:

—Dos horas faltan todavía para que llegue la luz del sol. Creo que será mejor que nos calentemos de alguna manera.

El aire de la cabina estaba helado totalmente y su nido nocturno se había endurecido como un caparazón rígido como una armadura. El hielo se había formado en varios puntos. Dag salió como pudo del saco de dormir y logró encontrar las dos

últimas latas de sopa. Tuvo que soltar una exclamación dolorosa al tocarlas con la mano por la terrible frialdad del metal y comprobó que las latas estaban firmemente ancladas en el suelo del armario por un borde de hielo duro como una piedra. Ella le ayudó a sacarlas. Destapándolas, el calor que se desprendió fundió el hielo, haciendo sendos charcos de agua a su alrededor. La sopa, no obstante, estaba caliente y su calor se extendió como una bendición a través de sus cuerpos.

No resultaba fácil volverse a dormir y comenzaron entonces a charlar respecto a sus carreras, que les habían conducido a aquel punto de la historia de sus vidas respectivas. Dag encontró que ella poseía un sorprendente sentido del humor. Aquello añadía otra inesperada dimensión a la experta matemática. Permanecieron juntos para evitar el que se perdiera cualquier caloría vital. El frío volvió a castigarles y se produjo una lucha a muerte entre la aurora que se aproximaba y la congelación mortal por el frío. Pero pudieron resistirla.

* * *

Por fin llegó el amanecer sobre Omega en un destello dramático de luz que llenó la cabina como un resplandor parecido a una fluorescencia de neón. El calor, incrementado rápidamente, hizo que el saco de dormir se convirtiera en un montón de trapos mojados conforme el hielo se fundía en el exterior. Las paredes de la cabina se llenaron de vapor con la condensación evaporada con demasiada rapidez para ajustarla en un equilibrio estable.

Dag empujó los hermosos cabellos de Meryl hacia un lado de su cara con una mano, y la besó en la boca.

—Disponemos de ocho horas. No habrá otra oportunidad.

Ella hizo un gesto de asentimiento y besó a Dag en la misma forma, copiando su mismo gesto. Después se incorporó y comenzó a friccionarse vigorosamente los miembros, mientras que él le ayudaba y, en reciprocidad, ella le friccionó igualmente con fuerza por la espalda. La sangre, al circular más libremente, les hizo sentirse mejor y en condiciones de hacer frente al día de Omega, vistiéndose entonces completamente con sus trajes espaciales, en equipo completo.

Dag rompió la puerta de emergencia y salieron a las rocas inhóspitas del entorno. El borde del barranco se encontraba a cincuenta yardas de distancia y las cúpulas de la estación daban el aspecto de hallarse muy próximas al otro lado del valle. Pero ocho horas eran poco tiempo de gracia para ir saltando aquellas terribles rocas, descender a ochenta pies hacia el valle, cruzar una milla de vegetación enmarañada y subir por la ladera opuesta. Tenía que haber otra forma de hacerlo.

—Saca todos los trajes que queden de repuesto y cualquier cuerda que puedas encontrar.

Mientras ella volvía a la nave destrozada por el accidente, Dag se encaminó rápidamente hacia lo alto del acantilado y miró a su través. Casi en el centro del valle había un crestón bajo rocoso, como una mancha negra en aquella alfombra gris verdosa. Meryl llegó con dos cabos de cuerda de nylon y los trajes de repuesto, y Dag se dio prisa en volver para ayudarla. Incluso en aquella baja gravedad constituía una buena carga entre aquellas rocas endemoniadas, pudiendo al fin suspirar satisfechos al apilarlo todo en el borde.

Meryl no veía la forma de cruzar a tiempo y podía sentir su mente cómo rehusaba el aceptar una derrota. Dag encontró trabajo para ella.

—Infla un traje y ata una cuerda al centro del arnés frontal.

Mientras la joven trabajaba en aquello, Dag continuó:

—¿Cuánta distancia calcularías que hay hasta aquella roca negra y qué carga de cohete habría que enviar en un traje espacial vacío arrastrando de una cuerda?

Las variables del problema suponían una meticulosa serie de cálculos mentales. Dag hizo una estimación de tanteo; pero debería hacerlo con la mayor aproximación posible. Existía la baja gravedad, el efecto de arrastre del incremento en la largura de la cuerda, la efectividad en las cargas del cohete y el comportamiento del traje espacial inflado, factores todos ellos en que pensar y tener en cuenta. A Meryl le llevó cinco minutos efectuar un rápido cálculo, antes de contestar:

—Cinco octavos de carga y un ángulo de botadura de treinta y siete grados. —Dag aceptó el resultado sin el menor comentario, aunque su propio esfuerzo le había llevado a un ángulo más alto de lanzamiento.

—Muy bien.

Se desenroscó uno de los dos pequeños cohetes propulsores del cinturón. Se utilizaban para usarlos a peso nulo como propulsión para un corto viaje alrededor de una nave estacionada en el espacio. No valdrían para mover a un hombre en la superficie del planeta Omega incluso con su reducida gravedad. Pero sí valdrían para mover un globo. Dispuso el traje inflado como un águila con las alas abiertas sobre las rocas y cuidadosamente apuntó con la cuerda como referencia hasta su objetivo, después hizo un montón de piedras pequeñas comprobando que se hallaban a un ángulo de treinta y siete grados mediante su reloj de pulsera. Después insertó la carga del cohete de propulsión en la vaina vacía del traje espacial inflado. Giró el indicador de la carga a cinco octavos y se dispuso a efectuar el disparo mediante el disparador del cohete. Si aquello iba bien, se encontrarían a medio camino de casa. Tiró de la cuerda con suavidad para no descomponer la figura dispuesta a efectos del lanzamiento.

El traje salió volando como un hombre en el espacio y subió rápidamente hasta la altura de su trayectoria, comenzando después un leve descenso hasta la roca, arrastrando tras de sí la cuerda de nylon. Desde donde se hallaban vigilantes, parecía cierto que el proyectil sobrepasaría el punto calculado; pero el peso incrementado de la cuerda arrastrada fue reduciendo su velocidad y altura en una curva que concluyó al caer el traje en una caótica confusión de rocas. Aquella cuerda era inmensamente fuerte; pero podría fracasar y cortarse... Dag tiró de ella hasta sentirla firmemente sujeta entre dos proyecciones dentadas y finalmente hizo un nudo al final.

Hizo un paquete con todo el material de repuesto y lo adhirió a la cuerda con otro trozo corto, enviándolo después mediante un nudo corredizo como un coche en miniatura sobre un cable aéreo por el valle. Desapareció entre las rocas y entonces comenzó a trabajar en la confección de un dispositivo de frenado mediante un nudo que podía ajustarse a voluntad sobre la cuerda tendida sobre el valle. Cuando se sintió satisfecho, lo mostró a la joven, le dijo cómo funcionaba y añadió:

—Tú primero... Si la cuerda se rompe, que sea conmigo después, aunque creo que nos servirá perfectamente a nuestro propósito.

Meryl se asomó al borde del acantilado rocoso, se aferró a los dos trozos deslizantes de cuerda y se lanzó al vacío. "El perfecto teniente ayudante", pensó Dag al observarla cruzar el espacio. Sin discusiones ni argumentos; todo eficiencia al máximo. Incluso a pesar del bulto exterior, el traje espacial no conseguía enmascarar del todo aquella esbelta figura plateada. La comba de la cuerda la hizo descender un poco por debajo de la roca y parecía que Meryl se las estaba arreglando para ir frenando la llegada al otro extremo. Después, llegó felizmente al objetivo y Dag vio la distante figura de la chica levantar un brazo en señal de asentimiento.

Sin vacilar se dejó caer a su vez. Próximo ya a las rocas, vio que su mayor peso estaba combando la cuerda por debajo del filo y tuvo que echar mano de toda su fuerza para frenar la llegada, teniendo que levantar las piernas flexionándolas a la altura de la rodilla. El impacto de llegada casi le hizo perder el agarradero de la cuerda; pero allí estaba ella para ayudarle.

El próximo paso a dar estaba ahora más claro y se miraron recíprocamente en silencio unos instantes. Su objetivo final estaba a mayor altura que la roca en donde descansaban por el momento, sin poder esperar subir a mano agarrándose al escarpado. La mejor cosa que podían hacer era repetir lo hecho y deslizarse hasta el pedregal en declive existente al pie del acantilado, desde donde volverían a considerar el próximo paso a realizar desde aquel punto.

Meryl comenzó nuevamente a un cuidadoso cálculo de distancias y velocidades y una vez más se utilizó el traje espacial inflado. La dirección no era entonces nada tan crítico para un disparo hacia un objetivo tan amplio. Volvieron a repetir las mismas acciones anteriores hasta hallarse al pie del acantilado y en la falda pedregosa existente al pie. Aquella era la última barrera.

Incluso en la baja gravedad del planeta Omega, ambos sentían el cansancio físico del esfuerzo realizado y por realizar todavía, y mientras que subían por la falda pedregosa hasta la base del acantilado casi cortado a pico, Dag no vio la forma de ganar la partida y subir hasta la planicie en las dos horas de sol que les quedaban por delante.

Cualquier exploración a cierta distancia razonable a derecha o izquierda de aquella escalada, parecía fuera de toda lógica, ya que en cualquier caso, el acantilado aparecía uniformemente vertical y tirado a plomo en toda la distancia que pudieron abarcar con la mirada. La pista de aterrizaje del espaciopuerto llegaba hasta el mismo filo del acantilado y recordándolo, Dag no pudo pensar en nada que sirviera como para poder echar un ancla con la cuerda. Podría tal vez servir cualquier especie de arpón metálico..., pero ¿con qué hacerlo?

Rompió el recipiente de su equipo ofensivo-defensivo para casos de urgencia y tomó la pequeña pistola de rayos láser, reflexionando que cuando volviesen a la estación principal..., si es que volvían, sería preciso reconsiderar aquello para futuras ocasiones. Apuntó al borde del acantilado y unos cuantos fragmentos de roca saltaron pulverizados. Disponiendo de varios días de tiempo, podría muy bien haber ido excavando con el láser escalones por el acantilado hasta llegar a la cima, pero desgraciadamente no contaba con tales días de tiempo por delante.

—¿Cuántas cargas quedan?

—Dos completas y dos utilizadas en parte.

—¿Servirían para un trabajo de demolición?

—Convenientemente situadas, creo que podrían mover este acantilado.

La idea a medio formar se clarificó en su mente y Dag apuntó directamente a la roca y a nivel de su hombro. La superficie comenzó a desmoronarse en una zona del tamaño de un centavo, mientras que el poderoso rayo destruía el duro material rocoso. Lo aumentó hasta una pulgada y así continuó hasta que treinta minutos después había excavado un agujero de dieciocho pulgadas de profundidad y dos de diámetro. Depositó en su interior un cohete reactor con una delgada cuerda de nylon sujeta al disparador. Después lo tapó con fragmentos de piedra, dejando solamente el movimiento para actuar la cuerda.

Se marcharon, alejándose por la falda pedregosa y buscaron un escondite entre dos enormes peñascos. Con un simple movimiento tiró del disparador, tirándose al suelo junto a ella y protegiéndola con los brazos. En aquel mundo silencioso, el ruido pareció algo terrible y las esquirlas de la explosión les rociaron por doquier. Cuando todo movimiento hubo desaparecido, se incorporaron.

Toda una sección oblonga de la cara del acantilado había desaparecido esparciéndose y rajándose como una hoja de cristal aplastada por un golpe de marro. Unos fragmentos angulares aparecían como algo fantástico en aquella hendidura que conducía hasta la cima. El problema al que tuvieran que enfrentarse en aquel último paso sería cosa de encararlo cuando llegaran allí; por lo que comenzaron a ascender cuidadosamente.

Algunos pasos sólo podían darse mediante la ayuda recíproca de la pareja. Meryl se subió en los hombros de Dag hasta hallar un punto de seguridad, para después inclinarse y dar la mano al controlador.

El último paso era ya el más alto de todos y fue a base de dar un arriesgado salto hacia arriba en que ella pudo hallar un asidero y con un lacerante dolor de todos sus músculos pudo, haciendo un esfuerzo supremo, llegar al tope final. Allí quedó tendida boca abajo, jadeante, agotada y sollozando por el sobrehumano esfuerzo realizado. Esperando que le llegara el cabo de cuerda. Dag vio que apenas si quedaban unos minutos para la caída de la noche. Después, se halló junto a ella y con un brazo por sus hombros comenzaron una torpe carrera hasta la cúpula más próxima.

Se hallaban a veinte yardas de la cámara de compresión cuando la luz comenzó a desvanecerse y cuando Dag comenzó a manipular la palanca de apertura, la oscuridad era ya completa. La sintió arrastrarse junto a él y tuvo que sostenerla al abrirse la puerta principal en un gesto de bienvenida. Con un último esfuerzo la llevó en los brazos hacia la luz y el calor.

Los pocos minutos de descanso que se llevó el robot en su mecanismo de ajustar las presiones le dieron tiempo a Dag para recobrarse de la fatiga pasada, pudiendo llevarla hasta el interior y hacia el dormitorio destinado a Meryl, cuando se abrió la puerta interior. La despojó del traje exterior y la depositó en la cama. Estaba ya sumida en un profundo sueño causado por el terrible agotamiento sufrido.

Dag se dirigió lentamente hacia su propia habitación y se tomó una ducha. Hacía ya tiempo que no había estado allí y resultaba maravilloso sentir el sudor y el polvo de su cuerpo ser arrastrados por el agua a presión de la ducha, pareciendo que el dolor y la fatiga se iban juntamente con ellos también. Incluso se fumó un cigarrillo bajo el

placer final de aquella refrescante ducha. Después se vistió y pensó si despertarla o no para confeccionarse una comida conveniente.

Debatiéndose todavía en aquella incertidumbre, se dirigió hacia la cocina y se preparó una bebida. La mesa estaba ya dispuesta para dos y la comida a punto. Ella salió de su habitación. Se vestía con el tabardo ceremonial en oro y verde, cogido a ambos lados con grapas metálicas de bronce. Llevaba los cabellos peinados cayéndole hasta los hombros como una cascada elástica de oro según se movía con sus graciosos y elegantes movimientos.

—Bien venido a bordo, Controlador —dijo Meryl.

Dag Fletcher tuvo entonces la conciencia más certera de que en el resto del viaje no se presentarían más problemas.

¿Por qué no pueden decirte el porqué?, de James Purdy



Paul no supo casi nada de su padre hasta que encontró la caja de fotografías en el desván. Desde aquel momento se dedicó a mirarlas de día y de noche, y cada vez que Ethel, su madre, hablaba por teléfono con Edith Gainesworm. Asombrado, contemplaba a su padre en las diferentes fases de su vida: primero, como un niño de su edad, luego como un joven, finalmente, antes de morir, vestido con el uniforme del Ejército.

Ethel siempre se había referido a él como *tu padre*, y ahora las fotografías lo mostraban bajo un aspecto muy distinto del que se había imaginado.

Ethel nunca habló con Paul acerca de por qué había venido enfermo de la escuela, y al principio fingió no saber que había encontrado las fotografías. Pero le decía a Edith Gainesworth por teléfono todo lo que ella pensaba y sentía por él; y Paul escuchaba todas las conversaciones desde su escondite en la escalera de servicio, donde se sentaba para mirar las fotografías, que había trasladado de la vieja caja de zapatos donde las encontró a dos grandes y limpias cajas de bombones.

—Seguro que no conoces a un muchacho enfermo como él, que le dé por las fotografías —dijo Ethel a Edith Gainesworm—. En vez de juguetes o pelotas, viejas fotografías. Y eso que apenas si le he contado nada acerca de su padre.

Edith Gainesworm, que estudiaba psicología en un centro superior en la parte baja de la ciudad, a menudo daba consejos a Ethel con relación a Paul; pero aquella noche no dijo nada acerca de las fotografías.

—Todas las madres deberían tener una pensión —prosiguió Ethel—¿No es terrible tener que estar todo el día de pie, atendiendo al público, y luego tener que cuidar por la noche a un niño enfermo? Mis noches son aún peores que mis días.

Estas conversaciones telefónicas siempre excitaban a Paul, porque eran las únicas ocasiones en que oía hablar de sí mismo y de las fotografías. Cuando sonaba el timbre del teléfono solía correr a la escalera de servicio y empezaba a mirar las fotografías, y luego, a medida de que la conversación se desarrollaba, con frecuencia iba corriendo al cuarto de enfrente, donde Ethel estaba hablando, a veces llevando consigo una de las fotografías e imitando con la boca el ruido de un pájaro o un avión.

Dos meses habían transcurrido de este modo, sin que el niño fuera a la escuela, como si toda la vida se le pasara escuchando las charlas telefónicas de Ethel con Edith Gainesworm y mirando las fotos de las cajas de bombones.

Una vez, a medianoche, Ethel echó de menos al niño. Se levantó de la cama sintiendo como una opresión en la cabeza y el cuello; se dirigió a la cama de Paul y advirtió que no estaba la manta india. Llamó al niño y fue hasta la ventana, y miró hacia afuera. Sin cesar de llamarlo, se dirigió a la escalera.

—¡Dios mío! ¡Siempre me haz de causar alguna preocupación! —dijo—. ¿Dónde estás, Paul? —repitió con voz somnolienta. Bajó hasta la cocina, aunque no creía posible que estuviera allí, porque el chico nunca comía nada.

Luego se dijo: "Naturalmente", al recordar cuántas veces iba a la escalera de servicio con aquellas fotografías.

—¿Qué estás haciendo aquí, Paul? —le preguntó, y su voz tenía un tono dulce pero amenazador que despertó al chico, que se había quedado dormido encima de las cajas y las fotografías, como protegiéndolas, con la manta echada sobre la espalda y los hombros.

Paul se aferró a las cajas casi con vehemencia cuando vio a aquella mujer pálida y fea que se arrebujaba en su bata de hombre y lo estaba mirando. Hubo un ligero olor a cisterna destapada cuando ella terminó de ponerse la bata.

—Pues aquí, Ethel —contestó el niño al cabo de un rato.

—¿Qué quieres decir con eso de "pues aquí", Paul? —preguntó ella acercándose.

Lo tomó por el pelo y le dio unos suaves tirones, esa era la forma en que solía acariciar al niño. Estos leves tirones hicieron que temblase con cortas y sucesivas sacudidas bajo la mano de Ethel, hasta que al fin lo soltó.

Paul observó cómo su madre se quedaba contemplando las cajas de fotografías que él custodiaba.

—¿Duermes aquí para estar cerca de ellas? —le preguntó.

—No lo sé, Ethel —respondió Paul, emitiendo soplidos como si quisiera hacer desaparecer algo que tenía delante.

—No lo sabes, Paul —dijo ella con su voz dulzona y desagradable, acercándose más al niño, con ese olor rancio de su bata.

—¡No, eso no! —exclamó Paul.

—¿Eso no, qué? —dijo Ethel, agarrándolo por las solapas del pijama.

—¡No me hagas nada, Ethel! ¡Me duelen los ojos!

—Te duelen los ojos —dijo ella con tono de incredulidad.

—También me duele el estómago.

Inclinándose de pronto, Ethel recogió del suelo las dos cajas con fotografías y las retuvo entre sus brazos, enfundados en las amplias mangas de la bata.

—¡Ethel! —gritó el niño con la voz más fuerte y clara que ella le hubiese escuchado—. ¡Ethel! ¡Esas son mis cajas de bombones!

Ethel lo miró como si fuera la primera vez que lo veía, advirtiéndole con sorpresa que estaba muy delgado y huesudo y que tenía un lunar muy feo en su demacrada garganta. No podía comprender que ese fuera su hijo.

—Son estas cajas de fotografías las que te ponen enfermo.

—¡No, no, mamá Ethel! —gritó Paul.

—¿No te acuerdas de que te dije que no me llamaras mamá? —dijo la mujer avanzando hacia él y poniéndole la mano en la frente.

—Te he llamado mamá Ethel, no mamá —respondió el niño.

—Supongo que creerás que tengo mil años de edad —repuso Ethel, levantando la mano como si no supiera qué hacer con ella.

—Creo que ya sé qué hacer con esto —prosiguió, con calma fingida.

—¡No, Ethel! —dijo Paul— ¡Devuélvemelas! ¡Son mis cajas!

—Dime por qué has venido a dormir aquí, sabiendo que en este sitio te podrías empeorar. Quiero que me lo digas.

—¡No puedo, Ethel! ¡No puedo! —respondió Paul.

—Entonces voy a quemar las fotografías —contestó Ethel.

El niño se arrojó a los pies de ella y le abrazó las piernas.

—¡Ethel! ¡Por favor! ¡No te las lleves! ¡Por favor, Ethel!

—¡No me toques! —dijo la mujer.

Sus nervios estaban alterados, creía que si el niño volvía a tocarla, se sobresaltaría como si un ratón se hubiera metido debajo de sus ropas.

—Ponte de pie y cuéntame como un hombrecito, por qué estás aquí —dijo ella; pero mantuvo los ojos medio cerrados y la vista apartada del niño.

Él movió los labios como para hablar, pero en realidad no comprendió lo que ella quería decir con la palabra *hombrecito*. Esta palabra le molestaba cada vez que la oía.

—¿Qué estás haciendo con las fotografías todo el tiempo, durante el día cuando estoy fuera de casa, y ahora, por la noche? Nunca había oído hablar de una cosa así.

Entonces se apartó de él, de modo que las manos del niño soltaron las piernas de ella, que había tenido abrazadas; pero permaneció unos instantes cerca de las manos de Paul, como si no supiera qué tenía que hacer a continuación.

—Sólo las miro, Ethel —dijo al fin el niño.

—No digas mentiras —dijo ella, mirándolo a la cara y luego:

—¡Quiero la verdad! —gritó.

Paul se echó a llorar y gimió, pensando qué podía querer su madre que le dijera; ahora había empezado a perder la noción de todo, y ni siquiera comprendía qué se esperaba de él. Era insoportable.

—¿Me oyes, Paul? —dijo ella entre dientes, muy cerca de él ahora, y mirándolo con tanta furia que Paul tuvo que cerrar los ojos—. ¿Sabes lo que voy a hacer si no me contestas?

—¿Me castigarás? —preguntó Paul con un hilito de voz.

—No, esta vez no voy a castigarte —dijo Ethel.

—¡No vas a castigarme! —exclamó el niño, y un nuevo temor y una nueva sorpresa asomaban ahora en sus ojos cansados. Luego, mirándola fijamente a los ojos se echó a llorar con terror; porque le pareció que en todo el mundo sólo existían ellos dos, él y Ethel.

—Recuerdas adónde enviaron a tía Grace ¿verdad? —dijo Ethel con una voz terrible.

Él lloró con más furia, salpicando con saliva la pared. Se quedó mirando el final de la escalera como buscando un lugar a dónde escapar.

—Recuerdas adónde la enviaron, ¿no? —insistió Ethel con voz tranquila y paciente, como la de una mujer que ha recibido un trato irrespetuoso de parte de un hijo al que, a pesar de todo, aún sigue queriendo.

—¡Sí, sí, Ethel! —gritó Paul histéricamente.

—Dile a Ethel adónde enviaron a tía Grace —dijo ella en el mismo tono paciente y cariñoso.

—Yo no sabía que también enviaban niños allá —dijo Paul.

—Tú ahora eres algo más que un niño —respondió Ethel—, ya tienes edad suficiente para que... Y si no le dices a Ethel por qué estás mirando todo el tiempo las fotografías, tendremos que enviarte al manicomio, con las rejas.

—No sé por qué las miro, querida Ethel —dijo ahora el niño con voz débil, pero con extrema tensión, y se puso a acariciar el forro de piel de las zapatillas de ella.

—Creo que sí lo sabes, Paul —dijo ella con voz tranquila; pero el niño pudo percibir cómo iba desapareciendo su tono amable y paciente, y levantó a medias las manos como para protegerse de algo que aquella mujer pudiera hacerle.

—Pero no sé por qué las miro —repitió, gimoteando y de pronto volvió a abrazarle las piernas.

Ethel dio un paso atrás, pero conservando aún su sonrisa paciente y comprensiva, de perdón.

—Muy bien —Paul.

Cada vez que decía "Muy bien, Paul", era para dar a entender con ello que daba por terminada una discusión.

—¿Adónde vamos? —gritó Paul, mientras ella lo llevaba hacia la cocina.

—Al sótano, por supuesto —respondió Ethel.

Nunca antes habían ido juntos al sótano, y el terror de lo que podía sucederle allá le dio una especie de apaciguamiento que le permitió bajar con paso firme los irregulares peldaños.

—Lleva tú las cajas con las fotografías, Paul —le dijo ella—, ya que te gustan tanto.

—¡No, no! —gritó Paul.

—¡Llévalas! —ordenó ella, dándole las cajas.

Él las sujetó contra su cuerpo, y cuando llegaron al sótano, la mujer abrió la puerta del horno y, apretándose el cinturón de la bata, le dijo fríamente, su cara blanca iluminada por las llamas:

—Tira las fotografías ahí dentro, Paul.

Él se la quedó mirando, como si ahora resultaran ciertas todas las pesadillas, como si al fin el terror completo y definitivo de lo que puede sucederle a uno en la vida se hubiera desplegado ante su vista.

—¡Son de papá! —exclamó con una voz que ninguno de los dos reconoció.

—Tú lo has querido —dijo ella fríamente—. Prefieres un hombre muerto a tu propia madre. O echas las fotografías al fuego, puesto que son ellas las que te ponen enfermo, o tendrás que ir al lugar al que enviaron a tía Grace.

Él ahora empezó a correr por el cuarto como un pajarito que se ha escapado de la tienda en donde lo vendían y ha ido a parar en medio de la confusión de una calle de la ciudad, y con la boca emitía extraños sonidos que Ethel, no podía creer que salieran de sus pulmones.

—No creas que voy a tener paciencia para tus payasadas —gritó; pero sus palabras se perdieron como si lo hiciera en un cuarto vacío.

Mientras corría alrededor del pequeño cuarto, con las cajas de fotografías apretadas contra su pecho, algunas de las fotos cayeron al suelo. Él se detuvo para recogerlas, mientras seguía apretando convulsivamente las cajas y emitía pequeños gritos de impotencia y dolor agudo.

Ethel lo miraba sin dar crédito a sus ojos. Ahora no sólo no le parecía hijo suyo, sino que ni siquiera parecía ya un niño; al contrario, con su pijama roto y sin zurcir, parecía un animal lisiado y moribundo que corriera desesperadamente tratando de huir de su propio dolor.

—¡Dame esas fotografías! —gritó ella. Le arrebató algunas que él tenía en las manos, y las arrojó rápidamente al fuego.

Después se dio vuelta y fue a tomar las cajas que él sostenía.

Pero la escena que vio hizo que se detuviera. Él se había encogido, agachado en el suelo, y apretando las cajas contra su estómago, emitió una especie de silbido hacia la mujer, de modo que ella no tuvo la posibilidad de acercarse ni de llevárselo de allí, mientras de la boca del niño salía una sustancia espesa, fibrosa y de color negruzco, como si estuviera vomitando su corazón cargado de amargura.

También usted es fea, de Lorrie Moore



Había que salir de vez en cuando de ellos, de esos pueblos de Illinois de nombres graciosos: París, Oblongo, Normal. Una vez, cuando el Dow Jones cayó doscientos puntos, un periódico local alardeaba en el encabezado principal: "HOMBRE NORMAL SE CASA CON MUJER OBLONGA." Sabían lo que era importante. ¡Lo sabían! Pero tendrías que salir de vez en cuando, siquiera para cruzar la frontera de Terre Haute y ver una película.

Fuera de París, a la mitad de un largo campo, había un conjunto de edificios de ladrillos, una pequeña universidad de artes con el improbable nombre de Hiladle-Versailles. Zoë Hendricks llevaba tres años enseñando Historia de los Estados Unidos. Enseñaba: "La Revolución y más allá" a estudiantes de primer y segundo año, y cada tercer semestre llevaba el seminario principal para estudiantes de maestría, y aunque las evaluaciones de sus estudiantes habían empeorado en el último año y medio –La profesora Hendricks casi siempre llega tarde a clase y usualmente lo hace con una taza de chocolate caliente del que ofrece sorbitos a la clase–, en general el departamento de nueve hombres se sentía agradecido de tenerla. Sentían que añadía el necesario toque femenino a los corredores –ese tenue rastro de Obsesión y sudor, y el ligero, rápido cloqueo de los tacones. Además habían tenido una reputación de discriminación sexual y el decano había dicho que, bueno, ya era hora.

La situación no era fácil para ella, lo sabían. Una vez, al comienzo del último semestre, había llegado al salón de lectura cantando: "Getting To Know You" de cabo a rabo. A pedido del decano, el presidente del consejo la llamó a su oficina, pero no le pidió ninguna explicación, en realidad. Le pregunto cómo se sentía y sonrió de una manera particular. Ella dijo: "Bien," y el presidente estudió la manera en como lo dijo, con los dientes delanteros mordiendo el labio inferior. Casi era linda, pero su rostro mostraba la tensión y la ambición de siempre haber estado cerca pero no del todo. Se notaba mucho esmero con el delineador de ojos, y sus aretes, gastados, sin duda, porque carecía de drama, provocaban un poco de miedo al sobresalir de los lados de su cabeza como antenas.

-Estoy perdiendo el juicio -dijo Zoë a su joven hermana, Evan, en

Manhattan. La profesora Hendricks parece conocer el soundtrack

completo de 'El rey y yo.' ¿Es esto Historia? Zoë le telefoneaba cada jueves.

-Siempre dices eso -dijo Evan-, pero entonces estás en tus viajes o tus vacaciones y todo vuelve a su lugar y te estás quieta por un tiempo y entonces dices que estás bien, que estás ocupada, y entonces otra vez dices que te estás volviendo loca y otra vez a comenzar.

Evan era diseñadora de comida a medio tiempo para tomas de fotos. Cocinaba verduras en tinte verde. Dejaba un guiso de bistec sobre una cama de canicas e iba de compras por diferentes y nuevos tipos de spray de silicona y cubos de hielo de plástico. Pensaba que su vida estaba bien. Vivía con su novio de hacía muchos años, que era independientemente rico y tenía un divertido y trabajo en el negocio de las

publicaciones. Ya eran cinco años desde que dejaran la universidad, y vivían en un lujoso edificio del centro con balcón y acceso a la alberca. “No es lo mismo que tener tu propia alberca,” suspiraba Evan siempre, como para que Zoë supiera que había aún cosas que ella, Evan, tenía que tolerar.

“Illinois. Estar aquí me pone sarcástica,” dijo Zoë al teléfono. En general, solía insistir en que era ironía, algo gentilmente depositado en capas, sofisticado, algo ajeno al medio oeste aunque sus estudiantes lo seguían llamando sarcasmo, una cosa que se sentían calificados para reconocer, y ahora ella no tenía más remedio que aceptar. No era ironía. “¿Cuál es su perfume?” le preguntó una vez un estudiante. “Aromatizante para cuartos” dijo ella. Sonrió pero él la miró, desconcertado.

Por mucho, sus estudiantes eran buenos representantes del medio oeste, embobados por el estrógeno que extraían de grandes cantidades de carne y huevo. Compartían los valores suburbanos de sus padres; y ellos, sus padres, les habían dado cosas, cosas, cosas. Eran complacientes. Los habían comprado. Y ahora estaban armados con una saludable vaguedad acerca de cualquier aspecto histórico o geográfico. En realidad, parecían saber demasiado poco sobre nada, aunque mostraban buen humor al respecto. “Todos esos estados del Este son tan pequeños y amontonados”, se quejaba uno de sus estudiantes la semana que Zoë leía “El momento crucial de la Independencia: La batalla de Saratoga.” “Profesora Hendricks, usted es de Delaware, ¿verdad?” le preguntó el estudiante. “Maryland” corrigió Zoë. “Ah” dijo él, despreciativamente, “Nueva Inglaterra.

“Sus artículos –capítulos para un libro titulado Escuchándolos: Usos del humor en la Presidencia de los Estados Unidos- eran en general bien recibidos, aunque salieran lentamente de su cabeza. Le gustaba que sus artículos contemplaran todas las etapas del día –incluso desconfiaba de las cosas escritas solamente de mañana-, por lo que releía y rescribía laboriosamente. Ninguna faceta del día –su humor, su luz- podía predominar. A veces hasta durante un año pendía de un artículo, revisándolo a todas horas, hasta que el día, en su totalidad, quedaba registrado.

Su trabajo anterior al de Hildale-Versailles lo tuvo en un pequeño colegio de New Geneva, en Minnesota, la Tierra de los Moribundos Centros Comerciales. Todos ahí eran tan rubios que en general a las castañas se les consideraba extranjeras. El hecho de que la Profesora Hendricks sea de España no le da el derecho a ser tan negativa hacia nuestro país. Existía un marcado interés hacia la alegría. Quizá porque en New Geneva nadie esperaba que fueras crítica o quejosa. Y nadie esperaba, tampoco, que notaras que la ciudad había crecido demasiado y que sus centros comerciales lucían viejos y naufragaban. No debías decir que no estabas “bien, gracias ¿y usted?” Se esperaba, en suma, que fueras Heidi. Que llevaras leche de cabra hasta las colinas sin pensarlo dos veces. Heidi no se quejaba. Heidi no hacía cosas como pararse frente a la nueva fotocopidora IBM diciendo “Si esta fotocopidora de mierda se vuelve a estropear, me corto las venas.”

Pero ahora, en su segundo trabajo, en su cuarto año de enseñanza en el Medio Oeste, Zoë estaba descubriendo algo que nunca sospechó tener: una veta de malhumor, crispada y aguda. Alguna vez consintió a sus alumnos, cantándoles canciones, permitiéndoles que la llamaran incluso a casa para hacerle preguntas personales, más ahora comenzaba a perder simpatía. Ya eran diferentes. Comenzaban a parecerle demandantes y malcriados.

“Usted actúa,” le dijo uno de sus estudiantes de último curso durante una conferencia, “como si su opinión valiera más que la cualquiera en la clase.”

Los ojos de Zoë se abrieron de par en par. “Soy la maestra,” dijo.

“Me pagan para actuar así.” Miró atentamente a la estudiante, que llevaba un lazo en el cabello como si fuera una cowgirl en una serie campirana de TV. “Quiero decir, de otra manera todos en la clase tendrían pequeñas oficinas y horario de trabajo.” Muchas veces la Profesora Hendricks toma el tiempo de la clase para hablar de las películas que ha visto. Observó a la estudiante un poco más, y añadió: “Apuesto a que eso te gustaría.”

“A lo mejor le sueno un tanto quejica,” dijo la chica, “pero lo único que quiero es que mi carrera de historia signifique algo.”

“Bueno, ése es tu problema,” dijo Zoë, y, con una sonrisa, le mostró la puerta. “Me gusta tu lazo,” dijo.

Zoë se desvivía por el correo, por el cartero –ese pájaro tan mozo-, y cuando recibía una carta real con un sello real de cualquier parte, se la llevaba a la cama y la leía una y otra vez. También veía televisión a todas horas y tenía el equipo en su habitación –mala señal. La Profesora Hendricks ha hablado mal Fawn Hall, de la religión católica y de todo el estado de Illinois. Es increíble. En época de Navidad daba veinte dólares de propina al cartero y a Jerry, el único taxista de la ciudad, a quien ella había llegado a conocer durante todos sus viajes de ida y vuelta al aeropuerto de Terre Haute, y quien, desde que se dio cuenta que tales viajes eran una extravagancia, le ofrecía tarifas especiales.

“Voy a tomar un vuelo y visitarte este fin de semana,” anunció Zoë. “Esperaba que lo hicieras,” dijo Evan. “Charlie y yo vamos a tener una fiesta de Halloween. Va a ser muy divertido.”

“Ya tengo disfraz. Es un casco. De esos que parecen un hueso gigante que te atraviesa la cabeza.

“Buenísimo,” dijo Evan. “Sí, muy bueno.”

“Todo lo que yo tengo es mi máscara de luna del año pasado y del antepasado. Probablemente terminaré casándome con ella.”

“¿Tú y Charlie se van a casar?” Zoë se sintió ligeramente alarmada. “Hmnnnnnnnnno, no inmediatamente.”

“No se casen.” “¿Por qué?” “No ahora mismo. Eres muy joven.”

“Sólo dices eso porque eres cinco años mayor que yo y no te has casado.”

“¿No me he casado? Ay, Dios mío,” dijo Zoë, “Olvidé casarme.”

Zoë había salido con tres hombres desde su llegada a Hilddale- Versailles. Uno de ellos era un burócrata municipal que había arreglado una multa por mal estacionamiento que ella había llevado para protestar, y luego la invitó a tomar un café. Al principio, pensó que era maravilloso –¡al fin alguien que no quería a una Heidi! Pero pronto comprendió que todos los hombres, muy en el fondo, deseaban una Heidi. Heidis con escotes. Heidis con ropa de gimnasia. El burócrata de la multa por mal

estacionamiento pronto se volvió cansado e intermitente. Un frío día de otoño, en su elegante e impráctico convertible, a la pregunta de ella de qué es lo que andaba mal, él dijo, "No te vendría nada mal un poco de ropa nueva, sabes." Ella usaba un montón de pana verde grisácea. Tenía la impresión de que resaltaba sus ojos, esas dos estrellas tímidas. Sacudió una hormiga de su manga.

"¿Tenías que hacerlo precisamente en el auto?" preguntó él, mientras manejaba. Observó sus pectorales, mirando primero el izquierdo, luego el derecho, en un vistazo general. Vestía una camiseta ajustada.

"¿Perdón?"

Él disminuyó la velocidad en la luz ámbar, y frunció el ceño.

"¿Acaso no podías levantarlo y arrojarlo fuera del auto?" "¿La hormiga? Me pudo haber mordido. Quiero decir, ¿qué diferencia hay?" "¡Te pudo haber mordido! Já. Qué ridículo. Ahora va a dejar huevecillos en mi auto."

El segundo tipo era más dulce, grandote, aunque no insensible a ciertas pinturas y canciones, pero con frecuencia, también, las cosas que hacía o decía terminaban por asustarla. Una vez, en un restaurante, robó las guarniciones de su plato y esperó a que ella lo notara. Cuando no lo hizo, finalmente extendió los puños sobre la mesa y dijo "Mira," y al abrirlos ahí estaba su ramita de perejil y su rebanada de naranja arrugada y hecha bolita. En otra ocasión le describió su más reciente visita al Louvre. "Y ahí estaba yo, frente a La barca de Dante, de Delacroix, y todos se habían marchado por lo que tuve mi propia audiencia privada, con todas esas sombras agonizantes abriéndose en todas direcciones, y aquel movimiento de la pintura que comenzaba desde el fondo en remolinos, acumulándose más y más en la roja tela de la capucha de Dante, arremolinándose en la distancia, hacia donde podías ver las llamas anaranjadas." Se quedó sin aliento en la descripción. Ella lo halló conmovedor y sonrió para animarlo. "Un cuadro así," dijo él, meneando la cabeza. "Hace que uno se cague encima."

"Tengo que preguntarte algo," dijo Evan. "Sé que hay mujeres que se quejan de no conocer hombres pero, en serio, yo conozco muchos. Y no todos son homosexuales, te lo aseguro." Hizo una pausa. "Ya no."

"¿Qué me estás preguntando?"

El tercer tipo era un profesor de ciencias políticas llamado Murray Peterson que gustaba salir en parejas con colegas por cuyas esposas se sentía atraído. Usualmente la esposas le permitían algo de coqueteo. No era raro que bajo la mesa se diera algo de toqueteo con los pies, o incluso con las rodillas. Entonces Zoë y el esposo se quedaban solos con la comida, mirando fijamente hacia los vasos, y masticando como chivos. "Oh, Murray," dijo una esposa, que nunca terminó su master en terapia física y usaba ropas anchas. "Sabes, me sé todo acerca de ti: tu cumpleaños, el número de tu matrícula. Lo he memorizado todo. Pero sólo es por la clase de mente que tengo. Una vez, en una fiesta, sorprendí a los anfitriones cuando me levanté y me despedí de todos los que estaban ahí, por nombre y apellido."

"Yo conocí a un perro que podía hacer eso," dijo Zoë, con la boca llena. Murray y la esposa la miraron con gesto de enfado y reproche, pese a que el esposo parecía de pronto muy divertido. Zoë pasó el bocado. "Era un labrador parlante, y tras diez

minutos de escuchar la conversación de la cena este perro sabía los nombres de cada persona. Podías decirle, 'Lleva este cuchillo a Murray Peterson', y lo hacía."

"En serio," dijo la esposa, frunciendo el ceño, y Murray Peterson nunca más la volvió a llamar.

"¿Estás viendo a alguien?" preguntó Evan. "Lo pregunto por un motivo particular. No es que me esté portando como mamá."

"Estoy viendo mi casa. La atiendo cuando se pone húmeda, cuando llora, cuando vomita." Zoë había adquirido una casa de campo cerca del campus, aunque justo ahora pensaba que no debió hacerlo. Era difícil vivir en una casa. Se la pasaba entrando y saliendo de las habitaciones, buscando dónde había dejado las cosas. Iba al sótano sin razón alguna excepto porque le divertía poseer una sótano. También le divertía poseer un árbol.

Sus padres, en Maryland, estaban muy contentos de que al fin una de sus hijas fuera capaz de permitirse una propiedad, y cuando cerró el contrato le enviaron flores con una carta de felicitaciones. Su madre, incluso, le había enviado una caja de viejas revistas de decoración guardadas durante años –fotografías de hermosas habitaciones con las que su madre fantaseaba, puesto que nunca, en realidad, había habido dinero para redecorar. Era más como poseer la pornografía de mamá, esa caja, heredar sus fantasías más profundas, el deseo y la coquetería ilimitados que habían sido su vida. Aunque para su madre se trataba de un pasaje ritual que le encantaba. "Quizá puedas sacar algunas ideas de esto," le escribió. Así que cuando Zoë miró las fotografías, las audaces y hermosas habitaciones, se sintió llena de nostalgia. Ideas e ideas de nostalgia.

Justo ahora la casa de Zoë se encontraba casi vacía. Los dueños anteriores habían empapelado alrededor de los muebles dejando siluetas y huecos extraños en las paredes, y no es que Zoë se hubiera aplicado ya a remediarlo. Compró muebles, luego los quitó, amueblando y desamueblando, preparando y cuidando, como a un útero. Había comprado muchos arcones de madera de pino para usarlos como sofá o cajas de zapatos, pero pronto comenzó a verlos más y más como ataúdes de niños, y los devolvió. Y recientemente también había comprado una alfombra oriental para la sala, con símbolos chinos que no entendía. La vendedora insistió en que significaban "Paz" y "Vida eterna", y la verdad es que Zoë se mostró un tanto preocupada el día que trajo la alfombra a casa. ¿Qué tal si los símbolos no significaban "Paz" y "Vida eterna"? ¿Qué tal si querían decir, digamos, "Bruce Springsteen"? Y mientras más lo pensaba, más se convencía de poseer una alfombra que decía "Bruce Springsteen." Así que esa también la devolvió.

Llegó a comprar, también, un pequeño espejo barroco para la entrada que, según le dijo Murray Peterson, alejaba a los malos espíritus. Como fuera, el espejo le llenaba de miedo, asustándola con el reflejo de una mujer que ella nunca reconocía. En ocasiones lucía más hinchada y simplona de lo que recordaba. Otras veces oscura y cambiante. Pero la mayor parte del tiempo, simplemente, lucía vaga.

"Te pareces a alguien que conozco" le habían dicho dos extraños el año pasado en Terre Haute. De hecho, y por momentos, no parecía poseer un aspecto propio, o cualquier aspecto, pero luego la divertía saber que los colegas y los estudiantes la reconocían del todo. ¿Cómo lo sabían? Cuando entraba a un salón, ¿cómo luciría para que ellos la reconocieran? ¿Como así? ¿Es que ella se veía así? Y entonces devolvió el espejo.

“La razón por la que te pregunto esto es porque conozco a un hombre que quizá deberías conocer,” dijo Evan. “Es divertido. Es heterosexual. Es soltero. Es todo lo que voy a decir.”

“Creo que estoy muy vieja para la diversión,” dijo Zoë. Tenía un oscuro y erizado pelo en la barbilla, y justo ahora podía sentirlo con el dedo. Quizá es que cuando has pasado demasiado tiempo sin el sexo opuesto, comienzas a parecerle. En un acto de invención desesperada, comienzas a desarrollar el tuyo propio. “Lo único que quiero es ir a la fiesta, usar mi casco, hacerle una visita al pez tropical de Charlie y preguntarte sobre tus plantas.

Estaba pensando en todas las páginas de “Nuestra Constitución: Cómo Nos Afecta,” que tenía que corregir. Pensó en las pruebas de ultrasonido que iba a hacerse el viernes, porque según su doctor, y el asistente de su doctor, tenía un grande y misterioso crecimiento en su abdomen. Vesícula biliar, era lo que decían. U ovarios, o colon.

“¿De verdad practican medicina?” preguntó Zoë en voz alta, después que ellos salieran de la habitación. Una vez, de niña, llevó a su perro al veterinario, que le dijo: “Bueno, tu perro tiene parásitos, o cáncer o un auto lo golpeó.”

Deseaba llegar a Nueva York.

“Bueno, como sea. Nos la pasaremos bien. No puedo esperar a verte, chica. Y no olvides tu hueso en la cabeza,” dijo Evan. “No es algo que se olvide,” dijo Zoë. “Supongo,” dijo Evan.

Lo del ultrasonido lo mantenía en secreto, incluso para Evan. “Siento que me estoy muriendo,” le había insinuado una vez a Evan, por teléfono. “No te estás muriendo,” le dijo Evan, “sólo estás disgustada.”

“Ultrasonido,” decía Zoë ahora, medio en broma, al técnico que le ponía el gel sobre su abdomen desnudo. “¿No le suena como a un gran sistema de sonido?

No había tenido nadie que armara tanto lío sobre su estómago desnudo desde que su novio de posgrado, que revoloteaba sobre ella cada vez que se sentía mal, movía los brazos, presionaba las manos contra su ombligo, y cantaba, evangélicamente, “Sana! Sana! Por el amor del Bebé Jesús!” Y Zoë reía y hacían el amor, ambos con la esperanza secreta de que ella quedara embarazada. Luego se preocupaban, y él, hundiendo la mejilla sobre su vientre le preguntaba si tenía retraso, ¿lo tenía? ¿estaba segura?, debería tener retraso, pero cuando pasaron dos años sin lograr el embarazo comenzaron a pelearse y finalmente se separaron.

“Okey,” dijo el técnico, distraídamente.

El monitor estaba en marcha, y las entrañas de Zoë aparecieron en la pantalla en toda su gris y jironeada vaciedad. Lucían como el mármol en las más finas gradaciones, desde el negro hasta el blanco, como la piedra de una vieja iglesia o la foto de la luna. “No le parece,” balbuceó al técnico, “que el aumento de la infertilidad entre tantas parejas de este país se debe a que son dos razas completamente diferentes que intentan reproducirse?” El técnico movió el escáner en giros y tomó más fotos. Por una en particular, de la parte derecha de Zoë, el técnico se mostró súbitamente alerta, y la máquina emitió un chasquido.

Zoë observó la pantalla. "Eso que encontró ahí debe de ser el crecimiento," sugirió Zoë.

"No le puedo decir nada," dijo el técnico, un tanto rígido. "Su doctor tendrá el reporte del radiólogo esta tarde y le telefoneará."

"Estaré fuera de la ciudad," dijo Zoë. "Lo siento," dijo el técnico.

Conduciendo a casa, Zoë miró por el retrovisor y decidió que lucía... bueno, ¿cómo podría uno describirlo? Un poco pálida. Recordó la broma del tipo que visita a su doctor y el doctor le dice: "Siento decirlo, pero usted sólo tiene seis semanas de vida."

"Quiero una segunda opinión," dice el tipo. Usted actúa como si fuera superior a todos en la clase.

"¿Quiere una segunda opinión? Muy bien," dice el doctor, "También es feo." Le gustaba esa broma. Creía que era terrible, terriblemente divertida.

Tomó un taxi al aeropuerto. Jerry, el conductor, se mostró feliz de verla.

"Diviértase en Nueva York," dijo, sacando la maleta del portaequipaje. Ella le gustaba. O al menos siempre actuaba como si así fuera. Ella lo llamaba Jare.

"Gracias, Jare."

"¿Sabe? Le diré un secreto. Nunca he estado en Nueva York. Le diré dos secretos. Nunca he estado en un avión." La despidió con un movimiento triste mientras ella empujaba la puerta para entrar a la terminal. "O en un ascensor!" gritó.

La calve para volar seguro, pensaba Zoë, era nunca comprar un boleto de descuento y decirse uno mismo que de cualquier manera no tenía nada por qué vivir, de modo que no habría ningún problema en caso de accidente. Pero entonces, cuando no sucedía nada, cuando lograbas mantenerte en lo alto junto con tu propia inutilidad, todo lo que debías hacer era salir a tropezones, buscar tu equipaje, y, mientras llegaba el taxi, buscarse una razón persuasiva para seguir viviendo.

"Llegaste!" gritó Evan al timbre, antes incluso de abrir la puerta. Luego la abrió ampliamente. Zoë dejó las maletas sobre el piso y abrazó fuertemente a Evan. De pequeña, Evan siempre fue cariñosa y devota. Zoë siempre cuidó de ella – aconsejándola, tranquilizándola- hasta tiempos recientes, en que Evan comenzó a aconsejarla y tranquilizarla a ella. Eso asustaba a Zoë. Sospechaba que tenía algo que ver con el hecho de estar sola. Algo que incomodaba a la gente.

"¿Cómo estás?"

"Vomitó en el avión. Además de eso, estoy bien."

"¿Te ofrezco algo? A ver, déjame las maletas. Con que malita en el avión, eh. Uy."

"Fue en una de esas bolsitas," dijo Zoë, por si a Evan se ocurría que había sido en el pasillo. "Casi en silencio."

El apartamento era espacioso e iluminado, con una vista de toda la ciudad a lo largo del lado este. Había un balcón y puertas de vidrio corredizas. "Siempre me olvido que este departamento es tan bonito. Piso veinte. Portero..." Zoë podía trabajar toda su vida y nunca tener un apartamento como éste. Y tampoco Evan. Era el departamento

de Charlie. Él y Evan vivían ahí como dos niños en un dormitorio, latas de cerveza y ropa regadas por todos lados.

Evan llevó las maletas lejos del revoltijo, junto a las peceras. "Estoy tan contenta de que estés aquí," dijo. "Y ahora, ¿qué te sirvo?"

Preparó el almuerzo –sopa de lata y galletita saladas.

"Respecto de Charlie, no lo sé," dijo, cuando terminaron. "Nos veo ya como unos cuarentones alejados del sexo." "Hmmm," dijo Zoë. Se reclinó sobre el sofá de Evan y miró por la ventana hacia las oscuras cimas de los edificios. Parecía un poco antinatural vivir en el cielo de ese modo, como pájaros que por una hazaña errónea anidaran muy alto. Asintió con la cabeza hacia las peceras y soltó una risita. "Me siento como un pájaro," dijo. "Con mi propia ración de peces."

Evan suspiró. "Llega a casa y se echa en el sofá, mira fútbol borroso. Usa el color crema psicodélico y el aparato de los rizos, si sabes a lo que me refiero."

Zoë se levantó y acomodó los cojines del sofá. "¿Qué es futbol borroso?"

"Aún no tenemos cable. Todo nos llega borroso. Así que Charlie lo mira así."

"Hmm, ya veo. Sí, es un poco depresivo," dijo Zoë. Miró sus manos.

"Especialmente lo de no tener cable."

"Así es como se mete a la cama." Evan se levantó para hacer una demostración. "Se quita toda la ropa pero cuando toca al turno de los calzoncillos simplemente los deja caer hasta un tobillo. Luego levanta una pierna, los avienta al aire y los atrapa. Yo, por supuesto, lo miro desde la cama. Y nada más. Sólo eso."

"Quizá deberían pasar por alto esas cosas y casarse."

"¿Te parece?"

"Claro. Quiero decir, ustedes probablemente piensen que vivir juntos de esta manera es lo mejor de todo, pero..."

Zoë trató de sonar como la hermana mayor; la hermana mayor es lo que se supone que sería la madre que nunca tendrías, la mamá buena onda, tranquila. "Pero yo descubrí que tan pronto como crees tener de todo..." –pensó en ella misma, sola en su casa, en las cigarras cara de sapo que volaban alrededor como hombrecitos nocturnos y aterrizaban sobre sus cortinas, mirando; en los zapatos número treinta que había colocado en la puerta para alejar a los intrusos; en la ridícula, muñeca inflable que alguien le había dicho que sentara a la mesa del desayuno- "entonces repentinamente todo cambia y se vuelve lo peor de todo."

"¿De verdad?" Evan irradiaba felicidad. "Ay, Zoë. Tengo que decirte algo. Charlie y yo nos vamos a casar."

"¿De verdad?" Zoë se sintió confundida.

"No sabía cómo decírtelo."

"Sí, bueno. Supongo que todo eso sobre el futbol borroso me confundió un poco."

“Esperaba que fueras mi dama de honor,” dijo Evan, ansiosa. “¿No te sientes feliz por mí?”

“Sí” dijo Zoë, y comenzó a contarle a Evan la historia de un violinista premiada de Hildale-Versailles –cómo la violinista había llegado de una competencia en Europa y se había liado con un tipo del pueblo que la obligaba a ir a todos los partidos de softball de verano y la hacía brindar por él desde las gradas junto con las otras esposas, hasta que ella se mató. Pero cuando Zoë iba a la mitad del cuento, en la parte de los brindis desde las gradas, se detuvo.

“¿Entonces qué?” dijo Evan. “¿Qué pasó?”

“La verdad es que nada,” dijo Zoë, tranquilamente. “A ella comenzó a gustarle el softball. Tendrías que haberla visto.”

Zoë decidió ir a la función vespertina de cine, dejando a Evan las faenas de preparar lo necesario para la fiesta. “Debo hacerlo sola, de verdad,” le había dicho, un poco tensa tras la historia de la violinista. Zoë pensó a ir a un museo de arte pero las mujeres que iban a los museos tenían que lucir muy bien. Siempre lo hacían. Elegantes y serias, moviéndose lánguidamente, con un gran bolso de mano. En vez de eso, camino por Kips Bay, pasando frente a una boutique de aretes llamada Póntelo en las orejas, luego pasó por un salón de belleza llamado Dorian Gray. Eso era lo divertido respecto de la

“belleza,” pensó Zoë. Busca entre las páginas de la sección amarilla y encontrarás cientos de entradas, todas agresivas en su inteligencia, cortesía y consejos. Pero busca “verdad,” –Já! Absolutamente nada. Nada de nada.

Zoë pensó en el matrimonio de Evan. ¿Se convertiría Evan en la esposa de Pedro Comecalabazas? ¿Señora Comecalabazas? ¿Y en la boda, obligaría a Zoë a vestirse con un vestido color lavanda lleno de volados, idéntica a las otras damas? Zoë odiaba los uniformes, e incluso, en primer grado, se había rehusado a unirse al club de las Chicas Duendes porque no deseaba usar el mismo disfraz que todas. Y ahora tendría que hacerlo. Y quizá podría distinguirlo. Levantarlo por un lado con una pinza, por ejemplo. O colocar una gasa de cirugía en la cintura. Abrocharse en el pecho uno de esos pins que dicen, en letras grandes, “Shit Happens.”

En la película –Death by Number- compró palitos de regaliz para masticar. Tomó asiento junto a la salida. La poseyó la extraña autoconciencia de hallarse sola, y esperaba que el cine oscureciera pronto. Cuando oscureció y comenzaron los comerciales, buscó en su bolso los lentes. Los tenía en un estuche. Los Kleenex también estaban en un estuche. Lo mismo los bolígrafos, las aspirinas y las mentas. Todo se encontraba en un estuche. Y eso es en lo que se había convertido: en una mujer sola en el cine con todo en estuches.

En la fiesta de Halloween había como dos docenas de personas. Había gente con cabezas de mono y largo vello en las manos. Alguien se había disfrazado de duende. Alguien se había disfrazado de cena congelada. Un hombre había traído a sus dos hijas pequeñas: una bailarina, y la hermana de la bailarina, también vestida de bailarina. Había un grupillo de brujas muy sensuales –mujeres vestidas enteramente de negro, muy maquilladas y enjoyadas. “Odio a esas brujas tan atractivas. No va con el espíritu de la noche de Halloween,” dijo Evan que, por su parte, había abandonado la máscara de luna para disfrazarse de muñeca alemana de rizos y delantal, decisión que ahora lamentaba. Charlie, y porque le gustaban los peces, porque era dueño de muchos

peces y porque los coleccionaba, había decidido vestirse como pez. Tenía aletas y ojos a los lados de la cabeza. “¡Zoë! ¿Cómo estás? ¡Siento no haber estado aquí cuando llegaste!” Pasó el resto del tiempo charlando con las brujas sensuales.

“¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?” preguntó Zoë a su hermana.

“Luces agotada.” Acarició el brazo de su hermana dulcemente, como si deseara que estuvieran solas.

“Ay, no, nada de eso,” dijo Evan, mientras arreglaba los hongos rellenos sobre una bandeja. El cronómetro sonó y sacó otra bandeja del horno. “En realidad, ¿sabes qué puedes hacer?”

“¿Qué?” Zoë se puso el hueso en la cabeza.

“Conocer a Earl. Él es el tipo que tenía en mente para ti. Cuando llegue sólo hálale un poco. Es lindo. Es divertido. Se acaba de divorciar.”

“Lo intentaré,” gruñó Zoë. “¿Está bien? Lo intentaré.” Miró el reloj. Earl llegó vestido como una mujer desnuda, con lana de acero pegado estratégicamente al cuerpo, y pechos de goma que le brotaban como jamones.

“Zoë, él es Earl,” dijo Evan.

“Gusto en conocerte,” dijo Earl, esquivando a Evan para estrechar la mano de Zoë. Observó en detalle la cabeza de Zoë. “Bonito hueso.

“Zoë asintió. “Bonitas tetas,” dijo. Miró más allá de él hacia la ciudad que tras la ventana centelleaba contra el cielo; la gente decía lo de siempre: cómo parecía un montón de joyas, o brazaletes y collares sueltos. Podías ver el reloj del edificio Con Ed, el copete dorado y naranja del Empire State, el Chrysler como el cohete espacial soñado durante la depresión. Más lejos podías vislumbrar el Astor Plaza, y su tejado blanco y volante como la cofia de una monja. “Hay cerveza allá en el balcón, Earl. ¿Te traigo una?” preguntó Zoë.

“Hm, claro. Voy contigo. Hey, Charlie, ¿cómo va?”

Charlie dibujó una amplia sonrisa y silbó. La gente se giró para ver.

“Hey, Earl,” le llamó alguien desde el fondo del salón. “¡Fiuu, fiuuuu!” Se apretujaron entre los demás invitados, pasaron a los monos, a las brujas sensuales. La succión de las puertas corredizas cedió en un silbido, y Zoë y Earl salieron al balcón, una mujer con un hueso en la cabeza y otra desnuda, el aire de la noche rugiendo y pleno de humo fresco. Había otra pareja ahí afuera murmurando en privado. No llevaban disfraz. Sonrieron a Earl y a Zoë. “Hola,” dijo Zoë. Encontró la hielera de hule espuma y sacó dos cervezas.

“Gracias,” dijo Earl. Sus pechos de goma se doblaron hacia dentro, estropeándose, mientras abría la botella.

“Bueno,” suspiró Zoë, ansiosamente. Tenía que aprender a no temerle a los hombres del mismo modo que durante la infancia uno aprendía a no temerle a las lombrices o insectos. Con frecuencia, al conversar con un hombre en una fiesta, mil cosas le atravesaban la mente. Y mientras que el hombre decía cualquier disparate, con mucha amabilidad, ella se enamoraba, casaba, y se enfrascaba en una amarga lucha por las custodia de los hijos y esperaba la reconciliación de modo que pese a

todas sus traiciones ella no podría jamás despreciarlo, en tanto que en los minutos restantes conocería, quizá, su apellido y a qué se dedicaba, aunque hubiera ya mucha historia entre ambos. Movía la cabeza arriba abajo, enrojecía y se iba de ahí.

“Evan me dice que eres profesora de Historia. ¿Dónde trabajas?”

“Justo en la frontera entre Indiana e Illinois.”

Earl pareció un poquito desconcertado. “Creo que Evan no me contó esa parte.”

“¿No lo hizo?”

“No.”

“Bueno, así es Evan algunas veces. Cuando éramos niñas ambas teníamos problemas para hablar.”

“Eso puede ser duro,” dijo Earl. Uno de sus pechos estaba escondido detrás del brazo que sostenía la bebida, pero el otro brillaba rosa y tranquilo, lleno como una luna de cereza.

“Sí, bueno. No era una pérdida total. Íbamos a lo que entonces llamábamos “derapia de durazno” [“Peach pearapy”: Juego de palabras, debido a la pronunciación: Teach Therapy: Terapia de aprendizaje. Nota del traductor, Mauricio salvador]. Durante casi diez años de mi vida tenía que construir en mi mente cada frase por adelantado antes de decirla. Era la única manera en que podía crear una frase coherente.”

Earl tomó de su cerveza. “¿Y cómo lo hiciste? Quiero decir, ¿cómo lo superaste?”

“Contaba un montón de bromas. Bromas de las que ya me sabía cada línea. Sólo tenías que decirlas. Me gustan las bromas. Las bromas y las canciones.”

Earl sonrió. Tenía lápiz labial, una profunda mancha roja, pero se le había resbalado por la cerveza. “¿Cuál es tu broma favorita?”

“Uh, mi broma favorita es... OK, ésta: Un hombre va al consultorio de su doctor y...”

“Creo que conozco esa broma” interrumpió Earl, ansiosamente. Deseaba contar la historia él mismo. “Un hombre va al consultorio de su doctor, y el doctor le dice: ‘Mire, tengo una noticia buena y una noticia mala.’ Es ése, ¿verdad?”

“No estoy segura” dijo Zoë, “Podría ser una versión diferente.”

“Bueno, entonces el tipo dice: ‘Deme la mala noticia primero, doctor’, y el doctor dice: ‘Muy bien. Usted tiene tres semanas de vida.’ Y el tipo grita: ‘¡Tres semanas de vida! Doctor, por favor dígame cuál es la buena noticia.’ Y el doctor dice: ‘¿Vio a la secretaria de allá enfrente? Pues finalmente me la cogí.’”

Zoë arrugó el ceño.

“¿No es ése en el que estabas pensando?”

“No”. Había acusación en su voz. “El mío era diferente.”

“Oh,” dijo Earl. Desvió la mirada y luego la regresó: “¿Qué tipo de historia enseñas?”

"La mayoría de las veces Historia americana –siglos dieciocho y diecinueve."

En los cursos de posgrado, en el bar, la frase para comenzar a ligar siempre era: "Así que, ¿cuál es tu siglo?"

"A veces doy un curso sobre algún tema en específico," añadió.

"Digamos, 'Humor y Personalidad en la Casa Blanca'. De eso es de lo que se trata mi libro." Recordó lo que una vez alguien le había comentado sobre cierta clase de gorriones, cómo crean elaboradas estructuras antes de juntarse.

"¿Tu libro es sobre el humor?"

"Claro, y bueno, cuando enseño un curso cómo ése doy todos los siglos." "Así que, ¿cuál es tu siglo?"

"O sea que los tres."

"¿Perdón?" La brisa le hizo brillar los ojos. El tráfico revolucionaba bajo ellos. Ella se sintió alta y endeble, como alguien elevada al cielo por error y luego desdeñada.

"Tres. Solamente hay tres."

"Bueno, en realidad son cuatro." Ella pensaba en Jamestown, y en los peregrinos con hebillas y sombreros de brujas que llegaban a decir sus rezos.

"Yo soy fotógrafo," dijo Earl. Su rostro comenzaba a brillar y el rojo comenzaba a mancharlo como un atardecer bajo sus ojos.

"¿Y te gusta eso?"

"Bueno, la verdad es que estoy comenzando a sentir que es un poquito peligroso."

"¿En serio?"

"Pasar todo el tiempo en un cuarto oscuro bajo esa luz roja y entre todos esos químicos. Se le relaciona con el Parkinson, ¿lo sabías?"

"No, no lo sabía."

"Se supone que debo usar guantes de goma, pero no me gusta. A menos de que lo esté tocando directamente, no puedo pensar que algo es real."

"Hmm," dijo Zoë. La alarma vibró a través de toda ella.

"Algunas veces, cuando me corto o algo así, siento la punzada y pienso, Mierda. Me lavo constantemente y espero que no pase nada. No me gusta sentir la goma sobre la piel de esa manera."

"¿En serio?"

"Quiero decir, el contacto físico. Eso es lo que uno quiere, si no para qué molestarse?"

"Supongo," dijo Zoë. Deseaba recordar alguna broma, algo lento y deliberado, con el final a la vista. Pensó en gorilas, en cómo cuando pasan demasiado tiempo encerrados en una jaula comienzan a golpearse en la cabeza en vez de aparearse.

“¿Tienes... alguna relación?” soltó Earl, de pronto.

“¿Ahora? ¿Mientras hablamos?”

“Bueno, quiero decir, estoy seguro que tienes una relación con tu trabajo.” Una sonrisa, pequeña, anidada en su boca como un huevo. Pensó en los zoológicos de los parques, en cómo, cuando las ciudades caen bajo un asedio, la gente se come a los animales. “Pero quiero decir, con un hombre.”

“No, no estoy en ninguna relación con ningún hombre.” Se acarició la barbilla con la mano y pudo sentir el cabello cerdoso ahí. “Pero mi última relación fue con un hombre muy cariñoso,” dijo. Se inventó algo. “De Suiza. Era un botánico, experto en plagas, malas hierbas. Se llamaba Jerry. Yo lo llamaba Jare. Era muy divertido. Ibas a ver una película con él y lo único en que se fijaba era en las plantas. Nunca ponía atención a la trama. Una vez, en una película sobre la jungla, comenzó a parlotearme todos esos nombres en latín, en voz alta. Fue muy emocionante para él.” Hizo una pausa, contuvo el aliento. “Eventualmente regresó a Europa a, eh, estudiar el edelweiss.” Miró a Earl. “¿Tienes una relación? Digo, ¿con una mujer?”

Earl cambió el peso y las arrugas de su disfraz cambiaron, ensanchándose hacia fuera, como algo roto. Su vello púbico se deslizó hacia una cadera, como el corsé de una chica del oeste. “No,” dijo, limpiándose la garganta. La lana de acero de sus brazos se movía hacia los bíceps. “Acabo de salir de un matrimonio que estaba lleno de malos diálogos como ‘¿Quieres más espacio? ¡Pues te daré más espacio!’ Puaf, típico de los tres chiflados.

Zoë lo miró comprensivamente. “Supongo que es difícil recobrar el amor después de eso.”

Los ojos de él destellaron. Quería hablar del amor. “Pero sigo pensando que el amor debe ser como un árbol. Mira a un árbol y verás que tiene chichones y cicatrices de tumores, infestaciones, lo que quieras, pero aún así siguen creciendo. A pesar de los chichones y de las magulladuras siguen... derechos.”

“Sí, bueno,” dijo Zoë, “de donde yo vengo todos son casados o gays.

¿Viste esa película, Death by Number?”

Earl la miró, un poco perdido. Se estaba alejando de él. “No,” dijo. Uno de sus pechos se había deslizado bajo su brazo, apeñuscado ahí como una baguette. Ella seguía pensando en árboles, parques, gente que en tiempos de guerra se comía a las cebras. Sintió un dolor punzante en el abdomen.

“¿Quieren algunos bocadillos?” Evan llegó empujando la puerta corrediza. Sonreía pese a que los rizos se le comenzaban a caer, colgando desganadamente de las puntas del cabello como decoraciones de Navidad, como alimento dejado para las aves. Les ofreció un plato de hongos rellenos.

“¿Estás pidiendo donaciones u ofreciéndolas?” preguntó Earl, ingeniosamente. Le gustaba Evan; puso una mano sobre su brazo.

“Saben, vuelvo en un minuto”, dijo Zoë.

“Uh,” dijo Evan, algo preocupada.

“Ya vuelvo. Lo prometo.”

Zoë atravesó apresurada la sala en dirección al dormitorio, al baño. Estaba vacío; la mayoría de los invitados usaba el medio baño de junto a la cocina. Prendió la luz y cerró la puerta. El miedo se había detenido, y la verdad es que no tenía necesidad de ir al baño, pero permaneció ahí de todas maneras, descansando. En el espejo encima del lavabo, se encontró algo demacrada debajo de su hueso en la cabeza, con un gris violáceo mostrándose bajo la piel como la de un pajarito desplumado y repleto de ampollas. Se inclinó un poco más, alzando la barbilla para mirar el pelo erizado. Ahí estaba, al final de la quijada, puntiagudo y oscuro como un cable. Abrió el gabinete de las medicinas y manoseó hasta encontrar las pincitas. Alzó la cabeza una vez más y se atacó la cara con las pinzas, agarrando, apretando y fallando. Puedo escuchar que al otro lado de la puerta conversaban dos personas en voz baja. Habían entrado al dormitorio y discutían sobre algo. Estaban sentados en la cama. Uno de ellos soltó una risita falsa. Zoë acometió de nuevo contra la barbilla, pero esta vez comenzó a sangrar un poquito. Se estiró con fuerza la piel de la quijada, apretó las pinzas duro contra lo que esperaba que fuera el pelo, y jaló. Un diminuto pedazo de piel salió disparado, pero el pelo se mantuvo en pie, con sangre brillando en su raíz. Zoë apretó los dientes. "Ay, vamos," susurró. Las personas del dormitorio estaban ahora contándose historias, suavemente, divirtiéndose. Se escuchó el rebote y el chirrido del colchón y el sonido de una silla siendo apartada. Zoë apuntó con la pinzas cuidadosamente, apretó, jaló cuidadosamente, y esta vez el pelo salió, con una ligera punzada de dolor, y luego una tonelada de alivio. "¡Sí!" suspiró Zoë. Arrancó un poco de papel sanitario y lo aplicó contra la barbilla. El papel se manchó de sangre, y entonces arrancó un poco más y lo aplicó sobre la barbilla, ejerciendo presión hasta que se detuvo. Entonces apagó la luz, abrió la puerta y se reintegró a la fiesta. "Perdón," dijo a la pareja del dormitorio. Era la misma pareja del balcón, y la miraron un poco sorprendidos. Se habían abrazado y comían barritas de caramelo.

Earl seguía en el balcón, solo, y Zoë se le reunió.

"Hola," dijo.

Él se volvió y sonrió. Se había arreglado el disfraz un poquito aunque todas las características sexuales secundarias lucían ligeramente estropeados, destinados a moverse, voltearse y huir a la primera oportunidad. "¿Estás bien?" preguntó. Se había abierto otra cerveza y estaba resoplando.

"Sí, claro. Sólo tenía que ir al baño." Hizo una pausa. "En realidad, he visitado a un montón de doctores últimamente."

"¿Algún problema?" preguntó Earl.

"Oh, probablemente no es nada. Pero me están haciendo pruebas." Suspiró. "Me hice sonogramas, mamogramas. La semana que viene me haré un caramelograma." Él la miró, preocupado. "He tenido demasiadas palabras terminadas en grama," dijo.

"Toma, te guardé estos." Le pasó un pañuelo con dos hongos rellenos. Estaban fríos y el aceite había dejado manchas sobre el pañuelo.

"Gracias," dijo Zoë, y se los metió en la boca juntos. "Mira," dijo con la boca llena. "Con mi suerte seguro me operan de la vesícula."

Earl hizo una mueca. "Así que tu hermana se va a casar," dijo, cambiando el tema. "Dime, ¿qué piensas realmente sobre el amor?"

“¿Amor?” ¿Que no habían pasado ya por esto? “No lo sé.” Masticó pensativamente y tragó. “Vale. Te diré qué es lo que pienso sobre el amor. Esta es una historia. De una amiga mía...”

“Tienes algo en la barbilla,” dijo Earl, estirando la mano para tocarla.

“¿Qué?” dijo Zoë, dando un pasito atrás. Volteó la cara y se manoseó la barbilla. Un pedazo de papel sanitario se desprendió de la piel, como cinta adhesiva. “No es nada,” dijo. “No... no es nada.”

Earl la observaba.

“Como sea,” continuó ella, “esta amiga mía era violinista y había ganado varios premios. Viajó por toda Europa ganando competencias; impuso récords, dio conciertos, se volvió famosa. Pero no tenía vida social. Así que un día se tiró a los pies de un director por el que ella estaba loca. Él la levantó, la regañó cariñosamente, y la mandó de vuelta a su habitación de hotel. Después de eso abandonó Europa y volvió a casa, dejó de tocar el violín y se lió con un chico local. Esto sucedió en Illinois. Él la llevaba cada noche a un bar a beber con sus amigos del equipo. Él decía cosas como: ‘Sí, a Katrina le gusta tocar el violín,’ y le apretaba una mejilla. Una vez que ella le propuso volver a casa, él le dijo: ‘Qué. ¿Crees que eres muy famosa para un lugar como este? Bueno, déjame decirte algo. Puedes pensar que eres muy famosa, pero no eres famosa famosa.’ Dos famosas. ‘Aquí nadie ha oído hablar de ti.’ Luego él se levantó y pidió otra ronda de tragos para todos excepto para ella. Ella tomó su abrigo, se fue a casa, y se pegó un tiro en la cabeza.”

Earl callaba.

“Ese es el final de mi historia de amor,” dijo Zoë.

“No eres muy parecida a tu hermana,” dijo Earl.

“¿No, de verdad?” dijo Zoë. El aire se había vuelto más frío, y el viento cantaba en un grueso tono menor, como un himno.

“No.” Él ya no quería hablar más del amor. “Sabes, quizá deberías usar mucho azul, azul y blanco, en la cara. Eso te daría un poco de color.” Alzó la mano con el brazalete azul para mostrarle cómo es que contrastaba contra su piel, pero ella lo hizo a un lado.

“Dime, Earl, ¿la palabra 'marica' significa algo para ti?”

Él dio un paso atrás, alejándose. Movié la cabeza como para no dar crédito. “Sabes, simplemente no debería intentar salir con profesionistas. Todas ustedes están dañadas. Cualquiera puede saber lo que les ha hecho la vida. Me va mejor con las mujeres de trabajos sencillos, de medio tiempo.

“¿Ah, sí?” Ella había leído una vez un artículo titulado ‘Las Mujeres Profesionistas y la Demografía de la Pena.’ O no, era un poema, Si hubiera un lago, la luz de luna bailarí sobre él en un arrebato. Recordaba ese verso. Pero quizá el título era: “La Casa Vacía: Estética de lo Inhóspito.” O quizá: “Gitanas en el Espacio: Mujeres en la Academia.” Lo había olvidado.

Earl se volvió y se inclinó sobre la barandilla del balcón. Se hacía tarde. Dentro, los invitados comenzaban a irse. Las brujas sensuales se habían marchado. “Vive y aprende,” murmuró Earl.

“Vive y vuélvete un imbécil,” replicó Zoë. Bajo ellos, en Lexington, no había autos, sólo la dorada de un taxi ocasional. Él se recargó sobre los codos, melancólicamente.

“Mira a todas esas personas allá abajo,” dijo. “Parecen insectos.

¿Sabes cómo se controla a los insectos? Se les rocía hormonas de insecto, de insectos hembra. Los machos se vuelven tan locos por esta hormona que comienzan a cogerse todo lo que esté a su alcance

–árboles, piedras, todo excepto insectos hembra. Control poblacional. Eso es lo que pasa en este país,” dijo, con voz de borracho. “Las hormonas han sido rociadas y los hombres se están cogiendo a las piedras. ¡A las piedras!”

Por detrás, la línea de marcador que le dibujaba el trasero se ensanchaba, negro sobre rosa, como una página de tiras cómicas. Zoë se acercó por atrás, lento, y le dio un empujón. Sus manos resbalaron hacia delante, más allá de la barandilla, sobre la avenida. La cerveza escapó de la botella, cayendo veinte pisos hasta el asfalto.

“¡Hey! ¿Qué estás haciendo?” dijo él, volviéndose rápidamente. Se puso derecho, listo, y se alejó de la verja, esquivando a Zoë. “¿Qué mierda estás haciendo?”

“Sólo bromeaba,” dijo ella. “Sólo estaba bromeando.” Pero él la contempló, atónito, aterrorizado, con el trasero dibujado por marcador vuelto por completo hacia la ciudad, una supuesta mujer desnuda con un brazalete azul en la muñeca, atrapado en un balcón con... ¿con qué? “En serio, sólo fue una broma!” gritó Zoë. El viento le levantó el cabello hacia el cielo, como espinas detrás del hueso. Si hubiera un lago, la luz de luna bailarían sobre él en un arrebato. Ella le sonrió y se preguntó qué aspecto tendría.

[1] Peach pearapy: Juego de palabras, debido a la pronunciación: Teach Therapy: Terapia de aprendizaje.

[2] Jamestown era una aldea en una isla del río James, en Virginia, localizado a 70 kilómetros al sureste de donde hoy es Richmond, Virginia. El río y el asentamiento de 1607 fueron nombrados así por motivo de James I, que había ascendido recientemente al trono inglés. El asentamiento de Jamestown fue la primera colonia inglesa permanente en el nuevo mundo que logró sobrevivir.

[3]Edelweiss (*Leontopodium alpinum*): es una de las flores montañosas más conocidas de Europa.

En la oscuridad, de Anton Chejov



Una mosca de mediano tamaño se metió en la nariz del consejero suplente Gaguin. Aunque se hubiera metido allí por curiosidad, por atolondramiento o a causa de la oscuridad, lo cierto es que la nariz no toleró la presencia de un cuerpo extraño y dio muestras de estornudar. Gaguin estornudó tan ruidosamente y tan fuerte que la cama se estremeció y los resortes, alarmados,

gimieron. La esposa de Gaguin, María Michailovna, una rubia regordeta y robusta, se estremeció también y se despertó. Miró en la oscuridad, suspiró y se volvió del otro lado. A los cinco minutos se dio otra vuelta, apretó los párpados, pero no concilió el sueño. Después de varias vueltas y suspiros se incorporó, pasó por encima de su marido, se calzó las zapatillas y se fue a la ventana.

Fuera de la casa, la oscuridad era completa. No se distinguían más que las siluetas de los árboles y los tejados negros de las granjas. Hacia oriente había una leve palidez, pero unas masas de nubes se aprestaban a cubrir esta zona pálida. En el ambiente, tranquilo y envuelto en la bruma, reinaba el silencio. Y hasta permanecía silencioso el sereno, a quien se paga para que rompa con el ruido de su chuzo el silencio de la noche, y el estertor de la negreta, único volátil silvestre que no rehuye la vecindad de los veraneantes de la capital.

Fue María Michailovna quien rompió el silencio. De pie, junto a la ventana, mirando hacia fuera, lanzó de pronto un grito. Le había parecido que una sombra, que procedía del arriate, en el que se destaca un álamo deshojado, se dirigía hacia la casa. Al principio creyó que era una vaca o un caballo, pero, después de restregarse los ojos, distinguió claramente los contornos de un ser humano.

Luego le pareció que la sombra se aproximaba a la ventana de la cocina y, después de detenerse unos instantes, al parecer por indecisión, ponía el pie sobre la cornisa y... desaparecía en el hueco negro de la ventana.

"¡Un ladrón!", se dijo como en un relámpago, y una palidez mortal se extendió por su rostro.

En un instante su imaginación le reprodujo el cuadro que tanto temen los veraneantes: un ladrón se desliza en la cocina, de la cocina al comedor..., en el aparador está la vajilla de plata..., más allá el dormitorio..., un hacha..., los rostros de unos bandidos..., las joyas... Le flaquearon las piernas y sintió un escalofrío en la espalda.

-¡Vasia! -exclamó zarandeando a su marido-. ¡Vasili Pracovich! ¡Dios mío, está roque! ¡Despierta, Vasili, te lo suplico!

-¿Qué ocurre? -balbucea el consejero suplente, aspirando aire profundamente y emitiendo un ruido con las mandíbulas.

-¡Despiértate, en el nombre del cielo! ¡Un ladrón ha entrado en la cocina! Yo estaba junto a la vidriera y he visto que alguien saltaba por la ventana. De la cocina irá al comedor..., ¡las cucharas están en el aparador! ¡Vasili! Lo mismo sucedió el año pasado en casa de Mavra.

-¿Qué pasa? ¿Quién... es?

-¡Dios mío! No oye... Pero, comprende, pedazo de tronco... Acabo de ver a un hombre entrar en nuestra cocina. Pelagia tendrá miedo y... ¡la vasija de plata está en el aparador!

-¡Majaderías!

-¡Vasili, eres insoportable! Te digo que hay un ladrón en casa y tú duermes y roncas. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué nos roben y nos degüellen?

El consejero suplente se incorporó lentamente y se sentó en la cama bostezando ruidosamente.

-¡Dios mío, qué seres! -gruñó-. ¿Es que ni de noche me puedes dejar en paz? ¡No se despierta a uno por estas tonterías!

-Te lo juro, Vasili; he visto a un hombre entrar por la ventana.

-¿Y qué? Que entre... Será, seguramente, el bombero de Pelagia que viene a verla.

-¿Cómo? ¿Qué dices?

-Digo que es el bombero de Pelagia que viene a verla.

-¡Eso es peor aún! -gritó María Michailovna-. ¡Eso es peor que si fuera un ladrón! Nunca toleraré en mi casa semejante cinismo.

-¡Vaya una virtud!... No permitir ese cinismo... Pero ¿qué es el cinismo? ¿Por qué emplear a tontas y a locas palabras extranjeras? Es una costumbre inmemorial, querida mía, consagrada por la tradición, que el bombero vaya a visitar a las cocineras.

-¡No, Vasili! ¡Tú no me conoces! No puedo admitir la idea de que, en mi casa, una cosa semejante..., semejante... ¡Vete en seguida a la cocina a decirle que se vaya! ¡Pero ahora mismo! Y mañana yo diré a Pelagia que no tenga el descaro de comportarse así. Cuando me muera puedes tolerar en tu casa el cinismo, pero ahora no lo permito. ¡Vete allá!

-¡Dios mío!... -gruñó Gaguin con fastidio-. Veamos, reflexiona en tu cerebro de mujer, tu cerebro microscópico: ¿por qué voy a ir allí?

-¡Vasili, que me desmayo!

Gaguin escupió con desdén, se calzó las zapatillas, escupió otra vez y se dirigió a la cocina. Estaba tan oscuro como en un barril tapado, y tuvo que andar a tientas. De paso buscó a ciegas la puerta de la alcoba de los niños y despertó a la niñera.

-Vasilia -le dijo-, cogiste ayer mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

-Se la he dado a Pelagia para que la limpie, señor.

-¡Qué desorden! Cogen las cosas y no las vuelven a poner en su sitio. Ahora tengo que andar por la casa sin bata.

Al entrar en la cocina se dirigió al rincón donde dormía la cocinera sobre el arca, debajo de las cacerolas...

-¡Pelagia! -gritó, buscando a tientas sus hombros para sacudirla-. ¡Eh, Pelagia! ¡Deja de representar esta comedia! ¡Si no duermes! ¿Quién acaba de entrar por la ventana?

-¿Eh? ¡Por la ventana! ¿Y quién va a entrar por la ventana?

-Mira, no me andes con cuentos. Dile a tu bribón que se vaya a otra parte. ¿Me oyes? No se le ha perdido nada por aquí.

-Pero ¿me quiere hacer perder la cabeza, señor? ¡Vamos!... ¿Me cree tonta? Me paso todo el santo día trabajando, corro de un lado para otro, sin parar ni un momento, y ahora me sale con esas historias. Gano cuatro rublos al mes..., tiene una que pagarse su azúcar y su té, y con la única cosa con que se me honra es con palabras como éstas... ¡He trabajado en casa de comerciantes y nunca me trataron de una manera tan baja!

-Bueno, bueno... No hay por qué gritar tanto... ¡Que se largue tu palurdo inmediatamente! ¿Me oyes?

-Es vergonzoso, señor -dice Pelagia, con voz llorosa-. Unos señores cultos... y nobles, y no comprendan que tal vez unos desgraciados y miserables como nosotros...- se echó a llorar-. No tienen por qué decirnos cosas ofensivas. No hay nadie que nos defienda.

-¡Bueno, basta!... ¡A mí déjame en paz! Es la señora quien me manda aquí. Por mí puede entrar el mismo diablo por la ventana, si te gusta. ¡Me tiene sin cuidado!

Por este interrogatorio ya no le quedaba al consejero más que reconocer que se había equivocado y volver junto a su esposa. Pero tiene frío y se acuerda de su bata.

-Escucha, Pelagia -le dice-. Cogiste mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

-¡Ay, señor, perdóneme! Me olvidé de ponerla de nuevo en la silla. Está colgada aquí en un clavo, junto a la estufa.

Gaguin, a tientas, busca la bata alrededor de la estufa, se la pone y se dirige sin hacer ruido al dormitorio.

María Michailovna se había acostado después de irse su marido y se puso a esperarle. Estuvo tranquila durante dos o tres minutos, pero en seguida comenzó a torturarla la inquietud.

"¡Cuánto tarda en volver! -piensa-. Menos mal si es ese... cínico, pero ¿y si es un ladrón?"

Y en su imaginación se pinta una nueva escena: su marido entra en la cocina oscura..., un golpe de maza..., muere sin proferir un grito..., un charco de sangre...

Transcurrieron cinco minutos, cinco y medio, seis... Un sudor frío perló su frente.

-¡Vasili! -gritó con voz estridente-. ¡Vasili!

-¿Qué sucede? ¿Por qué gritas? Estoy aquí... -le contestó la voz de su marido, al tiempo que oía sus pasos-. ¿Te están matando acaso?

Se acercó y se sentó en el borde de la cama.

-No había nadie -dice-. Estabas ofuscada... Puedes estar tranquila, la estúpida de Pelagia es tan virtuosa como su ama. ¡Lo que eres tú es una miedosa..., una!...

Y el consejero se puso a provocar a su mujer. Estaba desvelado y ya no tenía sueño.

-¡Lo que tú eres es una miedosa! -se burla de ella-. Mañana vete a ver al doctor para que te cure esas alucinaciones. ¡Eres una sicópata!

-Huele a brea -dice su mujer-. A brea o... a algo así como a cebolla..., a sopa de coles.

-Sí... Hay algo que huele mal... ¡No tengo sueño! Voy a encender la bujía... ¿Dónde están las cerillas? Te voy a enseñar la fotografía del procurador de la audiencia. Ayer se despidió de nosotros y nos regaló una foto a cada uno, con su autógrafo.

Raspó un fósforo en la pared y encendió la bujía. Pero antes de que hubiese dado un solo paso para buscar la fotografía, detrás de él resonó un grito estridente, desgarrador. Se volvió y se encontró con que su mujer lo miraba con gran asombro, espanto y cólera...

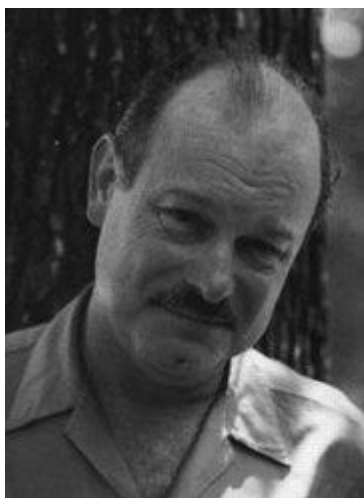
-¿Has cogido la bata en la cocina? -le preguntó palideciendo.

-¿Por qué?

-¡Mírate al espejo!

El consejero suplente se miró en el espejo y lanzó un grito fenomenal. Sobre sus hombros pendía, en vez de su bata, un capote de bombero. ¿Cómo ha podido ser? Mientras intenta resolver este problema, su mujer veía en su imaginación una nueva escena, espantosa, imposible: la oscuridad, el silencio, susurro de palabras, etc. ¿Qué pasa entre Gaguin y la cocinera? María Michailovna da rienda suelta a su imaginación.

No hay mayor ciego..., de Joe Haldeman



Todo empezó cuando Cletus Jefferson se preguntó: "¿Por qué no todos los ciegos son genios?". Cletus sólo tenía 13 años en aquel momento, pero era una buena pregunta, y se ocuparía de ella durante 14 años más, para, finalmente, cambiar el mundo para siempre.

El joven Jefferson era un ecléctico, un autodidacta y un empollón sin amigos. Tenía un juego de química, un microscopio, un telescopio y varios ordenadores. Algunas de esas cosas las compró con el dinero que ganaba vendiendo periódicos. Sin embargo, la mayor parte de sus ingresos provenían de la educación: enseñaba a sus compañeros a no perder demasiado al póker.

Ni siquiera los empollones, ni siquiera los empollones que son imbatibles jugadores de póker, ni siquiera los jugadores de póker que pueden resolver ecuaciones diferenciales de cabeza, son inmunes a los dardos de Cupido ni a la súbita tormenta de testosterona que acompaña a esos misiles a la edad de 13 años. Cletus sabía que era feo y que su madre le compraba ropa rara. Era también bajo, rechoncho e incapaz de lanzar una pelota en una dirección determinada. Nada de eso le había preocupado hasta que sus glándulas endocrinas empezaron a fabricar algunos compuestos que no estaban en su juego de química.

Así que Cletus empezó a peinarse el pelo y a vestir ropas, que de acuerdo con la moda, no pegaban, pero seguía siendo bajo, rechoncho y de rostro irregular. Además, era la persona más joven de sus instituto, a pesar de estar en el último año, y el único negro, algo importante en la Virginia de 1994.

Si el amor pudiese ser razonable, si el impulso sexual pudiese alguna vez ser controlado por la lógica, uno esperaría que Cletus, siendo Cletus, evaluase la situación y fuese en busca de alguien normal. Pero, por supuesto, no lo hizo. Simplemente bailó y cayó a través de la máquina de Pachinko de la adolescencia, rechazado, al primer vistazo, por toda Mary, Judy, Jenny y Verónica del Espacio Reconocido, pasando de la maravillosa a la hermosa, de la bonita a la mona, de la normal a la "de gran personalidad", hasta que el irresistible poder de la estadística le puso finalmente en contacto con Amy Linderbaum, que no podía rechazarle nada más verle porque era ciega.

Los demás chicos pensaron que era algo más que gracioso. Aparte de ser ciega, Amy era el doble de alta que Cletus y, siendo amables, de rostro igualmente irregular. La acompañaba un perro lazarillo sorprendentemente parecido a Cletus bajo, negro y rechoncho. Todos eran amables con ella porque era ciega y rica, pero era una estudiante nueva y no tenía verdaderos amigos.

Así que aquí llegó Cletus, al que Cupido sólo había dado dardos y flechas, y lo que de otra forma hubiese sido un romance del tipo "opuestos que se atraen" se convirtió en una unión intelectual y emocional que, en el nuevo siglo, provocaría un maremoto social que transformaría para siempre la condición humana. Pero primero vino el violín.

Sus compañeros de clase ya habían descubierto que Amy era también un bicho raro, pero no sabían de que tipo. Era muy rápida con el ordenador, pero podías tachar

esa opción diciendo que era ciega y que realmente necesitaba la maldita máquina. No parecía ser una fanática del ordenador, ni de la ciencia o la matemática, o historia, o Star Trek o el gobierno de estudiantes, así que ¿qué tipo de bicho raro era? Resultó que le encantaba la música, pero en aquella época era demasiado tímida para demostrarlo.

Todo lo que preocupaba a Cletus, inicialmente, era que carecía de los malditos cromosomas Y y que no huía de él: en el diagrama de Venn de la especie humana, ella era el único miembro de ese conjunto particular. Cuando descubrió que también era inteligente, había leído más libro que la mayor parte de sus compañeros juntos, el romance comenzó a encenderse en un lugar profundo y permanente. Y eso fue incluso antes que el violín.

A Amy le gustaba que Cletus no jugase con su perro y fuese directo en sus preguntas sobre como era ser ciego. Podía juzgar bastante bien a la gente a través de las voces: después de una frase, supo que él era joven, negro, tímido, empollón y de fuera de Virginia. Sabía por sus inflexiones que era feo o que creía serlo. Ella era seis años mayor que él, blanca y tenía el doble de su tamaño, pero aparte de eso, encajaban bastante bien, y empezaron una relación a lo grande.

Entre las pocas cosas sobre las que Cletus no sabía nada estaba la música. Que los otros chicos malgastasen su tiempo memorizando las estúpidas letras de los 40 principales era para él prueba de un problema intelectual e incluso de locura. Más aun, sus padres habían sido siempre fanáticos devotos de la ópera. Un universo limitado a un lado por murmullos pueriles sobre amores no correspondidos y por el otro por extranjeros gritando en agonía no era un universo que Cletus deseara explorar. Hasta que Amy cogió su violín.

Hablaban constantemente. Se sentaban juntos en el almuerzo y se encontraban después de clase para hablar. Amy le pidió a su chófer que se retrasase diez o quince minutos al recogerla.

Así que después de tres semanas intensas, Amy invitó a Cletus a su casa para cenar. El vaciló un poco, sabiendo que sus padres eran ricos, pero también sentía curiosidad por su estilo de vida y, admitámoslo, estaban tan colado por ella que se hubiese tirado por un precipicio si se lo hubiera pedido con dulzura. Incluso usó algo del dinero del ordenador para comprarse un buen traje, un síntoma que hizo que su madre fuese directa a por Valium.

Al principio la cena fue incómoda. Cletus estaba maravillado ante el arsenal de plata y todos los distintos tipos de alimentos que no tenían ni el sabor ni el aspecto de comida. Pero sabía que iba a ser un examen, y él era muy bueno en los exámenes, incluso si tenía que ir descubriendo las reglas sobre la marcha.

Amy le había contado que su padre era un millonario que se había hecho a sí mismo su fortuna provenía de un conjunto de patentes en el campo de la electrónica de estado sólido. Cletus, por tanto, había pasado un sábado en la biblioteca de la universidad, primero investigando las patentes y luego leyendo algunos textos seleccionados, así que al menos estaba preparado para el padre. Funcionó muy bien. En la sopa, los cuatro hablaron de ordenadores. En el cóctel de calamares, Cletus y el Sr. Linderbaum se habían centrado en sistemas operativos y esquemas de partición específicos. En el bistec Wellington, Cletus y "Llámame-Lindy" discutían sobre electrodinámica cuántica en la ensalada estaban en algún lugar de la nube de electrones, y para cuando se sirvieron las nueces los dos locos al otro lado de la mesa

hablaban en álgebra de Boole mientras Amy y su madre intercambiaban suspiros de complicidad y tarareaban fragmentos de Gilbert y Sullivan.

Para cuando se retiraron a la habitación de música para tomar café, Cletus le caía muy bien a Lindy, y el sentimiento era mutuo, pero Cletus no supo lo mucho que le gustaba Amy, gustarle realmente, hasta que ella cogió su violín.

No era un Stradivarius -le habían prometido uno si y cuando se graduase en Julliard- pero había costado más que el Lamborghini del garaje, y no sólo lo merecía desde el punto de vista de su padre sino también por su habilidad musical. Lo cogió y lo afinó tranquilamente mientras su madre se sentaba frente a un teclado electrónico cerca del gran piano, lo colocaba en "arpa", y comenzaba con un arpeggio simple que una persona sofisticada musicalmente reconocería como la introducción a la pieza de violín "Meditation" de Thaïs de Massenet.

Cletus había sido sordo a la ópera durante su corta vida, así que no conocía la historia de transformación y amor trascendente del interludio, pero sí sabía que su novia había perdido la vista a los cinco años, y que al año siguiente -el año en que él había nacido!- le dieron su primer violín. Durante trece años lo había empleado para decir con él lo que no diría con su voz, quizás para ver lo que no podía ver con sus ojos, y sobre la engañosamente simple matriz romántica que Massenet construía para presentar a la hermosa cortesana Thaïs gloriosamente renacida como la novia de Cristo, Amy perdonaba a su universo ateo por quitarle la vista, y le agradecía lo que le había dado a cambio, y lo decía en un idioma que incluso Cletus podía entender. Él no lloraba mucho, nunca lo había hecho, pero en la última nota sollozaba entre las manos, y supo que si ella lo quería podría tenerle para siempre, y curiosamente, considerando su edad y lo que sucedió después, tenía razón.

Cletus aprendería a tocar el violín antes de tener su primer doctorado, y durante toda una vida de notable amistad tocarían juntos durante diez mil horas, pero todo eso vendría después de la gran idea. La gran idea -"¿Por qué no todos los ciegos son genios?"- se sembró esa misma noche, pero no empezó a brotar hasta la semana siguiente.

Como la mayor parte de los chicos de trece años, a Cletus le fascinaba el cuerpo humano, el suyo y el de los demás, pero su estudio era más sistemático que el de los otros y, atípicamente, el órgano que más le interesaba era el cerebro.

El cerebro no se parece demasiado a un ordenador, aunque no funciona mal teniendo en cuenta que fue construido por obreros no cualificados y programado más por el puro azar que otra cosa. Algo que los ordenadores hacen mejor que los cerebros es aquello que Cletus y Lindy discutían mientras comían los pequeños calamares en salsa de tomate: partición.

Piensa en un ordenador como una gran prado de pasto verde, en lugar de como en una pequeña caja oscura llena de cosas repletas de números que son difíciles de reemplazar, y suponga que esa pradera está controlada por un pastor viejo y sabio que es mago y que no se llama macroprograma. El pastor se alza en una colina y mira al prado que está lleno de cabras, ovejas y vacas. No forman un sólo grupo, por supuesto, porque las vacas pisarían los corderos y los cabritillos y las cabras podrían nervioso a todo el mundo, saltando y golpeando, así que hay particiones de alambre de espino que mantienen a todas las especies separadas y felices.

Pero este es un prado muy frenético, con vacas, cabras y ovejas entrando y saliendo continuamente a una velocidad de 3×10^8 metros por segundo, y si las particiones fuesen todas del mismo tamaño sería un desastre, porque a veces no hay ovejas pero si muchas vacas, que estarían apretujadas quijada contra quijada y tristes. Pero el pastor, que es sabio, sabe de antemano qué espacio reservar para las distintas criaturas, y como es un mago, puede mover con rapidez el alambre de espinos sin herir a los animales o a sí mismo. Así que cada partición acaba teniendo el tamaño adecuado para cada uso. Tu ordenador también lo hace pero en lugar de alambre de espinos ves rectángulos, ventanas o archivadores, según la religión de tu máquina.

El cerebro tiene, en cierta forma, sus propias particiones. Cletus sabía que ciertas zonas del cerebro estaban asociadas con ciertas habilidades mentales, pero no era una cuestión tan simple como "la habilidad para apreciar la música va allí, las divisiones en esa esquina". El cerebro es más blando. Por ejemplo, hay particiones muy bien definidas asociadas a las funciones lingüísticas, áreas que tienen nombres de franceses y alemanes. Si se destruye una de esas áreas, por un ataque, una bala o una sartén voladora, la persona afectada puede perder la habilidad -leer, hablar o escribir coherentemente- asociada a esa área perdida.

Es interesante, pero es mucho más interesante saber que la habilidad perdida a veces se recupera con el tiempo. Vale, dices, así que el cerebro se regenera -pero no-. Naces con todas tus células cerebrales (pregúntale a cualquier niño). Lo que sucede evidentemente es que otra parte del cerebro ha estado esperando como si fuese un repuesto y después de un rato el cableado cambia y se conecta al repuesto. La persona afectada puede decir su nombre, el de su mujer y luego "sartén", y antes de que te des cuenta estará quejándose de la comida del hospital y pidiendo un abogado experto en divorcios.

Con esa prueba, parecería que el cerebro tiene también un pastor, como el prado-ordenador, que mueve las particiones de un lado a otro, pero, por desgracia, no es así. Generalmente, cuando una parte del cerebro deja de funcionar ese es el final. Pueden haber acres y acres de tierra fértil desocupada justo al lado, pero nadie encargado de utilizarla -al menos, no consistentemente-. El hecho de que a veces funcionase es lo que le hizo preguntarse a Cletus "¿por qué no todos los ciegos son genios?".

Por supuesto, siempre ha habido grandes pensadores, escritores y compositores que eran ciegos (y en el siglo veinte, algunos pintores para los que la vista era irrelevante), y muchos de ellos, como Amy con su violín, creían que su talento era una compensación. Cletus se preguntaba si en algún punto escondido de la microanatomía del cerebro eso podría ser cierto. No sucedía siempre o todos los ciegos serían genios. Quizás sucedía ocasionalmente, a través de un mecanismo similar al que ayudaba a la gente a recuperarse de los infartos. Quizás se podría hacer que sucediese.

A Cletus le habían ofrecido becas tanto en Harvard como en el MIT, pero eligió Columbia para poder estar con Amy mientras ella estudiaba en Juilliard. Columbia le permitió a regañadientes licenciarse simultáneamente en fisiología, ingeniería eléctrica y psicología cognitiva, y sorprendió a todos los que le conocían con resultados modestos. La razón, se descubrió finalmente, fue que para él sus estudios de licenciatura eran en el mejor de los casos una diversión y en el peor un mal necesario. Estaba preparándose para sus estudios en las áreas que le parecían importantes.

Si hubiese prestado atención a clases triviales como historia o filosofía, quizás la cosas hubiesen sido distintas. Si hubiese prestado atención en la de literatura podía haber leído la historia de Pandora.

Nuestra propia historia desciende ahora a las oscuras regiones del cerebro. Durante los diez años siguientes, la parte principal de esta historia, que intentaremos ignorar después de este párrafo, tendrá como protagonista a Cletus realizando molestas tareas intelectuales como cortar cerebros muertos, aprender a decir colecistoquinina, o abrir agujeros en los cráneos de la gente y jugar dentro con electrodos.

En la otra parte de la historia, Amy también aprendió a decir colecistoquinina, por la misma razón por la que Cletus aprendió a tocar el violín. Su amor creció y maduró, y a los 19, entre su primer doctorado y su doctorado en medicina, Cletus se detuvo lo suficiente como para casarse y pasar una huracanada luna de miel en París, donde dividió su tiempo entre los encantos de su amada y los estériles cubículos del Instituto Marey, aprendiendo como aprenden los calamares, que era a través de serotonina impulsando adenilato de ciclasa para catalizar la síntesis de adenosín monofosfato en el sitio justo, pero esa es la parte principal de la historia que intentamos ignorar porque se vuelve bastante desagradable.

Volvieron a Nueva York, donde Cletus paso ocho años convirtiéndose en una neurocirujano muy bueno. En su tiempo libre sacó un doctorado en ingeniería eléctrica. Las cosas empezaban a converger.

A los trece años, Cletus había notado que el cerebro utiliza más células recogiendo, manipulando y guardando imágenes visuales que para todos los demás sentidos juntos. "¿Por qué no todos los ciegos son genios?" era un caso particular de una idea más amplia: "El cerebro no sabe utilizar lo que tiene". Sus investigaciones en los catorce años posteriores fueron más sutiles y complejas que la pregunta y la afirmación iniciales, pero acabaron girando alrededor de ellas.

La clave de todo está en el córtex visual.

Cuando un saxofonista barítono tienen que transportar una partitura de violoncelo para saxo barítono (pocas mujeres se sienten atraídas por ese instrumento) lo que él debe saber, simplemente, es suponer que las notas están escritas en clave de sol en lugar de clave de fa, es decir la sube una octava y toca. Es tan simple que incluso un niño podría hacerlo, si un niño quisiese tocar un instrumento tan enorme y desgarrado. A medida que sus ojos bailan a lo largo de la valla de notas, sus dedos ejecutan automáticamente una transformación uno a uno que es el equivalente teórico de añadir o sustraer octavas, quintas y terceras, pero todo el trabajo mental se realiza cuando mira a la esquina superior derecha de la primera página y se dice: "Maldita sea. Otra vez violoncelo". La música de violoncelo no le resulta muy interesante a los saxofonistas.

Pero el ojo es la llave, y el córtex visual es la cerradura. Cuando Amy "lee" para el violín, debe dejar de tocar y palpar las notas Braille con su mano izquierda (años de mantener el instrumento en su sitio mientras lo hace le han endurecido de tal forma los músculos del cuello que puede partir una nuez con la barbilla y el hombro). El córtex visual no se utiliza, por supuesto, ella "oye" la mudas notas de una frase con la punta de los dedos, memorizándolas temporalmente, y luego las toca una y otra vez hasta que puede añadir esa frase al resto de la pieza.

Como la mayor parte de los músicos ciegos, Amy tiene muy buen "oído" de hecho, le lleva menos tiempo memorizar música escuchándola repetidamente, en lugar de leerla, incluso con piezas muy complejas (sin embargo, utiliza el Braille para trabajos serios, para poder aislar la intención del compositor de las decisiones del intérprete o del director).

No echaba de menos el ser incapaz de leer de forma convencional. Ni siquiera estaba segura de como sería, ya que nunca había visto una hoja de música antes de perder la vista, y de hecho, sólo tenía una idea muy vaga del aspecto de una página impresa.

Así que cuando su padre le ofreció en su trigésimo tercer año la oportunidad de una capacidad visual limitada, no la aceptó inmediatamente. Era caro, arriesgado y monstruosamente deformante: implantar cámaras de vídeo miniaturizadas en las cuencas oculares y conectarlas de forma que estimulasen el latente nervio óptico. ¿Qué pasaría si sólo la volvía medio ciega y además hacía desaparecer su habilidad musical? Sabía como otras personas leían música, al menos en teoría, pero después de un cuarto de siglo haciéndolo sin la vista no estaba segura de que funcionase con ella. Podría incluso retrasarla.

Además, la mayor parte de sus conciertos se hacían como caridad para beneficiar a organizaciones para ciegos o educación especial. Su padre argumentaba que sería más efectiva como una persona ciega recuperada. Aún así, ella se resistía.

Cletus decía que estaba a favor moderadamente. Decía haber repasado la literatura y hablado con el equipo suizo que había realizado con éxito los implantes en perro y primates. Dijo que no creía que hubiese peligro incluso si el experimento era un fracaso. Lo que no dijo ni a Amy, ni a Lindy, ni a nadie fue la horrorosa verdad frankensteiniana: el estaba detrás del experimento, que no tenía nada que ver con restaurar la vista que las pequeñas cámaras de vídeo jamás serían conectadas. Eran sólo una excusa para extraer quirúrgicamente sus globos oculares.

Eso sí, una persona normal tendría reparos en sacarles los ojos a alguien por la ciencia, y mayores reparos aun si fuese un marido el que quisiese hacérselo a su mujer. Por supuesto, Cletus estaba lejos de ser normal en ningún sentido. Según su lógica, esos globos oculares eran viejos apéndices inútiles que bloqueaban el acceso quirúrgico a los nervios ópticos, que serían los conductos a través del cerebro hasta el córtex visual. Conductos físicos, a los que conectarían instrumentos quirúrgicos extremadamente pequeños. Pero hemos prometido no mirar a esa parte de la historia en detalle.

El resultado final no fue horroroso. Amy finalmente aceptó ir a Ginebra, y Cletus y su equipo (todos tan capacitados como faltos de ética) le hicieron pasar por tres días de veinte horas de precisa aunque indolora microcirugía, pero cuando retiraron las vendas y le ajustaron una peluca de mil dólares (ya que también habían tenido que entrar por detrás además de por las cuencas), era más atractiva que cuando empezaron. En parte se debía a que su pelo real siempre había sido un desastre. Y ahora tenía cristalinos ojos azules de niño en lugar de la amenazadora opalescencia de sus ojos naturales. No había cámaras de televisión al estilo Buck Rogers mirando al mundo.

Le dijo a su padre que esa parte del experimento no había funcionado, y los seis científicos suizos que habían sido contratados para ese propósito estuvieron de acuerdo.

-Mienten -dijo Amy-. No tenían la intención de devolverme la vista. El propósito de las operaciones era alterar el funcionamiento del córtex visual para darme acceso a las partes no utilizadas de mi cerebro -se volvió hacia la respiración de su marido, sus ojos azules mirando más allá de él-. Has tenido un éxito mayor del que esperabas.

Amy lo había descubierto apenas se había disipado la neblina de drogas de la última operación. Su mente empezó a atar cabos y esos cabos ataron otros cabos. Cuando le habían colocado la peluca, ya había reconstruido por completo el proceso de microcirugía a partir de sus limitadas lecturas y de las charlas con Cletus. Tenía propuestas para mejorarlo y estaba deseosa de someterse a posteriores refinamientos.

Y en lo que se refiere a sus sentimientos hacia Cletus, en menos tiempo del que lleva leerlo, había pasado del horror al odio a la comprensión y al amor renovado, y finalmente a una condición emocional más allá de la habilidad expresiva de un mero lenguaje natural. Por fortuna, los amantes tenían a sus disposición el álgebra de Boole y el cálculo proposicional.

Cletus era una de las pocas personas en el mundo a la que ella podía amar, e incluso hablar como a un igual, sin condescendencia. El cociente intelectual de él era tan alto que la cifra no tendría sentido. Pero comparado con ella, era lento y iletrado. No era esa una situación que él pudiese tolerar por mucho tiempo.

El resto es historia, como dicen, y antropología, como debemos admitir cada minuto de cada día aquellos que leemos con nuestros ojos. Cletus fue la segunda persona en ser operada, y tuvo que hacerlo mientras huía de los comités de ética médica y sus policías. Fueron cuatro al año siguiente, sin embargo, y veinte al otro año, y luego 2000 y 20.000. En una década, gente con ocupaciones puramente intelectuales no tenía otra elección: perder tus ojos o perder tu trabajo. Para entonces la operación de "segundavision" era completamente automática, completamente segura.

Todavía es ilegal en la mayor parte del mundo, incluyendo los Estados Unidos, pero ¿a quién pretenden engañar? Si tu jefe de departamento es un segundavista y tú no, ¿crees que estarás fijo? Ni siquiera puedes mantener una conversación con una criatura cuyas sinapsis se disparan seis veces más rápido que las tuyas, con la posibilidad de acceder instantáneamente a enciclopedias completas. Eres, como yo, un atavismo intelectual.

Puede que tengas una buena razón, si eres pintor, arquitecto, naturalista o entrenador de perros lazarillos. Puede que no tengas el dinero para la operación, pero esa es una excusa tonta: es trivialmente fácil obtener un préstamo a costa de ganancias futuras. Puede que tengas una buena razón física para no tenderte en la mesa y abrir tus ojos por última vez.

Conozco a Cletus y a Amy por la música. Yo fui su profesor de piano una vez, en Julliard, aunque ahora, por supuesto, no soy lo suficientemente inteligente como para enseñarle nada. Vienen a verme tocar en ocasiones, en este bar de mala muerte con su banda de avejentados músicos primeravista. Nuestra música debe parecerles aburrida, es evidente, pero nos hacen el favor de no tocar con nosotros.

Amy fue una víctima inocente en esta súbita explosión evolutiva. Y Cletus estaba, podemos suponer, cegado por el amor.

El resto de nosotros debemos elegir que tipo de ceguera soportar.

El árbol de la colina, de H. P. Lovecraft



Al sureste de Hampden, cerca de la tortuosa garganta que excava el río Salmón, se extiende una cadena de colinas escarpadas y rocosas que han desafiado cualquier intento de colonización. Los cañones son demasiado profundos, los precipicios demasiado escarpados como para que nadie, excepto el ganado trashumante, visite el lugar.

La última vez que me acerqué a Hampden la región -conocida como el infierno- formaba parte de la Reserva del Bosque de la Montaña Azul. Ninguna carretera comunica este lugar inaccesible con el mundo exterior, y los montañeses dicen que es un trozo del jardín de Su Majestad Satán transplantado a la Tierra. Una leyenda local asegura que la zona está hechizada, aunque nadie sabe exactamente el porqué. Los lugareños no se atreven a aventurarse en sus misteriosas profundidades, y dan crédito a las historias que cuentan los indios, antiguos moradores de la región desde hace incontables generaciones, acerca de unos demonios gigantes venidos del Exterior que habitaban en estos parajes.

Estas sugerentes leyendas estimularon mi curiosidad. La primera y, ¡gracias a Dios!, última vez que visité aquellas colinas tuvo lugar en el verano de 1938, cuando vivía en Hampden con Constantine Theunis. Él estaba escribiendo un tratado sobre la mitología egipcia, por lo que yo me encontraba solo la mayoría del tiempo, a pesar de que ambos compartíamos un pequeño apartamento en la Calle Beacon que miraba a la infame Casa del Pirata, construida por Exer Jones hacía sesenta años.

La mañana del 23 de junio me sorprendió caminando por aquellas siniestras y tenebrosas colinas que a aquellas horas, las siete de la mañana, parecían bastante ordinarias. Me alejé siete millas hacia el sur de Hampden y entonces ocurrió algo inesperado. Estaba escalando por una pendiente herbosa que se abría sobre un cañón particularmente profundo, cuando llegué a una zona que se hallaba totalmente desprovista de la hierba y vegetación propia de la zona. Se extendía hacia el sur, y pensé que se había producido algún incendio, pero, después de un examen más minucioso, no encontré ningún resto del posible fuego. Los acantilados y precipicios cercanos parecían horriblemente chamuscados, como si alguna gigantesca antorcha los hubiese barrido, haciendo desaparecer toda su vegetación. Y aun así seguía sin encontrar ninguna evidencia de que se hubiese producido un incendio... Caminaba sobre un suelo rocoso y sólido sobre el que nada florecía.

Mientras intentaba descubrir el núcleo central de esta zona desolada, me di cuenta de que en el lugar había un extraño silencio. No se veía ningún ave, ninguna liebre, incluso los insectos parecían rehuir la zona. Me encaramé a la cima de un pequeño montículo, intentando calibrar la extensión de aquel paraje inexplicable y triste. Entonces vi el árbol solitario.

Se hallaba en una colina un poco más alta que las circundantes, de tal forma que enseguida lo descubrí, pues contrastaba con la soledad del lugar. No había visto ningún árbol en varias millas a la redonda: algún arbusto retorcido, cargado de bayas, que crecía encaramado a la roca, pero ningún árbol. Era muy extraño descubrir uno precisamente en la cima de la colina.

Atravesé dos pequeños cañones antes de llegar al sitio; me esperaba una sorpresa. No era un pino, ni un abeto, ni un almez. Jamás había visto, en toda mi existencia, algo que se le pareciera; ¡y, gracias a Dios, jamás he vuelto a ver uno igual! Se parecía a un roble más que a cualquier otro tipo de árbol. Era enorme, con un tronco nudoso que media más de un metro de diámetro y unas inmensas ramas que sobresalían del tronco a tan sólo unos pies del suelo. Las hojas tenían forma redondeada y todas tenían un curioso parecido entre sí. Podría parecer un lienzo, pero juro que era real. Siempre supe que era, a pesar de lo que dijo Theunis después.

Recuerdo que miré la posición del sol y decidí que eran aproximadamente las diez de la mañana, a pesar de no mirar mi reloj. El día era cada vez más caluroso, por lo que me senté un rato bajo la sombra del inmenso árbol. Entonces me di cuenta de la hierba que crecía bajo las ramas. Otro fenómeno singular si tenemos en cuenta la desolada extensión de tierra que había atravesado. Una caótica formación de colinas, gargantas y barrancos me rodeaba por todos sitios, aunque la elevación donde me encontraba era la más alta en varias millas a la redonda.

Miré el horizonte hacia el este, y, asombrado, atónito, no pude evitar dar un brinco. ¡Destacándose contra el horizonte azul sobresalían las Montañas Bitterroot! No existía ninguna otra cadena de picos nevados en trescientos kilómetros a la redonda de Hampden; pero yo sabía que, a esta altitud, no debería verlas. Durante varios minutos contemplé lo imposible; después comencé a sentir una especie de modorra.

Me tumbé en la hierba que crecía bajo el árbol. Dejé mi cámara de fotos a un lado, me quité el sombrero y me relajé, mirando al cielo a través de las hojas verdes. Cerré los ojos. Entonces se produjo un fenómeno muy curioso, una especie de visión vaga y nebulosa, un sueño diurno, una ensoñación que no se asemejaba a nada familiar. Imaginé que contemplaba un gran templo sobre un mar de cieno, en el que brillaba el reflejo rojizo de tres pálidos soles. La enorme cripta, o templo, tenía un extraño color, medio violeta medio azul. Grandes bestias voladoras surcaban el nuboso cielo y yo creía sentir el aletear de sus membranosas alas. Me acerqué al templo de piedra, y un portalón enorme se dibujó delante de mí. En su interior, unas sombras escurridizas parecían precipitarse, espiarme, atraerme a las entrañas de aquella tenebrosa oscuridad. Creí ver tres ojos llameantes en las tinieblas de un corredor secundario, y grité lleno de pánico.

Sabía que en las profundidades de aquel lugar acechaba la destrucción; un infierno viviente peor que la muerte. Grité de nuevo. La visión desapareció. Vi las hojas y el cielo terrestre sobre mí. Hice un esfuerzo para levantarme. Temblaba; un sudor gélido corría por mi frente. Tuve unas ganas locas de huir; correr ciegamente alejándome de aquel tétrico árbol sobre la colina; pero deseché estos temores absurdos y me senté, tratando de tranquilizar mis sentidos. Jamás había tenido un sueño tan vívido, tan horripilante. ¿Qué había producido esta visión? Últimamente había leído varios de los libros de Theunis sobre el antiguo Egipto... Meneé la cabeza y decidí que era hora de comer algo. Sin embargo, no pude disfrutar de la comida. Entonces tuve una idea.

Saqué varias instantáneas del árbol para mostrárselas a Theunis, seguro de que las fotos lo sacarían de su habitual estado de indiferencia. A lo mejor le contaba el sueño que había tenido... Abrí el objetivo de mi cámara y tomé media docena de instantáneas del árbol. También hice otra de la cadena de picos nevados que se extendía en el horizonte. Pretendía volver y las fotos podrían servir de ayuda... Guardé la cámara y volví a sentarme sobre la suave hierba. ¿Era posible que aquel lugar bajo el árbol estuviera hechizado?

Sentía pocas ganas de irme... Miré las curiosas hojas redondeadas. Cerré los ojos. Una suave brisa meció las ramas del árbol, produciendo musicales murmullos que me arrullaban. Y, de repente vi de nuevo el pálido cielo rojizo y los tres soles. ¡Las tierras de las tres sombras! Otra vez contemplaba el enorme templo. Era como si flotase en el aire, ¡un espíritu sin cuerpo explorando las maravillas de un mundo loco y multidimensional! Las cornisas inexplicables del templo me aterrorizaban, y supe que aquel lugar no había sido jamás contemplado ni en los más locos sueños de los hombres. De nuevo aquel inmenso portalón bostezó delante de mí; y yo era atraído hacia las tinieblas del interior. Era como si mirase el espacio ilimitado. Vi el abismo, algo que no puedo describir en palabras; un pozo negro, sin fondo, lleno de seres innominables y sin forma, cosas delirantes, salvajes, tan sutiles como la bruma de Shamballah. Mi alma se encogió. Tenía un pánico devastador. Grité salvajemente, creyendo que pronto me volvería loco. Corrí, dentro del sueño corrí preso de un miedo salvaje, aunque no sabía hacia dónde iba... Salí de aquel horrible templo y de aquel abismo infernal, aunque sabía, de alguna manera, que volvería...

Por fin pude abrir los ojos. Ya no estaba bajo el árbol. Yacía, con las ropas desordenadas y sucias, en una ladera rocosa. Me sangraban las manos. Me erguí, mirando a mi alrededor. Reconocí dónde me hallaba: ¡era el mismo sitio desde donde había contemplado por primera vez toda aquella requemada región! ¡Había estado caminando varias millas inconsciente! No vi aquel árbol, lo cual me alegró... incluso las perneras del pantalón estaban vueltas, como si me hubiese estado arrastrando parte del camino... Observé la posición del sol. ¡Atardecía! ¿Dónde había estado? Miré la hora en el reloj. Se había parado a las 10:34...

Carta Verde, de Petros Márkaris



El chico, robusto y achaparrado, daba vueltas, con los brazos abiertos como palas de una veleta que gira a lo loco. Había pocos transeúntes en la acera de la avenida Tres de Septiembre, y su madre no cargaba las compras en una mano mientras sujetaba al chico con la otra. Le dejaba caminar por la parte interior de la acera, bajo régimen de vigilancia parcial.

El pequeño detectó la lata a unos diez pasos, a la altura de la plaza de la Victoria. Hasta el momento había dado patadas a un tetrabric pisoteado, a una bolsa de papel rota, a un limón podrido y a una caja de cartón vacía que, con enorme placer, consiguió mandar tres tiendas más allá. Aún no había ninguna lata en su repertorio. Echó un rápido vistazo al tipo sentado en la acera detrás del bote, con la cabeza vencida a un lado y los ojos cerrados. Llevaba unos tejanos raídos y una camisa a cuadros. Del cuello le colgaba un rótulo de cartón.

El chico siguió caminando como si nada. Debido a los movimientos bruscos se le había subido la camiseta, revelando una barriga hipertrófica en miniatura. Al siguiente paso, alzó la vista hacia la torre de la compañía telefónica mientras rozaba, casi por azar, la lata con la punta del pie. El golpe fue suave aunque artero, con efecto, de los que consiguen engañar al más experto de los guardametas. El bote giró un par de veces sobre su eje, se volcó y las monedas se desparramaron por el suelo. El chico no se detuvo a disfrutar del resultado de su patada, sino que echó a correr tras su madre, como corre el jugador después de marcar un gol. Así se perdió la oportunidad de leer el rótulo que colgaba del cuello del tipo con un cordel plateado, de los que se utilizan para atar ramos de flores o cajas de bombones: «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre.»

El sonido metálico despertó al serbio de Bosnia. Como no había visto la patada del chico, se preguntó cómo se había volcado el tarro. Lo levantó y empezó a recoger las monedas. No habían ido a parar lejos, sólo una fue rodando de canto hacia la avenida Tres de Septiembre, hasta topar con un pie femenino enfundado en una sandalia. La mujer que cogió la moneda rondaría los setenta, una pieza de museo de la época en que la plaza de la Victoria era el orgullo de la burguesía ateniense. Echó una mirada iracunda a la otra mujer, aunque ésta seguía su camino indiferente a la hazaña de su hijo.

—¡Desde luego, señora, podría enseñar a su crío a pedir perdón! —dijo en voz lo bastante alta para que la oyeran los transeúntes más cercanos, pero no la madre del crío en cuestión.

Se acercó a la lata y, en el momento de echar dentro la moneda, se fijó en el rótulo: «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre.»

—También vosotros, hijo mío, habéis venido aquí en masa —dijo lo bastante alto para que la oyera el bosnio, pero no los transeúntes—. Serbios, bosnios, serbios de Bosnia, de Skopja, albaneses... Mendigos y guerras civiles, éste ha sido siempre nuestro destino.

El serbio de Bosnia vio con alivio que la mujer ya se alejaba. No quería llamar la atención. Sabía por experiencia que el buen mendigo debe confundirse con el entorno,

como los árboles y los bancos de las aceras. Dobló las piernas, apoyó la barbilla en las rodillas y cerró los ojos. No quería parecer sano. Tampoco le interesaba parecer enfermo, un portador de gérmenes en un espacio público. Por eso se encogía y cerraba los ojos: ni sano ni enfermo, simplemente agotado y, por lo tanto, incapaz de trabajar. Su alarma interna le indicaba cuándo debía abrir los ojos para controlar lo que sucedía a su alrededor. A ese sistema lo llamaba «patrulla», y lo aplicaba repetidas veces.

Durante una de esas patrullas los vio. Estaban delante del Flocafé y se disponían a cruzar la calle en dirección a la plaza. Dos maxibebés campechanos, de brazos fornidos y espaldas anchas, que reían intercambiando empujones.

«Anteayer era uno, hoy se han doblado», pensó el mendigo, y los observó a través de los párpados entornados. Se acercaron a él, alegres y risueños.

Guardó la bolsa de tela debajo de las piernas y metió dentro la lata con las monedas. Los tipos se fijaron en el gesto y dejaron de bromear. Se separaron para cortar la retirada, uno hacia la avenida y otro hacia la calle Aristóteles. El serbio de Bosnia empezó a retroceder con la intención de escapar por la calle Esperanza.

Lo pillaron en la esquina. Uno de ellos le echó el brazo sobre los hombros y empezó a hablarle amigablemente en serbio:

—¿Cuándo sentarás la cabeza? Ya te advertí que no vinieras más por aquí. Este puesto es para los chicos. Da mucho dinero. ¿Ves?, ahora me he visto obligado a venir con mi amigo.

Lo abrazó con más fuerza para sostenerlo en pie, mientras su compinche le golpeaba en silencio, metódica e inexpresivamente. Se formó un grupo alrededor de ellos. Asiduos de la plaza, clientes y camareros de los restaurantes, transeúntes varios, observaban sin reaccionar, como si no estuvieran dispuestos a perderse un espectáculo gratuito simplemente por cuestión de principios. Sólo un niño pequeño, que su padre llevaba en brazos, empezó a lanzar puñetazos al aire, imitando los gestos del matón.

Dejaron al serbio de Bosnia desmadejado en la acera. Uno de ellos se agachó para coger su bolsa.

—Me lo llevo como multa —explicó en el mismo tono amistoso.

La multitud se separó para abrirles paso. El parlanchín se detuvo delante del niño para jugar con él fingiendo un combate de boxeo. Luego prosiguieron su camino hacia la calle Aristóteles, sin dejar de bromear intercambiando bromas y empujones.

Cuando se hubieron marchado, el serbio de Bosnia se esforzó por incorporarse, no fuera a ser que algún filántropo con efecto retardado llamara a la policía o a una ambulancia. Aunque no tenía por qué preocuparse: la gente ya se dispersaba. Al limpiarse la cara con un trapo descubrió que quedaba manchado, así que se palpó para ver dónde sangraba y empezó a presionar las heridas para detener la hemorragia.

Se apoyó en una pared hasta recuperar el control de las piernas y luego enfiló hacia la calle Filis. Se detuvo delante de un club nocturno. El mercero de al lado guardaba una copia de las llaves, para dárselas a la mujer de la limpieza o para abrir a los transportistas que traían bebidas adulteradas. Habían acordado que le daría algo para que se cambiara antes de empezar a trabajar.

—Pero ¿qué pintas traes? —El mercero lo observó con una mirada en la que se mezclaban el horror y la satisfacción.

—Llaves —dijo el serbio de Bosnia en tono seco.

No tenía ganas de hablar. Sólo quería lavarse la cara, cambiarse de ropa y marcharse de allí.

—¡Recoge tus harapos y lárgate! —dijo el mercero en un tono que no admitía discusiones—. Quise ser bueno, pero tú me arruinarás el negocio.

Se quedó en el lavabo el tiempo necesario para limpiarse la sangre de la cara. Estaba doblando su ropa limpia cuando vio al mercero en el umbral de la puerta, con la mano tendida.

—Mi dinero —exigió—. Tú te esfumarás y luego cualquiera te encuentra.

—No haber dinero... Llevarse lo...

—¡A mí no me vengas con ésas, imbécil! ¿A quién pretendes engañar?

Quiso agarrarlo por las solapas, pero en ésas vio la sangre y le dio asco.

El serbio de Bosnia le mostró la cara.

—¿No lo ves?

—Y porque te han pegado tú quieres birlarme la pasta, ¿eh? ¡Ya te enseñaré yo!

El mercero se retiró del umbral como un rayo y le cerró la puerta en las narices. Al mismo tiempo, oyó la llave girando en la cerradura.

—¡Ahí te quedas hasta que llegue la policía para detenerte! —gritó el mercero desde fuera.

Al serbio de Bosnia le entró pánico y empezó a aporrear la puerta.

—Vale, vale, darte dinero.

Dio gracias a Dios por haber tenido la previsión de no guardar toda la recaudación en la bolsa, sino de distribuirla en los bolsillos. Claro que así perdería todo lo que había ganado a lo largo del día, pero lo único que deseaba en su lamentable estado era no caer en manos de la policía.

La puerta se abrió y la mano del mercero se apropió de los tres billetes.

—¡Aquí pagamos nuestras deudas! —gritó—. No como vosotros, que nos chupáis la sangre con la ayuda de Bruselas, todo préstamos a fondo perdido. ¡Sois basura!

El serbio de Bosnia pasó de largo y salió del lavabo sin decir ni una palabra.

—¿Por qué lo haces, Vasilis? —le preguntó Milena en serbio—. ¿Por qué finges ser serbio cuando eres griego?

Él no respondió. Se había cubierto la cara con una toalla empapada en agua fría. Se sentía exhausto y le daba pereza repetir lo mismo una y otra vez.

—Yo era profesora de francés en Sarajevo y ahora me dedico a limpiar la recepción y los servicios del hotel La Mirage. Es lógico. Pero a ti no te entiendo. Fuiste griego en Bosnia y quieres ser bosnio en Grecia.

Él fue a mojar de nuevo la toalla, que ya se había calentado. Un pretexto para no contestar. Hablar no conducía a ninguna parte. Ellos lo habían planeado de otra manera, pero las cosas les habían salido mal. Eso era todo. Después de fracasar dos veces en los exámenes de ingreso universitario de Grecia, acabó estudiando Ingeniería Química en Sarajevo. Allí conoció a Milena. Era un poco mayor que él y ya había terminado Filología Francesa. La madre de Vasilis murió mientras él estaba en Sarajevo. No tenía más familia, por lo que la de Milena lo acogió. Empezaron a vivir juntos a los tres meses de conocerse: Vasilis, Milena y la familia de su hermano, que era herrero. Con la guerra civil cerraron la universidad; ya nadie quería tomar clases de francés y dejaron de construir casas nuevas; más bien se dedicaron a derruir las viejas. Vasilis era su tabla de salvación. Recogieron los bártulos y se trasladaron a Grecia.

Pero allí se invirtieron los términos. Vasilis estaba en su país y todos dependían de él. Empezó a buscar un trabajo relacionado con sus estudios, en algún laboratorio o industria. Cada vez que le cerraban una puerta, bajaba un escalón. Cuando se dio cuenta de que sólo podría trabajar como obrero no especializado, le entró el pánico y rodó por los escalones de tres en tres. Al final, fue a buscar empleo en el sector de la construcción, pero allí tampoco lo aceptaron. Contrataban a extranjeros más fuertes, que trabajaban por la mitad del salario y sin cobrar las horas extras. Él era enclenque y griego, podría denunciarlos a la Seguridad Social y meterlos en líos.

Descubrió la mendicidad por azar, como quien gasta una broma. El día en que le cerraron la última puerta cogió enfurecido un cartón, escribió «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre», se lo colgó del cuello con un cordel y se sentó en el suelo. Quería demostrar a los griegos que un compatriota suyo podía terminar como serbio en su propio país. Pensó que así los avergonzaría a ellos y se castigaría a sí mismo. Se estaba estrujando los sesos para encontrar una solución al problema del trabajo cuando oyó el tintineo entre sus pies. Se agachó y vio la moneda. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba y se la guardó en el bolsillo. Pronto cayó más dinero, esta vez un billete de cien[1]. De repente llegó a la conclusión obvia: si mendigas siendo griego, eres un drogata. Si mendigas siendo refugiado de los Balcanes, eres un ser inferior destinado a demostrar la generosidad del griego medio comedor de cordero. Así, por casualidad, descubrió la única profesión que podía ejercer: mendigo serbio de Bosnia.

—Bueno, si has de fingir que eres bosnio, ¿por qué no buscas trabajo en la construcción? Si quieres, pregunto por ahí —se ofreció el hermano de Milena, que tenía un oficio y fue el primero en colocarse.

Pero Vasilis no quería. Aunque no le pidieran los documentos, en cualquier momento se le podía escapar algo en griego y meterse en problemas. También mendigando se veía obligado a callar la boca, aunque no tanto. A fin de cuentas, no quería que sus compatriotas capataces lo explotaran como si de verdad fuera de Bosnia.

Mientras pensaba en todo eso, trataba de decidir dónde podría ir a mendigar a partir de entonces. Imposible volver a la plaza de la Victoria, era demasiado peligroso. De repente, se acordó de un asador en la parte baja de Lénorman, que ponía mesas en el parquecito y servía comidas y cenas. Tomó la decisión y se dispuso a salir para reconocer el terreno.

—Creo que conozco un puesto estupendo —dijo a Milena en serbio.

Ella no respondió. Lo miró brevemente en silencio, tratando de contener las lágrimas. Luego lo abrazó con fuerza.

Se apostó en la esquina del asador. Enfrente estaba el pequeño parque con los bancos y los parterres. Las mesas del local ocupaban el espacio entre los parterres, cubiertas con grandes manteles de papel sujetos con unas piezas de plástico para que no se los llevara el viento.

A la hora del almuerzo había pocos clientes y nadie le hizo caso. Con los primeros comensales de la noche empezaron los problemas. Se le acercó un camarero que, con gestos y palabras, trató de explicarle que tenían trabajo y allí molestaba. Se levantó sin rechistar y fue al otro lado. Se instaló junto a la pared del edificio que estaba al otro lado del asador. Así perdía la ventaja de la esquina, pero también evitaba los líos.

El asador se llamaba Los Bistecs de Korajais. Cuando vio que se le acercaba un tipo con la camisa sudada y desabrochada, dedujo que se trataba del propio Korajais en persona.

—¡Te hemos dicho que te largues, no que cambies de puesto! —le soltó secamente—. No te quiero cerca del local.

—Aquí no local.

—Esta es mi casa. ¿Me entiendes? No mi piso, sino el edificio entero. Las cuatro plantas son mías. Levántate y marchando.

No sabía decir si obedeció por miedo o porque el olor a sudor y a fritanga de Korajais le resultó insoportable. En todo caso, siguió insistiendo. En cuanto Korajais le dio la espalda, se dirigió al parque. Eligió un banco y se instaló en él. Tenía delante las mesas del asador, mientras los comensales se encontraban en plena cena. Notó que el estómago le hacía ruidos. Es el síndrome de Sarajevo, pensó. Tengas hambre o no, en cuanto ves un plato de comida, las tripas empiezan a protestar.

—Yannis, dale algo para que se vaya. No me gusta que me miren los hambrientos mientras como.

—Llevamos todo el día echándolo, pero no se larga.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó el cliente a su mujer.

—¿Qué quiere decir qué más da? Ya que tenemos que cargar con ellos, al menos que no nos molesten mientras comemos.

Vasilis vio que el camarero se dirigía de nuevo hacia él acompañado de Korajais, pero no se movió del sitio.

—¿No te he dicho que te largues, imbécil?

—Aquí parque, aquí no asador.

—¡Ahora verás! —Y empezó a tirar de él para que se levantara.

De repente, se apoderó de él la misma rabia que el día en que decidió declararse serbio de Bosnia. Aestó una patada furibunda al camarero, que dio un traspies y

derribó la mesa del matrimonio. La bandeja con la carne resbaló y cayó en el regazo de la mujer, que se puso histérica. Vasilis se alegró, porque había sido ella quien había llamado la atención sobre él.

Korajais, con la ayuda del camarero y del marido, finalmente lograron inmovilizarlo hasta que llegara la poli.

—¡Que vuelvan todos a su país y nos dejen en paz!

La mujer conservaba intacto su ataque de histeria. Habían arrinconado a Vasilis avanzando en semicírculo, la mujer y su marido en los extremos; Korajais, el camarero y un policía formando la curva central.

—No puedo mandarle de vuelta —respondió el oficial de guardia en tono cansino—. Viene de un país en guerra y tiene estatus de refugiado político. —Se dirigió a Vasilis—. La documentación.

—No tener documentos. Refugiado político, venir clandestino.

Hablaba como todos los refugiados ilegales en casos como ése, sin mirar al representante del orden a los ojos.

—¡Qué bien! ¡Cualquier inútil puede destrozarte el local y luego hacerse pasar por refugiado político! —exclamó Korajais fuera de sí.

—¿Dónde lo has detenido? —preguntó el oficial de guardia al agente.

—En el parque, señor.

—¿Tienes permiso para poner mesas en el parque?

Korajais lo miró fijamente para darle a entender lo obvio, que sobornaba a alguien, pero el oficial no se dejó impresionar.

—¿Tienes permiso? —insistió.

—¿Y porque no tenga permiso resulta que éste puede venir a destrozar las mesas y molestar a los clientes?

—Pon una denuncia.

—Y pasar tres años de tribunal en tribunal.

—Eso ya es cosa tuya.

Al no encontrar ayuda, Korajais se volvió hacia Vasilis:

—Con este estado de mierda que tenemos, hacéis bien en robar nuestras casas y destrozar nuestros negocios. Nos lo merecemos.

—Hemos llegado a un punto que les creo capaces de cobrar hasta de los refugiados ilegales —dijo la mujer cuando salieron al pasillo.

El oficial la oyó, pero no le hizo caso. Ya estaba acostumbrado. Miró a Vasilis.

—No hay cargos, puedes irte —le indicó.

—Tú, hombre bueno. Tú querer gente de mi país.

Ya no tenía que controlar sus palabras. El griego le salía macarrónico de forma espontánea, natural.

—Déjate de camelos y lárgate. Tienes suerte que esa bestia me cae mal. —Se refería a Korajais.

Dio las gracias por última vez y se fue.

Bajó los escalones de dos en dos. En la planta baja lo detuvo una cuarentona angustiada.

—¿Sabe en qué piso está el oficial de guardia?

—No le entiendo, soy extranjero —le respondió en serbio.

La comisaría estaba en una calle desierta y mal iluminada. Sólo una lechería trasnochadora arrojaba un poco de luz. Sacó el rótulo maltrecho, lo alisó como pudo y volvió a colgárselo del cuello. Apoyó la espalda en la pared de la lechería y fue bajando hasta quedar sentado en la acera. Había perdido la lata, de modo que extendió su pañuelo. No pasaban coches ni autobuses, y los transeúntes eran contados, apresurados e indiferentes. Sin embargo, él se quedó allí hasta la medianoche, inmóvil, con el rótulo colgado al cuello:

«Soy serbio de Bosnia y tengo hambre.»

[1] Se trata de dracmas, antes de la introducción del euro.

Lo primero que la bebé hizo mal..., de Donald Barthelme



Lo primero que la bebé hizo mal fue arrancar páginas de sus libros. Por eso pusimos una regla: que cada vez que rompiera una página tenía que quedarse sola en su cuarto cuatro horas seguidas con la puerta cerrada con llave. Al principio rompía una página al día y la regla funcionaba bien aunque los gritos y el llanto que salía de detrás de la puerta nos destrozaban los nervios. Razonamos que ese era el precio que había que pagar. O parte del precio. Pero conforme mejoraba su habilidad manual empezó a romper dos páginas al día lo que significaba ocho horas sola en su habitación a puerta cerrada. Lo que representaba el doble de problemas para todos. Pero aún así no dejaba de hacerlo. Y después, conforme pasaba el tiempo, había días en que rompía tres o cuatro páginas lo que la llevaba a su habitación hasta dieciséis horas de una vez, interfiriendo con su rutina alimenticia y preocupando a mi esposa. Pero yo sentía que si se ha puesto una regla hay que apegarse a ella, ser consistente. Si no, no se logra el efecto deseado. Tenía catorce o quince meses por aquellos días. Con frecuencia, por supuesto, se quedaba dormida tras una hora de llanto y era un alivio. Su habitación estaba bastante bien. Tenía un maravilloso caballo-balancín de madera y casi cien muñecas y peluches. Había miles de cosas que hacer en esa habitación si se hacía buen uso del tiempo. Había rompecabezas y cosas así. A veces, por desgracia, descubríamos, al abrir la puerta que había roto más páginas de más libros mientras estaba dentro y que, para ser justos, había que añadir esas páginas al total.

La bebé se llamaba Nacida Bailando. Le dimos a la bebé de nuestro vino, del tinto, del blanco, del azul y le hablamos con sinceridad. Pero no funcionó.

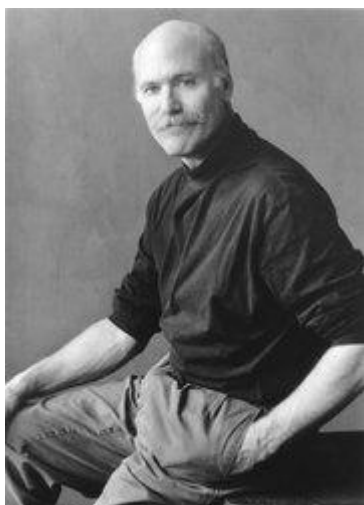
Debo decir que era realmente inteligente. Te acercabas hasta donde estaba jugando en el suelo, en una de esas raras ocasiones en que estaba fuera de su habitación, y había un libro abierto junto a ella y lo inspeccionabas y parecía que estaba perfecto. Pero si te fijabas más, descubrías que una de las páginas tenía una esquina rota, algo que podría pasar por el desgaste típico. Pero yo sabía lo que había hecho. Ella había roto esa esquina y se la había tragado. Tenía que contar y así lo hacía. Era capaz de llegar a cualquier extremo con tal de engañarme. Mi mujer dijo que tal vez estábamos siendo demasiado rígidos y que la bebé estaba empezando a perder peso. Pero yo le replicaba que la bebé aún tenía mucha vida por delante y que tenía que convivir en el mundo con los otros, que tenía que vivir en un mundo donde había muchas, muchas, muchas reglas, que si no aprendes a jugar con las reglas estás condenado a no tener personalidad en el mundo, marginado por los demás, en el ostracismo. Lo máximo que llegamos a tenerla encerrada en la habitación fue de ochenta y ocho horas y terminó cuando mi esposa abrió la puerta forzándola con una palanca aunque la bebé aún nos debía doce horas porque había roto veinticinco páginas. Volví a colocar la puerta en su marco y le añadí un candado enorme, de esos que sólo se abre con una tarjeta magnética y me guardé la tarjeta.

Pero las cosas no mejoraron. La bebé salía de su habitación como un murciélago que saliera del infierno y corría hasta el libro más cercano, Buenas noches, Luna o algo parecido, y comenzaba a arrancar páginas a lo loco. Quiero decir, había treinta y cuatro páginas de Buenas noches, Luna en el suelo en diez segundos. Y la portada y la contraportada. Cuando sumamos todas sus deudas, en horas, vimos que no iba a salir de su habitación hasta 1992, si acaso. Y estaba empezando a estar bastante delgada y

pálida. No había salido al parque en semanas. Teníamos lo más parecido a una crisis ética en nuestras manos.

La resolví declarando que estaba bien eso de arrancar las páginas de los libros y que, más aún, había estado bien lo de arrancar páginas en el pasado. Eso es algo de lo más maravilloso de ser padre. Que tienes un montón de oportunidades para tomar decisiones, cada una tan importante como el oro. La bebé y yo nos sentamos felices en el suelo, uno al lado del otro, arrancamos páginas de los libros y, a veces, sólo para divertirnos, salimos a la calle y juntos destruimos un parabrisas.

Bala en el cerebro, de Tobias Wolff



Anders llegó al banco poco antes de la hora de cierre, así que por supuesto la cola era interminable y quedó ubicado detrás de dos mujeres que, con su estridente y estúpida conversación, lo pusieron de un humor asesino. De cualquier manera nunca estaba del mejor humor, Anders—un crítico literario conocido por el cansado y elegante salvajismo con el que despachaba casi todo lo que reseñaba.

Aunque la cola serpenteaba siguiendo la cuerda, una de las cajeras puso un cartel de “caja cerrada” en su ventanilla, caminó hacia la parte de atrás del banco, se apoyó contra un escritorio y empezó a hacer tiempo con un hombre que ordenaba papeles. Las mujeres delante de Anders interrumpieron su conversación y observaron a la cajera con odio. “Ah, qué bien”, dijo una de ellas. Se volvió hacia Anders y agregó, confiada en su complicidad, “Uno de esos toquecitos humanos que nos hacen volver por más.”

Anders había acumulado ya su propio odio contra la cajera, pero inmediatamente lo desvió hacia la quejosa presumida que tenía delante. “Es tan injusto”, dijo. “Trágico, realmente. Si no están amputando la pierna equivocada o bombardeando un pueblo ancestral, están cerrando una ventanilla.”

Ella defendió su posición. “No dije que fuera trágico”, dijo. “Sólo creo que es una pésima manera de tratar a los clientes.”

—Imperdonable—dijo Anders.—El cielo tomará nota.

Ella aspiró y ahuecó sus mejillas, miró más allá de él y no dijo nada. Anders vio que la otra mujer, su amiga, miraba en la misma dirección. Y entonces los cajeros dejaron de hacer lo que hacían y los clientes giraron lentamente y un silencio invadió el banco. Dos hombres con pasamontañas negros y trajes azules estaban parados al lado de la puerta. Uno de ellos apretaba una pistola contra el cuello del guardia. Los ojos del guardia estaban cerrados y sus labios se movían. El otro hombre tenía una escopeta recortada. “¡Todos callados la boca!”, dijo el hombre con la pistola, aunque nadie había dicho una sola palabra. “Si alguno de los cajeros acciona la alarma son todos boleta. ¿Entendieron?”

Los cajeros asintieron.

—Bravo—dijo Anders.—*Boleta*—. Giró hacia la mujer que tenía delante.—Excelente guión, eh. La inexorable y aguerrida poesía de las clases peligrosas.

Ella lo miró con los ojos húmedos.

El hombre de la escopeta empujó al guardia hasta hacerlo arrodillar. Le dio la escopeta a su compañero, tomó con firmeza las muñecas del guardia y le esposó las manos en la espalda. Lo derribó al piso con una patada entre los omóplatos. Luego tomó la escopeta otra vez y fue hacia la puerta de seguridad ubicada al final de la hilera de cajas. Era petiso y pesado y se movía con una peculiar lentitud, casi con apatía. “Ábranle”, dijo su compañero. El hombre con la escopeta abrió la puerta y

avanzó despacio por detrás de los cajeros, entregando a cada uno una bolsa de plástico. Cuando encontró la ventanilla vacía miró al hombre de la pistola, que dijo, “¿De quién es esta caja?”

Anders miró a la cajera. Ella puso una mano en su garganta y giró hacia el hombre con el que hablaba. El hombre asintió. “Mía”, dijo ella.

—Entonces mové ese culo feo y llená esta bolsa.

—Ahí tiene—le dijo Anders a la mujer que tenía delante.—Se hace justicia.

—¡Vos, genio! ¿Te di permiso para que hables?

—No—dijo Anders.

—Entonces cerrá el pico.

—¿Escucharon eso? —dijo Anders.—*Genio*. Parece sacado de Los asesinos.

—Por favor, cállese—dijo la mujer.

—¿Sos sordo?—El hombre con la pistola fue hasta donde estaba Anders. Le clavó la punta de la pistola en el estómago.—¿Te pensás que estoy jugando?

—No—dijo Anders. Pero el caño le hizo cosquillas como un dedo rígido y tuvo que esforzarse para no reír. Para aguantarse se forzó a mirar al hombre a los ojos, que eran claramente visibles detrás del pasamontañas de la máscara: celestes, y con los bordes rojizos. El párpado del ojo izquierdo temblaba. El hombre suspiró y exhaló un penetrante olor a amoníaco que sacudió a Anders más que todo lo que había sucedido hasta ese momento, e hizo que comenzara a desarrollar un sentimiento de incomodidad cuando de pronto el hombre lo aguijoneó otra vez con la pistola.

—¿Te gusto, genio? —dijo.—¿Querés chuparme la pija?

—No—dijo Anders.

—Entonces dejá de mirarme.

Anders fijó sus ojos en los mocasines del hombre.

—No ahí abajo, acá arriba—. Metió la pistola bajo la pera de Anders y la empujó hacia arriba hasta que lo dejó mirando el techo.

Anders nunca había prestado mucha atención a esa parte del banco, un viejo edificio pomposo con pisos, pilares y mostradores de mármol y arabescos dorados sobre las ventanillas de las cajas. La cúpula en el techo estaba decorada con figuras mitológicas envueltas en togas a cuya fealdad regordeta Anders apenas había echado una mirada hacía muchos años y luego había declinado prestar atención. Ahora no tenía más opción que estudiar el trabajo del pintor. Era peor de lo que recordaba, y todo había sido ejecutado con la mayor seriedad. El artista tenía unos pocos trucos en la manga y los usaba una y otra vez: cierto tono rosado en la parte inferior de las nubes, una tímida mirada hacia atrás en las caras de los cupidos y los faunos. El techo estaba atiborrado con variados dramas, pero el que captó el ojo de Anders era el de Zeus y Europa—retratados, en esta versión, como un toro clavando la mirada en una vaca desde detrás de un montón de heno. Para hacer sexy a la vaca el pintor le había torcido las caderas sugestivamente y la había dotado de unas largas pestañas

lánguidas a través de las cuales observaba al toro en una sensual bienvenida. El toro esgrimía una sonrisa afectada y sus cejas estaban arqueadas. De haber existido un globo de historieta saliendo de su boca habría dicho “Cuchi cuchi”.

—¿De qué te reís, genio?

—De nada.

—¿Te parezco gracioso? ¿Te pensás que soy un payaso?

—No.

—¿Te pensás que podés joder conmigo?

—No.

—Seguí jodiendo y sos boleta. ¿Capische?

Anders estalló en una carcajada. Tapó su boca con ambas manos y dijo “Lo siento, lo siento”, y luego resopló por la nariz a través de sus dedos y dijo “*Capische*, oh dios, *capische*”, y en ese momento el hombre de la pistola levantó la pistola y le disparó a Anders en la cabeza.

La bala impactó en el cráneo de Anders y atravesó su cerebro y salió detrás de su oreja derecha, dispersando astillas de hueso hacia la corteza cerebral, el cuerpo calloso, y más atrás, hacia los ganglios basales y hacia abajo en el tálamo. Pero antes de que todo esto ocurriera, la primera aparición de la bala en el cerebro desencadenó una cadena chisporroteante de reacciones iónicas y neuro-transmisiones. El peculiar origen de estas reacciones les imprimió un patrón peculiar, reviviendo azarosamente una tarde de verano de hacía cuarenta años, y que hacía mucho tiempo había sido olvidada. Luego de impactar el cráneo, la bala se movía a 300 metros por segundo, una marcha patéticamente lenta y glacial comparada con los relámpagos sinápticos que estallaban a su alrededor. Una vez en el cerebro la bala cayó bajo el control del tiempo cerebral, lo que le dio a Anders tiempo suficiente para contemplar la escena que, en una frase que Anders hubiera aborrecido, “se representó frente a sus ojos”.

Vale la pena notar lo que Anders no recordó, dado lo que sí recordó. No recordó a su primera amante, Sherry, o lo que más había amado locamente en ella, antes de que comenzara a irritarlo: su desvergonzada carnalidad, y especialmente la forma cordial que tenía de dirigirse a su miembro, que ella llamaba Mister Mole, como en “Oh, parece que Mister Mole quiere jugar” o “¡Juguemos a la escondida con Mister Mole!” Anders no recordó a su esposa, a quien también había amado hasta que lo cansó con su rutina, o a su hija, ahora una malhumorada profesora de economía en Dartmouth. No recordó estar parado frente a la puerta de la habitación de su hija mientras ella retaba a su oso de peluche diciéndole que se había portado mal y describía los escalofriantes castigos que le esperaban a Garras a menos que cambiara su comportamiento. No recordó una sola línea de los cientos de poemas que había memorizado en su juventud para poder erizarse la piel a voluntad: ni “Silencioso, en la cima de una montaña en Darien”, ni “Oh dios, hoy escuché”, ni “¿Todas las bellas? ¿Dijiste todas? ¡Oh Dios! ¿Todas?” Ninguno de estos versos recordó; ni uno. Anders no recordó a su madre moribunda diciendo de su padre “debería haberlo apuñalado mientras dormía”.

No recordó al profesor Josephs contándole a la clase cómo los prisioneros atenienses en Sicilia podrían haber sido liberados si recitaban Esquilo ni cuando el

mismo Josephs recitó Esquilo, a continuación, en griego. Anders no recordó cómo sus ojos habían ardido con esos sonidos. No recordó la sorpresa de ver el nombre de un compañero de universidad en la solapa de una novela no mucho tiempo después de la graduación, o el respeto que sintió después de leer el libro. No recordó el placer de respetar.

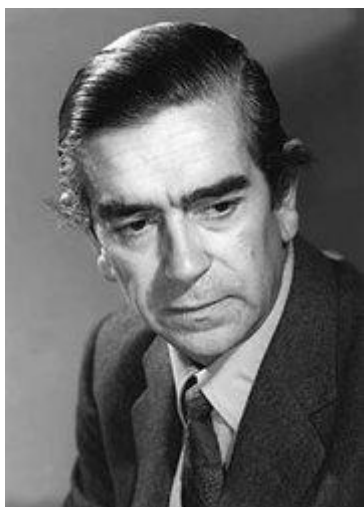
Tampoco recordó Anders ver haber visto a una mujer arrojarse a su muerte desde un edificio enfrente del suyo días después del nacimiento de su hija. No recordó haber gritado “¡Dios, ten piedad!”. No recordó haber chocado el auto de su padre a propósito contra un árbol, o las patadas en las costillas de tres policías en una marcha contra la guerra, o despertarse riendo. No recordó cuando comenzó a mirar los libros apilados en su escritorio con recelo y desdén, o cuando empezó a detestar a los escritores por escribirlos. No recordó cuándo todo empezó a recordarle otra cosa.

Esto es lo que recordó. Calor. Un campo de béisbol. Pasto amarillo, el mundo de los insectos, él mismo reclinado contra un árbol mientras los chicos del barrio se reúnen para armar un partido. Él observa mientras los demás discuten el talento relativo de Mantle y de Mays. Han estado preocupados por este tema todo el verano y se ha vuelto tedioso para Anders: una opresión, como el calor.

Entonces llegan los últimos dos muchachos, Coyle y un primo de él de Mississippi. Anders nunca ha visto al primo de Coyle antes y nunca lo volverá ver. Anders dice hola con los otros y no le presta más atención hasta que han elegido equipo y alguien le pregunta al primo en qué puesto quiere jugar. “Parador en corto”, dice el muchacho. “Parador en corto es la mejor posición que es”. Anders gira y se queda mirándolo. Quiere escuchar al primo de Coyle repetir lo que acaba de decir, pero sabe que no debe preguntar. Los otros pensarán que es un creído, burlándose del chico por su gramática. Pero no es eso, no es eso para nada: es que Anders está extrañamente exaltado, iluminado por esas dos palabras finales, su sorpresa y su música. Entra al campo en un trance, repitiendo esas palabras para sí.

La bala ya está en el cerebro; no será demorada por siempre, su avance no se detendrá. Al final hará su trabajo y dejará el cráneo agujereado, arrastrando una cola de cometa de memoria y esperanza y talento y amor hacia el mármol del salón. Y eso no podrá evitarse. Pero por ahora Anders todavía puede hacer tiempo. Tiempo para que las sombras que se alarguen en el pasto, tiempo para que el perro le ladre a la pelota que vuela, tiempo para que el muchacho en el sector izquierdo del campo golpetee su guante negro de transpiración y suavemente entone, *Que es, que es, que es*.

Un cuento de reyes, de Ignacio Aldecoa



El ojo del negro es el objetivo de una máquina fotográfica. El hambre del negro es un escorpioncito negro con los pedipalpos mutilados. El negro Omicrón Rodríguez silba por la calle, hace el visaje de retratar a una pareja, siente un pinchazo doloroso en el estómago. Veintisiete horas y media sin comer; doce y tres cuartos, no contando la noche, sin retratar; la mayoría de las de su vida, silbando.

Omicrón vivía en Almería y subió, con el calor del verano pasado, hasta Madrid. Subió con el termómetro. Omicrón toma, cuando tiene dinero, café con leche muy oscuro en los bares de la Puerta del Sol; y copas de anís vertidas en vasos mediados de agua, en las tabernas de Vallecas, donde todos le

conocen. Duerme, huésped, en una casita de Vallecas, porque a Vallecas llega antes que a cualquier otro barrio la noche. Y por la mañana, muy temprano, cuando el sol sale, da en su ventana un rayo tibio que rebota y penetra hasta su cama, hasta su almohada. Omicrón saca una mano de entre las sábanas y la calienta en el rayo de sol, junto a su nariz de boxeador principiante, chata, pero no muy deforme.

Omicrón Rodríguez no tiene abrigo, no tiene gabardina, no tiene otra cosa que un traje claro y una bufanda verde como un lagarto, en la que se envuelve el cuello cuando, a cuerpo limpio, tirita por las calles. A las once de la mañana se esponja, como una mosca gigante, en la acera donde el sol pasea sólo por un lado, calentando a la gente sin abrigo y sin gabardina que no se puede quedar en casa, porque no hay calefacción y vive de vender periódicos, tabaco rubio, lotería, hilos de nylon para collares, juguetes de goma y de hacer fotografías a los forasteros.

Omicrón habla andaluza y onomatopéyicamente. Es feo, muy feo, feísimo, casi horroroso. Y es bueno, muy bueno; por eso aguanta todo lo que le dicen las mujeres de la boca del Metro, compañeras de fatigas.

—Satanás, muerto de hambre, ¿por qué no te enchulas con la Rabona?

—No me llames Satanás, mi nombre es Omicrón.

—¡Bonito nombre! Eso no es cristiano. ¿Quién te lo puso, Satanás?

—Mi señor padre.

—Pues vaya humor. ¿Y era negro tu padre?

Omicrón miraba a la preguntante casi con dulzura:

—Por lo visto.

De la pequeña industria fotográfica, si las cosas iban bien, sacaba Omicrón el dinero para sustentarse. Le llevaban veintitrés duros por la habitación alquilada en la casita de Vallecas. Comía en restaurantes baratos platos de lentejas y menestras extrañas. Pero días tuvo en que se alimentó con una naranja, enorme, eso sí, pero con una sola naranja. Y otros en que no se alimentó.

Veintisiete horas y media sin comer y doce y tres cuartos, no contando la noche, sin retratar, son muchas horas hasta para Omicrón. El escorpión le pica una y otra vez en el estómago y le obliga a contraerse. La vendedora de lotería le pregunta:

—¿Qué, bailas?

—No, no bailo.

—Pues, chico, ¡quién lo diría!, parece que bailas.

—Es el estómago.

—¿Hambre?

Omicrón se azoró, poniendo los ojos en blanco, y mintió:

—No, una úlcera.

—¡Ah!

— ¿Y por qué no vas al dispensario a que te miren?

Omicrón Rodríguez se azoró aún más:

—Sí tengo que ir, pero...

—Claro que tienes que ir, eso es muy malo. Yo sé de un señor, que siempre me compraba, que se murió de no cuidarla.

Luego añadió, nostálgica y apesadumbrada:

—Perdí un buen cliente.

Omicrón Rodríguez se acercó a una pareja que caminaba velozmente.

—¿Una foto? ¿Les hago una foto?

La mujer miró al hombre y sonrió:

—¿Qué te parece, Federico?

—Bueno, como tú quieras...

—Es para tener un recuerdo. Sí, háganos una foto.

Omicrón se apartó unos pasos. Le picó el escorpioncito. Por poco le sale movida la fotografía. Le dieron la dirección: Hotel...

La vendedora de lotería le felicitó:

—Vaya, has empezado con suerte, negro.

—Sí, a ver si hoy se hace algo.

—Casilda, ¿tú me puedes prestar un duro?

—Sí, hijo, sí; pero con vuelta.

—Bueno, dámelo y te invito a un café.

—¿Por quién me has tomado? Te lo doy sin invitación.

—No, es que quiero invitarte.

La vendedora de lotería y el fotógrafo fueron hacia la esquina. La volvieron y se metieron en una pequeña cafetería. Cucarachas pequeñas, pardas, corrían por el mármol donde estaba asentada la cafetera exprés.

—Dos con leche.

Les sirvieron. En las manos de Omicrón temblaba el vaso alto, con una cucharilla amarillenta y mucha espuma. Lo bebió a pequeños sorbos. Casilda dijo:

—Esto reconforta, ¿verdad?

—Sí

El «sí» fue largo, suspirado.

Un señor, en el otro extremo del mostrador, les miraba insistentemente. La vendedora de lotería se dio cuenta y se amoscó.

—¿Te has fijado, negro, cómo nos mira aquel tipo? Ni que tuviéramos monos en la jeta. Aunque tú, con eso de ser negro, llames la atención, no es para tanto.

Casilda comenzó a mirar al señor con ojos desafiantes. El señor bajó

la cabeza, preguntó cuánto debía por la consumición, pagó y se acercó a Omicrón:

—Perdonen ustedes.

Sacó una tarjeta del bolsillo.

—Me llamo Rogelio Fernández Estremera, estoy encargado del Sindicato del... de organizar algo en las próximas fiestas de Navidad.

—Bueno —carraspeó—, supongo que no se molestará. Yo le daría veinte duros si usted quisiera hacer el Rey negro en la cabalgata de Reyes.

Omicrón se quedó paralizado.

—¿Yo?

—Sí, usted. Usted es negro y nos vendrá muy bien, y si no, tendremos que pintar a uno, y cuando vayan los niños a darle la mano o besarle en el reparto de juguetes se mancharán. ¿Acepta?

Omicrón no reaccionaba. Casilda le dio un codazo:

—Acepta, negro, tonto... Son veinte «chulís» que te vendrán muy bien.

El señor interrumpió:

—Coja la tarjeta. Lo piensa y me va a ver a esta dirección. ¿Qué quieren ustedes tomar?

—Yo, un doble de café con leche —dijo Casilda—, y éste, un sencillo y una copa de anís, que tiene esa costumbre.

El señor pagó las consumiciones y se despidió.

—Adiós, píenselo y venga a verme.

Casilda le hizo una reverencia de despedida.

— Orrevuar, caballero. ¿Quiere usted un numerito del próximo sorteo?

—No, muchas gracias, adiós.

Cuando desapareció el señor, Casilda soltó la carcajada.

—Cuando cuente a las compañeras que tú vas a ser Rey se van a partir de risa.

—Bueno, eso de que voy a ser Rey... —dijo Omicrón.

Omicrón Rodríguez apenas se sostenía en el caballo. Iba dando tumbos.

Le dolían las piernas. Casi se mareaba. Las gentes, desde las aceras, sonreían al verle pasar. Algunos padres alzaban a sus niños.

—Mírale bien, es el rey Baltasar.

A Omicrón Rodríguez le llegó la conversación de dos chicos:

—¿Será de verdad negro o será pintado?

Omicrón Rodríguez se molestó. Dudaban por primera vez en su vida si él era blanco o negro, y precisamente cuando iba haciendo de Rey.

La cabalgata avanzaba. Sentía que se le aflojaba el turbante. Al pasar cercano a la boca del Metro, donde se apostaba cotidianamente, volvió la cabeza, no queriendo ver reírse a Casilda y sus compañeras. La Casilda y sus compañeras estaban allí, esperándole; se adentraron en la fila; se pusieron frente a él y, cuando esperaba que iban a soltar la risa, sus risas guasonas, temidas y estridentes, oyó a Casilda decir:

—Pues, chicas, va muy guapo, parece un rey de verdad.

Luego, unos guardias las echaron hacia la acera.

Omicrón Rodríguez se estiró en el caballo y comenzó a silbar tenuemente.

Un niño le llamaba, haciéndole señas con la mano:

—¡Baltasar, Baltasar!

Omicrón Rodríguez inclinó la cabeza solemnemente. Saludó.

—¡Un momento, Baltasar!

Los flashes de los fotógrafos de prensa lo deslumbraron.

Perro, Gata y Bebé, de Joe R. Lansdale



A Perro no le gustaba Bebé. Y, por cierto, a Perro tampoco le gustaba Gata. Pero Gata tenía uñas..., unas uñas afiladas.

Perro siempre había recibido atenciones y palmaditas en la cabeza.

—¡Toma, cómete esto! ¡Ay, qué bonito eres! Así, guapo. Dame la patita. ¡Siéntate! Así me gusta. Guapo.

Ahora estaba Bebé.

En realidad. Gata no había sido un problema.

Gata caía bien, pero la familia no la quería. A veces, a Gata le hacían carantoñas. Le daban de comer. No la maltrataban. Pero quererla de verdad, no. No del modo en que querían a Perro, antes de que Bebé llegara.

Una cosita asquerosa y rosada que lloraba.

Para Bebé eran los «ooooh» y los «aaaah». Cuando Perro trataba de acercarse a los Amos, éstos le decían:

—Fuera; ahora, no.

¿Cuándo llegaría ese «ahora»?

Para Perro nunca llegó. Ahora era siempre para Bebé. Para Perro, nada. A veces estaban tan ocupados con Bebé que pasaba todo el día antes de que le dieran de comer a Perro. A éste nunca más le han vuelto a dar cosas ricas. Ya no recuerda la última vez que le dieron una palmadita en la cabeza, o le dijeron «guapo, así me gusta».

Mal asunto. A Perro no le gusta.

Entonces, decide hacer algo.

Matar a Bebé. Así sería otra vez Perro y Gata. Ellos no quieren a Gata, y las cosas estarían bien.

Perro lo pensó. No le resultaría muy difícil despedazar a Bebé. Bebé, suave, sonrosado. Sangraría con facilidad.

A Bebé lo ponen en una cesta colgante cuando Ama sale a tender la ropa. Perro mira la cosita rosada que se mueve y piensa en despedazarla. Piensa mucho, mucho. Y se pone tan contento de pensar que la boca se le hace agua. Perro se acerca a Bebé, y hace que ese momento tan bonito dure más.

Bebé ve a Perro acercarse despacio, casi arrastrándose. Bebé se echa a llorar.

Antes que Perro alcance a Bebé, Gata salta.

Gata, que estaba escondida detrás del sofá.

Gata persigue a Perro, destroza cara de Perro con dientes, con uñas. Perro sangra, intenta correr. Gata lo persigue.

Perro se vuelve para morder.

Gata hunde uña en ojo de Perro.

Perro ladra, corre.

Gata salta sobre lomo de Perro, muerde a Perro en la cabeza.

Perro trata de volver atrás y meterse en dormitorio. Gata le hunde las uñas, le clava los dientes, hace perder el equilibrio a Perro. Perro corre muy rápido, tan rápido como puede, se golpea contra el borde de la puerta, tropieza, cae...

Gata salta al suelo y deja a Perro.

Perro se queda quieto.

Perro no respira.

Gata sabe que Perro está muerto. Gata se lame la sangre de las uñas y de los dientes con su áspera lengua.

Gata se ha deshecho de Perro.

Gata se vuelve para mirar pasillo adelante, donde Bebé llora a gritos.

Y ahora a por el «otro».

Gata comienza a arrastrarse pasillo adelante...

Memorias de un paraguas, de Manuel Gutiérrez Nájera



Nací en una fábrica francesa, de más padres, padrinos y patrones que el hijo que achacaban a Quevedo. Mis hermanos eran tantos y tan idénticos a mí en color y forma, que hasta no separarme de sus filas y vivir solitario, como hoy vivo, no adquirí la conciencia de mi individualidad. Antes, en mi concepto, no era un todo ni una unidad distinta de las otras; me sucedía lo que a ciertos gallegos que usaban medias de un color igual y no podían ponerse en pie, cuando se acostaban juntos, porque no sabían cuáles eran sus piernas. Más tarde, ya instruido por los viajes, extrañé que no ocurriera un fenómeno semejante a los chinos, de quienes dice Guillermo Prieto con mucha gracia, que vienen al mundo por millares, como los alfileres, siendo tan difícil distinguir a un chino de otro chino, como un alfiler de otro alfiler. Por aquel tiempo no meditaba en tales sutilezas, y si ahora caigo en la cuenta de que debía haber sido en esos días tan panteísta como el judío Spinoza, es porque vine a manos de un letrado, cuyos trabajos me dejaban ociosos suficientes para esparcir mi alma en el estudio.

Ignoro si me pusieron algún nombre; aunque tengo entendido que la mayoría de mis congéneres no disfruta de este envidiable privilegio, reservado exclusivamente para los machos y las hembras racionales. Tampoco me bautizaron, ni había para qué dado el húmedo oficio a que me destinaban. Sólo supe que era uno de los novecientos mil quinientos veintitrés millones que habían salido a luz en aquel año. Por lo tanto, carecí desde niño de los solícitos cuidados de la familia. Uds., los que tienen padre y madre, hermanos, tíos, sobrinos y parientes, no pueden colegir cuánta amargura encierra este abandono lastimoso. Nada más los hijos de las mujeres malas pueden comprenderme. Suponed que os han hecho a pedacitos, agregando los brazos a los hombros y los menudos dientes a la encía; imaginad que cada uno de los miembros que componen vuestro cuerpo es obra de un artífice distinto, y tendréis una idea, vaga y remota, de los suplicios a que estuve condenado. Para colmo de males, nací sensible y blando de carácter. Es muy cierto que tengo el alma dura y que mis brazos son de acero bien templado; pero, en cambio, es de seda mi epidermis y tan delgada, tenue y transparente que puede verse el cielo a través de ella. Además, soy tan frágil como las mujeres. Si me abren bruscamente, rindo el alma.

A poco de nacido, en vez de atarme con pañales ricos, me redujeron a la más ínfima expresión para meterme dentro de una funda, en la que estaba tan estrecho y tan molesto como suelen estar los pasajeros en los vagones de Ramón Guzmán. Esa envoltura me daba cierto parecido con los muchachos elegantes y con las flautas; pero esta consideración no disminuía mis sufrimientos. Sólo Dios sabe lo que yo sufrí dentro del tubo, sacando nada más pies y cabeza entre congojas y opresiones indecibles. Los verdugos me condenaron a la sombra, encerrándome duramente en una caja con noventa y nueve hermanos míos. Nada volví a saber de mí, envuelto como estaba en la obscuridad más impenetrable, si no es que me llevaban y traían, ya en hombros, ya en carretas, ya en vagones, ya, por último, en barcos de vapor. Una tarde, por fin, miré la luz, en los almacenes de una gran casa de comercio. No podía quejarme. Mi nueva instalación era magnífica. Grandes salones, llenos de graderías y corredores, guardaban en vistosa muchedumbre un número incalculable de mercancías: tapetes de finísimo tejido, colgados de altos barandales; hules brillantes de distintos dibujos y

colores cubriendo una gran parte de los muros; grandes rollos de alfombras, en forma de pirámides y torres; y en vidrieras, aparadores y anaqueles, multitud de paraguas y sombrillas, preciosas cajas policromas, encerrando corbatas, guantes finos, medias de seda, cintas y pañuelos. Sólo para contar, enumerándolas, todas aquellas lindas chucherías, tendría yo que escribir grandes volúmenes. Los mismos dependientes ignoraban la extensión e importancia de los almacenes, y eso que, sin pararse a descansar, ya subían por las escaleras de caracol para bajar cargando gruesos fardos, ya desenrollaban sobre el enorme mostrador los hules, las alfombras y los paños o abrían las cajas de cartón henchidas de sedas, blondas, lino, cabritilla, juguetes de transparente porcelana y botes de cristal, guardadores de esencias y perfumes.

A mí me colocaron, con mucho miramiento y atención, en uno de los estantes más lujosos. La picara distinción de castas y de clases, que trae tan preocupados a los pobres, existe entre los paraguas y sombrillas. Hay paraguas de algodón y paraguas de seda, como hay hombres que se visten en los Sepulcros de Santo Domingo, y caballeros cuyo traje está cortado por la tijera diestra de Chauveau. En cuanto a las sombrillas, es todavía mayor la diferencia: hay feas y bonitas, ricas, pobres, de condición mediana, blancas, negras, de mil colores, de mil formas y tamaños. Yo desde luego conocí que había nacido en buena cuna y que la suerte me asignaba un puesto entre la aristocracia paraguil. Esta feliz observación lisonjeó grandemente mi amor propio. Tuve lástima de aquellos paraguas pobres y raquíticos, que irían, probablemente, a manos de algún cura, escribiente, tendero o pensionista. La suerte me reservaba otros halagos: el roce de la cabritilla, el contacto del raso, la vivienda en alcobas elegantes y en armarios de rosa, el bullicio de las reuniones elegantes y el esplendor de los espectáculos teatrales. Después pude advertir con desconsuelo que la lluvia cae de la misma suerte para todos; que los pobres cuidan con más esmero su paraguas, y que el destino de los muebles elegantes es vivir menos tiempo y peor tratados que los otros.

En aquel tiempo no filosofaba como ahora: me aturdí el ir y venir de los carruajes, la animación de compradores y empleados: pensé que era muy superior a los paraguas de algodón y a los paraguas blancos con forro verde; repasé con orgullo mis títulos de nobleza, y no preví, contento y satisfecho, los decaimientos inevitables de la suerte. Muchas veces me llevaron al mostrador y otras tantas me despreciaron. Esto prueba que no era yo el mejor ni el más lujoso. Por fin, un caballero, de buen porte, después de abrimme y de transparentarme con cuidado, se resignó a pagar seis pesos fuertes por mi graciosa y linda personita. Apenas salí del almacén, dieron principio mis suplicios y congojas. El caballero aquel tenía y tiene la costumbre de remolinear su bastón o su paraguas, con gran susto de los transeúntes distraídos. Yo comencé a sentir, a poco rato, los síntomas espantosos del mareo. Se me iba la cabeza, giraban a mis ojos los objetos, y Dios sabe cuál habría sido el fin del vértigo, si un fuerte golpe, recibido en la mitad del cráneo, no hubiera terminado mis congojas. El golpe fue recio; yo creí que los sesos se me deshacían; pero, con todo, preferí ese tormento momentáneo al suplicio interminable de la rueda. Sucedió lo que había de suceder; quedé con la cabeza desportillada, y no era ciertamente para menos el trastazo que di contra la esquina. Mi dueño, sin lamentar ese desperfecto, entró a la peluquería de Micoló. Allí estaban reunidos muchos jóvenes, amigos todos de mi atarantado propietario.

Me dejaron caer sobre un periódico, cuyo contenido pude tranquilamente recorrer. ¡La prensa! Yo me había formado una idea muy distinta de su influjo. El periódico, leído de un extremo a otro, en la peluquería de Micoló, me descorazonó completamente. Era inútil buscar noticias frescas, ni crímenes dramáticos y originales. Los periódicos, conforme al color político que tienen, alaban o censuran la conducta del

Gobierno; llenan sus columnas con recortes de publicaciones extranjeras, y andan a la greña por diferencias nimias o ridículas. En cuanto a noticias, poco hay que decir. La gacetilla se surte con los chismes de provincia o con las eternas deprecaciones al Ayuntamiento. Sabemos, por ejemplo, que ya no gruñen los cerdos frente a las casas consistoriales de Ciudad Victoria, que plantaron media docena de eucaliptus en el atrio de tal o cual parroquia; que pasó a mejor vida el hijo de un boticario en Piedras Negras; que faltan losas en las calles de San Luis y que empapelaron de nuevo la oficina telegráfica de Amecameca. Todo esto será muy digno de mención, pero no tiene mucha gracia que digamos. Las ocurrencias de la población tienen la misma insignificancia y monotonía. Los revisteros de teatros encomian *el garbo* y la elegancia de la Srita. Moriones; se registran las defunciones, que no andan, por cierto, muy escasas; se habla del hedor espantoso de los mingitorios, de los perros rabiosos, de los gendarmes que se duermen, y para fin y postre, se publica un boletín del Observatorio Meteorológico, anunciando lo que ya todos saben, que el calor es mucho y que ha llovido dentro y fuera de garitas. Mejor sería anunciar que va a llover, para que aquellos que carecen de barómetro sepan a qué atenerse y arreglen convenientemente sus asuntos.

Dicho está: la prensa no me entretiene ni me enseña. Para saber las novedades, hay que oír a los asiduos y elegantes concurrentes de la peluquería de Micoló. Yo abrí bien mis oídos, deseoso de la agradable comidilla del escándalo. Pero las novedades escasean grandemente, por lo visto. Un empresario desgraciado, a quien llaman, si bien recuerdo, Déffosse, ha puesto pies en polvorosa, faltando a sus compromisos con el público. Las tertulias semanarias del Sr. Martuscelli se han suspendido por el mal tiempo. Algunos miembros del Jockey Club se proponen traer en comandita caballos de carrera para la temporada de otoño, con lo cual demuestran que, siendo muy devotos del *sport*, andan poco sobrados de dinero o no quieren gastarlo en lances hípicas. Las calenturas perniciosas y las fiebres traen inquieta y desazonada a la población, exceptuando a los boticarios y a los médicos, cuya fortuna crece en épocas de exterminio y de epidemia. En los teatros nada ocurre que sea digno de contarse y una gran parte de la aristocracia emigra a las poblaciones comarcanas, más ricas en oxígeno y frescura.

No hay remedio. He caído en una ciudad que se fastidia y voy a aburrirme soberanamente. No hay remedio.

* * * *

A tal punto llegaba de mis reflexiones, cuando el dueño que me había deparado mi destino, ciñéndome la cintura con su mano, salió de la peluquería. No tardé mucho tiempo en recibir nuevos descabros, ni en sentir, por primera vez, la humedad de la lluvia. Los paraguas no vemos el cielo sino cubierto y obscurecido por las nubes. Para otros es el espectáculo hermosísimo del firmamento estrellado. Para nosotros, el terrible cuadro de las nubes que surcan los relámpagos. Poco a poco, una tristeza inmensa e infinita se fue apoderando de mí. Eché de menos la antigua monotonía de mi existencia; la calma de los baúles y anaqueles; el bullicio de la tienda y el abrigo caliente de mi funda. La lluvia penetraba mi epidermis helándome con su húmedo contacto. Fui a una visita; pero me dejaron en el patio, junto a un paraguas algo entrado en años y un par de chanclos sucios y caducos. ¡Cuántas noches he pasado después en ese sitio, oyendo cómo golpean los caballos, con sus duros cascos, las losas del pavimento y derramando lágrimas de pena, junto al caliente cuarto del portero! Es verdad que he asistido algunas ocasiones al teatro, beneficio de que no habría disfrutado en Europa; porque allí los paraguas y bastones, proscritos de las

reuniones elegantes, quedan siempre en el guardarropa o en la puerta. Pero ¿qué valen estas diversiones, comparadas con los tormentos que padezco? He oído una zarzuela cuyo título es: *Mantos y capas*; pero ni la zarzuela me enamora ni estoy de humor para narraros su argumento. Un paraguas que pertenece a un periodista y que concurre habitualmente al teatro desde que estuvo en México la Sontag, me ha dicho que no es nueva esta zarzuela y que tampoco son desconocidos los artistas. Para mí todo es igual, y sin embargo, soy el único que no escucha como quien oye llover, los versos de las zarzuelas españolas.

En el teatro he trabado amistades con otros individuos de mi raza, y entre ellos con un gran paraguas blanco, cuyo dueño, según parece, está en San Ángel. Muchas veces, arrinconado en el comedor de alguna casa, o tendido en el suelo y puesto en cruz, he hecho las siguientes reflexiones: –¡Ah! ¡Si yo fuera de algodón, humilde y pobre como aquellos paraguas que solía mirar con menosprecio! Por lo menos, no me tratarían con tanto desenfado, abriéndome y cerrándome sin piedad. Saldría poco: de la oficina a la casa y de la casa a la oficina. La solícita esposa de mi dueño me guardaría con mucho esmero y mucho mimo en la parte más honda del armario. Cuidarían de que el aire me orease, enjugando las gotas de la lluvia, antes de enrollarme, como hoy lo hacen torciendo impiamente mis varillas. No asistiría a teatros ni a tertulias; pero ¿de qué me sirve oír zarzuelas malas o quedarme a la puerta de las casas en unión de las botas y los chanclos? No, la felicidad no está en el oro. Yo valgo siete pesos; soy de seda; mi puño es elegante y bien labrado; pero a pesar de la opulencia que me cerca, sufro como los pobres y más que ellos. No, la felicidad no consiste en la riqueza: preguntadlo a esas damas cuyo lujo os maravilla, y que a solas, en el silencio del hogar, lloran el abandono del esposo. Los pobres cuidan más de sus paraguas y aman más a sus mujeres. ¡Si yo fuera paraguas de algodón!

¡O si, a lo menos, pudiera convertirme en un coqueto parasol de lino, como esos que distingo algunas veces cuando voy de parranda por los campos! Entonces vería el cielo siempre azul, en vez de hallarlo triste y entoldado por negras y apretadas nublazones. ¡Con qué ansia suspiro interiormente por la apacible vida de los campos! El parasol no mancha su vestido con el pegajoso lodo de las calles. El parasol recibe las caricias de la luz y aspira los perfumes de las flores. El parasol lleva una vida higiénica: no se moja, no va a los bailes, no trasnocha. Muy de mañana, sale por el campo bajo el calado toldo de, los árboles, entretenido en observar atentamente el caprichoso vuelo de los pájaros, la majestad altiva de los bueyes o el galope sonoro del caballo. El parasol no vive en esta atmósfera cargada de perniciosas, de bronquitis y de tifos. El parasol recorre alegremente el pintoresco lomerío de Tacubaya, los floridos jardines de Mixcoac o los agrestes vericuetos de San Ángel. En esos sitios veranea actualmente una gran parte de la aristocracia. Y el parasol con curre, blanco y limpio, a las alegres giras matinales; ve cómo travesea la blanca espuma en el colmado tarro de la leche, descansa con molicie sobre el césped y admira el panorama del Cabrío. Hoy en el campo las flores han perdido su dominio, cediéndolo dócilmente a la mujer. Las violetas murmuran enfadadas, recatándose tras el verde de las hojas, como se esconden las sultanas tras el velo; las rosas están rojas de coraje; los lirios viven pálidos de envidia, y el color amarillo de la bilis tiñe los pétalos de las margaritas. Nadie piensa en las flores y todos ven a las mujeres. Ved cómo salen, jugueteando, de las casas, desprovistas de encajes y de blondas. El rebozo, pegado a sus cuerpos como si todo fuera labios, las ciñe dibujando sus contornos y descendiendo airosamente por la espalda. Una sonrisa retozona abre sus labios, más escarlatas y jugosos que los mirtos. Van en bandadas, como las golondrinas, riendo del grave concejal que descansa tranquilamente en la botica, del cura que va leyendo su breviario, de los enamorados que las siguen y de los sustos y travesuras que proyectan. Bajan al

portalón del paradero; se sientan en los bancos, y allí aguardan la bulliciosa entrada de los trenes. Las casadas esperan a sus maridos; las solteras, a sus novios. Llega el vagón y bajan los pasajeros muy cargados de bolsas y de cajas y de líos.

Uno lleva el capote de hule que sacó en la mañana por miedo del chubasco respectivo; otro, los cucuruchos de golosinas para el niño; éste, los libros que han de leerse por las noches en las gratas veladas de familia; aquél una botella de vino para la esposa enferma, o un tablero de ajedrez.

Los enamorados que, despreciando sus quehaceres, han venido, asoman la cara por el ventanillo, buscando con los ojos otros ojos, negros o azules, grandes o pequeños, que correspondan con amor a sus miradas. Muchos, apenas llegan cuando vuelven, y por ver nada más breves instantes a la mujer habitadora de sus sueños, hacen tres horas largas de camino. En la discreta obscuridad de la estación, suelen cambiarse algunas cartas bien dobladas, algunas flores ya marchitas, algunas almas que se ligan para siempre. De improviso, la campanilla suena y el tren parte. Hasta mañana. Los amantes se esfuerzan en seguir con la mirada un vestido de muselina blanca que se borra, la estación que se aleja, el caserío que se desvanece poco a poco en el opaco fondo del crepúsculo. Un grupo de muchachas atrevidas, que, paseando, habían avanzado por la vía, se dispersa en tumulto alharaquiento para dejar el paso a los vagones.

Más allá corren otras, temerosas del pacífico toro que las mira con sus ojos muy grandes y serenos. El tren huye: los enamorados alimentan sus ilusiones y sus sueños con la lectura de una carta pequeñita; y el boletero, triste y aburrido, cuenta en la plataforma sus billetes. En la estación se quedan, cuchicheando, las amigas. Algunas, pensativas, trazan en la arena, con la vara elegante de sus sombrillas, un nombre o una cifra o una flor. Los casados que se aman vuelven al hogar, contándose el empleo de aquellas horas pasadas en la ciudad y en los negocios. Van muy juntos, del brazo; la mamá refiere las travesuras de los niños, sus agudezas y donaires, mientras ellos saborean las golosinas o corren tras la elástica pelota.

¡Cómo se envidian esos goces inefables! Cuando la noche cierre, acabe la velada, y llegue la hora del amor y del descanso, la mujer apoyará, cansada, su cabeza en el hombro que guarda siempre su perfume; los niños estarán dormidos en la cuna y las estrellas muy despiertas en el cielo.

* * * *

Parasol, parasol: tú puedes admirar esos cuadros idílicos y castos. Tú vives la honesta vida de los campos. Yo estoy lleno de lodo y derramando gruesas lágrimas en los rincones salitrosos de los patios. Sin embargo, también he conseguido cobijar aventuras amorosas. Una tarde, llevábame consigo un joven que es amigo de mi dueño. Comenzaba a llover y pasaban, apresurando el paso, cerca de nosotros, las costureras que salían de su obrador. Nada hay más voluptuoso ni sonoro que el martilleo de los tacones femeniles en el embanquetado de las calles. Parece que van diciendo: –¡Sigue! ¡Sigue! Sin embargo, el apuesto joven con quien iba no pensaba en seguir a las grisetitas, ni acometer empresas amorosas. Ya habrán adivinado Uds., al leer esto, que no estaba mi compañero enamorado. De repente, al volver una esquina, encontramos a una muchacha linda y pizpireta que corría temerosa del chubasco. Verla mi amigo y ofrecerme, todo fue uno. Rehuser un paraguas ofrecido con tanta cortesía hubiera sido falta imperdonable; pero dejar, expuesto a la intemperie, a tan galán y apuesto caballero, era también crueldad e ingratitud. La joven se decidió a aceptar el brazo de mi amigo. Un poeta lo ha dicho:

La humedad y el calor

Siempre son en la ardiente primavera

Cómplices del amor.

Yo miraba el rubor de la muchacha y la creciente turbación del compañero. Poco a poco su conversación se fue animando. Vivía lejos y era preciso que atravesáramos muchas calles para llegar hasta la puerta de su casa. La niña menudeaba sus pasos, muy aprisa, para acortar la caminata; y el amante, dejando descubierto su sombrero, procuraba abrirla y defenderla de la lluvia. Ésta iba arreciando por instantes. Parecía que en cada átomo del aire venía montada una gota de agua. Yo aseguro que la muchacha no quería apoyarse en el brazo de su compañero ni acortar la distancia que mediaba entre sus cuerpos. Pero ¿qué hacer en trance tan horrible? Primero apoyó la mano y luego la muñeca y luego el brazo; hasta que fueron caminando muy juntitos, como Pablo y Virginia en la montaña. Muchas veces el aire desalmado empujaba los rizos de la niña hasta la misma boca de su amante. Los dos temblaban como las hojas de los árboles. Hubo un instante en que, para evitar la inminente colisión de dos paraguas, ambos a un propio tiempo se inclinaron hasta tocar mejilla con mejilla. Ella iba encendida como grana; pero riendo, para espantar el miedo y la congoja. Una señora anciana, viéndolos pasar, dijo en voz alta al viejo que la cubría con su paraguas:

—¡Qué satisfechos van los casaditos!

Ella sintió que se escapaba de sus labios una sonrisa llena de rubor. ¡Casados! ¡Recién casados! ¿Por qué no? Y la amorosa confesión que había detenido en muchas ocasiones el respeto, la timidez o el mismo amor, salió, por fin, temblando y balbuciente, de los ardientes labios de mi amigo.

* * * *

Ya tú ves, parasol, si justamente me enorgullezco de mis buenas obras. Esas memorias, lisonjeras y risueñas, son las que me distraen en mi abandono. ¿Cuál será mi destino? Apenas llevo una semana de ejercicio y ya estoy viejo. Pronto pasaré al hospital con los inválidos, o caeré en manos de los criados, yendo enfermo y caduco a los mercados. Después de pavonearme por las calles, cubriendo gorritos de paja y sombreros de seda, voy a cubrir canastos de verdura. Ya verás si hay razón para que llore en los rincones salitrosos de los patios.

Alpiste para codornices, de Saki



Las perspectivas para nosotras las empresas más pequeñas no son buenas -dijo el señor Scarrick al artista y a su hermana, que alquilaban el piso encima de su tienda de comestibles en las afueras-. Las grandes empresas ofrecen todo tipo de atracciones a sus clientes, y no nos alcanza el dinero para hacer eso, ni aún a pequeña escala: salas de lectura, y cuartos de juguetes, y gramófonos, y Dios sabe qué más. La gente no quiere comprar media libra de azúcar a menos que puedan escuchar a Harry Lauder y ver la última lista de tantos del partido de críquet australiano escrita en una pizarra ante sus mismos ojos. Con las grandes existencias que tenemos para Navidad

deberíamos necesitar media docena de dependientes, pero mi sobrino Jimmy o yo podemos arreglárnoslas nosotros mismos, más o menos. Las existencias son muy buenas, ojalá pudiera venderlas dentro de pocas semanas, pero lo veo difícil a no ser que el ferrocarril hasta Londres se atascara durante dos semanas antes de Navidad. Pensaba en pedirle a la señorita Luffcombe que diera recitales por las tardes; tenía tanto éxito en el espectáculo en correos con su interpretación de «La Resolución de la Joven Beatrix».

-No puedo imaginar nada que tenga menos posibilidades de atraer a la gente a su tienda -dijo el artista, y se estremeció de sólo pensarlo-. Si yo intentara elegir entre ciruelas de Carlsbad y conserva de higos como un postre de invierno, me volvería loco al oír lo de La Joven Beatrix y cómo estaba decidida a ser una Ángel de la Luz o una Exploradora. No -prosiguió-. Las compradoras se mueren porque se les dé algo de regalo, pero a usted no le alcanza el dinero para causar buena impresión. ¿Por qué no atrae a un instinto diferente, uno que no solo las domine a ellas sino también a los hombres, o mejor dicho al género humano?

-¿Qué instinto es ese, señor? -dijo el tendero.

* * * * *

La señora Greyes y la señorita Fritten habían perdido el tren de las 2:18 hasta el centro, y como no había otro tren hasta las 3:12 pensaban que podrían comprar sus comestibles en la tienda del señor Scarrick. Estaban de acuerdo de que no sería sensacional, pero aún así irían de compras.

Durante unos minutos eran las únicas clientes en la tienda, pero mientras discutían los pros y los contras de dos marcas de pasta de anchoas, se asustaron por un pedido de seis granadas y un paquete de alpiste para codornices. Ninguno de los artículos tenía gran demanda en ese barrio. El cliente tenía un aspecto igualmente fuera de lo común; unos dieciséis años, de piel morena, con unos ojos grandes y oscuros, pelo espeso, negro y largo, podría haberse ganado la vida como modelo. En verdad, lo era. El cuenco de latón batido que llevaba para sus compras era decididamente la más asombrosa, extraña y exótica bolsa de la compra corriente de esa aburguesada civilización que sus compañeras de compras habían visto nunca. Arrojó una moneda de oro, aparentemente de algún lugar extranjero y exótico, y no parecía dispuesto a esperar el cambio de la compra.

-No pagamos el vino y los higos ayer -dijo-. Guarde el cambio para compras futuras.

-Un chico de aspecto muy raro... -dijo la señora Greyes de manera inquisidora, al salir el cliente.

-Un extranjero, según creo -dijo el señor Scarrick, cuya brusquedad no se parecía en nada a su usual actitud comunicativa.

-Deseo una libra y media del mejor café que tenga -dijo una voz autoritaria unos momentos después. El hablante era un hombre alto, de aspecto autoritario y bastante estafalario, notable entre otras razones por una barba poblada y negra, más al estilo de Asiria Antigua que al de las afueras londinenses de hoy en día.

-¿Ha estado aquí un chico moreno comprando granadas? -preguntó de repente, mientras se le pesaba el café.

Las dos damas casi se sobresaltan al oír al tendero contestar con descaro.

-Sí, tenemos unas pocas granadas -prosiguió- pero no han tenido mucha demanda.

-Mi criado irá a buscar el café como de costumbre -dijo el cliente, sacando una moneda de un maravilloso monedero.

Como si acabase de pasarle por la cabeza, lanzó la pregunta:

-¿Tiene usted, quizás, alpiste para codornices?

-No -dijo el tendero, sin titubear- no lo vendemos.

-¿Qué más va a negar? -preguntó la señora Greyes entre dientes. Lo que empeoró las cosas tanto era el hecho de que recientemente el señor Scarrick había presidido una lectura sobre Savonarola.

Levantándose el ancho cuello de borreguillo de su abrigo, el extraño salió majestuosamente de la tienda evocando, como lo describió la señorita Fritten más tarde, a un sátrapa prorrogando un Sanhedrim. No estaba del todo segura si dicha feliz tarea le habría correspondido a un sátrapa, pero el símil expresó fielmente lo que quería decir a un gran círculo de sus amigas.

-Olvidémonos del 3:12 -dijo la señora Greyes-. Vamos a discutir esto en casa de Laura Lipping. Ella nos recibe hoy.

Cuando el chico moreno entró en la tienda con su cuenco de latón ya había unas cuantas clientes, de quienes la mayoría parecía estar prolongando sus compras como si tuviesen muy poco que hacer con su tiempo. Una voz que se oyó por todas partes de la tienda, quizás porque todo el mundo estaba escuchando atentamente, pidió una libra de miel y un paquete de alpiste.

-Más alpiste -dijo la señorita Fritten-. O aquellas codornices tienen un apetito voraz, o no es alpiste en absoluto.

-Creo que es opio, y el hombre con barba es policía -dijo la señora Greyes con entusiasmo.

-No creo -dijo Laura Lipping-. Estoy segura de que tiene algo que ver con la corona portuguesa.

-Más probable será una intriga persa de la parte del antiguo Shah -dijo la señorita Fritten-. El hombre con barba apoya al partido del Gobierno. El alpiste es una contraseña, claro está. Persia y Palestina son casi vecinas, y se habla de codornices en al Antiguo Testamento, ya saben.

-Solamente en el contexto de los milagros -dijo su bien informada hermana menor-. Desde el principio, creo que se trata de una aventura de amor.

El mozo que había sido el centro de tanto interés y especulación estaba a punto de salir cuando Jimmy, el aprendiz y sobrino del señor Scarrick, lo detuvo; éste, desde su puesto detrás del mostrador de queso y jamón, veía muy bien la calle.

-Tenemos unas naranjas Jafas muy buenas -dijo de repente, indicando un rincón de la tienda donde se almenaban, detrás de una muralla de botes de galletas. Evidentemente esta frase quería decir más de lo que se expresaba a simple vista. El chico se lanzó a buscar las naranjas con tanto entusiasmo como un hurón que se había pasado el día cazando sin éxito y que ahora se había encontrado una familia de conejos en su madriguera. Casi al mismo tiempo el extraño con barba entró en la tienda con aire resuelto, y realizó un pedido de una libra de dátiles y una lata del mejor halva de Esmirna. Ni siquiera la más atrevida ama de casa del barrio había oído sobre halva, pero el señor Scarrick parecía poder sacar la mejor variedad de Esmirna sin titubear.

-¡Podríamos vivir en Las mil y una noches! -dijo la señorita Fritten excitadamente.

-¡Chitón! ¡Escuchen! -rogó la señora Greyes.

-El chico moreno de quien hablé ayer, ¿ha estado aquí hoy?

-Hay más personas de lo normal en la tienda hoy -dijo el señor Scarrick- pero no me puedo acordar del chico que usted describe.

La señora Greyes y la señorita Fritten miraron a sus amigas triunfalmente. Desde luego, era deplorable que alguien tratara la verdad como un producto que se había agotado temporal e imperdonablemente, pero estaban satisfechas con que sus palabras vívidas se confirmaran de primera mano.

-Nunca podré creer lo que dice acerca de la ausencia de colorante en la mermelada -susurró una tía de la señora Greyes trágicamente.

El extraño misterioso salió; Laura Lipping vio con claridad que una mueca de rabia perpleja se puso de manifiesto detrás de su bigote grueso y de su cuello de borreguillo levantado.

Al cabo de un intervalo prudente el buscador de naranjas salió de detrás de los botes de galletas, al parecer sin haber encontrado naranja alguna que cubriese sus necesidades. Éste, también, se fue, y poco a poco la tienda se fue vaciando de clientes cargadas de paquetes y chismorreos. Emily Yorling recibía a las demás ese día, y la mayoría de las compradoras fueron a su salón. El hecho de ir directamente desde una expedición a las tiendas hasta la merienda era lo que se llamaba por allí «el vivir en un torbellino».

Al día siguiente, se habían contratado dos dependientes más para la tarde, y vendían muchísimo; la tienda estaba abarrotada. La gente compraba y compraba y nunca parecía llegar al final de su lista. El señor Scarrick nunca había tenido tan poca

dificultad en convencer a sus clientes en embarcarse en nuevas experiencias con sus compras. Aún las mujeres cuyas compras no ascendían a mucho se entretenían como si tuvieran unos maridos brutales y borrachos esperándolas en casa. La tarde transcurrió sin que nada de particular sucediera, y hubo un murmullo marcado de agitación indómita al entrar en la tienda un mozo de ojos oscuros llevando un cuenco de latón. La agitación parecía haber contagiado al señor Scarrick; abandonando abruptamente a una mujer que hacía preguntas insinceras acerca de la vida del pato Bombay, le cerró el paso al recién llegado que estaba acercándose al mostrador, y le dijo -en medio de un silencio de muerte- que se había agotado el alpiste.

El chico vio a su alrededor con nerviosismo, y vacilante se giró para irse. Se le cerró el paso por segunda vez, esta vez por el sobrino que salió como una flecha desde su mostrador y dijo algo acerca de una mejor línea de naranjas. La vacilación del mozo desapareció, y prácticamente se escabulló rápidamente hasta la oscuridad del rincón de las naranjas. La mirada del público giró hacia la puerta con expectación, y el extraño alto con barba hizo una entrada realmente triunfal. La tía de la señora Greyes declaró después que se había encontrado citando «El asirio descendió como un lobo a buscar el redil» entre dientes, y generalmente la gente le creía.

El recién llegado fue parado también, pero no por el señor Scarrick ni por su ayudante. Una mujer cuya cara estaba cubierta por un velo grueso y de quien nadie se había fijado hasta entonces se levantó lánguidamente desde una silla y lo saludó con una voz clara y penetrante.

-¿Su Excelencia hace sus compras en persona? -dijo.

-Pido las cosas yo mismo -explicó-. Es difícil conseguir que mis criados me entiendan.

En un tono más bajo, pero todavía audible perfectamente, ella informó al pasar:

-Aquí tienen unas naranjas Jafas excelentes.

Luego, con una risa cristalina, salió a la calle.

El hombre miró a su alrededor con una mirada fulminante, y luego, clavando sus ojos instintivamente en la barrera de botes de galletas, exigió a voz en grito:

-¿Tiene usted, quizás, buenas naranjas Jafas?

Todo el mundo creía que el señor Scarrick iba a negarlo de inmediato. Sin embargo, antes de que pudiera contestar, el mozo se había fugado de su refugio. Sujetando delante de él el cuenco de latón, salió a la calle. Su cara fue descrita después de forma diversa: como una máscara de indiferencia estudiada, como teñida de palidez cadavérica, y como ardiente de desafío. Algunas dijeron que sus dientes castañeaban, otras que salió silbando el himno nacional persa. Sin embargo, estaba muy claro que este encuentro había afectado al hombre que parecía haberlo provocado. Si se hubiera encontrado en frente de un perro rabioso o de una serpiente de cascabel no podría haber tenido más terror. Su aire desenvuelto y de autoridad había desaparecido, en lugar de su paso imperioso se paseaba de un lado a otro temerosamente, como un animal buscando escapar y desaparecer. Hizo unos pedidos, de una manera aturrida y somera -siempre con los ojos clavados en la entrada de la tienda- y el tendero hizo alarde de escribirlos en su libro. De vez en cuando, se iba hasta la calle, miraba ansiosamente, y entraba de prisa para mantener la ficción de hacer compras. En una de estas salidas no volvió; había salido de prisa al anochecer, y ni él, ni el mozo

moreno, ni la dama del velo volvieron a verse entre las multitudes expectantes que seguían congregándose en la tienda del señor Scarrick en los días posteriores.

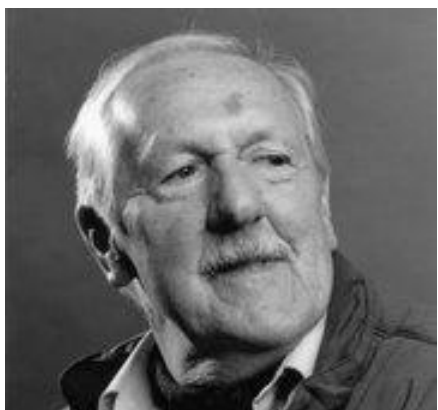
* * * * *

-Nunca puedo darles las gracias suficientemente a usted y a su hermana -dijo el tendero.

-Lo disfrutamos -dijo el artista modestamente- y en cuanto al modelo, fue un descanso bienvenido del hecho de posar hora tras hora para «El Hylas Perdido».

-De todos modos -dijo el tendero- insisto en pagar el alquiler del barbudo.

El hombre superior, de Brian W. Aldiss



Una visión que se desliza hacia las nubes que se mueven hacia el oeste y hasta los caminos que terminan con una valla de alambre espinoso. La vista de vallas electrificadas, puestos de rayos mortales situados en puntos estratégicos, guardias uniformados; algo familiar para cualquier habitante de aquel continente durante los últimos doscientos o trescientos años pasados. El sol que aparece entre barracones y nubes de polvo y grandes depósitos de basura tras de las cocinas de planta baja; guardias con rifles al brazo que protegen el entorno. Y moscas

que zumban sin miedo a los rifles.

La cosa principal viviente en aquel campo: el hombre. Muchos de ellos paseando y vagabundeando entre los edificios, hacía tiempo ya establecidos sin haber perdido su aire de semipermanentes. Los habitantes de aquel campo tenían una marca de identificación que les hacía sencillamente criaturas anónimas. Sobre su espalda una gran C pintada de amarillo.

C, significando cerebral y amarilla como un flan.

C, significando cerebral; un enjambre de cerebros contra el vivir monocromático de la existencia.

Un grupo de C, empujando una carreta o rehusando subir a ella y conversando irritadamente.

—Es absurdo, Megrip; la metadona hidroclórica puede ser un poderoso analgésico, pero su uso sería imposible en aquellas circunstancias porque podría constituir una toxicomanía.

—Nunca me gustó esa palabra de analgésico...

—Incluso postulando una toxicomanía, yo diría...

Más C, limpiando letrinas, cuatro de ellos vestidos de un deslucido gris, hablando como siempre hablan los C, porque les gusta y se divierten hablando y parloteando de cualquier cosa.

Sin olvidar nunca que aquello era una expresión de felicidad, siguiendo el dictado del jefe de procreación, Kleis: a pesar de la apariencia de gran sufrimiento de un C, interiormente es feliz en tanto se le permita hablar libremente; el debate reemplaza las urgentes necesidades vitales, tales como la acción, la bebida y la procreación. Aquellos C conversando alegremente y con vivacidad en los retretes...

—Ahora, de lo que estamos siendo testigos es de los efectos de cualquier invasión bárbara, usualmente, el declive de casi todos los principios y de las causas que conquistó la raza humana para caer en la desesperación y hacia los extremos del vicio. Ésta no es la primera vez que Europa tiene que sufrir el mismo fenómeno, bien lo sabe Dios.

—Eso habría sido bastante factible, Jeffers, si ciertamente hubiera existido esa invasión.

Éste se expresaba inteligentemente, pero como a través de un sueño helado.

—Lo inteligente ha sido vencido por lo estúpido; ¿no es eso. acaso, una invasión?

—Yo diría más aún, se trata de una traición a sí mismo...

Y se oyen las voces y sonidos ahogados al unísono de veinte retretes y otras tantas voces de chiflados. La situación es analizada bastante astutamente; se equivocan en creer que el análisis es suficiente y siguen barriendo y fregando, contentos, en el agua gris que les llega a los tobillos...

El sol llega caprichosamente de nuevo. Penetra en una habitación húmeda y sucia donde hay tres hombres. Dos se muestran ansiosos ante la llegada del comandante del campo.

Otro es indiferente al universo que le rodea porque tiene suprimida la mitad del cerebro. Le llaman Adam X. Puede permanecer en pie, sentarse, echarse, comer y defecar cuando se le recuerda que lo haga; no tiene hábitos. Uno de los otros hombres, Morgern Grabowicz, cree que Adam X es libre, mientras que el tercero. Jon Winther. le considera como a un muerto.

Adam permanece allí mientras que los otros dos discuten respecto a él. A veces se produce un ligero cambio en su rostro con suaves sonrisas, expresiones de tristeza o extremadas muecas diversas, todo ello llegando y marchándose gradualmente, como si la parte de cerebro que le queda en el cráneo explorase tímidamente el territorio que pertenece a la otra que ha desaparecido. Las sonrisas no tienen nada que ver con la situación corriente, ni tampoco su tristeza; ambas son manifestaciones completamente debidas a su sistema nervioso.

La inteligencia principal que se halla tras el complejo sistema de operaciones que Adam ha sufrido es Grabowicz, frío y listo, el viejo Grabowicz. Winther se halla implicado en cada estadio de todo ello, pero es un subordinado. A lo largo de meses de delirios sin cuento, Adam ha estado donde ellos no han podido seguirle. Ahora, Adam está de nuevo fuera de la cama y Roban Trabann, el comandante del campo, está preparado para tomar interés en su mutilada existencia.

Grabowicz y Winther desean conversar con Adam, pero la conversación no es aún posible por carecer las palabras de significado para este último. Jon Winther lleva a la espalda también la C. Debería haber sido un proletario más que un cerebral, porque tiene entusiasmo, cordialidad. La ha conservado porque a veces ve a su familia, sólidamente proletaria. El otro hombre, el más viejo, es Morgern Grabowicz, llevado hasta allí de Estiria: duro, frío, astuto, y que debería llevar dos C en la espalda. Él fabricó a Adam X.

Adam X fue una vez un joven C. nacido Adam Zatrofik, hasta que Grabowicz comenzó a realizar operaciones en su cerebro, destruyéndolo poco a poco, una circunvalación hoy, otra después, todo un nódulo posteriormente... haciendo con el todo un trabajo de talla, como si de un mueble se tratase, hasta fabricar a Adam X.

Grabowicz mira ahora lejano e introvertido, como cualquier C cuando se halla irritado, en lugar de mostrar sus verdaderas emociones. Winther le habla en voz baja, también irritado. Sus voces están conectadas al comandante del campo porque los

electricistas han instalado finalmente micrófonos de nuevo en el Bloque B. Hacía dos años que habían estado fuera de servicio, a despecho de la más alta prioridad en su atención. Hay demasiados aditamentos, chismes y artefactos en la desmañada máquina. Los dos C han observado trabajar a los electricistas, pero están indiferentes a cuanto puede ser oído.

Winther está hablando.

—Tú sabes por qué quiere vernos, Morgern. Trabann no es tonto. Va a pedirnos que hagamos más hombres como Adam X y no podemos hacerlo.

—Como bien dices, Jon, Trabann no es ningún tonto —replicó Grabowicz—. Y por tanto nos pedirá que hagamos más hombres como Adam X. Lo que se ha hecho una vez, puede volver a hacerse más veces.

—Pero nada le importa lo que pueda sucederle a cualquier C, ni a nadie en tal respecto. En tu corazón, tú sabes muy bien que lo que hemos hecho con Adam es cometer un asesinato y no podemos volver a cometerlo!

—En tu propensión a ese tono melodramático, amigo, descuidas un par de puntos de pura lógica. Primero: a mí me importa tanto como a Trabann qué es lo que va a ser el destino de cualquier individuo puesto que creo que la raza humana es algo inútil y superfluo; no viene a rellenar ningún propósito ni a cumplirlo. Segundo: puesto que Adam vive, no puede haber sido asesinado dentro del término legal de esa definición. Tercero: digo que, como hemos hecho antes, si Trabann nos da facilidades podemos repetir fácilmente nuestro trabajo, y esta vez mejorando el prototipo. Y en cuarto lugar...

—Morgern, te lo suplico ino continúes! No vuelvas a caer en algo tan horrible como lo que hemos hecho con Adam. He sido tu amigo sólo porque creo que dentro de ti hay alguien que sufre como cualquiera de nosotros... ¡Tira por el suelo esa estúpida y extraña actitud! No queremos colaborar más en esta horrible experiencia, aun siendo los elegidos de Trabann, y sabemos... tú sabes bien que Adam representa nuestro fracaso, no nuestro éxito.

Grabowicz paseó de un lado a otro de la habitación. Cuando replicó su voz sonó rápida e inmediata.

—Tú mismo deberías haber sido un "prole" —le dijo a su amigo con aquella voz fría, carente de emoción y aun sin muestras de irritación—. Has perdido el espíritu científico o al menos deberías saber que es demasiado pronto para utilizar palabras emotivas, tales como "éxito" o "fracaso", en los experimentos que hemos llevado a cabo aquí. Un científico no es moralmente responsable del resultado de su trabajo, en la misma medida que un ingeniero tampoco lo es, porque dos coches choquen sobre el puente que ha construido. Respecto a tu afirmación sobre la amistad existente entre nosotros, eso puede estar solamente basado en el respeto mutuo que nos profesamos y en tu caso...

—¡No sientes nada! —exclamó Winther—. ¡Estás tan muerto como Adam X!

Escuchando aquella discusión, el comandante Trabann se interesa por oír a un C usando una verdadera acusación que es la misma que el Partido Proletario utiliza contra todos los C. Desde que el mundo de los C está segregado en campos de concentración, el resto del mundo se gobierna mucho más suavemente, o si se prefiere, va dejándose gobernar con más suavidad, y la terrible carrera ratonil,

conocida tanto para los viejos comunistas como para los capitalistas en sus respectivos bloques como "progreso", ha dado paso a la verdadera grandeza democrática de la presente utopía estadística, donde no solamente todos los hombres, sino todas las inteligencias, son iguales.

Ahora es Grabowicz el que habla a Adam y le dice:

—¿Estás dispuesto a ir y encontrarte con el comandante, Adam?

—Estoy completamente dispuesto y espero la orden para hacerlo.

La voz de Adam es suave y ligera, casi femenina, pero con una ligera ronquera. Raramente mira a los hombres a quienes se dirige.

—¿Te encuentras bien esta mañana, Adam?

—Observará usted que me mantengo en pie. Es decir, acostumbrándome a mí mismo a encajarme en el entorpecimiento a que estoy sujeto. Por lo demás, no siento nada en mi cuerpo.

—¿Y no te duele la cabeza, Adam? —pregunta Winther.

—Por mi cabeza yo entiendo toda mi anatomía. No tengo ningún dolor de cabeza.

Winther se dirige a Grabowicz.

—¡Una ausencia de dolor de cabeza! ¡Lo dice como si pareciese una expresión de felicidad!

Ignorando a su ayudante, Grabowicz pregunta nuevamente a Adam:

—¿Has soñado algo la última noche. Adam?

—Tuve un sueño de unos cinco minutos de duración...

—Bien, continúa, hombre. Te dije antes y te tengo dicho el estar alerta para que del resultado de unas cuantas preguntas, pueda inferirse una cuestión principal.

—Recuerdo eso, Morgern —repuso Adam humildemente—, pero supuse que estábamos esperando la señal para dejar esta habitación e ir a la oficina del comandante. La respuesta a lo que yo juzgo implica su pregunta, es que he estado soñando con un banco.

—¡Ah, eso es interesante! ¿Ves. Jon? ¿Y cómo era ese banco?

—Tenía un soporte de acero a cada lado. Era perfectamente suave y sin ninguna marca ni señal. Creo que estaba sujeto a un suelo bruñido.

—Bien ¿y qué ocurrió?

—Lo soñé por cinco minutos.

—¿Y no te sentaste en el banco? —preguntó Winther.

—Yo no estaba presente en el sueño.

—Bien, pero ¿qué sucedió?

—No sucedió nada. Allí estaba el banco, sencillamente.

—¿Estás viendo. Jon? —dijo entonces Grabowicz—. ¡Incluso sus sueños son químicamente limpios! Hemos erradicado toda la vieja mugre del hipotálamo y de las zonas viscerales del cerebro. Dejando, pues, todo sentimiento de lado, podrás ver que nuestra próxima tarea a realizar es pedir a Trabann, y persuadirle, de que nos deje, digamos tres varones C y tres hembras. Todos sufrirán el mismo tratamiento que Adam y entonces les segregaremos, lo que requerirá desde luego mucha cooperación de Trabann y sus jefes, y dejarles que procreen y que tengan sus hijos libres de interferencias exteriores. El resultado será la aparición de una pandilla dominada por el intelecto puro.

—¡Pero serán incapaces de engendrar nada! —exclamó Winther con desagrado ante tal idea—. Al suprimir de Adam las vísceras cerebrales le desproveemos de su sistema nervioso autónomo. ¡No podrá hacer el amor, lo mismo que no podría volar!

En aquel momento, los guardias llegaron dando órdenes, soltando maldiciones y echando a los tres hombres fuera de su refugio conversacional para lanzarlos al mundo de la realidad.

Ruido de botas con clavos sobre el cemento parcheado. Sobre las distantes montañas, el sol brillaba declinando en su curso hacia la ciudad de Saint Praz, bajo el campo. El cielo aparecía casi totalmente azul. Adam X caminaba cuidadosamente entre ellos, mirando al suelo para mantener su equilibrio al dirigirse hacia la oficina.

Trabann hacía un buen comandante de campo. No solamente era espantosamente feo, tenía además ciertas pretensiones de "cerebral" y, por tanto, se sentía celoso en cierta forma de los dos mil C bajo sus órdenes, tratándoles de acuerdo con tal sentimiento.

Mientras que Grabowicz le estaba suministrando su informe, Trabann estaba sentado mirando a Adam X, con su enorme nariz de patata sobre las guías de su enorme bigote. Por supuesto, Trabann no podía llegar a ninguna decisión; todo debía pasar a sus superiores; pero hacía todo lo posible para parecer que las tomaba por su cuenta, estirándose dentro de sus pesadas ropas de uniforme de jefe de campo.

Mientras Winther aguardaba en pie, Grabowicz llevó todo el peso de la conversación, explicando toda clase de detalles respecto a sus complicadas intervenciones quirúrgicas, consultando de tanto en tanto sus notas. Trabann llegó a aburrirse, cesando de escucharle, puesto que todo aquello estaba grabado en un magnetófono por su secretaria. Se volvió más interesado cuando Grabowicz expuso la idea de crear más hombres y mujeres como Adam y tratar de mezclarlos para que procreasen entre ellos. Trabann entendía algo de la mezcla genética, o al menos un bosquejo de su mecánica científica.

Finalmente, Trabann examinó a Adam X, hablándole y haciéndole preguntas. Después apretó los labios y dijo a Grabowicz con lentitud:

—Lo que ha hecho usted, dicho con palabras corrientes y sencillas, es borrar de este hombre su subconsciente.

—Vamos, no me dé esa definición sin sentido tan anticuada de tipo freudiano. Quiero decir, señor, que la idea del subconsciente fue descartada ya hace un siglo. Cuando menos, lo ha sido en este Campo C.

Trabann consideró entonces que Grabowicz había merecido, una vez más, el ser sometido al tratamiento 835 o al 838 incluso. Despidió malhumoradamente a Grabowicz, que salió protestando, mientras que Jon Winther y Adam X fueron obligados a quedarse. Trabann consideró a Winther como un individuo útil para causar dificultades entre los C; tenía además características de proletario a despecho de sus hábitos típicamente cerebrales, como era el uso en su discurso de los tiempos pasado y pretérito de los verbos.

—Suponiendo que se mezclen entre sí esos niños puramente cerebrales, ¿serán cerebrales o proletarios? —preguntó el jefe a Winther.

—Ni una cosa ni otra —repuso Winther—. Serán una nueva raza, en el caso de que sean fértiles entre sí. Debo manifestar que tengo mis dudas al respecto.

—Pero si se mezclan —añadió Trabann—, ¿estarán de su parte?

—¿Quién puede decirlo? Está usted pensando cosas de aquí a veinte años fecha.

—Creo que está usted tratando de tenderme una trampa y ya sabe que semejante acción es considerada una traición. No es cosa de un prisionero el tender trampas a su comandante...

Winther se encogió de hombros.

—Usted sabe por qué soy un prisionero... porque las leyes son tan estúpidas que preferimos vulnerarlas que vivir bajo ellas, aunque eso suponga la prisión de por vida.

—Por semejantes palabras, distorsionando la realidad del mundo, sufrirá usted después una hora de D90. Está usted admitiendo libremente en mi cara que usted y los C irán a gobernar el mundo...

—¿Es preciso que vuelva eso otra vez?

Los guardias fueron avisados para administrar el D90 sobre la marcha a Winther. Antes de ser llevado afuera por la fuerza, Winther aseguró desafiante que los cerebrales eran más capaces de gobernar bien que los llamados "anti-intelectuales". Añadió, además, que los C soportaban mucho de cuanto estaban sufriendo por una especie de disciplina autoimpuesta, ya que estaban convencidos de que uno serviría para gobernar. Y así se enfrentó con la herejía peligrosa de los C, formulada primeramente en el capítulo 45 de la gran obra del gran maestro Keils. Y categóricamente afirmó además que el dominio yace a través de la servidumbre, como un "extremo terrorismo cerebral".

Cuando terminó el D90, Adam X recibió unas cuantas bofetadas en plena cara y los dos C fueron echados a patadas de la oficina para volver al campo.

* * *

Aquel día, Trabann trabajó largo y tendido sobre su informe. Oscuramente percibía una gran potencia desconocida. No comprendía qué es lo que Adam X podría hacer. Llegó a aburrirse con el esfuerzo de pensar en ello, sintiéndose infeliz porque sabía pensar, o al menos pensar en un propósito determinado, cosa incluida en la lista negra de las actividades del partido.

Pero dos noches después el comandante de Campo Trabann, se siente mucho más feliz. La milicia local le lleva un documento escrito por el C Jon Winther que dice a

Trababa cosas que él cree que a sus superiores le gustará conocer. Le refiere determinados aspectos de las actividades y capacidades de Adam. Lo pasó a un memorándum expresando su repulsa por las actitudes cerebrales expresadas en el manuscrito. Y aquí sigue el manuscrito de Winther, que comienza al empezar Winther a recobrase de la administración del D90 ya mencionado.

* * *

Se produjo un largo período en que me encontré entre la consciencia y la inconsciencia, sólo advertido de la parálisis de mi cuerpo. Inyectaron el extremo de una rápida bomba al vacío en una de mis arterias, extrayéndome toda la sangre del cuerpo, volviéndola a inyectar cuando me sentí en una completa pérdida de todo conocimiento. Lo que primeramente me llamó la atención fue el latido de mi corazón y el sonido de la jadeante respiración de Adam X muy cerca de mí.

Di la vuelta hasta colocarme boca abajo y le miré. Su nariz todavía le sangraba ligeramente, con sus facciones y ropas manchadas de sangre.

Cuando me vio mirarle, me dijo:

—No quiero vivir, Jon.

Yo no quiero odiarles, pero les odié al mirar a Adam: y odié a los de nuestra parte también, porque Adam podía considerarse como una colaboración entre ambos bandos.

—Límpiate la cara, Adam —le dije. Era incapaz incluso de pensar por sí mismo.

Permanecimos sumidos en el estupor de la indiferencia, hasta que un guardia llegó y nos dijo que era tiempo de largarse de allí. Temblando, me incorporé como pude y ayudé a Adam a incorporarse. Nos marchamos al exterior, sintiendo el cálido sol de la tarde darnos la bienvenida.

—El tiempo es tan corto y tan largo —dije.

Me sentía la cabeza ligera; pero incluso en aquella ocasión aquellas palabras sonaron a algo estúpido. Pero sintiendo la caricia del sol, sabía por mí mismo lo que es sentirse un organismo viviente dotado con una consciencia que no era a fin de cuentas más que un relámpago de eternidad, subjetivamente hablando.

Adam permanecía como una estatua de palo junto a mí y dijo sin cambiar de expresión:

—Tú ves la vida como el contraste entre la miseria y el placer, Jon, pero ésa no es la forma correcta en que debería interpretarse...

—Una regla bastante buena de enfocar la cuestión, tendría que haber pensado...

—Pensado y no pensado, es la única línea válida de comparación.

—Un poco a vista de pájaro, ¿verdad? Eso nos sitúa al mismo nivel de los proletarios.

—Exactamente.

—Mira. Adam —le dije súbitamente irritado—. déjame llevarte a mi casa. Me gustaría alejarte del ambiente que se respira en el campo y de esta fétida atmósfera. Mis hermanas pueden cuidarse de ti por unas horas. Conociendo a Trabann, creo que es una buena oportunidad para que la guardia nos deje atravesar la entrada.

—No me dejarán salir porque saben que soy un espécimen.

—Cuando Trabann no está seguro de lo que hacer le gusta un poco de acción.

Y cuando aprobó con un gesto de indiferencia, le tomé por un brazo y le conduje a las puertas de salida del campo. Siempre era toda una ordalía el dirigirse hacia aquellos guardias corpulentos, como perros guardianes, con su aire despectivo, tan anchos y desmesurados en sus uniformes y botas claveteadas y que permanecían como estatuas de granito con los rifles dispuestos al hombro. Sacamos y les mostramos nuestras tarjetas de identidad, que conservaron en su poder y se nos permitió pasar a través de la puerta corrediza entre las filas de vallas de alambre espinoso y hacia el mundo libre del exterior.

—Gozan con su exhibición de poder —dijo Adam—. Esas gentes tienen que expresar su desgracia utilizando cosas horribles como armas o uniformes mal confeccionados y con la totalidad de la concepción del campo, en general.

—Nosotros también somos desgraciados, pero no vemos que tales cosas sean necesarias.

—No, Jon, yo no soy desgraciado. Es que me siento vacío y no tengo deseos de vivir.

Y su conversación estuvo llena de tales conceptos, muy poco a propósito para charlar.

Seguimos andando por el camino a paso creciente, conforme se hacía más en declive entre los acantilados. Ante nosotros aparecieron las arruinadas espiras y techos de la ciudad. Yo sólo deseaba refugiarme en mi hogar, pero puesto que nunca encontré a Adam en tan comunicativa disposición de ánimo, sentí que tenía que tomar ventaja de la situación y descubrir qué podría hacer con ello.

—Esto no es el deseo de vivir, Adam —le dije—, es sólo la depresión postoperatoria. Cuando pase, te recobrarás de tus ánimos perdidos.

—Creo que no. No tengo ánimos. Morgern Grabowicz los ha arrancado de mi cerebro y de mi espíritu. Sólo puedo razonar, y sólo veo que no hay nada que valga la pena, sino la muerte.

—Yo la repudiaría con todo mi corazón. Por el contrario, mientras hay vida, la muerte se halla lejos. Incluso ahora, con todos mis miembros doloridos del castigo recibido, gozo con cada latido de mi corazón, con cada bocanada de aire que respiro, del efecto de la luz en esas casas, incluso del ruido de nuestras pisadas...

—Bien, Jon, creo que sólo respondes a los estímulos puramente vegetativos. —Y lo dijo con tal fuerza que a partir de entonces me mantuve callado.

La pequeña ciudad de Saint Praz se encuentra precisamente sobre el borde de un barranco, aunque el pequeño, pero brutal curso del río Quviv, que corta a la ciudad en dos partes, continúa arrastrando sus aguas violentas a lo largo de diez kilómetros por

los amplios viñedos que se pierden de vista. El puente que salva el curso del río Quviv marca el comienzo de Saint Praz; cerca de él se encuentra la iglesia, de cúpula verdosa, de Saint Praz y la Agonía Romántica, y cerca de la iglesia, se halla la calle donde vive lo que queda de mi familia. Al subir la cuesta empedrada de la calle vi a mi hermana Bynca asomada a la ventana superior, hablando a alguien que se hallaba debajo. Entramos en la casa y Bynca corrió a recibirnos con alegres signos de bienvenida.

—Querido Jon... ¡Tienes la cara tan estropeada! —gritó con lágrimas en los ojos cuando estuvo cerca de mí con los brazos abiertos—. ¡Han debido hacerte sufrir de nuevo en el Campo! Te esconderemos aquí y nunca más volverás allá...

—Entonces vendrán y le pegarán fuego a la casa y os perseguirían como perros, a ti y a la pobre Anr, y a papá...

—Quizás así, si tuviéramos que escondernos en las montañas, nos pudiéramos ir lejos de aquí, a un país feliz, donde pudiéramos tener vacas y papá y tú criar ganado, sembrar la tierra y pescar atún en el mar...

—Y comenzarías a adelgazar, Bynca.

—Bah, estás celoso porque soy una chica de buen tipo y tú eres un carrizo.

Cuando le presenté a Adam, desapareció una parte de su abierta sonrisa. Ella le dio la bienvenida, un tanto confundida, y comenzó a prepararnos sendos vasos de té cuando llegó papá. Mi padre era un anciano delgadito, encorvado y lleno de arrugas, y olía a su agradable tabaco criado por él mismo y, al igual que mis hermanas, llevaba en su persona la expresión del sencillo aire de las gentes del campo, esas gentes que aceptan, con protesta, pero sin malicia, los azares de la vida. Es el regalo que la vida les da para compensarles de su falta de un alto coeficiente de inteligencia.

—Hace ya mucho tiempo que te vimos la última vez, hijo —me dijo—. Pensé que vendrías antes de que llegara el invierno. Las cosas no han mejorado en Saint Praz, puedo asegurártelo. Ya sabes que se estropeó la estación de energía eléctrica en julio y todavía no la han arreglado. Geri me lo ha dicho. Nos vamos pronto a la cama, en estas noches tan frías, para ahorrar combustible. Y es imposible poder comprar ni una vela en estos días, ni por amor ni por dinero.

—Vamos, papá, eso no tiene sentido. Anr nos trajo dos la semana pasada del mercado de Novok.

—Tal vez, hija mía; pero Novok está demasiado lejos.

Cuando llegó mi hermana Anr, la familia estuvo de nuevo completa. Tan completa como podía estarlo en la Tierra, ya que mi madre había muerto hacía una docena de años; mi hermana mayor, Myrtyr, también había muerto en una revuelta cuando yo era casi un chiquillo, y mis dos hermanos echaron a andar un día valle abajo, muchos años atrás, sin que se haya vuelto a oír una palabra de su suerte. Hay también otra hermana, Sraj; pero desde que se casó ha discutido con mi padre sobre la cuestión de la dote en varias ocasiones y ambas partes se encuentran desde hace tiempo en términos muy poco familiares.

Adam se sentó entre nosotros, tomando a sorbos su vaso de té, mirando al vacío y como ausente, sin prestar la menor atención a nuestro parloteo familiar. Tras un rato,

mi padre sacó una vieja botella de aguardiente de ciruelas y nos puso en el café una buena dosis del licor casero.

—Desagradable costumbre —me dijo—; pero tal vez eso ponga un poco de vida en tu amigo, ¿eh, Jon? Usted es un hombre importante —dijo entonces el viejo dirigiéndose a Adam—. Importante y poderoso, según la idea que tengo de lo que es un cerebral, señor Adam; demasiado inteligente para molestarse con pobres gentes como nosotros.

—No se vuelva curioso respecto a mí, señor Winther —repuso Adam—. Yo soy diferente a los demás hombres.

—¿Eso es una bravata o una confesión? —preguntó Anr, y tanto ella como Bynca se pusieron a reír alegremente. Vi entonces a una vieja que al pasar por la calle, alumbrada por el sol, volvió la cabeza y nos sonrió al cruzar frente a la puerta. Mis mejillas se sonrojaron al sentir la hostilidad existente entre Adam y los demás.

—Adam ha sufrido una serie de dolorosas operaciones —dije, tratando de disculpar a ambas partes.

—No tendría usted oportunidad ninguna de recibir ayuda en un hospital cualquiera de Saint Praz, de ser un proletario —dijo mi padre.

Yo sabía que aquella advertencia de mi padre, era sólo el producto de la experiencia de su vida y una agudeza inteligente dentro de su mente sencilla, pero el cerebro de Adam no registraba sutileza alguna.

—Me he convertido en una nueva especie de hombre —afirmó de plano.

Vi cómo todos los rostros se volvían hacia Adam, un tanto perplejos y sin comprender muy bien las palabras de mi amigo. No hicieron preguntas. Cogido entre ambas partes, comprendí que no valdría la pena lanzarme a dar ninguna clase de explicación relativa a los cerebrales, ya que, como la mayor parte, sentía el mismo recíproco sentimiento de aversión hacia los proletarios. Ellos, a su vez, sospecharon que estaba tratando de lanzar una nueva fanfarronada, como otras muchas de las que solían oírse en Saint Praz.

—La maldición de la raza humana ha sido el tener sentimientos animales —dijo Adam de nuevo. Adam miraba fijamente a las vigas del techo, con su cara fría y sin expresión, un tanto ridícula de aspecto por su nariz enrojecida—. Hubo un tiempo —continuó—, hace dos o tres siglos, cuando parecía que el intelecto pudiese vencer al cuerpo y nuestras especies llegarían a ser algo de valor. Pero una procreación excesiva, mató semejante ilusión.

—¿Es usted... alguna especie de persona mejor que el resto de nosotros? —preguntó mi padre con cierta confusión.

—No, yo soy solamente una extravagante monstruosidad. No pertenezco a ninguna parte.

Un silencio total habría caído sobre la conversación, de no haber intervenido yo inmediatamente.

—Vamos, Adam, déjate de decir cosas así, eres muy bien venido a esta casa, de otra forma, no te hubiera traído.

—Bueno, y como de costumbre, estarán ustedes hambrientos, pobrecitos —dijo entonces mi hermana Bynca poniéndose en pie—. Esta noche daremos una pequeña fiesta. Anr, vete ahora mismo a ver si en casa de Herr Sudkinzin queda algo de la cerda que mató su hijo el lunes. Papá, si enciendes el fuego, estos dos pobres podrán darse un buen baño, que falta les hace. Creo que Jon huele bastante mal, como un marrano que haya estado revolcándose por el corral una semana entera.

—Creo que tienes razón, Bynca —le dije sonriendo—. Si eso es así me someto a esta cura casera tan agradable que quieres darme.

Con un gesto medio reverencial y medio despectivo, mi padre puso a un lado la hornilla eléctrica, inútil desde que la estación generadora había cesado de funcionar y en el centro del hogar dispuso una buena lumbre al viejo estilo. Mis hermanas comenzaron a moverse de un lado a otro. Yo me levanté de la mesa. Ellos me querían allí, pero ciertamente que parecía no existir ningún lugar apropiado para mi existencia. Mi único sitio estaba en el campo. Pensé, no con lástima hacia mí mismo, sino sinceramente, que allí estaba mi lugar, zarrapastroso, sí, pero donde tenía mis libros y mis cosas.

Por la sangre de Cristo, aquél era el lugar que mi especie había escogido casi hacía cien años. La gente corriente se había revuelto con frecuencia contra los ricos, pero los ricos no siempre se identificaban por su dinero, por lo que finalmente aquella ola de rabia y de odio se volvió contra los inteligentes. Se puede ser un intelectual, incluso viviendo entre la miseria y en las peores condiciones imaginables. Por esa razón, los intelectuales habían elegido el vivir en los campos de concentración, tras las vallas de alambre de púas, por su propia seguridad. Las cosas eran ahora mejor; porque éramos pocos y ellos infinitamente más, aunque la situación había vuelto a cambiar; la estancia allí había dejado de ser una cosa voluntaria, ya que habíamos perdido nuestro lugar en el mundo. Incluso habíamos perdido nuestra categoría en los campos. A través de aquella horrible oscuridad, peor que en la Edad Media, caída sobre Europa, nuestros monasterios cerebrales estaban gobernados sólo por la pistola y el látigo, y la flagelación de aquella nueva orden de monjes no era, como entonces, administrada por propia voluntad.

—Hay gente que viene a verte, hijo —dijo mi padre, escudriñando por los paneles de la ventana. Se dirigió en busca de su chaqueta sonriendo al mismo tiempo.

Ya no hubo tiempo de seguir pensando en nada. Al haber bajado Anr a la ciudad en busca del carnicero, avisó a todos sus amigos y los de la familia, avisándoles de que yo estaba en casa y que había llevado conmigo a un hombre extraño. Gradualmente fueron llegando todos aquellos amigos y curiosos, bebiendo a mi salud y haciendo que mi padre agotara sus pequeñas reservas de vino de la casa, mientras lanzaban miradas curiosas y perplejas sobre Adam, haciéndome muchas preguntas sobre lo que ocurría en el campo, tales como si era cierto que se había inventado un rayo especial para que mejoraran las cosechas y así sucesivamente.

Cuando me cansé de hablar con ellos, cosa que llegó pronto, comenzaron a charlar amigablemente unos con otros, cambiándose los chismorreos de Saint Praz y bebiendo vino. El carnicero vino con Anr y con su hijo, que traía a cuestas medio cerdo, desapareciendo en la cocina con mis hermanas para disponer la fiesta. El chicarrón, hijo del carnicero, procuró echarse también unos buenos tragos de vino al cuerpo. De vez en cuando, mis hermanas, con las mejillas sonrosadas, iban y venían a la habitación, repleta ya por entonces, con el humo de los fumadores y los rumores de las conversaciones, trayendo buenos trozos de carne con salsa que la gente se comía

con gusto, riendo y haciendo más ruido aún. Nos comimos la carne con trozos de pan. a lo que siguió una taza de café solo. Después, los visitantes quisieron quedarse para vernos a mí y a Adam darnos el baño, pero entre bromas y astucias, entre el viejo y Anr procuraron quitárselos de encima. Les oímos reír y charlar mientras se alejaban por la calle.

—Deberías venir con más frecuencia a casa, hijo mío —dijo mi padre al cerrar la puerta tras el último invitado.

—A mí también me gustaría, padre —le respondí— si los vecinos no se dejaran venir encima para comérselo todo, cada vez que venga.

—Hablas como un condenado cerebral —dijo—. ¡Siempre pensando en el mañana! No quiero ofenderte, hijo, pero creo que desaparecerá toda la alegría en el mundo, si vosotros tenéis que gobernarlo algún día... La vida ya es bastante mala de por sí... Quisiera que tu madre estuviera viva y presente aquí, esta noche, hijo. El buen vino me hace sentirme joven y jaranero otra vez.

El viejo permaneció por allí en la habitación, mientras que mis hermanas trajeron la vieja bañera donde la familia se daba sus infrecuentes baños desde el día —hacía algunos años atrás— en que el gran depósito de agua de las colinas se había destrozado por unos temblores de tierra y los grifos de la bañera, en el cuarto de aseo, sólo dejaban correr un hilo de agua rojiza y llena de barro.

—¿Dónde se ha metido tu frágil amigo Adam? —preguntó Anr.

Por primera vez me di cuenta de que Adam no estaba allí presente. Su presencia había escapado a mi atención desde hacía largo rato y apenas pude darme cuenta al anunciarlo mi hermana. Su ausencia parecía no haberse sentido. Cansado como estaba, subí la escalera al piso de arriba llamándole y después salí al patio. Adam había desaparecido.

—Eh, déjale... a lo mejor se ha ido a ver la gente por esas calles —dijo mi padre—. Déjale que se dé un paseo.

—No está en condiciones de errar solo por ahí. Tengo que salir a buscarlo.

—Iré contigo —dijo mi hermana Bynca, echándose por encima su viejo abrigo de pieles que había pertenecido a mi madre. Anr hizo resaltar que perdíamos nuestro tiempo en tonto, pero Bynca vio lo preocupado que yo estaba y se apresuró a salir tras de mí.

—¿Qué cosa de importancia tiene ese hombre? ¿Acaso es que no puede cuidarse de sí mismo, como cualquier otro joven de su edad?

Traté de responder, pero el frío me cortó la respiración y me callé. Ya en la calle, las estrellas brillaban sobre el helado cielo de las primeras horas de la noche; el planeta Júpiter brillaba intensamente sobre la silueta de las montañas, tras nosotros y bajo nuestros pies se deslizaban chirriando los guijarros de las maltrechas calles de Saint Praz. El frío me puso un nudo en el pecho, que apenas si pude sacármelo de allí, tosiendo repetidas veces. Finalmente respondí a mi hermana:

—Sí, es importante... tiene un cerebro operado. Podría ser el comienzo de una nueva especie de hombres de cerebro puro, que puede cambiar el destino del mundo... o tal vez una especie sin significado que proporcione al régimen una raza de

esclavos. Naturalmente, en uno u otro caso, se tiene interés en descubrir qué será el resultado.

—Me extraña que le dejen salir fuera, si es tan importante.

—Los conoces bien, Bynca. Nos tienen bien vigilados, hagamos lo que hagamos. Quieren saber cómo nos conducimos cuando estamos en libertad, especialmente a Adam. También yo estoy interesado en comprobarlo.

El ruido del río, discurriendo por su lecho pedregoso, nos fue acompañando calle abajo. Pensé que oía voces de alguien, aunque la calle estaba desierta en aquellos momentos. Al dar la vuelta por la iglesia, las voces se hicieron más audibles y claras y vimos un apretado número de personas de pie junto al puente.

Tal vez habría una docena, en su mayoría los invitados que habían estado en casa. Dos de ellos llevaban linternas manuales, una de ellas una espléndida linterna de pilas, cuyo dueño mantenía en alto. Aquel cono de luz proporcionaba a la escena un extraño entorno. Tan inesperada era la presencia de aquella gente allí reunida que, instintivamente, Bynca y yo nos detuvimos en seco en medio de la calle.

—¡Dulce Salvador! —exclamó Bynca.

Entonces vi la causa de su exclamación. De aquella pequeña muchedumbre, parte de la cual se volvió para mirarnos, sólo una persona aparecía indiferente a nuestra llegada. Aquella figura no parecía formar parte del resto. Aparecía con la espalda vuelta a medias a Bynca y a mí y con los brazos extendidos a nivel de los hombros para guardar el equilibrio, intentaba pasear por todo lo largo del estrecho parapeto que protegía el lado norte del puente.

Tan sorprendido me encontré a la vista de aquello, que tardé bastante en darme cuenta de que era Adam X el que pretendía hacer aquella locura, incluso a pesar de apreciar la C amarilla estampada en su espalda. El puente sobre el río Quviv se mantenía en pie desde hacía varios siglos, y no había sido reparado convenientemente desde la Monarquía Dual, hacía, cuando menos, dos siglos atrás. Los muros a la altura del pecho que protegían ambas partes del puente a uno y otro lado, estaban arruinados por la erosión, el desgaste y la acción de los elementos. Pero era preciso ser un golfillo muy atrevido, con los pies descalzos y a plena luz del día, para intentar semejante disparate, subiéndose a aquel parapeto y olvidarse del precipicio que caía a plomo sobre las rocas del fondo. Y entonces Adam, sujeto sin duda al mareo que podía llegarle de un momento a otro, lo estaba atravesando simplemente a la luz de una linterna.

Eché a correr en su dirección y le grité:

—¡Quién le ha puesto ahí! ¡Quítenlo pronto! ¡Ese hombre está enfermo!

Una mano se plantó en mitad de mi pecho. Me encaré entonces con el hijo del carnicero, Yari Sudkinzin. Le había visto antes, en casa, contribuyendo a consumir buena parte del vino de mi padre.

—¡Apártate, C del diablo! —me gritó—. Tu amigo está ahí precisamente para demostrar de lo que es capaz de hacer.

—Si lo habéis puesto en el parapeto, debíais bajarlo inmediatamente. Va a resbalarse a una muerte segura en cualquier instante...

—Insistió en hacerlo, amigo. Dijo que era capaz de ser como el mejor de nosotros. Será mejor que te sientes y lo veas, si sabes qué es lo que mejor te conviene.

Mientras hablaba así, las mujeres se agruparon a nuestro alrededor, diciéndole vivamente:

—Le dijimos que estaba loco, pero se empeñó en hacerlo y saltó ahí como un gamo...

Apartándome de entre la gente, me dirigí hacia Adam, cuidadosamente, de forma que no pudiera asustarle. Sus zapatos rotos raspeaban contra las piedras desgastadas a la altura de mi pecho. Se movía con lentitud, a pasos cortos, uno tras otro. Seguramente que sería hombre muerto de cruzar el pretil del puente, si es que lo cruzaba. Estaba llegando hasta la primera rotonda de las que existían para comodidad de los peatones. El contornear el pretil en aquellos espacios curvos hacían mucho más difícil su propósito y mucho más peligroso. Bajo nosotros, el Quviv rugía sin cesar con un ruido monótono y ensordecedor.

—Baja de ahí, Adam —le dije—. Soy Jon Winther. ¡Déjame que te ayude a bajar!

—Les mostraré a esa gente lo que un superhombre puede hacer.

—Adam... ya es hora de que te acuestes en una cama caliente, junto al fuego, en casa. Dame una mano.

Por toda respuesta, me dio un puntapié. Su zapato me golpeó bastante fuerte en plena mejilla. Perdió totalmente el equilibrio y cayó hasta echárseme encima. Le agarré por un pie, pero su cuerpo dio la vuelta. El trozo de pantalón que tenía fuertemente agarrado se rajó como una hoja de papel y me sentí arrastrado contra el parapeto, con los codos apoyados en aquella piedra gastada y rugosa que me comía la carne. Sentí el peso de su cuerpo tirar de mí por unos instantes y su cuerpo desapareció sobre el muro. ¡No se oyó el menor sonido!

Durante un momento de angustia pensé que yo iba también a ser arrastrado con él. El rugido del Quviv sobre las rocas sonaba horriblemente alto. Sin pensarlo, le solté... tal vez por miedo, tal vez a causa del dolor de mis brazos, o quizás por algún sentimiento oculto y profundo de destrucción que había emergido de lo más íntimo de mi ser en un segundo. Me solté de él y habría caído hacia una muerte segura de no haberle echado una mano, en el último instante, dos de los hombres allí presentes, que le cogieron en el preciso momento en que yo le soltaba.

Jadeando y soltando maldiciones, tiraron de Adam hacia arriba sobre el pretil del puente y le sentaron como a un saco de patatas sobre el banco del pretil. Tenía la nariz sangrando; por lo demás parecía que no hubiera sufrido ningún otro daño. Pero no dijo una palabra.

—¡Vaya, eso es todo lo que has hecho! —me chilló el hijo del carnicero—. Ha estado a punto de matarse, gracias a ti...

—Yo sacaría una moraleja menos confortante para ti —le dije—. ¿Por qué no te largas a tu casa?

Al final se fueron todos, dejándonos a Bynca y a mí volver con Adam y dos de los que le rescataron, que fueron ayudando a Adam calle arriba hacia mi casa. En la forma en que las noticias se extienden por nuestros pueblos, varias personas tenían ya luces

encendidas en las ventanas, escudriñando desde ellas y en las puertas para ver lo que estaba ocurriendo. A lo largo del camino oí a la milicia preguntar qué era lo que sucedía y esperé que fuera al hijo del carnicero. Nos dimos la mayor prisa que pudimos para regresar a mi casa.

Mi padre y Anr tuvieron que molestarse bastante al llegar. Yo tuve que acurrucarme junto al fuego de la chimenea, mientras que todos los detalles de lo sucedido fueron contestados por Bynca. Tras un buen rato, Adam, que se había lavado la cara en una palangana, llegó y se sentó junto a mí al fuego del hogar.

—Existe mucha menos irracionalidad allá en el campo —dijo—. Volvamos allá, Jon. Al menos comprendemos que nos pegan porque nos odian.

—Adam tienes que decirme —Grabowicz querrá saberlo— por qué se te ocurrió esa loca idea del puente. El aceptarlo como una estúpida travesura, es algo propio de un chiquillo, pero el mostrar semejante falta de temor, es inhumano. ¿Quién eres, cómo te analizas a ti mismo?

Adam produjo un extraño ruido semejante a una carcajada.

—Nadie puede comprenderme. Ni yo mismo puedo entenderlo, hasta que haya más como yo.

—No puedo ya trabajar más en esas operaciones cerebrales —le dije.

—Pero Grabowicz quiere, y puede. Has llegado demasiado tarde con esos escrúpulos, Jon; ya existe una nueva fuerza en el mundo...

Tras lo que había visto en el puente, sentí que podría muy bien tener razón. Pero ¿una nueva fuerza para el bien o para el mal? ¿De qué forma llegaría tal cambio? ¿Cómo sería aquello? Cerré los ojos y vi claramente la clase de mundo que Grabowicz y yo, con la forzada cooperación de los jefes proletarios, podríamos tener ya creada. Con más mujeres y hombres como Adam, con sus cerebros operados y sus vísceras trastornadas, surgirían criaturas totalmente desprovistas de emociones humanas, cuyas motivaciones ulteriores serían algo inescrutable para el resto del género humano, los que gobernasen nuestro mundo, les encontrarían útiles al principio, y para ellos habría un lugar. Siendo instrumentos de poder, serían astutamente utilizados en su propio beneficio. Era un proceso del que la Historia había sido frecuente testigo.

Di la vuelta y miré a Adam. Parecía ya hallarse dormido. Tal vez soñase con sueños estériles, sin incidentes, sin cuerpo, sin emociones. Desesperado, yo también intenté cerrar mi mente a ningún otro pensamiento. Mientras continuaba con los ojos cerrados, mi anciano padre, creyéndome dormido, se inclinó para besarme en la frente, antes de sentarse también junto al fuego para dormir al calor del hogar.

—Mañana tengo que volver al campo, padre... —murmuré.

* * *

Pero en la mañana —esta mañana— mi padre y mis hermanas me convencieron a fuerza de insistir para que me quedara hasta el mediodía y compartiésemos con ellos su frugal comida y marcharnos después a la caída de la tarde.

Ahora estoy sentado en la habitación de arriba, donde duermen Bynca y Anr, y donde me acaricia el primer sol que aparece por entre las montañas, intentando

escribir este relato. Siento que va a ocurrir algo espantoso y de que nos hallamos en uno de esos puntos cruciales de la historia de este mundo. Un registro secreto de esta situación puede ser útil para aquellos que vengan tras nosotros.

Adam está sentado en las escaleras, abajo, y silencioso. Es extraño que un hombre débil...

¡La milicia sube la escalera! Les oigo dar voces preguntando por Adam y por mí. Ni que decir tiene que ha debido llegar hasta ellos lo sucedido en la pasada noche. Mi querida Bynca les sale al encuentro, con sus fuertes brazos arremangados, dándome tiempo a escapar. Pero es preciso que vuelva con ellos, al campo. Tal vez si matara a Grabowicz...

Este manuscrito irá a quedarse escondido bajo las losas del suelo de la habitación de mi hermana, a lo que llamábamos en casa el "baúl de Bynca" cuando éramos chiquillos, hace ya tanto tiempo. Nunca lo encontrarán allí, o si lo encuentran será sobre su cuerpo muerto.

Los insomnes, de Beatriz Guido



Hilarión Torrecillas sabía que sólo podía mantener a sus seis hijos gracias a dos cualidades específicas (la naturaleza había sido generosa con él); el insomnio y su estatura. “No terminaba de nacerlo; con los zancos puestos nació”, decían las comadronas. Sus dos metros tres milímetros le permitieron las más excepcionales y bien remuneradas ocupaciones nocturnas: vendedor de la librería Fausto hasta la medianoche y portero del Tabarís en su época y ahora del hotel Sheraton, hasta la madrugada. Todo esto ayudado por ese bendito don de la naturaleza, repito. Dos horas de sueño, en

cualquier momento del día, le eran suficientes para devolverlo a la vigilia, nuevo y feliz por todas las bendiciones que el Señor había querido otorgarle.

Siempre vivió en pleno centro. No escuchó nunca los consejos de los abuelos sobre el inconveniente de criar cuatro varones y dos mujeres en pleno centro de la ciudad, sin sol ni aire, ni patios ni jardines, solamente playas de estacionamiento. “Que salgan a la calle, que se cuelguen por las ventanas y las cornisas; que patinen por las galerías sombrías del departamento, con débiles cenefas de metal; y, sobre todo, que aprendan a vivir de noche. Los hijos deben vivir la misma vida de los padres”, repetía, adelantándose a los sistemas más avanzados.

La mujer adoptó sus costumbres y para no ofenderlos, para no ser sorprendida en el sueño y no apenarlo, inventó bohardillas y leñeras donde, como un perro, se acurrucaba a descansar evitando así ser descubierta. No logró nunca disimular un interminable bostezo ni abrir del todo los ojos.

Existía, sí, entre ellos, una sola palabra prohibida: dormir. Sus hijos habían heredado la virtud –si así queremos llamarla– del padre. Al nacer sorprendían por la silenciosa y vacía mirada al infinito, sin que los párpados se entornaran jamás.

No, no importa. Dos o tres horas por día son suficientes para el hombre. “Mal acostumbrado está –repetía Torrecillas– con el rito banal de acostarse, desvestirse, levantarse”. ¿Acaso los animales no duermen de pie en cualquier momento? Sí, el desvelo es la única posibilidad de atisbar el alba. El insomnio, si así queremos llamarle, nos regala la noche y nos nubla el día. La luz arremete, hiere, nos muestra pustulancias y basurales. La noche, para los grandes. Y también para los niños Torrecillas.

Durante la noche cocinaban, limpiaban la casa, jugaban, reían, pasaban la aspiradora, enceraban los pisos y también, a veces, organizaban fiestas donde ellos eran los únicos invitados.

Hilarión Torrecillas llegaba del Sheraton a las cinco de la mañana o por muy temprano a las cuatro y media. Encontraba a sus hijos menores bebiendo anís y siempre lista la humeante cafetera italiana que su mujer colocaba en el centro de la mesa para que los chicos se sirvieran a gusto.

No sé si dije al principio de esta historia que los Torrecillas se habían mudado de la Avenida de Mayo a Corrientes frente al teatro, hoy Blanca Podestá. Pero no dije que

habían pasado de pensión en pensión, hasta que la fortuna les fue tan solidaria que se fueron muriendo los pensionista y Madame Luisa Vigné (vaya a saber qué prostíbulo la había arrojado a la dignidad de propietaria de pensión) antes de morir, le traspasa el contrato de alquiler a Torrecillas. Olvidé decir que ella pasó sus últimos años insomne también junto a ellos, agradecidos por la compañía en su “Bendita enfermedad”, según los médicos.

Además, todo esto antes del ‘55, cuando Perón congeló los alquileres. Quedaron así dueños de un departamento de seis habitaciones; sala, comedor y galería; ámbito y sombras propicios para los insomnios y el correr de la fantasía de los Torrecillas.

Pero la noche pertenece al reino de las cucarachas, las ratas, las hormigas, a veces los murciélagos en ciertos lugares del Barrio Norte; y qué decir de Corrientes al mil doscientos: verdaderas bandadas invaden claraboyas, bohardillas, torres y albergues. Los noctámbulos irremediamente deben alternar con ellos –no digo convivir, desde la existencia o el advenimiento del DDT- pero sí frecuentarlos. Es la ley de las sombras: son los predilectos de la noche.

Digamos que también la familia Torrecillas, y sobre todo los chicos, se acostumbraron a convivir o alternar con ellos como todos los empleados de Corrientes al mil doscientos: la florista del Edelweis, los mozos de La Emiliana y de las parrilladas y las pizzerías de la calle Paraná.

Ventajas tenían: leer los diarios a las tres de la mañana, los noticieros; saber antes que despertara nadie si había movimiento en el Comando en Jefe o en Campo de Mayo. No fueron testigos presenciales de la revolución del 6 de septiembre de 1930, pero sí de la del 17 de octubre de 1945, de la del 16 de septiembre de 1955 y de todos los entredichos gatunos que acarician el país.

“¡Vivan los insomnes!”, repetía el padre, que hacía exagerado honor a su nombre y le parecía creer día a día en felicidad y prosperidad, capitalizando aquello que los demás llamarían defecto, tal vez tara o vicio. Y estaba orgulloso de la educación de sus hijos. Los menores iban al turno de la tarde a la escuela Manuel Estrada, en la calle Reconquista, hasta que sin necesidad, en cuanto la edad se los permitió se pasaron a la nocturna de Sarmiento. Iban desde las ocho de la noche hasta las doce. Y no escucharon consejo de los maestros sobre la necesidad de apartarlos de los rezagados o los jóvenes que asistían a ese turno, sólo para poder trabajar durante el día. La noche se ha hecho para dormir, el día para trabajar y estudiar.

Los Torrecillas los miraban sorprendidos. Los mayores se llamaban María Constelación, Mario Venus, Mario Autillos, y la causa de sus nombre estelares es bien obvia e indudablemente conformaron el santoral con María o Mario. La chicas, las niñas se llamaban Ángeles, Pandora. Asistían la mitad del año a la escuela diurna y después las echaban porque se quedaban dormidas en los lugares y oportunidades más insólitos: los recreos, los baños, al izar la bandera, durante las visitas de la inspectora; no hablemos de los exámenes. La noticia de la expulsión era recibida con gran felicidad porque las devolvía a la noche más lúcidas y frescas. O tal vez lo aceptaban como algo lógico y fatal: los habitantes de la noche tienen sus reglas invariables y no se puede pretender que sean regidos por las leyes de los demás.

Constelación, la mayor de las chicas, crecía sin embargo con sabiduría y belleza. Mientras la madre, Isabel Torrecillas, practicaba el culto metodista –por el hecho que la iglesia Corrientes le quedaba cerca. Ella esperaba a su padre con chocolate caliente, entretenía a sus hermano y leía en el silencio de la noche mientras sus hermanos se

dedicaban a responder por la radio las llamadas de “Una voz en el camino”. Constelación y Othus dirigían a los demás. No había mucho que corregir para escribir la verdad, porque la noche los mantenía lúcidos, apacibles. Sus juegos eran bien específicos: cacerías de ratas, quema de cucarachas o escalar balcones y cornisas. Presentir intempestivos infartos o los partos en el alba. Y, ¿por qué no?, los coitos fortuitos. Porque ellos se habían especializado en el oficio de espías: el espión, el chivato, aquél que horada paredes, desvirga cerraduras, escala inodoros para vigilar por claraboyas y mamparas las letrinas vecinas: el hamacarse entre canefas de bronce hasta poder respirar entre contenidas risas las no placenteras defecaciones o las largas e infinitas evacuaciones de los viejos vecinos.

No sólo miraban las estrellas. Se asomaban a los techos vecinos de esa antigua casa de departamentos, con la inconciencia y la avidez de los niños por lo escatológico, donde el ángel se alimenta de excrementos.

Pero los Torrecillas debían pasar la noche, y la noche tiene sus leyes, sus gritos, sus aullidos y los ruidos adquieren el eco de las sepulturas.

Fue, o es, tal vez una noche de verano, y la historia la voy contando en pasado. Cuando relea esta historia de aquí a unos años y sea escritora me sorprenderá haber escrito mi primer cuento en pasado y tercera persona. Se asomaron por el montacarga, andamio de albañil en desuso, al patio de la luz del tercer piso. Ellos vivían en el cuarto piso. Descubrieron la luz del baño por un boquete de aire muy pequeño casi adivinado. No sólo servía de respiradero sino que era un agujero producido por la caída de una rejilla. Fue Autillos quién regresó del montacarga para anunciar a sus hermanos: “El que está cagando tiene los ojos y la boca vendados. Y es un pibe... bueno, un muchacho”. Y por pudor no contó que tenía calzoncillos desgarrados.

-¿Cómo, no es la vieja asquerosa de Cuevas?- interrogó Constelación.

-No, no, te digo que es un muchacho y tiene los ojos y la boca vendados-

Se turnaron Orión, Venus y Sagitario para comprobar lo que aseguraba su hermano. Y cada uno agregaba algo más: “que estaba herido”, “que sangraba una pierna, que tenía las manos atadas, que gemía, que vomitaba sangre”. No dudaron en guardar secreto y esa noche no los venció el sueño. Durante el día pretextaron a los mayores, por temor a ser vistos, que un gato había caído en el tragaluz y calcularon las necesidades del joven.

Esperaron la noche siguiente. Pero durante el día averiguaron: los viejos prestamistas, los Cuevas, habían alquilado el departamento desde hacía dos meses a unos desconocidos –contestaba la encargada-.

Constelación fue la primera, venciendo el pudor, en ofrecer denunciar su presencia.

-Estás loca- dijo su hermano-, se dará cuenta que lo hemos visto cagar.

-No importa- dijo ella- eso es natural. Lo olvidará. Lo tienen secuestrado.

-A lo mejor es un asesino y la policía alquila el departamento.

-Tal vez, pero yo le voy a demostrar que podemos ayudarlo.

-¿Y si nos descubren?

-No pueden hacerlo. Es un patio de luz con respiraderos y claraboyas. Y en el del muchacho cerraron la claraboya.

-A lo mejor sabe el secreto de dónde hay un tesoro.

-Eso, eso. No querrá decirlo y lo torturan todos los días.

-Mañana no despertamos temprano y vigilamos la hora que lo dejan en el baño.

Constelación aseguró que ella no descansaría hasta no saber quiénes eran los nuevos vecinos. Y, con la sabiduría de los espiones, hicieron sonar el timbre del departamento principal de la casa. Othus, el más pequeño, no se amedrentó ante la presencia del hombre desconocido y en camisa que le abrió la puerta.

-¿No vieron una perra salchicha que se nos ha perdido? Vivimos arriba.

Respuesta: cerraron la puerta sin contestación.

Pero Constelación, Conste, como la llamaban, decidió esa noche descubrir sus presencias. Y en el momento en que el muchacho fue introducido en el baño, antes de que sus manos buscaran los objetos donde ubicarse, Constelación, amparada por las sombras de la noche y sostenida por el montacarga de pintores abandonado, susurró:

-¿Qué le pasa... señor? No grite. Lo estamos espiando desde arriba... un agujero... perdónenos.

El muchacho hizo girar su cuerpo y sólo atinó a agradecer con la cabeza en señal afirmativa.

-Mañana volverán mis hermanos. Nos llamamos Torrecillas. Y nos acostamos muy tarde... yo me llamo Constelación.

El joven vendado agradecía impotente hacia donde venía la voz.

-No se preocupe. Vendremos de noche y también de día. No lo vamos a olvidar señor. Y ahora me voy para dejarlo tranquilo, señor.

Les sorprendió a Papá Torrecillas y también a la madre el desvelo de sus hijos. Pero no confundir "desvelo"; para ellos era no dormir por la mañana y primeras horas de la tarde.

El día era silencioso y por la noche, la madre, ocupada en sus quehaceres y somnolienta, no podía adivinar (además acostumbrada a los escalamientos y sonidos de insectos) los descendimientos de sus hijos por el tragaluz.

Othus, el pequeño, preguntó al joven:

-¿Por qué estás herido? ¿robaste? ¿si te salvamos lo vas a decir? ¿no robaste? ¿cómo hacemos para salvarte?- Y acarició su frente.

El joven se encaramaba en el inodoro para acariciar la voz. Pero fue Constelación quien se atrevió a desvendarlo, con una sola mano. (Apenas pasaba por el agujero) Sus ojos eran oscuros y el odio cedió a las sombras y a su voz de niña. La mordaza era demasiado... pero había muchos días y horas por delante.

El movimiento de la cabeza junto al agujero y la mano de Constelación formaban el único y ya comprensible lenguaje.

-¿Qué edad tiene?- preguntaban sus hermanos.

-Un poco más que yo. Y es muy bello.

-¿Estás loca? Si sos una mocosa, una chica. Es un hombre.

-No, un muchacho.

Y fue esa tarde de febrero que Othus recibió al acariciar la oreja del misterioso amigo un pequeño papel que tal vez por olvido no llevaba nada escrito. Hasta que Constelación comprendió que ellos eran los únicos dueños de su vida y que él sólo deseaba dejarles un mensaje.

La noche siguiente ella volvió a acariciar su frente y desató la venda de sus ojos. Y también pasó la mano por los cabellos mientras a él le corrían dos lágrimas. Pero no se atrevió a correr la mordaza.

Él, descalzo, introdujo su pie en los excrementos del inodoro y escribió en el suelo: 90-2027. Luego le rogó que lo vendara nuevamente y borró el número.

Cuando entraron a buscarlo, Constelación escuchó:

-Chanco de mierda, cagaste en el suelo.

A la mañana siguiente fueron a la telefónica de Corrientes y Maipú y cuidando de no llamar la atención por sus vestimentas diurnas, discó Othus 90-2027.

-¿Ese número es de la policía?- interroga Pandora.

-Estás loca. ¿No les viste la cara? Ellos son de la policía. Llamaremos exactamente donde dijo él...

-Hablará mi hermana, no cuelgue...

-Tienen secuestrado a un amigo en Corrientes 1277, 5º piso departamento D. pide que lo salven... ahora cortaremos. No lo olviden. Está herido.

Y regresaron a esperar. A las dos de la mañana se escuchó el primer tiro en el pasillo del ascensor. Pero los vecinos dormían. Además, en Corrientes a las dos de la mañana es habitual.

Los Torrecillas vieron escapar por el pasillos a seis hombres y también reconocieron al muchacho que intentó acariciarlos.

No espiaron otra vez por el agujero porque sabían que en la letrina había dos hombres maniatados ni tampoco los sorprendió que no salieran los conocidos y espectaculares titulares en los diarios de la tarde: "Operación comando libera a un terrorista". Lo importante era ahora vigilar la casa durante la noche y también durante el día. "Dormir es para los tontos –dijo Othus- ¡Nos divertimos tanto!".

Me olvidé de escribir mi nombre: Constelación María Torrecillas.

Él, de Hebe Uhart



Ese verano estaba por entrar a la facultad. El año anterior tenía los omóplatos sobresalientes como un ángel, obtenidos con una dieta de bife y tomate partido en dos (una vez me desmayé en la bañadera). Ahora tenía un ligero sobrepeso y controlaba todas las noches en una libretita la cantidad de calorías ingeridas: zanahoria, ochenta calorías; lechuga, cuarenta y cinco. Nabiza, leí en una revista, ochenta y cuatro. No quería ampliar mi dieta con nabizas, que debían ser una porquería como casi todo lo que llegaba a ochenta calorías. Mis pensamientos también habían cambiado: de indagar en unos libros que tenía si Jesucristo era hijo de Dios o un hombre cualquiera, pasé a un ensayo sobre verdades de fe y verdades de razón. El autor trataba de conciliarlas así: "Cuando se objeta el relato bíblico por la atribución de novecientos años a Noé, debemos tener en cuenta que se trata de la medición del tiempo para Dios... que es muy distinta de la nuestra". Me parecía que no había ninguna tabla de conversión posible del tiempo de Dios al nuestro y este hiato entre las verdades de la fe y las de la razón me producía el efecto de un remiendo. De todos modos, no estaba en ese momento dispuesta a seguir esas tesis hasta las últimas consecuencias; curioseaba. Pasado ese año en que sí me había preguntado de manera vital si Jesucristo era hijo de Dios o un hombre cualquiera, que coincidía con comer bife con tomate partido en dos, había vuelto a mi tesitura de los once años. A los once años, una amiga me había dicho: "El infierno está en esta vida". Yo había encontrado esa afirmación muy interesante; nunca la había oído. Me parecía posible pero improbable; la afirmación tenía para mí menos sentido en sí misma que en relación a cómo se me aparecía mi amiga después de haber pensado eso: era como una persona misteriosa que quién sabe por qué caminos extraños había llegado a decir "El infierno está en esta vida".

Pero a los diecisiete años bailaba sola y acompañada. Sola bailaba, con grandes movimientos y vueltas hasta quedar mareada: "Luna de miel de los monos". La luna de miel de los monos me parecía más fascinante que la de los humanos. También escuchaba a un cantante llamado Frankie Lane: yo sentía que la vida era una dulce perversidad y eso estaba solamente dispuesta a compartirlo con Frankie Lane: él cantaba para mí. Cuando escuchaba a Frankie Lane, que venía a ser todos los días, yo adquiría para mí misma un gran encanto: el de una muchacha desencantada de la vida. Ese desencanto era transitorio; si era sábado y había baile en el club o en una casa, yo me bañaba mucho más tarde; ponía mi vestido en una silla en el baño y no había que soportar la cena; comía cualquier cosa, de paso. En vez de cenar bailaba "Skokian"; era una música muy dinámica, era el aperitivo del baile y quedaba todo impregnado de Skokian, hasta el rengo que veía pasar por la calle todos los días a las ocho de la noche. ¿Por qué no? Ser rengo podía ser una cosa encantadora. En el baile me sacaba a bailar un obrerito precioso que me apoyaba. Me gustaba mucho bailar con él, pero en cuanto me iba lo olvidaba. Una vez bailé con Guillermo Echecopar, pelo como cepillo, hombros estrechos y cuerpo frágil; allí escuché por primera vez que la historia debía ser revisada. Su fragilidad me produjo desconcierto y ganas de pasarle la mano por el pelo cepillo, pero no podía conciliar el tema de la revisión de la historia

con los susodichos sentimientos; andaban separados como las verdades de la fe y las de la razón. Bailé toda la noche con él y no lo vi más porque era de Mendoza.

Sí, iba a entrar en Filosofía; cuando me preguntaban por qué, decía: "Por descarte". Me volvían a preguntar: "¿Por Descartes?". "Oh, no, por descarte de las otras carreras", decía yo con aparente cansancio y con cierto sentimiento de superioridad respecto de esa humanidad tan reiterativa. Eso mismo le había dicho a un visitante, Ernesto, que pretendía la amistad de mi hermano; cada vez que él venía, mi hermano se hacía negar. Como él no lo recibía, lo escuchaba yo. Era gordo y pesado; quería estudiar Filosofía aunque ya había empezado Medicina. Yo me copié de mi hermano y tampoco quería recibirlo, entonces lo escuchaba mi mamá; ella lo apreciaba mucho porque él había contado que en su casa enceraba los pisos. Parecía que se habría conformado si mi hermano o yo lo hubiéramos recibido, cualquiera de los dos y yo finalmente le daba un poco de charla porque mi mamá me había dicho: "¡Pero qué antipáticos y groseros! Un muchacho que vale oro...". Un día me dijo que había comprado todos los apuntes para el año entrante; me invitaba a estudiar a su casa, que quedaba en un pueblo cercano. Su casa era el doble de la mía, pero yo no alcanzaba a admirarla. Los padres no estaban y una tarde puso "Skokian" y acompañó el disco con unas onomatopeyas espantosas en inglés, unas onomatopeyas babosas y repugnantes; empecé en ese tiempo a elaborar la convicción de que se conoce mucho más íntimamente a las personas por las onomatopeyas o por el modo de estornudar que por las más variadas ideas que puedan sustentar. Cuando acabó el disco me dijo que en el piso de arriba había una pieza aislada; en la pieza una cama y que en la cama se había acostado con una novia que había tenido. Dijo que la cama crujía. Yo pensé que la cama crujiría con unos ruidos similares a las onomatopeyas con que acompañaba "Skokian" y cambié de conversación; al rato me fui y no quise volver más a esa casa para estudiar Filosofía. Ernesto seguía yendo a mi casa todas las semanas, lo recibía mi mamá y habían avanzado en sus conversaciones sobre la calidad y la aplicación de la cera.

El año anterior a mi ingreso a Filosofía había examinado mi cuerpo de frente, de perfil y la parte trasera, con un espejo. Estaba totalmente disconforme, no me gustaban mis pies ni mi tórax, que me parecían grandes, ni mi pelo ondulado; aunque era relativamente alta, quería ser más alta, rubia y de pelo lacio. Pero además me reprochaba a mí misma el ser tibia, tanto exterior como interiormente. Tal vez hubiese preferido ser de una fealdad de esas que asustan. Y como a los tibios el Espíritu Santo los vomita, me vestía de negro, para cubrir mi terrible fealdad interior y mi nada exterior. Me cubría para no ofender al prójimo; pero cuando bailaba con el obrerito y con Guillermo Echeopar, me ponía vestidos más lindos, me pintaba los labios y llegué a considerarme aceptable; sin embargo algo me faltaba. Ese año fui a una enorme fiesta; en el centro una rubia de cuerpo perfecto bailaba sin parar y tenía, a su alrededor, a los cuatro varones más interesantes de la fiesta. Había que reconocer que ella era mayor, tendría veintitrés años; pero no sólo era elegida por ser rubia y hermosa: era, graciosa, inteligente, coqueta, ensimismada y sonriente. Sus triunfos no la llevaban a cometer ningún exabrupto, como por ejemplo salir galopando por toda la pista de baile, algo que hubiera hecho yo de tener semejante éxito. Primero tuve una sensación dolorosa, "nunca iba a ser como ella", pero después cuando todo el mundo se sentó a mirarla para ver cómo bailaba, formé parte de todo el mundo y era como si yo bailara con esos muchachos. La otra chica que bailaba mucho no era linda y sin embargo tenía casi tanto éxito como la rubia: pero tenía *savoir faire* desde los nueve años. A los nueve años todas queríamos ir con Mirta y ser amiga de ella era una especie de consagración; ella era amiga de todas y de nadie; era amiga del grupo. Una vez me invitó a su casa para jugar; éramos muchas. La coherencia del grupo pareció

tan grande, tan compacta y perfecta, con códigos tan sofisticados y fuera de mi alcance, que no podía entender lo que decían; estaban discutiendo. A mí me producía mucha turbación intervenir o discutir; me fui con una paleta a jugar sola. De un pelotazo desparramé un poco de tierra de una maceta y ella, con tono duro, me dijo:

—Tenés que barrer.

Barrí sin decir nada y me fui llorando a mi casa, sin despedirme, para que no me vieran llorar; nunca más iba a volver a la casa de ella. Allá en casa de ella estaba el grupo, triunfante y glorioso y yo me había quedado sola y me había mandado barrer; nunca se lo iba a perdonar.

Pero ahora, a los diecisiete años, se había producido una especie de *statu quo* entre las dos; éramos grandes y yo había aprendido ya el arte de hablar de una cosa y pensar en otra y el de hablar sin decir nada que me importara. Cada vez que la veía y cambiábamos unas palabras, pensaba mientras: “¿Te acordás cuando me mandaste que barriera?”.

La encontré un día de septiembre; íbamos en bicicleta y me propuso dar una vuelta por las afueras del pueblo, donde los chalecitos se espaciaban, había troncos de árbol sueltos que parecían asientos naturales, aromos florecidos y cerca, el río. Cuando habíamos avanzado un poco, yo contenta porque ella me había dado bolilla y porque me mantenía muy bien en esa nueva tesitura adulta y ella contenta porque creía que no merecía otra cosa en la vida, me dijo:

—Vamos a saludar a un amigo que vive allá.

Nos detuvimos en un chalet más viejo que los otros, con los yuyos crecidos en el jardín delantero; parecía deshabitado, si sus dueños lo habitaban les daría lo mismo vivir ahí, en la intemperie o en la ciudad. Ella tocó timbre como una persona acostumbrada a ir a esa casa y salió, somnoliento, el hombre más hermoso que yo había visto en mi vida; era un hombre, no era un muchacho como los que bailaban conmigo; tendría veintisiete años. Tenía la barba un poco crecida, como de dos días; debía de ser alguien al que esas nimiedades como afeitarse, no le interesaban. Su cuerpo y su cabeza eran perfectos; los labios muy grandes y sensuales y la mirada burlona. Ella le dijo:

—¿Cómo te va? —iMirta lo trataba de vos, de igual a igual a ese muchacho tan grande!

Yo había quedado muda por el impacto de su presencia y él lo advirtió: se volvió más negligente, bostezaba, hablaba como alguien que recién se levanta de la cama. Mi fascinación aumentaba. Dijo:

—¿Quieren pasar?

—No, no, otro día —dijo Mirta como si estuviera acostumbrada a entrar en la casa de él y ahora no lo hacía porque asuntos más importantes la requerían. Yo estaba tan impactada por la presencia de él como por el hecho de que a ella no le produjera ningún impacto. Cuando nos fuimos (yo casi me caigo de la bicicleta pero por suerte Dios me ayudó) le dije a Mirta:

—¿Hace mucho que lo conocés?

—Sí, como dos años. Lo conocí en una fiesta.

Ella hacía como dos años que tenía el privilegio de tratar con un ser así; lo dijo como algo natural. Agregó:

—No vive acá todo el año, está de paso. Vive en Buenos Aires.

—Es claro —pensé—. No podría ser de otra manera, tendría una casa hirsuta cuando quería llevar la baba hirsuta; allí iría para esconderse, pero tendría otra casa espléndida en Buenos Aires en la que haría cosas espléndidas.

Mirta me dijo:

—Come mandarinas en la cama y tira las cáscaras en las sábanas.

Eso era el *súmmum* de lo que yo podía llegar a escuchar. Evidentemente era un ser totalmente libre, podía ser civilizado o salvaje según sus deseos...

—Es muy pata —dijo ella—. La vez pasada lo vi por el río con una rubia flaca, alta.

¿Cómo un príncipe podía ser pata? Era un misterio que no estaba dispuesta a preguntarle, no le dije nada. Oculté la impresión que él me produjo y la traduje en una superficial.

—Es muy lindo —dije.

Ella cambió de tema y llegamos al centro.

Desde entonces, no pude dejar de pensar en él: "Iba con una rubia, flaca, alta". Claro, con quién iba a ir, no iba a ir con una ovejita de pelo ondulado como yo. Él cambiaría de mujeres constantemente pero debería preferir a la rubia, flaca y alta porque formaban una pareja totalmente distinta de las demás. Las uñas de ella seguramente eran muy largas; era hermosa, un poco mayor que él y con esas uñas de bruja sacaría las cáscaras de mandarina de la cama, sin mencionar el tema; jamás un reproche. A veces a la noche, antes de dormirme, lo imaginaba solo. Veía su cara como si lo estuviese viendo en realidad, imaginaba que vivía conmigo en las siguientes condiciones: él me ponía en una especie de cucha de perro que tenía en el fondo de su casa y me tenía atada ahí todo el día. Él salía durante todo el día y cuando volvía, me desataba; me trataba de usted. Yo preparaba la cena y él me hablaba lo indispensable. Después empecé a imaginármelo también de día y al atardecer mis pasos se encaminaban solos hasta su barrio, no llegaba hasta su casa.

Cuando me acercaba a su casa y pegaba la vuelta era como si me hubiese salvado de algún peligro; miraba detenidamente los troncos caídos, las casitas, los bancos de piedra que estaban junto a las puertas, como si lo único que yo me hubiera propuesto fuera un agradable paseo. Una vez, en mis tantos paseos por ese barrio pasé por una cuadra paralela a la de su casa. Me fui con una bolsa para comprar fruta en una verdulería que había por ahí, para tener una coartada por si lo encontraba, aunque me repugnara ir por esos prados con una bolsa de compras. Al llegar a la altura de la casa de él, tenía la sensación de que estaba escondido en su casa; estaba segura de que no era un hombre que anduviera por el barrio; no era alguien a quien se le encontraba fácilmente por la calle; como corresponde a una persona importante, no daría vueltas sin ton ni son.

Un día dije: "Yo voy a pasar por la puerta de su casa". Me encaminé; iba diciendo "ojalá no esté"; yo sentía que estaba.

Estaba, estaba reparando su verja pero posiblemente fuera un producto de mi imaginación. Me sonrió como si me hubiese visto el día anterior y me dijo:

—¿Qué hacés por acá?

—Nada, pasaba por el barrio...

No sabía qué decir. Me dijo después: —¿Querés entrar?

—No, gracias —dije yo—. Tengo que irme.

Lo saludé y me fui. Cómo se le podía ocurrir tan naturalmente que yo entrara: a lo mejor entraba y me ataba a la cama o vaya a saber qué en esa casa que debía ser oscura por dentro. Cuando volvía para mi casa, pensé: "De buena me salvé, si entraba ahí, a lo mejor no salía nunca más".

Cuando llegué a mi casa estaba Ernesto conversando con mi mamá; le explicaba el pensamiento de Tales y el de Anaximandro, comparados. A mi mamá no le interesaba la Filosofía; le interesaba la Segunda Guerra Mundial. Nos dijo:

—¡Qué interesante! Los dejo.

Entonces me siguió explicando a mí, yo pensé que todas esas reflexiones de él estaban viciadas de nulidad y no estaba dispuesta a escucharlo ni a leerlo así escribiera una historia de la Filosofía que refutara todas las anteriores. Mientras Ernesto seguía hablándome, yo lo escuchaba avergonzada: si "él" llegara a saber que yo tenía semejante amigo, no me miraría nunca más; me despreciaría. Antes pensaba que Ernesto me aburría, en ese momento empecé a pensar que Ernesto me contaminaba; si lo escuchaba mucho me iba a contaminar pesadez y gordura.

—Muy interesante —le dije—. Me tengo que ir.

—Te acompaño —dijo.

—No, no, hasta otro día.

A partir de entonces empezó a venir día por medio; se había resignado definitivamente a que mi hermano no saliera, porque no salió nunca más y se ve que mi mamá, por más que lo apreciara, no sabía qué decirle. Ella seguía diciendo que Ernesto era una monada de muchacho, pero después de la conversación de Tales y Anaximandro, cada vez que tocaba el timbre, me decía: Está Ernesto.

Yo lo atendía desde la puerta; invariablemente le decía que tenía que salir, me miraba con cara traspapelada, de perro apaleado y se iba; a mí no me daba ninguna pena.

Yo entré a la facultad de Filosofía y empecé a conocer una serie de personas fascinantes. Cristina, por ejemplo, tenía veinte años y ya tenía una nena de seis años, una nena con lentes gruesos. Ella la presentaba así: "Mi hija. Es un poco menos estrábica que Sartre". También Ester; cuando le pedí que paráramos en un lugar a tomar un café, me dijo: "Yo acá no entro; acá tengo fantasmas". Primero me asusté puerilmente y después comprendí lo que era una imaginación retinada: claro, eran fantasmas privados. Y también Mario, que entablaba largas discusiones con sus amigos, debates que yo no entendía porque ellos eran más grandes y además hablaban en francés y en inglés; cuando alguien lo vencía en la argumentación, Mario hacía un gesto como quien se desarma y decía "Touché".

Me había olvidado de "él" por todas estas novedades. Un día de invierno yo iba a la estación para tomar el tren; en el andén estaba él y lo reconocí desde media cuadra antes. No estaba con la barba crecida; estaba con un hermoso sobretodo. La emoción de verlo era tan grande que tenía que concentrar todo mi esfuerzo para que no se notara, quería parecer indiferente. En la escalera de acceso al andén ensayé cómo iba a afrontar eso: decidí que lo mejor era hacer como que no veía y después desviar la vista, como por casualidad. Pero cuando emergía de la escalera, él me vio, me sonrió y yo me dirigí inmediatamente a donde estaba él.

—Hola —me dijo.

—Hola —dije.

Llegó el tren y preguntó:

—¿Nos sentamos acá?

—Sí —dije yo, que me daba lo mismo sentarme en el suelo o en el techo del tren.

Preguntó dónde nos sentaríamos con cierta vacilación, yo no entendía cómo un dios puede preguntar dónde debe sentarse; pero todo era tan extraterreno que me dije: "Voy a actuar como si todo fuera natural".

Yo había dicho "sí" con voz de grajo. Debía remediar eso, tendría que mostrarme desenvuelta y exigente. Él me vio con gordos libros y me preguntó:

—¿Qué has leído?

—Baudelaire —dije yo.

Baudelaire me pareció una lectura apropiada para contarle a él.

—¿Has leído a Hermann Hesse?

—Sí —dije yo. Tenía que remediar esa voz de grajo.

Dije:

—Leí también a Neruda y a Guillén. Pero no me gusta del todo Guillén.

—¿Por qué? —preguntó levemente irritado, como un maestro severo.

Yo leía los suplementos literarios de los diarios: "El Picasso de la primera época", "El primer Vallejo". Yo no podía distinguir "El primer Guillén" de cualquier otro, pero dije:

—Porque tiene muchas onomatopeyas.

Él se quedó callado y a mí me dio un ataque de desesperación. ¡Que Dios me ayudara en adelante para no hacer nada que no entre en mi plan de comportamiento! Él seguía sin hablar, miré por la ventanilla, pasaban unas cinco gitanas.

—¡Gitanas!... —dije con entusiasmo desmedido, como si el espectáculo me apasionara.

Él sonrió y seguía sin hablar. Entonces le pregunté: —¿Usted alguna vez soñó en tecnicolor?

—Oh, no tengo ese privilegio —dijo.

Lo dijo como si fuera un privilegio dudoso o poco interesante. Yo advertí la finura de la expresión: tal vez hubiera querido decir: "Eso no me importa", pero lo dijo de una manera elegante. Pensé: "No, no es un dios, es un caballero inglés". Aunque estaba impactada por la respuesta dije:

—Yo sí sueño en colores.

Le conté un sueño con grandes flores tropicales, se las describí.

Lo había soñado a él, pero eso no lo conté; se podría irritar conmigo por semejante abuso. Cuando terminé de contar el sueño, me dijo: Llegamos.

Estaba sonriente, se desperezaba en el asiento y me miraba, un poco divertido y otro poco, cansado.

—Sí —dije yo.

Era un caballero inglés.

A los tres días de este episodio, mi mamá me dijo:

—Alguien te mandó flores.

Eran rosas rojas, muy lindas, recién llegadas y envueltas en su papel. Yo no podía saber quién las había mandado; pensaba y pensaba. Mi mamá me dijo: ¿No las vas a poner en agua?

No las iba a poner hasta que no supiera quién las había mandado, a mí las flores no me gustaban mucho, más me hubieran gustado frutas o bombones... salvo que las hubiera mandado él. Sí, fui pensando cada vez con más convicción; me las debe haber mandado él, porque si a mí que no me gustaban las flores, éstas me gustaban tanto, se veían tan hermosas, tan presentes... Sí, las había mandado él. En todo el día no pensé en otra cosa, las miraba cada vez que entraba y salía de la casa. Las puse en agua y las regué cinco veces ese día para que fueran eternas. Al día siguiente cuando los pimpollos se abrieron y estaban en su esplendor, mi mamá me dijo:

—Vino Ernesto.

—...

—Él te mandó las rosas. Era previsible.

Dijo eso y se fue con el diario a dormir la siesta. —No puede ser —dije yo.

—Sí —me dijo desde la pieza.

¿Qué era previsible? La odié, como si su previsión formara parte de la estafa.

Es posible que mi mamá les cambiara el agua a esas rosas, porque no toleraba los desperdicios ni las tareas inacabadas; yo no las miré más, por mí, que ardieran todos los jardines y que esas rosas se achicharraran para siempre en el infierno.

Markheim, de Robert Louis Stevenson



-Sí -dijo el anticuario-, nuestras buenas oportunidades son de varias clases. Algunos clientes no saben lo que me traen, y en ese caso percibo un dividendo en razón de mis mayores conocimientos. Otros no son honrados -y aquí levantó la vela, de manera que su luz iluminó con más fuerza las facciones del visitante-, y en ese caso -continuó- recojo el beneficio debido a mi integridad.

Markheim acababa de entrar, procedente de las calles soleadas, y sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de brillos y oscuridades del interior de la tienda. Aquellas palabras mordaces y la proximidad de la llama le obligaron a cerrar los ojos y a torcer la

cabeza.

El anticuario rió entre dientes.

-Viene usted a verme el día de Navidad -continuó-, cuando sabe que estoy solo en mi casa, con los cierres echados y que tengo por norma no hacer negocios en esas circunstancias. Tendrá usted que pagar por ello; también tendría que pagar por el tiempo que pierda, puesto que yo debería estar cuadrando mis libros; y tendrá que pagar, además, por la extraña manera de comportarse que tiene usted hoy. Soy un modelo de discreción y no hago preguntas embarazosas; pero cuando un cliente no es capaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello.

El anticuario rió una vez más entre dientes; y luego, volviendo a su voz habitual para tratar de negocios, pero todavía con entonación irónica, continuó:

-¿Puede usted explicar, como de costumbre, de qué manera ha llegado a su poder el objeto en cuestión? ¿Procede también del gabinete de su tío? ¡Un coleccionista excepcional, desde luego!

Y el anticuario, un hombrecillo pequeño y de hombros caídos, se le quedó mirando, casi de puntillas, por encima de sus lentes de montura dorada, moviendo la cabeza con expresión de total incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra de infinita compasión en la que no faltaba una sombra de horror.

-Esta vez -dijo- está usted equivocado. No vengo a vender sino a comprar. Ya no dispongo de ningún objeto: del gabinete de mi tío sólo queda el revestimiento de las paredes; pero aunque estuviera intacto, mi buena fortuna en la Bolsa me empujaría más bien a ampliarlo. El motivo de mi visita es bien sencillo. Busco un regalo de Navidad para una dama -continuó, creciendo en elocuencia al enlazar con la justificación que traía preparada-; y tengo que presentar mis excusas por molestarle para una cosa de tan poca importancia. Pero ayer me descuidé y esta noche debo hacer entrega de mi pequeño obsequio; y, como sabe usted perfectamente, el matrimonio con una mujer rica es algo que no debe despreciarse.

A esto siguió una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar incrédulamente aquella afirmación. El tic-tac de muchos relojes entre los curiosos muebles de la tienda, y el rumor de los cabriolés en la cercana calle principal, llenaron el silencioso intervalo.

-De acuerdo, señor -dijo el anticuario-, como usted diga. Después de todo es usted un viejo cliente; y si, como dice, tiene la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no seré yo quien le ponga obstáculos. Aquí hay algo muy adecuado para una dama -continuó-; este espejo de mano, del siglo XV, garantizado; también procede de una buena colección, pero me reservo el nombre por discreción hacia mi cliente, que como usted, mi querido señor, era el sobrino y único heredero de un notable coleccionista.

El anticuario, mientras seguía hablando con voz fría y sarcástica, se detuvo para coger un objeto; y, mientras lo hacía, Markheim sufrió un sobresalto, una repentina crispación de muchas pasiones tumultuosas que se abrieron camino hasta su rostro. Pero su turbación desapareció tan rápidamente como se había producido, sin dejar otro rastro que un leve temblor en la mano que recibía el espejo.

-Un espejo -dijo con voz ronca; luego hizo una pausa y repitió la palabra con más claridad-. ¿Un espejo? ¿Para Navidad? Usted bromea.

-¿Y por qué no? -exclamó el anticuario-. ¿Por qué un espejo no?

Markheim lo contemplaba con una expresión indefinible.

-¿Y usted me pregunta por qué no? -dijo-. Basta con que mire aquí..., mírese en él... ¡Véase usted mismo! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! A mí tampoco me gusta... ni a ningún hombre.

El hombrecillo se había echado para atrás cuando Markheim le puso el espejo delante de manera tan repentina; pero al descubrir que no había ningún otro motivo de alarma, rió de nuevo entre dientes.

-La madre naturaleza no debe de haber sido muy liberal con su futura esposa, señor -dijo el anticuario.

-Le pido -replicó Markheim- un regalo de Navidad y me da usted esto: un maldito recordatorio de años, de pecados, de locuras... ¡una conciencia de mano! ¿Era ésa su intención? ¿Pensaba usted en algo concreto? Dígamelo. Será mejor que lo haga. Vamos, hableme de usted. Voy a arriesgarme a hacer la suposición de que en secreto es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario examinó detenidamente a su interlocutor. Resultaba muy extraño, porque Markheim no daba la impresión de estar riéndose; había en su rostro algo así como un ansioso chispazo de esperanza, pero ni el menor asomo de hilaridad.

-¿A qué se refiere? -preguntó el anticuario.

-¿No es caritativo? -replicó el otro sombríamente-. Sin caridad; impío; sin escrúpulos; no quiere a nadie y nadie le quiere; una mano para coger el dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Santo cielo, buen hombre! ¿Es eso todo?

-Voy a decirle lo que es en realidad -empezó el anticuario, con voz cortante, que acabó de nuevo con una risa entre dientes-. Ya veo que se trata de un matrimonio de amor, y que ha estado usted bebiendo a la salud de su dama.

-¡Ah! -exclamó Markheim, con extraña curiosidad-. ¿Ha estado usted enamorado? Hábleme de ello.

-Yo -exclamó el anticuario-, ¿enamorado? Nunca he tenido tiempo ni lo tengo ahora para oír todas estas tonterías. ¿Va usted a llevarse el espejo?

-¿Por qué tanta prisa? -replicó Markheim-. Es muy agradable estar aquí hablando; y la vida es tan breve y tan insegura que no quisiera apresurarme a agotar ningún placer; no, ni siquiera uno con tan poca entidad como éste. Es mejor agarrarse, agarrarse a lo poco que esté a nuestro alcance, como un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si se piensa en ello; un precipicio de una milla de altura; lo suficientemente alto para destruir, si caemos, hasta nuestra última traza de humanidad. Por eso es mejor que hablemos con calma. Hablemos de nosotros mismos: ¿por qué tenemos que llevar esta máscara? Hagámonos confidencias. ¡Quién sabe, hasta es posible que lleguemos a ser amigos !

-Sólo tengo una cosa que decirle -respondió el anticuario-. ¡Haga usted su compra o váyase de mi tienda!

-Es cierto, es cierto -dijo Markheim-. Ya está bien de bromas. Los negocios son los negocios. Enséñeme alguna otra cosa.

El anticuario se agachó de nuevo, esta vez para dejar el espejo en la estantería, y sus finos cabellos rubios le cubrieron los ojos mientras lo hacía. Markheim se acercó a él un poco más, con una mano en el bolsillo de su abrigo; se irguió, llenándose de aire los pulmones; al mismo tiempo muchas emociones diferentes aparecieron antes en su rostro: terror y decisión, fascinación y repulsión física; y mediante un extraño fruncimiento del labio superior, enseñó los dientes.

-Esto, quizá, resulte adecuado -hizo notar el anticuario; y mientras se incorporaba, Markheim saltó desde detrás sobre su víctima. La estrecha daga brilló un momento antes de caer. El anticuario forcejeó como una gallina, se dio un golpe en la sien con la repisa y luego se desplomó sobre el suelo como un rebaño de trapos.

El tiempo hablaba por un sinfín de voces apenas audibles en aquella tienda; había otras solemnes y lentas como correspondía a sus muchos años, y aun algunas parlanchinas y apresuradas. Todas marcaban los segundos en un intrincado coro de tic-tacs. Luego, el ruido de los pies de un muchacho, corriendo pesadamente sobre la acera, irrumpió entre el conjunto de voces, devolviendo a Markheim la conciencia de lo que tenía alrededor. Contempló la tienda lleno de pavor. La vela seguía sobre el mostrador, y su llama se agitaba solemnemente debido a una corriente de aire; y por aquel movimiento insignificante, la habitación entera se llenaba de silenciosa agitación, subiendo y bajando como las olas del mar; las sombras alargadas cabeceaban, las densas manchas de oscuridad se dilataban y contraían como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes sobre el agua. La puerta interior seguía entreabierta y escudriñaba el confuso montón de sombras con una larga rendija de luz semejante a un índice extendido.

De aquellas aterrizadas ondulaciones los ojos de Markheim se volvieron hacia el cuerpo de la víctima, que yacía encogido y desparramado al mismo tiempo; increíblemente pequeño y, cosa extraña, más mezquino aún que en vida. Con aquellas pobres ropas de avaro, en aquella desgarrada actitud, el anticuario yacía como si no fuera más que un montón de aserrín. Markheim había temido mirarlo y he aquí que no era nada. Y sin embargo mientras lo contemplaba, aquel montón de ropa vieja y aquel charco de sangre empezaron a expresarse con voces elocuentes. Allí tenía que quedarse; no había nadie que hiciera funcionar aquellas articulaciones o que pudiera dirigir el milagro de su locomoción: allí tenía que seguir hasta que lo encontraran. Y ¿cuando lo encontraran? Entonces, su carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Muerto o vivo aquello seguía siendo el enemigo. «El tiempo era el enemigo cuando faltaba la

inteligencia», pensó; y la primera palabra se quedó grabada en su mente. El tiempo, ahora que el crimen había sido cometido; el tiempo, que había terminado para la víctima, se había convertido en perentorio y trascendental para el asesino.

Aún seguía pensando en esto cuando, primero uno y luego otro, con los ritmos y las voces más variadas -una tan profunda como la campana de una catedral, otra esbozando con sus notas agudas el preludio de un vals-, los relojes empezaron a dar las tres.

El repentino desatarse de tantas lenguas en aquella cámara silenciosa le desconcertó. Empezó a ir de un lado para otro con la vela, acosado por sombras en movimiento, sobresaltado en lo más vivo por reflejos casuales. En muchos lujosos espejos, algunos de estilo inglés, otros de Venecia o Ámsterdam, vio su cara repetida una y otra vez, como si se tratara de un ejército de espías; sus mismos ojos detectaban su presencia; y el sonido de sus propios pasos, aunque anduviera con cuidado, turbaba la calma circundante. Y todavía, mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente le hacía notar con odiosa insistencia los mil defectos de su plan. Tendría que haber elegido una hora más tranquila; haber preparado una coartada; no debería haber usado un cuchillo, tendría que haber sido más cuidadoso y atar y amordazar sólo al anticuario en lugar de matarlo; o, mejor, ser aún más atrevido y matar también a la criada; tendría que haberlo hecho todo de manera distinta; intensos remordimientos, vanos y tediosos esfuerzos de la mente para cambiar lo incambiable, para planear lo que ya no servía de nada, para ser el arquitecto del pasado irrevocable. Mientras tanto, y detrás de toda esta actividad, terrores primitivos, como un escabullirse de ratas en un ático desierto, llenaban de agitación las más remotas cámaras de su cerebro; la mano del policía caería pesadamente sobre su hombro y sus nervios se estremecerían como un pez cogido en el anzuelo; o presenciaba, en desfile galopante, el arresto, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a los habitantes de la calle bastaba para que su imaginación los percibiera como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor del forcejeo no hubiera llegado a sus oídos, despertando su curiosidad; y ahora, en todas las casas vecinas, adivinaba a sus ocupantes inmóviles, al acecho de cualquier rumor: personas solitarias, condenadas a pasar la Navidad sin otra compañía que los recuerdos del pasado, y ahora forzadas a abandonar tan melancólica tarea; alegres grupos de familiares, repentinamente silenciosos alrededor de la mesa, la madre aún con un dedo levantado; personas de distintas categorías, edades y estados de ánimo, pero todos, dentro de su corazón, curioseando y prestando atención y tejiendo la soga que habría de ahorcarle. A veces le parecía que no era capaz de moverse con la suficiente suavidad; el tintineo de las altas copas de Bohemia parecía un redoblar de campanas; y, alarmado por la intensidad de los tic-tac, sentía la tentación de parar todos los relojes. Luego, con una rápida transformación de sus terrores, el mismo silencio de la tienda le parecía una fuente de peligro, algo capaz de sorprender y asustar a los que pasaran por la calle; y entonces andaba con más energía y se movía entre los objetos de la tienda imitando, jactanciosamente, los movimientos de un hombre ocupado, en el sosiego de su propia casa.

Pero estaba tan dividido entre sus diferentes miedos que, mientras una porción de su mente seguía alerta y haciendo planes, otra temblaba al borde de la locura. Una particular alucinación había conseguido tomar fuerte arraigo. El vecino escuchando con rostro lívido junto a la ventana, el viandante detenido en la acera por una horrible conjetura, podían sospechar pero no saber; a través de las paredes de ladrillo y de las ventanas cerradas sólo pasaban los sonidos. Pero allí, dentro de la casa, ¿estaba solo?

Sabía que sí; había visto salir a la criada en busca de su novio, humildemente engalanada y con un «voy a pasar el día fuera» escrito en cada lazo y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, por supuesto; y, sin embargo, en la casa vacía que se alzaba por encima de él, oía con toda claridad un leve ruido de pasos..., era consciente, inexplicablemente consciente de una presencia. Efectivamente; su imaginación era capaz de seguirla por cada habitación y cada rincón de la casa; a veces era una cosa sin rostro que tenía, sin embargo, ojos para ver; otras, una sombra de sí mismo; luego la presencia cambiaba, convirtiéndose en la imagen del anticuario muerto, revivificada por la astucia y el odio.

A veces, haciendo un gran esfuerzo, miraba hacia la puerta entreabierta que aún conservaba un extraño poder de repulsión. La casa era alta, la claraboya pequeña y cubierta de polvo, el día casi inexistente en razón de la niebla; y la luz que se filtraba hasta el piso bajo débil en extremo, capaz apenas de iluminar el umbral de la tienda. Y, sin embargo, en aquella franja de dudosa claridad, ¿no temblaba una sombra?

Repentinamente, desde la calle, un caballero muy jovial empezó a llamar con su bastón a la puerta de la tienda, acompañando los golpes con gritos y bromas en las que se hacían continuas referencias al anticuario llamándolo por su nombre de pila. Markheim, convertido en estatua de hielo, lanzó una mirada al muerto. Pero no había nada que temer: seguía tumbado, completamente inmóvil; había huido a un sitio donde ya no podía escuchar aquellos golpes y aquellos gritos; se había hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otro tiempo fuera capaz de atraer su atención en medio del fragor de la tormenta, se había convertido en un sonido vacío. Y en seguida el jovial caballero renunció a llamar y se alejó calle adelante.

Aquello era una clara insinuación de que convenía apresurar lo que faltaba por hacer; que convenía marcharse de aquel barrio acusador, sumergirse en el baño de las multitudes londinenses y alcanzar, al final del día, aquel puerto de salvación y de aparente inocencia que era su cama. Había aparecido un visitante: en cualquier momento podía aparecer otro y ser más obstinado. Haber cometido el crimen y no recoger los frutos sería un fracaso demasiado atroz. La preocupación de Markheim en aquel momento era el dinero, y como medio para llegar hasta él, las llaves.

Miró por encima del hombro hacia la puerta entreabierta, donde aún permanecía la sombra temblorosa; y sin conciencia de ninguna repugnancia mental pero con un peso en el estómago, Markheim se acercó al cuerpo de su víctima. Los rasgos humanos característicos habían desaparecido completamente. Era como un traje relleno a medias de aserrín, con las extremidades desparramadas y el tronco doblado; y sin embargo conseguía provocar su repulsión. A pesar de su pequeñez y de su falta de lustre. Markheim temía que recobrara realidad al tocarlo. Cogió el cuerpo por los hombros para ponerlo boca arriba. Resultaba extrañamente ligero y flexible y las extremidades, como si estuvieran rotas, se colocaban en las más extrañas posturas. El rostro había quedado desprovisto de toda expresión, pero estaba tan pálido como la cera, y con una mancha de sangre en la sien. Esta circunstancia resultó muy desagradable para Markheim. Le hizo volver al pasado de manera instantánea; a cierto día de feria en una aldea de pescadores, un día gris con una suave brisa; a una calle llena de gente, al sonido estridente de las trompetas, al redoblar de los tambores, y a la voz nasal de un cantante de baladas; y a un muchacho que iba y venía, sepultado bajo la multitud y dividido entre la curiosidad y el miedo, hasta que, alejándose de la zona más concurrida, se encontró con una caseta y un gran cartel con diferentes escenas, atrozmente dibujadas y peor coloreadas: Brownrigg y su aprendiz; los Mannig con su huésped asesinado; Weare en el momento de su muerte a manos de Thurtell; y

una veintena más de crímenes famosos. Lo veía con tanta claridad como si fuera un espejismo; Markheim era de nuevo aquel niño; miraba una vez más, con la misma sensación física de náusea, aquellas horribles pinturas, todavía estaba atontado por el redoblar de los tambores. Un compás de la música de aquel día le vino a la memoria; y ante aquello, por primera vez, se sintió acometido de escrúpulos, experimentó una sensación de mareo y una repentina debilidad en las articulaciones, y tuvo que hacer un esfuerzo para resistir y vencerlas.

Juzgó más prudente enfrentarse con aquellas consideraciones que huir de ellas; contemplar con toda fijeza el rostro muerto y obligar la mente a darse cuenta de la naturaleza e importancia de su crimen. Hacía tan poco tiempo que aquel rostro había expresado los más variados sentimientos que aquella boca había hablado, que aquel cuerpo se había encendido con energías encaminadas hacia una meta; y ahora, y por obra suya aquel pedazo de vida se había detenido, como el relojero, interponiendo un dedo, detiene el latir del reloj. Así razonaba en vano; no conseguía sentir más remordimientos; el mismo corazón que se había encogido ante las pintadas efigies del crimen, contemplaba indiferente su realidad. En el mejor de los casos, sentía un poco de piedad por uno que había poseído en vano todas esas facultades que pueden hacer del mundo un jardín encantado; uno que nunca había vivido y que ahora estaba ya muerto. Pero de contrición, nada; ni el más leve rastro.

Con esto, después de apartar de sí aquellas consideraciones, encontró las llaves y se dirigió hacia la puerta entreabierta. En el exterior llovía con fuerza; y el ruido del agua sobre el tejado había roto el silencio. Al igual que una cueva con goteras, las habitaciones de la casa estaban llenas de un eco incesante que llenaba los oídos y se mezclaba con el tic-tac de los relojes. Y, a medida que Markheim se acercaba a la puerta, le pareció oír, en respuesta a su cauteloso caminar, los pasos de otros pies que se retiraban escaleras arriba. La sombra todavía palpitaba en el umbral. Markheim hizo un esfuerzo supremo para dar confianza a sus músculos y abrió la puerta de par en par.

La débil y neblinosa luz del día iluminaba apenas el suelo desnudo, las escaleras, la brillante armadura colocada, alabarda en mano, en un extremo del descansillo, y los relieves en madera oscura y los cuadros que colgaban de los paneles amarillos del revestimiento. Era tan fuerte el golpear de la lluvia por toda la casa que, en los oídos de Markheim, empezó a diferenciarse en muchos sonidos diversos. Pasos y suspiros, el ruido de un regimiento marchando a lo lejos, el tintineo de monedas al contarlas, el chirriar de puertas cautelosamente entreabiertas, parecía mezclarse con el repiqueteo de las gotas sobre la cúpula y con el gorgoteo de los desagües. La sensación de que no estaba solo creció dentro de él hasta llevarlo al borde de la locura. Por todos lados se veía acechado y cercado por aquellas presencias. Las oía moverse en las habitaciones altas; oía levantarse en la tienda al anticuario; y cuando empezó, haciendo un gran esfuerzo, a subir las escaleras, sintió pasos que huían silenciosamente delante de él y otros que le seguían cautelosamente. Si estuviera sordo, pensó Markheim, ¡qué fácil le sería conservar la calma! Y en seguida, y escuchando con atención siempre renovada, se felicitó a sí mismo por aquel sentido infatigable que mantenía alerta a las avanzadillas y era un fiel centinela encargado de proteger su vida. Markheim giraba la cabeza continuamente, sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, exploraban por todas partes, y en todas partes se veían recompensados a medias con la cola de algún ser innominado que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron otras tantas agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres puertas como tres emboscadas, haciéndole estremecerse como si fueran bocas de cañón. Nunca más, pensó podría sentirse suficientemente protegido contra los observadores ojos de los hombres; anhelaba estar en su casa, rodeado de paredes, hundido entre las ropas de la cama, e invisible a todos menos a Dios. Y ante aquel pensamiento se sorprendió un poco, recordando historias de otros criminales y del miedo que, según contaban, sentían ante la idea de un vengador celestial. No sucedía así, al menos, con él. Markheim temía las leyes de la naturaleza, no fuera que en su indiferente e inmutable proceder, conservaran alguna prueba concluyente de su crimen. Temía diez veces más, con un terror supersticioso y abyecto, algún corte en la continuidad de la experiencia humana, alguna caprichosa ilegalidad de la naturaleza. El suyo era un juego de habilidad, que dependía de reglas, que calculaba las consecuencias a partir de una causa; y ¿qué pasaría si la naturaleza, de la misma manera que el tirano derrotado volcó el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su concatenación? Algo parecido le había sucedido a Napoleón (al menos eso decían los escritores) cuando el invierno cambió el momento de su aparición. Lo mismo podía sucederle a Markheim; las sólidas paredes podían volverse transparentes y revelar sus acciones como las colmenas de cristal revelan las de las abejas; las recias tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas, reteniéndolo en su poder; y existían accidentes perfectamente posibles capaces de destruirlo; así, por ejemplo, la casa podía derrumbarse y aprisionarlo junto al cuerpo de su víctima; o podía arder la casa vecina y verse rodeado de bomberos por todas partes. Estas cosas le inspiraban miedo; y, en cierta manera, a esas cosas se las podía considerar como la mano de Dios extendida contra el pecado. Pero en cuanto a Dios mismo, Markheim se sentía tranquilo; la acción cometida por él era sin duda excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era en ese tribunal y no entre los hombres, donde estaba seguro de alcanzar justicia.

Después de llegar sano y salvo a la sala y de cerrar la puerta tras de sí, Markheim se dio cuenta de que iba a disfrutar de un descanso después de tantos motivos de alarma. La habitación estaba completamente desmantelada, sin alfombra por añadidura, con muebles descabalados y cajas de embalaje esparcidos aquí y allá; había varios espejos de cuerpo entero, en los que podía verse desde diferentes ángulos, como un actor sobre un escenario; muchos cuadros, enmarcados o sin enmarcar, de espaldas contra la pared; un elegante aparador Sheraton, un armario de marquetería, y una gran cama antigua, con dosel. Las ventanas se abrían hasta el suelo, pero afortunadamente la parte inferior de los postigos estaba cerrada, y esto le ocultaba de los vecinos. Markheim procedió entonces a colocar una de las cajas de embalaje delante del armario y empezó a buscar entre las llaves. Era una tarea larga, porque había muchas, y molesta por añadidura; después de todo, podía no haber nada en el armario y el tiempo pasaba volando. Pero el ocuparse de una tarea tan concreta sirvió para que se serenara. Con el rabillo del ojo veía la puerta: de cuando en cuando miraba hacia ella directamente, de la misma manera que al comandante de una plaza sitiada le gusta comprobar por sí mismo el buen estado de sus defensas. Pero en realidad estaba tranquilo. El ruido de la lluvia que caía en la calle resultaba perfectamente normal y agradable. En seguida, al otro lado, alguien empezó a arrancar notas de un piano hasta formar la música de un himno, y las voces de muchos niños se le unieron para cantar la letra. ¡Qué majestuosa y tranquilizadora era la melodía! ¡Qué agradables las voces juveniles! Markheim las escuchó sonriendo, mientras revisaba las llaves; y su mente se llenó de imágenes e ideas en correspondencia con aquella música; niños camino de la iglesia mientras resonaba el órgano; niños en el campo, unos bañándose en el río otros vagabundeando por el prado o haciendo volar sus cometas por un cielo cubierto de nubes empujadas por el viento; y después, al cambiar

el ritmo de la música, otra vez en la iglesia, con la somnolencia de los domingos de verano, la voz aguda y un tanto afectada del párroco (que le hizo sonreír al recordarla), las tumbas del período jacobino, y el texto de los Diez Mandamientos grabado en el presbiterio con caracteres ya apenas visibles.

Y mientras estaba así sentado, distraído y ocupado al mismo tiempo, algo le sobresaltó, haciéndole ponerse en pie. Tuvo una sensación como de hielo, y luego un calor insoportable, le pareció que el corazón iba estallarle dentro del pecho y finalmente se quedó inmóvil, temblando de horror. Alguien subía la escalera con pasos lentos pero firmes; en seguida una mano se posó sobre el picaporte, la cerradura emitió un suave chasquido y la puerta se abrió.

El miedo tenía a Markheim atenazado. No sabía qué esperar: si al muerto redivivo, a los enviados oficiales de la justicia humana, o a algún testigo casual que, sin saberlo, estaba a punto de entregarlo a la horca. Pero cuando el rostro que apareció en la abertura recorrió la habitación con la vista, lo miró, hizo una inclinación de cabeza, sonrió como si reconociera en él a un amigo, retrocedió de nuevo y cerró la puerta tras de sí, Markheim fue incapaz de controlar su miedo y dejó escapar un grito ahogado. Al oírlo, el visitante volvió a entrar.

-¿Me llamaba? -preguntó con gesto cordial; y con esto, introdujo todo el cuerpo en la habitación y cerró de nuevo la puerta.

Markheim lo contempló con la mayor atención imaginable. Quizá su vista tropezaba con algún obstáculo, porque la silueta del recién llegado parecía modificarse y ondular como la de los ídolos de la tienda bajo la luz vacilante de la vela; a veces le parecía reconocerlo; a veces le daba la impresión de parecerse a él; y a cada momento, como un peso intolerable, crecía en su pecho la convicción de que aquel ser no procedía ni de la tierra ni de Dios.

Y sin embargo aquella criatura tenía un extraño aire de persona corriente mientras miraba a Markheim sin dejar de sonreír; y después, cuando añadió: «¿Está usted buscando el dinero, no es cierto?», lo hizo con un tono cortés que nada tenía de extraordinario.

Markheim no contestó.

-Debo advertirle -continuó el otro- que la criada se ha separado de su novio antes de lo habitual y que no tardará mucho en estar de vuelta. Si el señor Markheim fuera encontrado en esta casa, no necesito describirle las consecuencias.

-¿Me conoce usted? -exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

-Hace mucho que es usted uno de mis preferidos -dijo-; le he venido observando durante todo este tiempo y he deseado ayudarlo con frecuencia.

-¿Quién es usted? -exclamó Markheim-: ¿el Demonio?

-Lo que yo pueda ser -replicó el otro- no afecta para nada al servicio que me propongo prestarle.

-¡Sí que lo afecta! -exclamó Markheim-, ¡claro que sí! ¿Ser ayudado por usted? ¡No, nunca, no por usted! ¡Todavía no me conoce, gracias a Dios, todavía no!

-Le conozco -replicó el visitante, con tono severo o más bien firme-. Conozco hasta sus más íntimos pensamientos.

-¡Me conoce! -exclamó Markheim-. ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es más que una parodia y una calumnia contra mí mismo. He vivido para contradecir mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos son mejores que este disfraz que va creciendo y acaba asfixiándolos. La vida se los lleva a todos a rastras, como si un grupo de malhechores se hubiera apoderado de ellos y acallara sus gritos a la fuerza. Si no hubieran perdido el control..., si se les pudiera ver la cara, serían completamente diferentes, iresplandecerían como héroes y como santos! Yo soy peor que la mayoría; mi ser auténtico está más oculto; mis razones sólo las conocemos Dios y yo. Pero, si tuviera tiempo, podría mostrarme tal como soy.

-¿Ante mí? -preguntó el visitante.

-Sobre todo ante usted -replicó el asesino-. Le suponía inteligente. Pensaba, puesto que existe, que resultaría capaz de leer los corazones. Y, sin embargo, ise propone juzgarme por mis actos! Piense en ello; imis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; gigantes que me arrastran, cogido por las muñecas, desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted va a juzgarme por mis actos! ¿No es capaz de mirar en mi interior? ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No ve usted cómo la conciencia escribe dentro de mí con caracteres muy precisos, nunca borrados por sofismas caprichosos, pero sí frecuentemente desobedecidos? ¿No me reconoce usted como algo seguramente tan común como la misma humanidad: el pecador que no quiere serlo?

-Se expresa usted con mucho sentimiento -fue la respuesta-, pero todo eso no me concierne. Esas razones quedan fuera de mi competencia, y no me interesan en absoluto los apremios por los que se ha visto usted arrastrado; tan sólo que le han llevado en la dirección correcta. Pero el tiempo pasa; la criada se retrasa mirando las gentes que pasan y los dibujos de las carteleras, pero está cada vez más cerca; y recuerde, ies como si la horca misma caminara hacia usted por las calles en este día de Navidad! ¿No debería ayudarle, yo que lo sé todo? ¿No debería decirle dónde está el dinero?

-¿A qué precio? -preguntó Markheim.

-Le ofrezco este servicio como regalo de Navidad -contestó el otro.

Markheim no pudo evitar la triste sonrisa de quien alcanza una amarga victoria.

-No -dijo-; no quiero nada que venga de sus manos; si estuviera muriéndome de sed, y fuera su mano quien acercara una jarra a mis labios, tendría el valor de rechazarla. Puede que sea excesivamente crédulo, pero no haré nada que me ligue voluntariamente al mal.

-No tengo nada en contra de un arrepentimiento en el lecho de muerte -hizo notar el visitante.

-¡Porque no cree usted en su eficacia! -exclamó Markheim.

-No diría yo eso -respondió el otro-; en realidad miro estas cosas desde otra perspectiva, y cuando la vida llega a su fin, mi interés decae. El hombre en cuestión ha vivido sirviéndome, extendiendo el odio disfrazado de religión, o sembrando cizaña en los trigales, como hace usted, a lo largo de una vida caracterizada por la debilidad

frente a los deseos. Cuando el fin se acerca, sólo puede hacerme un servicio más: arrepentirse, morir sonriendo, aumentando así la confianza y la esperanza de los más tímidos entre mis seguidores. No soy un amo demasiado severo. Haga la prueba. Acepte mi ayuda. Disfrute de la vida como lo ha hecho hasta ahora; disfrute con mayor amplitud, ponga los codos sobre la mesa; y cuando empiece a anochecer y se cierren las cortinas, le digo, para su tranquilidad, que hasta le resultará fácil llegar a un acuerdo con su conciencia y hacer las paces con Dios. Regreso ahora mismo de estar junto al lecho de muerte de un hombre así, y la habitación estaba llena de personas sinceramente apesadumbradas escuchando sus últimas palabras: y cuando le he mirado a la cara, una cara que reaccionaba contra la compasión con la dureza del pedernal, he encontrado en ella una sonrisa de esperanza.

-Entonces, ¿me cree usted una criatura como ésas? -preguntó Markheim-. ¿Cree usted que no tengo aspiraciones más generosas que pecar y pecar y pecar, para, en el último instante, colarme de rondón en el cielo? Mi corazón se rebela ante semejante idea. ¿Es ésa toda la experiencia que tiene usted de la humanidad? ¿O es que, como me sorprende usted con las manos en la masa, se imagina tanta bajeza? ¿O es que el asesinato es un crimen tan impío que seca por completo la fuente misma del bien?

-El asesinato no constituye para mí una categoría especial -replicó el otro-. Todos los pecados son asesinatos, igual que toda vida es guerra. Veo a su raza como un grupo de marineros hambrientos sobre una balsa, arrebatando las últimas migajas de las manos más necesitadas y alimentándose cada uno de las vidas de los demás. Sigo los pecados más allá del momento de su realización; descubro en todos que la última consecuencia es la muerte; y desde mi punto de vista, la hermosa doncella que con tan encantadores modales contraría a su madre con motivo de un baile, no está menos cubierta de sangre humana que un asesino como usted. ¿He dicho que sigo los pecados? También me interesan las virtudes; apenas se diferencian de ellos en el espesor de un cabello: unos y otras son las guadañas que utiliza el ángel de la Muerte para recoger su cosecha. El mal, para el cual yo vivo, no consiste en la acción sino en el carácter. El hombre malvado me es caro; no así el acto malo, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos suficientemente lejos, en su descenso por la catarata de las edades, quizá se revelaran como más beneficiosos que los de las virtudes más excepcionales. Y si yo me ofrezco a facilitar su huída, ello no se debe a que haya usted asesinado a un anticuario, sino a que es usted Markheim.

-Voy a abrirle mi corazón -contestó Markheim-. Este crimen en el que usted me ha sorprendido es el último. En mi camino hacia él he aprendido muchas lecciones; el crimen mismo es una lección, una lección de gran importancia. Hasta ahora me he rebelado por las cosas que no tenía; era un esclavo amarrado a la pobreza, empujado y fustigado por ella. Existen virtudes robustas capaces de resistir esas tentaciones; no era ése mi caso: yo tenía sed de placeres. Pero hoy, mediante este crimen, obtengo riquezas y una advertencia; la posibilidad y la firme decisión de ser yo mismo. Paso a ser en todo una voluntad libre; empiezo a verme completamente cambiado; a considerar estas manos agentes del bien y este corazón, una fuente de paz. Algo vuelve a mí desde el pasado; algo que soñaba los domingos por la tarde con un fondo de música de órgano; o que planeaba cuando derramaba lágrimas sobre libros llenos de nobles ideas, cuando hablaba con mi madre, aún niño inocente. En eso estriba el sentido de mi vida; he andado errante unos cuantos años, pero ahora veo una vez más cuál es mi destino.

-Va usted a usar el dinero en la Bolsa, ¿no es cierto? -observó el visitante-; y, si no estoy equivocado, ¿no ha perdido usted allí anteriormente varios miles?

-Sí -dijo Markheim-; pero esta vez se trata de una jugada segura.

-También perderá esta vez -replicó, calmadamente, el visitante.

-¡Me guardaré la mitad! -exclamó Markheim.

-También la perderá -dijo el otro.

La frente de Markheim empezó a llenarse de gotas de sudor.

-Bien; si es así, ¿qué importancia tiene? -exclamó-. Digamos que lo pierdo todo, que me hundo otra vez en la pobreza, ¿será posible que una parte de mí, la peor, continúe hasta el final pisoteando a la mejor? El mal y el bien tienen fuerza dentro de mí, empujándome en las dos direcciones. No quiero sólo una cosa, las quiero todas. Se me ocurren grandes hazañas, renunciaciones, martirios; y aunque haya incurrido en un delito como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Siento piedad por los pobres; ¿quién conoce mejor que yo sus tribulaciones? Los compadezco y los ayudo; valoro el amor y me gusta reír alegremente; no hay nada bueno ni verdadero sobre la tierra que yo no ame con todo el corazón. Y ¿han de ser mis vicios quienes únicamente dirijan mi vida, mientras las virtudes carecen de todo efecto, como si fueran trastos viejos? No ha de ser así; también el bien es una fuente de actos.

Pero el visitante alzó un dedo.

-Durante los treinta y seis años que lleva usted vivo -dijo-, durante los cuales su fortuna ha cambiado muchas veces y también su estado de ánimo, le he visto caer cada vez más bajo. Hace quince años le hubiera asustado la idea del robo. Hace tres años la palabra asesinato le hubiera acobardado. ¿Existe aún algún crimen, alguna crueldad o bajeza ante la que todavía retroceda?... ¡Dentro de cinco años le sorprenderé haciéndolo! Su camino va siempre hacia abajo; tan sólo la muerte podrá detenerlo.

-Es verdad -dijo Markheim con voz ronca- que en cierta manera me he sometido al mal. Pero lo mismo les sucede a todos; los mismos santos, por el simple hecho de vivir, se hacen menos delicados, acomodándose a lo que les rodea.

-Voy a hacerle una pregunta muy simple -dijo el otro-, y de acuerdo con su respuesta le haré saber cuál es su horóscopo moral. Ha ido usted haciéndose más laxo en muchas cosas; posiblemente hace usted bien; y en cualquier caso, lo mismo les sucede a los demás hombres. Pero, aunque reconozca eso, ¿cree que en algún aspecto particular, por insignificante que sea, es usted más exigente en su conducta, o cree más bien que se ha dejado ir en todo?

-¿En algún aspecto particular? -repitió Markheim, sumido en angustiosa consideración-. No -añadió después, con desesperanza-, ¡en ninguno! Me he ido dejando arrastrar en todo.

-Entonces -dijo el visitante-, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará; el papel que representa usted en esta obra ha sido ya irrevocablemente escrito.

Markheim permaneció callado un buen rato, y de hecho fue el visitante quien rompió primero el silencio.

-Siendo ésa la situación -dijo-, ¿debo mostrarle el dinero?

-¿Y la gracia? -exclamó Markheim.

-¿No lo ha intentado ya? -replicó el otro-. Hace dos o tres años, ¿no le vi en una reunión evangelista, y no era su voz la que cantaba los himnos con más fuerza?

-Es cierto -dijo Markheim-; y veo con claridad en qué consiste mi deber. Le agradezco estas lecciones con toda mi alma; se me han abierto los ojos y me veo por fin a mí mismo tal como soy.

En aquel momento, la nota aguda de la campanilla de la puerta resonó por toda la casa; y el visitante, como si se tratara de una señal que había estado esperando, cambió inmediatamente de actitud.

-¡La criada! -exclamó-. Ha regresado, como ya le había advertido, y ahora tendrá usted que dar otro paso difícil. Su señor, debe usted decirle, está enfermo, debe usted hacerla entrar, con expresión tranquila pero más bien seria: nada de sonrisas, no exagere su papel, ¡y yo le prometo que tendrá éxito! Una vez que la muchacha esté dentro, con la puerta cerrada la misma destreza que le ha permitido librarse del anticuario, le servirá para eliminar este último obstáculo en su camino. A partir de ese momento tendrá usted toda la tarde, la noche entera, si fuera necesario, para apoderarse de los tesoros de la casa y ponerse después a salvo. Se trata de algo que le beneficia aunque se presente con la máscara del peligro. ¡Levántese! -exclamó-; ¡levántese, amigo mío!; su vida está oscilando en la balanza: ¡levántese y actúe!

Markheim miró fijamente a su consejero.

-Si estoy condenado a hacer el mal -dijo-, todavía tengo una salida hacia la libertad..., puedo dejar de obrar. Si mi vida es una cosa nociva, puedo sacrificarla. Aunque me halle, como usted bien dice, a merced de la más pequeña tentación, todavía puedo, con un gesto decidido, ponerme fuera del alcance de todas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; quizá sea así, de acuerdo. Pero todavía me queda el odio al mal; y de él, para decepción suya, verá cómo soy capaz de sacar energía y valor.

Los rasgos del visitante empezaron a sufrir una extraordinaria transformación; todo su rostro se iluminó y dulcificó con una suave expresión de triunfo, y, al mismo tiempo, sus facciones fueron palideciendo y desvaneciéndose. Pero Markheim no se detuvo a contemplar o a entender aquella transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio, recapacitando consigo mismo. Su pasado fue desfilando ante él; lo fue viendo tal como era, desagradable y penoso como un mal sueño, tan desprovisto de sentido como un homicidio accidental... el escenario de una derrota. La vida, tal como estaba volviendo a verla, no le tentaba ya; pero en la orilla más lejana era capaz de distinguir un refugio tranquilo para su embarcación. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la vela ardía aún junto al cadáver. Todo se había quedado extrañamente silencioso. Allí parado, empezó a pensar en el anticuario. Y una vez más la campanilla de la puerta estalló en impaciente clamor.

Markheim se enfrentó a la criada en el umbral de la puerta con algo que casi parecía una sonrisa.

-Será mejor que avise a la policía -dijo-: he matado a su señor.

Coma algo, de Marie-Helene Bertino



Estaba detrás de una camioneta en una señal de stop.

El conductor aparcó. Él y su mujer salieron e hicieron ademán de encaminarse hacia mi coche. Bajé la música. La mujer llevaba una sudadera de Piolín. Eché el seguro de la puerta. El hombre dio unos golpecitos y me indicó con gestos que bajara la ventanilla.

—¿Sí? —dije.

Me saludó con la mano, aunque no hacía ninguna falta.

—Me llamo Gary Applesauce y esta es mi esposa, Pilar —la mujer hizo un gesto de saludo con la mano—. Queremos saber qué es lo que le gustaría que estuviéramos haciendo mejor.

Tenían el típico rostro amorfo y ancho de la gente amigable.

—¿Cómo dice?

Estábamos hablando en voz bastante alta, ya que yo no había bajado la ventanilla.

—Acaba de tocarnos el claxon, y lo tocó en el cruce de Verree con Greene, y en el de Verree con...

—Bustleton —terminó la mujer.

—Esperan cinco minutos en las señales de stop —expliqué—. Y tengo que llegar a la tienda de ultramarinos.

El hombre movió la cabeza afirmativamente; realmente estaba reflexionando sobre el asunto.

—Ya entiendo. ¿Y el bocinazo de unas calles atrás?

—Eso fue un error —reconocí—. Estaba dándome cabezazos contra el volante y el claxon saltó.

Les hice una demostración.

—El tiempo de la gente es importante.

Miré por el retrovisor. Un hombre y dos niños nos miraban reprobadoramente desde su coche.

—¿Podría escribirlo? —me pidió la señora Applesauce.

—¡Eso! —dijo el hombre—. Haga una lista.

—Creo que cada uno debería volver a su coche —repuse.

El hombre frunció el ceño.

—Queremos aprender.

—¿Quieren que les escriba una lista de lo que podrían estar haciendo mejor?

La pareja palmoteó.

—No tengo bolígrafo —dije.

La mujer me pasó uno.

Siempre tengo un bloc en la guantera, para las ideas brillantes.

Escribí:

Señales de stop: mire izquierda-derecha-izquierda, ¡y continúe!

Tenga presente a los conductores que tiene detrás.

Y, como una gracia, añadí: Coma algo.

Bajé la ventanilla y se la entregué. Cuando llegó al Coma algo, sus ojos se humedecieron.

—Cada vez que intento comer, me viene a la cabeza mi perro: lleva varios días desaparecido.

Los Applesauce intercambiaron una mirada de tristeza.

—Blitzer —dijo la señora Applesauce—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo he inventado —contesté.

La mujer aplaudió. Era de esa gente a la que le gusta aplaudir.

—¡Hágame una lista!

Cada vez había más coches detrás de nosotros.

—Comparta la de él.

—Quiero una para mí —frunció el labio: una mujer casada con sobrepeso que hacía mohines—. No es necesario que sea sobre cómo conducir.

Escribí:

No comparezca con las manos vacías.

Peque mejor por exceso de amabilidad.

¡Utilice hilo dental!.

La mujer apretó la lista contra el pecho.

—Ya me veo aprendiendo.

En ese momento apareció el conductor del coche de detrás del mío. Llevaba unas gafas de sol propias de alguien más joven.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—Está escribiendo listas —explicó la señora Applesauce—. Mira.

El hombre leyó la lista y se quitó las gafas de sol.

—Quiero una.

—Tengo que llegar a la tienda —dijo.

—Todos tenemos que llegar a la tienda —repuso el hombre.

Escribí:

Sea amable consigo mismo.

Llámela.

Sus niños daban botes arriba y abajo junto a la ventanilla, pidiendo listas. Puse manos a la obra.

—“Come más verdura” —leí en voz alta.

Todos se rieron.

Un policía frenó y preguntó qué es lo que sucedía. Los Applesauce se lo explicaron mientras yo terminaba las listas para los críos.

Para el poli escribí:

Deje de salir con mujeres que no lo estimulen.

Escuche música más alegre.

—¡Bravo! —exclamó—. Me ha calado.

Los coches que había detrás del coche de detrás de mí empezaron a dar bocinazos. El policía fue avanzando por la fila dando explicaciones. Perdí de vista a los Applesauce cuando mi ventanilla se llenó de desconocidos que querían su propia lista. Se las di.

Manténgase en sus trece.

Deje de sentir odio hacia los ancianos.

No necesita tantas servilletas.

Vuelva a la enseñanza.

Poco después, el Señor Gafas de Sol metió la cabeza por mi ventanilla.

—¡La he llamado! —me dijo—. ¡Y me ha perdonado!

La muchedumbre lanzó una ovación, y sus barrigas se apoyaron contra mi puerta.

—¿Ya ha tenido tiempo de poner algo en práctica? —le pregunté. Y añadí—: Tengo que llegar a la tienda de ultramarinos.

Se oyó una voz:—La tienda de ultramarinos está cerrada.

Había demasiada gente para que pudiera ver algo por el parabrisas. Por encima de las cabezas vislumbré las farolas, encendidas. El poli había cortado la calle. Un hombre vendía botellas de agua que sacaba del maletero.

—¿Se ha puesto ya el sol? —pregunté—. ¿Dónde están los Applesauce?

—¡Qué más da! —replicó un hombre—. Listas.

Siéntase orgulloso de esos ojos tan llenos de vida.

Cultive sus amistades.

Practique el decir no.

—¿Me da una botella de agua? —pedí—. Tengo la garganta seca. Y se me ha terminado el bolígrafo.

El hombre del maletero me gritó:

—Cinco dólares.

—¿No es demasiado para una botella de agua?

Alguien me pasó un bolígrafo.

—Escriba —ordenó la multitud.

—Tengo que irme ya —repuse.

—¡Cabrona! —gritó alguien.

Intenté subir la ventanilla. Algunos dedos se colaron por la abertura.

Me temblaba la voz.

—Por favor, apártense de mi coche.

Había varios hombres corpulentos entre la multitud. El coche empezó a balancearse por su peso. Serpientes que decían amenazadoramente: listas, listas, listas.

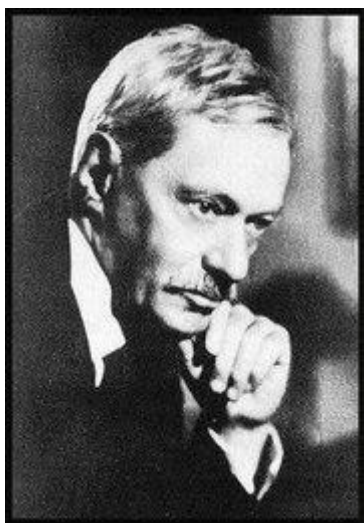
—¡Estoy siendo educada! —dije—. ¡Se lo estoy pidiendo con buenas maneras!

El balanceo fue a peor. Apreté el claxon. Esto pareció enfurecerles más porque los gruñidos aumentaron de volumen. Oí cómo algo arañaba el maletero. Un chico se había subido encima. Levantó el brazo, con las mejillas brillando a la luz de las farolas. Y en la mano, un ladrillo.

Bajé la mirada y me dio tiempo a leer mi lista de la compra antes de que el ladrillo golpeará:

Pan, huevos, leche.

La reconciliación, de Frederic Edward Benson



La casa de los Garth se esconde en una pequeña depresión de las colinas que, al norte, al este y al oeste, cierran el aislado valle como si de la palma de una mano curvada se tratase. Hacia el sur, dicho valle se ensancha a la vez que las colinas se funden para dejar paso a una amplia franja de llano arrebatado al mar, entrecruzado por diques de drenaje y utilizado como tierra de pastoreo por unas cuantas granjas diseminadas por los alrededores. Los espesos hayedos y robledales que trepan por las colinas hasta sus mismas cimas contribuyen a cobijar aún más la casa, la cual dormita en un clima suave y soleado mientras las desapacibles cumbres que se erigen sobre ella son barridas por los vientos del este que soplan en primavera, o por las ráfagas norteñas que trae el invierno; y sentado en el jardín, disfrutando del suave sol de un despejado día de diciembre, uno puede oír cómo ruge el vendaval sobre las copas de los árboles de las laderas más elevadas, y ver las nubes cruzando a toda velocidad sobre la cabeza sin llegar a sentir el aliento del viento que las impele hacia el mar. Los claros de aquellos bosques aparecen repletos de anémonas y de macizos de primaveras, ya florecidas antes de que el más mínimo brote haya aparecido en las tierras altas, y sus jardines aún brillan con las rojas flores del otoño mucho después de que todas las que rodean el pequeño pueblo que se acurruca en la cima de una de las colinas se hayan ennegrecido por las heladas. Sólo cuando el viento sopla desde el sur se rompe su calma, dejando paso al sonido de las olas y al sabor de la sal marina.

La casa en sí data de principios del siglo XVII, y ha escapado milagrosamente a las destructivas manos de los restauradores. Sus tres pisos fueron construidos con los grandes bloques de piedra gris típicos de la región; para cubrir el tejado se emplearon losas del mismo material, entre las cuales han encontrado anclaje numerosas semillas arrastradas por el viento; y las vidrieras que tapan las anchas ventanas no son de una sola pieza, sino de varias. Ni un solo crujido surge de sus suelos de roble; las escaleras son tan anchas como sólidas; su artesanado es tan firme como los muros a los que está unido.

Un débil olor a humo de leña, nacido de los siglos de hogueras realizadas en sus chimeneas, lo invade todo; eso, y un extraordinario silencio. Un hombre que permaneciera despierto toda la noche en una de las habitaciones no oiría ni un susurro procedente de madera quejumbrosa, ni un vidrio tembloroso; ningún sonido del exterior llegaría hasta sus atentos oídos excepto el ulular del búho leonado o, de encontrarnos en junio, la música del ruiseñor. En la parte trasera una franja de jardín había conseguido ser nivelada pese a la oposición de la colina; en la delantera, la inclinación también había sido modificada hasta formar un par de bancales. Bajo ellos, una fuente alumbra un pequeño arroyo que, bordeado de tierras pantanosas sembradas de juncos, se une a otra pequeña corriente, la cual, mucho más sofocada por la vegetación, vaga erráticamente por el jardín de la cocina, para corromperse juntas atravesando las cada vez más extensas marismas hasta llegar al Canal de la Mancha. Siguiendo el margen más alejado de este riachuelo se extiende un sendero que conduce desde el pueblo de Garth, allá arriba en la colina, hasta la carretera principal que atraviesa el llano. Un poco más abajo de la casa hay un pequeño puente

de piedra con su propia puerta que atraviesa el riachuelo y permite el acceso a dicho sendero.

Vi por primera vez esta casa, de la que durante tantos años he sido un constante invitado, cuando todavía ni me había graduado en Cambridge. Hugh Verral, el hijo único de su viudo propietario, era amigo mío, y cierto agosto me propuso que pasáramos juntos un mes allí. Su padre, me explicó, iba a pasar las siguientes seis semanas en un balneario en el extranjero. El mío, según tenía entendido, no podía abandonar Londres por motivos de trabajo, y aquella parecía una manera bastante más agradable de pasar el mes que siendo el único y melancólico habitante de la casa o cociéndose en la ciudad. De modo que si la oferta me parecía agradable, no tenía más que conseguir el permiso de mis padres; él, por su parte, ya había conseguido el del suyo. De hecho, Hugh había sido el motivo de que el señor Verral escribiera la siguiente carta, en la cual reflejaba con gran lucidez sus opiniones sobre el modo que tenía su hijo de pasar el tiempo.

No te quiero todo agosto rondando por Marienbad (decía), ya que no harías más que diabluras y te gastarías todo lo que te queda de paga para el resto del año. Además, tienes trabajo pendiente; tu tutor me ha informado de que no has dado un palo al agua durante la última evaluación, de modo que más te valdría empezara recuperar el tiempo perdido. Vete a Garth, llévate contigo a algún otro granuja tan perezoso y simpático como tú, y podrás dedicarte a tus estudios. ¡Después de todo allí sí que no encontrarás otra cosa que hacer! Además, nadie quiere hacer absolutamente nada en Garth.

—Está bien, el granuja perezoso también irá —dije yo. Ya sabía que mi padre tampoco me quería en Londres.

—Te advierto que el granuja perezoso también ha de ser simpático ¿eh? —dijo Hugh—. Bueno, el caso es que vendrás... ¡imagnífico! Ya verás qué es lo que quiere decir mi padre con eso de que nadie quiere hacer nada. Así es Garth.

A finales de la siguiente semana ya estábamos instalados allí, y nunca, en ninguna de las primeras impresiones que he recibido viendo algunas de las maravillas del mundo, he sentido un hechizo tan mágico y potente como el que me arrebató el aliento aquella tarde de agosto en la que vi Garth por primera vez. Durante el último kilómetro la carretera había serpenteado entre los bosques que cubrían la ladera; entonces mi taxi emergió como de un túnel, y allí, bajo el crepúsculo, con las últimas llamaradas de la puesta de sol brillando sobre ella, se erguía la enorme fachada gris, con sus verdes prados alrededor y su aire de antiquísima tranquilidad. Parecía la encarnación de la misma alma y el mismo espíritu de Inglaterra: allá al sur estaba el mar, y alrededor proliferaban aquellos bosques inmemoriales. Como sus robles, como el terciopelo de sus prados, la casa había crecido del mismísimo suelo, y la riqueza de éste aún la nutría. Venecia no había nacido más auténticamente del mar, ni Egipto del misterioso Nilo, de lo que Garth había nacido de los bosques de Inglaterra.

Tuvimos tiempo para dar un paseo por los alrededores antes de que se sirviera la cena, y Hugh me contó casualmente su historia. Sus antepasados la habían poseído desde los tiempos de la reina Ana.

—Pero aún se nos considera intrusos —dijo—, y no demasiado fiables, por cierto. Anteriormente, mi familia había arrendado la granja que hay en lo alto de la colina, por la que debes de haber pasado para llegar hasta aquí, y los propietarios de la casa eran los Garth. Fue un Garth, de hecho, quien la construyó durante el reinado de Isabel.

—Ah, entonces tendréis un fantasma —dije yo—. Eso la haría perfecta. No me digas que no ha habido ningún Garth que haya encantado la casa.

—Puedes pedir lo que quieras —dijo él—, pero eso me temo que no te lo podré conseguir. Llegas demasiado tarde: hace cien años sí que se suponía que la casa estaba encantada por un Garth.

—¿Y qué sucedió? —pregunté.

—Bueno, no sé nada acerca de fantasmas, pero parece ser que el encantamiento se desvaneció por sí mismo. Debe de ser aburrido para un espíritu, ya sabes, eso de estar encadenado a un solo lugar, paseando por el jardín todas las tardes y recorriendo los pasillos y las habitaciones durante las noches sin que nadie te haga caso. A mis antepasados no les molestaba en lo más mínimo, según parece, que hubiera o no un fantasma en la casa. En consecuencia, se evaporó.

—¿Y de quién se suponía que era el fantasma? —pregunté.

—El fantasma del último Garth, que vivió aquí en tiempos de la reina Ana. Lo que sucedió fue lo siguiente. Uno de los miembros más jóvenes de mi familia, Hugh Verrall, igual que yo, se trasladó a Londres en busca de fortuna. Hizo muchísimo dinero en poco tiempo, se retiró estando aún en la mediana edad y se le metió en la cabeza que le gustaría ser un caballero de esos que viven en el campo y que poseen una buena hacienda. Siempre le gustó esta región, de modo que se trasladó a vivir a una casa del pueblo de ahí arriba mientras buscaba algo mejor, aunque sin duda tenía también otros propósitos. Y es que la casa de los Garth pertenecía en aquellos momentos a un tipo desenfrenado llamado Francis Garth, un borracho y un gran jugador. Hugh Verrall acostumbraba a bajar hasta aquí noche tras noche para desplumarle. Francis tenía una hija, que por supuesto era la heredera del lugar, y en un primer momento Hugh empezó a cortejarla con el propósito de casarse, pero viendo que no le iba a servir de nada decidió apoderarse de la casa de otro modo. Finalmente, a la manera tradicional, Francis Garth, que para entonces ya le debía a mi ancestro algo así como treinta mil libras, apostó las propiedades de los Garth contra su deuda. Y perdió. Se armó un gran revuelo, la gente hablaba de dados cargados y de cartas marcadas, pero nada se pudo probar, por lo que Hugh desahució a Francis y tomó posesión de la casa. Francis vivió aún algunos años en una granja del pueblo, y cada tarde recorría el sendero hasta aquí para situarse frente a la casa y maldecir a sus habitantes. Con su muerte se inició el encantamiento, pero después, simplemente, desapareció.

—Quizá esté recuperando fuerzas —sugerí—. Quizá pretenda regresar con más intensidad. Deberías tener un fantasma aquí, y tú lo sabes.

—Pues me temo que no hay ni rastro —dijo Hugh—. Aunque me pregunto si tú considerarás que sí queda alguno. Pero es un rastro tan tonto que casi me avergüenza mostrártelo. —Venga, a qué esperas —dije yo.

Señaló hacia el gablete que había sobre la puerta principal. Bajo él, en un ángulo formado por el tejado, había una gran piedra cuadrada de instalación claramente posterior al resto de la pared. En contraste con la de ésta, la superficie de la piedra estaba desmenuzada, y aunque evidentemente había sido tallada y aún se podía ver la forma de un escudo heráldico, no quedaba ni rastro de las armas que en él hubiera podido haber.

—Es una estupidez —dijo Hugh—, pero también es un hecho que mi padre recuerda la instalación de esa piedra. Fue cosa de su padre, y en ella lucían nuestras armas: ya puedes ver el estado en el que se encuentra el escudo. Y aunque es una piedra de la zona, de la misma clase que las demás de la casa, apenas había quedado colocada cuando la superficie empezó a deteriorarse. En diez años nuestras armas habían desaparecido completamente. Es curioso que una de las piedras de la casa muestre un deterioro tan rápido cuando las demás parecen desafiar al tiempo.

Me reí.

—Eso ha sido cosa de Francis Garth, sin lugar a dudas —dije—. Aún queda vida en el viejo perro.

—A veces así lo creo —dijo él—. Que quede claro que nunca he visto ni oído nada que pudiera hacer pensar lo más mínimo en fantasmas, pero sí he sentido constantemente la presencia de alguien que espera y vigila. Nunca se manifiesta, pero está ahí.

Mientras hablaba obtuve una ligera impresión psíquica de lo que me estaba diciendo. Allí había algo, algo siniestro y malvado. Pero la impresión sólo fue momentánea; apenas la había percibido cuando empezó a desvanecerse de nuevo, y la increíble y acogedora belleza de la casa se restableció arrollando cualquier otro sentimiento. Si alguna vez existió un lugar habitado por una paz inmemorial, era aquél.

Nos acostumbramos de inmediato a una rutina deliciosa. Siendo como éramos grandes amigos, nos encontrábamos completamente a gusto uno en la compañía del otro; charlábamos si nos veíamos inclinados a hacerlo, y si reinaba el silencio no había en él nada de forzado, pudiendo éste continuar perfectamente hasta que uno de los dos tuviera algo que decir. Por la mañana, durante unas tres horas más o menos, nos aplicábamos al estudio de nuestros libros, pero para la hora del almuerzo ya estaban cerrados y no volvían a abrirse durante el resto del día. Entonces atravesábamos las marismas para darnos un chapuzón en el mar, o paseábamos por el bosque, o jugábamos a la petanca en una franja de césped que había detrás de la casa. El tiempo, completamente abrasador, fomentaba la pereza, y en el interior de aquella depresión formada por las colinas en la que se encontraba la casa resultaba casi imposible recordar lo que era sentirse dinámico. Pero, tal y como había indicado el padre de Hugh, aquel era el estado físico y mental apropiado para residir en Garth. Uno debe sentirse adormilado, hambriento y bien, pero sin deseos ni energías; la vida avanzaba como en un estanque repleto de flores de loto: suave y tranquilamente, sin preocupaciones. Ser perezoso sin sentir escrúpulos ni remordimientos, sino más bien una ronroneante satisfacción, era actuar de acuerdo con el espíritu de Garth. Pero a medida que los días fueron pasando, supe que bajo aquella satisfacción yacía otra cosa, algo que desde nuestro interior se mostraba cada vez más alerta y vigilante, algo que reaccionaba ante aquello que a su vez nos estaba vigilando a nosotros.

Llevábamos allí una semana cuando una tarde de calor inmóvil y sofocante nos dirigimos hacia el mar para disfrutar de un chapuzón antes cenar. Era evidente que se aproximaba una tormenta, pero parecía que tendríamos tiempo de darnos un baño y regresar antes de que estallara. Sin embargo, llegó antes de lo que esperábamos, y aún nos encontrábamos a un kilómetro de la casa cuando empezó a llover intensamente y sin que corriera ni pizca de viento. Las nubes, que se habían extendido por el cielo, habían provocado una oscuridad tal que parecía que ya hubiera anochecido, y para cuando alcanzamos el pequeño camino público que había al otro lado del riachuelo ya estábamos completamente empapados. Justo cuando llegamos

hasta el puente vi sobre él la silueta de un hombre, y me extrañé de que estuviera allí, esperando bajo aquel diluvio sin buscar cobijo. Miraba en dirección a la casa, sin moverse apenas. Cuando pasé junto a él pude ver perfectamente su cara, e instantáneamente supe que había visto a alguien muy parecido a él con anterioridad, aunque no podía acordarme exactamente de dónde. Era de mediana edad, iba perfectamente afeitado, y de su perfil magro y moreno emanaba un curioso aire siniestro.

En todo caso, no era asunto mío si un extraño elegía permanecer bajo la lluvia contemplando la casa de los Garth, por lo que di otra docena de pasos antes de comentarle a Hugh en voz baja:

—Me pregunto qué estará haciendo ese hombre.

—¿Hombre? ¿Qué hombre? —dijo Hugh.

—Ese hombre junto al que acabamos de pasar en el puente —dije yo.

Hugh se giró para mirar.

—Ahí no hay nadie —dijo.

Parecía imposible que aquel extraño que sin lugar a dudas había estado allí hacía apenas un par de segundos hubiera desaparecido en la oscuridad, por muy espesa que fuera, y por primera vez se me ocurrió que aquella criatura a cuya cara había mirado podía no ser de carne y hueso. Pero apenas había acabado Hugh de hablar cuando señaló hacia el sendero por el que acabábamos de llegar.

—Sí, es verdad, ahí hay alguien —dijo—. Qué raro que no le haya visto antes. Pero si le apetece quedarse bajo la lluvia supongo que está en su derecho.

Seguimos rápidamente nuestro camino hasta llegar a la casa. Después, mientras me cambiaba, me estrujé el cerebro para intentar recordar dónde y cuándo había visto aquella cara con anterioridad. Sabía que había sido a una hora bastante tardía, y también sabía que me había llamado la atención. Y entonces, súbitamente, llegó la respuesta. Nunca había visto a aquel hombre antes, pero sí que había visto un retrato suyo, y aquel retrato colgaba en la larga galería que recorría la parte frontal de la casa, a la que Hugh me había conducido el día que había llegado allí y por la que no había vuelto a pasar. Las paredes estaban repletas de cuadros de Verrals y de Garths, y el retrato en cuestión era el de Francis Garth. Antes de regresar a la planta baja fui a verificarlo y comprobé que no había duda posible: el hombre junto al que había pasado en el puente era la viva imagen de aquel otro que, en los tiempos de la Reina Ana, había perdido la casa en favor del pariente tocayo de Hugh.

No le conté nada de aquello a Hugh, ya que no quería sugestionarle. Él, por su parte, no volvió a hacer alusión al encuentro; era evidente que no le había causado la más mínima impresión, de modo que pasamos la tarde de una manera completamente rutinaria. A la mañana siguiente volvíamos a estar sentados con nuestros libros en la salita que da a la parte del jardín en la que jugábamos a la petanca. Cuando llevábamos una hora estudiando, Hugh se levantó para estirar las piernas durante un par de minutos y se aproximó a la ventana. Yo no seguí sus movimientos con particular atención, pero sí me di cuenta de que de repente había dejado de silbar a mitad de un paseo. Entonces habló con un tono de voz bastante extraño.

—Ven un momento —dijo.

Cuando me uní a él señaló a través de la ventana.

—¿Es ése el hombre al que viste anoche en el puente? —preguntó. Y allí estaba él, al final de la pista de petanca, mirándonos directamente.

—Sí, es él —dije.

—Iré a preguntarle qué está haciendo ahí—dijo Hugh—. ¡Acompáñame!

Salimos juntos de la habitación y descendimos el corto pasillo que llevaba hasta la puerta del jardín. La silenciosa luz del sol dormitaba sobre la hierba, pero allí no había nadie.

—Qué extraño —dijo Hugh—. Extrañísimo. Vamos un momento a la galería de retratos.

—No hace falta —dije yo.

—Entonces también tú te has dado cuenta del parecido —dijo—. Dime... ¿Se trata sólo de un parecido... o es realmente Francis Garth? Sea quien sea, debe de ser el que nos ha estado vigilando.

La aparición, de la que a partir de entonces hablamos como si se tratara de Francis Garth, había sido vista ya en dos ocasiones. En el transcurso de la siguiente semana pareció acercarse cada vez más a la casa que en otros tiempos había encantado, ya que Hugh le vio justo a la entrada del porche que había en la entrada principal. Y dos días más tarde, al atardecer, estando yo contemplando la pista de petanca mientras esperaba a que Hugh regresara a cenar, le vi en la ventana, observando malévolamente el interior de la habitación. Finalmente, un par de días antes de que mi visita llegara a su fin, mientras regresábamos de una tarde de pasear sin rumbo por el bosque, le vimos los dos a la vez, frente a la gran chimenea del recibidor. En aquella ocasión la aparición no fue momentánea, ya que pese a nuestra irrupción permaneció allí, sin apercebirse de nuestra presencia durante quizá diez segundos, y después se dirigió hacia la puerta más alejada de la entrada. Allí se detuvo y se giró, mirando directamente a Hugh. Entonces le habló y, sin esperar respuesta, atravesó la puerta. Había penetrado en la casa, y a partir de aquel momento sólo volvió a ser visto en su interior. Francis Garth había vuelto a tomar posesión del lugar.

No es que quiera aparentar que la visión de este aparecido no tuvo efecto sobre mis nervios. Lo tuvo y muy desagradable; miedo es quizá una palabra demasiado superficial para describir lo que sentí. Se trataba más bien de un horror oscuro y silencioso que me invadía; para ser precisos, no en el momento exacto en el que veía al espíritu, sino algunos segundos antes, de modo que podía saber gracias a aquella sensación de terror extremo cuándo su aparición estaba a punto de manifestarse. Pero mezclado con todo aquello había una intensa curiosidad y un interés por la naturaleza de aquel extraño visitante, el cual, aunque muerto desde hacía tiempo, aún conservaba el aspecto de los vivos y cubría con vestimentas un cuerpo que llevaba años reducido a polvo. Hugh, en todo caso, no sintió nada parecido; la segunda ocupación de la casa a cargo del espectro le alarmó tanto como a aquellos que habían vivido en ella durante su primera aparición.

—Y además resulta tan interesante... —dijo, mientras me despedía cuando mi visita llegó a su término—. Parece que tiene asuntos por resolver en este lugar, pero ¿de qué asuntos se tratará? Ya te informaré si hay alguna novedad.

A partir de entonces el fantasma fue visto de manera constante. Asustó a algunos e interesó a otros, pero nunca hizo mal alguno a nadie. A menudo durante los siguientes cinco años pasé temporadas allí, y no creo que hubiera ninguna visita en la que por lo menos no le viera en una o dos ocasiones. Y siempre su aparición me fue anunciada mediante aquel sentimiento de terror que, tras haber comentado el tema, supe que ni Hugh ni su padre compartían. Entonces, de manera completamente repentina, el padre de Hugh falleció. Tras el funeral, Hugh vino a Londres para entrevistarse con diversos abogados y para arreglar todos los detalles concernientes al testamento. Me contó que de ninguna manera le iban a su padre tan bien las cosas como aparentaba, y que no sabía si iba a poderse permitir seguir residiendo en un lugar como la casa de los Garth. Pretendía, en todo caso, clausurar un ala de la mansión y reducir el servicio para intentar seguir viviendo allí.

—No quiero abandonarla —dijo—. De hecho, odiaría tener que hacerlo. Por otra parte, tampoco creo que tuviera muchas posibilidades de alquilarla. El rumor de que está encantada a estas alturas está completamente extendido, y no creo que fuera demasiado fácil conseguir un inquilino interesado en ella. Espero, en todo caso, que no sea necesario.

Pero seis meses más tarde se dio cuenta de que, pese a todos los recortes, ya no era posible seguir viviendo allí, de modo que en junio me desplazé para brindarle una última visita, tras la cual, de no haber conseguido un inquilino, le casa quedaría clausurada.

—No puedo expresarte cómo me disgusta tener que marcharme —dijo—, pero no queda otro remedio. ¿Y hasta qué punto crees que resulta ético alquilar una casa encantada? ¿Debería decírselo a los posibles inquilinos? Puse un anuncio la semana pasada en *Vida Campestre* y ya ha contestado un interesado. De hecho llegará mañana por la mañana con su hija, para echar un vistazo. Se llama Francis Jameson.

—Espero que se lleve bien con el otro Francis —dije—. ¿Le has visto últimamente?

Hugh dio un bote.

—Sí, bastante a menudo —dijo—. Pero hay una cosa que quiero enseñarte. Sal un momento.

Me llevó hasta la parte frontal de la casa y señaló el gablete bajo el cual reposaba el escudo que había contenido sus obliteradas armas.

—No te daré pistas —dijo—. Sencillamente mira y dime qué te sugiere.

—Ahí hay algo que está apareciendo —dije—. Puedo ver dos bandas que se entrecruzan sobre el escudo y un artefacto entre medias.

—¿Y estás seguro de que no lo has visto anteriormente? —preguntó.

—La verdad es que pensaba que la superficie estaba completamente desgastada —dije—. Evidentemente no era así. ¿O es que la estás restaurando?

Se rió.

—Ciertamente no —dijo—. De hecho, lo que ves ahí no es en absoluto parte de mis armas, sino de las de Garth.

—Tonterías. Se trata de dos grietas y del producto de las inclemencias del tiempo, que por casualidad se asemejan, pero se trata de algo completamente accidental.

Volvió a reír.

—No te lo crees ni tú —dijo—. Ni yo, por cierto. Es obra de Francis. Se está manteniendo ocupado.

A la mañana siguiente me acerqué al pueblo para despachar unos asuntos sin importancia, y mientras regresaba por el sendero que hay frente a la casa vi un coche que llegaba hasta la puerta, por lo que deduje que el señor Jameson acababa de llegar. Entré en el recibidor y un momento después me detuve con los ojos y la boca completamente abiertos. Y es que en el interior había tres personas charlando: una era Hugh, la otra una joven encantadora, obviamente la señorita Jameson, y el tercero, o al menos eso me decían mis ojos, era Francis Garth. Con la misma seguridad con la que había identificado al espectro con su retrato que colgaba en la galería, identifiqué a aquel hombre como la viva y humana encarnación del espectro en sí mismo. No es que se pudiera decir que había un parecido: es que eran idénticos.

Hugh me presentó a sus dos visitantes y pude ver en su mirada que había experimentado la misma sensación que yo. La entrevista y el intercambio de informes acababa evidentemente de empezar, ya que tras esta pequeña ceremonia el señor Jameson se volvió hacia Hugh para decirle:

—Pero antes de que veamos la casa o el jardín, he de hacerle la pregunta más importante de todas, de tal modo que si su respuesta fuese insatisfactoria no le haría perder más tiempo con una inútil visita.

Pensé que se avecinaba una pregunta sobre el fantasma, pero me equivoqué por completo. Aquella consideración tan decisiva era acerca del clima, y el señor Jameson empezó a explicarle a Hugh, con toda la insistencia del enfermo, sus necesidades. Lo que estaba buscando era una atmósfera cálida y sosegada, con total ausencia de vientos del este y del norte; un refugio soleado.

Las respuestas a sus preguntas fueron lo suficientemente satisfactorias como para permitir una inspección de la casa, y de inmediato los cuatro iniciamos el recorrido.

—Adelántate, querida Peggy, con el señor Verrall —le dijo el señor Jameson a su hija—, y deja que os siga a un ritmo más sosegado en compañía de este caballero, si es que él se ofrece gentilmente a escoltarme. De ese modo podremos contrastar diferentes impresiones.

Se me ocurrió que querría hacer nuevas preguntas sobre la casa, y que preferiría recibir la información de alguien que no fuese el dueño pero que conociera la casa sin estar ligado al negocio que suponía alquilarla. Y de nuevo esperé oír preguntas sobre el fantasma. Pero lo que llegó me sorprendió muchísimo más.

Esperó, evidentemente a propósito, hasta que la otra pareja se encontrase a cierta distancia, y entonces se volvió hacia mí.

—Verá, me ha ocurrido algo extraordinario —dijo—. Nunca había visto esta casa antes, y sin embargo la conozco íntimamente. Tan pronto como llegamos a la puerta de entrada supe cómo iba a ser esta habitación, y puedo decirle qué es lo que vamos a encontrar cuando sigamos a los otros. Al final de ese pasillo por el que acaban de internarse hay dos habitaciones; una de ellas da a una pista de petanca que hay detrás

de la casa, y la otra a un sendero que pasa junto a la ventana y desde el cual se puede observar el interior de la habitación. Desde allí, una ancha escalera asciende en dos pequeños tramos hasta el primer piso, donde en su parte trasera encontraremos varios dormitorios y en la delantera una habitación alargada con muchas ventanas y muchos cuadros. Más allá hay otros dos dormitorios y un cuarto de baño entre ellos. Una pequeña escalera, bastante oscura, asciende desde allí hasta el segundo piso. ¿Es correcto?

—Completamente —respondí.

—No piense que he soñado todo esto —dijo—. Son cosas que estaban en mi subconsciente, no como un sueño, sino como recuerdos reales, como algo que he sabido durante toda mi vida. Y todo va acompañado en mi mente de un sentimiento de hostilidad. También puedo decirle que hace unos doscientos años uno de mis antepasados directos desposó a la hija de Francis Garth y adoptó sus armas. A este lugar se le llama la casa de los Garth. ¿Es que vivió dicha familia aquí en alguna ocasión, o tal vez la casa ha adoptado el nombre del pueblo?

—Francis Garth fue el último de los Garth que vivió aquí —dijo—. Apostó la casa y la perdió ante un antepasado directo del actual propietario. Su nombre también era Hugh Verrall.

Por un instante me dirigí una mirada confusa que otorgó a su semblante una expresión aguda y malévola.

—¿Qué significa todo esto? —dijo—. ¿Estamos soñando o estamos despiertos? Hay otra cosa que quisiera preguntarle. He oído... podrían ser meros cotilleos... pero he oído que la casa estaba encantada. ¿Puede contarme algo al respecto? ¿Ha visto alguna vez algo que así lo sugiriera? Digamos, un fantasma, aunque yo particularmente no creo en la existencia de algo semejante. ¿Ha visto alguna vez una aparición inexplicable?

—Sí, bastante a menudo —respondí.

—¿Y podría preguntarle de qué se trataba?

—Por supuesto. Era la aparición del hombre del cual estábamos hablando. Al menos la primera vez que le vi pude reconocerle como el fantasma, si me permite emplear la expresión, de Francis Garth, cuyo retrato cuelga en la galería que tan correctamente ha descrito.

Dudé un momento, preguntándome si no debería decirle que no sólo había reconocido la aparición a partir del retrato, sino que además le había reconocido a él a partir de la aparición. Él percibió mis dudas.

—Hay algo más —dijo.

Por fin me decidí.

—Sí, hay algo más —afirmé—, pero creo que sería mejor si viera usted el retrato con sus propios ojos. Probablemente podrá revelarle de una manera más directa y convincente de qué se trata.

Subimos las escaleras que había descrito sin pasar antes por las otras habitaciones de la planta baja, desde las que nos llegaban las voces de Hugh y de su acompañante.

No tuve que señalarle al señor Jameson el retrato de Francis Garth, ya que se dirigió directamente a él para contemplarlo en silencio durante largo rato. Después se volvió hacia mí.

—De modo que debería ser yo el que le hablara a usted del fantasma dijo—, en vez de ser usted el que me hable a mí de él.

En aquel preciso momento se nos unieron los otros, y la señorita Jameson se abalanzó sobre su padre.

—Oh, papá, es la casa más maravillosa que he visto en mi vida —dijo—. Si tú no la alquilas lo haré yo.

—Échale un vistazo a mi retrato, Peggy —dijo él.

Después de esto cambiamos de parejas, y la señorita Peggy y yo paseamos por los alrededores de la casa mientras los otros permanecían en el interior. Ella se detuvo frente a la puerta principal para mirar el gablete.

—Esas armas —dijo— son difíciles de distinguir, y supongo que deben de ser las del señor Verral, pero son sorprendentemente parecidas a las que adornan el escudo de mi padre.

Tras el almuerzo, Hugh y su posible inquilino mantuvieron una charla privada, concluida la cual los visitantes se marcharon.

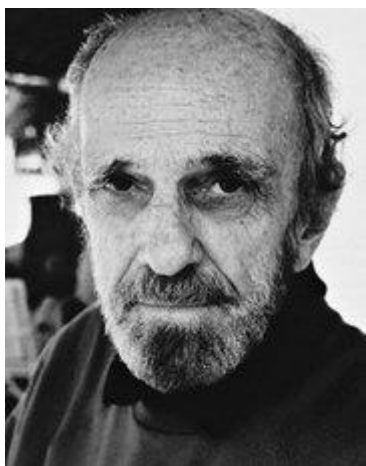
—Está prácticamente acordado —dijo cuando regresó al recibidor tras haberlos despedido—. El señor Jameson quiere alquilar la casa durante un año con opción a renovación. ¿Qué te ha parecido todo esto?

Examinamos la situación a lo largo y a lo ancho, de arriba abajo y de abajo arriba, y una teoría tras otra todas fueron descartadas, ya que aunque algunas piezas parecían encajar, las demás no se ajustaban a ellas. Finalmente, tras horas de charla, acabamos por encontrar, pese a lo poco creíble del asunto, una explicación razonable, la cual, aunque podría no satisfacer al lector, parece abarcar todos los hechos y presentar lo que quizá podría definir como una uniforme pátina de inexplicabilidad.

Por lo tanto, para empezar por el principio, y resumiendo los hechos: Francis Garth, desposeído de manera presumiblemente fraudulenta de su finca, maldijo a los nuevos propietarios para recorrer aparentemente los pasillos de la casa después de muerto. Después sobrevino un largo intervalo en el que nada se supo del fantasmal huésped, pero el encantamiento se reanudó la primera vez que yo estuve en la casa acompañando a Hugh. Finalmente, aquel mismo día, había llegado a la casa un descendiente directo de Francis Garth, que además de ser la viva imagen de la aparición que tan a menudo habíamos visto era también idéntico al retrato del mismísimo Francis Garth. Ya antes de que el señor Jameson entrara en la casa estaba familiarizado con ella y sabía lo que contenía: sus escaleras, sus dormitorios, sus pasillos... y recordaba haber estado allí, a menudo con hostilidad en su alma; la misma hostilidad que habíamos visto reflejada en el rostro de la aparición. ¿Por qué no íbamos a ver (y aquí llega la teoría que tan lentamente se había impuesto) en Francis Jameson una reencarnación de Francis Garth, purgada, por decirlo de alguna manera, de su antigua hostilidad, y de regreso en la casa en la que había vivido hacía doscientos años para volver a encontrar un hogar? Ciertamente, desde aquel día ninguna aparición, hostil o malévola, ha vuelto a mirar a través de sus ventanas o a caminar sobre su pista de petanca.

Finalmente tampoco puedo dejar de ver una correspondencia entre lo que ocurrió entonces y lo ocurrido en los tiempos de la reina Ana, cuando Hugh Verrall tomó posesión de la hacienda; muchos podrían ver este suceso como la otra cara de la moneda, ya que el último Hugh Verrall, negándose a abandonar el lugar por causas que ahora serán puestas de manifiesto, se estableció, al igual que lo había hecho su ancestro, en una casa del pueblo, desde la que acudió a menudo a visitar la casa en la que había nacido, la cual volvía a pertenecer a la familia que la poseía cuando sus antepasados llegaron allí. También veo una correspondencia, que a buen seguro Hugh sería el último en pasar por alto, en el hecho de que Francis Jameson, al igual que Francis Garth, también tenía una hija. En este punto, sin embargo, me complace decir que esa estricta correspondencia se ha roto abruptamente, ya que mientras al primer Hugh Verrall le falló la suerte cuando decidió cortejar a la hija de Francis Garth, el segundo Hugh Verrall ha gozado de mucha más fortuna en su propósito. De hecho, acabo de regresar de su boda.

Betsy, de Rubem Fonseca



Betsy esperó el regreso del hombre para morir.

Antes del viaje él había notado que Betsy mostraba un apetito fuera de lo común. Después surgieron otros síntomas, ingestión excesiva de agua, incontinencia urinaria. Hasta entonces, Betsy sólo había padecido de cataratas en uno de los ojos. No le gustaba salir, pero antes del viaje entró inesperadamente con él en el ascensor, y los dos pasearon por la acera de la playa, algo que nunca habían hecho.

El día en que el hombre llegó, Betsy sufrió el derrame y dejó de comer. Veinte días sin comer, acostada en el lecho con el hombre. Los especialistas dijeron que no había nada que pudiera hacerse. Betsy sólo se levantaba de la cama para tomar agua.

El hombre permaneció con Betsy en la cama durante toda su agonía, acariciando su cuerpo, palpando con tristeza la flacura de sus ancas. El último día, Betsy, muy quieta, los ojos azules abiertos, miró al hombre con el mismo mirar de siempre, que confesaba la comodidad y el placer que su presencia y sus cariños le proporcionaban. Comenzó a temblar y él la abrazó con más fuerza. Sintiendo que sus miembros estaban fríos, el hombre trató de acomodarla mejor en el lecho. Ella entonces estiró el cuerpo, como si se desperezara, y echó la cabeza hacia atrás, en un gesto lleno de languidez. Después estiró aún más el cuerpo, y suspiró con fuerza. El hombre pensó que Betsy había muerto. Pero al cabo de algunos segundos ella lanzó otro suspiro. Horrorizándose de su meticulosa atención, el hombre contó, uno a uno, todos los suspiros de Betsy. En un breve intervalo ella exhaló nueve suspiros iguales, la lengua afuera, pendiendo a un lado de la boca. Luego empezó a golpear su vientre con los dos pies juntos, como hacía a veces, sólo que con mayor violencia. Después, se quedó inmóvil. El hombre pasó su mano levemente por el cuerpo de Betsy. Ella se desperezó y alargó los miembros por última vez. Estaba muerta. Ahora, el hombre sabía que estaba muerta.

La noche entera la pasó despierto a su lado, acariciándola suavemente, en silencio, sin saber qué decir. Habían vivido juntos dieciocho años.

Por la mañana, la dejó en el lecho y fue hasta la cocina y preparó un café puro. Fue a tomarlo en la sala. La casa nunca había estado tan vacía y tan triste.

Por fortuna, el hombre no había botado la caja de cartón de la licuadora. Regresó al cuarto. Cuidadosamente, puso el cuerpo de Betsy dentro de la caja. Con la caja debajo del brazo se dirigió a la puerta. Antes de abrirla y salir, se enjugó los ojos. No quería que lo vieran así.

No oyes ladrar los perros, de Juan Rulfo



— Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

— No se ve nada.

— Ya debemos estar cerca.

— Sí, pero no se oye nada.

— Mira bien.

— No se ve nada.

— Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

— Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

— Sí, pero no veo rastro de nada.

— Me estoy cansando.

— Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

— ¿Cómo te sientes?

— Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja. Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

— ¿Te duele mucho?

— Algo — contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco." Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía. Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

— No veo ya por dónde voy — decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

— ¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

— Este no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

— Bájame, padre.

— ¿Te sientes mal?

— Sí

— Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

— Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

— Quiero acostarme un rato.

— Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

— Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

— Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: "¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!" Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí esta mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: "Ese no puede ser mi hijo."

— Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

— No veo nada.

— Peor para ti, Ignacio.

— Tengo sed.

— ¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

— Dame agua.

— Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

— Tengo mucha sed y mucho sueño.

— Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces.

Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansase en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolo de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza; allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

— ¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quién darle nuestra lástima". ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

— ¿Y tú no los oías, Ignacio? — dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Los perros, el deseo y la muerte, de Boris Vian



Me han jodido... Mañana voy a la silla. Pero lo escribiré en cualquier caso, pues me gustaría dejar una explicación. El jurado, como es natural, no comprendió nada. Además, Slacks está muerta. Me resultaba difícil hablar sabiendo que no me creerían. Si Slacks hubiera podido arrojarse del coche, si hubiera podido venir a contarlo... Pero por fin todo ha terminado. Ya no hay nada que hacer. Al menos en este mundo.

Lo malo, cuando se es taxista, son las maniáticas costumbres que se adoptan. Se circula durante todo el día y, por fuerza, acaban por conocerse todos los barrios. Hay algunos que se prefieren a otros. Conozco tipos, por ejemplo, que se dejarían hacer picadillo antes de llevar a un cliente a Brooklyn. Yo los llevo de buen grado. Los llevaba, quiero decir, porque ya no podré volver a hacerlo. Sí, es cuestión de costumbre.

Como ésa que me dio de pasar casi todas las noches, hacia la una, por el Three Deuces. Cierta vez llevé a ese sitio a un cliente borracho perdido. Se empeñó en que entrara con él. Cuando salí, conocía de sobra el género de chicas que en aquel antro podían encontrarse. El resto vino rodado, como podrán comprobar por ustedes mismos...

Todas las noches, entre la una menos cinco y la una y cinco, pasaba por el lugar. Ella salía mas o menos a esa hora. En el Deuces actuaban cantantes con mucha frecuencia, y yo sabía quién era ella. La llamaban Slacks porque llevaba pantalones más a menudo que cualquier otro tipo de indumentaria (16). Después los periódicos dijeron también que era lesbiana. Casi siempre salía acompañada por los dos mismos fulanos, su pianista y su contrabajo, y se metían los tres en el coche del primero. Hacían un pase por otro antro, como diversión, y regresaban más tarde al Dcues para acabar la noche. Esto lo supe más tarde.

Nunca permanecía demasiado tiempo allí. No podía conservar libre mi taxi durante todo el rato ni tenerlo estacionado demasiado tiempo. Siempre había más clientes en aquel lugar que en ningún otro sitio del recorrido habitual.

Pero, en la noche de la que hablo, tuvieron una agarrada entre los tres que resultó cosa seria. Ella le atizó al pianista un soberano puñetazo en el rostro. Tenía la mano singularmente pesada la maldita. Lo tiró al suelo con tanta facilidad como lo hubiese hecho un poli. Desde luego, él iba bastante bebido, pero aunque hubiera estado sobrio creo que se habría caído. Sólo que, borracho como una cuba, quedó tendido en la acera, mientras que el otro intentaba reanimarle arreándole bofetadas tales como para arrancarle la cocotera. No pude ver el final porque la chica optó por largarse. Abrió la portezuela del taxi y se sentó a mi lado, en el trasportín. Después encendió un mechero, y se puso a contemplarme colocándomelo debajo de las narices.

-¿Quiere que encienda la luz?

Contestó que no, y apagó el mechero. Nos pusimos en marcha. Un poco más lejos, después de haber girado en York Avenue, le pregunté la dirección, pues me di cuenta de que todavía no me había dicho nada.

-Todo recto.

A mí me daba lo mismo, claro está; el contador estaba funcionando. Así que continué recto. A esa hora sigue habiendo gente en los barrios de las boîtes, pero en cuanto se deja el centro, se acabó: las calles están desiertas. Nadie lo cree, pero pasada la una, es peor que los suburbios. Algunos coches solamente, y un tipo de vez en cuando.

Después de la idea de sentarse a mi lado, no cabía esperar gran cosa de la normalidad de la chica. La veía de perfil. Tenía el pelo negro llegándole hasta los hombros, y el tono de piel tan pálido que le daba aspecto casi enfermizo. Los labios pintados de un rojo casi negro, daban a su boca la apariencia de una oscura madriguera. El coche seguía su camino. Por fin se decidió a hablar.

-Déjeme conducir.

Paré el automóvil. Estaba decidido a no llevarle la contraria. Había visto la manera en que acababa de poner fuera de combate a su amigo, y no me apetecía en absoluto tener que vérmelas con una hembra como aquella. Me disponía a echar pie a tierra cuando me agarró por el brazo.

-No merece la pena. Pasaré por encima de usted. Haga sitio.

Se sentó primero sobre mis rodillas y, a continuación, se deslizó a mi izquierda. Era de carnes firmes como una barra de hielo pero su temperatura era muy otra.

Se dio cuenta de que la cosa me había afectado; se puso a sonreír, pero sin malicia. Tenía aspecto de estar casi contenta. Cuando arrancó, pensé que la caja de velocidades de mi viejo cacharro iba a explotar.

Nos hundimos como veinte centímetros en los respectivos asientos, tan brutal fue su manera de poner el coche en marcha.

Nos acercábamos a la parte del Bronx después de haber atravesado Harlem River, y seguía pisando el acelerador como una loca. Cuando me movilizaron tuve ocasión de ver conducir en Francia a determinados fulanos. Desde luego sabían darle marcha a un automóvil, pero, aun así, no lo castigaban ni la cuarta parte que aquella furia con pantalones. Los franceses se limitan a ser peligrosos. Ella era un cataclismo. Sin embargo, yo seguía sin decir nada.

¡Oh, el asunto les hace sonreír! Seguramente piensan que con mi estatura y mis músculos habría podido poner en su sitio a la damisela. Pero no, tampoco ustedes lo hubieran intentado después de ver la boca de aquella chica y el aspecto de su cara al volante del coche. Pálida como un cadáver, y aquel agujero negro... La miraba de reojo sin decir ni pío y procuraba estar atento al mismo tiempo. No me hubiese gustado nada que un poli nos hubiera visto a los dos en el asiento de delante.

Como ya he dicho, tampoco podrían ustedes creer la poca gente que se ve a partir de determinada hora en una ciudad como Nueva York. La chica daba una vuelta tras otra metiéndose por no importa qué calle. Circulábamos manzanas enteras sin encontrar ni un gato y, de vez en cuando, distinguíamos a uno o dos individuos. Un mendigo, en ocasiones una mujer y personas que regresaban de su trabajo. Hay tiendas que no cierran antes de la una o las dos de la madrugada y otras que incluso permanecen abiertas toda la noche. Cada vez que veía un fulano sobre la acera de la derecha, la chica daba un volantazo y procuraba pasar rozando el bordillo, lo más

cerca posible del individuo en cuestión. Antes de llegar a su altura frenaba un poco. Después, daba un acelerón justo en el momento de pasar a su lado. Yo continuaba sin decir ni mus, pero a la cuarta vez que lo hizo, le pregunté:

-¿Para qué hace usted eso?

-Supongo que me divierte -contestó.

No respondí nada. Ella me miró. Como no me gustaba que separase los ojos de la calzada mientras conducía, la mano se me fue automáticamente a sujetar el volante. Entonces, como el que no quiere la cosa, me la golpeó con su puño derecho. Pegaba como un caballo. Se me escapó una maldición, y ella volvió a sonreír.

-Resultan tan ridículos cuando saltan en el aire al oír el ruido del motor...

Sin duda alguna, tenía que haber visto al perro que en aquel momento cruzaba la calle. Me dispuse a agarrarme a algún sitio para prevenir las consecuencias del frenazo. Pero, lejos de aminorar la marcha, aceleró a fondo. Pude sentir el choque y oír el ruido sordo proveniente de la parte delantera del automóvil.

-¡Cuernos! -exclamé-. ¡Está empezando a pasarse! Un perrazo como ése ha debido abollarme la cafetera...

-¡Cierra el pico!

Parecía estar en trance. Los ojos le parpadeaban y el cacharro comenzó a hacer ligeras eses. Dos manzanas mas adelante paró junto a la acera.

Intenté bajar para ver si el golpe había dejado señales en la carrocería, pero volvió a cogerme por el brazo. Respiraba resoplando como un caballo. En aquel momento, su cara... No, no puedo olvidar su cara... Ver a una mujer con esa expresión cuando es uno mismo quien la ha provocado es todo un placer, estamos de acuerdo... Pero estar a kilómetros de pensar en eso y verla así de repente... Había cesado de moverse y se limitaba a apretar cada vez con más fuerza el puño. Babeaba un poco. Tenía húmedas las comisuras de los labios. Miré hacia fuera. No sabía dónde estábamos, pero no había nadie. Su pantalón se abría con un cierre de cremallera. En el interior de un coche, por regla general, no suele quedar uno demasiado satisfecho. Pero, a pesar de eso, nunca olvidaré aquella vez. Ni siquiera mañana, cuando los muchachos me hayan afeitado ya la cabeza.

Un poco después la hice volver a pasar a la derecha y cogí de nuevo el volante. Casi inmediatamente me obligó a parar el coche. Se arregló lo mejor que pudo, sin parar de jurar como un carretero, y echó pie a tierra para acomodarse en la parte de atrás. Acto seguido me dio la dirección de una sala de fiestas a la que tenía que ir a cantar. Intenté darme cuenta de dónde nos encontrábamos. Me sentía perdido, como cuando uno se levanta después de un mes de convalecencia. Pero conseguí mantenerme en pie, cuando a mi vez, bajé para echar un vistazo a la parte delantera del coche. No tenía nada. Apenas una mancha de sangre extendida sobre la aleta derecha por efecto de la velocidad. Podía tratarse de cualquier tipo de mancha. Lo más rápido era dar media vuelta y regresar por el mismo camino.

La veía en el retrovisor. Iba fisgoneando por el cristal de la portezuela. Cuando distinguí la mancha negra de la carroña sobre la acera, volví a oírla. De nuevo respiraba con más fuerza. El perro se movía todavía un poco. Debíamos haberle quebrado los riñones, y el animal se había arrastrado hasta el bordillo.

Sentí ganas de vomitar y me noté desfallecer, pero, a mi espalda, ella comenzó a reírse. Viendo que me sentía mal, se puso a injuriarme en voz baja. Me decía cosas terribles, y hubiera podido poseerla otra vez allí mismo, en mitad de la calle.

No sé de qué estarán hechos ustedes, amigos, pero por mi parte, en cuanto la hube dejado en la sala de fiestas donde iba a seguir cantando, no pude quedarme fuera esperándola. Volví a ponerme en camino casi al instante. Tenía que volver a casa. Sentía necesidad de acostarme. Vivir solo no siempre resulta muy agradable, pero, carajo, felizmente estaba solo aquella noche. Ni siquiera me desnudé. Bebí algo de lo que tenía y me eché sobre el catre. Estaba muerto. Estaba verdaderamente muerto.

Por lo demás, al día siguiente por la noche estaba como un clavo en el mismo sitio, y la esperaba justo delante de la puerta. Bajé la bandera y me apeé para estirar un poco las piernas. Había movimiento en aquel lugar. No podía quedarme más rato. Y, sin embargo, la esperaba. Salió a la misma hora de siempre.

Puntual como un reloj, la chica aquella. Casi al instante me vio. Y, desde luego, me había reconocido. Los dos fulanos la seguían como de costumbre. Ella sonrió con su sonrisa habitual. No, no se cómo decirlo. Al verla frente a mí, sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Abrió la puerta del taxi, y los tres se metieron en su interior. Se me cortó la respiración. No me lo esperaba. Idiota, me dije. ¿Cómo no te has dado cuenta de que para una mujer como ésta todo se queda en caprichos? Una noche tal vez le hayas apetecido, pero la siguiente no eres más que un conductor de taxi. Un desconocido.

¡Y que lo digas...! ¡Un desconocido...! Conducía como un tarugo, y a punto estuve de empotrarme en la trasera del cochazo que llevábamos delante. Echaba humo, seguro. Me sentía mal y todo. Detrás de mí, los tres lo estaban pasando bomba. Ella les contaba historias con su voz hombruna, aquella voz, carajo, que parecía salir de la garganta a contrapelo. Oírla hacía el mismo efecto que una buena curda.

En cuanto llegamos, se apeó la primera. Los dos tipos ni siquiera hicieron intención de pagar. También la conocían... Desaparecieron en el interior del local, y ella se asomó a mi ventanilla para acariciarme la mejilla como si fuese un niño. Acepté su dinero. No tenía ganas de discusiones. Intenté decirle algo, pero no supe qué. Fue ella quien habló.

-¿Me esperas? -dijo.

-¿Dónde?

-Aquí. Salgo dentro de un cuarto de hora.

-¿Sola?

Yo no cabía en mi pellejo. Hubiera querido retirar lo dicho, pero ya no podía retirar nada. Me clavó las uñas en la mejilla.

-¡Habrás visto! -dijo.

Sonreía todavía. Yo apenas si me daba cuenta de nada. Me soltó casi enseguida. Me toqué el carrillo.

Sangraba.

-No es nada -añadió-. Te habrá dejado de sangrar cuando salga. Me esperas, ¿eh? Aquí.

Se metió en la boîte. Intenté verme en el retrovisor. Tenía tres marcas en forma de media luna en mitad de la mejilla. Una cuarta, algo mayor, frente a las anteriores. Apenas si salía sangre. No me dolían.

Así que esperé. Aquella noche no matamos nada. Por mi parte, tampoco obtuve recompensa.

Me pareció que hacía tiempo que no hacía el asunto ése. Como no hablaba mucho, tampoco sabía demasiado sobre su vida. En cuanto a mí, vivía aletargado durante el día y, por la noche, cogía el armatoste y me iba a buscarla. Ya no se sentaba a mi lado. Hubiera sido demasiado tonto dejarnos echar el guante por eso. Cuando lo pedía, yo me bajaba y ella se ponía en mi sitio. Al menos dos o tres veces por semana conseguíamos dar caza a algún perro o a algún gato.

Pienso que empezó a apetecerle algo más a partir del segundo mes. La cosa comenzaba a hacerle menos efecto que las primeras veces, y creo que por entonces se le ocurrió la idea de buscar una presa más importante. El asunto me parecía natural, para qué engañarles... Ella no reaccionaba ya como antaño, y a mí me apetecía que volviera a hacerlo. Sí, lo sé. Dirán que soy un monstruo, pero ustedes no conocieron a aquella chica. Matar un perro o matar a un niño; me hubiese dado igual con tal de complacerla. Así que nos cargamos a una joven de quince años. Estaba paseando con su amigo, un marinero. Volvían del parque de atracciones... Pero mejor será que lo cuente.

Slacks se mostraba implacable aquella noche. En cuanto se montó, me di cuenta de que necesitaba algo. Al instante comprendí que, aunque tuviéramos que rodar toda la noche, habría que encontrar algo.

¡Caray, la cosa se presentaba mal! Enfilé directamente por Queensborough Bridge y, desde allí, por las autopistas de circunvalación. Nunca había visto tantos coches y tan pocos peatones. Lo normal, me dirán ustedes, en las vías rápidas. Pero aquella noche no me lo parecía. No, no estaba en lo que hacía. Rodamos kilómetros y kilómetros. Dimos toda la vuelta y, al final, nos encontramos en pleno Coney Island. Slacks llevaba el volante desde hacía un rato. Yo iba detrás, procurando sujetarme bien en los virajes. Simplemente esperaba, como de costumbre. Dicho está que yo vivía aletargado. Y sólo me despertaba cuando ella pasaba a la parte de atrás para reunirse conmigo. ¡Cuernos! No quiero volver a pensar en ello. La cosa fue simple. Comenzaba a zigzaguear desde la Veinticuatro Oeste hacia la Veintitrés, cuando les vio. Se divertían aminando él sobre la acera y ella a su lado, por la calzada, para parecer aun mas pequeña. El muchacho era grandote, un mocetón. Vista de espaldas, la chica parecía muy joven. Tenía los cabellos rubios y llevaba un vestido diminuto. No había demasiada luz. Vi el movimiento de las manos de Slacks sobre el volante. Qué zorra. Bien sabía lo que se hacía. Cargó sobre el bordillo y enganchó a la chica a la altura de las caderas. Tuve la impresión de estar a punto de reventar. Sin embargo, reuní fuerzas para volver la cabeza. Como un amasijo de carne inerte, la joven estaba en el suelo. Su amigo gritaba y corría detrás de nosotros. Después vi salir de su escondrijo un coche verde, uno de los antiguos patrulleros de la policía.

-¡Más rápido! -grité.

Ella me miro un segundo, y a punto estuvimos de subirnos a la acera.

-¡Pisa...! ¡Pisa...!

Sé muy bien lo que me perdí en aquel momento. Lo sé. No veía más que su espalda, pero sé perfectamente lo que hubiera sido. Por eso, ahora, todo me importa un rábano, ¿me entienden? Por eso es por lo que me importa un bledo que los muchachos vayan a afeitarme el coco mañana por la mañana. Es más, por mí como si me quieren dejar flequillo, cosa de reírse un rato; o pintarme de verde, como el coche de la policía. Me da absolutamente igual, ¿me entienden?

Slacks pisaba. Consiguió salir del paso y desembocamos en Surf Avenue. La vieja cafetera hacía un ruido horroroso. Detrás, la de la policía debía estar empezando a darnos alcance.

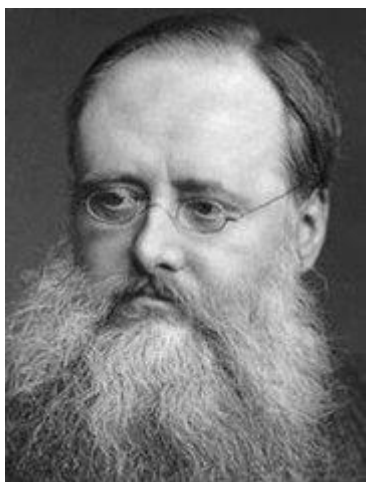
Poco después alcanzamos una rampa de acceso a la autopista. Se acabaron los semáforos rojos.

¡Caray! ¡Si hubiera tenido otro coche...! Todo se conjuraba. Y el de atrás arrastrándose también, pero pisándonos los talones. Parecía una carrera de caracoles. Era como para arrancarse las uñas con los dientes.

Slacks ponía de su parte todo lo que podía. Yo seguía no viendo más que su espalda, pero sabía lo que le apetecía, y me apetecía tanto como a ella. Le chillé una vez mas: «¡Pisa!». Y pisó. A continuación volvió la cabeza un segundo. Otra patrulla desembocaba en aquel momento por una rampa en la pista. Ella no la vio. Nos alcanzaba por la derecha. Por lo menos venía a setenta y cinco por hora. Al ver el árbol me hice una bola, pero ella ni siquiera se inmutó. Cuando me sacaron de entre la chatarra berreaba como un animal, y Slacks seguía sin moverse. El volante le había hundido el tórax. La extrajeron con muchas dificultades tirando de sus pálidas manos. Tan pálidas como su cara. Babeaba todavía ligeramente. Tenía los ojos abiertos. Yo tampoco podía moverme a causa de mi pata, que se me había doblado de mala manera. Pero les pedí que acercaran su cuerpo a mi lado. Entonces fue cuando vi sus ojos. Y después la vi a ella. Tenía sangre por todas partes. Chorreaba sangre. Salvo del rostro.

Le quitaron el abrigo de piel y vieron que no llevaba nada debajo, excepto los pantalones. La pálida carne de sus caderas parecía asexuada y muerta bajo el resplandor de los reflectores de sodio que iluminaban la calzada. La cremallera del pantalón estaba ya abierta cuando nos dimos contra el árbol...

La mano muerta, de Wilkie Collins



Cuando el presente siglo diecinueve era muchos años más joven de lo que es ahora, cierto amigo mío llamado Arthur Holliday llegó a la ciudad de Doncaster justo en plena semana de las carreras, o en otras palabras, a mediados de septiembre.

Era uno de estos jóvenes caballeros atolondrados, perdonavidas, afectuosos y parlanchines que poseen el don de la familiaridad en sumo grado, trepando por la vida descuidadamente, haciendo amigos por doquiera que vayan. Su padre era un rico fabricante y había comprado una propiedad en el Condado lo suficientemente grande como para causar la envidia de todos los caballeros bien nacidos del contorno. Arthur

era su único hijo, futuro propietario de la finca y la gran empresa a la muerte de su padre; en vida de éste, no le faltaba dinero ni nadie le pedía cuentas.

Será rumor o difamación, como prefiráis, pero se decía que el anciano caballero fue bastante alocado en su juventud y que, a diferencia de muchos padres, no le parecía mal que su hijo siguiese el mismo camino. Puede ser cierto o no. Personalmente sólo conocí a Mr. Holliday entrado en años y por entonces era el más tranquilo y respetable caballero que jamás conociera.

Bien, como iba diciendo, un mes de setiembre el joven Arthur llega a Doncaster, habiendo decidido de repente, dado su carácter casquivano, ir a las carreras. Solo llegó a la ciudad hasta el atardecer y enseguida fue a procurarse cena y cama en el mejor hotel. Estaban dispuestos a darle cena, pero todos rieron en cuanto mencionó la cama. En Doncaster, en la semana de las carreras, los visitantes que no han reservado alojamiento suelen pasar la noche en sus carruajes a la puerta de la posada. Yo mismo he visto forasteros poco afortunados, durmiendo bajo los portales. Incluso siendo rico, las probabilidades de Arthur de encontrar alojamiento eran también dudosas (visto que no había escrito con antelación para reservarlo). Probó el segundo hotel, y el tercero, y después dos de las posadas, obteniendo siempre la misma respuesta. No quedaba un solo alojamiento para la noche. Todo el dinero de sus bolsillos no le procuraría una cama en Doncaster durante la semana de las carreras.

Para un joven del temperamento de Arthur, la novedad de ser echado a la calle como un vulgar vagabundo de cada casa donde pidió habitación, se presentaba como una experiencia nueva y divertida. Siguió cargado con su maleta, pidiendo una cama en todos los lugares posibles que pudo encontrar en Doncaster, hasta que se halló en las afueras de la ciudad.

Para entonces, el último resplandor del crepúsculo se había desvanecido, la luna asomaba empañada en niebla, el viento era frío, las nubes se amontonaban pesadamente y, ila perspectiva era que pronto iba a llover!

Ante el mal cariz de la noche se derrumbaron las buenas intenciones del joven Holliday. Empezó a contemplar su situación desde un punto de vista más serio que divertido, y buscó a su alrededor alguna otra posada, ansioso por su difícil alojamiento nocturno.

Los suburbios de la ciudad hacia donde se había desviado no estaban iluminados y no podía ver gran cosa de las casas por las que pasaba, excepto que cada vez eran más pequeñas y sucias cuanto más se alejaba. Al final de la ventilada calle por la que ahora transitaba, brillaba el torpe destello de una lámpara de aceite, la débil y solitaria luz luchando inútilmente con la neblinosa oscuridad de su entorno. Decidió llegar hasta la luz y entonces, si no había allí nada parecido a una posada, volver al centro de la ciudad e intentar asegurarse al menos una silla para pasar la noche en uno de los principales hoteles.

Cuando llegó cerca de la luz, oyó voces y acercándose vio que ésta iluminaba la entrada de un patio estrecho en cuya pared estaba pintada en un desteñido color carne una larga mano señalando con un flaco dedo índice esta inscripción:

LOS DOS PETIRROJOS

Sin dudarle, Arthur entró en el patio para ver lo que *Los dos petirrojos* podían hacer por él. Cuatro o cinco hombres estaban de pie al lado de la puerta, al final del patio, de cara a la entrada de la calle. Los hombres escuchaban a otro individuo, mejor vestido que los demás, contando a su audiencia algo en voz baja que parecía interesarles mucho.

Al entrar en el patio, Arthur fue adelantado por un forastero con una mochila en la mano, que evidentemente dejaba la casa:

-No -dijo el hombre de la mochila, dándose la vuelta y dirigiéndose animadamente hacia un hombre gordo, calvo, de aspecto astuto, con un sucio delantal blanco, que le había seguido por el pasillo-, no, señor posadero, no me asusto fácilmente por fruslerías; pero no me importa confesar que no puedo soportar esto. Al oír estas palabras, el joven Holliday pensó que al forastero le habían pedido un precio exorbitante por una cama en *Los dos petirrojos* y que no quería o podía pagarlo. En cuanto se dio la vuelta, Arthur, muy seguro de sus bolsillos llenos, se dirigió apresuradamente, por miedo de que otro viajero sorprendido por la noche se le anticipase, al astuto posadero del sucio delantal y la cabeza pelada.

-Si tiene una cama para alquilar -le dijo-, y este caballero que se ha ido no le paga su precio, yo lo haré.

-¿Lo hará, señor? -preguntó el posadero de un modo meditabundo y dudoso.

-Dígame su precio -insistió el joven Holliday, pensando que la duda del posadero provenía de algún rústico recelo hacia él-. Dígame su precio y le daré el dinero en seguida, si quiere.

-¿Está dispuesto a darme cinco chelines? -preguntó el posadero, restregándose la papada y mirando pensativamente al cielo sobre su cabeza.

Arthur casi se le rio en la cara; pero pensando que era prudente controlarse, ofreció los cinco chelines con la mayor seriedad que le fue posible. El posadero tendió la mano, pero repentinamente la retiró.

-Usted actúa justamente -dijo-, y antes de tomar su dinero, haré lo mismo con usted. Mire, las cosas están así. Por cinco chelines puede tener una cama para usted solo, pero sólo puede tener la mitad de la habitación en donde se halla. ¿Entiende lo que quiero decir, joven?

-Naturalmente -contestó Arthur algo irritado-. ¿Quiere decir que es una habitación doble y que una de las camas ya está ocupada?

El posadero asintió con la cabeza y restregó de nuevo su papada más fuerte que antes. Arthur dudó y mecánicamente descendió uno o dos escalones hacia la puerta. La idea de dormir en una misma habitación con un perfecto desconocido, no le resultaba una perspectiva muy agradable.

Estuvo tentado de guardar los cinco chelines en el bolsillo y salir a la calle otra vez.

-¿Sí o no? -inquirió el posadero-. Decídase cuanto antes, porque hay mucha gente además de usted que quiere una cama esta noche en Doncaster.

Arthur miró hacia el patio, oyendo la fuerte lluvia repiquetear en la calle. Pensó que haría una o dos preguntas antes de decidir, imprudentemente, dejar *Los dos petirrojos*.

-¿Qué clase de hombre ocupa la otra cama? -preguntó-. ¿Es un caballero? Quiero decir... ¿es una persona tranquila y educada?

-El hombre más tranquilo que jamás me he cruzado -dijo el posadero, frotando furtivamente sus gordezuelas manos una sobre otra-. Tan sobrio como un juez y tan regular en sus costumbres como un reloj. No hace ni diez minutos que han sonado las nueve y ya está en cama. No sé si ésta es la idea que usted tiene de un hombre tranquilo, pero puedo decirle que lo es mucho más de la que yo tengo.

-¿Usted cree que duerme? -preguntó Arthur.

-Sé que duerme -contestó el posadero-, y lo que es más, se ha ido tan deprisa que le garantizo que no le despertará. Por aquí, señor -dijo el posadero hablando por encima del joven Holliday, como si se dirigiese a un nuevo huésped que se acercase a la casa.

-Aquí tiene -dijo Arthur, decidido a adelantarse al forastero, quien quiera que fuese-. Tomo la cama.

Le dio los cinco chelines al posadero, quien asintió con la cabeza, guardó cuidadosamente el dinero en el bolsillo de su chaleco y encendió una vela.

-Suba y vea la habitación -le dijo al nuevo huésped de *Los dos petirrojos*, señalándole el camino hacia la escalera, bastante ágil, considerando lo gordo que estaba.

Subieron al segundo piso de la casa. El posadero entreabrió una puerta frente al rellano, entonces se detuvo y se giró hacia Arthur.

-Tenga en cuenta que es un trato tan justo por mi parte como por la suya -dijo-. Usted me da cinco chelines y yo a cambio le doy una cama limpia y cómoda; le garantizo, de antemano, que no será interrumpido o molestado por el hombre que duerme en su misma habitación.

Habiendo dicho estas palabras, miró fijamente por un momento a la cara del joven Holliday y entonces le hizo pasar a la habitación.

Era más grande y limpia de lo que Arthur esperaba. Las dos camas estaban paralelas, con una separación de unos dos metros entre las mismas. Eran de la misma

medida y ambas tenían las mismas cortinas blancas, que se podían correr, si era necesario, a su alrededor.

La cama ocupada era la que estaba más cerca de la ventana. Las cortinas estaban corridas a su alrededor, excepto una parte en un extremo, en el lado de la cama más alejado de la ventana. Arthur vio los pies del hombre que dormía, levantando un pequeño y puntiagudo montón en las escasas ropas, como si estuviera echado sobre su espalda. Tomó la vela y avanzó suavemente para correr la cortina, se detuvo a medio camino y escuchó por un momento; luego se volvió hacia el posadero.

-Es un durmiente muy silencioso -dijo Arthur.

-Sí -dijo el posadero-, muy silencioso.

El joven Holliday avanzó con la vela en la mano y miró al hombre cautamente.

-¡Qué pálido está! -comentó.

-Sí -afirmó el posadero-, bastante pálido, ¿no?

Arthur miró al hombre más de cerca. Las sábanas estaban subidas hasta su barbilla y yacían perfectamente inmóviles sobre su pecho. Sorprendido y vagamente asustado al ver aquello, Arthur se inclinó más sobre el extraño, miró sus cenicientos labios partidos, escuchó reteniendo la respiración por un instante, miró otra vez la extraña cara inanimada, los inmóviles labios y el pecho. Se volvió hacia el posadero con sus propias mejillas tan pálidas por el momento como las hundidas mejillas del hombre de la cama.

-Venga aquí -susurró, sin aliento-. ¡Venga aquí, por Dios! Este hombre no duerme, está muerto.

-Lo ha averiguado antes de lo que esperaba -dijo el posadero, sosegadamente-. Sí, está muerto, seguro. Ha muerto hoy, a las cinco en punto.

-¿Cómo ha muerto? ¿Quién es? -preguntó Arthur, titubeando ante la audaz frialdad de la respuesta.

-En cuanto a quién es -continuó el posadero-, no sé de él más que usted. Aquí están sus libros, cartas y cosas, selladas en este sobre marrón para la encuesta del juez que se celebrará mañana o pasado. La semana que ha vivido aquí ha estado casi siempre dentro como si estuviera enfermo. Mi chica le subió el té hoy a las cinco y cuando lo estaba tomando cayó en un desmayo o ataque, o una mezcla de ambas cosas, por lo que sé. No pudimos reanimarle y el doctor dijo que estaba muerto. Y aquí está. La encuesta del juez se hará lo antes posible y esto es todo lo que sé.

Arthur mantuvo la vela cerca de los labios del hombre. La inmóvil llama ardía hacia arriba regularmente. Hubo un momento de silencio; la lluvia golpeaba monótonamente contra los vidrios de las ventanas.

-Si no tiene nada más que decirme -continuó el posadero-, supongo que me puedo ir. ¿No querrá sus cinco chelines de vuelta, verdad? Aquí está la cama que le prometí, limpia y cómoda. Aquí está el hombre que le garanticé que no le molestaría, silencioso para siempre en este mundo. Si tiene miedo de quedarse solo con él no es asunto mío. He mantenido mi parte del trato y pienso guardar el dinero. Yo no soy de Yorkshire, joven caballero, pero he vivido lo bastante en estos lugares para agudizar mi ingenio y

me pregunto si la próxima vez que venga aquí encontrará el modo de avivar el suyo. Con estas palabras el posadero se volvió hacia la puerta, riendo para sí suavemente, muy satisfecho de su propia malicia.

Para entonces, Arthur, asustado y sobresaltado como estaba, se iba recobrando para sentirse indignado por el engaño de que había sido objeto y también por la insolente manera con que el posadero exteriorizaba su regocijo por ello.

-No se ría -le dijo, cortante-, hasta que sepa que puede reírse de mí. No tendrá los cinco chelines por nada. Me quedo la cama.

-¿Lo hará? -dijo el posadero-. Entonces le deseo un buen descanso. Con esta breve despedida salió y cerró la puerta tras sí.

¡Un buen descanso! Apenas dichas estas palabras, en cuanto se cerró la puerta, Arthur se arrepintió de las palabras que se le acababan de escapar. Aunque no fuese muy sensible ni le faltase el coraje moral y psíquico, la presencia del muerto produjo instantáneamente un escalofriante efecto en su mente en cuanto se quedó solo en la habitación. Estaba obligado, por sus precipitadas palabras, a permanecer allí hasta la mañana siguiente.

A un hombre más viejo no le hubiesen importado nada las palabras, y hubiese actuado sin referirse a ellas, con sentido común. Pero Arthur era demasiado joven para rechazar el ridículo ante sus inferiores, demasiado joven para pasar por ver humillada su propia jactancia, así que no podía negarse a la prueba: tenía que pasar la noche en el mismo cuarto que el muerto.

«Sólo son unas pocas horas -pensó para sí-, me puedo ir en seguida por la mañana.»

Mientras este pensamiento cruzaba su mente estaba mirando la cama ocupada, y el bulto de los pies llamó su atención. Se adelantó y corrió las cortinas, absteniéndose al hacerlo de mirar la cara del muerto, intentando no grabar una impresión funesta en su mente. Corrió las cortinas con suavidad y suspiró involuntariamente al hacerlo.

«Pobre hombre -pensó, casi tan tristemente como si lo hubiese conocido-. ¡Ah! pobre hombre.»

Fue hacia la ventana. La noche era oscura y no se veía nada. La lluvia continuaba golpeando fuertemente los cristales. Dedujo al oírlo que la ventana daba a la parte trasera de la casa ya que delante quedaba resguardada por el patio y los edificios superiores.

Siguió de pie ante la ventana, escuchando con alivio el ruido monótono de la lluvia, que era algo vivo que le acompañaba. Mientras seguía allí oyó sonar las campanas de una iglesia lejana: eran las diez.

¡Sólo las diez! ¿Cómo iba a pasar las horas hasta que la casa despertase por la mañana?

En otras circunstancias habría bajado al bar, pedido una bebida, charlando y riendo con la gente allí reunida, tan familiarmente como si se conocieran de toda la vida. Pero detestaba la sola idea de pasar el rato de este modo. La situación en que se había colocado le estaba alterando profundamente. Hasta ahora su vida había sido la de un joven frívolo y despreocupado, sin problemas ni pruebas que afrontar. No había

perdido a nadie que amase o amigo que apreciase. Hasta esta noche, ni siquiera en pensamiento, se había topado con la muerte.

Dio varias vueltas por la habitación y se detuvo. En sus oídos resonó el ruido que hacían sus botas en el suelo pobremente alfombrado. Dudó un poco y acabó por quitárselas y caminar hacia un lado y otro silenciosamente.

Había abandonado ya todo deseo de dormir o descansar. La idea de echarse en la cama desocupada le hizo imaginarse una espantosa mímica de la postura del muerto. ¿Quién era? ¿Cuál era su pasado? Debía de haber sido pobre o no hubiese pasado por un lugar como *Los dos petirrojos*, probablemente estuviese debilitado por una larga enfermedad o no hubiese muerto como describió el posadero. Pobre, enfermo, solitario, muerto en un lugar extraño, muerto, tan sólo con un forastero para apiadarse de él. Una triste historia; verdaderamente, mirándolo bien, una historia muy triste.

Mientras estas ideas pasaban por su cabeza, se había detenido al lado de la ventana que estaba cerca de la cama con las cortinas corridas.

Primero miró como ausente; después se dio cuenta de que sus ojos estaban fijos en la cama; entonces le poseyó un perverso deseo de hacer lo que hasta ahora había evitado: mirar al muerto.

Tendió sus manos hacia las cortinas, pero dándose cuenta giró rápidamente y anduvo hacia la chimenea, para ver lo que había sobre la repisa e intentar de este modo dejar de obsesionarse por el muerto.

Encima de la chimenea había un tintero con un poco de tinta en el recipiente, dos toscas porcelanas de lo más vulgares, una sucia tarjeta, repujada con una serie de acertijos impresos en todas direcciones y en varios colores. Tomó la tarjeta y fue a leerla en la mesa donde estaba la vela, sentándose resueltamente de espaldas a la cama tapada.

Empezó a leer el primer acertijo, el segundo, el tercero, siguiendo la primera esquina; le dio la vuelta con impaciencia para mirar la otra cara. Antes de empezar a leerla el sonido de la campana de la iglesia le interrumpió.

Las once.

Había pasado una hora en la habitación del muerto.

Miró de nuevo la tarjeta. Era difícil ver las letras a causa de la poca luz que le había dejado el posadero -una vela de sebo- con un par de anticuadas pantallas de acero. Hasta ahora su mente había estado demasiado ocupada para pensar en ello.

Había dejado la mecha de la vela hasta que había pasado la llama y ardía con una extraña forma de tejadillo, en el tope del cual iban cayendo pedacitos de algodón carbonizados en pequeños copos. Arregló la mecha, la luz brilló directamente y la habitación resultó menos oscura.

De nuevo volvió a los acertijos, leyéndolos terca y resueltamente, ahora en una esquina, ahora en otra. A pesar de todos sus esfuerzos no podía fijar su atención. Siguió mecánicamente en su ocupación sin entender lo que leía. Era como si una sombra de la cama se interpusiese entre su mente y las alegres letras, una sombra que nada podía disipar. Al fin abandonó el esfuerzo, tiró la tarjeta con impaciencia y volvió a su paseo suave por la habitación.

¡El muerto, el muerto, el muerto oculto en la cama!

De nuevo la persistente idea obsesionándole.

¡Oculto! ¿Era sólo el cuerpo que yacía allí o era que aquel cuerpo estaba oculto, lo que le preocupaba? Se detuvo ante la ventana, oyendo de nuevo el golpeteo de la lluvia, atisbando hacia la negra oscuridad.

¡Todavía el muerto!

La oscuridad le obligó a volver en sí e hizo trabajar su memoria, reviviendo con una vívida y penosa claridad la impresión que tuvo cuando vio el cuerpo por primera vez. De pronto, le pareció que aquella cara se levantaba en medio de la oscuridad, encarándosele a través de la ventana, con su pálida blancura, la terrible y sombría línea de luz entre los imperfectamente cerrados párpados, más abiertos que antes, los labios separándose más y más, las facciones creciendo y moviéndose, hasta que parecieron llenar la ventana y acallar la lluvia y apagar la noche.

El sonido de una voz gritando desde el inicio de la escalera le sustrajo repentinamente del sueño de su perturbada fantasía.

Reconoció la voz del posadero.

-Cierra a las doce, Ben -le oyó decir-; me voy a dormir.

Enjugó el sudor de su frente, razonó consigo mismo por un rato y resolvió librar su mente de la horrible fealdad que aún persistía, obligándose a afrontar, aunque sólo fuese por un momento, la solemne realidad. Sin permitirse un momento de duda, separó las cortinas a los pies de la cama y miró.

Allí estaba, apoyada en la almohada, la cara blanca, triste, tranquila, con su terrible misterio de quietud. ¡Ningún movimiento, ningún cambio! Lo miró un instante antes de correr las cortinas de nuevo, pero este momento le calmó, le devolvió en mente y cuerpo a sí mismo. Volvió a su anterior ocupación de andar arriba y abajo de la habitación, perseverando esta vez, hasta que el reloj sonó de nuevo.

Las doce.

Mientras se apagaba el eco de las campanadas, le siguió abajo el confuso ruido de los bebedores que se marchaban. El próximo ruido después de un corto silencio, fue el de los cerrojos al cerrar la puerta y el de los postigos detrás de la posada. Luego siguió el silencio y ya no fue turbado por nada.

Ahora estaba solo, absoluta, desesperadamente solo con el hombre muerto, hasta la próxima mañana.

Tenía que arreglar la mecha de nuevo. Iba a hacerlo, pero de repente miró con atención a la vela, luego detrás, sobre su hombro, a la cama tapada, y de nuevo la vela. La habían cambiado por primera vez para mostrarle el camino por la escalera y casi la tercera parte se había consumido. Pasada otra hora se quedaría a oscuras, a menos que llamase en seguida al hombre que había cerrado la posada, para pedirle una vela nueva.

Su mente se había visto muy afectada desde que entró en la habitación y su absurdo miedo de quedar en ridículo y que se pusiese en duda su coraje seguía influyéndole.

Se demoró, indeciso, alrededor de la mesa, esperando hasta convencerse para abrir la puerta y llamar desde el rellano al hombre que había cerrado la posada. En su actual estado de ánimo, tan dubitativo, era una especie de descanso ganar unos pocos instantes ocupándose en la fútil ocupación de reanimar la llama. Su mano temblaba un poco cuando aprtó la mecha, que cerró un poco demasiado abajo. En un instante la vela se apagó y la habitación quedó sumida en una total oscuridad.

La impresión que la ausencia de luz produjo instantáneamente en su mente fue de angustia por la cama tapada, angustia que no tenía una forma precisa, pero que era lo bastante fuerte, en su vaguedad, para dejarlo pegado a la silla, hacer latir más rápido su corazón y dejarlo escuchando intensamente.

Ningún sonido en la habitación, sino el ruido de la lluvia contra la ventana, más alto y violento ahora. Todavía la vaga angustia, el inexplicable miedo lo poseía y mantenía en la silla. Puso la maleta encima de la mesa, sacó la llave de un bolsillo, la abrió y buscó su caja-escritorio donde sabía que había una caja de cerillas. Cuando tuvo una cerilla entre sus dedos esperó antes de frotarla en la tosca mesa de madera, escuchando intensamente de nuevo, sin saber por qué. Seguía sin haber otro ruido en la habitación que el persistente e incesante repiqueteo de la lluvia.

Encendió la vela de nuevo sin más demora y en el instante de encenderla, el primer objeto que vio en la habitación fue la cama tapada.

Justo antes de que se acabara la luz había mirado en aquella dirección y no había observado ningún cambio, ningún desarreglo en los pliegues de las cortinas ajustadamente corridas.

Cuando ahora miró hacia la cama, vio colgando por un lado de ésta una mano larga y blanca.

Yacía perfectamente inmóvil a mitad de aquel lado de la cama, donde se unían la cortina de la cabecera y la de los pies. No se veía nada más. Las colgantes cortinas ocultaban todo menos la larga mano blanca.

Se la quedó mirando, incapaz de moverse, incapaz de llamar, no sintiendo nada, no sabiendo nada, todas sus facultades sumándose y perdiéndose, excepto la vista.

Nunca pudo explicar por cuanto tiempo mantuvo este primer pánico. Pudo haber sido un instante. Pudieron ser muchos minutos. Cómo llegó a la cama, si fue corriendo o lentamente, cómo consiguió descorrer las cortinas y mirar dentro, nunca lo ha recordado ni lo recordará mientras viva.

Bástenos saber que sí llegó hasta la cama y miró detrás de las cortinas.

El hombre se había movido.

Uno de sus brazos estaba fuera de las sábanas; su cara había girado un poco en la almohada; sus párpados estaban muy abiertos. Sin embargo, a pesar del cambio de posición y expresión, la cara seguía perfectamente inmutable. La palidez y quietud de la muerte aparecían en su inmovilidad.

Una mirada mostró esto a Arthur, una mirada antes de que volase sin resuello hacia la puerta y alarmase a toda la casa.

El hombre a quien el posadero llamara Ben fue el primero en aparecer por la escalera. En tres palabras, Arthur le contó lo que ocurría y le mandó a buscar al médico más próximo.

Yo, que os cuento esta historia, estaba por entonces en casa de un amigo médico, ejerciendo en Doncaster y cuidando de sus pacientes durante su visita a Londres; y yo, por aquel tiempo, era el médico más próximo a la posada. Me mandaron a llamar cuando el forastero se puso enfermo por la tarde, pero no estaba en casa y buscaron en otro sitio. Cuando el hombre de *Los dos petirrojos* llamó al timbre, de noche, estaba pensando en acostarme.

Naturalmente, no creí una palabra de la historia acerca «del hombre muerto que ha vuelto a la vida de nuevo». Sin embargo, me calé el sombrero, cogí uno o dos frascos de medicina estimulante y corrí hacia la posada, no esperando encontrar nada más extraordinario que un paciente con un ataque.

Mi sorpresa al averiguar que el hombre me había contado la verdad, fue tal, si no igual, que mi sorpresa al encontrarme cara a cara con Arthur Holliday tan pronto como entré en el dormitorio. No había tiempo entonces para dar o pedir explicaciones. Nos estrechamos la mano asombrados, y ordené que todos, menos Arthur, salieran de la habitación y me precipité hacia la cama.

El fuego de la cocina aún no se había apagado. Había mucha agua caliente y franela. Con esto, mis medicinas y toda la ayuda que Arthur pudo darme bajo mi dirección, arranqué al hombre literalmente de las puertas de la muerte. En menos de una hora desde mi llegada, estaba vivo y hablando en la cama donde había yacido esperando la encuesta del juez.

Naturalmente, me preguntaron qué le había pasado, y podría deleitarles, en respuesta, con largas teorías, llenas de lo que los niños llaman palabras difíciles. Prefiero contar, sin embargo, que en este caso causa y efecto no podían juntarse satisfactoriamente en una teoría.

Hay misterios de la vida humana y sus condiciones de los que la ciencia no ha comprendido aún nada; les confieso cándidamente que al devolver a aquel hombre a la existencia estaba, moralmente hablando, dando palos de ciego en la oscuridad. Sé (por el testimonio del médico que le atendió por la tarde) que la maquinaria vital, hasta donde pueden apreciar nuestros sentidos, se había, en este caso, parado indudablemente; también estoy seguro (ya que lo recobró) que el principio vital no se había extinguido. Cuando añadido que había sufrido una larga y complicada enfermedad y que todo su sistema nervioso estaba completamente trastornado, os he contado todo lo que realmente sé de la condición física de mi paciente muerto-vivo en *Los dos petirrojos*.

Cuando «volvió en sí», como se dice, era algo sorprendente de mirar, con su cara descolorida, sus hundidas mejillas, sus extraviados ojos negros y su largo cabello negro. La primera pregunta que me hizo sobre su persona, cuando pudo hablar, me hizo sospechar que me hallaba ante un hombre de mi profesión. Le mencioné esta conjetura y me confirmó que estaba en lo cierto.

Dijo que venía de París, donde trabajó en un hospital; que recientemente había regresado a Inglaterra, para dirigirse a Edimburgo para continuar sus estudios; que se había puesto enfermo durante el viaje y que se había detenido en Doncaster para descansar y recuperarse. No añadió una palabra ni siquiera sobre su nombre, y

naturalmente, no le pregunté nada al respecto. Sólo le pregunté, cuando dejó de hablar, qué especialidad pensaba cursar.

-Cualquiera -dijo amargamente- que dé de comer a un pobre.

Ante esto, Arthur, que hasta ahora lo observaba en silenciosa curiosidad, prorrumpió impetuosamente en su usual modo humorístico: -Mi querido muchacho (todo el mundo era «mi querido muchacho» para Arthur), ahora que ha vuelto a la vida, no empiece siendo pesimista en sus proyectos. Le diré que puedo ayudarle y si yo no puedo, sé que mi padre puede.

El estudiante de medicina lo miró fijamente.

-Gracias -dijo con frialdad-. ¿Puedo preguntarle quién es su padre? -añadió.

-Es bien conocido en esta parte del país -contestó Arthur-. Es un importante fabricante y su nombre es Holliday.

Mi mano estaba sobre la muñeca del hombre durante esta breve conversación. -En el momento en que fue pronunciado el nombre de Holliday, sentí acelerarse el pulso bajo mis dedos, detenerse, seguir de golpe y latir luego por un instante o dos, con febrilidad.

¿Cómo ha venido usted aquí? -preguntó el forastero, rápido, excitado, casi apasionadamente.

Arthur le explicó brevemente lo sucedido desde que alquilara la cama en la posada.

-Estoy en deuda entonces con el hijo de Mr. Holliday, por la ayuda que me ha salvado la vida -dijo el estudiante de medicina, hablando consigo mismo, con un raro sarcasmo en su voz-. Venga aquí.

Mientras hablaba, tendió su larga, blanca y huesuda mano derecha.

-Con todo mi corazón -dijo Arthur, estrechando la mano cordialmente-. Puedo confesarlo ahora -continuó, riendo-, sobre mi honor, casi pierdo el juicio del miedo.

El forastero no parecía escuchar. Sus fieros ojos negros miraban fijamente la cara de Arthur y sus largos dedos huesudos aferraban su mano. El joven Holliday, por su parte, devolvió la mirada, asombrado y perplejo por el raro lenguaje y modos del estudiante de medicina. Las dos caras estaban juntas; miré a ambos y para mi sorpresa quedé impresionado por el parecido entre ellos, no en las facciones o complexión, sino en la expresión. Debió de ser un fuerte parecido o yo no lo hubiese notado, ya que soy muy lento para darme cuenta de los parecidos.

-Me ha salvado la vida -dijo el forastero, sin dejar de mirar fijamente a la cara de Arthur, apretando aún su mano-. Si hubiese sido mi propio hermano, no habría hecho más.

Puso un gran énfasis en estas tres palabras: «mi propio hermano» y su cara cambió de aspecto cuando lo dijo; un cambio que no podría describir.

-Espero que aún podré ayudarle -dijo Arthur-. Hablaré con mi padre en cuanto llegue a casa.

-Parece estar orgulloso de su padre y quererlo mucho -dijo el estudiante de medicina-. ¿Supongo que él también está orgulloso de usted?

-Naturalmente que lo está -contestó Arthur riendo-. ¿Hay algo maravilloso en ello? ¿No está su padre orgulloso...?

Repentinamente, el forastero soltó la mano de Holliday y volvió la cara.

-Perdone -dijo Arthur-. Espero no haberle herido involuntariamente: ¿No habrá perdido a su padre?

-No puedo perder lo que nunca he tenido -respondió el estudiante con una risa sarcástica.

-¡Lo que nunca ha tenido!

El forastero repentinamente tomó la mano de Arthur y le miró de nuevo a la cara fijamente.

-Sí -dijo, repitiendo la risa amarga-. Ha traído de nuevo al mundo a un pobre diablo que nada tiene que hacer en él. ¿Le sorprende? Tengo el gusto de contarle lo que generalmente otros en mi situación guardan en secreto. No tengo nombre ni padre. ¡La caritativa ley de la sociedad me dice que soy el hijo de nadie! Pregúntele a su padre si también será el mío, y ayúdeme a encontrar un camino en esta vida mía sin apellido.

Arthur me miró más perplejo que nunca.

Le indiqué con una seña que no comentase nada al respecto y de nuevo puse mis dedos en su muñeca. No. A pesar de la extraordinaria confesión que acababa de hacer no estaba, como yo suponía, empeorando. Su pulso era ahora regular y su piel húmeda y fresca. No había ningún síntoma de fiebre.

En vista de que ninguno de nosotros le contestaba, se volvió hacia mí y empezó a comentar la extraña naturaleza de su caso, pidiéndome consejo sobre el tratamiento médico que debía seguir. Le dije que debía considerar cuidadosamente su enfermedad y que más tarde le mandaría una receta. Me pidió que lo hiciese en seguida, ya que seguramente dejaría Doncaster pronto por la mañana antes de que yo despertase. Era inútil explicarle lo absurdo y loco de tal modo de actuar. Me escuchó educada y pacientemente pero se mantuvo firme, sin dar ninguna razón o explicación, y me repitió que si quería darle la oportunidad de ver mi receta, debería hacerla en seguida.

Oyendo esto, Arthur ofreció prestarnos su escribanía portátil que llevaba consigo y trayéndola a la cama sacó el papel de la caja en su modo descuidado. Con el papel cayeron sobre la cama un paquete de sellos y una pequeña acuarela de un paisaje.

El estudiante de medicina tomó el dibujo y lo miró. Sus ojos se fijaron en las iniciales claramente cifradas en una esquina. Se sobresaltó y tembló; su pálida cara se puso aún más blanca; volvió sus fieros ojos hacia Arthur y lo atravesaron.

-Un bonito dibujo -dijo en un raro y tranquilo tono de voz.

-¡Ah, y hecho por una chica muy guapa! -dijo Arthur-. ¡Oh, una chica muy guapa! Me gustaría que no fuese un paisaje, sino un retrato suyo.

-¿La admira mucho?

Arthur, medio en broma, medio en serio, se besó la mano como respuesta.

-Amor a primera vista -dijo el joven Holliday, guardando el dibujo-. Pero el asunto no marcha bien. Es la historia de siempre. Está monopolizada, como de costumbre; ligada por un precipitado compromiso con un hombre pobre que nunca parece conseguir el dinero suficiente para casarse con ella. Tuve suerte de saberlo a tiempo, o seguramente hubiese arriesgado una declaración cuando me dio este dibujo. Tenga, doctor, pluma, tinta y papel, listos para usted.

-¿Cuándo le dio este dibujo? ¿Se lo dio? ¿Se lo dio?

Repitió estas palabras despacio para sí y de pronto cerró los ojos. Una súbita mueca pasó por su cara y vi una de sus manos agarrar las sábanas y estrujarlas con fuerza. Pensé que volvería a enfermar y pedí que no hubiese más charla. Abrió los ojos cuando hablé, los fijó interrogadoramente de nuevo sobre Arthur y dijo clara y distintamente:

-Usted la quiere y ella le quiere; el pobre hombre puede apartarse de su camino. ¿Puede decir que, pensándolo bien, no le dará su persona como le ha dado el dibujo?

Antes de que el joven Holliday pudiese contestar, se volvió hacia mí y dijo en un susurro:

-Respecto a la receta... A partir de entonces, aunque habló con Arthur, no volvió a mirarle.

Cuando hube escrito la receta, la miró y aprobó, sorprendiéndonos a ambos con un «Buenas noches» brusco. Me ofrecí para quedarme, pero negó con la cabeza. Arthur ofreció también quedarse y con su cara vuelta, dijo:

-No.

Comprendiendo que yo no cedería, aceptó que se quedase el camarero de la posada.

-Gracias a los dos -dijo, cuando nos pusimos de pie para irnos-. Tengo que pedirles un último favor, no a usted, doctor, porque confío en su discreción profesional, sino a Mr. Holliday.

Cuando habló, sus ojos aún estaban fijos en mí y nunca más se volvió hacia Arthur.

-Suplico a Mr. Holliday que no mencione a nadie, y menos aún a su padre, los sucesos ocurridos y las palabras dichas en esta habitación. Le ruego que me entierre en su memoria como si para él estuviese enterrado en la tumba. No puedo darle mis razones para pedirle algo tan extraño. Sólo puedo implorarle que lo cumpla.

Su voz falló por primera vez y escondió la cara en la almohada. Arthur, completamente confundido, le dio su palabra. Inmediatamente después me llevé al joven Holliday a casa de mi amigo, pensando regresar a la posada y ver de nuevo al estudiante antes de que partiese.

Volví a la posada a las ocho en punto, absteniéndome a propósito de despertar a Arthur, que descansaba de la excitación de la pasada noche en uno de los sofás del salón de la casa de mi amigo. En cuanto estuve solo en mi dormitorio, tuve una sospecha, lo que me hizo decidir a que Arthur y el joven estudiante a quien había salvado la vida no se viesan nunca más, si yo podía evitarlo.

Ya he contado ciertas habladurías escandalosas que sabía respecto a la juventud del padre de Arthur. Cuando, en mi cama, pensaba en lo ocurrido en la posada: el cambio en el pulso del estudiante cuando se mencionó el nombre de Holliday; el parecido que había notado entre la expresión de su cara y la de Arthur; el énfasis que puso en las tres palabras «mi propio hermano»; su incomprensible aceptación de su propia ilegitimidad; mientras pensaba en estas cosas, las informaciones antes mencionadas irrumpieron de pronto en mi mente y se enlazaron como una cadena en mis anteriores reflexiones. Algo me susurró: «Mejor será que estos dos jóvenes no vuelvan a verse». Lo sentía antes de dormirme; lo sentí cuando desperté; y como os he dicho, fui solo a la posada a la mañana siguiente.

Perdí mi última oportunidad de ver de nuevo a mi paciente sin nombre. Hacía una hora que se había marchado cuando pregunté por él.

Ya os he dicho todo lo que sé sobre el hombre a quien devolví la vida en la habitación doble de la posada de Doncaster. Lo que voy a añadir son meras deducciones y conjeturas; hablando claro, no son hechos concretos.

Primero os diré que el estudiante de medicina estuvo increíblemente en lo cierto adivinando que era muy probable que Arthur se casara con la joven que le diera la acuarela del paisaje. La boda tuvo lugar un año después de los acontecimientos que acabo de relatar.

La joven pareja vino a vivir en el vecindario donde yo estaba establecido. Estuve presente en la boda y quedé muy sorprendido de que Arthur, ni antes ni después de la boda, quisiera hablarme del anterior compromiso de su novia.

Sólo se refirió a ello una vez en que estábamos a solas, contándome en aquella ocasión que su esposa había hecho todo a lo que el honor y el deber la obligaba, y que el compromiso se rompió con la entera aprobación de sus padres. Nunca supe nada más sobre esto. El nuevo matrimonio Holliday vivió feliz durante tres años. Al cabo de este tiempo se declararon síntomas de una seria enfermedad en Mrs. Holliday.

Resultó ser una larga y lenta enfermedad sin esperanza. Yo la atendí siempre. Habíamos sido grandes amigos cuando no estaba enferma y lo fuimos más estrechamente en su dolencia. Mantuvimos largas e interesantes conversaciones durante los períodos en que parecía recuperarse. Puedo contaros brevemente el contenido de una de estas conversaciones, dejándoos deducir lo que os plazca.

La entrevista a que me refiero ocurrió poco antes de su muerte.

Llamé como de costumbre, la encontré sola y comprendí al ver sus ojos que había estado llorando. Al principio sólo me contó que estaba moralmente deprimida, pero poco a poco se volvió más comunicativa y me contó que había estado releendo unas cartas antiguas, dirigidas a ella antes de que conociera a Arthur, por el hombre con quien había estado comprometida en matrimonio. Le pregunté cómo se había roto el compromiso. Me contestó que no se había roto, sino muerto de un modo misterioso. La persona con quien estaba comprometida -su primer amor-, era muy pobre y no había posibilidades inmediatas de casarse. Tenía mi misma profesión y había marchado al extranjero para ampliar sus estudios.

Habían mantenido una correspondencia regular hasta que, como creía, había regresado a Inglaterra.

Desde aquel momento no supo nada más de él. Tenía un temperamento sensible y susceptible y ella temía haber hecho o dicho algo inadvertidamente que le hubiese podido ofender.

De cualquier modo, no le escribió más y después de esperar un año, se casó con Arthur.

Le pregunté cuándo había sucedido aquello y averigüé que las cartas habían cesado exactamente por las mismas fechas en que fui llamado para atender al misterioso paciente de la posada *Los dos petirrojos*.

Quince días después de esta conversación, ella murió. Al correr del tiempo Arthur se casó de nuevo. En los últimos años ha residido casi siempre en Londres y le he visto raramente.

Tengo que pasar sobre algunos años antes de llegar a una conclusión acerca de esta interrumpida narración. Y aún al llegar al final, lo que tengo que decirlos llamará vuestra atención unos breves minutos.

Una lluviosa tarde de otoño, cuando todavía practicaba la medicina en el medio rural, estaba sentado, solo, pensando en un caso a mi cuidado que me tenía perplejo, cuando llamaron a la puerta de mi habitación.

-Entre -grité, mirando con curiosidad para ver quién me buscaba. Después de un breve instante se movió el picaporte y apareció una mano larga, blanca y huesuda, empujando lentamente la puerta sobre una arruga de la alfombra que no permitía abrirla libremente.

Detrás de la mano apareció un hombre cuya cara me causó inmediatamente una extraña sensación. Había algo familiar en su aspecto y también algo que sugería un cambio.

Se presentó tranquilamente como Mr. Lorn; traía unas excelentes referencias profesionales y me propuso ocupar el por entonces vacante puesto de asistente mío. Mientras hablaba me di cuenta de que no lo hacíamos como desconocidos y que aunque yo parecía asombrado de verle, él no lo estaba en absoluto.

Tuve en la punta de la lengua decirle que me parecía que ya nos habíamos conocido antes. Pero algo en su cara y algo en mi propia impresión -no puedo decir qué- me impidió decírselo, y sintiéndome atraído hacia él, lo acepté sin dudarle para el puesto.

Aceptó la propuesta y se quedó aquel mismo día. Desde el principio nos llevamos como viejos amigos, pero, durante todo el tiempo que estuvo en mi casa nunca me hizo una confidencia sobre su pasado y no me acerqué nunca al tópico prohibido más que por insinuaciones que resueltamente no quiso entender.

Creo desde hace tiempo que mi paciente de la posada pudiera ser un hijo ilegítimo del viejo Mr. Holliday y que también pudiera ser el hombre comprometido con la primera esposa de Arthur. Y ahora se me ocurre otra idea: que Mr. Lorn es la única persona en este mundo que podría aclararme ambas dudas.

Se quedó conmigo hasta que me trasladé a Londres a probar fortuna allí por segunda vez, y entonces él siguió su camino y yo el mío, y no nos hemos vuelto a ver.

Ya nada puedo añadir. Puedo estar en lo cierto en mis conjeturas o tal vez estar equivocado. Todo lo que sé es que cuando llegaba tarde por las noches, en aquellos días en el campo, y encontraba a mi ayudante dormido y lo despertaba, me solía mirar como el forastero de Doncaster lo hizo cuando se levantó de la cama aquella noche memorable.

Zapatos, de Mempo Giardinelli



Mamá está furiosa con papá porque a papá no le gustan los zapatos que ella usa, y dice que lo que él le hizo hoy es algo que no le piensa perdonar mientras viva ni después de muerta.

Cualquiera podría acordar con papá en que lo que hizo es una pavada, pero entre ellos el episodio devino en una cuestión capital, definitiva, porque el rencor de mamá es de jíbaro, un resentimiento de tragedia shakesperiana y de perro del hortelano, como dice Tía Etelvina cuando la ve así, porque dice (Tía Etelvina) que mamá, enojada, sólo tiene camino de ida y se pone de tal manera que no perdona ni deja perdonar.

Mamá tiene unos pies muy lindos, preciosos y parejitos, sin callos y con los dedos como repulgue de empanaditas, y en eso todo el mundo está de acuerdo. Por eso mismo, dice papá, es un crimen que use zapatos tan feos. Yo no sé qué te da por ponerte esos zapatonos horribles, grandes, cerrados y que además hacen ruido, dice papá. Y encima producen un crujidito horrible al caminar pero que no se puede ni mencionar porque vos jamás aceptás una crítica. Lo que pasa es que tus críticas jamás son constructivas, dice mamá. Lo que pasa es que te ponés hecha una fiera, dice papá. Y al cabo mamá le grita que en todo caso es un defecto de nacimiento y mejor no te metás con mis defectos, estoy harta de que me critiques, harta de que me juzgues, y harta de esta vida que llevamos porque yo me merezco otra cosa (que es lo que mamá dice siempre). Y como no hay manera de pararla papá se calla la boca y ella sigue diciendo todo lo demás que es capaz de decir, que es muchísimo y es feroz.

A mamá no se le puede pedir discreción en nada. Y tampoco tiene un gran sentido del humor. Cuando eran más jóvenes él le sugería que usara zapatillas, total, bromeaba, yo te voy a querer igual. Pero ella, en todo su derecho, se compraba los zapatos que le gustaban y usaba los que quería, y siempre protestando que yo no sé por qué los hombres tienen esa manía de pretender dirigir la vestimenta de las mujeres: cuando la conocen a una se enganchan por las ropas audaces pero cuando nos tienen enganchadas quieren que andemos como monjas y guay de una si se pone minifalda o se le ven las tetas.

Guaranga como es ella, vehemente y fulminadora con la mirada, ni en chiste se le puede hablar de lo que no le gusta. Eso ya lo sabemos. Por eso lo que hizo papá este sábado a la tarde, aunque suene a pavada, fue demasiado: no había nadie de la familia en la casa, y él aprovechó para juntar todos los zapatos de mamá, como diez o doce pares, viejos y nuevos, y los metió en una bolsa y llamó a Juanita, que es la muchacha que trabaja en la casa ayudando en las tareas porque aunque no somos ricos tenemos sirvienta cama afuera, como quien dice, y le dijo tome Juanita, me ordenó la señora que se los regale.

Y le entregó la bolsa con todos los zapatos, que Juanita, chocha, se llevó a su casa.

Por supuesto, y como era de esperar, mamá se dio cuenta esa misma noche, en cuanto llegó y se quitó las botas que llevaba puestas y buscó las sandalias de entrecasa. Descubrió el ropero vacío de zapatos y fue todo uno gritar desde el dormitorio: "¡Titino qué hiciste con mis zapatos!" y salir a torearlo.

Papá estaba de lo más divertido y le dijo la verdad: se los regalé todos a Juanita. Lo que ipso facto desató en mamá una verborrea de lo peor: lo trató de tano bruto, comunista nostálgico y hasta le dijo nazi antisemita hijo de puta y después se fue a contarle a todo el mundo, empezando por la abuela y la Tía Etelvina, que este hombre cuando está aburrido es un peligro, por qué no se meterá sólo en lo suyo y ahora va a ver cuánto le va a salir la cuenta de la zapatería.

A mí hay dos cosas que me revientan de ellos dos: la incapacidad de aceptar los comentarios ajenos que tiene mamá; y esa manía de querer cambiar a la gente que tiene papá.

Pero es inútil, con ellos. La Tía Etelvina dice que a gente así lo mejor es ignorarla. Y yo creo que tiene razón. Pero cuando son los papás de uno no se puede.

La mortaja, de Miguel Delibes



El valle, en rigor, no era tal valle sino una polvorienta cuenca delimitada por unos tesos blancos e inhóspitos. El valle, en rigor no daba sino dos estaciones: invierno y verano y ambas eran extremosas, agrias, casi despiadadas. Al finalizar mayo comenzaba a descender de los cerros de greda un calor denso y enervante, como una lenta invasión de lava, que en pocas semanas absorbía las últimas humedades del invierno. El lecho de la cuenca, entonces, empezaba cuartearse por falta de agua y el río se encogía sobre sí mismo y su caudal pasaba en pocos días de una opacidad lora y espesa a una verdosidad de botella casi transparente. El trigo, fustigado por el sol, espigaba y maduraba apenas granado y a primeros de junio la cuenca únicamente conservaba dos notas verdes: la enmarañada fronda de las riberas del río y el emparrado que sombreaba la mayor de las tres edificaciones que se levantaban próximas a la corriente. El resto de la cuenca asumía una agónica amarillez de desierto. Era el calor y bajo él se hacía la siembra de los melonares, se segaba el trigo, y la codorniz, que había llegado con los últimos fríos de la Baja Extremadura, abandonaba los nidos y buscaba el frescor en las altas pajas de los ribazos. La cuenca parecía emanar un aliento fumoso, hecho de insignificantes partículas de greda y de polvillo de trigo. Y en invierno y verano la casa grande, flanqueada por el emparrado, emitía un «bom-bom» acompasado, casi siniestro, que era como el latido de un enorme corazón.

El niño jugaba en el camino, junto a la casa blanca, bajo el sol, y sobre los trigales, a su derecha, el cernícalo aleteaba sin avanzar, como si flotase en el aire, cazando insectos. La tarde cubría la cuenca compasivamente y el hombre que venía de la falda de los cerros, con la vieja chaqueta desmayada sobre los hombros, pasó por su lado, sin mirarle, empujó con el pie la puerta de la casa y casi a ciegas se desnudó y se desplomó en el lecho sin abrirlo. Al momento, casi sin transición, empezó a roncar arrítmicamente.

El Senderines, el niño, le siguió con los ojos hasta perderle en el oscuro agujero de la puerta; al cabo reanudó sus juegos.

Hubo un tiempo en que al niño le descorazonaba que sus amigos dijeran de su padre que tenía nombre de mujer; le humillaba que dijeran eso de su padre, tan fornido y poderoso. Años antes, cuando sus relaciones no se habían enfriado del todo, el Senderines le preguntó si Trinidad era, en efecto, nombre de mujer. Su padre había respondido:

-Las cosas son según las tomes. Trinidad son tres, dioses y no tres diosas, ¿comprendes? De todos modos mis amigos me llaman Trino para evitar confusiones.

El Senderines, el niño, se lo dijo así a Canor. Andaban entonces reparando la carretera y solían sentarse al caer la tarde sobre los bidones de alquitrán amontonados en las cunetas. Más tarde, Canor abandonó la Central y se marchó a vivir al pueblo a casa de unos parientes Sólo venía por la Central durante las Navidades.

Canor, en aquella ocasión, se las mantuvo tías e insistió que Trinidad era nombre de mujer como todos los nombres que terminaban en «dad» y que no conocía un solo

nombre que terminara en «dad» y fuera nombre de hombre, No transigió, sin embargo:

-Bueno -dijo, apurando sus razones-. No hay mujer que pese más de cien kilos, me parece a mí. Mi padre pesa más de cien kilos.

Todavía no se bañaban las tardes de verano en la gran balsa que formaba el río, junto ala central, porque ni uno ni otro sabía sostenerse sobre el agua. Ni osaban pasar sobre el muro de cemento al otro lado del río porque una vez que el Senderines lo intentó sus pies resbalaron en el verdín y sufrió una descalabradora. Tampoco el río encerraba por aquel tiempo alevines de carpa ni lucios porque aún no los habían traído de Aranjuez, El río no sólo daba por entonces barbos espinosos y alguna tenca, y Ovi, la mujer de Goyo, aseguraba que tenían un asqueroso gusto a cieno, A pesar de ello, Goyo dejaba pasar las horas sentado sobre la presa, con la caña muerta en los dedos, o buscando pacientemente ovas o gusanos para encarnar el anzuelo. Canor y el Senderines solían sentarse a su lado y le observaban en silencio. A veces el hilo se tensaba, la punta de la caña descendía hacia el río y entonces Goyo perdía el color e iniciaba una serie de movimientos precipitados y torpes. El barbo luchaba por su libertad pero Goyo tenía previstas alevosamente cada una de sus reacciones. Al fin el pez terminaba por reposar su fatiga sobre el muro y Canor y el Senderines le hurgaban cruelmente en los ojos y la boca con unos juncos hasta que le veían morir.

Más tarde los prohombres de la reproducción piscícola, aportaron al río alevines de carpa y pequeños lucios. Llegaron tres camiones de Aranjuez cargados de perolas con la recría, y allí la arrojaron a la corriente para que se multiplicasen. Ahora Goyo decía que los lucios eran voraces como tiburones y que a una lavandera de su pueblo uno de ellos le arrancó un brazo hasta el codo de una sola dentellada. El Senderines le había oído contar varias veces la misma historia y mentalmente decidió no volver a bañarse sobre la quieta balsa de la represa. Mas una tarde pensó que los camiones de Aranjuez volcaron su carga sobre la parte baja de la represa y bañándose en la balsa no habla por qué temer. Se lo dijo así a Goyo y Goyo abrió mucho los ojos y la boca, como los peces en la agonía, para explicarle que los lucios, durante la noche, daban brinco como títeres y podían salvar alturas de hasta más de siete metros. Dijo también que algunos de los lucios de Aranjuez estarían ya a más de veinte kilómetros río arriba porque eran peces muy viajeros. El Senderines pensó, entonces, que la situación era grave. Esa noche soñó que se despertaba y al asomarse a la ventana sobre el río, divisó un ejército de lucios que saltaban la presa contra corriente; sus cuerpos fosforescían con un lúgubre tono cárdeno, como de fuego fatuo, a la luz de la luna. Le dominó un oscuro temor. No le dijo nada a su padre, sin embargo. A Trinidad le irritaba que mostrase miedo hacia ninguna cosa.

Cuando muy chico solía decirle:

-No vayas a ser como tu madre que tenía miedo de los truenos y las abejas. Los hombres no sienten miedo de nada.

Su madre acababa de morir entonces. El Senderines tenía una idea confusa de este accidente. Mentalmente le relacionaba con el piar frenético de los gorriones nuevos y el zumbido incesante de los tábanos en la tarde. Aún recordaba que el doctor le había dicho:

-Tienes que comer, muchacho. A los niños flacos les ocurre lo que a tu madre.

El Senderines era flaco. Desde aquel día le poseyó la convicción de que estaba destinado a morir joven; le sucedería lo mismo que a su madre. En ocasiones, Trinidad le remangaba pacientemente las mangas de la blusita y le tanteaba el brazo, por abajo y por arriba:

-¡Bah! ¡Bah! -decía, decepcionado.

Los bracitos del Senderines eran entecos y pálidos. Trino buscaba en ellos, en vano, el nacimiento de la fuerza. Desde entonces su padre empezó a despreciarle. Perdió por él la ardorosa debilidad de los primeros años. Regresaba de la Central malhumorado y apenas si le dirigía la palabra. Al comenzar el verano le dijo:

-¿Es que no piensas bañarte más en la balsa, tú?

El Senderines frunció el ceño; se azoró:

-Baja mucha porquería de la fábrica, padre -dijo.

Trino sonrió; antes que sonrisa era la suya una mueca displicente:

-Los lucios se comen a los niños crudos ¿no es eso?

El Senderines humilló los ojos. Cada vez que su padre se dirigía a él y le miraba de frente le agarraba la sensación de que estaba descubriendo hasta sus pensamientos más recónditos,

La C.E.S.A, montó una fábrica río arriba años atrás. El Senderines sólo había ido allá una vez, la última primavera, y cuando observó cómo la máquina aquella trituraba entre sus feroces mandíbulas troncos de hasta un metro de diámetro con la misma facilidad que si fuesen barquillos, pensó en los lucios y empezó a temblar. Luego, la C.E.S.A. soltaba los residuos de su digestión en la corriente, y se formaban en la superficie unos montoncitos de espuma blanquiazul semejantes a icebergs. A el Senderines no le repugnaban las espumas pero le recordaban la proximidad de los lucios y temía al río. Frecuentemente, el Senderines, atrapaba alguno de aquellos icebergs y hundía en ellos sus bracitos desnudos, desde la orilla. La espuma le producía cosquillas en las caras posteriores de los antebrazos y ello le hacía reír. La última Navidad, Canor y él orinaron sobre una de aquellas pellas y se deshizo como si fuese de nieve.

Pero su padre seguía conminándole con los ojos. A veces el Senderines pensaba que la mirada y la corpulencia de Dios serían semejantes a las de su padre.

-La balsa está muy sucia, padre -repitió sin la menor intención de persuadir a Trinidad, sino para que cesase de mirarle.

-Ya. Los lucios andan por debajo esperando atrapar la tierna piernecita de un niño. ¿A que es eso?

Ahora Trinidad acababa de llegar borracho como la mayor parte de los sábados y roncaba desnudo sobre las mantas. Hacía calor y las moscas se posaban sobre sus brazos, sobre su rostro, sobre su pecho reluciente de sudor, mas él no se inmutaba. En el camino, a pocos pasos de la casa, el Senderines manipulaba la arcilla e imprimía al barro las formas más diversas. Le atraía la plasticidad del barro. A el Senderines le atraía todo aquello cuya forma cambiase al menor accidente. La monotonía, la rigidez de las cosas le abrumaba. Le placían las nubes, la maleable ductilidad de la arcilla

húmeda, los desperdicios blancos de la C.E.S.A., el trigo molido entre los dientes. Años atrás, llegaron los Reyes Magos desde el pueblo más próximo, montados en borricos, y le dejaron, por una vez, un juguete en la ventana. El Senderines lo destrozó en cuanto lo tuvo entre las manos; él hubiera deseado cambiarlo. Por eso le placía moldear el barro a su capricho, darle una forma e, inmediatamente, destruirla.

Cuando descubrió el yacimiento junto al chorro del abrevadero, Conrado regresaba al pueblo después de su servicio en la Central:

-A tu padre no va a gustarle ese juego, ¿verdad que no? -dijo.

-No lo sé -dijo el niño cándidamente.

-Los rapaces siempre andáis inventando diabluras. Cualquier cosa antes que cumplir vuestra obligación.

Y se fue, empujando la bicicleta del sillín, camino arriba. Nunca la montaba hasta llegar a la carretera. El Senderines no le hizo caso. Conrado alimentaba unas ideas demasiado estrechas sobre los deberes de cada uno. A su padre le daba de lado que él se distrajesen de esta o de otra manera. A Trino lo único que le irritaba era que él fuese débil y que sintiese miedo de lo oscuro, de los lucios y de la Central. Pero el Senderines no podía remediarlo.

Cinco años antes su padre le llevó con él para que viera por dentro la fábrica de luz. Hasta entonces él no había reparado en la mágica transformación. Consideraba la Central, con su fachada ceñida por la vieja parra, como un elemento imprescindible de su vida. Tan sólo sabía de ella lo que Conrado le dijo en una ocasión:

-El agua entra por esta reja y dentro la hacemos luz; es muy sencillo.

Él pensaba que dentro existirían unas enormes tinajas y que Conrado, Goyo y su padre apaleaban el agua incansablemente hasta que de ella no quedase más que el brillo. Luego se dedicarían a llenar bombillas con aquel brillo para que, llegada la noche, los hombres tuvieran luz. Por entonces el «bom-born» de la Central le fascinaba. Él creía que aquel fragor sostenido lo producía su padre y sus compañeros al romper el agua para extraerle sus cristalinos brillantes. Pero no era así. Ni su padre, ni Conrado, ni Goyo, amasaban nada dentro de la fábrica. En puridad, ni su padre, ni Goyo, ni Conrado «trabajaban» allí-, se limitaban a observar unas agujas, a oprimir unos botones, a mover unas palancas. El «bom-bom» que acompañaba su vida no lo producía, pues, su padre al desentrañar el agua, ni al sacarla lustre; el agua entraba y luego salía tan sucia como entrara. Nadie la tocaba. En lugar de unas tinajas rutilantes, el Senderines se encontró con unos torvos cilindros negros adornados de calaveras por todas partes y experimentó un imponente pavor y rompió a llorar. Posteriormente, Conrado le explicó que del agua sólo se aprovechaba la fuerza; que bastaba la fuerza del agua para fabricar la luz. El Senderines no lo comprendía; a él no le parecía que el agua tuviera ninguna fuerza. Si es caso aprovecharía la fuerza de los barbos y de las tencas y de las carpas, que eran los únicos que luchaban desesperadamente cuando Goyo pretendía atraparlos desde la presa. Más adelante, pensó que el negocio de su padre no era un mal negocio porque don Rafael tenía que comprar el trigo para molerlo en su fábrica y el agua del río, en cambio, no costaba dinero. Más adelante aún, se enteró de que el negocio no era de su padre, sino que su padre se limitaba a aprovechar la fuerza del río, mientras el dueño del negocio se limitaba a aprovechar la fuerza de su padre. La organización del mundo se modificaba a los ojos de el Senderines; se le ofrecía como una confusa maraña.

A partir de su visita, el «bom-bom» de la Central cesó de agradarle. Durante la noche pensaba que eran las calaveras grabadas sobre los grandes cilindros negros, las que aullaban. Conrado le había dicho que los cilindros soltaban rayos como las nubes de verano y que las calaveras querían decir que quien tocara allí se moriría en un instante y su cuerpo se volvería negro como el carbón. A el Senderines, la vecindad de la Central comenzó a obsesionarle. Una tarde, el verano anterior, la fábrica se detuvo de pronto y entonces se dio cuenta el niño de que el silencio tenía voz, una voz opaca y misteriosa que no podía resistirla. Corrió junto a su padre y entonces advirtió que los hombres de la Central se habían habituado a hablar a gritos para entenderse; que Conrado, la Ovi, y su padre, y Goyo, voceaban ya aunque en torno se alzara el silencio y se sintiese incluso el murmullo del agua en los sauces de la ribera.

El sol rozó la línea del horizonte y el Senderines dejó el barro, se puso en pie, y se sacudió formalmente las posaderas. En la base del cerro que hendía al sol se alzaban las blancas casitas de los obreros de la C.E.S.A. y en torno a ellas se elevaba como una niebla de polvillo blanquecino. El niño contempló un instante el agua de la balsa, repentinamente oscurecida en contraste con los tesos de greda, aún deslumbrantes, en la ribera opuesta. Sobre la superficie del río flotaban los residuos de la fábrica como espumas de jabón, y los cíñes empezaban a desperezarse entre las frondas de la orilla. El Senderines permaneció unos segundos inmóvil al sentir el zumbido de uno de ellos junto a Sí. De pronto se disparó una palmada en la mejilla y al notar bajo la mano el minúsculo accidente comprendió que había hecho blanco y sonrió. Con los dedos índice y pulgar recogió los restos del insecto y los examinó cumplidamente; no había picado aún; no tenía sangre. La cabecera de la cama del niño constituía un muestrario de minúsculas manchas rojas. Durante el verano su primera manifestación de vida, cada mañana, consistía en ejecutar a los mosquitos que le habían atacado durante el sueño. Los despachurraba uno a uno, de un seco palmetazo y luego se recreaba contemplando la forma y la extensión de la mancha en la pared y su imaginación recreaba figuras de animales. Jamás le traicionó su fantasía. Del palmetazo siempre salía algo y era aquélla para él la más fascinante colección. Las noches húmedas sufría un desencanto. Los mosquitos no abandonaban la fronda del río y en consecuencia, el niño, al despertar paseaba su redonda mirada ávida, inútilmente, por los cuatro lienzos de pared mal encalada.

Se limpió los dedos al pantalón y entró en la casa. Sin una causa aparente, experimentó, de súbito, la misma impresión que el día que los cilindros de la fábrica dejaron repentinamente de funcionar. Presintió que algo fallaba en la penumbra aunque, de momento no acertara a precisar qué. Hizo un esfuerzo para constatar que la Central seguía en marcha y acto seguido se preguntó qué echaba de menos dentro del habitual orden de su mundo. Trinidad dormía sobre el lecho y a la declinante luz del crepúsculo el niño descubrió, una a una, las cosas y las sombras que le eran familiares. Sin embargo, en la estancia aleteaba una fugitiva sombra nueva que el niño no acertaba a identificar. Le pareció que Trinidad estaba despierto, dada su inmovilidad excesiva, y pensó que aguardaba a reconvénirle por algo y el niño, agobiado por la tensión, decidió afrontar directamente su mirada:

-Buenas tardes, padre -dijo, aproximándose a la cabecera del lecho.

Permaneció clavado allí, inmóvil, esperando. Mas Trino no se enteró y el niño parpadeaba titubeante, poseído de una sumisa confusión. Apenas divisaba a su padre, de espaldas a la ventana; su rostro era un indescifrable juego de sombras. Precisaba, no obstante, su gran masa afirmando el peso sobre el jergón. Su desnudez no le turbaba. Trino le dijo dos veranos antes: «Todos los hombres somos iguales. » Y, por

vez primera, se tumbó desnudo sobre el lecho y al Senderines no le deslumbró sino el oscuro misterio del vello. No dijo nada ni preguntó nada porque intuía que todo aquello, como la misma necesidad de trabajar, era una primaria cuestión de tiempo. Ahora esperaba, como entonces, y aun demoró unos instantes el dar la luz; y lo hizo cuando estuvo persuadido de que su padre no tenía nada que decirle. Pulsó el conmutador y al hacerse la claridad en la estancia bajó la noche a la ventana, Entonces se volvió y distinguió la mirada queda y mecánica del padre; sus ojos desorbitados y vidriosos. Estaba inmóvil como una fotografía. De la boca, crispada patéticamente, escurría un hilillo de baba, junto al que reposaban dos moscas. Otra inspeccionaba confiadamente los orificios de su nariz. El Senderines supo que su padre estaba muerto, porque no había estornudado. Torpe, mecánicamente fue reculando hasta sentir en el trasero el golpe de la puerta. Entonces volvió a la realidad. Permaneció inmóvil, indeciso, mirando sin pestañear el cadáver desnudo. A poco retornó lentamente sobre sus pasos, levantó la mano y espantó las moscas, poniendo cuidado en no tocar a su padre. Una de las moscas tornó sobre el cadáver y el niño la volvió a espantar. Percibía con agobiadora insistencia el latido de la Central y era como una paradoja aquel latido sobre un cuerpo muerto. Al Senderines le suponía un notable esfuerzo pensar; prácticamente se agotaba pensando en la perentoria necesidad de pensar. No quería sentir miedo, ni sorpresa. Permaneció unos minutos agarrado a los pies de hierro de la cama, escuchando su propia respiración. Trino siempre aborreció que él tuviese miedo y aun cuando en la vida jamás se esforzó el Senderines en complacerle, ahora lo deseaba porque era lo último que podía darle. Por primera vez en la vida, el niño o se sentía ante una responsabilidad y se esforzaba en ver en aquellos ojos enloquecidos, en la boca pavorosamente inmóvil, los rasgos familiares. De súbito, entre las pajas del borde del camino empezó a cantar un grillo cebollero y el niño se sobresaltó, aunque el canto de los cebolleros de ordinario le agradaba. Descubrió al pie del lecho las ropas del padre y con la visión le asaltó el deseo apremiante de vestirle. Le avergonzaba que la gente del pueblo pudiera descubrirle así a la mañana siguiente. Se agachó junto a la ropa y su calor le estremeció. Los calcetines estaban húmedos y agujereados, conservaban aún la huella de un pie vivo, pero el niño se aproximó al cadáver, con los ojos levemente espantados, y desmanotadamente se los puso. Ahora sentía en el pecho los duros golpes del corazón, lo mismo que cuando tenía calentura. El Senderines, evitaba pasar la mirada por el cuerpo desnudo. Acababa de descubrir que metiéndose de un golpe en el miedo, cerrando los ojos y apretando la boca, el miedo huía como un perro acobardado.

Vaciló entre ponerle o no los calzoncillos, cuya finalidad le parecía inútil, y al fin se decidió por prescindir de ellos porque nadie iba a advertirlo. Tomó los viejos y parcheados pantalones de dril e intentó levantar la pierna derecha de Trinidad, sin conseguirlo. Depositó, entonces, los pantalones al borde de la cama y tiró de la pierna muerta hacia arriba con las dos manos, mas cuando soltó una de ellas para aproximar aquellos, el peso le venció y la pierna se desplomó sobre el lecho, pesadamente. A la puerta de la casa, dominando el sordo bramido de la Central, cantaba enojosamente el grillo. De los trigales llegaba amortiguado el golpeteo casi mecánico de una codorniz. Eran los ruidos de cada noche y el Senderines, a pesar de su circunstancia, no podía darles una interpretación distinta. El niño empezó a sudar. Había olvidado el significado de sus movimientos y sólo reparaba en la resistencia física que se oponía a su quehacer. Se volvió de espaldas al cadáver, con la pierna del padre prendida por el tobillo y de un solo esfuerzo consiguió montarla sobre su hombro derecho. Entonces, cómodamente, introdujo el pie por la pernera y repitió la operación con la otra pierna. El Senderines sonreía ahora, a pesar de que el sudor empapaba su blusa y los rufos cabellos se le adherían obstinadamente a la frente. Ya no experimentaba temor

alguno, si es caso el temor de tropezar con un obstáculo irreductible. Recordó súbitamente, cómo, de muy niño, apremiaba a su padre para que le explicase la razón de llamarle Senderines. Trino aún no había perdido su confianza en él. Le decía:

-Siempre vas buscando las veredas como los conejos; eres lo mismo que un conejo.

Ahora que el Senderines intuía su abandono lamentó no haberle preguntado cuando aún era tiempo su verdadero nombre. Él no podría marchar por el mundo sin un nombre cristiano, aunque en realidad ignorase qué clase de mundo se abría tras el teso pelado que albergaba a los obreros de la C.E.S.A. La carretera se perdía allí y él había oído decir que la carretera conducía a la ciudad. Una vez le preguntó a Conrado qué había detrás del teso y Conrado dijo:

-Mejor es que no lo sepas nunca. Detrás está el pecado.

El Senderines acudió a Canor durante las Navidades. Canor le dijo abriendo desmesuradamente los ojos:

-Están las luces y los automóviles y más hombres que cañas en ese rastrojo.

Senderines no se dio por satisfecho:

-¿Y qué es el pecado? -demandó con impaciencia.

Canor se santiguó. Agregó confidencialmente:

-El maestro dice que el pecado son las mujeres.

El Senderines se imaginó a las mujeres de la ciudad vestidas de luto y con una calavera amarilla prendida sobre cada pecho. A partir de entonces, la proximidad de la Ovi, con sus brazos deformes y sus párpados rojos, le sobrecogía.

Había conseguido levantar los pantalones hasta los muslos velludos de Trino y ahí se detuvo. Jadeaba. Tenía los dedos horizontalmente cruzados delincas rojas, como los muslos cuando se sentaba demasiado tiempo sobre las costuras del pantalón. Su padre le parecía de pronto un extraño. Su padre se murió el día que le mostró la fábrica y él rompió a llorar al ver las turbinas negras y las calaveras. Pero esto era lo que quedaba de él y había que cubrirlo. Él debía a su padre la libertad, ya que todos los padres que él conocía habían truncado la libertad de sus hijos enviándolos al taller o a la escuela. El suyo no le privó de su libertad y el Senderines no indagaba los motivos; agradecía a su padre el hecho en sí.

Intentó levantar el cadáver por la cintura, en vano. La codorniz cantaba ahora más cerca. El Senderines se limpió el sudor de la frente con la bocamanga. Hizo otro intento. «Cagüen» -murmuró-, De súbito se sentía impotente; presentía que había alcanzado el tope de sus posibilidades. Jamás lograría colocar los pantalones en su sitio. Instintivamente posó la mirada en el rostro del padre y vio en sus ojos todo el espanto de la muerte. El niño, por primera vez en la noche, experimentó unos atropellados deseos de llorar. «Algo le hace daño en alguna parte», pensó. Pero no lloró por no aumentar su daño, aunque le empujaba a hacerlo la conciencia de que no podía aliviarlo. Levantó la cabeza y volvió los ojos atemorizados por la pieza. El Senderines reparó en la noche y en su soledad. Del cauce ascendía el rumor fragoroso de la Central acentuando el silencio y el niño se sintió desconcertado. Instintivamente se separó unos metros de la cama; durante largo rato permaneció en pie, impasible, con los escuálidos bracitos desmayados a lo largo del cuerpo. Necesitaba una voz y sin

pensarlo más se acercó a la radio y la conectó. Cuando nació en la estancia y se fue agrandando una voz nasal ininteligible, el Senderines clavó sus ojos en los del muerto y todo su cuerpecillo se tensó. Apagó el receptor porque se le hacía que era su padre quien hablaba de esa extraña manera. Intuyó que iba a gritar y paso a paso fue reculando sin cesar de observar el cadáver.

Cuando notó en la espalda el contacto de la puerta suspiró y sin volverse buscó a tientas el pomo y abrió aquella de par en par.

Salió corriendo a la noche. El cebollero dejó de cantar al sentir sus pisadas en el sendero. Del río ascendía una brisa tibia que enfriaba sus ropas húmedas. Al alcanzar el almorrón el niño se detuvo. Del otro lado del campo de trigo veía brillar la luz de la casa de Goyo. Respiró profundamente. Él le ayudaría y jamás descubriría a nadie que vio desnudo el cuerpo de Trino. El grillo reanudó tímidamente el cri-cri a sus espaldas. Según caminaba, el Senderines descubrió una lucecita entre los yerbajos de la vereda. Se detuvo, se arrodilló en el suelo y apartó las pajas. «Oh, una luciérnaga» -se dijo, con una alegría desproporcionada. La tomó delicadamente entre sus dedos y con la otra mano extrajo trabajosamente del bolsillo del pantalón una cajita de betún con la cubierta horadada. Levantó la cubierta con cuidado y la encerró allí. En la linde del trigal tropezó con un montón de piedras. Algunas, las más blancas, casi fosforescían en las tinieblas. Tomó dos y las hizo chocar con fuerza. Las chispas se desprendían con un gozoso y efímero resplandor. La llamada insolente de la codorniz, a sus pies, le sobresaltó. El Senderines continuó durante un rato frotando las piedras hasta que le dolieron los brazos de hacerlo; sólo entonces se llegó a la casa de Goyo y llamó con el pie.

La Ovi se sorprendió de verle.

-¿Qué pintas tú aquí a estas horas? -dijo-. Me has asustado.

El Senderines, en el umbral, con una piedra en cada mano, no sabía qué responder. Vio desplazarse a Goyo al fondo de la habitación, desenmarañando un sedal:

-¿Ocurre algo? -voceó desde dentro.

A el Senderines le volvió inmediatamente la lucidez. Dijo:

-¿Es que vas a pescar lucios mañana?

-Bueno -gruñó Goyo aproximándose-. No te habrá mandado tu padre a estas horas a preguntar si voy a pescar mañana o no, ¿verdad?

A el Senderines se le quebró la sonrisa en los labios. Denegó con la cabeza, obstinadamente. Balbució al fin:

-Mi padre ha muerto.

La Ovi, que sujetaba la puerta, se llevó ambas manos a los labios:

-¡Ave María! ¿Qué dices? -dijo. Había palidecido.

Dijo Goyo:

-Anda, pasa y no digas disparates. ¿Qué esperas ahí a la puerta con una piedra en cada mano? ¿Dónde llevas esas piedras? ¿Estás tonto?

El Senderines se volvió y arrojó los guijarros a lo oscuro, hacia la linde del trugal, donde la codorniz cantaba. Luego franqueó la puerta y contó lo que había pasado. Goyo estalló; hablaba a voces con su mujer, con la misma tranquilidad que si el Senderines no existiese.

-Ha reventado, eso. ¿Para qué crees que tenemos la cabeza sobre los hombros? Bueno, pues a Trino le sobraba. Esta tarde disputó con Baudilio sobre quién de los dos comía más. Pagó Baudilio, claro. Y ¿sabes qué se comió el Trino? Dos docenas de huevos para empezar; luego se zampó un cochinitillo y hasta royó los huesos y todo. Yo le decía: «Para ya.» Y ¿sabes qué me contestó? Me dice: «Tú a esconder, marrano.» Se había metido ya dos litros de vino y no sabía lo que se hacía. Y es lo que yo me digo, si no saben beber es mejor que no lo hagan. Le está bien empleado ieso es todo lo que se me ocurre!

Goyo tenía los ojos enloquecidos, y según hablaba, su voz adquiría unos trémolos extraños. Era distinto a cuando pescaba. En todo caso tenía cara de pez. De repente se volvió al niño, le tomó de la mano y tiró de él brutalmente hacia dentro de la casa. Luego empujó la puerta de un puntapié. Voceó, como si el Senderines fuera culpable de algo:

-Luego me ha dado dos guantadas ¿sabes? Y eso no se lo perdono yo ni a mi padre, que gloria haya. Si no sabe beber que no beba. Al fin y al cabo yo no quería jugar y él me obligó a hacerlo. Y si le había ganado la apuesta a Baudilio, otras veces tendremos que perder, digo yo. La vida es así. Unas veces se gana y otras se pierde. Pero él, no. Y va y me dice: «¿Tienes triunfo?» Y yo le digo que sí, porque era cierto y el Baudilio terció entonces que la lengua en el culo y que para eso estaban las señas. Pero yo dije que sí y él echó una brisca y Baudilio sacudió el rey pero yo no tenía para matar al rey aunque tenía triunfo y ellos se llevaron la baza.

Goyo jadeaba. El sudor le escurría por la piel lo mismo que cuando luchaba con los barbos desde la presa. Le exaltaba una irritación creciente a causa de la conciencia de que Trino estaba muerto y no podía oírle. Por eso voceaba a el Senderines en la confianza de que algo le llegara al otro y el Senderines le miraba atónito, enervado por una dolorosa confusión. La Ovi permanecía muda, con las chatas manos levemente crispadas sobre el respaldo de una silla. Goyo vociferó:

-Bueno, pues Trino, sin venir a cuento, se levanta y me planta dos guantadas. Así, sin más; va y me dice: «Toma y toma, por tu triunfo. » Pero yo sí tenía triunfo, lo juro por mi madre, aunque no pudiera montar al rey, y se lo enseñé a Baudilio y se puso a reír a lo bobo y yo le dije a Trino que era un mermado y él se puso a vocear que me iba a pisar los hígados. Y yo me digo que un hombre como él no tiene derecho a golpear a nadie que no pese cien kilos, porque es lo mismo que si pegase a una mujer. Pero estaba cargado y quería seguir golpeándome y entonces yo me despaché a mi gusto y me juré por éstas que no volvería a mirarle a la cara así se muriera. ¿Comprendes ahora?

Goyo montó los pulgares en cruz y se los mostró insistentemente a el Senderines, pero el Senderines no le comprendía.

-Lo he jurado por éstas -agregó- y yo no puedo ir contigo ahora; ¿sabes? Me he jurado no dar un paso por él y esto es sagrado, ¿comprendes? Todo ha sido tal y como te lo digo.

Hubo un silencio. Al cabo, añadió Goyo, variando de tono:

-Quédate con nosotros hasta que le den tierra mañana. Duerme aquí; por la mañana bajas al pueblo y avisas al cura.

El Senderines denegó con la cabeza:

-Hay que vestirle --dijo-. Está desnudo sobre la cama.

La Ovi volvió a llevarse las manos a la boca:

-¡Ave María! -dijo.

Goyo reflexionaba. Dijo al fin, volviendo a poner en aspa los pulgares:

-¡Tienes que comprenderme! He jurado por éstas no volver a mirarle a la cara y no dar un paso por él. Yo le estimaba, pero él me dio esta tarde dos guantadas sin motivo y ello no se lo perdono yo ni a mi padre. Ya está dicho.

Le volvió la espalda al niño y se dirigió al fondo de la habitación, El Senderines vaciló un momento: «Bueno», dijo. La Ovi salió detrás de él a lo oscuro. De pronto, el Senderines sentía frío. Había pasado mucho calor tratando de vestir a Trino y, sin embargo, ahora, le castañeteaban los dientes. La Ovi le agarró por un brazo; hablaba nerviosamente:

-Escucha, hijo. Yo no quería dejarte solo esta noche, pero me asustan los muertos. Ésta es la pura verdad. Me dan miedo las manos, los pies de los muertos, Yo no sirvo para eso.

Miraba a un lado y a otro empavorecida. Agregó:

-Cuando lo de mi madre tampoco estuve y ya ves, era mi madre y era en mí una obligación. Luego me alegré porque mi cuñada me dijo que al vestirla después de muerta todavía se quejaba. ¡Ya ves tú! ¿Tú crees, hijo, que es posible que se queje un muerto? Con mi tía también salieron luego con que si la gata estuvo hablando sola tendida a los pies de la difunta. Cuando hay muertos en las casas suceden cosas muy raras y a mí me da miedo y sólo pienso en que llegue la hora del entierro para descansar.

El resplandor de las estrellas caía sobre su rostro espantado y también ella parecía una difunta. El niño no respondió. Del ribazo llegó el golpeteo de la codorniz dominando el sordo estruendo de la Central.

-¿Qué es eso? -dijo la mujer, electrizada.

-Una codorniz -respondió el niño.

-¿Hace así todas las noches?

-Sí.

-¿Estás seguro?

Ella contemplaba sobrecoyida el leve oleaje del tragal.

-Sí.

Sacudió la cabeza:

-¡Ave María! Parece como si cantara aquí mismo; debajo de mi saya.

Y quiso reír, pero su garganta emitió un ronquido inarticulado. Luego se marchó.

El Senderines pensó en Conrado porque se le hacía cada vez más arduo regresar solo al lado de Trino. Vagamente temía que se quejase si él volvía a manipular con sus piernas o que el sarnoso gato de la Central, que miraba talmente como una persona, se hubiera acostado a los pies de la cama y estuviese hablando. Conrado trató de tranquilizarle. Le dijo:

Que los muertos, a veces, conservan aire en el cuerpo y al doblarles por la cintura chillan porque el aire se escapa por arriba o por abajo, pero que, bien mirado, no pueden hacer daño.

Que los gatos en determinadas ocasiones parece ciertamente que en lugar de «miau» dicen «mío», pero te vas a ver y no han dicho más que «miau» y eso sin intención.

Que la noticia le había dejado como sin sangre, ésta es la verdad, pero que estaba amarrado al servicio como un perro, puesto que de todo lo que ocurriese en su ausencia era él el único responsable.

Que volviera junto a su padre, se acostara y esperase allí, ya que a las seis de la mañana terminaba su turno y entonces, claro, iría a casa de Trino y le ayudaría.

Cuando el niño se vio de nuevo solo junto a la balsa se arrodilló en la orilla y sumergió sus bracitos desnudos en la corriente. Los residuos de la C.E.S.A. resaltaban en la oscuridad y el Senderines arrancó un junco y trató de atraer el más próximo. No lo consiguió y, entonces, arrojó el junco lejos y se sentó en el suelo contrariado. A su derecha, la reja de la Central absorbía ávidamente el agua, formando unos tumultuosos remolinos. El resto del río era una superficie bruñida, inmóvil, que reflejaba los agujeritos luminosos de las estrellas. Los chopos de las márgenes volcaban una sombra tenue y fantasmal sobre las aguas quietas. El cebollero y la codorniz apenas se oían ahora, eclipsadas sus voces por las gárgaras estruendosas de la Central. El Senderines pensó con pavor en los lucios y, luego, en la necesidad de vestir a su padre, pero los amigos de su padre o habían dejado de serlo, o estaban afanados, o sentían miedo de los muertos. El rostro del niño se iluminó de pronto, extrajo la cajita de betún del bolsillo y la entreabrió. El gusano brillaba con un frío resplandor verdiamarillo que reverberaba en la cubierta plateada. El niño arrancó unas briznas de hierba y las metió en la caja. «Este bicho tiene que comer -pensó-, si no se morirá también.» Luego tomó una pajita y la aproximó a la luz; la retiró inmediatamente y observó el extremo y no estaba chamuscado y él imaginó que aún era pronto y volvió a incrustarla en la blanda fosforescencia del animal. El gusano se retorció impotente en su prisión. Súbitamente, el Senderines se incorporó y, a pasos rápidos, se encaminó a la casa. Sin mirar al lecho con el muerto, se deslizó hasta la mesilla de noche y una vez allí colocó la luciérnaga sobre el leve montoncito de yerbas, apagó la luz y se dirigió a la puerta para estudiar el efecto. La puntita del gusano rutilaba en las tinieblas y el niño entreabrió los labios en una semisonrisa. Se sentía más conforme. Luego pensó que debería cazar tres luciérnagas más para disponer una en cada esquina de la cama y se complació previendo el conjunto.

De pronto, oyó cantar abajo, en el río, y olvidó sus proyectos. No tenía noticias de que el Pernaes hubiera llegado. El Pernaes bajaba cada verano a la Cascajera a fabricar piedras para los trillos. No tenía otros útiles que un martillo rudimentario y un

pulso matemático para golpear los guijarros del río. A su golpe éstos se abrían como rajadas de sandía y los bordes de los fragmentos eran agudos como hojas de afeitar. Canor y él, antaño, gustaban de verle afanar, sin precipitaciones, con la colilla apagada fija en el labio inferior, el parcheado sombrero sobre los ojos, canturreando perezosamente. Las tórtolas cruzaban de vez en cuando sobre el río como ráfagas: y los peces se arrimaban hasta el borde del agua sin recelos porque sabían que el Pernaes era inofensivo.

Durante el invierno, el Pernaes desaparecía. Al concluir la recolección, cualquier mañana, el Pernaes ascendía del cauce con un hatillo en la mano y se marchaba carretera adelante, hacia los tesos, canturreando. Una vez, Conrado dijo que le había visto vendiendo confituras en la ciudad, a la puerta de un cine. Pero Baudilio, el capataz de la C.E.S.A., afirmaba que el Pernaes pasaba los meses fríos mendigando de puerta en puerta. No faltaba quien decía que el Pernaes invernaba en el África como las golondrinas. Lo cierto es que al anunciarse el verano llegaba puntualmente a la Cascajera y reanudaba el oficio interrumpido ocho meses antes.

El Senderines escuchaba cantar desafinadamente más abajo de la presa, junto al puente; la voz del Pernaes ahuyentaba las sombras y los temores y hacía solubles todos los problemas. Cerró la puerta y tomó la vereda del río. Al doblar el recodo divisó la hoguera bajo el puente y al hombre inclinándose sobre el fuego sin cesar de cantar. Ya más próximo distinguió sus facciones rojizas, su barba de ocho días, su desastrada y elemental indumentaria. Sobre el pilar del puente, un cartelón de brea decía: «Se benden penales para trillos.»

El hombre volvió la cara al sentir los pasos del niño:

-Hola -dijo-, entra y siéntate. ¡Vaya como has crecido! Ya eres casi un hombre. ¿Quieres un trago?

El niño denegó con la cabeza.

El Pernaes empujó el sombrero hacia la nuca y se rascó prolongadamente:

-¿Quieres cantar conmigo? -preguntó-. Yo no canto bien, Pero cuando me da la agonía dentro del Pecho, me pongo a cantar y sale.

-No -dijo el niño.

-¿Qué quieres entonces? Tu padre el año pasado no necesitaba piedras. ¿Es que del año pasado a éste se ha hecho tu padre un rico terrateniente? Ji, ji, ji.

El niño adoptó una actitud de gravedad.

-Mi padre ha muerto -dijo y permaneció a la expectativa.

El hombre no dijo nada; se quedó unos segundos perplejo, como hipnotizado por el fuego. El niño agregó:

-Está desnudo y hay que vestirle antes de dar aviso.

-¡Ahí va! -dijo, entonces, el hombre y volvió a rascarse obstinadamente la cabeza. Le miraba ahora el niño de refilón. Súbitamente dejó de rascarse y añadió:

-La vida es eso. Unos viven para enterrar a los otros que se mueren. Lo malo será para el que muera el último.

Los brincos de las llamas alteraban a intervalos la expresión de su rostro, El Pernales se agachó para arrimar al fuego una brazada de pinocha. De reojo observaba al niño. Dijo:

-El Pernales es un pobre diablo, ya lo sabemos todos. Pero eso no quita para que a cada paso la gente venga aquí y me diga: «Pernales, por favor, échame una mano», como si Pernales no tuviera más que hacer que echarle una mano al vecino. El negocio del Pernales no le importa a nadie; al Pernales, en cambio tienen que importarle los negocios de los demás. Así es la vida.

Sobre el fuego humeaba un puchero y junto al pilar del puente se amontonaban las esquirlas blancas, afiladas como cuchillos. A la derecha, había media docena de latas abolladas y una botella. El Senderines observaba todo esto sin demasiada atención y cuando vio al Pernales empinar el codo intuyó que las cosas terminarían por arreglarse:

-¿Vendrás? -preguntó el niño, al cabo de una pausa, con la voz quebrada.

El Pernales se frotó una mano con la otra en lo alto de las llamas. Sus ojillos se avivaron:

-¿Qué piensas hacer con la ropa de tu padre? -preguntó como sin interés-. Eso ya no ha de servirle. La ropa les queda a los muertos demasiado holgada; no sé lo que pasa, pero siempre sucede así.

Dijo el Senderines:

-Te daré el traje nuevo de mi padre si me ayudas.

-Bueno, yo no dije tal -agregó el hombre-. De todas formas si yo abandono mi negocio para ayudarte, justo es que me guardes una atención, hijo. ¿Y los zapatos? ¿Has pensado que los zapatos de tu padre no te sirven a ti ni para sombrero?

-Sí -dijo el niño-. Te los daré también.

Experimentaba, por primera vez, el raro placer de disponer de un resorte para mover a los hombres El Pernales podía hablar durante mucho tiempo sin que la colilla se desprendiera de sus labios.

-Está bien -dijo. Tomó la botella y la introdujo en el abombado bolsillo de su chaqueta. Luego apagó el fuego con el pie:

-Andando -agregó.

Al llegar al sendero, el viejo se volvió al niño:

-Si invitaras a la boda de tu padre no estarías solo -dijo-. Nunca comí yo tanto chocolate como en la boda de mi madre. Había allí más de cuatro docenas de invitados. Bueno, pues, luego se murió ella y allí nadie me conocía. ¿Sabes por qué, hijo? Pues porque no había chocolate.

El niño daba dos pasos por cada zancada del hombre, que andaba bamboleándose como un veterano contramaestre. Carraspeó, hizo como si masticase algo y por último escupió con fuerza. Seguidamente preguntó:

-¿Sabes escupir por el colmillo, hijo?

-No -dijo el niño

-Has de aprenderlo. Un hombre que sabe escupir por el colmillo ya puede caminar solo por la vida.

El Pernaes sonreía siempre. El niño le miraba atónito; se sentía fascinado por los huecos de la boca del otro.

-¿Cómo se escupe por el colmillo? -preguntó, interesado. Comprendía que ahora que estaba solo en el mundo le convenía aprender la técnica del dominio y la sugestión.

El hombre se agachó y abrió la boca y el niño metió la nariz por ella, pero no veía nada y olía mal. El Pernaes se irguió:

-Está oscuro aquí, en casa te lo diré.

Mas en la casa dominaba la muda presencia de Trino, inmóvil, sobre la cama. Sus miembros se iban aplomando y su rostro, en tan breve tiempo, había adquirido una tonalidad cérea. El Pernaes, al cruzar ante él, se descubrió e hizo un borroso ademán, como si se santiguara.

-¡Ahí va! -dijo-. No parece él; está como más flaco.

Al niño, su padre muerto le parecía un gigante. El Pernaes divisó la mancha que había junto al embozo.

-Ha reventado ¿eh?

Dijo el Senderines:

-Decía el doctor que sólo se mueren los flacos.

-¡Vaya! -respondió el hombre-. ¿Eso dijo el doctor?

-Sí -prosiguió el niño.

-Mira -agregó el Pernaes-. Los hombres se mueren por no comer o por comer demasiado.

Intentó colocar los pantalones en la cintura del muerto sin conseguirlo. De repente reparó en el montoncito de yerbas con la luciérnaga:

-¿Quién colocó esta porquería ahí? - dijo

-¡No lo toques!

-¿Fuiste tú?

-Sí.

-¿Y qué pinta eso aquí?

-¡Nada; no lo toques!

El hombre sonrió.

-¡Echa una mano! -dijo-. Tu padre pesa como un camión.

Concentró toda su fuerza en los brazos y por un instante levantó el cuerpo, pero el niño no acertó a coordinar sus movimientos con los del hombre:

-Si estás pensando en tus juegos no adelantaremos nada -gruñó-. Cuando yo levante, echa la ropa hacia arriba, si no no acabaremos nunca.

De pronto el Pernaes reparó en el despertador en la repisa y se fue a él derechamente.

-¡Dios! -exclamó-. ¡Ya lo creo que es bonito el despertador! ¿Sabes, hijo, que yo siempre quise tener un despertador igualito a éste?

Le puso o a sonar y su sonrisa desdentada se distendía conforme el timbre elevaba su estridencia. Se rascó la cabeza.

-Me gusta -dijo-. Me gusta por vivir.

El niño se impacientaba. La desnudez del cuerpo de Trinidad, su palidez de cera, le provocaban el vómito. Dijo:

-Te daré también el despertador si me ayudas a vestirle.

-No se trata de eso ahora, hijo -se apresuró el Pernaes-. Claro que yo no voy a quitarte la voluntad si tienes el capricho de obsequiarme, pero yo no te he pedido nada, porque el Pernaes si mueve una mano no extiende la otra para que le recompensen. Cuando el interés mueve a los hombres, el mundo marcha mal; es cosa sabida.

Sus ojillos despedían unas chispitas socarronas. Cantó la codorniz en el trigo y el Pernaes se aquietó. Al concluir el ruido y reanudarse el monótono rumor de la Central, guiñó un ojo.

-Este va a ser un buen año de codornices -dijo-. ¿Sentiste con qué impaciencia llama la tía?

El niño asintió sin palabras y volvió los ojos al cadáver de su padre. Pero el Pernaes no se dio por aludido.

-¿Dónde está el traje y los zapatos que me vas a regalar? -preguntó-. El Senderines le llevó al armario.

-Mira -dijo.

El hombre palpaba la superficie de la tela con sensual delectación.

-¡Vaya, si es un terno de una vez! -dijo-. Listado y color chocolate como a mí me gustan. Con él puesto no me va a conocer ni mi madre.

Sonreía. Agregó:

-La Paula, allá arriba, se va a quedar de una pieza cuando me vea, Es estirada como una marquesa, hijo. Yo la digo:

«Paula, muchacha, ¿dónde te pondremos que no te cague la mosca?» Y ella se enfada. Jí, ji, ji.

El Pernaless se descalzó la vieja sandalia e introdujo su pie descalzo en uno de los zapatos.

-Me bailan, hijo. Tú puedes comprobarlo. -Sus facciones, bajo la barba, adoptaron una actitud entre preocupada y perpleja--: ¿Qué podemos hacer?

El niño reflexionó un momento.

-Ahí tiene que haber unos calcetines de listas amarillas -dijo al cabo-. Con ellos puestos te vendrán los zapatos más justos.

-Probaremos -dijo el viejo.

Sacó los calcetines de listas amarillas del fondo de un cajón y se vistió uno. En la punta se le formaba una bolsa vacía.

-Me están que ni pintados, hijo.

Sonreía. Se alzó el zapato y se lo abrochó; luego estiró la pierna y se contempló con una pícara expresión de complacencia. Parecía una estatua con un pedestal desproporcionado.

-¿Crees tú que Paula querrá bailar conmigo, ahora, hijo?

A sus espaldas, Trino esperaba pacientemente, resignadamente, que cubriera su desnudez. A el Senderines empezaba a pesarle el sueño sobre las cejas. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos y, a cada intento, experimentaba la sensación de que los globos oculares se dilataban y oprimían irresistiblemente los huecos de sus cuencas. Inmovilidad La inmovilidad de Trino, el zumbido de la Central, la voz del Pernaless, el golpeteo de la codorniz, eran incitaciones casi invencibles al sueño. Mas él sabía que era preciso conservarse despierto, siquiera hasta que el cuerpo de su padre estuviera vestido.

El Pernaless se había calzado el otro pie y se movía ahora con el equilibrio inestable de quien por primera vez calza zuecos. De vez en cuando, la confortabilidad inusitada de sus extremidades tiraba de sus pupilas y él entonces cedía, bajaba los ojos, y se recreaba en el milagro, con un asomo de vanidosa complacencia. Advirtió súbitamente la impaciencia del pequeño, se rascó la cabeza y dijo:

-¡Vaaaya! A trabajar. No me distraigas hijo.

Se aproximó al cadáver e introdujo las dos manos bajo la cintura. Advirtió:

-Estate atento y tira del pantalón hacia arriba cuando yo le levante.

Pero no lo logró hasta el tercer intento. El sudor le chorreaba por las sienes. Luego, cuando abotonaba el pantalón, dijo, como para sí:

-Es la primera vez que hago esto con otro hombre.

El Senderines sonrió hondo. Oyó la voz del Pernaless.

-No querrás que le pongamos la camisa nueva, ¿verdad, hijo? Digo yo que de esa camisa te sacan dos para ti y aún te sobra tela para remendarla.

Regresó del armario con la camisa que Trino reservaba para los domingos. Agregó confidencialmente:

-Por más que si te descuidas te cuesta más eso que si te las haces nuevas.

Superpuso la camisa a sus harapos y miró de frente- al niño. Le guiñó un ojo y sonrió.

-Eh, ¿qué tal? -dijo.

El niño quería dormir, pero no quería quedarse solo con el muerto.

Añadió el Pernales:

-Salgo yo a la calle con esta camisa y la gente se piensa que soy un ladrón. Sin embargo, me arriesgaría con gusto si supiera que la Paula va a aceptar un baile conmigo por razón de esta camisa. Y yo digo: ¿Para qué vas a malgastar en un muerto una ropa nueva cuando hay un vivo que la puede aprovechar?

-Para ti -dijo el niño a quien la noche pesaba ya demasiado sobre las cejas.

-Bueno, hijo, no te digo que no, porque este saco de poco te puede servir a ti, si no es para sacarle lustre a los zapatos.

Depositó la camisa flamante sobre una silla, tomó la vieja y sudada de la que Trino acababa de despojarse, introdujo su brazo bajo los sobacos del cadáver y le incorporó:

-Así -dijo-. Métele el brazo por esa manga..., eso es.

La falta de flexibilidad de los miembros de Trino exasperaba al niño. El esperaba algo que no se produjo:

-No ha dicho nada -dijo, al concluir la operación, con cierto desencanto.

El Pernales volvió a él sus ojos asombrados:

-¿Quién?

-El padre.

-¿Qué querías que dijese?

-La Ovi dice que los muertos hablan y a veces hablan los gatos que están junto a los muertos.

-¡Ah, ya! -dijo el Pernales.

Cuando concluyó de vestir al muerto- , destapó la botella y echó un largo trago. A continuación la guardó en un bolsillo, el despertador en el otro y colocó cuidadosamente el traje y la camisa en el antebrazo. Permaneció unos segundos a los pies de la cama, observando el cadáver.

-Digo -dijo de pronto- que este hombre tiene los ojos y la boca tan abiertos como si hubiera visto al diablo. ¿No probaste de cerrárselos?

-No -dijo el niño.

El Pernales vaciló y, finalmente, depositó las ropas sobre una silla y se acercó al cadáver. Mantuvo un instante los dedos sobre los párpados inmóviles y cuando los

retiró, Trinidad descansaba. Seguidamente le anudó un pañuelo en la nuca, pasándosele bajo la barbilla. Dijo, al concluir:

-Mañana, cuando bajas a dar aviso, se lo puedes quitar.

El Senderines se erizó.

-¿Es que te marchas? -inquirió anhelante.

-¡Qué hacer! Mi negocio está allá abajo, hijo, no lo olvides.

El niño se despabiló de pronto:

-¿Qué hora es?

El Pemales extrajo el despertador del bolsillo.

-Esto tiene las dos; puede que vaya adelantado.

-Hasta las seis no subirá Conrado de la Central -exclamó el niño-. ¿Es que no puedes aguardar conmigo hasta esa hora?

-¡Las seis! Hijo, ¿qué piensas entonces que haga de lo mío?

El Senderines se sentía desolado. Recorrió con la mirada toda la pieza. Dijo, de súbito, desbordado:

-Quédate y te daré... te daré -se dirigió al armario- esta corbata y estos calzoncillos y este chaleco y la pelliza, y... Y...

Arrojó todo al suelo, en informe amasijo. El miedo le atenazaba. Echó a correr hacia el rincón.

-... Y el aparato de radio -exclamó.

Levantó hacia el Pemales sus pupilas humedecidas.

-Pemales, si te quedas te daré también el aparato de radio -repitió triunfalmente.

El Pemales dio unos pasos ronceros por la habitación.

-El caso es -dijo- que más pierdo yo por hacerte caso.

Mas cuando le vio sentado, el Senderines le dirigió una sonrisa agradecida. Ahora empezaban a marchar bien las cosas. Conrado llegaría a las seis y la luz del sol no se marcharía ya hasta catorce horas más tarde. Se sentó, a su vez, en un taburete, se acodó en el jergón y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. Volvía a ganarle un enervamiento reconfortante. Permaneció unos minutos mirando al Pemales en silencio. El «bom-bom» de la Central ascendía pesadamente del cauce del río.

Dijo el niño, de pronto:

-Pemales, ¿cómo te las arreglas para escupir por el colmillo? Ésa es una cosa que yo quisiera aprender.

El Pemales sacó pausadamente la botella del bolsillo y bebió; bebió de largo como si no oyera al niño; como si el niño no existiese. Al concluir, la cerró con parsimonia y volvió a guardarla. Finalmente, dijo:

-Yo aprendí a escupir por el colmillo, hijo, cuando me di cuenta que en el mundo hay mucha mala gente y que con la mala gente si te líras a trompazos te encierran y si escupes por el colmillo nadie te dice nada. Entonces yo me dije: «Pernales, has de aprender a escupir por el colmillo para poder decir a la mala gente lo que es sin que nadie te ponga la mano encima, ni te encierren.» Lo aprendí. Y es bien sencillo, hijo.

La cabecita del niño empezó a oscilar. Por un momento el niño trató de sobreponerse; abrió desmesuradamente los ojos y preguntó:

-¿Cómo lo haces?

El Pernales abrió un palmo de boca y hablaba como si la tuviera llena de pasta. Con la negra uña de su dedo índice se señalaba los labios. Repitió:

-Es bien sencillo, hijo. Combas la lengua y en hueco colocas el escupitajo...

El Senderines no podía con sus párpados. La codorniz aturdía ahora. El grillo hacía un cuarto de hora que había cesado de cantar.

-... luego no haces sino presionar contra los dientes y...

El Senderines se dejaba arrullar. La conciencia de compañía había serenado sus nervios. Y también el hecho de que ahora su padre estuviera vestido sobre la cama. Todo lo demás quedaba muy lejos de él. Ni siquiera le preocupaba lo que pudiera encontrar mañana por detrás de los tesos.

-... y el escupitajo escapa por el colmillo por que...

Aún intentó el niño imponerse a la descomedida atracción del sueño, pero terminó por reclinar suavemente la frente sobre el jergón, junto a la pierna del muerto y quedarse dormido. Sus labios dibujaban la iniciación de una sonrisa y en su tersa mejilla había aparecido un hoyuelo diminuto.

Despertó, pero no a los pocos minutos, como pensaba, porque la luz del nuevo día se adentraba ya por la ventana y las alondras cantaban en el camino y el Pernales no estaba allí, sino Conrado, Le descubrió como a través de una niebla, alto y grave, a los pies del lecho. El niño no tuvo que sonreír de nuevo, sino que aprovechó la esbozada sonrisa del sueño para recibir a Conrado.

-Buenos días -dijo.

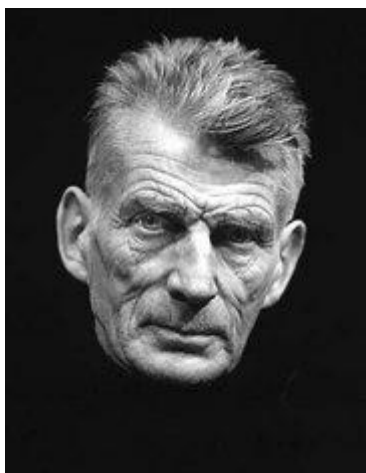
La luciérnaga ya no brillaba sobre la mesa de noche, ni el cebollero cantaba, ni cantaba la codorniz, pero el duro, incansable pulso de la Central, continuaba latiendo abajo, junto al río. Conrado se había abotonado la camisa blanca hasta arriba para entrar donde el muerto. El Senderines se Incorporó desplazando el taburete con el pie. Al constatar la muda presencia de Trino, pavorosamente blanco, pavorosamente petrificado, comprendió que para él no llegaba ya la nueva luz y cesó repentinamente de sonreír Dijo:

-Voy a bajar a dar aviso.

Conrado asintió, se sentó en el taburete que el niño acababa de dejar, lo arrimó a la cama, sacó la petaca y se puso a liar un cigarrillo, aunque le temblaban ligeramente las manos.

-No tardes -dijo.

El expulsado, de Samuel Beckett



No era alta la escalinata. Mil veces conté los escalones, subiendo, bajando; hoy, sin embargo, la cifra se ha borrado de la memoria. Nunca he sabido si el uno hay que marcarlo sobre la acera, el dos sobre el primer escalón, y así, o si la acera no debe contar. Al llegar al final de la escalera, me asomaba al mismo dilema. En sentido inverso, quiero decir de arriba abajo, era lo mismo, la palabra resulta débil. No sabía por dónde empezar ni por dónde acabar, digamos las cosas como son. Conseguía pues tres cifras perfectamente distintas, sin saber nunca cuál era la correcta. Y cuando digo que la cifra ya no está presente, en la memoria, quiero decir que ninguna de las tres cifras está presente, en la memoria. Lo cierto es que si encuentro en la memoria, donde seguro debe estar, una de esas cifras, sólo encontraré una, sin posibilidad de deducir, de ella, las otras dos. E incluso si recuperara dos no por eso averiguaría la tercera. No, habría que encontrar las tres, en la memoria, para poder conocerlas, todas, las tres. Mortal, los recuerdos. Por eso no hay que pensar en ciertas cosas, cosas que te habitan por dentro, o no, mejor sí, hay que pensar en ellas porque si no pensamos en ellas, corremos el riesgo de encontrarlas, una a una, en la memoria. Es decir, hay que pensar durante un momento, un buen rato, todos los días y varias veces al día, hasta que el fango las recubra, con una costra infranqueable. Es un orden.

Después de todo, lo de menos es el número de escalones. Lo que había que retener es el hecho de que la escalinata no era alta, y eso lo he retenido. Incluso para el niño, no era alta, al lado de otras escalinatas que él conocía, a fuerza de verlas todos los días de subir las y bajarlas, y jugar en los escalones, a las tabas y a otros juegos de los que he olvidado hasta el nombre. ¿Qué debería ser pues para el hombre, hecho y derecho?

La caída fue casi liviana. Al caer oí un portazo, lo que me comunicó un cierto alivio, en lo peor de mi caída. Porque eso significaba que no se me perseguía hasta la calle, con un bastón, para atizarme bastonazos, ante la mirada de los transeúntes. Porque si hubiera sido ésta su intención no habrían cerrado la puerta, sino que la hubieran dejado abierta, para que las personas congregadas en el vestíbulo pudieran gozar del castigo, y sacar una lección. Se habían contentado, por esta vez, con echarme, sin más. Tuve tiempo, antes de acomodarme en la burla, de solidificar este razonamiento.

En estas condiciones, nada me obligaba a levantarme en seguida. Instalé los codos, curioso recuerdo, en la acera, apoyé la oreja en el hueco de la mano y me puse a reflexionar sobre mi situación, situación, a pesar de todo, habitual. Pero el ruido, más débil, pero inequívoco, de la puerta que de nuevo se cierra, me arrancó de mi distracción, en donde ya empezaba a organizarse un paisaje delicioso, completo, a base de espinos y rosas salvajes, muy onírico, y me hizo levantar la cabeza, con las manos abiertas sobre la acera y las corvas tensas. Pero no era más que mi sombrero, planeando hacia mí, atravesando los aires, dando vueltas. Lo cogí y me lo puse. Muy correctos, ellos, con arreglo al código de su Dios. Hubieran podido guardar el sombrero, pero no era suyo, sino mío, y me lo devolvían. Pero el encanto se había roto.

¿Cómo describir el sombrero? ¿Y para qué? Cuando mi cabeza alcanzó sus dimensiones, no diré que definitivas, pero sí máximas, mi padre me dijo, Ven, hijo mío, vamos a comprar tu sombrero, como si existiera desde el comienzo de los siglos, en un lugar preciso. Fue derecho al sombrero. Yo no tenía derecho a opinar, tampoco el sombrerero. Me he preguntado a menudo si mi padre no se proponería humillarme, si no tenía celos de mí, que era joven y guapo, en fin, rozagante, mientras que él era ya viejo e hinchado y violáceo. No se me permitiría, a partir de ese día concreto, salir descubierto, con mi hermosa cabellera castaña al viento. A veces, en una calle apartada, me lo quitaba y lo llevaba en la mano, pero temblando. Debía llevarlo mañana y tarde. Los chicos de mi edad, con quien a pesar de todo me veía obligado a retozar de vez en cuando, se burlaban de mí. Pero yo me decía, El sombrero es lo de menos, un mero pretexto para enredar sus impulsos, como el brote más, más impulsivo del ridículo, porque no son finos. Siempre me ha sorprendido la escasa finura de mis contemporáneos, a mí, cuya alma se retorció de la mañana a la noche tan sólo para encontrarse. Pero quizá fuera una forma de amabilidad, como la de cachondearse del barrigón en sus mismísimas narices. Cuando murió mi padre hubiera podido liberarme del sombrero, nada me lo impedía, pero nada hice. Pero, ¿cómo describirlo? Otra vez, otra vez.

Me levanté y eché a andar. No sé qué edad podía tener entonces. Lo que acababa de suceder no tenía por qué grabarse en mi existencia. No fue ni la cuna ni la tumba de nada. Al contrario: se parecía a tantas otras cunas, a tantas otras tumbas, que me pierdo. Pero no creo exagerar diciendo que estaba en la flor de la edad, lo que se llama me parece la plena posesión de las propias facultades. Ah sí, poseerlas poseerlas, las poseía. Atravesé la calle y me volví hacia la casa que acababa de expulsarme, yo, que nunca me volvía, al marcharme. ¡Qué bonita era! Geranios en las ventanas. Me he inclinado sobre los geranios, durante años. Los geranios, qué astutos, pero acabé haciéndoles lo que me apetecía. La puerta de esta casa, aúpa sobre su minúscula escalinata, siempre la he admirado, con todas mis fuerzas. ¿Cómo describirla? Espesa, pintada de verde, y en verano se la vestía con una especie de funda a rayas verdes y blancas con un agujero por donde salía una potente aldaba de hierro forjado y una grieta que corresponde a la boca del buzón que una placa de cuero automático protegía del polvo, los insectos, las oropéndolas. Ya está. Flanqueada por dos pilastras del mismo color, en la de la derecha se incrusta el timbre. Las cortinas respiraban un gusto impecable. Incluso el humo que se elevaba de uno de los tubos de la chimenea, el de la cocina, parecía estirarse y disiparse en el aire con una melancolía especial, y más azul. Miré al tercero y último piso, mi ventana, impudicamente abierta. Era justo el momento de la limpieza a fondo. En algunas horas cerrarían la ventana, descolgarían las cortinas y procederían a una pulverización de formol. Los conozco. A gusto moriría en esta casa. Vi, en una especie de visión, abrirse la puerta y salir mis pies.

Miraba sin rabia, porque sabía que no me espiaban tras las cortinas, como hubieran podido hacer, de apetecerles. Pero les conocía. Todos habían vuelto a sus nichos y cada uno se aplicaba en su trabajo.

Sin embargo no les había hecho nada.

Conocía mal la ciudad, lugar de mi nacimiento y de mis primeros pasos, en la vida, y después todos los demás que tanto han confundido mi rastro. ¡Si apenas salía! De vez en cuando me acercaba a la ventana, apartaba las cortinas y miraba fuera. Pero en seguida volvía al fondo de la habitación, donde estaba la cama. Me sentía incómodo, aplastado por todo aquel aire, y perdido en el umbral de perspectivas innombrables y

confusas. Pero aún sabía actuar, en aquella época, cuando era absolutamente necesario. Pero primero levanté los ojos al cielo, de donde nos viene la célebre ayuda, donde los caminos no aparecen marcados, donde se vaga libremente, como en un desierto, donde nada detiene la vista, donde quiera que se mire, a no ser los límites mismos de la vista. Por eso levanto los ojos, cuando todo va mal, es incluso monótono pero soy incapaz de evitarlo, a ese cielo en reposo, incluso nublado, incluso plomizo, incluso velado por la lluvia, desde el desorden y la ceguera de la ciudad, del campo, de la tierra. De más joven pensaba que valdría la pena vivir en medio de la llanura, iba a la landa de Lunebourg. Con la llanura metida en la cabeza iba a la landa. Había otras landas más cercanas, pero una voz me decía, Te conviene la landa de Lunebourg, no me lo pensé dos veces. El elemento luna tenía algo que ver con todo eso. Pues bien, la landa de Lunebourg no me gustó nada, lo que se dice nada. Volví decepcionado, y al mismo tiempo aliviado. Sí, no sé por qué, no me he sentido nunca decepcionado, y lo estaba a menudo, en los primeros tiempos, sin a la vez, o en el instante siguiente, gozar de un alivio profundo.

Me puse en camino. Qué aspecto. Rigidez en los miembros inferiores, como si la naturaleza no me hubiera concedido rodillas, sumo desequilibrio en los pies a uno y otro lado del eje de marcha. El tronco, sin embargo, por el efecto de un mecanismo compensatorio, tenía la ligereza de un saco descuidadamente relleno de borra y se bamboleaba sin control según los imprevisibles tropiezos del asfalto. He intentado muchas veces corregir estos defectos, erguir el busto, flexionar la rodilla y colocar los pies unos delante de otros, porque tenía cinco o seis por lo menos, pero todo acababa siempre igual, me refiero a una pérdida de equilibrio, seguida de una caída. Hay que andar sin pensar en lo que se está haciendo, igual que se suspira, y yo cuando marchaba sin pensar en lo que hacía marchaba como acabo de explicar, y cuando empezaba a vigilarme daba algunos pasos bastante logrados y después caía. Decidí abandonarme. Esta torpeza se debe, en mi opinión, por lo menos en parte, a cierta inclinación especialmente exacerbada en mis años de formación, los que marcan la construcción del carácter, me refiero al período que se extiende, hasta el infinito, entre las primeras vacilaciones, tras una silla, y la clase de tercero, término de mi vida escolar. Tenía pues la molesta costumbre, habiéndome meado en el calzoncillo, o cagado, lo que me sucedía bastante a menudo al empezar la mañana, hacia las diez diez y media, de empeñarme en continuar y acabar así mi jornada, como si no tuviera importancia. La sola idea de cambiarme, o de confiarme a mamá que no buscaba sino mi bien, me resultaba intolerable, no sé por qué, y hasta la hora de acostarme me arrastraba, con entre mis menudos muslos, o pegado al culo, quemando, crujiendo y apestando, el resultado de mis excesos. De ahí esos movimientos cautos, rígidos y sumamente espatarrados, de las piernas, de ahí el balanceo desesperado del busto, destinado sin duda a dar el pego, a hacer creer que nada me molestaba, que me encontraba lleno de alegría y de energía, y a hacer verosímiles mis explicaciones a propósito de mi rigidez de base, que yo achacaba a un reumatismo hereditario. Mi ardor juvenil, en la medida en que yo disponía de tales impulsos, se agotó en estas manipulaciones, me volví agrio, desconfiado, un poco prematuramente, aficionado de los escondrijos y de la postura horizontal. Pobres soluciones de juventud, que nada explican. No hay por qué molestarse. Raciocinemos sin miedo, la niebla permanecerá.

Hacía buen tiempo. Caminaba por la calle, manteniéndome lo más cerca posible de la acera. La acera más ancha nunca es lo bastante ancha para mí, cuando me pongo en movimiento, y me horroriza importunar a desconocidos. Un guardia me detuvo y dijo, La calzada para los vehículos, la acera para los peatones. Parecía una cita del antiguo testamento. Subí pues a la acera, casi excusándome, y allí me mantuve, en un traqueteo indescriptible, por lo menos durante veinte pasos, hasta el momento en que

tuve que tirarme al suelo, para no aplastar a un niño. Llevaba un pequeño arnés, me acuerdo, con campanillas, debía creerse un potro, o un percherón, por qué no. Le hubiera aplastado con gusto, aborrezco a los niños, además le hubiera hecho un favor, pero temía las represalias. Todos son parientes, y es lo que impide esperar. Se debía disponer, en las calles concurridas, una serie de pistas reservadas a estos sucios pequeños seres, para sus cochecitos, aros, biberones, patines, patinete, papás, mamás, tatas, globos, en fin toda su sucia pequeña felicidad. Caí pues y mi caída arrastró la de una señora anciana cubierta de lentejuelas y encajes y que debía pesar unos sesenta quilos. Sus alaridos no tardaron en provocar un tumulto. Confiaba en que se había roto el fémur, las señoras viejas se rompen fácilmente el fémur, pero no basta, no basta. Aproveché la confusión para escabullirme, lanzando imprecaciones ininteligibles, como si fuera yo la víctima, y lo era, pero no hubiera podido probarlo. Nunca se lincha a los niños, a los bebés, hagan lo que hagan son inocentes a priori. Yo los lincharía a todos con suma delicia, no digo que llegara a ponerles las manos encima, no, no soy violento, pero animaría a los demás y les pagaría una ronda cuando hubieran acabado. Pero apenas recuperé la zarabanda de mis coces y bandazos me detuvo un segundo guardia, parecidísimo al primero, hasta el punto de que me pregunté si no era el mismo. Me hizo notar que la acera era para todo el mundo, como si fuera evidente que a mí no se me podía incluir en tal categoría. ¿Desea usted, le dije, sin pensar un sólo instante en Heráclito, que descienda al arroyo? Baje si quiere, dijo, pero no ocupe todo el sitio. Apunté a su labio superior, que tenía por lo menos tres centímetros de alto, y soplé encima. Lo hice, creo, con bastante naturalidad, como el que, bajo la presión cruel de los acontecimientos, exhala un profundo suspiro. Pero no se inmutó. Debía estar acostumbrado a autopsias, o exhumaciones. Si es usted incapaz de circular como todo el mundo, dijo, debería quedarse en casa. Lo mismo pensaba yo. Y que me atribuyera una casa, mía, no tenía por qué molestarme. En ese momento acertó a pasar un cortejo fúnebre, como ocurre a veces. Se produjo una enorme alarma de sombreros al tiempo que un mariposear de miles y miles de dedos. Personalmente si me hubiera contentado con persignarme hubiera preferido hacerlo como es debido, comienzo en la nariz ombligo, tetilla izquierda, tetilla derecha. Pero ellos con sus roces precipitados e imprecisos, te hacen una especie de crucificado en redondo, sin el menor decoro, las rodillas bajo el mentón y las manos de cualquier manera. Los más entusiastas se inmovilizaron soltando algunos gemidos. El guardia, por su parte se cuadró, con los ojos cerrados, la mano en el kepi. En las berlinas del cortejo fúnebre entreveía gente departiendo animadamente, debían evocar escenas de la vida del difunto, o de la difunta. Me parece haber oído decir que el atavío del cortejo fúnebre no es el mismo en ambos casos, pero nunca he conseguido averiguar en qué consiste la diferencia. Los caballos chapoteaban en el barro soltando pedos como si fueran a la feria. No vi a nadie de rodillas.

Pero para nosotros todo va rápido, el último viaje, es inútil apresurarse, el último coche nos deja, el del servicio, se acabó la tregua, las gentes reviven, ojo. De forna que me detuve por tercera vez, por decisión propia, y tomé un coche. Los que acababa de ver pasar, atestados de gente que departía animadamente debieron impresionarme poderosamente. Es una caja negra grande, se bambolea sobre sus resortes, las ventanas son pequeñas, se acurruca uno en un rincón, huele a cerrado. Noto que mi sombrero roza el techo. Un poco después me incliné hacia delante y cerré los cristales. Después recuperé mi sitio, de espaldas al sentido de la marcha. Iba a adormecerme cuando una voz me sobresaltó, la del cochero. Había abierto la portezuela, renunciando sin duda a hacerse oír a través del cristal. Sólo veía sus bigotes. ¿Adónde?, dijo. Había bajado de su asiento exclusivamente para decirme esto. ¡Y yo que me creía ya lejos! Reflexioné, buscando en mi memoria el nombre de una calle, o

de un monumento. ¿Tiene usted el coche en venta?, dije. Añadí, Sin el caballo. ¿Qué haría yo con un caballo? ¿Y qué haría yo con un coche? ¿Podría al menos tumbarme? ¿Quién me traería la comida? Al Zoo, dije. Es raro que no haya Zoo en una capital. Añadí, No vaya usted muy de prisa. Se rió. La sola idea de poder ir al Zoo demasiado aprisa parecía divertirlo. A menos que no fuera la perspectiva de encontrarse sin coche. A menos que fuera simplemente yo, mi persona, cuya presencia en el coche debía metamorfosearlo, hasta el punto de que el cochero, al verme con la cabeza en las sombras del techo y las rodillas contra el cristal, había llegado quizá a preguntarse si aquél era realmente su coche, si era realmente un coche. Echa rápido una mirada al caballo, se tranquiliza. Pero ¿sabe uno mismo alguna vez por qué ríe? Su risa de todas formas fue breve, lo que parecía ponerme fuera del caso. Cerró de nuevo la portezuela y subió otra vez al pescante. Poco después el caballo arrancó.

Pues sí, tenía aún un poco de dinero en aquella época. La pequeña cantidad que me dejara mi padre, como regalo, sin condiciones, a su muerte, aún me pregunto si no me la robaron. Muy pronto me quedé sin nada. Mi vida no por eso se detuvo, continuaba, e incluso tal y como yo la entendía, hasta cierto punto. El gran inconveniente de esta situación, que podía definirse como la imposibilidad absoluta de comprar, consiste en que le obliga a uno a espabilarse. Es raro, por ejemplo, cuando realmente no hay dinero, conseguir que le traigan a uno algo de comer, de vez en cuando, al cuchitril. No hay más remedio entonces que salir y espabilarse, por lo menos un día a la semana. No se tiene domicilio en esas condiciones, es inevitable. De ahí que me enterara con cierto retraso de que me estaban buscando, para un asunto que me concernía. Ya no me acuerdo por qué conducto. No leía los periódicos y tampoco tengo idea de haber hablado con alguien, durante estos años, salvo quizás tres o cuatro veces, por una cuestión de comida. En fin algo debió llegarme, de un modo o de otro si no no me hubiera presentado nunca al Comisario Nidder, hay nombres que no se olvidan, es curioso, y él no me hubiera recibido nunca. Comprobó mi identidad. Esto le llevó un buen rato. Le enseñé mis iniciales de metal en el interior del sombrero, no probaban nada pero limitaban al menos las posibilidades. Firme, dijo. Jugaba con una regla cilíndrica, con la que se hubiera podido matar un buey. Cuente, dijo. Una mujer joven, quizá en venta, asistía a la conversación, en calidad de testigo sin duda. Me metí el fajo en el bolsillo. Se equivoca, dijo. Tenía que haberme pedido que los contara antes de firmar, pensé, hubiera sido más correcto. ¿Dónde le puedo encontrar, dijo, si llega el caso? Al bajar las escaleras pensaba en algo. Poco después volvía a subir para preguntarle de dónde me venía ese dinero, añadiendo que tenía derecho a saberlo. Me dijo un nombre de mujer, que he olvidado. Quizá me había tenido sobre sus rodillas cuando yo estaba aún en pañales y le había hecho carantoñas. A veces basta con eso. Digo bien, en pañales, porque más tarde hubiera sido demasiado tarde, para las carantoñas. Gracias pues a este dinero tenía todavía un poco. Muy poco. Si pensaba en mi vida futura era como si no existiera, a menos que mis previsiones pecaran de pesimistas. Golpeé contra el tabique situado junto a mi sombrero, en la misma espalda del cochero si había calculado bien. Una nube de polvo se desprendió de la guata del forro. Cogí una piedra del bolsillo y golpeé con la piedra, hasta que el coche se detuvo. Noté que no se produjo aminoración de la marcha, como acusan la mayoría de los vehículos, antes de inmovilizarse. No, se paró en seco. Esperaba. El coche vibraba. El cochero, desde la altura del pescante, debía estar escuchando. Veía el caballo como si lo tuviera delante. No había tomado la actitud de desánimo que tomaba en cada parada, hasta en las más breves, atento, las orejas en alerta. Miré por la ventana, estábamos de nuevo en movimiento. Golpeé de nuevo el tabique, hasta que el coche se detuvo de nuevo. El cochero bajó del pescante echando pestes. Bajé el cristal para que no se le ocurriera abrir la portezuela. Más de prisa, más de prisa. Estaba más rojo,

violeta diría yo. La cólera, o el viento de la carrera. Le dije que lo alquilaba por toda la jornada. Respondió que tenía un entierro a las tres. Ah los muertos. Le dije que ya no quería ir al Zoo. Ya no vamos al Zoo, dije. Respondió que no le importaba adónde fuéramos, a condición de que no fuera muy lejos, por su animal. Y se nos habla de la especificidad del lenguaje de los primitivos. Le pregunté si conocía un restaurante. Añadí, Comerá usted conmigo Prefiero estar con un parroquiano, en esos sitios. Había una larga mesa con una banqueta a cada lado de la misma longitud exactamente. A través de la mesa me habló de su vida, de su mujer, de su animal, después otra vez de su vida, de la vida atroz que era la suya, a causa sobre todo de su carácter. Me preguntó si me daba cuenta de lo que eso significaba, estar siempre a la intemperie. Me enteré de que aún existían cocheros que pasaban la jornada bien calentitos en sus vehículos estacionados, esperando que el cliente viniera a despertarlos. Esto podía hacerse en otra época, pero hoy había que emplear otros métodos, si se pretendía aguantar hasta finalizar sus días. Le describí mi situación, lo que había perdido y lo que buscaba. Hicimos los dos lo que pudimos, para comprender, para explicar. Él comprendía que yo había perdido mi habitación y que necesitaba otra, pero todo lo demás se le escapaba. Se le había metido en la cabeza, y no hubo modo de sacárselo, que yo andaba buscando una habitación amueblada. Sacó del bolsillo un periódico de la tarde de la víspera, o quizá de la antevíspera, y se impuso el deber de recorrer los anuncios por palabras, subrayando cinco o seis con un minúsculo lapicillo, el mismo que temblaba sobre los futuros agraciados de un sorteo. Subrayaba sin duda los que hubiera subrayado de encontrarse en mi lugar o quizás los que se remitían al mismo barrio, por su animal. Sólo hubiera conseguido confundirle si le dijera que no admitía, en cuanto a muebles, en mi habitación, más que la cama, y que habría que quitar todos los demás, la mesilla de noche incluida, antes de que yo consintiera poner los pies en el cuarto. Hacia las tres despertamos el caballo y nos pusimos de nuevo en marcha. El cochero me propuso subir al pescante a su lado, pero desde hacía un rato acariciaba la idea de instalarme en el interior del coche y volví a ocupar mi sitio. Visitamos, una tras otra, con método supongo, las direcciones que había subrayado. La corta jornada de invierno se precipitaba hacia el fin. Me parece a veces que son éstas las únicas jornadas que he conocido, y sobre todo este momento más encantador que ninguno que precede al primer pliegue nocturno. Las direcciones que había subrayado, o más bien marcado con una cruz, como hace la gente del pueblo, las tachaba, con un trazo diagonal, a medida que se revelaban inconvenientes. Me enseñó el periódico más tarde, obligándome a guardarlo yo entre mis cosas, para estar seguro de no buscar otra vez donde ya habíamos buscado en vano. A pesar de los cristales cerrados, los chirridos del coche y el ruido de la circulación, le oía cantar, completamente solo en lo alto de su alto pescante. Me había preferido a un entierro, era un hecho que duraría eternamente. Cantaba. Ella está lejos del país donde duerme su joven héroe, son las únicas palabras que recuerdo. En cada parada bajaba de su asiento y me ayudaba a bajar del mío. Llamaba a la puerta que él me indicaba y a veces yo desaparecía en el interior de la casa. Me divertía, me acuerdo muy bien, sentir de nuevo una casa a mi alrededor, después de tanto tiempo. Me esperaba en la acera y me ayudaba a subir de nuevo al coche. Empecé a hartarme del cochero. Trepaba al pescante y nos poníamos en marcha otra vez. En un momento dado se produjo lo siguiente. Se detuvo. Sacudí mi somnolencia y articulé una postura, para bajar. Pero no vino a abrir la portezuela y a ofrecerme el brazo, de modo que tuve que bajar solo. Encendía las linternas. Me gustan las lámparas de petróleo, a pesar de que son, con las velas, y si exceptúo los astros, las primeras luces que conocí. Le pregunté si me dejaba encender la segunda linterna, puesto que él había encendido ya la primera. Me dio su caja de cerillas, abrió el pequeño cristal abombado montado sobre bisagras, encendí y cerré en seguida, para que la mecha ardiera tranquila y clara, calentita en su casita, al abrigo del viento.

Tuve esta alegría. No veíamos nada, a la luz de las linternas, apenas vagamente los volúmenes del caballo, pero los demás les veían de lejos, dos manchas amarillas lentamente sin amarras flotando. Cuando los arreos giraban se veía un ojo, rojo o verde según los casos, rombo abombado límpido y agudo como en una vidriera.

Cuando verificamos la última dirección el cochero me propuso presentarme en un hotel que conocía, en donde yo estaría bien. Es coherente, cochero, hotel es verosímil. Recomendado por él no me faltaría nada. Todas las comodidades, dijo, guiñando un ojo. Sitúo esta conversación en la acera, ante la casa de la que yo acababa de salir. Recuerdo, bajo la linterna, el flanco hundido y blando del caballo y sobre la portezuela la mano del cochero, enguantada en lana. Mi cabeza estaba más alta que el techo del coche. Le propuse tomar una copa. El caballo no había bebido ni comido en todo el día. Se lo hice notar al cochero que me respondió que su caballo no se repondría hasta que volviera a la cuadra. Cualquier cosa que tomara, aunque sólo fuera una manzana o un terrón de azúcar, durante el trabajo, le produciría dolores de vientre y cólicos que le impedirían dar un paso y que incluso podrían matarlo. Por eso se veía obligado a atarle el hocico, con una correa, cada vez que por una razón o por otra debía dejarle solo, para que no enterneciera el buen corazón de los transeúntes. Después de algunas copas el cochero me rogó que les hiciera el honor, a él y a su mujer, de pasar la noche en su casa. No estaba lejos. Reflexionando, con la célebre ventaja del retraso, creo que no había hecho, ese día, sino dar vueltas alrededor de su casa. Vivían encima de una cochera, al fondo de un patio. Buena situación, yo me habría contentado. Me presentó a su mujer, increíblemente culona, y nos dejó. Ella estaba incómoda, se veía, a solas conmigo. La comprendía, yo no me incomodo en estos casos. No había razones para que acabara o continuara. Pues que acabe entonces. Dije que iba a bajar a la cochera a acostarme. El cochero protestó. Insistí. Atrajo la atención de su mujer sobre una pústula que tenía yo en la coronilla, me había quitado el sombrero, por educación. Hay que procurar quitar eso, dijo ella. El cochero nombró un médico a quien tenía en gran estima y que le había curado de un quiste en el trasero. Si quiere acostarse en la cochera, dijo la mujer, que se acueste en la cochera. El cochero cogió la lámpara de encima de la mesa y me precedió en la escalera que bajaba a la cochera, era más bien una escalerilla, dejando a su mujer en la oscuridad. Extendió en el suelo, en un rincón, sobre la paja, una manta de caballo, y me dejó una caja de cerillas, para el caso de que tuviera necesidad de ver claro durante la noche. No me acuerdo lo que hacía el caballo entretanto. Tumbado en la oscuridad oía el ruido que hacía al beber, es muy curioso, el brusco corretear de las ratas y por encima de mí las voces mitigadas del cochero y su mujer criticándome. Tenía en la mano la caja de cerillas, una sueca tamaño grande. Me levanté en la noche y encendí una. Su breve llama me permitió descubrir el coche. Ganas me entraron, y me salieron, de prender fuego a la cochera. Encontré el coche en la oscuridad, abrí la portezuela, salieron ratas, me metí dentro. Al instalarme noté en seguida que el coche no estaba en equilibrio, estaba fijo, con los timones descansando en el suelo. Mejor así, esto me permitía tumbarme a gusto, con los pies más altos que la cabeza en la banqueta de enfrente. Varias veces durante la noche sentí que el caballo me miraba por la ventanilla, y el aliento de su hocico. Desatalajado debía encontrar extraña mi presencia en el coche. Yo tenía frío, olvidé coger la manta, pero no lo bastante como para levantarme a buscarla. Por lo ventanilla del coche veía la de la cochera, cada vez mejor. Salí del coche. Menos oscuridad en la cochera, entreveía el pesebre, el abrevadero, el arnés colgado, qué más, cubos y cepillos. Fui a la puerta pero no pude abrirla. El caballo me seguía con la mirada. ¿Así que los caballos no duermen nunca? Pensaba que el cochero tenía que haberle atado, al pesebre por ejemplo. Me vi, pues, obligado a salir por la ventana. No fue fácil. Y, ¿qué es fácil? Pasé primero la cabeza, tenía las palmas de las manos sobre el suelo del

patio mientras las caderas seguían contorneándose, prisioneras del marco de la ventana. Me acuerdo del manojo de hierba que arranqué con las dos manos, para liberarme.

Tenía que haberme quitado el abrigo y tirarlo por la ventana, pero no se puede estar en todo. En cuanto salí del patio pensé en algo. La fatiga. Deslicé un billete en la caja de cerillas, volví al patio y puse la caja en el reborde de la ventana por la que acababa de salir. El caballo estaba en la ventana. Pero después de dar unos pasos por la calle volví al patio y recuperé mi billete. Dejé las cerillas, no eran más. El caballo seguía en la ventana. Estaba hasta aquí del caballo. El alba asomaba débilmente. No sabía dónde estaba. Tomé la dirección levante, supongo, para asomarme cuanto antes a la luz. Hubiera querido un horizonte marino, o desértico. Cuando salgo, por la mañana, voy al encuentro del sol, y por la noche, cuando salgo, lo sigo, casi hasta la mansión de los muertos. No sé por qué he contado esta historia. Igual podía haber contado otra. Por mi vida, veréis cómo se parecen.

Cómo se salvó Wang-Fô, de Marguerite Yourcenar



El anciano pintor Wang-Fô y su discípulo Ling erraban por los caminos del reino de Han. Avanzaban lentamente, pues Wang-Fô se detenía durante la noche a contemplar los astros y durante el día a mirar las libélulas. No iban muy cargados, ya que Wang-Fô amaba la imagen de las cosas y no las cosas en sí mismas, y ningún objeto del mundo le parecía digno de ser adquirido a no ser pinceles, tarros de laca y rollos de seda o de papel de arroz.

Eran pobres, pues Wang-Fô trocaba sus pinturas por una ración de mijo y despreciaba las monedas de plata. Su discípulo Ling, doblándose bajo el peso de un saco lleno de bocetos, encorbaba respetuosamente la espalda como si llevara encima la bóveda celeste, ya que aquel saco, a los ojos de Ling, estaba lleno de montañas cubiertas de nieve, de ríos en primavera y del rostro de la luna de verano.

Ling no había nacido para correr los caminos al lado de un anciano que se apoderaba de la aurora y apresaba el crepúsculo. Su padre era cambista de oro; su madre era la hija única de un comerciante de jade, que le había legado sus bienes maldiciéndola por no ser un hijo. Ling había crecido en una casa donde la riqueza abolía las inseguridades. Aquella existencia, cuidadosamente resguardada, lo había vuelto tímido: tenía miedo de los insectos, de la tormenta y del rostro de los muertos. Cuando cumplió quince años, su padre le escogió una esposa, y la eligió muy bella, pues la idea de la felicidad que proporcionaba a su hijo lo consolaba de haber llegado a la edad en que la noche sólo sirve para dormir. La esposa de Ling era frágil como un junco, infantil como la leche, dulce como la saliva, salada como las lágrimas. Después de la boda, los padres de Ling llevaron su discreción hasta el punto de morir, y su hijo se quedó solo en su casa pintada de cinabrio, en compañía de su joven esposa, que sonreía sin cesar, y de un ciruelo que daba flores rosas cada primavera.

Ling amó a aquella mujer de corazón límpido igual que se ama a un espejo que no se empaña nunca, o a un talismán que siempre nos protege. Acudía a las casas de té para seguir la moda, y favorecía moderadamente a bailarinas y acróbatas. Una noche, en una taberna, tuvo por compañero de mesa a Wang-Fô. El anciano había bebido, para ponerse en un estado que le permitiera pintar con realismo a un borracho; su cabeza se inclinaba hacia un lado, como si se esforzara por medir la distancia que separaba su mano de la taza.

El alcohol de arroz desataba la lengua de aquel artesano taciturno, y aquella noche, Wang hablaba como si el silencio fuera una pared y las palabras unos colores destinados a embadurnarla. Gracias a él, Ling conoció la belleza que reflejaban las caras de los bebedores, difuminadas por el humo de las bebidas calientes, el esplendor tostado de las carnes lamidas de una forma desigual por los lengüetazos del fuego, y el exquisito color de rosa de las manchas de vino esparcidas por los manteles como pétalos marchitos. Una ráfaga de viento abrió la ventana; el aguacero penetró en la habitación. Wang-Fô se agachó para que Ling admirase la lívida veta del rayo y Ling, maravillado, dejó de tener miedo a las tormentas.

Ling pagó la cuenta del viejo pintor; como Wang-Fô no tenía ni dinero ni morada, le ofreció humildemente un refugio. Hicieron juntos el camino; Ling llevaba un farol; su luz proyectaba en los charcos inesperados destellos: Aquella noche, Ling se enteró con sorpresa de que los muros de su casa no eran rojos, como él creía sino que tenían el color de una naranja que se empieza a pudrir. En el patio, Wang-Fô advirtió la forma delicada de un arbusto, en el que nadie se había fijado hasta entonces, y lo comparó a una mujer joven que dejara secar sus cabellos. En el pasillo, siguió con arrobo el andar vacilante de una hormiga a lo largo de las grietas de la pared, y el horror que Ling sentía por aquellos bichitos se desvaneció. Entonces, comprendiendo que Wang-Fô acababa de regalarle un alma y una percepción nuevas, Ling acostó respetuosamente al anciano en la habitación donde habían muerto sus padres.

Hacía años que Wang-Fô soñaba con hacer el retrato de una princesa de antaño tocando el laúd bajo un sauce. Ninguna mujer le parecía lo bastante irreal para servirle de modelo, pero Ling podía serlo, puesto que no era una mujer. Más tarde, Wang-Fô habló de pintar a un joven príncipe tensando el arco al pie de un alto cedro. Ningún joven de la época actual era lo bastante irreal para servirle de modelo, pero Ling mandó posar a su mujer bajo el ciruelo del jardín. Después, Wang-Fô la pintó vestida de hada entre las nubes de poniente, y la joven lloró, pues aquello era un presagio de muerte. Desde que Ling prefería los retratos que le hacía Wang-Fô a ella misma, su rostro se marchitaba como la flor que lucha con el viento o con las lluvias de verano. Una mañana la encontraron colgada de las ramas del ciruelo rosa: las puntas de la bufanda de seda que la estrangulaba flotaban al viento mezcladas con sus cabellos; parecía aún más esbelta que de costumbre, y tan pura como las beldades que cantan los poetas de tiempos pasados. Wang-Fô la pintó por última vez, pues le gustaba ese color verdoso que adquiere el rostro de los muertos. Su discípulo Ling desleía los colores y este trabajo exigía tanta aplicación que se olvidó de verter unas lágrimas.

Ling vendió sucesivamente sus esclavos, sus jades y los peces de su estanque para proporcionar al maestro tarros de tinta púrpura que venían de Occidente. Cuando la casa estuvo vacía, se marcharon y Ling cerró tras él la puerta de su pasado. Wang-Fô estaba cansado de una ciudad en donde ya las caras no podían enseñarle ningún secreto de belleza o de fealdad, y juntos ambos, maestro y discípulo, vagaron por los caminos del reino de Han.

Su reputación los precedía por los pueblos, en el umbral de los castillos fortificados y bajo el pórtico de los templos donde se refugian los peregrinos inquietos al llegar el crepúsculo. Se decía que Wang-Fô tenía el poder de dar vida a sus pinturas gracias a un último toque de color que añadía a los ojos. Los granjeros acudían a suplicarle que les pintase un perro guardián, y los señores querían que les hiciera imágenes de soldados. Los sacerdotes honraban a Wang-Fô como a un sabio; el pueblo lo temía como a un brujo.

Wang se alegraba de estas diferencias de opiniones que le permitían estudiar a su alrededor las expresiones de gratitud, de miedo o de veneración.

Ling mendigaba la comida, velaba el sueño de su maestro y aprovechaba sus éxtasis para darle masaje en los pies. Al apuntar el día, mientras el anciano seguía durmiendo, salía en busca de paisajes tímidos, escondidos detrás de los bosquecillos de juncos. Por la noche, cuando el maestro, desanimado, tiraba sus pinceles al suelo, él los recogía. Cuando Wang-Fô estaba triste y hablaba de su avanzada edad, Ling le mostraba sonriente el tronco sólido de un viejo roble; cuando Wang-Fô estaba alegre y soltaba sus chanzas, Ling fingía escucharlo humildemente.

Un día, al atardecer, llegaron a los arrabales de la ciudad imperial, y Ling buscó para Wang-Fô un albergue donde pasar la noche. El anciano se envolvió en sus harapos y Ling se acostó junto a él para darle calor, pues la primavera acababa de llegar y el suelo de barro estaba helado aún. Al llegar el alba, unos pesados pasos resonaron por los pasillos de la posada; se oyeron los susurros amedrentados del posadero y unos gritos de mando proferidos en lengua bárbara. Ling se estremeció, recordando que el día anterior había robado un pastel de arroz para la comida del maestro. No puso en duda que venían a arrestarlo y se preguntó quién ayudaría mañana a Wang-Fô a vadear el próximo río.

Entraron los soldados provistos de faroles. La llama, que se filtraba a través del papel de colores, ponía luces rojas y azules en sus cascos de cuero. La cuerda de un arco vibraba en su hombro, y, de repente, los más feroces rugían sin razón alguna. Pusieron su pesada mano en la nuca de Wang-Fô, quien no pudo evitar fijarse en que sus mangas no hacían juego con el color de sus abrigo. Ayudado por su discípulo, Wang-Fô siguió a los soldados, tropezando por unos caminos desiguales. Los transeúntes, agrupados, se mofaban de aquellos dos criminales a quienes probablemente iban a decapitar. A todas las preguntas que hacía Wang, los soldados contestaban con una mueca salvaje. Sus manos atadas le dolían y Ling, desesperado, miraba a su maestro sonriendo, lo que era para él una manera más tierna de llorar.

Llegaron a la puerta del palacio imperial, cuyos muros color violeta se erguían en pleno día como un trozo de crepúsculo. Los soldados obligaron a Wang-Fô a franquear innumerables salas cuadradas o circulares, cuya forma simbolizaba las estaciones, los puntos cardinales, lo masculino y lo femenino, la longevidad, las prerrogativas del poder. Las puertas giraban sobre sí mismas mientras emitían una nota de música, y su disposición era tal que podía recorrerse toda la gama al atravesar el palacio de Levante a Poniente. Todo se concertaba para dar idea de un poder y de una sutileza sobrehumanas y se percibía que las más ínfimas órdenes que allí se pronunciaban debían de ser definitivas y terribles, como la sabiduría de los antepasados. Finalmente, el aire se enrareció; el silencio se hizo tan profundo que ni un torturado se hubiera atrevido a gritar. Un eunuco levantó una cortina; los soldados temblaron como mujeres, y el grupito entró en la sala en donde se hallaba el Hijo del Cielo sentado en su trono.

Era una sala desprovista de paredes, sostenida por unas macizas columnas de piedra azul. Florecía un jardín al otro lado de los fustes de mármol y cada una de las flores que encerraban sus bosquejillos pertenecía a una exótica especie traída de allende los mares.

Pero ninguna de ellas tenía perfume, por temor a que la meditación del Dragón Celeste se viera turbada por los buenos olores. Por respeto al silencio en que bañaban sus pensamientos, ningún pájaro había sido admitido en el interior del recinto y hasta se había expulsado de allí a las abejas. Un alto muro separaba el jardín del resto del mundo, con el fin de que el viento, que pasa sobre los perros reventados y los cadáveres de los campos de batalla, no pudiera permitirse ni rozar siquiera la manga del Emperador.

El Maestro Celeste se hallaba sentado en un trono de jade y sus manos estaban arrugadas como las de un viejo, aunque apenas tuviera veinte años. Su traje era azul, para simular el invierno, y verde, para recordar la primavera. Su rostro era hermoso, pero impasible como un espejo colocado a demasiada altura y que no reflejara más que los astros y el implacable cielo. A su derecha tenía al Ministro de los Placeres

Perfectos y a su izquierda al Consejero de los Tormentos Justos. Como sus cortesanos, alineados al pie de las columnas, aguzaban el oído para recoger la menor palabra que de sus labios se escapara, había adquirido la costumbre de hablar siempre en voz baja.

– Dragón Celeste –dijo Wang-Fô, postrándose–, soy viejo, soy pobre y soy débil. Tú eres como el verano; yo soy como el invierno. Tú tienes Diez Mil Vidas; yo no tengo más que una y pronto acabará. ¿Qué te he hecho yo? Han atado mis manos que jamás te hicieron daño alguno.

– ¿Y tú me preguntas qué es lo que me has hecho, viejo Wang-Fô? –dijo el Emperador–.

Su voz era tan melodiosa que daban ganas de llorar. Levantó su mano derecha, que los reflejos del suelo de jade transformaban en glauca como una planta submarina, y Wang-Fô, maravillado por aquellos dedos tan largos y delgados, trató de hallar en sus recuerdos si alguna vez había hecho del Emperador o de sus ascendientes un retrato tan mediocre que mereciese la muerte. Mas era poco probable, pues Wang-Fô, hasta aquel momento, apenas había pisado la corte de los Emperadores, prefiriendo siempre las chozas de los granjeros o, en las ciudades, los arrabales de las cortesanas y las tabernas del muelle en las que disputan los estibadores.

– ¿Me preguntas lo que me has hecho, viejo Wang-Fô? –prosiguió el Emperador, inclinando su cuello delgado hacia el anciano que lo escuchaba–. Voy a decírtelo. Pero como el veneno ajeno no puede entrar en nosotros, sino por nuestras nueve aberturas, para ponerte en presencia de tus culpas deberé recorrer los pasillos de mi memoria y contarte toda mi vida. Mi padre había reunido una colección de tus pinturas en la estancia más escondida de palacio, pues sustentaba la opinión de que los personajes de los cuadros deben ser sustraídos a las miradas de los profanos, en cuya presencia no pueden bajar los ojos. En aquellas salas me educaron a mí, viejo Wang-Fô, ya que habían dispuesto una gran soledad a mi alrededor para permitirme crecer. Con objeto de evitarle a mi candor las salpicaduras humanas, habían alejado de mí las agitadas olas de mis futuros súbditos, y a nadie se le permitía pasar ante mi puerta, por miedo a que la sombra de aquel hombre o mujer se extendiera hasta mí. Los pocos y viejos servidores que se me habían concedido se mostraban lo menos posible; las horas daban vueltas en círculo; los colores de tus cuadros se reavivaban con el alba y palidecían con el crepúsculo. Por las noches, yo los contemplaba cuando no podía dormir, y durante diez años consecutivos estuve mirándolos todas las noches. Durante el día, sentado en una alfombra cuyo dibujo me sabía de memoria, reposando la palma de mis manos vacías en mis rodillas de amarilla seda, soñaba con los goces que me proporcionaría el porvenir. Me imaginaba al mundo con el país de Han en medio, semejante al llano monótono hueco de la mano surcada por las líneas fatales de los Cinco Ríos. A su alrededor, el mar donde nacen los monstruos y, más lejos aún, las montañas que sostienen el cielo. Y para ayudarme a imaginar todas esas cosas, yo me valía de tus pinturas. Me hiciste creer que el mar se parecía a la vasta capa de agua extendida en tus telas, tan azul que una piedra al caer no puede por menos de convertirse en zafiro; que las mujeres se abrían y se cerraban como las flores, semejantes a las criaturas que avanzan, empujadas por el viento, por los senderos de tus jardines, y que los jóvenes guerreros de delgada cintura que velan en las fortalezas de las fronteras eran como flechas que podían traspasarnos el corazón. A los dieciséis años, vi abrirse las puertas que me separaban del mundo: subí a la terraza del palacio a mirar las nubes, pero eran menos hermosas que las de tus crepúsculos. Pedí mi litera: sacudido por los caminos, cuyo barro y piedras yo no había previsto, recorrí las provincias del Imperio sin hallar tus jardines llenos de mujeres parecidas a luciérnagas,

aquellas mujeres que tú pintabas y cuyo cuerpo es como un jardín. Los guijarros de las orillas me asquearon de los océanos; la sangre de los ajusticiados es menos roja que la granada que se ve en tus cuadros; los parásitos que hay en los pueblos me impiden ver la belleza de los arrozales; la carne de las mujeres vivas me repugna tanto como la carne muerta que cuelga de los ganchos en las carnicerías, y la risa soez de mis soldados me da náuseas. Me has mentido, Wang-Fô, viejo impostor: el mundo no es más que un amasijo de manchas confusas, lanzadas al vacío por un pintor insensato, borradas sin cesar por nuestras lágrimas. El reino de Han no es el más hermoso de los reinos y yo no soy el Emperador. El único imperio sobre el que vale la pena reinar es aquel donde tú penetras, viejo Wang-Fô, por el camino de las Mil Curvas y de los Diez Mil Colores.

Sólo tú reinas en paz sobre unas montañas cubiertas por una nieve que no puede derretirse y sobre unos campos de narcisos que nunca se marchitan. Y por eso, Wang-Fô, he buscado el suplicio que iba a reservarte, a ti cuyos sortilegios han hecho que me asquee de cuanto poseo y me han hecho desear lo que jamás podré poseer. Y para encerrarte en el único calabozo de donde no vas a poder salir, he decidido que te quemem los ojos, ya que tus ojos, Wang-Fô, son las dos puertas mágicas que abren tu reino. Y puesto que tus manos son los dos caminos, divididos en diez bifurcaciones, que te llevan al corazón de tu imperio, he dispuesto que te corten las manos. ¿Me has entendido, viejo Wang-Fô?

Al escuchar esta sentencia, el discípulo Ling se arrancó del cinturón un cuchillo mellado y se precipitó sobre el Emperador. Dos guardias lo apresaron. El Hijo del Cielo sonrió y añadió con un suspiro:

– Y te odio también, viejo Wang-Fô, porque has sabido hacerte amar. Matad a ese perro.

Ling dio un salto para evitar que su sangre manchase el traje de su maestro. Uno de los soldados levantó el sable, y la cabeza de Ling se desprendió de su nuca, semejante a una flor tronchada. Los servidores se llevaron los restos y Wang-Fô, desesperado, admiró la hermosa mancha escarlata que la sangre de su discípulo dejaba en el pavimento de piedra verde.

El Emperador hizo una seña y dos eunucos limpiaron los ojos de Wang-Fô.

– Óyeme, viejo Wang-Fô –dijo el Emperador–, y seca tus lágrimas, pues no es el momento de llorar. Tus ojos deben permanecer claros, con el fin de que la poca luz que aún les queda no se empañe con tu llanto. Ya que no deseo tu muerte sólo por rencor, ni sólo por crueldad quiero verte sufrir. Tengo otros proyectos, viejo Wang-Fô. Poseo, entre la colección de tus obras, una pintura admirable en donde se reflejan las montañas, el estuario de los ríos y el mar, infinitamente reducidos, es verdad, pero con una evidencia que sobrepasa a la de los objetos mismos, como las figuras que se miran a través de una esfera.

Pero esta pintura se halla inacabada, Wang-Fô, y tu obra maestra no es más que un esbozo. Probablemente, en el momento en que la estabas pintando, sentado en un valle solitario, te fijaste en un pájaro que pasaba, o en un niño que perseguía al pájaro. Y el pico del pájaro o las mejillas del niño te hicieron olvidar los párpados azules de las olas. No has terminado las franjas del manto del mar, ni los cabellos de algas de las rocas. Wang-Fô, quiero que dediques las horas de luz que aún te quedan a terminar esta pintura, que encerrará de esta suerte los últimos secretos acumulados durante tu larga vida. No me cabe duda de que tus manos, tan próximas a caer,

temblarán sobre la seda y el infinito penetrará en tu obra por esos cortes de la desgracia. Ni me cabe duda de que tus ojos, tan cerca de ser aniquilados, descubrirán unas relaciones al límite de los sentidos humanos. Tal es mi proyecto, viejo Wang-Fô, y puedo obligarte a realizarlo. Si te niegas, antes de cegarte quemaré todas tus obras y entonces serás como un padre cuyos hijos han sido todos asesinados y destruidas sus esperanzas de posteridad. Piensa más bien, si quieres, que esta última orden es una consecuencia de mi bondad, pues sé que la tela es la única amante a quien tú has acariciado. Y ofrecerte unos pinceles, unos colores y tinta para ocupar tus últimas horas es lo mismo que darle una ramera como limosna a un hombre que va a morir.

A una seña del dedo meñique del Emperador, dos eunucos trajeron respetuosamente la pintura inacabada donde Wang-Fô había trazado la imagen del cielo y del mar. Wang-Fô se secó las lágrimas y sonrió, pues aquel apunte le recordaba su juventud. Todo en él atestiguaba una frescura de alma a la que ya Wang-Fô no podía aspirar, pero le faltaba, no obstante, algo, pues en la época en que la había pintado Wang, todavía no había contemplado lo bastante las montañas, ni las rocas que bañan en el mar sus flancos desnudos, ni tampoco se había empapado lo suficiente de la tristeza del crepúsculo. Wang-Fô eligió uno de los pinceles que le presentaba un esclavo y se puso a extender, sobre el mar inacabado, amplias pinceladas de azul. Un eunuco, en cuclillas a sus pies, desliaba los colores; hacía esta tarea bastante mal, y más que nunca Wang-Fô echó de menos a su discípulo Ling.

Wang empezó por teñir de rosa la punta del ala de una nube posada en una montaña. Luego añadió a la superficie del mar unas pequeñas arrugas que no hacían sino acentuar la impresión de su serenidad. El pavimento de jade se iba poniendo singularmente húmedo, pero Wang-Fô, absorto en su pintura, no advertía que estaba trabajando sentado en el agua. La frágil embarcación, agrandada por las pinceladas del pintor, ocupaba ahora todo el primer plano del rollo de seda. El ruido acompasado de los remos se elevó de repente en la distancia, rápido y ágil como un batir de alas. El ruido se fue acercando, llenó suavemente toda la sala y luego cesó; unas gotas temblaban, inmóviles, suspendidas de los remos del barquero. Hacía mucho tiempo que el hierro al rojo vivo destinado a quemar los ojos de Wang se había apagado en el brasero del verdugo. Con el agua hasta los hombros, los cortesanos, inmovilizados por la etiqueta, se alzaban sobre la punta de los pies. El agua llegó por fin a nivel del corazón imperial. El silencio era tan profundo que hubiera podido oírse caer las lágrimas.

Era Ling, en efecto. Llevaba puesto su viejo traje de diario, y su manga derecha aún llevaba la huella de un enganchón que no había tenido tiempo de coser aquella mañana, antes de la llegada de los soldados. Pero lucía alrededor del cuello una extraña bufanda roja. Wang-Fô le dijo dulcemente, mientras continuaba pintando:

– Te creía muerto.

– Estando vos vivo –dijo respetuosamente Ling–, ¿cómo podría yo morir?

Y ayudó al maestro a subir a la barca. El techo de jade se reflejaba en el agua, de suerte que Ling parecía navegar por el interior de una gruta. Las trenzas de los cortesanos sumergidos ondulaban en la superficie como serpientes, y la cabeza pálida del Emperador flotaba como un loto.

– Mira, discípulo mío –dijo melancólicamente Wang-Fô–. Esos desventurados van a perecer, si no lo han hecho ya. Yo no sabía que había bastante agua en el mar para ahogar a un Emperador. ¿Qué podemos hacer?

– No temas nada, Maestro –murmuró el discípulo–. Pronto se hallarán a pie enjuto, y ni siquiera recordarán haberse mojado las mangas. Tan sólo el Emperador conservará en su corazón un poco de amargor marino. Estas gentes no están hechas para perderse por el interior de una pintura.

Y añadió:

– La mar está tranquila y el viento es favorable. Los pájaros marinos están haciendo sus nidos. Partamos, maestro, al país de más allá de las olas.

– Partamos –dijo el viejo pintor–.

Wang-Fô cogió el timón y Ling se inclinó sobre los remos. La cadencia de los mismos llenó de nuevo toda la estancia, firme y regular como el latido de un corazón. El nivel del agua iba disminuyendo insensiblemente en torno a las grandes rocas verticales que volvían a ser columnas. Muy pronto, tan sólo unos cuantos charcos brillaron en las depresiones del pavimento de jade. Los trajes de los cortesanos estaban secos, pero el Emperador conservaba algunos copos de espuma en la orla de su manto. El rollo de seda pintado por Wang-Fô permanecía sobre una mesita baja. Una barca ocupaba todo el primer término. Se alejaba poco a poco, dejando tras ella un delgado surco que volvía a cerrarse sobre el mar inmóvil. Ya no se distinguía el rostro de los dos hombres sentados en la barca, pero aún podía verse la bufanda roja de Ling y la barba de Wang-Fô, que flotaba al viento.

La pulsación de los remos fue debilitándose y luego cesó, borrada por la distancia. El Emperador, inclinado hacia delante, con la mano a modo de visera delante de los ojos, contemplaba alejarse la barca de Wang-Fô, que ya no era más que una mancha imperceptible en la palidez del crepúsculo. Un vaho de oro se elevó, desplegándose sobre el mar. Finalmente, la barca viró en derredor a una roca que cerraba la entrada a la alta mar; cayó sobre ella la sombra del acantilado; borrándose el surco de la desierta superficie y el pintor Wang-Fô y su discípulo Ling desaparecieron para siempre en aquel mar de Jade azul que Wang-Fô acababa de inventar.

Elefantes, de Federico Falco



Pasó el circo: armaron su carpa en los terrenos del ferrocarril, a un costado de la estación. Tardaron tres días enteros. Enseguida trazaron un gran círculo sobre la tierra y alisaron el piso, ésa sería la pista. Esto en el primer día. Después acomodaron

las casillas y los carromatos y las jaulas con los leones y los tigres alrededor de ese círculo. Bastante alejadas. El segundo día clavaron estacas durante toda la

mañana; sólo hubo ruido a martillazos. En la tarde levantaron los mástiles. Muchos hombres asieron una soga gruesa y tiraron, gritando acompasados. Los dirigía un viejo en camiseta de tiras. El poste central se alzó oblicuo desde el suelo hasta ser una vela.

El último día cubrieron los mástiles con las lonas y la carpa estuvo armada.

Mientras tanto, las mujeres escuálidas que en la función volarían por los aires leían revistas junto a sus casas rodantes y tendían ropa sobre las ramas de los árboles. Desde lejos podía verse al hombre de goma tirado sobre el techo de su casilla tomando sol con un diminuto slip y al mago puliendo una inmensa caja de cristal.

La gente del pueblo encerró los perros y los gatos, porque se decía que los del circo eran capaces de robarlos para alimentar a sus animales. Las madres tampoco dejaban a sus hijos acercarse al baldío; podrían raptarlos o llevárselos a la partida, convertidos en saltimbanquis o en malabaristas. Igual, muchos escapaban de la escuela para ver cómo daban de comer a los leones. Había monos atados que se rascaban las pulgas. Había perros saltarines que corrían desesperados tras un señor que les tiraba galletas. Había dos caballos blancos, uno con una cola larga hasta el piso. Y había un elefante. Gris. Perfecto. Alto. Un poco triste.

La primera función fue lleno total. La gente sólo hablaba de las maravillas que habían visto: el hombre bala, la pirámide humana, la mujer que galopaba sobre los caballos y lanzaba fuego por la boca, el domador y los leones, un tigrecito al que le habían puesto un sombrero y actuaba con los payasos. Los que no habían asistido esperaban ansiosos el siguiente fin de semana. Los que sí fueron, caminaban inflados de orgullo.

El dueño del circo tenía un hijo y durante esos quince días lo mandó a la escuela. Iba a sexto grado. Sus compañeros lo rodearon esperando que contara miles de aventuras: creían que la vida en el circo debía ser extraordinaria. Pero el chico se negó a hablar de eso. Era un chico huraño y de ojos duros, impiadosos. Odiaba que lo vieran como a un fenómeno. No salía a los recreos y se quedaba en su banco, mirando por la ventana hacia fuera, a la calle. A la salida lo venían a buscar en un Rastrojero cargado con dos parlantes que anunciaban las próximas funciones. A medida que la voz del payaso se acercaba, el chico del circo se ponía más y más colorado. Después, sólo quedaba formar y arriar la bandera. Una tarde, una de las compañeras del chico del circo entró corriendo al aula antes de que sonara la campana y le dio un beso en los labios. La chica enseguida se intentó escapar, pero el chico del circo la sostuvo por el pelo y la obligó a darle otro beso. Abrió grande la boca, como si se la fuera a tragar, y empujó con la lengua hasta que los labios apretados de la chica cedieron. El chico del

circo metió entonces la lengua dentro y dejó allí depositado, en la concavidad rosa, un chicle de menta ya desabrido y sin color. Cuando el resto del curso entró al aula, la chica lloraba sentada en su banco,

con las dos piernas muy juntas y el delantal estirado sobre las rodillas. El chico seguía mirando por la ventana.

Al poco tiempo corrió un rumor entre los cursos más bajos: el chico del circo había arrastrado a una de sus compañeritas hacia el hueco que se formaba debajo de las enredaderas del patio y la había obligado a desnudarse. Aseguraban que habían hecho caca juntos.

La directora desestimó los cuchicheos, pero igual llamó al chico del circo a la dirección y mantuvieron una extensa entrevista en la que lo interrogó acerca de cómo se sentía en su nueva escuela y si creía que se estaba integrando bien al resto del grupo. El chico del circo habló poco y nada.

Un día, sin previo aviso, y después de dos exitosos fines de semana, el circo se fue y el chico no volvió a la escuela. El baldío en que se había asentado la carpa amaneció liso y vacío. Sólo quedaba, en una esquina, el elefante parado, alto y triste, con su grillete en la pierna y una cadena que lo ataba a su estaca.

La policía hizo averiguaciones. Dijeron que los del circo no tenían los papeles del animal en regla y que por eso lo dejaron. Vino el veterinario y revisó al elefante: este animal está muy enfermo, dijo. Está a un pie de la muerte, dijo. Y todos se pusieron muy tristes.

¿No se puede hacer nada?, ¿no hay modo de salvarlo?, preguntaron.

El veterinario respondió que no, que sólo era cuestión de esperar.

¿Y qué vamos a hacer con un elefante muerto?

No tengo ni idea, dijo el veterinario.

Los chicos, mientras tanto, rodeaban al elefante y corrían entre sus piernas. El desafío era pasar bajo la panza del animal sin que éste lo advirtiera. Más tarde se colgaron de su cola y también uno, el más sabandija de todos, se le subió al lomo; después de un rato de saludar desde allí bajó sin pena ni gloria. El elefante, parado en medio de los terrenos del ferrocarril, apenas si movía las orejas para espantar las moscas. No comía. La trompa le caía derecha y arrastraba por el suelo. Los ojos lagañosos y entrecerrados.

Dos días más tarde, murió.

Nadie sabía qué hacer con el elefante muerto. Cortaron el candado que ataba el grillete a la pata y el elefante quedó libre. Con una pala excavadora y la ayuda de muchos hombres lo subieron al camión volcador de la municipalidad y lo llevaron al basural. Allí lo dejaron.

Algunos chicos todavía fueron un tiempo más a jugar sobre el elefante. Un día dejaron de ir. Había olor.

Cuando ya era una montaña reseca e informe, el intendente recordó al elefante muerto y comenzó a hacer gestiones. Logró venderle el esqueleto a un Museo de Ciencias Naturales de Formosa. Fue un buen ingreso para las arcas municipales.

Vinieron tres técnicos y se pasaron dos días blanqueando huesos y embalándolos en cajas de cartón. Al terminar la tarea cargaron todo en una furgoneta destartada y partieron. El museo tenía un gran hall de ingreso, un poco oscuro pero majestuoso, y el elefante sería toda una atracción puesto allí, en el centro. Tardaron un año y medio en armarlo. Día tras días engarzaban huesos en un firme y secreto soporte de hierro.

Consultaban, para hacerlo, una vieja enciclopedia de zoología y observaban en detalle cada parte, cada articulación, cada pequeñez. Lentamente, el elefante tomaba forma. Ya estaba casi completo cuando advirtieron que faltaba una diminuta vértebra de la cola. Según el libro debía haber diecinueve y en la caja de las vértebras había sólo dieciocho. Pensaron que el huesito habría quedado olvidado entre la basura, pero no era así.

Lo tenía, en realidad, la chica aquella que había besado al hijo del dueño del circo. Caminó entre sombras una noche de verano para robar la vértebra, en medio del basural crujiente y tembloroso, sin que nadie lo advirtiera. La escondió en un cajón secreto, en el fondo de su cómoda, junto al diario íntimo y al lado del chicle reseco y desvaído, envuelta con una cinta rosa. Era su souvenir.

Historia del negro haragán, de Eliseo Diego



La tarde en que mi madre dijo que iríamos a la quinta de la torrecilla alta y negra, que era el centro de nuestro horizonte, sentí una oscura angustia. En torno a aquella torre se apretaban las sombras, y era el corazón de piedra, poderoso como una enfermedad infatigable, que centraba la carne de la noche, regándola de sangre. Un gigante negro se alzaba así en medio del campo, de pie en aquella finca; un gigante que daba a veces torpes pasos por los alrededores oscureciéndolo todo con sus manos, hasta que los ángeles de Dios lo hacían volver a su sitio a cintarazos.

También dijo mi madre que podía llevar mi abrigo a cuadros, lo que me consoló bastante, porque dentro de él me sentía igual que San Jorge en su coraza. Como el San Jorge de las ilustraciones, negro y blanco, eternamente inmóvil, quieto siempre, con el dragón dormido a sus pies, o como el San Jorge que se inclina sobre el agua gris del grabado, sobre flores negras, y mira los inconcebibles peces de aquella agua de otro mundo, la tarde terrible y mía era un dibujo al que iba a entrar yo, en cuanto pasase las puertas, para ocupar mi puesto tranquilo e inmóvil: nadie podría cambiar una línea de la ilustración de mi victoria, donde estaría la torre, destrozada, a mis pies, como perro cansado y vencido.

Y niños gigantescos vendrían a mirar en mi libro cómo el otro niño vence al enemigo de su campo, al que hacía huir a las palomas de su Tío Eliseo. Esto sobre todo me animaba. Hería verlas huir por el atardecer, con grandes golpes de sus alas, hacia las cuevas del palomar, dejando caer silenciosamente sus plumas blancas, que se ennegrecían y enturbecían no bien quedaban solas por el aire. Luego, después de un instante de quietud, venía, como un pie enorme, maciza, pesada, la noche, la carne, la sangre, los huesos de la noche. Y se encendían las velas y lámparas en seguida.

El automóvil se detuvo a la puerta de la casa, que era grande y de piedra. Antes habíamos cruzado el parque oscuro donde cada sendero de grava iba a los Sueños. Uno, guarnecido de pinos verdinegros, puntiagudos, llevaba al Sueño del Molino, cuyos hombres usaban capuchones de paño negro alargados horizontalmente. No sé si eran hombres, ángeles, bestias, los que estaban bajo las máscaras; sólo que trataron de ahogarme en el agua sin fondo de su Molino. En el mismo sueño vivía el Ermitaño de Velázquez, en su valle desolado de piedras blancas y negras, a donde le llevaba una paloma el alimento.

Durante todo el trayecto estuve prendido al brazo de mi madre, en que el lino era fresco y familiar, y de vez en cuando miraba el prendedor de esmalte que llevaba sobre el pecho. Era un poderoso talismán contra la realidad de las brumas, que amenazaba destruir nuestro sueño —de mi madre y mío—, dispersarlo por su sombría verdad. Pienso, ahora, en toda la vigilia, en todo el cuidadoso trabajo de mantener el aliento a mi pobre fuego, de impedir que los grandes fantasmas lo apagasen. En lo difícil de que un niño viva a través de su infancia entre tanta sombra y muerte reunidas.

Vosotros no conocéis al Negro Haragán, pero su figura grotesca llena mis temores de entonces, porque podía aparecer donde menos se le espera. Cruza los oscuros

pasillos subterráneos y se tumba a descansar en cualquier parte: abrimos la puerta de nuestro cuarto y allí está el Negro Haragán recostado a la pared con las manazas cruzadas sobre el vientre, muy tranquilo. Una persona tan despreocupada, sería contento y confianza para un niño si no se hiciese angustia, como alegría trocada en terror, o como si el miedo tuviese una armazón de huesos y carne y sangre, al aparecer de pronto junto a un macizo de flores en el juego de los escondidos, al aparecer escondido detrás de cualquier cosa. Pues lo primero que vimos, en la enorme sala con su escalera de mármol perdida hacia lo alto, fue al Negro Haragán, pero erguido, inmenso, con una lanza en la mano. Yo apreté el brazo de mi madre y se lo mostré en silencio; entonces ella se acercó, y con el anillo que llevaba en su dedo meñique —la misma ruedecilla de oro con que jugábamos por las extensas sábanas de la cama— le dio un golpe en el pecho. Un ruido sordo respondía como si estuviese aquella persona hueca o deshabitada: era que le habíamos dado muerte, de seguro, igual que a tantos otros fantasmas, con amable crueldad, según se hacía necesario para guardar la vigilia de mi sueño.

Mi Tía estaba en la escalera, y mi madre y yo corrimos para alcanzarla. Íbamos al segundo piso, donde vivía Doña Isabel, la dueña de todo aquello, la tejedora de las noches.

Una puerta se abrió, y mi madre y mi Tía entraron por ella. Yo quedé olvidado en el corredor solitario. Con las manos en los bolsillos eché a andar junto a todas aquellas puertas cerradas hasta llegar a la última, que abrí.

Daba a un cuarto alargado, desolado, un pequeño vacío en la mole de piedra. Yo sentía todo el peso del edificio en torno de él, en la tensión de su aire oscuro, con sólo el desvaído claror que llegaba por las cortinas. El espejo de la cómoda estaba opacado del polvo, y la imagen del cuarto era en aquella gran pupila como un recuerdo antiguo y perdido. Allí volvía a ver las sillas con sus raídas cubiertas blancas, inmóviles, en la desesperada quietud que me había impresionado desde antes. Con el índice, a través del polvo, escribí mi nombre en el espejo, en mis grandes letras de niño.

No olvidaré nunca el macizo aire de aquel cuarto, del que parecían desentrañados los muebles, de modo que su materia era el mismo aire, pero reunido en contorno y colores. Eran como imágenes en un sueño, que son más bien reflejos en su agua profunda que cuerpos sangrientos o vivos. Luego se les veía mejor, se veía que descansaban pesadamente sobre sus anchas patas de madera; poco a poco se iba viendo que tenían un movimiento, uno solo, este de pesar, de caer, de responder a la llamada de la tierra, que el suelo pétreo les devolvía, les enviaba por los espaldares y costillares arriba como marea de un corazón enorme. Y todo ello sin que se trasluciese nada a los ojos, sin que hubiese otra cosa que una presencia inmóvil.

La silla azul que estaba frente a la cómoda se arqueaba sobre sus finas patas en una tensión de salto; la cómoda, en cambio, era pesada y ancha, pero las dos estaban libradas de todo contacto humano, como si fuesen los muebles de un cuarto en un libro de cuentos, por ejemplo, el de Cenicienta. Nadie había puesto sus cepillos en la tabla por años, ni se había mirado en el espejo lleno de polvo. Mi nombre, mi palabra escrita en las letras holgadas, limpias, como una estela o huella de luz en lo oscuro, revelaba mi imagen al fondo del espejo y del sueño. Qué hondo estremecimiento era en el mueble, como una piedra que, lanzada dentro de un lago, va allí labrando ondas cada vez más grandes, hasta hacerse infinitas.

Como en el cuento de Rip Van Winckle éste se despeja los ojos del polvo de cien años, yo miré a mi alrededor buscando una puerta que me llevase al día. La más

cercana era una de roble, grande y ahondada por molduras gruesas. Como no quería atravesar otra vez todo el cuarto, sino salir lo más pronto al aire fresco, a la tarde, la abrí con la esperanza de encontrar los árboles, las hierbas, las mil cosas conocidas de siempre. No había más que una luz apagada, amarilla, difusa, en la que se alzaban, igual que extrañas rocas geométricas, las jaulas de unos animales. Perros, monos, un zorro, estaban allí en aquellas jaulas. La única ventana aparecía cubierta por un espeso cortinaje, sujeto de prisa con grandes clavos.

Doña Isabel, en su alcoba, aparecía hundida en una gran butaca, profunda, afelpada, donde apenas distinguíamos su tieso cuerpecillo. Frente a ella ocupaba mi Tía un pequeño sillón negro (siempre fue cosa de magia para mí cómo podría acomodarse, tan alta y corpulenta, en los reducidos muebles que escogía, con perfecta dignidad, conciliando admirablemente las cosas para no alterar nada, para que todo sucediese naturalmente), y a su lado estaba mi madre, compuesto y alegre el vestido blanco. A mí me habían colocado en una butaca negra.

«Hace ya muchos años que no les veía —dijo Doña Isabel—. Recuerdo la última vez que te vi —continuó, dirigiéndose a mi madre—, hace ya unos veinte y tantos años, apenas una niña, cuando estuviste todo el tiempo hablando atropelladamente de una playa —San Sebastián, creo que era. Sí, una larga playa de oro con las casetas de brillantes colores y aquellos enormes trajes que se usaban, algunos a franjas negras y naranja. Y lo caliente que se estaba en la arena, como encerrados allí en el sol, ¿no es eso? Me parece que te olvidaste entonces del mar Cantábrico, tan frío de tan cercano a los polos de la tierra. Mucho mejor se está aquí en lo resguardado y mejor aún dentro de mi casa. »

«No te dije en aquel tiempo, porque eras tan niña, que odio el pasar de las altas figuras azules por la arena, los jirones de la música, rota brutalmente por las olas, el caer de las botellas ya inservibles, y luego, el caer del mismo sol, ennegreciendo las colinas verdes y ahogando el rumor de la cena. Aquí —dijo con el primer gesto de su pequeña mano, señalando las bujías de la luz— enciendo y apago mi propio sol cuando quiero. Es muy grato no escuchar el tiempo en el reloj ni ver más paisaje que éste, el de mis cuartos y mis cosas eternamente en su sitio, ardiendo en la lumbre mientras yo quiero.»

Al hablar Doña Isabel no se movía; sólo sus ojos iban de un punto al otro del aire, sin fijarse en nada hasta que, al terminar una frase, se clavaban burlones y tranquilos en alguno de nosotros. Parecía desfigurar las cosas, transformarlas en su propio lenguaje, como esas rosas negras de las rejas, que no son ya ni aun la imagen de una flor.

«No sé cuánto tiempo hay desde que me encerré aquí —dijo Doña Isabel—, pero desde entonces no veo el sol sino a través de un ventanal de cristal, opaco y grueso, donde puedo, además, borrarlo, desaparecerlo con la cortina negra. Claro que es un gesto ridículo —agregó en tono de mofa, riéndose gentilmente de sí misma—, como tapar el sol con un dedo, pero a mí me basta, porque mejor que mis paredes opongo mi indiferencia al absurdo sucederse del sol y la luna, sin enterarme nunca de su insolente advertencia diaria, tan regular e insoportable. Es verdad que me veo obligada a esperarlo sus doce invariables horas cuando lo deseo, pero entonces puedo o no dejarlo entrar a mi casa, y siempre ha de tener el cuerpo cuadrado que le di, según me conviene que lo tenga.»

Doña Isabel sonrió entonces bondadosamente e hizo una pausa. Aquel silencio era el mismo aire oscuro y pesado que nos estropeaba las ropas. Mi madre, viendo que yo

escuchaba, me dijo que fuese al otro cuarto a jugar con los cachorros de la perra Iris. Una fuerte luz alumbraba el cuarto donde la gran danesa estaba echada en una estera, con sus perrillos en torno, aparte de las jaulas de los monos y el zorro. Yo me agaché junto a ellos distraídamente, mientras Doña Isabel alzaba imperceptiblemente la voz.

«Haces bien, hija mía, pues los niños no deben escuchar vuestra conversación de personas mayores —observó Doña Isabel—. Un polvo de muerte la rodea, como si un gran pájaro, negro y viejo, volase sobre vuestras cabezas cuando habláis de la comida del día. Cuando se dice: ¿qué haremos para el almuerzo?, este niño recuerda que ayer oyó la misma frase, y sabrá que mañana debe oírla otra vez, y así en torno de la frase idéntica sentirá el revolverse de muchos tiempos distintos, uno fresco y gris de la lluvia, otro seco y calcinado, y conocerá que no vive en un solo día maravilloso e invariable donde siempre se es pequeño. Que el apagarse las lámparas es, como al marchar en el tren, la ventana que se oscurece otra vez con otra sombra diferente y lejana. Que vamos alejándonos de nuestras cosas día a día, que vamos dejando atrás nuestra carne y nuestros huesos, día a día.»

«He aquí —dijo Doña Isabel irguiéndose de pronto con su pequeño brazo tembloroso extendido hacia la puerta—, he aquí el límite que he puesto a la muerte, a vuestra repugnante muerte, a esa pirueta miserable. Afuera la dejo como a un lacayo apaleado, afuera de mi puerta.»

Se dejó caer en la poltrona y allí quedó alentando como un pajarillo lleno de terror, con su sonrisa de niña por los ojos.

«Oh, qué bien se está aquí —dijo al cabo de un momento juntando las manos, mientras miraba vagamente en torno—, qué bien se está entre mis invenciones, la cortina, mis sombras y lámparas, en tanto que afuera se suceden los astros, y corre el agua en la acequia, siempre nueva, todo inútilmente.» Se había hecho un ovillo en su sillón, acentuando su semejanza a una bestezuela en un tapiz, que procura confundirse con el color del fondo o entre algunos árboles desmesurados. «¿No lo creéis así?» —preguntó, antes de hundirse de nuevo en su silencio. Frente a ella las líneas rojas y negras de la alfombra se entrelazaban sin objeto, iniciando siempre una nueva figura antes de terminar ninguna.

Hacía ya un buen rato que casi no escuchaba lo que decían en el otro cuarto, ocupado en jugar con uno de los cachorros que se había hecho mi amigo. Desde la lámpara deslumbrante se desbordaba un agua de oro por el cuarto, inundándolo, resbalando en pesadas ondas por los costados de los escaparates, formando lagunas o cavando profundas galerías en los espejos, como en un lugar subterráneo y silencioso.

Las últimas palabras de Doña Isabel llegaron hasta mí muy despacio y casi imperceptibles, últimos acordes de aquella canción monótona que me había fascinado. Por el hueco de la puerta veía su cuarto, la honda penumbra en que apenas se formaba el contorno de los muebles, ya lo bastante antiguos como para tener una existencia propia y apacible, independiente de los hombres, situada al borde de su angustia —como esos árboles viejísimos que ya no se apasionan por sus caminos, a fuerza de ver pasar tantas veces la muerte—, y son ya las cosas que escogió Dios para sí.

Yo tenía formado el propósito de llevarme el perrito, y ya lo veía saltando conmigo por el campo de Arroyo Naranjo, y hasta le había puesto nombre, el de Leal. Oí que mi madre decía casualmente: «¿y qué sabe usted de Pablo?», y entonces lo escondí de prisa bajo el abrigo y salí al corredor. La enorme galería de mármol estaba extensa,

blanca, callada, delante de mí, envuelta en el polvo oscuro del crepúsculo. Eché a andar por lo más resguardado, y bajé los escalones lo más pronto que pude, sin mirar siquiera al derrumbado Negro Haragán. En el recibidor sombrío apenas distinguía la lámpara allá sobre el aire.

Cuando las dos hojas de la gran puerta se cerraron firmemente a mi espalda, sentí como un frío mi absoluta soledad, y pensé oscuramente en un soldado de plomo que se me había caído en un estanque, y estaba allí al fondo del agua helada, apretando su fusil entre los peces, negros del atardecer, y el liquen verde. Fui andando tristemente hasta la máquina y me encerré en ella, tratando de confortar a la bestezuela. Fuera de los cristales el viento animaba los árboles y me parecía que grandes pájaros oscuros volaban sobre nosotros, enturbaciendo el aire con su plumón negro. Y los árboles agitaban sus brazos enemigos.

Los altos pinos y los álamos corrían rápidamente junto a nosotros, al regreso, ocultando siempre de nuevo los Sueños, la tierra oscura, las piedras, las hierbas de los Sueños. Mi Tía, severa y alta, callaba. Sólo hoy he descubierto lo que iba pensando, porque un día lo dijo al fin: «He aquí esta pobre Isabel que ha muerto en su locura, la que imaginaba haberse alzado contra Dios y lo tenía tan cerca, sin embargo. ¿No decías tú: por qué me has abandonado?» (El día que repitió esto estaba en su recibidor, que, extrañamente, desapareció junto con ella, pues la casa se deshizo a su muerte, y sus ojos se encendieron como dos candelas, que iluminaron fantásticamente la alta estructura de su vestido.) Pero aquel día calló tozudamente, mirando delante de sí, y cuando habló lo hizo de un nuevo cuarto que pensaba edificar. Así es como nos abandonamos los unos a los otros en las -horas de temor, levantando gruesas paredes de silencio en torno nuestro, porque siempre pensamos que el otro guarda la revelación más cruel, que el otro es, al fin, la muerte que ha venido a sentarse a nuestro lado.

En el último lindero de aquella finca pasamos la casa del guardabosques, blanca, hecha de piedra y madera. Pequeña y perfecta, se erguía allí junto a las enormes rejas de hierro. Adentro, pero cercano al umbral, vimos sentado al guardabosques, que se inclinaba ligeramente hacia adelante, sombrío, con las piernas cruzadas, fumando. ¿Qué hacías, guardabosques? Tu silla era tu amiga, la mesa, tosca y segura, era tu amiga, y no tenías por qué ocuparte con el despacioso crecimiento de las hierbas, junto a las paredes, o con los altos árboles, cuyos troncos oscuros se cierran en torno al corazón por donde asciende, eterna, la savia de la tierra hasta las hojas. Cuando el agua corría por los canales, arrastrando ramas e insectos, no te importaba, ni cuando un carro hendía la noche, que se cerraba en seguida, confiada y poderosa. Bastaba asomarse a la puerta o acercar la cara a los cristales para verla, para ver cómo se adensaba el sueño en los árboles, creando cuerpos enemigos, para ver cómo el mago sustituía incesantemente unas cosas por otras, que quedaban en el mismo sitio con toda inocencia. Pero allí entre tus amigas, atento a salvarte y a salvarlas, no te importaba.

Atentos a salvar nuestra propia vida, así también huíamos mi madre y yo. Tercos, Dios mío, ciegos y sordos a los murmullos del diablo, marchamos tercos como nuestro compañero el guardabosques, cerrados los ojos, clavados los oídos como los animales. A Ti nos consagrábamos, Dios, a tu servicio, pues éramos los vigilantes de tu sueño.

Cuando llegábamos al pueblo vi un cielo rojizo sobre los grandes árboles del camino y, detrás de ellos, la torrecilla negra, erguida, como una persona que fuese aventando la noche en el aire. Vi de nuevo el parque extenso, y aquellas huecas criaturas con sus

capuchas, y al Negro Haragán, torpe y enorme. Y despertando el eco del sombrío abismo, de la amenazante realidad en torno al sueño, vi pasar unos ángeles rojos por el cielo:

«Madre —le dije—, mira los ángeles que vienen a llevarme.»

«No —dijo ella, como si me explicase un milagro mejor—. Son tan sólo las nubes de Dios.»

El maestro, de Rafael Barrett



Por treinta pesos mensuales el señor Cuadrado, a las cinco de la mañana incorporaba sobre el sucio lecho sus sesenta años de miseria, y empezaba a sufrir. Levantar a los niños de primer grado, vigilar su desayuno, meterles en clase, darles tres horas de aritmética y de gramática, llevarles a almorzar, presenciar su almuerzo, cuidar el recreo, propinarles otras tres horas de gramática y de aritmética, conservar orden en el estudio, servirles la cena, conducirles al dormitorio, estar alerta hasta las 10 de la noche, dormirse entre ellos para volver a comenzar al día siguiente... todo eso hacía el señor Cuadrado por treinta pesos al mes.

Y lo hacía bajo humillaciones perpetuas, obstinadas; los niños de primer grado eran un enjambre de mosquitos en cuyo centro el señor Cuadrado pasaba la vida. Cada instante estaba marcado por un pinchazo o por una puñalada, porque si el señor Cuadrado era blanco constante de las risas bulliciosas de los pequeños, también lo era de las risas malvadas de los grandes, de los que ya saben ¡ay!, herir certeramente. El profesor interno era el lugar sin nombre donde quien quería tenía derecho a descargar, a soltar su malhumor, su impaciencia, su deseo de hacer daño, de martirizar, de asesinar. Y el señor Cuadrado vivía entre el dolor del último salivazo y el terror al salivazo próximo. En su corazón no había más que odio y miedo. Se sentía vil. Era el maestro de escuela.

Menudo de cuerpo y de alma, flaquísimo, blando, vacilante, tiritaba siempre bajo su antiguo chaqué sin color y sin forma, famoso en las conversaciones burlonas de los muchachos. La cara del maestro, roja y descompuesta, parecía de lejos una llaga. Las innumerables arrugas, profundas y movedizas, que se entreabrían para mostrar dos ojillos de culebra, atraían de cerca y provocaban a un estudio interminable. Tosía y su voz cascada se rompía con sonido lúgubre. Sacudía a cada momento los hombros, como si su raído chaqué fuera una piedra abrumadora, y temblaban sin causa sus endeble miembros.

Al señor Cuadrado se le había escapado su mujer, dejándole cinco hijos de poca edad. Él no los veía porque no tenía tiempo. Disponía de dos horas por semana. Una vez en la calle, el señor Cuadrado se erguía, respiraba. ¿Adónde ir? ¿A visitar a los chiquitos? Repartidos por los oscuros rincones de Buenos Aires, las distancias sin fin de la implacable ciudad agobiaban al señor Cuadrado. «Podía ver a uno. ¿A cuál? ¿Iremos a pie? Los botines se me están cortando... ¿Tomaremos el tranvía? Con los treinta centavos me echaría entre pecho y espalda un té bien caliente... Hace frío». Y el señor Cuadrado se deslizaba en el establecimiento de la esquina, se acurrucaba en un ángulo, delante de la taza humeante, gozaba con delicia del ambiente tibio, de la soledad. Los hombres cruzaban sin ocuparse de él. No sufría. No pensaba en nada. Eran dos horas de ensueño, toda la poesía del señor Cuadrado.

Aquella noche, después de roer su miserable alimento, el señor Cuadrado se metió en la cama. ¡Contra su costumbre, se durmió pesadamente! Los doce o quince diablillos de primer grado se acostaron también, guardando una compostura de mal agüero. Dieron las diez, las once...

Las horas sonaban en los relojes lejanos y detrás de ellas caía el silencio más profundamente. El dormitorio, mal iluminado por una vieja lámpara, hundía su hueco en la sombra donde blanqueaba como en los hospitales la doble fila de camas estrechas. En la última, junto al umbral se distinguía apenas el bulto del señor Cuadrado, y un débil reflejo brillaba tristemente sobre su calva amarilla.

Rumores de pájaros, cuchicheos, carcajadas mudas, alguien camina... Las cabezas rizadas se agitan, los cuellos se alargan. Desde la penumbra todas las miradas se tienden a la puerta y al cuerpo inmóvil del señor Cuadrado.

Y a la entrada del aposento surge cautelosamente una aparición celestial. Desnudas las rosadas piernas, revueltos los rubios bucles sobre una frente de ángel, muy abiertos los dulces ojos azules, sonriente la boca fresca y pura como una flor, el más lindo de los alumnos de primer grado espía a su maestro.

Convencido de la impunidad alza la mano, de donde cuelga por el rabo el cadáver sangriento de una rata, y deposita delicadamente el inmundo animal sobre la almohada, a dos dedos del ralo bigote del señor Cuadrado...

Desde el amanecer está sobresaltado el dormitorio. Al resplandor lívido del alba se ve la rata manchada de sangre al lado de la faz marchita del maestro de escuela. Pero el señor Cuadrado sigue durmiendo. Son las cinco, las cinco y cuarto, y el señor Cuadrado no se despierta. Los demonios hacen ruido, derriban sillas, se lanzan libros de un lecho a otro. El señor Cuadrado duerme. Los demonios le disparan bolitas de papel, pero es inútil. El señor Cuadrado descansa. El señor Cuadrado está muerto...

Depósito de chatarra, de William F. Nolan



Se encontraba en las afueras del pueblo, un poco más allá de las vías abandonadas del tren de carga. Solía pasar por allí de camino al colegio, en las mañanas espejadas de Missouri y, de nuevo, por las tardes de largas sombras, al volver a casa con los libros apretados contra el pecho, sin querer mirarlo.

El depósito de chatarra.

A nosotros, los niños, siempre nos atemorizaba, incluso de día. Era viejo: llevaba en Riverton desde tiempo inmemorial. Abarcaba una manzana entera. Una desvencijada cerca de madera (¿había estado pintada alguna vez?) lo circundaba por completo. Los listones estaban podridos, y entre muchos de ellos había enormes grietas por las que se podían ver todos los coches destrozados y los camiones apilados obscenamente, cuerpo a cuerpo, en un abrazo de herrumbre. Había motores despanzurrados con los manguitos de agua rotos como vísceras revueltas, remolques de camiones dislocados, partidos e hinchados por el sol y la lluvia, y parabrisas hechos añicos cubiertos de una capa de mugre marrón oscura.

—Son los sesos de las personas que se estrellaron la cabeza contra el cristal —decía Billy-Joe Gibson.

A nadie le cabía la menor duda de que decía la verdad.

El ancho portón de metal negro que había al frente estaba cerrado con candado casi siempre, pero a veces, por las noches, «siempre» por las noches, solía abrirse con un chirrido, como si de una enorme boca de hierro se tratara, y el anciano señor Latting entraba su destartelado remolque, con el tubo de escape humeante, sin guardabarros delantero y el capó abollado, arrastrando el cadáver de un coche cual un insecto metálico aplastado.

Nosotros, los niños, jamás supimos con exactitud de dónde sacaba los coches, aunque en la Interestatal se producían muchos accidentes graves, sobre todo en otoño, cuando de los bosques de Riverton se levantaba la niebla y envolvía la autopista con un palpitante manto blanco como la tiza.

Los forasteros que desconocían la zona avanzaban por la autopista a ciento treinta por hora, o más, para internarse a ciegas en el banco de niebla. Entonces podía oírse el violento chirrido de unos frenos. Y el bloqueo de las ruedas. Seguía el estallido del metal destrozado y los cristales rotos al chocar contra el riel metálico de seguridad. Y luego un prolongado silencio. Más tarde, a veces mucho más tarde, se oía el ulular fúnebre de la sirena del Chevy de Joe Thompson, el sheriff, rumbo al lugar del accidente. En fin, que nosotros, los niños, nos imaginábamos que algunos de aquellos coches accidentados iban a parar al depósito de chatarra.

Por las noches, al pasar por delante del depósito, de los metálicos cadáveres apilados se veía elevarse un verdoso y enfermizo fulgor que provenía del enorme arco voltaico que el señor Latting mantenía siempre encendido. Al caer el sol, aquella enorme luz se encendía y hasta el amanecer no se apagaba.

Cuando a la escuela de Riverton llegaba un niño nuevo, sabíamos que, con el tiempo, acabaría preguntando por el depósito de chatarra.

—¿Habéis entrado alguna vez? —preguntaba el nuevo vecino.

Nosotros le contestábamos que sí, que un montón de veces. Pero era mentira. Ninguno de los niños que yo conocía había entrado nunca en el depósito.

Y había una buena razón para ello. El señor Latting tenía allí dentro un enorme perro gris. No sé de qué raza. Una especie de mastín. Era feo como pecar en domingo. Sólo tenía bien un ojo; el otro lo llevaba cubierto por una especie de membrana surcada de venitas. A lo mejor le habían dado un zarpazo en alguna pelea. El ojo bueno era negro como un pedazo de carbón pulido. Debajo de aquel cráneo, deforme y cubierto de pelo corto, el perro tenía un cuello fuerte y musculoso, y su apelmazada pelambrera gris estaba cubierta de manchas de aceite y retazos de sarna. Tenía el rabo mocho; quizá se lo habrían arrancado de un mordisco.

Aquel perro jamás nos ladraba, nunca hacía ruido; pero si cualquiera de nosotros se acercaba demasiado al depósito, alzaba el labio superior en silenciosa señal de ira y nos enseñaba los amarillentos colmillos. Y si alguno de nosotros se atrevía a tocar la cerca que rodeaba el depósito, aquel bicho era capaz de abalanzar su corpachón contra la madera, y lanzarnos dentelladas a través de las separaciones de los listones.

A veces, en otoño, la estación de las nieblas, justo al caer el sol, veíamos como el perro gris salía, igual que un fantasma, por el portón del depósito, se internaba en los bosques, justo por detrás de la tienda de Sutter, y desaparecía.

En cierta ocasión, en un acto de bravura, lo seguí y vi que abandonaba los árboles, al otro extremo del bosque, y subía pesadamente la loma que conducía a la autopista interestatal. Y allí se quedó, sentado al borde de la cinta de asfalto, mirando los coches, que pasaban como una exhalación. Parecía disfrutar de aquello.

Cuando volvió la enorme cabezota para lanzarme una mirada colérica, salí por pies y me perdí en el bosque. Estaba aterrado. No deseaba que aquel diablo gris saliera corriendo tras de mí. Recuerdo que no me detuve hasta llegar a mi casa.

En cierta ocasión le pregunté a mi padre qué sabía sobre el señor Latting. Repuso que no tenía información acerca de aquel hombre. Sólo sabía que siempre había sido propietario del depósito. Y del perro. Y del remolque. Y que siempre, incluso en verano, llevaba un largo abrigo negro con el cuello gastado vuelto hacia arriba. Y que siempre se tocaba con un enorme sombrero raído, con el ala como mordisqueada por las ratas que dejaba en sombra su enjuto rostro, picado de viruelas, y sus brillantes ojos.

El señor Latting jamás hablaba. Nadie le había oído pronunciar ni una palabra. Y como no hacía las compras en el pueblo, no teníamos ni idea de dónde conseguía la comida. Tampoco daba la impresión de que vendiera algo. Quiero decir que nadie iba al depósito a comprar recambios para sus coches o camiones. De modo que el señor Latting cumplía todos los requisitos para convertirse en el excéntrico del pueblo. En todos los pueblos hay uno. Inofensivos, supongo.

Pero, de todos modos, dan miedo.

Y así eran las cosas, en Riverton, donde me crié (siempre consideré que Riverton era un nombre cómico para un pueblo en el que no había ni un río en cien kilómetros a

la redonda). Yo tenía dieciocho años cuando me marché para matricularme en la universidad e iniciar una nueva vida. Me licencié en ingeniería. Igual que mi padre; pero él nunca hizo nada con su título. A los treinta años, contaba ya con mi propia empresa cuando regresé a enterrar a mi padre.

Mamá se había divorciado de él diez años antes, contrajo nuevas nupcias, y residía en Cleveland. No quiso volver para el funeral. Mi única hermana se encontraba en California; no tenía dinero para el viaje, y no éramos más hermanos. De manera que me tocó a mí.

Era otoño y el entierro en el cementerio de Oakwood resultó lúgubre y deprimente. Asistió muy poca gente: algunos viejos compinches de papá, que también estaban con un pie en la tumba, y un puñado de mis compañeros del instituto, que se mostraron nerviosos e incómodos, igual que yo. Dispuestos para ofrecerme sus condolencias. No había relación alguna entre nosotros; no quedaba nada.

Cuando todo hubo acabado, decidí regresar en coche a Chicago esa misma noche. Riverton no ejercía la mínima atracción nostálgica en mí. Se trataba de enterrar a mi padre y largarme de allí. Ése había sido mi plan desde el principio.

Al volver del cementerio, pasé por el depósito de chatarra.

No vi a nadie dentro cuando pasé lentamente por delante en mi coche, dejando atrás el portón cerrado con candado. Ni señales de vida o movimiento.

Claro que habían transcurrido doce largos años. El viejo Latting estaría muerto, sin duda, lo mismo que su perro. ¿Quién sería el propietario ahora? A mi juicio, era un lugar de lo más espantoso.

Un sinfín de oscuros recuerdos acudió en tropel a mi mente. Aquel depósito siempre había tenido algo de indecente..., algo «malo». Aspecto que no había cambiado. Un frío repentino en el aire me estremeció. Subí un punto más la calefacción del coche.

Y enfilé hacia la autopista interestatal.

Diez minutos después vi al perro. Se hallaba sentado junto al riel metálico de la autopista, sobre el arcén de grava, en el mismo sitio hasta el cual yo lo había seguido tantos años antes. A medida que mi coche se acercaba a él, el enorme animal gris levantó la cabeza y fijó su ojo de carbón en mí.

El mismo perro. El mismo ojo ciego, abultado y blanquecino en el lado derecho de su cráneo deforme, la misma pelambrera plagada de manchas de sarna, el mismo cuello musculoso y el mismo rabo mocho.

El mismo perro... o su fantasma.

De pronto, me interné en una vorágine de niebla opaca que oscureció la autopista. Iba a demasiada velocidad. Aquella aparición surgida de los bosques me había hecho perder la concentración. Pisé a fondo el pedal del freno. Las ruedas se bloquearon y perdieron agarre en el firme humedecido por la niebla. El coche empezó a derrapar hacia el riel de seguridad. Una banda de acero inflexible, blanca como la leche, «apareció» ante mí. Y me estrellé contra ella. De frente.

Siguió el estallido de metal contra metal. Aparecieron en el parabrisas millares de finas estrías. El volante se me clavó con fuerza en el pecho. Un ruido seco de huesos al fracturarse. Carne despedazada. Sangre. Dolor. Negrura.

Silencio.

Luego..., un despertar. Otra vez la consciencia. Parpadeé en un intento de fijar la mirada. Tenía el rostro entumecido; no podía mover ni los brazos ni las piernas. El dolor habitaba en mi cuerpo como un fuego ardiente. Entonces advertí que el coche estaba con las ruedas al aire, y que el techo me envolvía como una mortaja metálica.

Una oleada de terror me cubrió con su agitación. Estaba atrapado, encogido en el interior de aquella ruina volcada. Luché contra el miedo diciéndome que las cosas habrían podido resultar peor. Mucho peor. Hubiera podido salir despedido por el parabrisas (que se había cuarteado totalmente, pero seguía intacto) o incendiarse el coche o haberme desnucado. Al menos había sobrevivido al accidente. Alguien me encontraría. Alguien.

Entonces oí el ruido del remolque. Lo vi por el parabrisas; a través de la telaraña de cristal cuarteado, se acercaba a mí en la niebla; el «mismo» remolque que había visto de niño, sin guardabarros delantero, con el capó abollado y el parachoques sujeto con alambre... El rugido de su viejo y asmático motor me resultó horrendamente familiar.

Se detuvo. Una portezuela se abrió con un chirrido y el conductor se apeó de la cabina. Se acercó a mi coche, se acuclilló y escudriñó en el interior.

El señor Latting.

Y me habló. Por primera vez oí su voz: era como de metal oxidado. Como de ultratumba.

—Parece que se ha estrellado usted.

Al sonreír, exhibió una fila de dientes cariados. Sus ojos me miraban, brillantes, bajo el ala ancha del raído sombrero. No me resultó fácil contestarle.

—Estoy... mal... malherido. Necesito... necesito un médico. Tenía la boca ensangrentada. Lancé un quejido; las cuchillas afiladas del dolor me atravesaron todo el cuerpo.

—No hay ninguna prisa —me dijo—. Cuidaremos de usted. —Lanzó una seca risita—. Descanse tranquilo. Déjelo todo en nuestras manos.

Me sentía muy mareado. Para respirar, tenía que hacer un gran esfuerzo. La vista se me nubló: luché por permanecer consciente. Oí el ruido de cadenas al ser enganchadas, sentí que el coche se elevaba, una sensación de movimiento, el sonido acompasado de un motor... Una nueva oleada de dolor me sumió en la oscuridad.

Desperté en el depósito de chatarra.

«Imposible —me dije—. "Aquí" no. No puede haberme traído aquí. Necesito atención médica. Un hospital. Podría morirme...»

iMorirme!

La palabra me golpeó con la fuerza de un martillazo. Me estaba muriendo, y él, como si nada. No había movido un dedo por socorrerme; seguía atrapado entre los hierros retorcidos del coche. ¿Dónde estaba la policía? ¿Y los mecánicos con sopletes para liberarme? ¿Y la ambulancia?

Entrecerré los párpados. El pálido fulgor verde del enorme arco voltaico que se alzaba en mitad del depósito lanzaba unas sombras retorcidas sobre las pilas de chatarra.

Oí que cerraban el portón de golpe y que echaban el candado. Luego, el ruido producido por las pesadas botas de Latting al avanzar por la crujiente grava y acercarse a mí. El coche seguía con las ruedas hacia arriba.

Intenté inclinar el cuerpo y darme la vuelta para llegar hasta el tirador de la puerta del conductor. Quizá lograra abrirla. Pero un relámpago de dolor me indicó que me resultaba imposible moverme.

El rostro esquelético de Latting apareció ante el parabrisas y miró hacia dentro, a través del cristal cuarteado. Una sonrisa le alargó la comisura de los labios como si fuese una cicatriz.

—¿Se encuentra bien ahí dentro?

—¡Diablos, no! —exclamé con un hilo de voz—. Necesito un... un médico. Por el amor de Dios..., consígame... una ambulancia. Negó con la cabeza.

—Aquí, en el depósito, no hay teléfono para poder pedir una —repuso con voz ronca—. Además, usted no necesita médicos, hijo. Nos tiene a «nosotros».

—¿Ustedes?

—Sí, a mi perro y a mí.

La cabeza, roma y deforme, del asqueroso animal gris apareció en la ventanilla junto a la de Latting. La roja lengua le colgaba, húmeda, y su ojo negro me miraba fijamente sin pestañear.

—Pero... ¡me estoy desangrando! —Levanté el brazo derecho; la sangre me manaba profusamente—. Y... creo que..., creo que tengo... lesiones internas.

—Seguro que las tiene —afirmó Latting con una risita—. Sufre graves lesiones internas. —Me lanzó una socarrona mirada de soslayo—, Además, tiene la cabeza llena de cortes. Y parece que tiene fracturadas ambas piernas... y el pecho hundido. Seguro que se le han roto un montón de costillas.

Y volvió a reírse, esta vez a carcajadas.

—¡Es usted un pobre loco! —le espeté—. Haré que..., que el sheriff lo arreste. —Luché contra el dolor para seguir con mi invectiva—: ¡Se pudrirá en la cárcel por esto!

— ¡Vamos, no se ponga de esa forma! El sheriff no entrará aquí. Nadie entra en el depósito. A estas alturas, usted debería saberlo ya. Nadie. Excepto los que están igual que usted.

—¿Qué quiere decir con eso de..., de «los que están igual que usted»?

—Los moribundos —respondió el anciano con voz ronca—. Los que tienen casi todos los huesos rotos, los que se desangran por completo. Los de la autopista interestatal, vamos.

—¿Quiere decir que... ésta no es la primera vez?

—Claro que no. Han sido muchas veces. ¿Cómo cree usted que hemos sobrevivido todos estos años mi perro y yo? Lo que ocurre en esa autopista es lo que nos mantiene vivos...; los que hay dentro de los coches destrozados, de los camiones volcados. Necesitamos lo de dentro. —Acarició con fuerza el codo sarnoso del perro y le preguntó—:

¿No es así, amigo?

Como respuesta, el enorme animal levantó el baboseante morro y enseñó los dientes; luego, volvió a fijar en mí su ojo de obsidiana.

—Este perro que ve usted aquí es algo fuera de lo común —comentó Latting—. Lo digo porque parece saber con toda exactitud a quién debe elegir para echarle el mal de ojo. A la gente especial. A las personas como usted, a quienes nadie echará de menos y por las que nadie preguntará. No puedo permitirme el lujo de que vengan a fisgonear y hacer preguntas por el depósito. Los que él elige se internan en la niebla y desaparecen. Yo los remolco hasta aquí y se acabó la historia.

Obnubilado, a través de la bruma roja del dolor, recordé la fiera intensidad con la que aquel único ojo negro me había mirado cuando pasé junto al riel metálico de la autopista. Me hipnotizó, e hizo que perdiese el control del coche y me estrellara contra el protector metálico. El mal de ojo.

—Bueno, ya va siendo hora de que deje de charlar con usted y me ponga a mi trabajo —anunció Latting, levantándose—. Vamos, perrito.

Y se alejó del coche junto con el animal.

Inspiré hondo y me estremecí; con desesperación, me dije que alguien tenía que haber oído el estrépito del choque y habría informado a las autoridades; me dije que el sheriff llegaría de un momento a otro, que me meterían en una cama con sábanas limpias y frescas, que me limpiarían suavemente la sangre, y me curarían las heridas...

«¡Vamos, daos prisa, maldita sea! Me estoy muriendo. ¡Me estoy muriendo!»

De pronto, oí un sonido seco, estremecedor, que se repitió una y otra vez. La curva de cristal cuarteado que tenía delante de mí cedió hasta dentro bajo el impacto de la serie de golpes en rápida sucesión que Latting asestó al parabrisas con una almádena.

—Cada día los hacen más reforzados —gruñó de mal humor, y prosiguió con su ataque—. ¡Ah..., por fin..., ahora sí que cede!

El parabrisas se partió de repente y se fragmentó en mil pedazos; sus trozos afilados cayeron sobre mi cabeza y los hombros, cortándome la carne.

—Así está mejor, ¿no? —dijo el anciano con aquella cicatriz que tenía por sonrisa—. Ahora podrá llegar hasta usted sin problemas.

¿Llegar hasta mí?

El perro. Se refería al perro, aquel animal pestilente y horrendo. Parpadeé en un intento de quitarme la sangre de los ojos y traté de retroceder, de alejarme de aquella abertura afilada. Pero fue inútil. El dolor era demasiado atroz. Me desplomé débilmente contra los metales retorcidos del techo, al tiempo que rehusaba creer lo que me ocurría.

La criatura gris se acercó y embistió con su ancho corpachón contra la abertura.

El fétido aliento de aquella bestia infernal me llenó la nariz; su boca entreabierta se aferró a mis carnes y me hincó los dientes; su erizada pelambrera maloliente me rozó la piel.

Un husmeo horripilante, unos lametones... y sentí que me sorbía la sangre. Me... *vacía*..., me sorbía por entero... para meterme en su *asqueroso cuerpo*...

Sentí la necesidad de moverme. De abandonar el depósito de chatarra. Con el aire frío me llegó la promesa de una helada. En lo alto, el cielo tenía una tonalidad gris acerada.

Era una delicia volver a moverse. Correr. Abandonar el pueblo y dejar atrás los bosques.

Todo estaba muy tranquilo. Gocé con el penetrante aroma a tierra, a hormigón y metal que me rodeaba. Volvía a estar vivo. Y fuerte. Era estupendo estar vivo.

Esperé. De vez en cuando, alguna silueta veloz pasaba ante mí. Yo no hacía caso. Otra. Y luego otra. Y entonces, al fin, «la silueta indicada». La felicidad me invadió. Allí estaba quien nos proporcionaría a mí y a mi amo la vida y la fuerza.

Alcé la cabeza. Entonces él me vio, el conductor del camión. Clavé mi ojo en él cuando pasó veloz ante mí, con aquel sonido metálico. Y desapareció en la niebla.

Me quedé allí, sentado, tranquilo, en espera del impacto.

Los nutrieros, de Rodolfo Walsh



Renato oyó los tiros. Volaron patos y garzas, y en la lejanía una nubecilla de humo azul se desguedejó lentamente en la quietud infinita de la tarde.

Al filo de la noche volvió Chino Pérez, ceñudo y silencioso. Traía a remolque un bote pintado de rojo, con las letras blancas en el costado de babor: "San Felipe"

Lo encontré -explicó, sin mirar a Renato-. Creo que es de la estancia -Y añadió al cabo de una pausa-: Se habrá cortado el amarre.

Renato se incorporó lentamente, fumando su pipa, y acercóse a la orilla. Renato era bajo y escuálido. Sus ojos azules tenían una fijeza de alucinado, que desmentía el diseño casi pueril de la boca.

La cadena del bote era nueva, Renato vio que estaba intacta, pero no dijo nada. En el fondo había flamantes aparejos de pesca y un rifle calibre 22; en uno de los bancos, un "sweater" de lana a rayas multicolores.

¿Cazaste algo?-preguntó Renato en voz baja.

No -replicó su compañero. Y agregó con una sonrisa torva-: Gallaretas.

Oí los tiros-dijo Renato. Chino Pérez no contestó.

Ensimismado y remoto sentóse en la orilla de la isleta; se sacó las alpargatas y hundió los pies en el agua fría con la mirada clavada en la distancia.

Aquella noche hubo desvelo de perros en la costa de la laguna; pisadas y linternas; voces apagadas, que el viento traía y llevaba. Renato dormía. Chino Pérez estuvo fumando, absorto y lejano, hasta que el cielo empezó a clarear.

Chino Pérez terminó de cuerear las nutrias y estaqueó los cueros. Renato lo observaba con sus ojos azules e impávidos. Chino Pérez tapó con tierra el fogón, y luego tendió la mirada a lo lejos. El agua había tomado un color plomizo, y en el oro verde de los juncos se alargaban las primeras sombras. Por los confines de la laguna, ensimismada en la quietud vespéral, entre las últimas barreras de juncos, flotaban a ras del agua nubecillas de vapor.

Está bien, hermanito; esta noche es la vencida - dijo Chino Pérez sin volverse.

Los dos botes balanceábanse en la orilla de la isleta. Las líneas de pesca se sacudían a intervalos con breves convulsiones eléctricas. "Dientudos", pensó Chino Pérez de mal humor. Todavía no era la hora de las tarariras. Las tarariras se llevaban la línea de un golpe, dejándola tensa y vibrante como una cuerda de violín.

Ya sé que querés irte-dijo Chino Pérez.

Renato no contestó. Dejó que el silencio flotara entre ellos, separándolos, restituyéndolos a sus mundos distintos, suavemente, sin violencias.

Chino Pérez era de baja estatura, fornido, cetrina la faz, tallado a cuchillo el entrecejo, hirsuto el pelambre, pétrea y estólida la expresión.

A lo lejos, en el campo, encendiéndose una luz. Ladraron perros. Gorgoteaba el agua.

"Ya sé que querés irte"-pensó Chino Pérez-. "Yo también quiero irme"-meditó mirando el bote de la estancia. Las rayas coloridas del "sweater" se destacaban en la oscuridad. Chino Pérez no había querido tocar nada. Un temor recóndito le impedía poner la mano sobre cualquiera de esas cosas. "Ya te vendrán a buscar", pensó con saña.

Luna llena: pila de monedas amarillas y temblonas sobre el paño gris del agua.

En el fondo del juncal gritó la nutria; era un grito quejumbroso, como el gemido de un ser humano. Chino Pérez se levantó el cuello del saco, como si tuviera frío.

Ya puse las trampas-dijo. Renato pensó que no hacía falta decirlo. Lo había visto salir temprano, en el bote, con las trampas, preparadas para ponerlas en los nidos y comederos. Chino Pérez acercóse al fogón y se acucilló, frotándose las manos. Entonces advirtió que él mismo había apagado el fuego y lamentó haberlo hecho. "Mañana nos vamos-pensó-. Para siempre". Tres meses durmiendo en cualquier parte, sobre la tierra húmeda y podrida, sin encender fuego de noche, sin mostrar el bulto de día. Tenía el gusto del pescado pegado a la garganta. Escupió con asco.

¿Y qué vas a hacer, gringo, con la plata? ¿La plata? -Renato parpadeó-. Volveré a la chacra-dijo a la vuelta de un largo rato. Su padre había querido tener un tractor. Toda su vida había querido eso. Ahora estaba muerto, en medio del campo, y los tractores pasaban por encima de sus huesos. Muerto, para siempre, y sin estrellas. El espejismo había renacido en el hijo, más torturado y violento: para hacerlo realidad a la fuerza, se había metido a nutriero. En la estancia vecina a la chacra de su padre había visto una vez un tractor de oruga, un Caterpillar pintado de rojo... Renato, acaso sin saberlo, tenía la tierra metida en todo el cuerpo, como sus padres y sus abuelos. Salió de su ensoñación con algo parecido a un escalofrío.-Si la cobramos...-agregó en voz baja. Chino Pérez, cabizbajo, pateó el suelo húmedo. Oyóse un chapoteo en el agua, y una de las líneas quedó bruscamente tirante. Empezó a retirarla, despacio, con acompasados movimientos de ambas manos. Cabresteaba la tararira, veloz y frenética al extremo de la línea, mordiendo el hilo reforzado con alambre. Con un último tirón la sacó a la orilla. Brillaban en la boca del pescado los dientes amarillos y fuertes, y sus ojos tenían una fijeza azulina y viscosa. Chino Pérez la sujetó con el pulgar y el índice por las agallas y la golpeó dos veces en la cabeza con el mango de un rebenque. Después le sacó el anzuelo. Silbó en el aire la plomada de tuercas y hundiéndose en el agua.

Renato apagó la pipa y se puso en pie.

Voy a recorrer las trampas-dijo.

Dejá; voy yo-replicó Chino Pérez. Su acento se dulcificó.

Mejor que duermas un poco, hermano. Mañana hay que caminar mucho.

Renato obedeció. Acostóse sobre unas lonas, con la ropa puesta; y antes de quedarse dormido, vio por última vez la silueta de su compañero, erguido sobre el bote, remando a la luz de la luna.

Chino Pérez hundía el remo silencioso y el bote quebraba el espejo terso y pulido del agua. Dormía la laguna profunda de ecos y rumores. Las cejas de los juncales se destacaban nítidas y oscuras.

Chino Pérez no siguió el camino de costumbre. Un miedo supersticioso y agudo le aleteaba en la sangre. No estaba acostumbrado al miedo. Pugnaba por sacudírselo, como un perro a un tábano. Al llegar frente a la isleta de espadañas, dejó de remar.

En el recodo de la isleta, la tarde anterior se le había aparecido el hijo del mayordomo en el bote de la estancia. Chino Pérez lo había visto una sola vez, de lejos, recorriendo el campo, pero lo reconoció en seguida. Al ver al nutriero, un gesto de hombría le había curvado los dedos en torno al rifle. No mediaron palabras, ni hacían falta.

Con ese mismo gesto viril en el rostro adolescente se había doblado y había caído por la borda-un tiro en la garganta-, entre las ásperas ortigas de agua.

Chino Pérez no quiso pasar por allí. En la isleta dejaba dos buenas trampas. "Que se quede con ellas el mayordomo", pensó torvamente.

El viento soplaba de la costa, peinando los juncos. Un cencerro trasudaba gotas de sonido en las manos heladas del aire. Y se hizo de pronto, a lo lejos, la noche de los perros, de los tiros, del odio desatado como una llamarada. Chino Pérez oyó las voces sordas que el encono aceraba. Se las traía el viento, acres y feroces como mordeduras.

Después fue el silencio, más súbito, más grande y terrible que antes. El silencio de la laguna, preñado de misterio. De lejos lo ventearon los perros. Chino Pérez arrastrábase por el pajonal, sigiloso como un gato, en dirección al Molino Grande, en desuso desde que las aguas del cuadro se tornaron salobres.

Al pie del molino los peones de la estancia habían encendido una fogata. A su cárdeno resplandor se destacaba en silueta la figura del mayordomo, sombrío como la noche, los brazos cruzados, separadas las piernas, desafiando a la noche a que le quitara su venganza.

A la luz de la luna giraba la rueda del Molino Grande, como una enorme flor blanca. Giraba lentamente, deteniéndose a ratos; y amarrado a las aspas chorreando sangre, con los ojos vidriados de dolor y espanto, giraba el cuerpo torturado de Renato. El viento traía y llevaba sus gemidos, y la rueda giraba lentamente bajo el cielo tachonado de estrellas.

A doscientos pasos del molino se detuvo Chino Pérez para tomar aliento. Quemábanle en las manos las pinchaduras de los abrojos. Los perros se revolvieron, inquietos, recrudesciendo el coro exasperado de ladridos. Siguió avanzando. A intervalos le llegaba el quejido estertoroso de Renato.

Paciencia, hermanito. Paciencia.

Se detuvo a cien pasos del molino.

Chino Pérez no erraba nunca un tiro. A veinte metros de distancia mataba una nutria con un tiro en el ojo, para no perforar el cuero.

Paciencia, hermano.

Alzó el winchester, despacio, muy despacio. Las miras se clavarón en el semblante taciturno del mayordomo, vacilaron un instante, después siguieron subiendo por el bruído esqueleto del molino. La rueda dio media vuelta más y se detuvo chirriando, dejando a Renato vertical, de pie en lo alto, suspendido y solo, con los ojos azules extraviados.

Chino Pérez apretó el gatillo.

Tragedia navideña, de Agatha Christie



Debo presentar una queja -dijo don Henry Clithering, mientras sus ojos chispeantes contemplaban a los reunidos.

El coronel Bantry, con las piernas estiradas, tenía el entrecejo fruncido y los ojos fijos en la repisa de la chimenea, como si fuera un soldado culpable, mientras su esposa hojeaba recelosa un catálogo de bulbos que acababa de llegarle en el último correo. El doctor Lloyd observaba con franca admiración a Jane Helier, y la joven y hermosa actriz sus uñas rojas. Sólo aquella anciana solterona, la señorita Marple, estaba sentada muy erguida y sus ojos azules se encontraron con los de don Henry con un guiño interrogador:

-¿Una queja?

-Unas queja muy seria. Nos hallamos reunidos seis personas, tres representantes de cada sexo, y yo protesto en nombre de los caballeros. Esta noche hemos contado tres historias, una cada uno de nosotros. Protesto porque las señoras no cumplen con su parte.

-¡Oh! -exclamó la señora Bantry indignada-. Estoy segura de que hemos cumplido. Hemos escuchado con toda atención, adoptando la actitud más femenina, la de no querer exhibirnos ante las candilejas.

-Es una excusa excelente -replicó don Henry-, pero no sirve. ¡Y eso que tiene un buen precedente en Las mil y una noches! De modo que adelante, Scherezade.

-¿Se refiere a mí? -preguntó la señora Bantry-. ¡Pero si yo no tengo nada que contar! Nunca me he visto rodeada de sangre ni de misterios.

-No ha de tratarse necesariamente de un crimen sangriento -dijo don Henry-. Pero estoy seguro de que una de nuestras tres damas tiene algún misterio pequeñito. Vamos, señorita Marple, cuéntenos "La extraña coincidencia de la asistenta", o "El misterio de la reunión de madres". No me decepcione usted en St. Mary Mead.

La señorita Marple meneó la cabeza.

-Nada que pudiera interesarle, don Henry. Tenemos nuestros pequeños misterios, por supuesto: un kilo de camarones que desapareció de la manera más incomprensible, pero eso no puede interesarle porque resultó ser muy trivial, aunque arrojava mucha luz acerca de la naturaleza humana.

-Usted me ha enseñado a creer en la naturaleza humana -replicó don Henry en tono solemne.

-¿Y qué nos cuenta usted, señorita Helier? -le preguntó el coronel Bantry-. Debe de haber tenido algunas experiencias interesantes.

-Sí, desde luego -intervino el doctor Lloyd.

-¿Yo? -dijo Jane-. ¿Es que... es que quieren que les cuente algo que me haya ocurrido?

-A usted o a alguno de sus amigos -rectificó decididamente don Henry.

-¡Oh! -dijo Jane con aire ausente-. No creo que nunca me haya ocurrido nada. Me refiero a nada parecido. He recibido muchas flores, por supuesto, y extraños mensajes, pero eso es propio de los hombres, ¿no les parece? No creo... y haciendo una pausa se quedó absorta en sus recuerdos.

-Veo que tendremos que resignarnos al relato del kilo de camarones -dijo don Henry-. Vamos, señorita Marple.

-Es usted tan aficionado a las bromas, don Henry. Lo de los camarones es una tontería. Pero ahora que lo pienso, recuerdo un incidente... en realidad, no se trata de un incidente sino de algo mucho más serio, una tragedia. Y yo, en cierto modo, me vi mezclada en ella. Y nunca me he arrepentido de lo que hice. No, en absoluto. Pero no ocurrió en St. Mary Mead.

-Eso me decepciona -dijo don Henry-, pero procuraré sobreponerme. Sabía que podíamos confiar en usted.

Y adoptó la posición del oyente, mientras la señorita Marple enrojecía ligeramente.

-Espero que sabré contarlo como es debido -se disculpó preocupada-. Siempre tengo tendencia a divagar. Me voy de una cosa a otra sin darme cuenta de que lo hago. Y es tan difícil recordarlo todo con el debido orden. Tienen que perdonarme si les cuento mal la historia. Ocurrió hace tanto tiempo. Como digo, no tiene relación alguna con St. Mary Mead. A decir verdad, ocurrió en un hidro...

-¿Se refiere a uno de esos aviones que van por el mar? -preguntó Jane con los ojos muy abiertos.

-No, querida -dijo la señora Banttry, que le explicó que se trataba de un balneario hidrotermal, y su esposo agregó este comentario:

-¡Unos lugares horribles, horribles! Hay que levantarse temprano para beber un vaso de agua que sabe a demonios. Hay montones de ancianas sentadas por todas partes e intercambiando todo el día malvadas habladurías. Cielos, cuando pienso...

-Vamos, Arthur -dijo su esposa en tono amable-. Sabes que te sentó admirablemente.

-Montones de ancianas comentando escándalos -gruñó el coronel Banttry.

-Me temo que eso es cierto -dijo la señorita Marple-. Yo misma...

-Mi querida señorita Marple -exclamó el coronel horrorizado-. No quise decir ni por un momento...

Con las mejillas sonrosadas y un ademán de la mano, la señorita Marple lo hizo callar.

-Pero si es cierto, coronel Banttry. Sólo quería decirle esto. Déjeme ordenar mis ideas. Sí, hablan de escándalos, como usted dice, y casi todo el tiempo. La gente es muy aficionada a eso. Especialmente los jóvenes. Mi sobrino, que escribe libros, y muy

buenos según creo, ha dicho cosas terribles sobre el hábito de difamar a otras personas sin tener la menor clase de pruebas, de lo malvado que es eso y demás. Pero lo que yo digo es que ninguna persona joven se para a pensar. En realidad, no examinan los hechos. Y sin duda el problema es éste: ¡Cuántas veces son ciertas las habladurías, como usted las llama! ¡Y como les digo, yo creo que, si en realidad examinaran los hechos, descubrirían que son ciertas nueve veces de cada diez! Por eso la gente se molesta tanto por ellas.

-Inspiradas presunciones -dijo don Henry.

-¡No!, inada de eso! En realidad, se trata de una cuestión de práctica y experiencia. Tengo entendido que, si a un egiptólogo se le enseña uno de esos escarabajos tan curiosos, con sólo mirarlo puede decir si data de antes de Jesucristo o se trata de una vulgar imitación. Y no puede dar una regla definitiva de cómo lo consigue. Lo sabe. Se ha pasado toda la vida manejando esas piezas.

"Y eso es lo que estoy tratando de decir (muy mal, ya lo sé). Esas mujeres a quienes mi sobrino califica de "ociosas" disponen de mucho tiempo y su principal interés por lo general es ocuparse de la gente. Y por eso llegan a convertirse en expertas. Ahora los jóvenes hablan con toda libertad de cosas que ni siquiera se mencionaban en mis días, pero, en cambio, tienen una mentalidad absolutamente inocente. Creen en todo y en cualquiera. Y si alguien intenta prevenirlos, aunque sea con prudencia, le dicen que tiene una mentalidad victoriana, y eso, según ellos, es como estar en un pozo."

-¿Y qué tienen de malo los pozos? -dijo don Henry.

-Exacto -respondió la señorita Marple-, es lo más necesario en una casa. Pero desde luego, no es nada romántico. Ahora debo confesarles que yo también tengo mis sentimientos como cualquiera, y en determinadas ocasiones me han herido profundamente con comentarios hechos sin pensar. Sé que a los caballeros no les interesan las cuestiones domésticas, pero debo mencionar a una doncella que tuve, Ethel, una muchacha muy atractiva y cumplidora. Ahora bien, en cuanto la vi, me di cuenta de que era como Annie Webb y la hija de la pobre señora Bruitt. Si se le presentara ocasión, eso de lo mío y de lo tuyo no significaría nada para ella. De modo que la despedí a final de mes, dándole una carta de recomendación en la que decía que era honrada y sensata, pero por mi cuenta advertí a la señora Edwards para que no la contratara, y mi sobrino Raymond se puso furioso y dijo que nunca había visto una maldad semejante, sí, maldad. Pues bien, entró en casa de la señora Ashton, a quien yo no tenía obligación de advertir, ¿y qué ocurrió? Desaparecieron todos los encajes de su ropa interior y dos broches de brillantes. La muchacha se marchó en medio de la noche y nadie ha vuelto tener noticias de ella.

La señorita Marple hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

-Ustedes dirán que esto no tiene nada que ver con lo que ocurrió en el balneario de Keston Spa, pero lo tiene en cierto modo. Explica que yo no tuviera la menor duda, desde el momento en que vi juntos a los Sanders, de que él pretendía deshacerse de ella.

-¿Eh? -exclamó don Henry, inclinándose hacia delante.

La señorita Marple volvió su apacible rostro hacia él.

-Como le decía, don Henry, no me cupo la menor duda. El señor Sanders era un hombre corpulento, bien parecido, de rostro coloradote, muy franco en su trato y popular entre todos. Y nadie podía ser más amable con su esposa. ¡Pero yo sabía que trataba de deshacerse de ella!

-Mi querida señorita Marple...

-Sí, lo sé. Eso es lo que diría mi sobrino, Raymond West, que no tenía la menor prueba, pero yo recuerdo a Walter Hones. Una noche que volvía paseando con su esposa, ella se cayó al río y él cobró el dinero del seguro. Y también recuerdo a un par de personas que andan sueltas por ahí hasta la fecha. Por cierto que una de ellas pertenece a nuestra misma esfera social. Se marchó a Suiza para hacer excursiones durante el verano con su esposa. Yo le aconsejé que no fuera. La pobre ni siquiera se enfadó conmigo, se limitó a reírse. Le parecía tan gracioso que una viejecita como yo le dijera semejantes cosas de su Harry.

"Bien, bien, sufrió un accidente y ahora Harry está casado con otra, pero, ¿qué podía hacer yo? Lo sabía, pero no tenía la menor prueba."

-¡Oh, señorita Marple! -exclamó la señora Bantry-. No querrá decir que...

-Querida, estas cosas son muy corrientes, ya lo creo que lo son. Y los caballeros se sienten especialmente tentados por ser mucho más fuertes. Es tan fácil que parezca un accidente. Como les digo, en cuanto vi a los Sanders, lo supe. Fue en un tranvía. Estaba lleno y tuve que subir al piso superior. Nos levantamos los tres para apearnos y el señor Sanders perdió el equilibrio, se cayó hacia su esposa y la hizo caer escaleras abajo. Por fortuna, el cobrador era un hombre muy fuerte y logró sujetarla.

-Pero pudo tratarse muy bien de un accidente.

-Desde luego que lo fue, nada pudo ser más accidental. Pero el señor Sanders había pertenecido a la marina mercante, según me dijo, y un hombre que es capaz de conservar el equilibrio en uno de esos barcos que se inclinan tanto, no lo pierde en la imperial de un tranvía, cuando no lo perdió una vieja como yo. ¡No me diga eso!

-Y fue entonces cuando se convenció, ¿no es cierto, señorita Marple? -manifestó don Henry.

La anciana asintió.

-Estaba bastante segura, pero otro incidente ocurrido al cruzar la calle no mucho después me convenció todavía más. Ahora le pregunto a usted, don Henry, ¿qué podía hacer yo? Allí estaba una mujercita casada y feliz que no tardaría en ser asesinada.

-Mi querida amiga, me deja usted sin respiración.

-Eso le pasa porque, como la mayoría de la gente de hoy en día, no se enfrenta usted a los hechos. Prefiere pensar que ciertas cosas son imposibles. Pero son así y yo lo sabía. ¡Pero una se ve atada de pies y manos! Por ejemplo, no podía acudir a la policía; advertir a la joven hubiera sido inútil. Estaba enamorada de aquel hombre. De modo que me dispuse a averiguar todo lo que pudiera acerca de ellos. Hay un sinnúmero de oportunidades mientras se hace labor alrededor del fuego. La señora Sanders, Gladys era su nombre de pila, estaba deseosa de hablar. Al parecer no llevaban mucho tiempo casados. Su esposo debía heredar algunas propiedades, pero por el momento estaban bastante mal de dinero. En resumen, vivían de la pequeña renta de ella. Ya había oído

la misma historia otras veces. Se lamentaba de no poder tocar el capital. ¡Al parecer, alguien había tenido un poco de sentido común! Pero el dinero era suyo y podía dejárselo a quien quisiera, según averigüé. Ella y su esposo habían hecho testamento, poco después de su matrimonio, uno a favor del otro. Muy conmovedor. Claro que cuando a Jack le fueran bien las cosas... Esa era la carga que debían soportar y entretanto andaban bastante apurados. Por aquel entonces tenían una habitación en el piso más alto, entre las del servicio, y muy peligrosa en caso de incendio, aunque tenían una escalera de incendios precisamente delante de la ventana. Me informé prudentemente de si tenían balcón. Son tan peligrosos los balcones... un empujoncito y...

"Le hice prometer a ella que no se asomaría al balcón, que había tenido un sueño. Esto la impresionó. A veces se puede hacer algún favor aprovechándose de la superstición. Era una joven rubia, de facciones un tanto desdibujadas, que llevaba los cabellos recogidos en un moño sobre la nuca. Y muy crédula. Le contó a su marido lo que yo le había dicho y observé que él me miraba con curiosidad un par de veces. Él no era crédulo y sabía que yo iba en aquel tranvía.

"Pero yo estaba preocupada, muy preocupada, porque no veía cómo podría engañarle. Podía impedir que ocurriese algo en el balneario con sólo decir unas palabras que le demostraran mis sospechas, pero eso únicamente significaría aplazar su plan hasta más tarde. No, empecé a creer que la única política aconsejable era una más osada y, de un modo u otro, tenderle una trampa. Si consiguiera inducirle a atentar contra la vida de su esposa por algún medio escogido por mí, entonces quedaría desenmascarado y ella se vería obligada a enfrentarse con la verdad por mucho que le sorprendiera."

-Me deja usted sin habla -dijo el doctor Lloyd-. ¿Qué plan podía usted seguir?

-Hubiera encontrado alguno, no tema -replicó la señorita Marple-. Pero aquel hombre era demasiado listo para mí y no esperó. Pensó que yo podía sospechar y, por ello, actuó antes de que pudiera asegurarme. Sabía que yo recelaría de un accidente, así que cometió el crimen.

Un murmullo recorrió la habitación, y la señorita Marple asintió con los labios apretados.

-Temo haberlo expuesto con bastante brusquedad. Debo tratar de explicarles exactamente lo ocurrido. Siempre he experimentado un sentimiento de amargura al recordarlo. Siempre me he sentido como si hubiera debido evitarlo a toda costa, pero quién conoce los designios del señor. De todas formas hice lo que pude.

"Se respiraba una atmósfera extraña, como si flotara una amenaza en el aire oprimiéndonos a todos: el presentimiento de una desgracia. Para empezar, primero murió George, el jefe de porteros, que llevaba años en el balneario y conocía a todo el mundo. Cogió una neumonía complicada con bronquitis y falleció en cuatro días. Fue muy triste para todos. Y, además, cuatro días antes de Navidad. Y luego una de las doncellas, una chica muy simpática; se le infectó un dedo y murió a las veinticuatro horas.

"Yo me encontraba en el salón con la señorita Trollope y la anciana señora Carpenter, y ésta se mostraba terriblemente pesimista.

"Fíjense bien en lo que les digo -anunció-. Seguro que la cosa no acaba aquí. ¿Conocen el refrán? No hay dos sin tres. Siempre resulta cierto. Tendremos otra muerte, no me cabe la menor duda. Y no habrá que esperar mucho. No hay dos sin tres.

"Cuando dijo estas últimas palabras, moviendo afirmativamente la cabeza y haciendo tintinear sus agujas de punto, yo alcé la vista un momento y mis ojos se encontraron con el señor Sanders, que permanecía de pie junto a la puerta. Por un momento le pillé desprevenido y pude leer en su rostro con la misma facilidad que en un libro abierto. Creeré hasta el fin de mis días que las palabras de la señora Carpenter le dieron la idea. Vi que trabajaba su cerebro. Y penetró en la estancia con su habitual sonrisa.

"-¿Puedo hacer alguna compra de Navidad por ustedes, señoras? -preguntó-. Voy a ir ahora a Keston.

"Permaneció en nuestra compañía durante un par de minutos, riéndose y charlando, y luego se marchó. Como les digo, yo estaba preocupada y dije inmediatamente:

"-¿Dónde está la señora Sanders? ¿Alguien lo sabe?

"La señorita Trollope dijo que había ido a jugar al bridge con unos amigos suyos, los Mortimer, y me tranquilicé momentáneamente, pero seguía preocupada, pues no sabía qué hacer. Media hora más tarde, subí a mi habitación y por el camino me encontré al doctor Coler, mi médico, y como quería consultarle acerca de mi reuma, lo llevé a mi habitación. Fue entonces cuando me habló (confidencialmente, según dijo) de la muerte de la pobre Mary, la doncella. El gerente no quería que se supiera y por ello me aconsejó que no se lo dijera a nadie. Desde luego yo no le dije que no hablábamos de otra cosa desde hacía una hora, cuando la pobre joven exhaló su último suspiro. Esas noticias corren en seguida y un hombre de su experiencia debía saberlo bastante bien. Pero el doctor Coler fue siempre un individuo confiado que creía lo que quería creer, y eso fue lo que me alarmó un minuto más tarde, al decirme que Sanders le había pedido que echara un vistazo a su esposa, pues últimamente no hacía bien las digestiones, etc.

"Y aquel mismo día Gladys Sanders me había dicho que había hecho maravillosamente la digestión y que estaba muy contenta.

"¿Comprenden? Todas mis sospechas volvieron a mí centuplicadas. Estaba preparando el camino... ¿para qué? El doctor Coler se marchó antes de que yo me hubiera decidido a hablarle, aunque, de haberlo hecho, no hubiera sabido qué decir. Cuando salí de la habitación, Sanders en persona bajaba del piso de arriba. Iba vestido para salir y me preguntó si quería algo de la ciudad. ¡Hice un esfuerzo terrible para contestarle amablemente! Y luego fui al vestíbulo para pedir un té. Recuerdo que eran más de las cinco y media.

"Ahora quisiera explicarles claramente lo que ocurrió a continuación. A las siete menos cuarto seguía aún en el vestíbulo cuando vi entrar a el señor Sanders acompañado de dos caballeros. Los tres venían muy 'alegres'. El señor Sanders, dejando a sus amigos, vino hacia donde yo me encontraba sentada con la señorita Trollope para pedirnos consejo acerca del regalo de Navidad que pensaba hacerle a su esposa. Se trataba de un bolso de noche muy elegante.

"-Comprenderán, señoras -nos dijo-, que yo soy simplemente un rudo lobo de mar. ¿Qué entiendo yo de estas cosas? Me han dejado tres para que escoja y deseo contar con una opinión experta.

"Por supuesto, nosotras le dijimos que le ayudaríamos encantadas, y nos pidió que le acompañáramos a su habitación, ya que si los bajaba temía que su esposa pudiera llegar en cualquier momento. De modo que subimos con él. Nunca olvidaré lo que ocurrió luego, aún tiemblo al pensarlo.

"El señor Sanders abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz. No sé cuál de nosotras la vio primero.

"La señora Sanders estaba tendida en el suelo, boca abajo, muerta.

"Yo fui la primera en llegar junto a ella. Me arrodillé y le cogí la mano para tomarle el pulso, pero era inútil, su brazo estaba frío y rígido. Junto a su cabeza había un calcetín lleno de arena, el arma con la que la habían golpeado. La señorita Trollope, una criatura estúpida, gemía en la puerta con las manos en la cabeza. Sanders gritó: "Mi esposa, mi esposa", y corrió hacia ella. Yo le impedí tocarla. Comprendan, en aquel momento estaba segura de que había sido él, y tal vez quisiera quitar u ocultar alguna cosa.

"-No hay que tocar nada -le dije-. Domíñese, señor Sanders. Señorita Trollope, haga el favor de ir a buscar al gerente.

"Yo permanecí arrodillada junto al cadáver. No quería que Sanders se quedara a solas con él. Y no obstante tuve que admitir que, si el hombre estaba fingiendo, lo hacía maravillosamente. Daba la impresión de estar completamente fuera de sí.

"El gerente no tardó en reunirse con nosotros y, tras inspeccionar rápidamente la habitación, nos hizo salir a todos y cerró la puerta con una llave que se guardó. Luego fue a telefonear a la policía. Tardaron un siglo en aparecer. Luego supimos que la línea estaba estropeada y que había tenido que enviar a un mozo al puesto de policía, y el balneario está fuera de la ciudad, junto a los páramos. La señora Carpenter estaba muy satisfecha de que su profecía "No hay dos sin tres" se hubiera cumplido tan rápidamente. Oí decir que Sanders paseaba por los alrededores con las manos en la cabeza, gimiendo y demostrando un gran pesar.

"Finalmente llegó la policía y subieron a la habitación con el gerente y el señor Sanders. Más tarde enviaron a buscarme. El inspector escribía sentado ante una mesa. Era un hombre inteligente y me gustó.

"-¿Señorita Marple? -preguntó.

"-Sí.

"-Tengo entendido que estaba usted presente cuando fue encontrado el cadáver de la difunta.

"Respondí que sí y pasé a contarle lo ocurrido. Creo que para el buen hombre fue un alivio encontrar a alguien que respondiera a sus preguntas con coherencia, después de haber tenido que tratar con Sanders y Emily Trollope, que estaba completamente desmoronada, es natural, la pobrecilla. Recuerdo que mi querida madre me enseñó que una señora ha de saberse dominar siempre en público, por mucho que se descomponga en privado.

"-Un principio admirable -dijo don Henry con admiración.

"-Cuando hube terminado, el inspector me dijo:

"-Gracias, señora. Ahora lamento tener que pedirle que vuelva a mirar el cadáver. ¿Era ésa exactamente su posición cuando usted entró en la habitación? ¿No ha sido movido?

"Le expliqué que había impedido que lo hiciera el señor Sanders y el inspector asintió con aire de aprobación.

"-El caballero parece muy afectado -observó.

"-Sí, lo parece -repliqué.

"No pensaba haber puesto ningún énfasis especial en el "lo parece", pero el inspector me miró con interés.

"-¿De modo que el cadáver se encuentra exactamente igual a como estaba cuando lo encontraron? -me dijo.

"-Sí, con la excepción del sombrero -repliqué.

"El inspector me miró sorprendido.

"-¿Qué quiere usted decir? ¿El sombrero?

"Le expliqué que la pobre Gladys lo llevaba puesto, mientras que ahora estaba junto a ella. Yo supuse que había sido cosa de la policía, pero, sin embargo, el inspector lo negó rotundamente. Hasta el momento nada había sido movido o tocado, y permaneció unos instantes contemplando la figura de la difunta con expresión preocupada. Gladys iba vestida como si se dispusiera a salir: llevaba un abrigo de lana rojo oscuro con cuello de piel, y el sombrero, un modelo barato de fieltro rojo, estaba caído junto a su cabeza.

"El inspector se quedó nuevamente en silencio con el entrecejo fruncido. Luego se le ocurrió una idea.

"-¿Recuerda usted por casualidad si la difunta llevaba pendientes o si solía llevarlos?

"Por suerte tengo la costumbre de ser muy observadora. Recordaba haber visto brillar una perla bajo el ala del sombrero, aunque entonces no le presté atención especial, pero pude contestar afirmativamente a la primera pregunta.

"-Entonces concuerda. El contenido del joyero de esta señora ha sido robado, aunque no había en él gran cosa de valor según tengo entendido, y le quitaron los anillos de los dedos. El asesino debió olvidar los pendientes y regresó por ellos después de descubierto el crimen. ¡Qué sangre fría! O tal vez... -miró a su alrededor y continuó despacio-... es posible que haya estado escondido en esta habitación todo el tiempo.

"Pero yo me negué a aceptar la idea. Le expliqué que yo misma había mirado debajo de la cama y que el gerente abrió las puertas del armario, y no existía ningún otro lugar donde pudiera esconderse un hombre. Es cierto que la parte central del armario estaba cerrada con llave, pero era sólo un espacio lleno de estantes y nadie pudo haberse escondido allí.

"El inspector asintió mientras yo le iba explicando todo aquello.

"-Tiene usted razón, señora -me dijo-. En ese caso, como ya le he dicho antes, debió regresar. ¡Un asesino de tremenda sangre fría!

"-¡Pero el gerente cerró la puerta y se guardó la llave!

"-Eso no significa nada. Queda el balcón y la escalera de incendios, por ahí entró el asesino. Es bastante probable que ustedes lo sorprendieran, se deslizara por la ventana y luego, al marcharse ustedes, regresara para continuar su trabajo.

"-¿Está usted seguro -le pregunté- de que era un ladrón?

"Me contestó secamente:

"-Bueno, eso parece, ¿no?

"Pero algo en su tono me tranquilizó. Comprendí que no le convenía el papel de viudo inconsolable que intentaba representar el señor Sanders.

"Admito con toda franqueza que me encontraba bajo lo que nuestros vecinos los franceses llaman *idé fixe*. Sabía que aquel hombre, Sanders, intentaba matar a su esposa. Y no cabía desde mi punto de vista la extraña y fantástica posibilidad de una coincidencia. Estaba segura de que mi presentimiento acerca del señor Sanders era absolutamente justificado. Aquel hombre era un malvado. Y a pesar de que todos sus fingimientos hipócritas no habían conseguido engañarme, recuerdo haber pensado que fingía su sorpresa y aflicción maravillosamente bien. Parecían tan espontáneas, ya saben lo que quiero decir. Debo admitir que, después de mi conversación con el inspector, empecé a sentirme invadida por la duda. Porque si Sanders había sido el autor de aquel horrible crimen, yo no podía imaginar razón alguna por la que debiera haber vuelto por la escalera de incendios a llevarse los pendientes de su esposa. No hubiera sido lógico, y Sanders era un hombre muy sensato, por eso lo consideré siempre tan peligroso."

La señorita Marple contempló unos instantes a su audiencia.

-¿Ven tal vez adonde quiero ir a parar? En este caso creo que estaba tan segura que eso me cegó y el resultado me causó profunda sorpresa ya que se probó, sin la menor duda posible, que el señor Sanders no pudo cometer el crimen.

La señora Bantry exclamó un "oh" de sorpresa y la señorita Marple se volvió hacia ella.

-Ya sé, querida, que no era eso lo que usted esperaba cuando empecé mi historia. Yo tampoco lo esperaba. Pero los hechos son los hechos y, si se demuestra que uno se ha equivocado, hay que ser humilde y volver a empezar de nuevo. Yo sabía que el señor Sanders era un asesino en potencia y nunca ocurrió nada que destruyera esta opinión.

"Y ahora supongo que le gustará saber lo que ocurrió en realidad. La señora Sanders, como ya saben, pasó la tarde jugando al bridge con unos amigos, los Mortimer, a los que dejó a eso de las seis y cuarto. De la casa de sus amigos al balneario había un cuarto de hora paseando y algo menos a buen paso. Debió regresar a las seis y media. Nadie la vio entrar, de modo que debió hacerlo por la puerta lateral y subir directamente a su habitación. Allí se cambió (el traje chaqueta que llevaba para

jugar al bridge estaba colgado en el armario) y se disponía a salir otra vez cuando la golpearon. Es muy posible que no llegara a enterarse de quién la golpeó. Tengo entendido que un calcetín relleno de arena es un arma eficiente. Eso hace pensar que su agresor debía estar escondido en la habitación, posiblemente en uno de los armarios, el que no abrió.

"Ahora pasemos a relatar los movimientos del señor Sanders. Salió, como ya he dicho, a eso de las cinco y media o un poco después. Realizó algunas compras en un par de tiendas y, cerca de las seis, entró en el Gran Hotel Spa, donde se reunió con dos amigos, los mismos que más tarde lo acompañaron al balneario. Estuvieron jugando al billar y deduzco que también bebieron bastante whisky. Esos dos hombres (se llamaban Hitchcock y Spender) estuvieron con él desde las seis en adelante. Vinieron caminando con él hasta el balneario y sólo se separó de ellos para venir a hablar conmigo y la señorita Trollope, y eso, como les dije, fue cerca de las siete menos cuarto, hora en que su esposa ya debía de estar muerta.

"Debo decirles que yo misma hablé con esos dos amigos y no me gustaron. No eran ni simpáticos ni caballeros, pero tuve la certeza de que decían absolutamente la verdad al declarar que Sanders había pasado todo el tiempo en su compañía.

"Luego se averiguó otra cosa. Al parecer, durante la partida de bridge, llamaron por teléfono a la señora Sanders. Un tal señor Littleworth deseaba hablar con ella. Pareció excitada y satisfecha por algo. Casualmente, cometió un par de errores importantes y se marchó antes de lo que esperaban.

"Le preguntaron al señor Sanders si sabía si aquel señor Littleworth era una de las amistades de su esposa, mas declaró que nunca había oído aquel nombre. Y a mí me pareció, por la actitud de su esposa, que ella tampoco debía saber gran cosa de aquel Littleworth. Sin embargo, volvió del teléfono sonriente y ruborizada, lo cual hace suponer que quienquiera que fuese no dio su verdadero nombre, y eso en sí parece sospechoso, ¿no creen?

"De todas formas, el problema quedaba planteado así: O bien era cierta la historia del ladrón, cosa improbable, o bien la teoría de que la señora Sanders se estaba preparando para ir a reunirse con alguien. ¿Ese alguien entró en su habitación por la escalera de incendios? ¿Hubo una pelea? ¿O la atacó a traición?"

La señorita Marple se detuvo.

-¿Y bien? -preguntó don Henry-. ¿Cuál es la solución?

-Me estaba preguntando si la habría adivinado alguno de ustedes.

-Nunca he sido buena adivina -contestó la señora Bantry-. Me parece una lástima que Sanders tuviera una coartada tan maravillosa. Pero si a usted le satisfizo, tenía que ser cierta.

Jane Helier hizo una pregunta moviendo su hermosa cabecita.

-¿Por qué estaba cerrada una puerta del armario?

-Qué inteligente es usted, querida -dijo la señorita Marple con el rostro resplandeciente-. Eso es lo que yo me pregunté, aunque la explicación era bien sencilla. En su interior había un par de zapatillas bordadas y unos pañuelos de bolsillo

que la pobrecilla bordaba para su esposo como regalo de Navidad. Por eso estaba cerrado y la llave fue encontrada en su bolso.

-¡Oh! -dijo Jane Helier-. Entonces, al fin y al cabo, no tiene interés.

-¡Oh, claro que sí! -replicó la señorita Marple-. Es precisamente la única cosa interesante, lo que hizo fracasar los planes del asesino.

Todos miraron a la anciana.

-Yo no lo comprendí hasta al cabo de dos días -dijo la señorita Marple-. Le estuve dando vueltas y más vueltas, y de pronto lo vi todo claro. Fui a ver al inspector para pedirle que probara una cosa y lo hizo. Le pedí que le pusiera el sombrero a la pobre difunta, y no pudo, por supuesto. No le cabía. ¿Comprenden?, no era suyo.

La señora Bantry se sobresaltó.

-Pero, ¿no lo tenía puesto al principio?

-En su cabeza no.

La señorita Marple se detuvo un momento para dejar que sus palabras hicieran efecto, y luego continuó:

-Dimos por hecho que aquel cadáver era el de la pobre Gladys, pero no le miramos la cara. Recuerden que estaba boca abajo y el sombrero le tapaba completamente la cabeza.

-Pero, ¿fue asesinada?

-Sí, más tarde. En el momento en que nosotros avisábamos a la policía, Gladys Sanders estaba viva.

-¿Quiere decir que otra persona fingió ser la muerta? Pero sin duda cuando usted la tocó...

-Era un cadáver lo que yo toqué, desde luego -replicó la señorita Marple en tono grave.

-Pero válgame el cielo -dijo el coronel Bantry-, no es posible deshacerse de un cadáver con tanta facilidad. ¿Qué hicieron después con el primero?

-Lo devolvió -dijo la señorita Marple-. Fue una idea malvada, pero muy inteligente, y se la dieron las palabras que nos oyó decir en el salón. ¿Por qué no utilizar el cadáver de la pobre Mary, la doncella? Recuerden que la habitación de los Sanders estaba entre las de los criados. Y la de Mary estaba dos puertas más allá, y los de la funeraria no irían a recoger el cadáver hasta después de que anoheciera. Él contaba con ello. Se llevó el cadáver por el balcón (a las cinco era ya de noche) y lo vistió con un traje de su esposa y su abrigo encarnado. ¡Y entonces encontró cerrada con llave la puerta del armario donde su esposa guardaba los sombreros! Sólo podía hacer una cosa: coger uno de los sombreros de la doncella. Nadie habría de notarlo. Dejó el calcetín relleno de arena junto a ella y fue en busca de sus amigos para establecer su coartada.

"Telefonó a su esposa dando el nombre de el señor Littleworth. Ignoro lo que le diría, ella era tan crédula, pero consiguió que abandonara su partida de bridge y

regresara antes para encontrarse con él a las siete, junto a la escalera de incendios del balneario. Probablemente diciéndole que le reservaba una sorpresa.

"Regresó al balneario con sus amigos y se las arregló de modo que la señorita Trollope y yo descubriéramos el crimen con él. Incluso hizo ademán de querer dar la vuelta al cadáver y yo lo detuve! Luego se avisó a la policía y él salió a lamentarse por los alrededores.

"Nadie le pidió que presentara una coartada después del crimen. Se reúne con su esposa, la hace subir por la escalera de incendios y entrar en su dormitorio. Tal vez le ha contado ya alguna historia para explicar la presencia del cadáver. Ella se inclina junto a él y Sanders la golpea con el calcetín relleno de arena. ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía me estremezco! Y la chaqueta la cuelga en el armario y la viste con las ropas del otro cadáver.

"Pero el sombrero no le entra. La cabeza de Mary es pequeña y, en cambio, Gladys Sanders, como ya he dicho, llevaba un gran moño en la nuca. Por ello se ve obligado a dejarlo junto a ella con la esperanza de que nadie lo note. Luego vuelve a llevar el cuerpo de la pobre Mary a su habitación, donde la coloca de nuevo decorosamente."

-Parece increíble -dijo el doctor Lloyd-. Los riesgos que llegó a correr. La policía podía haber llegado demasiado pronto.

-Recuerde que la línea telefónica estaba averiada -replicó la señorita Marple-. Eso fue parte de su obra. No podía arriesgarse a que la policía se presentara demasiado pronto y, cuando llegaron, estuvieron un buen rato en el despacho del gerente antes de subir al dormitorio. Ésa era la parte más peligrosa de su plan: que alguien notara la diferencia entre un cuerpo que llevaba dos horas muerto y otro que sólo llevaba media hora. Pero confiaba en que las personas que habían descubierto el crimen no fueran expertas en la materia.

El doctor Lloyd asintió.

-Se supuso que el crimen había sido cometido a las siete menos cuarto poco más o menos. Y en realidad lo fue a las siete o pocos minutos después. Cuando el forense examinó el cadáver, debían ser cuanto menos las siete y media, y no podía precisarlo.

-Yo era la única que podía haberse dado cuenta -dijo la señorita Marple-. Cogí la mano de la muchacha y estaba fría como el hielo. ¡Poco después el inspector dijo que el crimen debía haberse cometido poco antes de nuestra llegada y yo no me di cuenta!

-Creo que se dio usted cuenta de muchas cosas, señorita Marple -replicó don Henry-. Ese caso ocurrió antes de que yo ocupara mi cargo. Ni siquiera recuerdo haberlo oído. ¿Qué ocurrió?

-Sanders fue ahorcado -explicó la señorita Marple-. Nunca me arrepentiré de haber ayudado a hacer justicia. No tengo esos escrúpulos humanitarios que rechazan la pena capital.

Su rostro se dulcificó.

-Pero me he reprochado a menudo amargamente no haber sabido salvar la vida de aquella pobre joven. ¿Pero quién hubiera escuchado a una pobre vieja? Vaya, vaya, ¿quién sabe? Tal vez fuera mejor para ella morir cuando era feliz que vivir luego

desgraciada y desilusionada en un mundo que de pronto le hubiera parecido horrible. Ella amaba a aquel canalla y confiaba en él. Nunca llegó a descubrirlo.

-Bueno, entonces -dijo Jane Helier- todo terminó bien. Muy bien, quiero decir... -Se detuvo.

La señorita Marple miró a la hermosa y célebre Jane Helier y dijo asintiendo hacia ella amablemente:

-Comprendo, querida, comprendo

Navidad de 1987, de David Rojas



Era la Navidad de 1987; yo tenía 9 años, o un poco más. Ese año, dado que mi viejo tenía que laburar toda la noche, no fuimos a la casa de la abuela y nos quedamos a pasar la Nochebuena en el Parque. Para mí era un alivio porque al ser el más chico de la familia tener que visitar a la abuela era condenarme al aburrimiento. Mis primos tenían todos como veintipico de años, y el festejo se componía de una cena sobria, después abrir regalos, mirar por la ventana los fuegos artificiales y sacar un juego de mesa y sentarse toda la familia a tirar los dados. Yo quería tirar baterías y triangulitos, pero mi mamá no me dejaba y no había ningún chico que actuara de complice.

En cambio, cuando nos quedábamos en casa, pasadas las doce de la noche yo corría con mis regalos a la casa de mis amigos, del Rulo o Guillermo, o venían ellos a buscarme y nos poníamos a jugar y luego, a escondidas para que los grandes no nos retasen, juntábamos toda la pirotecnia que Don Vicente el kiosquero nos había vendido de contrabando y el Rulo que era el más grande, tenía once años, los encendía y rajábamos a ocultarnos para que la vecina no viera quien era el que le había tirado el petardo al perro.

Llegaron las doce de la noche; mi vieja se puso a brindar con sus hermanas, hermanos y con mi abuela. Después, mientras los grandes salían al patio a ver los fuegos artificiales, yo me fui junto al arbolito y desenvolví mis regalos: quedé medio decepcionado porque yo quería un viril He-Man y en cambio me encontré con un afeminado Príncipe Adam. Sin embargo puse una sonrisa y tomé de mi cuarto un cuadro con mi foto y un marco pintado con brillantina y papel glasé picado que habíamos hecho en clase y se lo llevé a mi mamá.

Tras sus besos de agradecimiento y tras comer una ensalada de fruta, me disponía a salir, cuando empezaron a golpear muy fuerte la puerta de casa. Mi vieja fue a abrir: era Elsa, la mamá del Rulo. Lo llevaba de la mano y desencajada le decía algo a mi mamá. Mi mamá se volvió, le comentó algo a mi abuela, y salió. Yo quise seguirla, pero mi abuela me lo impidió.

- Comete la ensalada. -me dijo.

Terminé la ensalada, el ambiente se había vuelto extraño, todos hacían silencio. Pregunté si pasaba algo malo, pero nadie me dijo nada y me mandaron a la cama.

Les dí un beso a todos, me metí en mi habitación y me escapé por la ventana. Corrí a la casa de Guillermo. Había un patrullero y una ambulancia y muchos vecinos frente a la casa de mi amigo. Elsa y mi vieja abrazaban a la madre de Guillermo; el Rulo, apartado, hacía picar una pelota en medio de la calle. Mi vieja me vio venir, y en su cara le ví la intención de echarme, pero esquivé su mirada y me dirigí al Rulo.

- ¿Qué pasó?

- Se murió el papá de Guillermo.

- ¿En Navidad?

- Sí. Lo mató el vecino de enfrente. Se lo llevaron preso.

El Rulo no sabía más, pero después me enteré lo que había sucedido. El vecino se había puesto a festejar la llegada de la Navidad disparando su arma al aire; una de las balas se metió por la ventana de la casa de mi amigo y le voló la nuca a su padre, justo cuando el tipo descorchaba un ananá fizz.

Por la puerta de la casa aparecieron los enfermeros, sacando en una camilla el cuerpo envuelto en una sábana manchada por todos lados de sangre. La madre de Guillermo se puso a gritar y se arrojó sobre el cadáver de su marido, mientras los vecinos hacían fuerza para apartarla. Con el Rulo nos metimos dentro de la casa, aprovechando la confusión. No veíamos a nuestro amigo, así que imaginamos que estaría dentro. Cruzamos por un pasillo a oscuras, iluminado al fondo por las luces del arbolito de la Navidad; doblamos a la derecha y ahugué un vómito frente a la mancha roja amarillenta que teñía el mantel, donde se veían fragmentos de algo que parecía carne picada. El Rulo me empujó y entramos al cuarto de nuestro amigo.

Allí estaba él, sentado en su cama, mirando fijamente la pared, mientras disparaba una y otra vez un revolver de cebitas sin cargar.

El Rulo se sentó a su lado y comenzó a hablarle, a decirle palabras de consuelo que había escuchado de los más grandes. Yo me sentía culpable porque en el momento en que me abría mi regalo de Navidad y me quejaba de que no era lo que yo quería, mi amigo estaba perdiendo a su padre. Pensaba que iba a tener que confesarme con el padre Ramón. Pensaba que ya daría lo mismo ir a la casa de la abuela o quedarme en el barrio durante las fiestas porque mi amigo no volvería a jugar.

Una gallina, de Clarice Lispector



Era una gallina de domingo. Todavía vivía porque no pasaba de las nueve de la mañana. Parecía calma. Desde el sábado se había encogido en un rincón de la cocina. No miraba a nadie, nadie la miraba a ella. Aun cuando la eligieron, palpando su intimidad con indiferencia, no supieron decir si era gorda o flaca. Nunca se adivinaría en ella un anhelo.

Por eso fue una sorpresa cuando la vieron abrir las alas de vuelo corto, hinchar el pecho y, en dos o tres intentos, alcanzar el muro de la terraza. Todavía vaciló un instante -el tiempo para que la cocinera diera un grito- y en breve estaba en la terraza del vecino, de donde, en otro vuelo desordenado, alcanzó un tejado. Allí quedó como un adorno mal colocado, dudando ora en uno, ora en otro pie. La familia fue llamada con urgencia y consternada vio el almuerzo junto a una chimenea. El dueño de la casa, recordando la doble necesidad de hacer esporádicamente algún deporte y almorzar, vistió radiante un traje de baño y decidió seguir el itinerario de la gallina: con saltos cautelosos alcanzó el tejado donde ésta, vacilante y trémula, escogía con premura otro rumbo. La persecución se tornó más intensa. De tejado en tejado recorrió más de una manzana de la calle. Poca afecta a una lucha más salvaje por la vida, la gallina debía decidir por sí misma los caminos a tomar, sin ningún auxilio de su raza. El muchacho, sin embargo, era un cazador adormecido. Y por ínfima que fuese la presa había sonado para él el grito de conquista.

Sola en el mundo, sin padre ni madre, ella corría, respiraba agitada, muda, concentrada. A veces, en la fuga, sobrevolaba ansiosa un mundo de tejados y mientras el chico trepaba a otros dificultosamente, ella tenía tiempo de recuperarse por un momento. ¡Y entonces parecía tan libre!

Estúpida, tímida y libre. No victoriosa como sería un gallo en fuga. ¿Qué es lo que había en sus vísceras para hacer de ella un ser? La gallina es un ser. Aunque es cierto que no se podría contar con ella para nada. Ni ella misma contaba consigo, de la manera en que el gallo cree en su cresta. Su única ventaja era que había tantas gallinas, que aunque muriera una surgiría en ese mismo instante otra tan igual como si fuese ella misma.

Finalmente, una de las veces que se detuvo para gozar su fuga, el muchacho la alcanzó. Entre gritos y plumas fue apresada. Y enseguida cargada en triunfo por un ala a través de las tejas, y depositada en el piso de la cocina con cierta violencia. Todavía atontada, se sacudió un poco, entre cacareos roncós e indecisos.

Fue entonces cuando sucedió. De puros nervios la gallina puso un huevo. Sorprendida, exhausta. Quizás fue prematuro. Pero después que naciera a la maternidad parecía una vieja madre acostumbrada a ella. Sentada sobre el huevo, respiraba mientras abría y cerraba los ojos. Su corazón tan pequeño en un plato, ahora elevaba y bajaba las plumas, llenando de tibieza aquello que nunca podría ser un huevo. Solamente la niña estaba cerca y observaba todo, aterrorizada. Apenas consiguió desprenderse del acontecimiento, se despegó del suelo y escapó a los gritos:

-¡Mamá, mamá, no mates a la gallina, puso un huevo!, ¡ella quiere nuestro bien!

Todos corrieron de nuevo a la cocina y enmudecidos rodearon a la joven parturienta. Entibiando a su hijo, ella no estaba ni suave ni arisca, ni alegre ni triste, no era nada, solamente una gallina. Lo que no sugería ningún sentimiento especial. El padre, la madre, la hija, hacía ya bastante tiempo que la miraban sin experimentar ningún sentimiento determinado. Nunca nadie acarició la cabeza de la gallina. El padre, por fin, decidió con cierta brusquedad:

-¡Si mandas matar a esta gallina, nunca más volveré a comer gallina en mi vida!

-¡Y yo tampoco -juró la niña con ardor.

La madre, cansada, se encogió de hombros.

Inconsciente de la vida que le fue entregada, la gallina empezó a vivir con la familia. La niña, de regreso del colegio, arrojaba el portafolios lejos sin interrumpir sus carreras hacia la cocina. El padre todavía recordaba de vez en cuando: ¡"Y pensar que yo la obligué a correr en ese estado!" La gallina se transformó en la dueña de la casa. Todos, menos ella, lo sabían. Continuó su existencia entre la cocina y los muros de la casa, usando de sus dos capacidades: la apatía y el sobresalto.

Pero cuando todos estaban quietos en la casa y parecían haberla olvidado, se llenaba de un pequeño valor, restos de la gran fuga, y circulaba por los ladrillos, levantando el cuerpo por detrás de la cabeza pausadamente, como en un campo, aunque la pequeña cabeza la traicionara: moviéndose ya rápida y vibrátil, con el viejo susto de su especie mecanizado.

Una que otra vez, al final más raramente, la gallina recordaba que se había recortado contra el aire al borde del tejado, pronta a renunciar. En esos momentos llenaba los pulmones con el aire impuro de la cocina y, si se les hubiese dado cantar a las hembras, ella, si bien no cantaría, cuando menos quedaría más contenta. Aunque ni siquiera en esos instantes la expresión de su vacía cabeza se alteraba. En la fuga, en el descanso, cuando dio a luz, o mordisqueando maíz, la suya continuaba siendo una cabeza de gallina, la misma que fuera desdeñada en los comienzos de los siglos.

Hasta que un día la mataron, se la comieron y pasaron los años.

Muñecas rusas, de Sergio Gaut vel Hartman



Un hombre bajo, de manos pequeñas y ademanes vacilantes, se acercó hacia mí. Detuvo su marcha y permaneció callado un minuto, rígido, como si ignorara la línea siguiente de un guión. Tendríamos serios obstáculos para comunicarnos, advertí al instante. A las tres y media de la madrugada no me permito decir tonterías.

—Es extraño —dijo finalmente—. He estado soñando con usted.

—No me fastidie —repliqué. Encendí un cigarrillo.

—Sé que esto lo agota —insistió. Luego volvió a su oscuro silencio.

—Lo hago por el dinero. —Estaba captando los pensamientos de una mujer acodada en el balcón de un edificio próximo.

—Estoy en condiciones de financiarlo, sea lo que fuere —dijo el hombre—. A mí no me importa el dinero, puedo gastar cualquier suma. Ellos pagan lo que sea, si el material es de buena calidad. —El comentario tenía una fuerte carga; deseaba, necesitaba que yo descubriera quién era por mí mismo; pero a él no podía leerlo.

La muchacha del balcón se quedó un momento mirándonos. No pasaba de los veinte; era rubia, delgada, de ojos achinados, probablemente verdes. Leo las mentes, pero no tengo visión telescópica. La gente no piensa de continuo en su propio color de ojos.

—¿Cómo me usaría? ¿Tiene algo armado o está improvisando?

—Cubro todas las posibilidades —respondió; no me escuchaba; sólo escuchaba el discurso que había preparado—. No se sabe nunca dónde se mete uno. Pagan bien, de todos modos.

—Sea lo que fuere, la quiero a ella también —dijo señalando a la chica del balcón.

—¿Para qué? —dijo el hombre sin mirarla.

—Tiene un talento complementario al mío —mentí—. No puedo actuar sin ella.

—¡Santo Rosario! —exclamó el hombre—. Seríamos una multitud, ¿para qué?

—Sólo tres —corregí.

—¿Ella lo sabe?

—No, es decir, sí; ahora lo sabe.

—¿En qué consiste el talento de ella?

—Es bloqueadora de campo. En un radio de doce a quince metros nadie podría captarme ni neutralizarme.

—Usted es un telépata corriente. Tal vez no me sirva. Tengo miles como usted.

Le di una larga calada al cigarrillo y le contesté de mal modo. —Usted debería saberlo. ¿Me va a reclutar o no? Dijo que soñó conmigo.

—Sí. Estoy dispuesto. ¿Esta bien diez mil?

—Diez mil para cada uno. La incluimos a ella o no hay trato.

Aunque no nos gustara, estábamos involucrados en esa guerra. Se manejaba así. Tipos como ese recorrían las villas y las noches reuniendo potenciales combatientes. Ni siquiera estábamos seguros de cuántos lados tenía el polígono. Apunté a la muchacha con el dedo índice, severo, convencido de que ni siquiera nos abriría la puerta.

—Lo pensé mejor —dijo el hombre—. No la necesitamos. Tengo un equipo abierto en el que hace falta uno corriente como usted. —Me pregunté cómo lograría disuadirlo, ahora que había empezado a calcular los beneficios que sacaría de una complementaria como esa.

—De acuerdo. Dijo que el dinero no era problema; ahora se comporta como un vulgar usurero. Mantengo los diez mil; yo me hago cargo de ella.

—Ese es un punto de vista interesante; no perdemos nada intentándolo.

¡Basura! A mí no me importa el dinero, puedo gastar cualquier suma. Todos son iguales; cada día que pasa se parecen más a nosotros.

Se dirigió hacia la casa y se detuvo debajo del balcón. La muchacha sacó medio cuerpo afuera, tal vez atacada por la curiosidad; eso fue suficiente. El hombre sacó un cilindro del bolsillo interior del abrigo y disparó media docena de tractores finos como hilo de coser. La chica quedó enredada en la malla, inmóvil. Él la izó un par de metros y luego la bajó como si se tratara de un globo inflado con helio, atascado en las ramas medias de un árbol.

—¿No es un poco grosero? —protesté.

—Brusco es una palabra más precisa —se defendió—. No conozco un método mejor.

Contemplé a la muchacha, deteniéndome en su cabello rubio y la boca sensual. Sentí el despertar de anhelos largamente reprimidos, pero advertí de inmediato que no era el lugar ni la hora de satisfacerlos.

—No es momento para escarceos sexuales —me dijo el hombre, como si fuese capaz de leer mis pensamientos.

—¿Quién es el telépata, aquí? —repliqué. La chica, que se había tomado el asunto muy filosóficamente, señaló los hilos de la malla, que le impedían ponerse de pie.

—Disuelva la red —ordenó. Era la primera vez que escuchaba su voz. Me enamoré de inmediato de ella. Era perfecta.

El hombre se comportó dócilmente. Invertió la polaridad del campo y los hilos se disolvieron en el aire o volvieron a introducirse en el cilindro; no soy capaz de precisarlo.

—Hemos sido reclutados —dije.

—¿Hemos sido reclutados? —repitió ella—. Se habla de la guerra, pero se sabe muy poco. Me gustaría conocer sus nombres. Ya que vamos a morir... es desagradable que una cosa así ocurra entre desconocidos. Soy Rita.

—Nadie muere en las guerras telepáticas —dijo el hombre—. A lo sumo sufrirá la pérdida del talento.

—Mi nombre es Zurich —dije.

—¿Zurich? Parece un nick —dijo Rita.

—Me llamo Joel Green —dijo el hombre—. Créale, se llama Zurich.

—Pero usted no se llama Joel Green —apunté—. ¿De dónde sacó el nombre? ¿De una novela? ¿Ubik?

—El de Ubik era Joe Chip —aclaró Rita. Se sacudió algunas imaginarias motas de polvo de la manga del abrigo—. ¿Cuándo empieza la acción?

Joel Green (su verdadero nombre era Josué de Campos y Oliveira; había nacido en Curitiba de madre alemana y padre portugués) nos condujo hasta un edificio de más de treinta pisos. Las luces encendidas en casi todos ponía en evidencia que la guerra se seguía librando pese a lo avanzado de la hora. Los guardias ubicados detrás de un gran mostrador semicircular se pusieron en actitud alerta cuando vieron bloqueados sus esfuerzos de rutina por determinar la identidad de los recién llegados. Conocían a Green de vista, pero eso no suele ser ninguna garantía para los psicólogos; una apariencia se puede modificar con cirugía, con cavilación especular, con inductores... Al fallar la comprobación olieron dificultades. Los guardias eran unos simples hurgadores de nivel dos, sin mayor talento, capaces de verificar identidades, pero de ningún modo aptos para desflorar el anticampo que generaba Rita. Nos detuvimos y esperamos. Al cabo de unos segundos fue obvio que Green había logrado generar una serie de contraseñas creíbles, ya que los tipos sonrieron estúpidamente y nos dejaron pasar.

Usamos un ultrarrápido para llegar al piso veintiocho. A nuestro alrededor, en decenas de cajas de dos metros cúbicos, operadores de todas las cuerdas, con la mirada perdida en campos de batalla virtuales, libraban la guerra más silenciosa de la Historia. Rita se quedó observándolos. En sus ojos había un trazo de reprobación. Sería anticampo, pero tenía todos los vicios de los empáticos. Le preocupaba la simetría de las cajas, con los talentos encadenados en su interior; ni siquiera había protestado por los abusivos modales de Green al reclutarla.

—Los relevamos cada dos horas —dijo Green, adelantándose a las críticas de Rita. Tal vez en el futuro lograra descubrir las razones de su desconfianza hacia los cubículos.

—¿Quién está a cargo de las operaciones? —preguntó. La pregunta ponía en evidencia un conocimiento de los códigos que no hubiera imaginado cuando la vi en el balcón por primera vez. Se sentó en una butaca. Desde esa posición podía ver a cinco precognitores liados en una discusión acerca de cual era la interpretación correcta de

una trama. Cada uno de los cinco aportaba un hilo de color y según fuera el orden de entrada y los nudos de los cruces se obtenía una configuración distinta. El desacuerdo se originaba en que no había ni siquiera dos coincidencias.

—Olvídese de ellos —dijo Green. Al ver que yo permanecía en silencio, escudado tras un gesto de censura, trató de animarme con un argumento ridículo—. Vamos ganando.

Desde el principio de la guerra habíamos sabido que los bandos en pugna no eran terrestres; necesitaban carne de cañón fresca y la Tierra estaba en condiciones de proporcionarla. Tras descubrir que la Tierra estaba llena de talentos, desembarcaron con la solemnidad propia del caso. Embajadores. Intercambio. Se marchaba hacia una apertura irrestricta del conocimiento. Confianza mutua, simpatía. Nada dijeron de guerras; parecían tan pacíficos como lamas.

—¿Se puede empezar a trabajar? —La ansiedad de Rita cortó el hilo de mis reflexiones.

—No es tan sencillo —dijo Green—. Cuando estos equipos sean relevados dentro de unos pocos —observó su reloj— cuarenta y cinco minutos, haré un plenario de precognitores para que determinen si ustedes están en condiciones de formar parte del equipo.

El comentario decepcionó a Rita. Yo, en cambio, lo había sabido desde un principio.

—Nos acepten o no —dijo Rita—, vamos a hacerlo. Seremos un equipo independiente, Zurich y yo. Reclutaremos talentos para reconquistar la Tierra. Usted nos ayudará, Green.

—¡Está loca! Tal cosa no es posible. Yo trabajo para ellos, no por mi cuenta.

—¿Alguien quiere café? —dije para diluir el humor ambiente, espeso como jalea. Había descubierto, por el olor, no gracias a ningún poder meta psíquico, que alguien estaba dedicado a la tarea de prepararlo.

—Está bien —dijo Rita—. Haremos una tregua de un par de minutos.

Green se detuvo ante Rita, tal vez lamentando haberla traído. La elaboración de las líneas estratégicas en una guerra tan peculiar no era tarea de aficionados. Green parecía serlo. Me preocupaba la forma en que iba improvisando sobre la marcha, en la mayoría de los casos sin un conocimiento real del asunto. Todos dimos un salto cuando un alarido se elevó desde uno de los cubículos.

—Perdimos una torre —susurré.

—No es para tomarlo a la ligera —dijo Rita—. Esta gente sufre.

—Señorita —dijo Green educadamente—. Creo que me equivoqué con usted. Estaría mejor escribiendo poemas románticos o trabajando en un taller de costura. — Rita deseó por un momento contar con un talento activo, alguna forma de telekinesis que le permitiera desprender las paletas del ventilador y usarlas como guadañas en el cuello de Green. No sintió culpa: era evidente que en el interior de Green habitaba un ser sin emociones y ni siquiera un rostro. El monstruo había tomado posesión del cuerpo para manipularlo y a través de él lograba reclutar personas con talento para la

guerra. Avancé un paso y vi por primera vez a la criatura alojada en el interior de Green: tenía forma de pera y un color bilioso; cuatro orificios simétricos, semejantes a bocas circulares de bordes rugosos demostraban que los organismos, tras evolucionar durante centenares de miles de años tienden a los diseños sencillos y funcionales.

—¡Déjala en paz! —exclamé cuando hube logrado hacer retroceder la apatía que me embargaba.

—Será mejor que se vaya —insistió Green—. Me equivoqué, lo admito.

—No, no se equivocó, señor monstruo del espacio exterior —dijo Rita. Pero fue lo último que dijo. Una mano invisible, sin duda manejada por uno de los talentos que nos rodeaban, le apretó la garganta, dejándola fuera de combate. Por primera vez en la noche empecé a sospechar que mi decisión había sido errónea, o al menos precipitada. Era evidente que esa banda se aprovecharía de mi talento inusual, enmascarado por mi condición de telépata ordinario, pero no me importó; lo intolerable era que se ensañaran con la chica.

Sonó una chicharra. Una horda de talentos frescos se aproximó a los cubículos y fue ocupando los lugares de los que iban concluyendo sus tareas. No parecía haber gran diferencia con un cambio de turno en una oficina pública. Vi algunos mutantes muy extraños, pero también mucha gente de aspecto corriente. Lo que marcaba la diferencia era el arrobamiento de algunas expresiones, y la fatiga, visible en los cuerpos tanto como en los rostros y las mentes.

—¿Estarán en condiciones de ponernos al corriente? Lucen agotados. —Miré a Green quien, inexpresivo, miraba a los talentos como si fueran seres de otro planeta. —La guerra necesita soldados frescos, pero de ningún modo soldados inexpertos.

—¡Dios mío! —exclamó Rita, recuperándose—. ¿Cómo pueden ser tan apáticos, tan insensibles? —Green dirigió la atención hacia la muchacha; la había imaginado desmayada, o por lo menos tiritando asustada en un rincón. En lugar de eso descubrí a una Rita resuelta, dispuesta a dar batalla.

—¡Señorita! ¡Maldita sea! —Green estaba de pésimo humor. Tal vez había descubierto algo peligroso para él y su situación en la trama. Anticipé el movimiento, pero él contra anticipó. Paró mi ataque mental, y con un sencillo puñetazo en la mandíbula dejó inconsciente a Rita.

—Así no vamos a ninguna parte. Usted insistió en reclutarla. Ahora no soporta su autonomía. —Ni siquiera había logrado averiguar quienes eran los de nuestro bando y quienes los enemigos en la guerra en la que nos habíamos involucrado. Tampoco era cierto que Green hubiera deseado reclutar a Rita; yo se la había impuesto. No obstante, estaba tan desorientado que ni siquiera era capaz de recordar cual era mi talento específico.

Uno de los relevados, alto como un álamo, se arrodilló ante Rita con el propósito de reanimarla. Tal vez ni siquiera había visto el puñetazo, por lo que imaginaba que, como en casi todos los casos, Rita estaba fuera del juego por un ataque psíquico. Era un empático accidental: su talento se conectaba en casos fronterizos, y Rita lo era, aunque él no había averiguado en qué cuerda jugaba. Green lo tenía catalogado como telekinético o inductor de pánico, por lo que retrocedió, apoyando el cuerpo exterior contra la pared. El cuerpo interior se acurrucaba de un modo patético; en el fondo era un cobarde, fuera de la especie que fuese. El empático

no le prestaba atención. Sacó un mazo de cartas plastificadas del bolsillo y empezó a disponerlas en torno a la cabeza de la muchacha. Las imágenes de las cartas representaban catástrofes naturales o paisajes imaginarios de los mundos de los invasores. La llegada de los extraterrestres había disparado un mórbido culto a lo fantástico, semejante al que existiera en el segundo y tercer cuarto del siglo XX.

—Ayúdeme —dijo—. Mantenga a raya a este cerdo para que no vuelva a atacar a Rita.

—No es un cerdo. Adentro hay otra cosa. ¿No se supone que estamos del mismo lado? —Mi protesta no tenía sentido.

—¿Se supone? Estas alimañas cambian de bando con la misma facilidad con que cambian de cuerpo. —Luego, como reaccionando con retardo, dijo: —Miró adentro. ¿Qué vio?

—Un peroide, verdoso, de cuatro bocas.

—Un scap. Extraño. Es un cuarto de la Fraternidad, una especie de sargento reclutador. ¿Los reclutó a ustedes?

—Hace un par de horas —dijo.

Varios operadores, a medida que iban abandonando sus puestos y eran reemplazados, se aproximaban al cuerpo inerte de Rita. Tendían lazos de todo tipo y se sorprendían por la historia que fluía desde la mente de la chica. Ignoraba cuanto duraría esa parte del ciclo. Los talentos de toda cuerda y laya (telépatas, precognitores, empáticos, telekinéticos, inductores) ya eran una docena. Green, acurrucado entre el piso y la pared, doblado en un ángulo extravagante, parecía haber perdido el control de la situación, quizás confinado por la acción conjunta de bloqueadores y depresores. No me quedaba claro por qué todos se habían puesto de acuerdo en contra de Green. Después de todo él era de su bando, y Rita una absoluta desconocida.

—No funciona —dijo finalmente el empático recogiendo las cartas.

—Está liquidada —dijo un precognitor—. Le quedan cinco o seis minutos de vida.

Recibí atónito la información. ¿A qué jugaba Green, o la entidad que había tomado posesión de él? ¿Cuál era nuestra función en la trama? Rita, si correspondía aceptar como ciertas las palabras del precognitor, moriría por nada, sin haber entrado siquiera en combate, como consecuencia del capricho de un oficial de baja categoría.

—En caso de emergencia —dijo el empático— estamos facultados para destituir y hasta destruir al reclutador. Tal vez ignore cuántas batallas paralelas se están librando en este mismo momento.

A continuación me tocó presenciar una escena increíble. Dos de los talentos se situaron frente a Green. Sin tocarlo, iniciaron un proceso que, sin lugar a dudas, lo tenía por objeto. La envoltura exterior del scap parpadeó dos o tres veces y luego se desarmó. Las partes, módulos independientes de lo que hasta un minuto atrás había sido Green, se desparramaron serenamente, sin producir sonido alguno, como si se tratara de piezas de material blando. El tronco, despojado de extremidades y cabeza, fue asimilándose más y más al peroide contenido en su interior.

El empático se ubicó frente a mí, eclipsando lo quedaba de Green, y me tendió la mano.

—Soy Burgueño.

—Zurich —respondí—. ¿Qué se proponen?

—Cortarlo al medio, por el Ecuador. El scap que se esconde en el interior del peroide es la peor alimaña del Universo. ¿Sabe qué significa la expresión "caballo de Troya"?

—No.

—Usted leyó la mente del peroide, pero hace tiempo que el scap lo devoró, como hacen ciertas orugas, desde adentro. Del peroide sólo queda la carcasa.

—Se podría haber defendido. —Me sorprendía la ineficacia del primer invasor. Eso había estado sucediendo mientras Green nos reclutaba, cuando enredó a Rita en el balcón y nos condujo hasta el Edificio Central.

—No supo qué ocurría hasta que fue demasiado tarde. Y nos vimos imposibilitados de intervenir; esta fase de la batalla es aguda. Estuvimos erigiendo una barrera térmica, todo el turno. Cayeron dos de los nuestros, ¿oyó el grito?

Era difícil de digerir. El significado de los lances se me escapaba. Pero no traté de indagar a Burgueño. El tipo tenía un flanco sucio, algo en sus gestos que me repugnaba. Por eso no me sorprendió que, anticipándose a mi vibración, se abriera de par en par, poniendo su intimidad en exposición, y dando por supuesto que mi talento lo sacudiría como a una vieja alfombra apolillada. Apostaba a que de esa sacudida no se desprendería ni una escama de podredumbre.

A partir de ese gesto de Burgueño asistí a varios hechos simultáneos, aunque aquí tendré que narrarlos consecutivamente. La información a la que tuve acceso me permitió conocer los pasos previos a mi reclutamiento y el de Rita. Green había detectado el anticampo de la muchacha; a mí sólo me quería para encubrir su interés por ella. Tenía a cientos como yo, o como lo que yo aparentaba ser. Pero carecía de antis en el equipo, por lo que le estaba resultando complicado neutralizar a los scaps. Era una explicación embrollada. ¿Por qué quería neutralizar Green a los scaps si él era uno de ellos? Posiblemente en el interior del scap que había adentro del peroide que se escondía en el tórax de Green hubiera un galac o un representante de una especie no catalogada. La guerra se extendía como una mancha de tinta, convocando a cuanto entusiasta con talento psico hubiera suelto por el Universo.

Mientras Burgueño me desorientaba con la avalancha de datos confusos, los talentos abrieron al medio lo que quedaba de Green; cortaron en dos al peroide y extrajeron un erizo negro que empezó a rebotar como una bola de cemento adhesivo en cuanto logró desprenderse. Así que esa era la verdadera apariencia del scap. Ahora entendía por qué enmarañaban mi percepción y yo no lograba ver otra cosa que peroides: los scaps están revestidos por una película estéril, refractaria a la lectura psíquica de tercer nivel. Sorprendido por la brusca exposición, el scap había enloquecido, si tal expresión era aplicable a su morfología.

Al ver al erizo rebotando contra el piso y paredes, como una pelota de squash, interrogué con la mirada a Burgueño. —¿Qué trata de hacer? —dije.

—¿El scap? Salir de la armadura, supongo. Bernardo la va a romper como si fuera un diente podrido. Él es Bernardo —dijo señalando al inductor que se restregaba las manos como si las tuviera sucias de barro—. Ojalá fuera siempre así de fácil.

El tercer hecho simultáneo había comenzado fuera de mi vista y progresaba a mis espaldas. Lo advertí cuando la mente de Burgueño se cerró para mí de un modo absoluto. Rita había recuperado el conocimiento y el campo antitelepático que generaba era suficiente para obliterar a todos los talentos. Únicamente el scap, supuestamente ciego y mudo, logró atravesar la coraza con un claro mensaje, un mensaje que me estaba dirigido.

—Mienten —transmitió el scap—. Yo soy tu bando. Ellos son los enemigos.

Tengo dos o tres palabras para describir lo que siguió: espeso, turbado; un cuerpo cayendo desde cierta altura en un tanque lleno de miel. Había perdido el hilo entre laberintos de ojos ciegos, ojos que miraban sin ver. Otras tres. Pegajoso, lento, rancio. Buscó ayuda en Rita, al mismo tiempo sorprendido y feliz de que la muchacha hubiera entrado en acción, infringiendo el destino aciago que le pronosticaran. Pero Rita había desaparecido, tal vez tragada por la vorágine de talentos que fluían desordenadamente entre los cubículos, reemplazándose unos a otros, y en algunos casos sólo chocando como policías de Keystone en un viejo film mudo. Burgueño, con las manos en la cintura, ajeno por un momento al ajetreo, parecía desafiar al scap.

—Creo que lo suyo es pura paranoia —dijo—. En realidad no puede ser algo permanente; pronto se pondrá bien y podrá volver a sus juegos.

—¿Cómo le dice algo así? —protesté—. No es humano. ¿Pretende sacar ventaja de su confusión?

—¡Cállese, Zurich! Usted no tiene nada que ver con nuestra guerra, desconoce los códigos; ni siquiera llegó a entrar en ella, por lo que no tiene sentido que se obstine en salir. No moleste.

Resignado, busqué una butaca. Rita apareció de la nada y se sentó a mi lado. Puso la mano sobre mi rodilla y la apretó. El aviso me recorrió eléctricamente, pero la mente de ella seguía siendo una gran mancha de ruido.

—No puedo leerte —murmuré.

—Es más seguro entre dientes —respondió del mismo modo.

Sonreí. —¿Qué son?

—Perms, una especie de un planeta sin sol, raro, ¿no? Un planeta que vagabundea entre sistemas. Son psicós, pero de baja categoría, aunque bastante hábiles e ingeniosos. Se metieron en la guerra entre scaps y galags, sin que nadie los llamara...

—¡No, no! —exclamé sin alzar la voz. Un grito susurrado equivale a un pensamiento en una caverna submarina. Estábamos a mitad de camino a cualquier parte, por lo que me asaltó un mal presentimiento—. Podrías ser más coherente.

—No te va a gustar.

—Entonces lo explico yo. Green me reclutó por dinero, diez mil. Yo impuse tu presencia como condición excluyente.

—¡Muy gentil! —Rita me contempló como se mira al último imbécil—. Eso demuestra que no entendiste nada. Tu destino es ser la penúltima bola; sólo se trata de que estés en el lugar preciso en el momento justo; golpear en el ángulo exacto y la misión estará cumplida. A nadie le importará tu trayectoria a partir de ese momento.

—¡Ratas! —exclamé, esta vez sin pudor. Pero la oficina había quedado vacía. Mientras hablábamos, un servicio mágico se ocupó de eliminar todo rastro de los psicos humanos y alienígenas que infectaban el lugar. Rita me miraba con atención.

—¿Entendiste lo que dije? No llegarás al final del camino.

—Sí, entendí. La pregunta es otra. ¿Por qué no puedo leer tu mente? Les mentí, ocultando la verdadera naturaleza de mi talento: no existe bloqueo para mi penetración.

—Soy otra cosa —dijo Rita, escueta.

—¿Otra cosa? ¿De que estás hablando? ¿Cuántas otras cosas que yo no conozca pueden existir?

Por toda respuesta, Rita muestra su verdadera apariencia: ya no es una muchacha sino un apretado tulipán, con los pétalos sesgados como paneles de acero. Observo hipnotizado que la pulida superficie es recorrida por una pulsación lenta, irregular que desemboca en una ávida, creciente dilatación. Al abrirse como una flor, muestra complejos sistemas microscópicos, órganos artificiales de calidad y precisión insuperables. Me siento caer desde gran altura. Los estambres son antenas receptoras de las señales emitidas por una entidad superior, nacida en un planeta que gira en torno a una estrella que no es el Sol, y que en este momento se halla suspendida a diez mil kilómetros de la Tierra, espionando nuestros movimientos. Rita-tulipán recibe un trillón de terabites en un nanosegundo. Esa información comprimida explica el origen, naturaleza y finalidad del Universo; se necesitarían eones para decodificarla, pero la entidad se compadece de nosotros y condensa y resume el contenido. El Universo, dice, no tiene objeto, es producto del azar. Es cíclico, dice. Las dimensiones del Universo, dice, se anudan, entrelazan, complementan formando un continuo consecutivo en el que principio y fin, adentro y afuera, pasado, presente y futuro carecen de sentido. ¿Eso es todo? Poco más. Las criaturas que lo habitan son malformaciones del espacio y el tiempo, accidentes sin propósito ni razón. ¿Esta guerra? Esta guerra es inútil, como cualquier otra, como todos los actos individuales o colectivos de las criaturas que infectan el Universo. Scaps, humanos, galacs, perms. Los actos, pasiones, vidas, muertes de trillones de especies no tienen importancia para el Universo, Dios, si lo desean, en última instancia. Luego, la entidad calla. No necesita tiempo, pero se apiada de nosotros y produce una pausa antes de ejecutar la fase siguiente.

Los estambres se transforman en pinzas. Actuando con celeridad y eficacia, me sujetan, me inmovilizan, aproximándose a la corola, que se cierra paulatinamente. Un estambre sufre otra transformación: ahora es un escalpelo. Las pinzas me ubican en posición y el escalpelo se desliza por mi vientre, trazando una línea perfecta que rueda por la cintura, dibuja la espalda, se une en el ombligo y se muerde a sí misma. Cuatro estambres, convertidos en mandíbulas, sujetan las extremidades, otros dos rodean el cuello. Halan en direcciones opuestas y dividen el cuerpo en dos, separando la mitad superior de la inferior. Una forma toroide, una dona violeta con manchas rojas, ve la luz por primera vez. Es un coci-dí. La entidad superior me obsequia ese conocimiento. ¡Es increíble! He alojado un coci-dí en mi interior, gobernando mis actos,

manipulándome. Ahora, cortado en dos por el escalpelo de la entidad superior, aunque no privado de la capacidad para percibir el entorno, asisto a la segunda fase del proceso. Los estambres mutan una vez más, convirtiéndose en instrumentos aptos para tratar con la morfología del coci-dí. Abrazaderas, buriles, marras, cuñas, escoplos. Ya sé lo que sigue, por supuesto. ¿Quién es el operador solapado, hundido en las profundidades del coci-dí? ¿La entidad superior, acaso? No me permito pensar tonterías. En el interior del coci-dí habita una rugosa perla negra, un garbanzo capaz de tragar la luz circundante. Se llama a sí mismo Freber.

—No es el último —susurra Rita. ¿Rita? Hemos recuperado la realidad consistente. Han desaparecido el tulipán de pétalos acerados y los estambres cortantes de la entidad superior. Pero no Freber.

—Aquí, desde el interior de Freber —dice un pensamiento filoso, enfocado como un láser hacia el centro de mi glándula pineal—. Soy Uno, el indivisible.

—¿Terminará esto alguna vez? —Observo a Rita. Estamos sentados en butacas gemelas, las manos enlazadas como alas de tórtolas.

—Es parte de la guerra —responde ella, enigmáticamente—. ¿Te diste cuenta, al iniciarse el combate, que nos estamos haciendo cargo de realidades alternativas, ajenas a nuestra experiencia? ¡Cuidado!

Desprevenido, siento que la ola me sacude, me arrastra. El desplazamiento sólo puede medirse en unidades combinadas, ya que todo el continuo espacio-temporal ha sido afectado. Comprendo la analogía de las muñecas: una dentro de otra hasta agotar el infinito. No obstante, una última muñeca debe ser indivisible. Ínfima, casi teórica, oscilando en el límite entre lo sí y lo no existente. El presente también es un punto capaz de contener a todo el pasado. El futuro será, por lo que en este instante no existe. Y aún así es capaz de incluir el presente, punto fluctuante, cuanto de eternidad. Debo decírselo a Rita: el conocimiento es poder; dura menos tiempo que el salto de una partícula a otro plano de realidad, pero el que lo posee alcanza la victoria.

—No —dice Rita—. Ahogado.

—¿Ahogado? —El edificio ha quedado vacío; las luces apagadas y las máquinas detenidas proveen una configuración casi irreal. ¿Qué puede parecerme irreal, a esta altura del relato?

—Ahogado —repite Rita, a mi lado—. Tablas.

—¿Tablas? ¿Me he esforzado tanto para lograr unas míseras tablas?

Un hombre bajo, de manos pequeñas y ademanes vacilantes, se acerca hacia mí. Se detiene y permanece callado un minuto, rígido, como si ignorara la línea siguiente de un guión. Tendremos serios obstáculos para comunicarnos, advierto al instante. A las tres y treintiuno de la madrugada me permito cualquier tontería.

—Es extraño —dice finalmente—. He estado soñando con usted.

—No me fastidie —replico. Enciendo un cigarrillo.

—Sé que esto lo agota —insiste. Luego vuelve a su oscuro silencio.

—Lo hago por dinero. —Capto los pensamientos de una mujer acodada en el balcón de un edificio próximo; es prometedor. Sólo debo deshacerme del hombre—. Pero ya tengo demasiado, y no creo que su guerra valga la pena. —Antes de que el hombre logre descubrir que he movido los brazos, le aprieto el cuello con una mano y le aferro los tobillos con la otra. Tiro. Separo. Un hombre idéntico, pero más pequeño, salta del interior hueco e insiste, reanudando la cantilena.

—Estoy en condiciones de financiarlo, sea lo que fuere —dice el hombre—. A mí no me importa el dinero, puedo gastar cualquier suma. Ellos pagan lo que sea, si el material es de buena calidad.

Repito la operación, doce, mil veces. Los últimos hombres son más pequeños que hormigas. Las medias carcazas dotan al paisaje de una textura fantasmal. Rita, riendo, me alcanza una lupa y dos pinzas de filatelista. Con mucho cuidado separo uno más. Podría ser un ángel, pero no lo es. Repite su discurso, inaudible ya, con obstinación. Parece que hay una guerra en alguna parte y que el Universo no tiene propósito, pero no estoy seguro de que haya dicho eso. Rita se ríe, y sin que yo logre impedirlo, aplasta al último hombre, el indivisible, con el taco de su bota.

Acerca de la muerte de Bieito, de Rafael Dieste



Fue cerca del camposanto cuando sentí removerse dentro de la caja al pobre Bieito. (De los cuatro portadores del ataúd yo era uno). ¿Lo sentí o fue aprensión mía? Entonces no podría asegurarlo. ¡Fue un rebullir tan suave!... Como la tenaz carcoma que roe, roe en la noche, roe desde entonces en mi magín enfervorizado aquel suave rebullir.

Pero es que yo, amigos míos, no estaba seguro, y por tanto -comprendedme, escuchadme-, por tanto no podía, no debía decir nada.

Imaginaos por un instante que yo hubiera dicho:

-Bieito está vivo.

Todas las cabezas de los viejos que portaban cirios se alzarían con un pasmado asombro. Todos los chiquillos que iban extendiendo la palma de la mano bajo el gotear de la cera, vendrían en remolino a mi alrededor. Se apiñarían las mujeres junto al ataúd. Resbalaría por todos los labios un murmullo sobrecogido, insólito:

-¡Bieito está vivo! ¡Bieito está vivo!...

Callaría el lamento de la madre y de las hermanas, y en seguida también, descompasándose, la circunspecta marcha que plañía en los bronces de la charanga. Y yo sería el gran revelador, el salvador, eje de todos los asombros y de todas las gratitudes. Y el sol en mi rostro cobraría una importancia imprevista.

¡Ah! ¿Y si entonces, al ser abierto el ataúd, mi sospecha resultara falsa? Todo aquel magno asombro se volvería inconmensurable y macabro ridículo. Toda la anhelante gratitud de la madre y de las hermanas, se convertiría en despecho. El martillo clavando de nuevo la caja tendría un son siniestro y único en la tarde atónita. ¿Comprendéis? Por eso no dije nada.

Hubo un instante en que por el rostro de uno de los compañeros de fúnebre carga pasé la leve insinuación de un sobresalto, como si él también estuviese sintiendo el tenue rebullir. Pero no fue más que un lampo. En seguida se serenó. Y no dije nada.

Hubo un instante en que casi me decido. Me dirigí al de mi lado y, encubriendo la pregunta en una sonrisa de humor, deslicé:

-¿Y si Bieito fuese vivo?

El otro rió pícaramente como quien dice: «Qué ocurrencias tenemos», y yo amplí adrede mi falsa sonrisa de broma.

También me encontré a punto de decirlo en el camposanto, cuando ya habíamos posado la caja y el cura rezongaba los réquienes.

«Cuando el cura acabe», pensé. Pero el cura terminó y la caja descendió al hoyo sin que yo pudiese decir nada.

Cuando el primer terrón de tierra, besado por un niño, golpeó dentro de la fosa contra las tablas del ataúd, me subieron hasta la garganta las palabras salvadoras... Estuvieron a punto de surgir. Pero entonces acudió nuevamente a mi imaginación la casi seguridad del horripilante ridículo, de la rabia de la familia defraudada si Bieito se encontraba muerto y bien muerto. Además de decirlo tan tarde acrecentaba el absurdo desorbitadamente. ¿Cómo justificar no haberlo dicho antes? ¡Ya sé, ya sé, siempre se puede uno explicar! ¡Sí, sí, sí, todo lo que queráis! Pues bien... ¿Y si hubiese muerto después, después de sentirlo yo remecerse, como quizá se pudiera adivinar por alguna señal? ¡Un crimen, sí, un crimen el haberme callado! Oíd ya el griterío de la gente...

-Pidió auxilio y no se lo dieron, desgraciado...

-Él sentía llorar, se quiso levantar, no pudo...

-Murió de espanto, le saltó el corazón al sentirse bajar a la sepultura.

-¡Ahí lo tenéis, con la cara torcida por el esfuerzo!

-¡Y ése que lo sabía, tan campante, ahí sonriendo como un payaso!

-¿Es tonto o qué?

Todo el día, amigos míos, anduve loco de remordimientos. Veía al pobre Bieito arañando las tablas en ese espanto absoluto, más allá de todo consuelo y de toda conformidad. de los enterrados en vida. Llegó a parecerme que todos leían en mis ojos adormilados y lejanos la obsesión del delito.

Y allá por la alta noche -no lo pude evitar- me fui camino del camposanto, con la solapa subida, al arrimo de los muros.

Llegué. El cerco por un lado era bajo: una piedras mal puestas sujetas por hiedras y zarzas. Lo salté y fui derecho al lugar... Me eché en el suelo, arrimé la oreja, y pronto lo que oí me heló la sangre. En el seno de la tierra unas uñas desesperadas arañaban las tablas. ¿Arañaban? No sé, no sé. Allí cerca había una azada... Iba ya hacia ella cuando quedé perplejo. Por el camino que pasa junto al camposanto se sentían pasos y rumor de habla. Venía gente. Entonces sí que sería absurda, loca, mi presencia allí, a aquellas horas y con una azada en la mano.

¿Iba a decir que lo había dejado enterrar sabiendo que estaba vivo?

Y huí con la solapa subida, pegándome a los muros.

La luna era llena y los perros ladraban a lo lejos.

El pozo sin fondo, de G.K. Chesterton



En un oasis o verde isla de los mares de arena, rojos y amarillos, que se extienden más allá de Europa en dirección a Oriente, se puede hallar un contraste un tanto fantástico, que no es menos típico de un lugar como aquél porque los tratados internacionales hayan hecho de él un puesto avanzado de la ocupación británica. El sitio es famoso entre los arqueólogos por algo que no es precisamente un monumento, sino un simple agujero en el suelo. Pero es un agujero redondo como el de un pozo, y probablemente perteneció a unas grandes obras de irrigación de fecha remota y discutida, tal vez lo más antiguo de aquel antiguo país. Hay una orla verde de palmas y chumberas alrededor de la negra boca del pozo; pero nada queda de la mampostería exterior, salvo dos piedras voluminosas y maltratadas que se levantan como jambas de un portal que a ningún sitio conduce y en las cuales algunos de los arqueólogos más idealistas, en ciertos momentos del amanecer o de puesta de sol, se figuran descubrir borrosas líneas de figuras o facciones de una monstruosidad más que babilónica; mientras que arqueólogos más racionalistas, en las horas más racionales de la plena luz, no ven nada más que dos rocas informes. Se puede haber observado, sin embargo, que no todos los ingleses son arqueólogos.

Muchos de los reunidos en aquel lugar por razones militares y oficiales tenían otras aficiones que la arqueología. Y es un hecho positivo que los ingleses consiguieron hacer en este desierto oriental, con arena y cuatro hierbas verdes, un pequeño terreno de golf que tenía un cómodo club en un extremo y, en el otro, este monumento primitivo. No hacían servir este arcaico abismo como bunker, porque por tradición era insondable y hasta, para todo efecto práctico, insondado. Cualquier proyectil deportivo que fuera a parar allí podía considerarse literalmente como una bala perdida. Pero a menudo se paseaban a su alrededor, en sus momentos de descanso, conversando o fumando cigarrillos, y uno de ellos acababa de ir allí desde el club para encontrar a otro que miraba un tanto pensativo al interior del pozo.

Ambos ingleses llevaban ropas ligeras y cascos blancos y pугarees; pero aquí terminaba casi enteramente el parecido. Y ambos, simultáneamente, dijeron la misma palabra; pero la dijeron en dos tonos completamente distintos.

—¿Ha oído usted la noticia? —preguntó el hombre que venía del club—. ¡Es espléndido!

—Es espléndido —respondió el que se hallaba junto al pozo.

Pero el primero pronunció la palabra como podía hacerlo un joven hablando de una mujer; y el segundo como podía hacerlo un viejo hablando del tiempo; no sin sinceridad, pero, indudablemente, sin fervor.

Y, en esto, el tono de los dos hombres era suficientemente característico de ellos. El primero, un cierto capitán Boyle, era de un estilo amuchachado y decidido, moreno y con una especie de fuego natural en el rostro que no pertenecía a la atmósfera del Oriente, sino más bien al ardor y a las ambiciones del Occidente. El otro era un hombre de más edad y, ciertamente, un residente más antiguo: un

oficial civil llamado Horne Fisher; y sus párpados caídos y su caído bigote rubio expresaban toda la paradoja del inglés en Oriente. Tenía demasiado calor para ser otra cosa que frío.

Ninguno de ellos creyó necesario mencionar qué era lo que denominaban espléndido. Hubiera sido, en efecto, una conversación superflua sobre algo que todo el mundo conocía. La notable victoria sobre una amenazadora coalición de turcos y árabes, obtenida por tropas al mando de Lord Hastings, el veterano de tantas victorias notables, no sólo era conocida de esta pequeña guarnición tan cercana al campo de batalla, sino que los periódicos la habían divulgado ya por todo el Imperio.

—Ninguna otra nación del mundo podía haber hecho una cosa así —exclamó el capitán Boyle con entusiasmo.

Horne Fisher seguía mirando al pozo silenciosamente; un momento después respondió:

—Tenemos, ciertamente, el arte de deshacer errores. En esto es en lo que se engañaron los pobres prusianos. Ellos sólo saben cometer errores y adherirse a ellos. Hay realmente cierto talento en deshacer errores.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Boyle—. ¿Qué error?

—Todo el mundo sabe que esto fue morder más de lo que se podía mascar —respondió Horne Fisher. Era una peculiaridad de Fisher la de que siempre dijera que todo el mundo sabía cosas que sólo a una persona entre un millón era permitido conocer—. Y fue, ciertamente, una gran suerte que Travers llegara tan a punto. Es curioso lo a menudo que la cosa acertada la hace el segundo jefe hasta cuando el primero es un gran hombre, como Colborne en Waterloo.

—Esto debería añadir toda una provincia al Imperio —observó el otro.

—Bien; supongo que los Zimmern habían insistido que se llegara hasta el canal —observó Fisher pensativo—, aunque todo el mundo sabe que hoy día el anexionar provincias no siempre resulta un negocio.

El capitán Boyle frunció las cejas ligeramente desconcertado. No teniendo la menor idea de haber oído hablar de los Zimmern en toda su vida, sólo pudo responder impasible:

—Bien; uno no puede ser un pequeño engländer.

Horne Fisher sonrió con una sonrisa agradable.

—Aquí todos somos pequeños engläners —dijo—. Todos quisiéramos hallarnos de vuelta en la pequeña Inglaterra.

—Me parece que no sé de qué está usted hablando —dijo el joven, un poco receloso—. Se creería que usted no admira a Hastings. . . ni a nada.

—Lo admiro infinitamente —respondió Fisher—. Es, con mucho, el más capacitado para este puesto; comprende a los musulmanes y puede hacer de ellos lo que quiere. Por esta razón yo no soy partidario de excitar contra él la animosidad de Travers sólo por lo ocurrido en este asunto.

—Verdaderamente, no comprendo adonde va usted a parar — dijo el otro con franqueza.

—Tal vez no valga la pena comprenderlo —repuso Fisher con despegó—; y, por otra parte, no necesitamos hablar de política. ¿Conoce usted la leyenda árabe, acerca de este pozo?

—Temo no estar muy versado en leyendas árabes —dijo Boyle algo picado.

—Es una lástima —repuso Fisher—, especialmente desde el punto de vista de usted. El mismo Lord Hastings es una leyenda árabe. Tal vez sea esto lo verdaderamente importante en él. Si su reputación se desvaneciera, esto nos debilitaría en toda el Asia y el África. Bien; la historia acerca de este agujero en el suelo, que llega hasta nadie sabe dónde, siempre me ha fascinado un poco. Es mahometana por la forma; pero no me extrañaría que fuese más antigua que Mahoma. Se refiere a un llamado sultán Aladino; no nuestro amigo de la lámpara, por supuesto, pero un poco parecido a él en lo de tener que ver con genios y gigantes y cosas por el estilo. Dicen que ordenó a los gigantes que le construyeran una especie de pagoda que se elevara y se elevara hasta por encima de las estrellas. Lo más alto posible, como decía la gente que construía la torre de Babel. Pero los que erigieron la torre de Babel eran gente modesta y casera, una especie de ratoncillos, si se les compara con el viejo Aladino. Sólo querían una torre que llegara al cielo, una pura bagatela. El quería una torre que pasara del cielo, que se elevara por encima de él y continuara creciendo siempre. Y Alá lo abatió con un rayo, que penetró en la tierra, abriendo un agujero cada vez más profundo, hasta que hizo un pozo que no tiene, como la torre no debía tener, remate. Y, por aquella torre invertida de tinieblas, el alma del orgulloso sultán está cayendo sin cesar.

—¡Qué estrafalario es usted! —dijo Boyle—. Habla como si uno pudiera creer estas fábulas.

—Tal vez crea en la moraleja y no en la fábula —respondió Fisher—. Ahí viene Lady Hastings; creo que la conoce usted.

El club del campo de golf servía, naturalmente, para muchas otras cosas a más del golf. Era el único centro de reunión de la guarnición, aparte de las oficinas estrictamente militares; tenía una sala de billar y un bar, y hasta una excelente biblioteca técnica para los oficiales que fueran lo bastante depravados para tomar en serio su profesión. Entre éstos se contaba el general en persona, cuya cabeza plateada y cuyo rostro moreno, como el de un águila de bronce, se encontraban a menudo inclinados sobre los mapas e infolios de la biblioteca. El gran Lord Hastings creía en la ciencia y en el estudio, como en otros austeros ideales de vida, y había dado sobre este punto muchos consejos paternales al joven Boyle, cuyas visitas a aquel lugar eran un poco más intermitentes. De una de estas rachas de estudio acababa de salir el joven por una puerta de cristales de la biblioteca que daba al campo de golf. Pero, por encima de todo, el club estaba dispuesto para satisfacer las necesidades sociales de las damas, tanto por lo menos como las de los caballeros; y Lady Hastings lo mismo podía representar su papel de reina en aquellas reuniones que en su propio salón. Estaba eminentemente dotada para desempeñar este papel y, como decían algunos, eminentemente inclinada a ello. Era mucho más joven que su marido; una dama atractiva y, a veces, peligrosamente atractiva; y Mr. Horne Fisher la contempló con expresión algo burlona, mientras se alejaba majestuosamente con el joven militar. Después, su mirada melancólica se desvió hacia la verde y espinosa vegetación que rodeaba el pozo; vegetación de aquella

curiosa forma de cactus en que una hoja gruesa nace directamente de otra sin tallo ni pecíolo. Esto daba a su espíritu imaginativo la siniestra impresión de una proliferación ciega, sin forma ni objeto. Una flor o un arbusto de Occidente crece hasta dar la flor, que es su corona y contenido. Pero esto era como si unas manos salieran de otras manos o unos pies salieran de otros pies, en una pesadilla.

—Siempre añadiendo una provincia al Imperio —dijo con una sonrisa; y agregó más tristemente—: Pero no sé, después de todo, si he tenido razón.

Una voz fuerte y cordial interrumpió sus meditaciones; y él levantó la vista y sonrió al ver el rostro de un antiguo amigo. La voz resultaba más cordial que el rostro, que, a primera vista, era decididamente hosco. Era una cara típica de leguleyo con mandíbulas y cejas hirsutas; y pertenecía a un personaje eminentemente legal, aunque entonces se hallara agregado en una calidad semimilitar a la Policía de aquel salvaje distrito. Cuthbert Grayne era acaso más un criminólogo que un jurisconsultor o un policía; pero en aquellos medios semisalvajes había acertado a convertirse en una combinación práctica de las tres cosas. Contaba en su haber el descubrimiento de toda una serie de extraños crímenes orientales; pero, como pocas personas entendían en esta rama del saber o sentían afición por ella, su vida intelectual resultaba algo solitaria. Entre las pocas excepciones contaba a Horne Fisher, quien tenía una curiosa facilidad para hablar de casi todo con casi todo el mundo.

—¿Está usted estudiando botánica o arqueología? —preguntó Grayne—. Nunca sabré dónde termina su interés, Fisher. Yo diría que lo que usted no sabe no vale la pena de ser sabido.

—Se equivoca usted —respondió Fisher con una sequedad y hasta una acritud muy desusadas en él—. Es lo que sé lo que no merece la pena de ser conocido. Todo el lado peor de las cosas; todas las razones secretas y los móviles corrompidos y el soborno y el chantaje que llaman política. No puedo estar tan orgulloso de haber bajado a esta sentina que vaya a jactarme de ello con los muchachos de la calle.

—¿Qué significa esto? ¿Qué le pasa a usted? —preguntó su amigo—. Nunca lo había visto tomar así las cosas.

—Estoy avergonzado de mí mismo —respondió Fisher—. Acabo de echar un jarro de agua fría sobre los entusiasmos de un muchacho.

—Esa explicación me parece insuficiente —observó el criminólogo.

—Claro está que el entusiasmo era una pura mentecatez periodística —continuó Fisher—; pero yo debería saber que a esa edad las ilusiones pueden ser ideales. Y siempre valen más que la realidad. Y hay una responsabilidad muy grande en desviar a un joven de la rutina del ideal más idiota.

—Y ¿cuál puede ser?

—Lo expone uno a empujar con una nueva energía en una dirección mucho peor —respondió Fisher—. Una dirección sin objeto, un abismo sin fondo, como el pozo sin fondo.

Fisher no volvió a ver a su amigo hasta quince días después, cuando se encontraba en el jardín detrás del club, en el lado opuesto al campo de golf. Era un jardín fuertemente coloreado y perfumado de plantas semitropicales a la luz de un

ocaso en el desierto. Otros dos hombres estaban con él, siendo el tercero el ahora célebre segundo jefe, conocido de todos como Tom Travers, un hombre moreno y flaco que parecía más viejo de lo que era realmente, con un surco en la frente y un algo saturnino en la forma misma de su negro bigote. Acababa de servirles el café el árabe que ahora oficiaba temporalmente como camarero del club, aunque ya era una figura familiar y hasta famosa como antiguo criado del general. Se llamaba Said y era notable entre otros semitas por esa monstruosa longitud de su cara amarilla y esa altura de su estrecha frente que se da a veces entre ellos, y producía una impresión irracional de algo siniestro, a pesar de su agradable sonrisa.

—Nunca me ha parecido tener confianza en este individuo —dijo Grayne cuando el hombre se hubo marchado—. Es muy injusto, ya lo sé, porque, indudablemente, es muy adicto a Hastings y le salvó la vida, según dicen. Pero los árabes muchas veces son así: leales a un solo hombre. No puedo evitar el pensar que sería capaz de desollar a cualquier otra persona, y hasta de hacerlo a traición.

—Bien —dijo Travers con una sonrisa un poco agria—; mientras no haga daño a Hastings, al mundo no le importaría gran cosa.

Hubo un silencio un tanto embarazoso, lleno de recuerdos de la gran batalla, y, entonces, Horne Fisher dijo lentamente:

—Los periódicos no son el mundo, Tom. No se apure usted por lo que dicen. En el mundo de usted todos conocen la verdad.

—Me parece que vale más que no hablemos del general ahora —observó Grayne—, porque acaba de salir del club.

—No viene hacia aquí —dijo Fisher—; no hace más que acompañar a su mujer al automóvil.

Efectivamente, mientras hablaban, la dama apareció a la puerta del club, seguida de su marido, quien entonces se le adelantó rápidamente para abrir el portillo del jardín. Mientras lo hacía, ella se volvió y dijo unas palabras a un hombre solitario sentado en una silla de bambú a la sombra del portal, el único hombre que quedaba en el desierto club, aparte de los tres que estaban en el jardín. Fisher escudriñó un momento en la sombra y vio que se trataba del capitán Boyle.

Un instante después, con cierta sorpresa por parte de los del grupo, el general reapareció y, volviendo a subir los escalones, dijo a su vez una o dos palabras a Boyle. Entonces hizo un signo a Said, quien acudió corriendo con dos tazas de café, y los dos hombres entraron otra vez en el club llevando cada uno una taza en la mano.

Inmediatamente, un destello de luz blanca en la creciente oscuridad mostró que se habían encendido las luces eléctricas en la biblioteca.

—Café e investigación científica —dijo Travers torvamente—. Todos los lujos del saber y de la teoría. Bien; he de irme, porque yo también tengo mi trabajo.

Y se levantó un tanto demasiado rígido, saludó a sus compañeros y desapareció en la oscuridad.

—Yo sólo deseo que Boyle se limite a la investigación científica —dijo Horne Fisher—. No estoy muy tranquilo acerca de él. Pero hablemos de otra cosa.

Hablaron de otra cosa mucho más tiempo de lo que probablemente se imaginaban, hasta que llegó la noche tropical y una espléndida luna plateó todo el paisaje; pero, antes de que fuera lo bastante clara para que permitiera ver los objetos, Fisher había observado ya que las luces de la biblioteca se apagaban de pronto. Estuvo esperando que los dos hombres salieran por la puerta que daba al jardín, mas no vio a nadie.

—Habrán ido a dar un paseo por el campo de golf —dijo.

—Es muy posible —respondió Grayne—. Va a hacer una noche magnífica.

Acababa de decir esto cuando oyeron una voz que los llamaba desde la sombra proyectada por el club, y se sorprendieron al percibir a Travers, que corría hacia ellos gritando:

—Necesito la ayuda de ustedes. Ha ocurrido algo muy grave en el campo de golf.

Al instante se hallaron todos corriendo a través del fumador y de la biblioteca del club en medio de una completa oscuridad material y mental. Pero Horne Fisher, a pesar de su afectación de indiferencia, era persona de una curiosa y casi sobrenatural sensibilidad para las atmósferas, y ya había sentido la presencia de algo más que un accidente. Tropezó con un mueble de la biblioteca y casi se estremeció al choque; porque la cosa se movió como él no se había imaginado que pudiera moverse un mueble. Pareció moverse como algo vivo que cediera y, no obstante, devolviera el golpe. Un momento después Grayne encendía las luces, y Fisher pudo ver que lo ocurrido era únicamente que había tropezado con una estantería giratoria, la cual, al oscilar, había vuelto a chocar con él; pero el sobresalto experimentado le reveló su propia subconciencia de algo misterioso y monstruoso. Había varias de estas estanterías giratorias esparcidas por la biblioteca; sobre una de ellas se veían dos tazas de café y sobre otra, un gran libro abierto. Era la obra de Budge sobre jeroglíficos egipcios, con láminas en color de extraños pájaros y dioses: y, en el mismo momento de pasar corriendo, Fisher sintió que había algo extraño en el hecho de que fuera este libro y no un tratado de ciencia militar el que se hallara abierto en aquel sitio y en aquella ocasión. Hasta percibió el hueco en el bien ordenado estante de donde había sido sacado, y le dio la impresión de algo horrible, como un boquete en la dentadura de un rostro siniestro.

Una carrera los llevó en pocos minutos al otro extremo del campo, delante del pozo sin fondo; y a pocas yardas de éste, iluminado por un claro de luna tan fuerte como la luz del día, vieron lo que habían ido a ver.

El gran Lord Hastings yacía de cara al suelo, en una postura extraña y violenta, con un codo erecto sobre su cuerpo, el brazo doblado y su mano grande y huesuda asiendo la espesa hierba. Pocos pasos más allá, estaba Boyle, casi igualmente inmóvil, pero puesto a gatas y contemplando fijamente el cadáver. Podía no haber sido únicamente obra de la sorpresa o del azar; había algo torpe y siniestro en la postura cuadrúpeda y en el rostro abstraído. Era como si la razón lo hubiera abandonado. Detrás de él sólo se veía el brillante cielo azul, y el principio del desierto, aparte de las dos grandes piedras rotas de enfrente del pozo. Y era a esta luz y en esta atmósfera como los hombres podían imaginar que veían en ellas caras enormes y espantosas que los estaban mirando.

Horne Fisher se inclinó, tocó la fuerte mano que todavía se agarraba a la hierba y la halló fría como una piedra.

Hubo un silencio angustioso; y luego Travers observó secamente:

—Esto es de su incumbencia, Grayne; usted se encargará de interrogar al capitán Boyle. Yo no entiendo nada de lo que dice.

Boyle se había rehecho y se había levantado; pero su semblante continuaba ofreciendo un terrible aspecto que lo hacía parecer una máscara nueva o la cara de otro hombre.

—Estaba mirando el pozo —dijo— y, al volverme, vi que se había caído.

Grayne tenía una expresión extremadamente sombría.

—Como dice usted, esto es cosa mía —indicó—; ante todo, he de pedirles que me ayuden a llevar al general a la biblioteca y que me dejen examinar las cosas a fondo.

Una vez depositado el cadáver en la biblioteca, Grayne se volvió a Fisher y dijo con una voz que había recobrado su naturalidad y su confianza:

—Voy a encerrarme y a hacer primero un reconocimiento completo. Cuento con usted para mantener el contacto con los demás y someter a Boyle a un interrogatorio preliminar. Yo le hablaré más tarde. Y telefonee usted a la comandancia para que manden un policía; hágalo venir en seguida aquí y que aguarde hasta que yo lo llame.

Sin decir más, el gran investigador criminal entró en la biblioteca iluminada, cerrando la puerta tras de sí; y Fisher, sin replicar, se volvió y se puso a hablar sosegadamente con Travers.

—Es curioso —dijo— que esto haya ocurrido precisamente delante de aquel sitio.

—Sería realmente curioso —respondió Travers—, si el sitio hubiera tenido en esta ocasión algún papel en ello.

—Me parece —dijo— que el papel que no ha tenido es más curioso todavía.

Y con estas palabras, aparentemente sin sentido, se volvió al agitado Boyle y, agarrándolo del brazo, se puso a hacerle pasear a la luz de la luna, hablando en voz baja.

Había ya despuntado el día cuando Cuthbert Grayne apagó las luces de la biblioteca y salió al campo de golf. Fisher se paseaba solo, con aire indolente; pero el mensajero policía que había mandado llamar permanecía cuadrado a cierta distancia.

—He mandado a Boyle con Travers —observó Fisher con indiferencia—; él lo vigilará y, de todos modos, vale más que duerma.

—¿Le ha sacado usted algo? —preguntó Grayne—. ¿Le dijo lo que estaban haciendo él y Hastings?

—Sí —respondió—; me hizo un relato bastante claro de todo. Dijo que, después de que Lady Hastings se hubo marchado en el automóvil, el general lo invitó a tomar café con él en la biblioteca para examinar un punto de arqueología local. Boyle empezaba a buscar el libro de Budge en una de las estanterías giratorias cuando el general lo encontró en una de las adosadas a la pared. Después de mirar algunas

láminas, salieron, al parecer un poco precipitadamente, al campo de golf y se encaminaron al pozo; y, mientras Boyle miraba dentro de él, oyó detrás de sí un baque, y, al volverse, encontró al general como lo hallamos nosotros. Se puso de rodillas para examinar el cadáver, y entonces se sintió paralizado por una especie de terror y no pudo acercarse a él ni tocarlo. Pero yo no le doy importancia a esto: a las personas afectadas por la conmoción de una sorpresa se las encuentra a veces en las posturas más raras.

Grayne esbozó una torva sonrisa de atención, y dijo, tras un breve silencio:

—Bien; no le ha dicho a usted demasiadas mentiras. Realmente, es una relación estimablemente clara y coherente de lo ocurrido, que sólo deja fuera todo lo importante.

—¿Ha descubierto usted algo ahí dentro? —preguntó Fisher.

—Lo he descubierto todo —respondió seriamente Grayne.

Fisher guardó un silencio un tanto sombrío, mientras el otro proseguía su explicación en un tono reposado y firme.

—Tenía usted razón, Fisher, al decir que el joven estaba en peligro de lanzarse a un abismo. Tuviera o no tuviera que ver con ello, como usted se imagina, el menoscabo que usted causó al concepto que él tenía del general, lo cierto es que desde hace algún tiempo no se ha estado portando bien con él. Es un asunto desagradable, y no quiero extenderme en explicaciones; pero está bien claro que la mujer del general tampoco se portaba bien con su marido. Yo no sé hasta qué punto llegó la cosa, pero en todo caso llegó hasta el punto de obrar a escondidas; porque cuando Lady Hastings habló con Boyle fue para decirle que había ocultado una nota en el libro de Budge en la biblioteca. El general lo oyó, o de algún modo se enteró de ello, y se fue directamente al libro y encontró el papel. Lo puso ante Boyle y, naturalmente, tuvieron una escena. Y Boyle se encontró ante otra cosa también; se encontró ante una pavorosa alternativa, en la cual la vida del hombre significaba la ruina, y su muerte significaba el triunfo y hasta la felicidad.

—Bien —observó Fisher al cabo—. No lo censuro por no haberle contado a usted la parte de la mujer en esta historia. Pero ¿cómo se ha enterado usted de lo de la carta?

—La hallé sobre el cadáver del general —respondió Grayne—; pero he encontrado algo peor que esto. El cadáver había adquirido la rigidez peculiar de ciertos venenos asiáticos. Entonces examiné las tazas de café, y entiendo lo bastante en cuestión de química para reconocer la presenecia del veneno en el poso de una de ellas. Ahora bien: el general se fue directamente a la librería, dejando su taza de café sobre la estantería que había en medio de la habitación. Mientras estaba vuelto de espaldas y Boyle fingía buscar en la estantería, éste se quedó solo con las dos tazas. El veneno tarda diez minutos en obrar; y un paseo de diez minutos podía llevarlos al pozo sin fondo.

—Sí —observó Horne Fisher—. Y, ¿qué me dice usted del pozo sin fondo?

—¿Qué tiene que ver el pozo sin fondo con esto? —preguntó su amigo.

—No tiene nada que ver —respondió Fisher—. Eso es lo que yo encuentro absolutamente desconcertante e increíble.

—Y, ¿por qué razón había de tener algo que ver con el asunto ese agujero en el suelo?

—Es un agujero en la argumentación de usted —dijo Fisher—. Pero ahora no quiero insistir en ello. Por cierto que hay otra cosa que debería decirle a usted. Le indiqué que había puesto a Boyle bajo la custodia de Travers. No le engañaría si dijera que puse a Travers bajo la custodia de Boyle.

—¿No quería usted decir que sospecha de Travers? —exclamó el otro.

—Estaba mucho más airado contra el general de lo que pudiera estar Boyle —observó Horne Fisher con curiosa indiferencia.

—Usted no dice lo que piensa —exclamó Grayne—. Le he dicho que encontré veneno en una de las tazas de café.

—Por supuesto, siempre hay que contar con Said —añadió Fisher—, ya sea por odio o a sueldo de otro. Convinimos en que era capaz de casi todo.

—Y convinimos en que era incapaz de hacer daño a su amo —replicó Grayne.

—Bien, bien —dijo Fisher amablemente—, me atrevo a decir que usted tiene razón, pero me gustaría dar un vistazo a la biblioteca y a las tazas de café.

Pasaron adentro, mientras Grayne se volvía al policía que estaba aguardando y le tendía una nota para que la telegrafiaran desde la comandancia. El hombre saludó y se fue precipitadamente; y Grayne, siguiendo a su amigo, entró en la biblioteca y lo encontró al lado de la estantería de en medio de la estancia sobre la cual se hallaban situadas las tazas vacías.

—Aquí es donde Boyle buscó el libro de Budge, o fingió buscarlo, según usted —dijo.

Mientras hablaba, Fisher se puso en cuclillas, para mirar los libros de la estantería giratoria; porque todo el mueble no era mucho más alto que una mesa corriente. Un momento después se enderezaba de un salto, como si lo hubieran picado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Pocas personas habían visto, si es que lo había visto alguna, a Horne Fisher conducirse como se condujo entonces. Lanzó una mirada a la puerta, vio que la ventana abierta estaba más cerca, la salvó de un salto, como si fuera una valla y echó a correr tras el policía que se perdía de vista. Grayne, que se quedó mirándolo, vio pronto reaparecer su figura alta y desmadejada que había recobrado toda su flojedad e indolencia habituales. Iba abanicándose despacio, con una hoja de papel: el telegrama que tan violentamente había interceptado.

—Afortunadamente detuve esto —observó—. Hemos de mantener secreto este asunto. Hastings tiene que haber muerto de apoplejía o de síncope.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el otro investigador.

—Lo que pasa —dijo Fisher— es que dentro de unos días nos hallaremos en una agradable alternativa: la de ahorcar a un inocente o mandar al infierno el Imperio británico.

—¿Quiere esto significar —preguntó Grayne— que este infernal crimen ha de quedar sin castigo?

Fisher lo miró fijamente.

—Ya está castigado —dijo.

Y después de un breve momento de silencio continuó:

—Usted ha reconstruido el crimen con admirable habilidad, amigo mío, y casi todo lo que ha dicho usted es verdad. Dos hombres con dos tazas de café entraron en la biblioteca y pusieron las tazas sobre la estantería, y fueron juntos hasta el pozo, y uno de ellos era un asesino y había vertido veneno en la copa del otro. Pero esto no fue hecho mientras Boyle estaba buscando en la estantería giratoria. El buscó en ella el libro de Budge, que contenía la nota; pero me imagino que Hastings ya lo había trasladado a los estantes de la pared. Formaba parte de aquel horrendo juego el que fuera él quien lo encontrara primero. Ahora bien, ¿qué hace un hombre para buscar en una estantería giratoria? Generalmente no anda dando saltos a su alrededor acurrucado en la actitud de una rana. Le da sencillamente un impulso y el mueble gira sobre sí mismo.

Miraba ceñudamente al suelo mientras hablaba, y había bajo sus pesados párpados una luz que no se veía allí con frecuencia. El misticismo que yacía sepultado bajo todo el cinismo de su experiencia estaba despierto y se movía en lo profundo de su alma. Su voz tomaba giros e inflexiones tales como si fueran dos hombres los que estaban hablando.

—Esto es lo que Boyle hizo; tocó apenas el mueble y éste giró con la misma facilidad con que gira la Tierra; porque la mano que lo hizo girar no fue la suya. Dios, que hace girar la rueda de todas las estrellas, tocó aquella rueda y le hizo dar media vuelta a fin de que su terrible justicia se cumpliera.

—Empiezo a tener —dijo Grayne— una vaga y horrible idea de lo que usted quiere decir.

—Es muy sencillo —dijo Fisher—; cuando Boyle se levantó de su postura agachada, había ocurrido algo de que él no se había dado cuenta, de que su enemigo no se había dado cuenta, de que no se había dado cuenta nadie. Las dos tazas de café habían cambiado exactamente de lugar.

La cara pétrea de Grayne pareció haber soportado un choque en silencio; ni una de sus líneas se alteró, pero al hablar, su voz salió inesperadamente débil.

—Comprendo lo que quiere decir —dijo—, y, como ha dicho usted, cuanto menos se hable de ello mejor. No fue el amante quien trató de desembarazarse del marido, sino al revés. Y una historia como ésta sobre un hombre como éste nos arruinaría aquí. ¿Tuvo usted alguna presunción de ello al principio?

—El pozo sin fondo, como le dije —respondió Fisher—. Eso fue lo que me intrigó desde el principio. No porque tuviera algo que ver con ello. Porque no tenía nada que ver con ello.

Permaneció un momento callado, como meditando por dónde empezaría, y después continuó:

—Cuando un asesino sabe que su enemigo estará muerto al cabo de diez minutos y lo lleva al borde de un abismo insondable es que se propone echar allí su cadáver. ¿Qué otra cosa cabría? Un tonto de nacimiento tendría el sentido de hacerlo; y Boyle no es un tonto de nacimiento. Bien, ¿por qué no lo hizo Boyle? Cuanto más pensaba en ello, más sospechaba que había habido algún error en el crimen, por decirlo así. Alguien había llevado a alguien allí para echarlo dentro; y, no obstante, no lo había echado. Yo tenía una idea impresa y horrenda de alguna sustitución o inversión de papeles; entonces me bajé a hacer girar la estantería por casualidad, y al instante lo vi todo, porque vi las dos tazas girar otra vez, como lunas en el cielo.

Después de una pausa, Cuthbert Grayne dijo:

—¿Y qué diremos a los periódicos?

—Mi amigo Harold March llega hoy de El Cairo —repuso Fisher—. Es un periodista hábil y brillante. Pero, a pesar de esto, es un hombre de honor; de manera que no debe usted decirle la verdad.

Media hora después, Fisher volvía a pasear de un lado a otro, delante del club, con el capitán Boyle, este último ahora con un aire muy abrumado y aturdido, tal vez el de un hombre más triste y avisado.

—Y respecto a mí, ¿qué? —decía—. ¿Estoy justificado? ¿No se me va a justificar?

—Creo y espero —respondió Fisher— que no se va a justificar. No debe haber sospecha alguna contra él y, por consiguiente, tampoco ninguna contra usted. Cualquiera sospecha contra él, por no decir cualquier historia contra él, nos echaría por el suelo desde Malta a Mandalay. El era un héroe a la vez que un santo terror para los musulmanes. De hecho, casi podría usted llamarlo un héroe musulmán al servicio de Inglaterra. Por supuesto, él se entendía bien con ellos a causa de su pequeña dosis de sangre oriental; le venía de su madre, la bailarina de Damasco; todo el mundo lo sabe.

—¡Oh! —repitió maquinalmente Boyle, mirándolo con unos ojos muy abiertos—. ¡Todos lo saben!

—Yo diría que había un rasgo de ella en sus celos y en su feroz venganza —continuó Fisher—. Pero, a pesar de esto, el crimen nos arruinaría entre los árabes, con mayor motivo por cuanto fue algo como un crimen contra la hospitalidad. Ha sido odioso para usted y es bastante terrible para mí. Pero hay algunas cosas que no se pueden hacer, y, mientras yo viva, ésta es una de ellas.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Boyle, mirándolo con curiosidad—. ¿Por qué usted, precisamente, ha de mostrarse tan apasionado en esto?

—Supongo —dijo el otro— que es porque soy un pequeño engländer.

—Nunca he podido entender qué quería usted significar con eso —respondió Boyle.

—¿Piensa usted que Inglaterra es tan pequeña —dijo Fisher, con calor en su fría voz—, que no puede detener un hombre a través de unos pocos miles de millas? Usted me quiso dar una lección de patriotismo teórico, mi joven amigo, pero ahora se trata, para usted y para mí, de patriotismo práctico, y sin mentiras para ayudarlo. Usted hablaba como si todo marchara bien para nosotros en el mundo

entero, en un crescendo triunfal que culminaba en Hastings. Yo le dije que todo había ido mal aquí para nosotros, excepto Hastings. Su nombre era el único que nos quedaba como conjuro; y éste no debe perderse también. ¡No, por Dios! Ya es bastante malo que una banda de infernales judíos nos haya plantado aquí, donde no hay ningún interés británico que servir y sí todo un infierno desencadenado contra nosotros, sólo porque el Narigudo Zimmern ha prestado dinero a la mitad del ministerio. Ya es bastante malo que un viejo prestamista de Bagdad nos haga librar sus batallas; no podemos luchar con la mano derecha cortada. Nuestro único tanto era Hastings y su victoria, que en realidad era la victoria de otro. Tom Travers tiene que sufrir, y usted también.

Después, tras un silencio, señaló al pozo sin fondo y dijo en un tono más tranquilo:

—Ya le dije que no creía en la filosofía de la Torre de Aladino. No creo en el Imperio que cree tocar el cielo; no creo en la Union Jack subiendo eternamente como la Torre. Pero, si usted cree que voy a dejar que la Union Jack se hunda eternamente como el pozo sin fondo, en la derrota y en la irrisión entre las befas de los judíos que nos han chupado los huesos. . . Yo no haré esto, se lo digo categóricamente: no, aunque el Canciller sufra el chantaje de veinte millones con sus periódicos indecentes; no, aunque el Primer Ministro se case con veinte judías yanquis; no, aunque Woodville y Carstairs tengan acciones en veinte minas trucadas. Si la cosa está realmente tambaleándose, no debemos ser nosotros, ¡Dios nos valga!, los que le demos el empujón.

Boyle lo estaba mirando con un azoramiento que casi era miedo y que tenía hasta un algo de repugnancia.

—Parece haber algo espantoso —dijo— en las cosas que sabe usted.

—Sí —respondió Horne Fisher—, y no es que esté muy complacido con mi pequeño caudal de conocimientos y reflexiones. Pero, como éste ha contribuido en parte a evitar que a usted lo ahorcaran, no veo por qué tiene que quejarse de él.

Y, como si se avergonzara de su exaltación, volvió la espalda al joven y se alejó hacia el pozo sin fondo.

Un asunto de otro tiempo, de John Galsworthy



Cuando en el verano de 1921 Hubert Marsland, el paisajista, regresaba de pasar el día haciendo bosquejos junto al río, tuvo que detener su coche de dos plazas a unas diez millas de Londres para una pequeña reparación; y, mientras lo arreglaban, se alejó del taller para echar un vistazo a la casa donde solía pasar sus vacaciones cuando era niño. Después de franquear una verja y de dejar a su izquierda una gravera, llegó en seguida ante la casa, que se alzaba en medio del jardín. ¡Cuánto había cambiado! Resultaba más pretenciosa y menos acogedora que cuando sus tíos vivían allí y él jugaba al cricket en el terreno de enfrente, que parecía haberse convertido en un campo de golf. Era tarde... hora de cenar, y, como no vio a ningún jugador, se adentró en el campo y empezó a reconocer sus rincones. Allí debía de haber estado la vieja caseta. Y un poco más lejos, aún cubierto de césped, el lugar donde había bateado tan bien la pelota y, después de marcar trece puntos, había terminado su turno, el último del equipo, sin ser eliminado. Hacía treinta y nueve años, el día que cumplía dieciséis. ¡Con qué claridad recordaba sus nuevas espinilleras! A. P. Lucas había jugado contra ellos y sólo había marcado treinta y dos; en aquellos días todos copiaban su estilo: el pie delante del bate, un poco hacia fuera, con elegancia; algo que ya no se veía, afortunadamente... ¡puede uno sacrificar tanto en aras del estilo! Ahora, sin embargo, se tendía a lo contrario; el estilo era quizá algo totalmente pasado de moda...

Retrocedió hacia el sol y se sentó en la hierba. ¡Qué paz! ¡Cuánta quietud! La neblina que cubría las lejanas colinas resultaba visible entre la antigua casa de su tío y la vivienda vecina. Y en el lado opuesto estaba el grupo de olmos, tras los que se pondría el sol como en los viejos tiempos. Hundió la palma de las manos en el césped. Un verano maravilloso... muy parecido a aquel otro verano de su adolescencia. Y la calidez de la hierba, o tal vez del pasado, se apoderó de su corazón y sintió cómo le invadía la nostalgia. Debía de haberse sentado en aquel mismo lugar después de su turno de lanzamiento, junto a los pies de la señora Monteith, que asomaban por debajo de un vestido de volantes. ¡Dios mío! ¡Qué necios eran los jóvenes! Y ¡cuán precipitados e imprudentes sus afectos! Un poco de dulzura en una voz o en una mirada, una sonrisa, un pequeño roce o dos, ¡y ya eran esclavos! Necios, pero también generosos. Y, detrás de la silla de la señora Monteith, podía ver con claridad al capitán MacKay, ese otro ídolo, con su rostro de color marfil oscuro (exactamente igual que aquel colmillo de elefante de su tío, que con el tiempo se había vuelto tan amarillo), su soberbio bigote negro, su corbata blanca, traje de cuadros, clavel en la solapa, polainas cortas, bastón de Malaca... ¡todo tan fascinante! La señora Monteith, «la separada», ¡así la llamaban! Recordaba el modo en que la gente la miraba, el tono de sus voces. ¡Y era tan hermosa! Se había enamorado de ella a primera vista... de su perfume, de su voz, de su elegancia. Y aquel día en el río, cuando ella le hizo tanto caso, y el capitán MacKay estuvo tan pendiente de Evelyn Curtiss que todos pensaron que iba a declararse. ¡Qué época tan extraña! Entonces empleaban la palabra «cortejar», y vestían faldas amplias y corsés muy altos; y él llevaba un cinturón elástico de color azul alrededor de su cintura de franela blanca. Y aquella noche su tía le había dicho, con una sonrisa maliciosa: «¡Buenas noches, tontuelo!». Y la verdad es que lo era, con aquella flor que la señora Monteith había dejado caer al suelo entre su

mejilla y la almohada. ¡Qué locura! Y el domingo siguiente... deseando ir a la iglesia... cepillando con fervor su sombrero de copa; había pasado todo el servicio espiando su pálido perfil, dos bancos delante de él, a la izquierda, entre su tío Hallgrave, un anciano con barba de chivo, y su gorda y sonrosada tía de pelo blanco; ideando cómo acercarse a ella cuando saliera, indeciso, acechante, sin conseguir más que una sonrisa y el frufrú de sus volantes. ¡Ay! ¡El menor detalle significaba tanto en aquella época! Y su último día de vacaciones... la noche en que por primera vez entrevió la realidad. ¿Quién dijo que la era victoriana estuvo llena de inocencia?

Marsland se llevó la mano a la mejilla. ¡No, el relente todavía no se notaba! Y, de igual modo que un hombre remueve y sacude el heno para airearlo, sintió que algo se removía en su interior y sacudía los recuerdos de otras mujeres; pero nada despertaba en él un sentimiento parecido a aquella primera experiencia.

¡El baile de su tía! Su primer chaleco blanco, comprado ad hoc en la sastrería local; la corbata con la que trataba de emular a su héroe, el capitán MacKay. Se acordaba tan bien de todos los detalles en medio de aquella paz: la expectación, el tímido y discreto nerviosismo, la petición de un baile con voz entrecortada, el nombre de la señora Monteith escrito dos veces en su pequeña libreta de bordes dorados con el diminuto lápiz blanco con borlas; la lentitud con que ella movía el abanico, su sonrisa... Y el primer baile; su infinito cuidado para no pisar las puntas de sus zapatos de satén blanco; la emoción cuando el brazo de ella apretaba el suyo en medio del tumulto... Qué grande su embeleso, especialmente en la primera parte de la velada, cuando todavía le quedaba otro baile. ¡Si hubiera podido hacerla girar en ambos sentidos, como su héroe el capitán MacKay! Su exaltación fue en aumento al acercarse el segundo baile, lo que le hizo despedirse bruscamente de su pareja. Recordaba con claridad el frescor del aire y el aroma de la hierba en la oscura terraza, el zumbido de los abejorros, la asombrosa altura de los álamos a la luz de las estrellas... y el cuidadoso arreglo de su corbata y chaleco, la vigilante limpieza del sudor de su rostro. Un respiro hondo, y entrar en la casa a buscarla. El salón de baile, el comedor, las escaleras, la biblioteca, la sala de billar, y todo en vano... Los músicos seguían tocando el vals Estudiantina, y él vagando por las habitaciones con su chaleco blanco, como un joven fantasma. ¡Ah, el invernadero! ¡Cómo corrió hacia allí! Y luego aquel instante del que seguía guardando, incluso ahora, una impresión borrosa, muy confusa. El sonido de voces ahogadas entre las flores: «La he visto», «¿Quién era el hombre?». La visión momentánea de un rostro de color marfil, de un bigote negro. Y entonces la voz de ella: «¡Hubert!»; y una mano febril cogiendo la suya, acercándolo a ella; su perfume, su sonrisa forzada. Cuchicheos detrás de las flores, aquella gente espiando; y, súbitamente, los labios de ella en su mejilla, el beso resonando en sus oídos, su voz exclamando con dulzura: «¡Hubert, querido muchacho!». Los susurros disminuyeron, cesaron. ¡Qué minuto tan largo y silencioso entre los helechos y las flores, en aquella penumbra, con el semblante de ella junto al suyo... pálido, inquieto, antes de ser conducido nuevamente a la luz, comprendiendo poco a poco que ella lo había utilizado. Un muchacho... demasiado joven para ser su amante, ipero no para salvar su reputación y la del capitán MacKay! El beso de ella... el último de muchos... pero no en sus labios, en sus mejillas. ¡Qué duro había sido darse cuenta del engaño! Besar a un muchacho... sin importancia... un muchacho que, al día siguiente, volvería al colegio, ipara que él y ella pudieran reanudar su relación libres de sospecha!

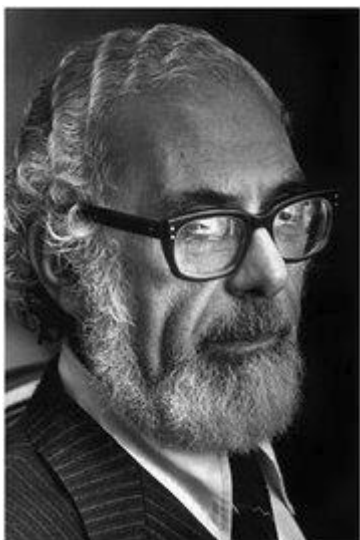
Después de ver su amor cubierto de fango, ¿cómo se había comportado el resto de la velada? Apenas lo recordaba. ¡Traicionado con un beso! ¡Dos ídolos caídos! ¿Acaso se preocuparon ellos de lo que él sentía? En absoluto. ¡Su única inquietud fue servirse de él para ocultar sus relaciones! Sin embargo, no sé por qué motivo... él nunca había

dado a entender a la señora Monteith que lo sabía. Sólo cuando terminaron de bailar y alguien vino en busca de ella, huyó a su pequeño dormitorio, se arrancó los guantes, el chaleco; luego se tendió en la cama y le asaltaron amargos pensamientos. ¡Le había llamado muchacho! Y siguió allí, con el runrún de la música en sus oídos, hasta que finalmente se fue desvaneciendo, los carruajes se marcharon y la noche quedó en silencio.

Poniéndose en cuclillas sobre la hierba, todavía tibia y seca, Marsland se frotó las rodillas. ¡Nada tan generoso como un muchacho! Con una pequeña sonrisa, se acordó de su tía al día siguiente, y de la mezcla de ironía y de inquietud con que ésta le había dicho: «No está bien, querido, sentarse en rincones oscuros y... bueno, es posible que la culpa no fuera tuya, pero, a pesar de todo, no está bien... no está nada...». Y cómo se había detenido de pronto, contemplando el rostro de su sobrino, mientras los labios de éste anunciaban su primera risa sarcástica. Su tía jamás le había perdonado aquella reacción. ¿Le habría creído un joven y cínico Lotario? Y Marsland pensó: «¡Vivir para ver!». ¿Qué habría sido de los dos? ¡La era victoriana! Sabían cubrirse las espaldas, pero hablar de inocencia! ¡Habrase visto!

¡Ah! El sol estaba a punto de ocultarse y se sentía el relente. Hubert se levantó, frotándose las rodillas para quitarse el entumecimiento. Más allá, en el bosque, las palomas zureaban. Una ventana de la antigua casa de su tío brillaba como una joya entre los álamos, bajo los últimos rayos de sol. ¡Ah! ¡Aquel insignificante asunto de otro tiempo!

Volamos, de Antonio Di Benedetto



Como puesta ante un apacible e inofensivo misterio, que puede serlo, con ganas de hablar, que a mí me faltan, me cuenta de su gato.

Es, sí. Claro que es; pero... Ante todo, como es huérfano, recogido por compasión, se ignora su ascendencia. Es gato y le agrada el agua. De las acequias no prefiere los albañales, sino la corriente barrosa. Se lanza acezante, pisa fuerte y salpica: hunde las fauces y hace que toma, pero no toma, porque es de puro goloso que lo hace. Puede pensarse que no es un gato, que es un perro. También por su actitud indiferente en presencia de los demás gatos. Pero es que asimismo se limita a observar desde lejos a los perros y ni siquiera se enardece frente a una pelea callejera. Como al emitir la voz desafina

espantosamente y además es ronco, no puede saberse si maúlla o ladra.

Hago como que me asombro. Pero no abro la boca, porque de preguntar o comentar me preguntaría por qué pienso así y tendría que explicar y complicarme en un diálogo. Empero ya no me habla: se habla. Revisa lo que sabe y quiere saber más.

Es gato y le gusta el agua. Eso no autoriza a concluir que sea un perro. Ni siquiera está la cuestión en que sea perro o gato, porque ni uno ni otro vuelan, y este animalito vuela; desde hace unos días se ha puesto a volar.

Yo espero que me pregunte si creo que se trata de una brujería. Pero no; al parecer, no cree en eso. Yo tampoco; aunque lo pensé. Mejor dicho, pensé que ella lo pensaba. Pero no.

¿No te maravillas?

Sí; seguramente. Me maravillo. Cómo no. Me maravillo.

Podría maravillarme, cómo no. Pero no. Puedo maravillarme porque el gato-perro vuela. Pero es que no sólo hablo. Estoy pensando. Pienso que ella supone que he de maravillarme porque lo que creyó era gato puede ser perro o lo que puede ser gato o perro puede ser un ave o cualquier otro animal que vuele. Debiera maravillarme porque, lo que se cree que es, no es. No puedo. ¿Acaso me maravilla que tú no seas lo que tu esposo cree que eres? ¿Acaso me maravilla no ser lo que mi esposa cree que soy? Tu animalejo es un cínico, nada más. Un cínico ejercitado.

El amor que no podía ocultarse, de Enrique Jardiel Poncela



Durante tres horas largas hice todas aquellas operaciones que denotan la impaciencia en que se sumerge un alma: consulté el reloj, le di cuerda, volví a consultarlo, le di cuerda nuevamente, y, por fin, le salté la cuerda; sacudí unas motitas que aparecían en mi traje; sacudí otras del fieltro de mi sombrero; revisé dieciocho veces todos los papeles de mi cartera; tararé quince cuplés y dos romanzas; leí tres periódicos sin enterarme de nada de lo que decían; medité; alejé las meditaciones; volví a meditar; rectifiqué las arrugas de mi pantalón; hice caricias a un perro, propiedad del parroquiano que estaba a la derecha; di vueltas al botoncito de la cuerda de mi reloj hasta darme cuenta de que se había roto antes y que no tendría inconveniente en dejarse dar vueltas un año entero.

¡Oh! Había una razón que justificaba todo aquello. Mi amada desconocida iba a llegar de un momento a otro. Nos adorábamos por carta desde la primavera anterior.

¡Excepcional Gelda! Su amor había colmado la copa de mis ensueños, como dicen los autores de libretos para zarzuelas. Sí. Estaba muy enamorado de Gelda. Sus cartas, llenas de una gracia tierna y elegante, habían sido el lugar geométrico de mis besos.

A fuerza de entenderme con ella sólo por correo había llegado a temer que nunca podría hablarla. Sabía por varios retratos que era hermosa y distinguida como la protagonista de un cuento. Pero en el Libro de Caja del Destino estaba escrito con letra redondilla que Gelda y yo nos veríamos al fin frente a frente; y su última carta, anunciando su llegada y dándome cita en aquel café moderno -donde era imprescindible aguantar a los cinco pelmazos de la orquesta- me había colocado en el Empíreo, primer sillón de la izquierda.

Un taxi se detuvo a la puerta del café. Ágilmente bajó de él Gelda. Entró, llegó junto a mí, me tendió sus dos manos a un tiempo con una sonrisa celestial y se dejó caer en el diván con un "chic" indiscutible.

Pidió no recuerdo qué cosa y me habló de nuestros amores epistolares, de lo feliz que pensaba ser ahora, de lo que me amaba...

-También yo te quiero con toda mi alma.

-¿Qué dices? -me preguntó.

-Que yo te quiero también con toda mi alma.

-¿Qué?

Vi la horrible verdad. Gelda era sorda.

-¿Qué? -me apremiaba.

-¡Que también yo te quiero con toda mi alma! -repetí gritando.

Y me arrepentí en seguida, porque diez parroquianos se volvieron para mirarme, evidentemente molestos.

-¿De verdad que me quieres? -preguntó ella con esa pesadez propia de los enamorados y de los agentes de seguros de vida-. ¡Júramelo!

-¡Lo juro!

-¿Qué?

-¡¡Lo juro!!

-Pero dime que juras que me quieres -insistió mimosamente.

-¡¡Juro que te quiero!! -vociferé.

Veinte parroquianos me miraron con odio.

-¡Qué idiota! -susurró uno de ellos-. Eso se llama amar de viva voz.

-Entonces -siguió mi amada, ajena a aquella tormenta-, ¿no te arrepientes de que haya venido a verte?

-¡De ninguna manera! -grité decidido a arrostrarlo todo, porque me pareció estúpido sacrificar mi amor a la opinión de unos señores que hablaban del Gobierno.

-¿Y... te gusto?

-¡¡Mucho!!

-En tus cartas decías que mis ojos parecían muy melancólicos. ¿Sigues creyéndolo así?

-¡¡Sí!! -grité valerosamente-. ¡¡Tus ojos son muy melancólicos!!

-¿Y mis pestañas?

-¡¡Tus pestañas, largas, rizadasísimas!!

Todo el café nos miraba. Habían callado las conversaciones y la orquesta y sólo se me oía a mí. En las cristaleras empezaron a pararse los transeúntes.

-¿Mi amor te hace dichoso?

-¡¡Dichosísimo!!

-Y cuando puedas abrazarme...

-¡¡Cuando pueda abrazarte -chillé, como si estuviera pronunciando un discurso en una plaza de Toros- creeré que estrecho contra mi corazón todas las rosas de todos los rosales del mundo!!

No sé el tiempo que seguí afrontando los rigores de la opinión ajena. Sé que, al fin, se me acercó un guardia.

-Haga el favor de no escandalizar -dijo-. Le ruego a usted y a la señorita que se vayan del local.

-¿Qué ocurre? -indagó Gelda.

-¡¡Nos echan por escándalo!!

-¡Por escándalo! -habló estupefacta-. Pero si estábamos en un rinconcito del café, ocultando nuestro amor a todo el mundo y contándonos en voz baja nuestros secretos...

Le dije que sí para no meterme en explicaciones y nos fuimos.

Ahora vivimos en una "villa" perdida en el campo, pero cuando nos amamos, acuden siempre los campesinos de las cercanías preguntando si ocurre algo grave.

El Ojo Silva, de Roberto Bolaño



Lo que son las cosas, Mauricio Silva, llamado el Ojo, siempre intentó escapar de la violencia aun a riesgo de ser considerado un cobarde, pero de la violencia, de la verdadera violencia, no se puede escapar, al menos no nosotros, los nacidos en Latinoamérica en la década del cincuenta, los que rondábamos los veinte años cuando murió Salvador

Allende. El caso del Ojo es paradigmático y ejemplar y tal vez no sea ocioso volver a recordarlo, sobre todo cuando ya han pasado tantos años.

En enero de 1974, cuatro meses después del golpe de Estado, el Ojo Silva se marchó de Chile. Primero estuvo en Buenos Aires, luego los malos vientos que soplaban en la vecina república lo llevaron a México en donde vivió un par de años y en donde lo conocí.

No era como la mayoría de los chilenos que por entonces vivían en el D.F.: no se vanagloriaba de haber participado en una resistencia más fantasmal que real, no frecuentaba los círculos de exiliados.

Nos hicimos amigos y solíamos encontrarnos una vez a la semana, por lo menos, en el café La Habana, de Bucareli, o en mi casa de la calle Versalles en donde yo vivía con mi madre y con mi hermana. Los primeros meses el Ojo Silva sobrevivió a base de tareas esporádicas y precarias, luego consiguió trabajo como fotógrafo de un periódico del D.F. No recuerdo qué periódico era, tal vez El Sol, si alguna vez existió en México un periódico de ese nombre, tal vez El Universal; yo hubiera preferido que fuera El Nacional, cuyo suplemento cultural dirigía el viejo poeta español Juan Rejano, pero en El Nacional no fue porque yo trabajé allí y nunca vi al Ojo en la redacción. Pero trabajó en un periódico mexicano, de eso no me cabe la menor duda, y su situación económica mejoró, al principio imperceptiblemente, porque el Ojo se había acostumbrado a vivir de forma espartana, pero si uno afinaba la mirada podía apreciar señales inequívocas que hablaban de un repunte económico.

Los primeros meses en el D.F., por ejemplo, lo recuerdo vestido con sudaderas. Los últimos ya se había comprado un par de camisas e incluso una vez lo vi con corbata, una prenda que nosotros, es decir mis amigos poetas y yo, no usábamos nunca. De hecho, el único personaje encorbatado que alguna vez se sentó a nuestra mesa del café Quito, en la avenida Bucareli, fue el Ojo.

Por aquellos días se decía que el Ojo Silva era homosexual. Quiero decir: en los círculos de exiliados chilenos corría ese rumor, en parte como manifestación de maledicencia y en parte como un nuevo chisme que alimentaba la vida más bien aburrida de los exiliados, gente de izquierda que pensaba, al menos de cintura para abajo, exactamente igual que la gente de derecha que en aquel tiempo se enseñoreaba de Chile.

Una vez vino el Ojo a comer a mi casa. Mi madre lo apreciaba y el Ojo correspondía al cariño haciendo de vez en cuando fotos de la familia, es decir de mi madre, de mi hermana, de alguna amiga de mi madre y de mí. A todo el mundo le gusta que lo fotografíen, me dijo una vez. A mí me daba igual, o eso creía, pero cuando el Ojo dijo eso estuve pensando durante un rato en sus palabras y terminé por darle la razón. Sólo a algunos indios no les gustan las fotos, dijo. Mi madre creyó que el Ojo estaba

hablando de los mapuches, pero en realidad hablaba de los indios de la India, de esa India que tan importante iba a ser para él en el futuro.

Una noche me lo encontré en el café Quito. Casi no había parroquianos y el Ojo estaba sentado junto a los ventanales que daban a Bucareli con un café con leche servido en vaso, esos vasos grandes de vidrio grueso que tenía el Quito y que nunca más he vuelto a ver en un establecimiento público. Me senté junto a él y estuvimos charlando durante un rato. Parecía translúcido. Esa fue la impresión que tuve. El Ojo parecía de cristal, y su cara y el vaso de vidrio de su café con leche parecían intercambiar señales, como si se acabaran de encontrar, dos fenómenos incomprensibles en el vasto universo, y trataran con más voluntad que esperanza de hallar un lenguaje común.

Esa noche me confesó que era homosexual, tal como propagaban los exiliados, y que se iba de México. Por un instante creí entender que se marchaba porque era homosexual. Pero no, un amigo le había conseguido un trabajo en una agencia de fotógrafos de París y eso era algo con lo que siempre había soñado. Tenía ganas de hablar y yo lo escuché. Me dijo que durante algunos años había llevado con ¿pesar?, ¿discreción?, su inclinación sexual, sobre todo porque él se consideraba de izquierdas y los compañeros veían con cierto prejuicio a los homosexuales. Hablamos de la palabra invertido (hoy en desuso) que atraía como un imán paisajes desolados, y del término colisa, que yo escribía con ese y que el Ojo pensaba se escribía con zeta.

Recuerdo que terminamos despotricando contra la izquierda chilena y que en algún momento yo brindé por los luchadores chilenos errantes, una fracción numerosa de los luchadores latinoamericanos errantes, entelequia compuesta de huérfanos que, como su nombre indica, erraban por el ancho mundo ofreciendo sus servicios al mejor postor, que casi siempre, por lo demás, era el peor. Pero después de reírnos el Ojo dijo que la violencia no era cosa suya. Tuya sí, me dijo con una tristeza que entonces no entendí, pero no mía. Detesto la violencia. Yo le aseguré que sentía lo mismo. Después nos pusimos a hablar de otras cosas, libros, películas, y ya no nos volvimos a ver.

Un día supe que el Ojo se había marchado de México. Me lo comunicó un antiguo compañero suyo del periódico. No me pareció extraño que no se hubiera despedido de mí. El Ojo nunca se despedía de nadie. Yo nunca me despedía de nadie. Mis amigos mexicanos nunca se despedían de nadie. A mi madre, sin embargo, le pareció un gesto de mala educación.

Dos o tres años después yo también me marché de México. Estuve en París, lo busqué (si bien no con excesivo ahínco), no lo encontré. Con el paso del tiempo empecé a olvidar hasta su rostro, aunque siempre persistió en mi memoria una forma de acercarse, un estar, una forma de opinar desde cierta distancia y desde cierta tristeza nada enfática que asociaba con el Ojo Silva, un Ojo Silva que ya no tenía rostro o que había adquirido un rostro de sombras, pero que aún mantenía lo esencial, la memoria de su movimiento, una entidad casi abstracta pero en donde no cabía la quietud.

Pasaron los años. Muchos años. Algunos amigos murieron. Yo me casé, tuve un hijo, publiqué algunos libros.

En cierta ocasión tuve que ir a Berlín. La última noche, después de cenar con Heinrich von Berenberg y su familia, cogí un taxi (aunque usualmente era Heinrich el que cada noche me iba a dejar al hotel) al que ordené que se detuviera antes porque quería pasear un poco. El taxista (un asiático ya mayor que escuchaba a Beethoven)

me dejó a unas cinco cuadras del hotel. No era muy tarde aunque casi no había gente por las calles. Atravesé una plaza. Sentado en un banco estaba el Ojo. No lo reconocí hasta que él me habló. Dijo mi nombre y luego me preguntó cómo estaba. Entonces me di la vuelta y lo miré durante un rato sin saber quién era. El Ojo seguía sentado en el banco y sus ojos me miraban y luego miraban el suelo o a los lados, los árboles enormes de la pequeña plaza berlinesa y las sombras que lo rodeaban a él con más intensidad (eso creí entonces) que a mí. Di unos pasos hacia él y le pregunté quién era. Soy yo, Mauricio Silva, dijo. ¿El Ojo Silva de Chile?, dije yo. Él asintió y sólo entonces lo vi sonreír.

Aquella noche conversamos casi hasta que amaneció. El Ojo vivía en Berlín desde hacía algunos años y sabía encontrar los bares que permanecían abiertos toda la noche. Le pregunté por su vida. A grandes rasgos me hizo un dibujo de los avatares del fotógrafo free lancer. Había tenido casa en París, en Milán y ahora en Berlín, viviendas modestas en donde guardaba los libros y de las que se ausentaba durante largas temporadas. Sólo cuando entramos al primer bar pude apreciar cuánto había cambiado. Estaba mucho más flaco, el pelo entrecano y la cara surcada de arrugas. Noté asimismo que bebía mucho más que en México. Quiso saber cosas de mí. Por supuesto, nuestro encuentro no había sido casual. Mi nombre había aparecido en la prensa y el Ojo lo leyó o alguien le dijo que un compatriota suyo daba una lectura o una conferencia a la que no pudo ir, pero llamó por teléfono a la organización y consiguió las señas de mi hotel. Cuando lo encontré en la plaza sólo estaba haciendo tiempo, dijo, y reflexionando a la espera de mi llegada.

Me reí. Reencontrarlo, pensé, había sido un acontecimiento feliz. El Ojo seguía siendo una persona rara y sin embargo asequible, alguien que no imponía su presencia, alguien al que le podías decir adiós en cualquier momento de la noche y él sólo te diría adiós, sin un reproche, sin un insulto, una especie de chileno ideal, estoico y amable, un ejemplar que nunca había abundado mucho en Chile pero que sólo allí se podía encontrar.

Releo estas palabras y sé que peco de inexactitud. El Ojo jamás se hubiera permitido estas generalizaciones. En cualquier caso, mientras estuvimos en los bares, sentados delante de un whisky y de una cerveza sin alcohol, nuestro diálogo se desarrolló básicamente en el terreno de las evocaciones, es decir fue un diálogo informativo y melancólico. El diálogo, en realidad el monólogo, que de verdad me interesa es el que se produjo mientras volvíamos a mi hotel, a eso de las dos de la mañana.

La casualidad quiso que se pusiera a hablar (o que se lanzara a hablar) mientras atravesábamos la misma plaza en donde unas horas antes nos habíamos encontrado. Recuerdo que hacía frío y que de repente escuché que el Ojo me decía que le gustaría contarme algo que nunca antes le había contado a nadie. Lo miré. El Ojo tenía la vista puesta en el sendero de baldosas que serpenteaba por la plaza. Le pregunté de qué se trataba. De un viaje, contestó en el acto. ¿Y qué pasó en ese viaje?, le pregunté. Entonces el Ojo se detuvo y durante unos instantes pareció existir sólo para contemplar las copas de los altos árboles alemanes y los fragmentos de cielo y nubes que bullían silenciosamente por encima de éstos.

Algo terrible, dijo el Ojo. ¿Tú te acuerdas de una conversación que tuvimos en el Quito antes de que me marchara de México? Sí, dije. ¿Te dije que era gay?, dijo el Ojo. Me dijiste que eras homosexual, dije yo. Sentémonos, dijo el Ojo.

Juraría que lo vi sentarse en el mismo banco, como si yo aún no hubiera llegado, aún no hubiera empezado a cruzar la plaza, y él estuviera esperándome y reflexionando sobre su vida y sobre la historia que el destino o el azar lo obligaba a contarme. Alzó el cuello de su abrigo y empezó a hablar. Yo encendí un cigarrillo y permanecí de pie. La historia del Ojo transcurría en la India. Su oficio y no la curiosidad de turista lo había llevado hasta allí, en donde tenía que realizar dos trabajos. El primero era el típico reportaje urbano, una mezcla de Marguerite Duras y Hermann Hesse, el Ojo y yo sonreímos, hay gente así, dijo, gente que quiere ver la India a medio camino entre India Song y Sidharta, y uno está para complacer a los editores. Así que el primer reportaje había consistido en fotos donde se vislumbraban casas coloniales, jardines derruidos, restaurantes de todo tipo, con predominio más bien del restaurante canalla o del restaurante de familias que parecían canallas y sólo eran indias, y también fotos del extrarradio, las zonas verdaderamente pobres, y luego el campo y las vías de comunicación, carreteras, empalmes ferroviarios, autobuses y trenes que entraban y salían de la ciudad, sin olvidar la naturaleza como en estado latente, una hibernación ajena al concepto de hibernación occidental, árboles distintos a los árboles europeos, ríos y riachuelos, campos sembrados o secos, el territorio de los santos, dijo el Ojo.

El segundo reportaje fotográfico era sobre el barrio de las putas de una ciudad de la India cuyo nombre no conoceré nunca.

Aquí empieza la verdadera historia del Ojo. En aquel tiempo aún vivía en París y sus fotos iban a ilustrar un texto de un conocido escritor francés que se había especializado en el submundo de la prostitución. De hecho, su reportaje sólo era el primero de una serie que comprendería barrios de tolerancia o zonas rojas de todo el mundo, cada una fotografiada por un fotógrafo diferente, pero todas comentadas por el mismo escritor.

No sé a qué ciudad llegó el Ojo, tal vez Bombay, Calcuta, tal vez Benarés o Madrás, recuerdo que se lo pregunté y que él ignoró mi pregunta. Lo cierto es que llegó a la India solo, pues el escritor francés ya tenía escrita su crónica y él únicamente debía ilustrarla, y se dirigió a los barrios que el texto del francés indicaba y comenzó a hacer fotografías. En sus planes -y en los planes de sus editores- el trabajo y por lo tanto la estadía en la India no debía prolongarse más allá de una semana. Se hospedó en un hotel en una zona tranquila, una habitación con aire acondicionado y con una ventana que daba a un patio que no pertenecía al hotel y en donde había dos árboles y una fuente entre los árboles y parte de una terraza en donde a veces aparecían dos mujeres seguidas o precedidas de varios niños. Las mujeres vestían a la usanza india, o lo que para el Ojo eran vestimentas indias, pero a los niños incluso una vez los vio con corbatas. Por las tardes se desplazaba a la zona roja y hacía fotos y charlaba con las putas, algunas jovencísimas y muy hermosas, otras un poco mayores o más estropeadas, con pinta de matronas escépticas y poco locuaces. El olor, que al principio más bien lo molestaba, terminó gustándole. Los chulos (no vio muchos) eran amables y trataban de comportarse como chulos occidentales o tal vez (pero esto lo soñó después, en su habitación de hotel con aire acondicionado) eran estos últimos quienes habían adoptado la gestualidad de los chulos hindúes.

Una tarde lo invitaron a tener relación carnal con una de las putas. Se negó educadamente. El chulo comprendió en el acto que el Ojo era homosexual y a la noche siguiente lo llevó a un burdel de jóvenes maricas. Esa noche el Ojo enfermó. Ya estaba dentro de la India y no me había dado cuenta, dijo estudiando las sombras del parque berlinés. ¿Qué hiciste?, le pregunté. Nada. Miré y sonreí. Y no hice nada. Entonces a

uno de los jóvenes se le ocurrió que tal vez al visitante le agradara visitar otro tipo de establecimiento. Eso dedujo el Ojo, pues entre ellos no hablaban en inglés. Así que salieron de aquella casa y caminaron por calles estrechas e infectas hasta llegar a una casa cuya fachada era pequeña pero cuyo interior era un laberinto de pasillos, habitaciones minúsculas y sombras de las que sobresalía, de tanto en tanto, un altar o un oratorio.

Es costumbre en algunas partes de la India, me dijo el Ojo mirando el suelo, ofrecer un niño a una deidad cuyo nombre no recuerdo. En un arranque desafortunado le hice notar que no sólo no recordaba el nombre de la deidad sino que tampoco el nombre de la ciudad ni el de ninguna persona de su historia. El Ojo me miró y sonrió. Trato de olvidar, dijo.

En ese momento me temí lo peor, me senté a su lado y durante un rato ambos permanecimos con los cuellos de nuestros abrigos levantados y en silencio. Ofrecen un niño a ese dios, retomó su historia tras escrutar la plaza en penumbras, como si temiera la cercanía de un desconocido, y durante un tiempo que no sé mensurar el niño encarna al dios. Puede ser una semana, lo que dure la procesión, un mes, un año, no lo sé. Se trata de una fiesta bárbara, prohibida por las leyes de la república india, pero que se sigue celebrando. Durante el transcurso de la fiesta el niño es colmado de regalos que sus padres reciben con gratitud y felicidad, pues suelen ser pobres. Terminada la fiesta el niño es devuelto a su casa, o al agujero inmundo donde vive y todo vuelve a recomenzar al cabo de un año.

La fiesta tiene la apariencia de una romería latinoamericana, sólo que tal vez es más alegre, más bulliciosa y probablemente la intensidad de los que participan, de los que se saben participantes, sea mayor. Con una sola diferencia. Al niño, días antes de que empiecen los festejos, lo castran. El dios que se encarna en él durante la celebración exige un cuerpo de hombre -aunque los niños no suelen tener más de siete años- sin la mácula de los atributos masculinos. Así que los padres lo entregan a los médicos de la fiesta o a los barberos de la fiesta o a los sacerdotes de la fiesta y éstos lo emasculan y cuando el niño se ha recuperado de la operación comienza el festejo. Semanas o meses después, cuando todo ha acabado, el niño vuelve a casa, pero ya es un castrado y los padres lo rechazan. Y entonces el niño acaba en un burdel. Los hay de todas clases, dijo el Ojo con un suspiro. A mí, aquella noche, me llevaron al peor de todos.

Durante un rato no hablamos. Yo encendí un cigarrillo. Después el Ojo me describió el burdel y parecía que estaba describiendo una iglesia. Patios interiores techados. Galerías abiertas. Celdas en donde gente a la que tú no veías espiaba todos tus movimientos. Le trajeron a un joven castrado que no debía tener más de diez años. Parecía una niña aterrorizada, dijo el Ojo. Aterrorizada y burlona al mismo tiempo. ¿Lo puedes entender? Me hago una idea, dije. Volvimos a enmudecer. Cuando por fin pude hablar otra vez dije que no, que no me hacía ninguna idea. Ni yo, dijo el Ojo. Nadie se puede hacer una idea. Ni la víctima, ni los verdugos, ni los espectadores. Sólo una foto.

¿Le sacaste una foto?, dije. Me pareció que el Ojo era sacudido por un escalofrío. Saqué mi cámara, dijo, y le hice una foto. Sabía que estaba condenándome para toda la eternidad, pero lo hice.

Ignoro cuánto rato estuvimos en silencio. Sé que hacía frío pues yo en algún momento me puse a temblar. A mi lado oí sollozar al Ojo un par de veces, pero preferí

no mirarlo. Vi los faros de un coche que pasaba por una de las calles laterales de la plaza. A través del follaje vi encenderse una ventana.

Después el Ojo siguió hablando. Dijo que el niño le había sonreído y luego se había escabullido mansamente por una de los pasillos de aquella casa incomprensible. En algún momento uno de los chulos le sugirió que si allí no había nada de su agrado se marcharan. El Ojo se negó. No podía irse. Se lo dijo así: no puedo irme todavía. Y era verdad, aunque él desconocía qué era aquello que le impedía abandonar aquel antro para siempre. El chulo, sin embargo, lo entendió y pidieron té o un brebaje parecido. El Ojo recuerda que se sentaron en el suelo, sobre unas esteras o sobre unas alfombrillas estropeadas por el uso. La luz provenía de un par de velas. Sobre la pared colgaba un póster con la efigie del dios. Durante un rato el Ojo miró al dios y al principio se sintió atemorizado, pero luego sintió algo parecido a la rabia, tal vez al odio.

Yo nunca he odiado a nadie, dijo mientras encendía un cigarrillo y dejaba que la primera bocanada se perdiera en la noche berlinesa.

En algún momento, mientras el Ojo miraba la efigie del dios, aquellos que lo acompañaban desaparecieron. Se quedó solo con una especie de puto de unos veinte años que hablaba inglés. Y luego, tras unas palmadas, reapareció el niño. Yo estaba llorando, o yo creía que estaba llorando, o el pobre puto creía que yo estaba llorando, pero nada era verdad. Yo intentaba mantener una sonrisa en la cara (una cara que ya no me pertenecía, una cara que se estaba alejando de mí como una hoja arrastrada por el viento), pero en mi interior lo único que hacía era maquinar. No un plan, no una forma vaga de justicia, sino una voluntad.

Y después el Ojo y el puto y el niño se levantaron y recorrieron un pasillo mal iluminado y otro pasillo peor iluminado (con el niño a un lado del Ojo, mirándolo, sonriéndole, y el joven puto también le sonreía, y el Ojo asentía y prodigaba ciegamente las monedas y los billetes) hasta llegar a una habitación en donde dormitaba el médico y junto a él otro niño con la piel aún más oscura que la del niño castrado y menor que éste, tal vez seis años o siete, y el Ojo escuchó las explicaciones del médico o del barbero o del sacerdote, unas explicaciones prolijas en donde se mencionaba la tradición, las fiestas populares, el privilegio, la comunión, la embriaguez y la santidad, y pudo ver los instrumentos quirúrgicos con que el niño iba a ser castrado aquella madrugada o la siguiente, en cualquier caso el niño había llegado, pudo entender, aquel mismo día al templo o al burdel, una medida preventiva, una medida higiénica, y había comido bien, como si ya encarnara al dios, aunque lo que el Ojo vio fue un niño que lloraba medio dormido y medio despierto, y también vio la mirada medio divertida y medio aterrorizada del niño castrado que no se despegaba de su lado. Y entonces el Ojo se convirtió en otra cosa, aunque la palabra que él empleó no fue "otra cosa" sino "madre".

Dijo madre y suspiró. Por fin. Madre.

Lo que sucedió a continuación de tan repetido es vulgar: la violencia de la que no podemos escapar. El destino de los latinoamericanos nacidos en la década de los cincuenta. Por supuesto, el Ojo intentó sin gran convicción el diálogo, el soborno, la amenaza. Lo único cierto es que hubo violencia y poco después dejó atrás las calles de aquel barrio como si estuviera soñando y transpirando a mares. Recuerda con viveza la sensación de exaltación que creció en su espíritu, cada vez mayor, una alegría que se parecía peligrosamente a algo similar a la lucidez, pero que no era (no podía ser) lucidez. También: la sombra que proyectaba su cuerpo y las sombras de los dos niños

que llevaba de la mano sobre los muros descascarados. En cualquier otra parte hubiera concitado la atención. Allí, a aquella hora, nadie se fijó en él.

El resto, más que una historia o un argumento, es un itinerario. El Ojo volvió al hotel, metió sus cosas en la maleta y se marchó con los niños. Primero en un taxi hasta una aldea o un barrio de las afueras. Desde allí en un autobús hasta otra aldea en donde cogieron otro autobús que los llevó a otra aldea. En algún punto de su fuga se subieron a un tren y viajaron toda la noche y parte del día. El Ojo recordaba el rostro de los niños mirando por la ventana un paisaje que la luz de la mañana iba deshilachando, como si nunca nada hubiera sido real salvo aquello que se ofrecía, soberano y humilde, en el marco de la ventana de aquel tren misterioso.

Después cogieron otro autobús, y un taxi, y otro autobús, y otro tren, y hasta hicimos dedo, dijo el Ojo mirando la silueta de los árboles berlineses pero en realidad mirando la silueta de otros árboles, innombrables, imposibles, hasta que finalmente se detuvieron en una aldea en alguna parte de la India y alquilaron una casa y descansaron.

Al cabo de dos meses el Ojo ya no tenía dinero y fue caminando hasta otra aldea desde donde envió una carta al amigo que entonces tenía en París. Al cabo de quince días recibió un giro bancario y tuvo que ir a cobrarlo a un pueblo más grande, que no era la aldea desde la que había mandado la carta ni mucho menos la aldea en donde vivía. Los niños estaban bien. Jugaban con otros niños, no iban a la escuela y a veces llegaban a casa con comida, hortalizas que los vecinos les regalaban. A él no lo llamaban padre, como les había sugerido más que nada como una medida de seguridad, para no atraer la atención de los curiosos, sino Ojo, tal como le llamábamos nosotros. Ante los aldeanos, sin embargo, el Ojo decía que eran sus hijos. Se inventó que la madre, india, había muerto hacía poco y él no quería volver a Europa. La historia sonaba verídica. En sus pesadillas, no obstante, el Ojo soñaba que en mitad de la noche aparecía la policía india y lo detenían con acusaciones indignas. Solía despertar temblando. Entonces se acercaba a las esterillas en donde dormían los niños y la visión de éstos le daba fuerzas para seguir, para dormir, para levantarse.

Se hizo agricultor. Cultivaba un pequeño huerto y en ocasiones trabajaba para los campesinos ricos de la aldea. Los campesinos ricos, por supuesto, en realidad eran pobres, pero menos pobres que los demás. El resto del tiempo lo dedicaba a enseñar inglés a los niños, y algo de matemáticas, y a verlos jugar. Entre ellos hablaban en un idioma incomprensible. A veces los veía detener los juegos y caminar por el campo como si de pronto se hubieran vuelto sonámbulos. Los llamaba a gritos. A veces los niños fingían no oírlo y seguían caminando hasta perderse. Otras veces volvían la cabeza y le sonreían.

¿Cuánto tiempo estuviste en la India?, le pregunté alarmado.

Un año y medio, dijo el Ojo, aunque a ciencia cierta no lo sabía.

En una ocasión su amigo de París llegó a la aldea. Todavía me quería, dijo el Ojo, aunque en mi ausencia se había puesto a vivir con un mecánico argelino de la Renault. Se rió después de decirlo. Yo también me reí. Todo era tan triste, dijo el Ojo. Su amigo que llegaba a la aldea a bordo de un taxi cubierto de polvo rojizo, los niños corriendo detrás de un insecto, en medio de unos matorrales secos, el viento que parecía traer buenas y malas noticias.

Pese a los ruegos del francés no volvió a París. Meses después recibió una carta de éste en donde le comunicaba que la policía india no lo perseguía. Al parecer la gente del burdel no había interpuesto denuncia alguna. La noticia no impidió que el Ojo siguiera sufriendo pesadillas, sólo cambió la vestimenta de los personajes que lo detenían y lo zaherían: en lugar de ser policías se convirtieron en esbirros de la secta del dios castrado. El resultado final era aún más horroroso, me confesó el Ojo, pero yo ya me había acostumbrado a las pesadillas y de alguna forma siempre supe que estaba en el interior de un sueño, que eso no era la realidad.

Después llegó la enfermedad a la aldea y los niños murieron. Yo también quería morirme, dijo el Ojo, pero no tuve esa suerte.

Tras convalecer en una cabaña que la lluvia iba destruyendo cada día, el Ojo abandonó la aldea y volvió a la ciudad en donde había conocido a sus hijos. Con atenuada sorpresa descubrió que no estaba tan distante como pensaba, la huida había sido en espiral y el regreso fue relativamente breve. Una tarde, la tarde en que llegó a la ciudad, fue a visitar el burdel en donde castraban a los niños. Sus habitaciones se habían convertido en viviendas en donde se hacinaban familias enteras. Por los pasillos que recordaba solitarios y fúnebres ahora pululaban niños que apenas sabían andar y viejos que ya no podían moverse y se arrastraban. Le pareció una imagen del paraíso.

Aquella noche, cuando volvió a su hotel, sin poder dejar de llorar por sus hijos muertos, por los niños castrados que él no había conocido, por su juventud perdida, por todos los jóvenes que ya no eran jóvenes y por los jóvenes que murieron jóvenes, por los que lucharon por Salvador Allende y por los que tuvieron miedo de luchar por Salvador Allende, llamó a su amigo francés, que ahora vivía con un antiguo levantador de pesas búlgaro, y le pidió que le enviara un billete de avión y algo de dinero para pagar el hotel.

Y su amigo francés le dijo que sí, que por supuesto, que lo haría de inmediato, y también le dijo ¿qué es ese ruido?, ¿estás llorando?, y el Ojo dijo que sí, que no podía dejar de llorar, que no sabía qué le pasaba, que llevaba horas llorando. Y su amigo francés le dijo que se calmara. Y el Ojo se rió sin dejar de llorar y dijo que eso haría y colgó el teléfono. Y luego siguió llorando sin parar.

Capítulo primero, de Miguel Briante



No había esperanzas: lo dijo mi abuela, mientras comíamos. Mi tío se limitó a mover la cabeza, en un gesto ambiguo, casi torpe. El efecto de esas palabras iba a resucitar recién al rato, en un sollozo de mi tía. intentó disimularlo con otro ruido semejante, que salió de su nariz; hasta usó el pañuelo. Pero fue inútil: yo advertí que luchaba por no llevárselo a los ojos. En ese momento hubiera necesitado saber qué pensaban. En el patio, de pronto, las escenas volvieron, una a una, mientras mi tío, al pasar, me acariciaba. Traté de apartarlas, retrocediendo hasta el lugar donde se amontonaba mi rabia. Sobre todo, me enfurecía que no se animaran a decírmelo, y anduvieran con palabras o gestos raros, como cuando jugaban a las barajas. Tu papá –había dicho la abuela– está muy mal. Pero nada más. Nadie me decía por qué ahora pasaba todo el tiempo con ellos. O por qué a cada rato volvían las escenas: papá que tardaba en llegar; mamá, diciéndome: Vamos a buscar a tu padre. Pero no, no era así. Dijo: Andá a buscar a tu padre. Era la una de la tarde, en verano. Nadie, por la calle. El pueblo, a esa hora, estaba siempre quieto: seguía así hasta las cuatro. Antes, estaba ese pequeño mundo de la siesta: la payana en el umbral del negocio, los viajes en el carro de Don Juan, o las charlas en el vagón del ferrocarril sobre la vía muerta. Caminé dos cuadras: en el bar, tras la vidriera, vi a papá, tumbado sobre una mesa. Entré. Papá –dije–, vamos. Le toqué el hombro. Más allá de la mesa, no había nadie. El dueño quería cerrar. Llévatelo de una vez, estaba diciendo, con la mirada. Vamos, repetí. Entonces, papá levantó la cabeza. Nunca supe cómo, por qué, pero en los ojos había algo, una especie de señal, o de aviso. Miraban con una intensidad distinta, tan distinta que yo sentí miedo. No –dijo con voz decidida, una voz que nunca usaba al hablarme–, no, dejame, no voy. Y me rechazaba con la mano, con los mismos ojos que volvían a ocultarse, mientras se derrumbaba sobre la mesa, hundiendo la cara entre las manos.

–Qué tenés –me preguntaron–, nene, qué tenés. Había vuelto a entrar en la cocina: lavaban los platos. Tuve ganas de contarles todo: sentí que enrojecía rápidamente, que estaba a punto de llorar. Salí: caminaba hacia la quinta, mientras recordaba cómo, después de haber sacudido una vez más a papá, éste había repetido que lo dejara, mientras Don Pedro decía, saliendo de atrás del mostrador: Está bien, Vicente, es hora de comer, hacele caso al pibe, andate. Y eso también me había dado rabia: que ese hombre le volviera a decir Vicente andate, y lo agarrara por los hombros, como mamá hacía conmigo, y lo arrastrara hasta la puerta. Rabia, que papá no se parara solo y le dijera que se iba porque quería, que no necesitaban arrastrarlo. Pero sólo murmuraba palabras incomprensibles. Después, papá, se dejó resbalar hasta el suelo, apretando la espalda contra la pared. Y yo sentí un dolor extraño, en algún lugar de mi cuerpo. Pero no el mismo dolor de siempre, no esa especie de vergüenza que soportaba todos los mediodías, cuando lo ayudaba a volver a casa. Lo demás –el pueblo, la gente en la ventana– no existía, se iba borrando hasta quedar nada más que yo, ahí, sobre papá, que era un ovillo desarmado, en el suelo. Tenía miedo y buscaba, sin saber por qué, sus ojos.

Y ahora, para colmo, eso: tres días en casa de la abuela, sin ver a papá. Mamá había venido una sola vez. Además, en la mesa, todos estaban serios: cuando hablaban, era para decir cosas que nunca entendí del todo. Y me miraban, todo el tiempo me miraban. Después, mi abuela y mi tío me hablaban suavemente, me decían: Mañana vas a ir a casa; me decían: Andá a jugar a la quinta. Pero de papá, nada.

Como si no existiera, como si no me acordara de que tres días antes yo estaba repitiendo: Vamos, papá. Y él contestaba: No, Pablo, andá a casa, dejame. Andá con mamá, a casa. Y yo decía: Vos también tenés que venir a casa, la comida está lista y mamá está esperando. Y lloraba. Como lloraba, también, al volver, solo, y después, cuando veníamos con mamá y lo vimos, de lejos, acercarse tambaleante, apoyándose en las paredes y haciéndonos señas con las manos: un ademán grotesco para señalar que lo esperaríamos. Pero seguimos caminando, corriendo cuando lo vimos derrumbarse en mitad del asfalto, al cruzar la primera calle. Tenía sangre en las manos cuando lo levantamos. Quise decir algo; mamá tenía la misma cara apagada de siempre, sólo un temblor en los labios y apenas los ojos un poco más abiertos, un poco más asustados. Pero no hablaba. En el umbral de casa papá había vuelto a caer. Se quedó ahí: hablando. Al bajar los ojos, encontré los de mamá: sus dos rostros unidos, casi debajo mío, tenían una mueca parecida, casi idéntica. El mismo gesto: volvía a tener miedo y ese dolor inexplicable, en algún lugar de mi cuerpo. La mirada de papá era la misma que había visto antes, en el bar. Y ahí estaba, otra vez, esa sensación extraña.

Caminaba por la quinta. Tenía ganas de contarle todo eso a alguien, en voz alta. Decirle que mamá me mandó a comer: la mesa estaba detrás del negocio, oculta por un tabique. La comida se había enfriado y el ruido de los cubiertos, cada vez más lento, más apagado por mi propia angustia, tenía algo de triste: como a la noche, cuando sonaban las campanas de la iglesia. Lentamente, todo iba achatándose, reduciéndose al silencio. Las cosas habían resuelto inventar una nueva calma. Me sentí flotar, envuelto en una capa transparente que no dejaba pasar ningún ruido, como en los sueños. Y de pronto sucedió eso: mamá dijo –y su voz fue repentina, como un latigazo sólo atenuado por la distancia–: Vicente, por qué tomás. Y enseguida, como si comprendiese que era demasiado dura, agregó en tono dulce otras palabras. Pero ya estaba hecho: papá había estallado y pude adivinar que intentaba pararse. Mientras, gritaba que lo dejara tranquilo y yo sentía, detrás del tabique, cómo ella trataba de calmarlo; imaginaba la lucha que estaban entablado en la puerta del negocio, mientras los gritos crecían, los insultos roncós, las voces que no hubiese querido escuchar. Y presionaba sobre mis orejas con los dedos, continuamente, hasta que llegó un ruido más fuerte que los otros. Cuando aparecí, papá estaba en el suelo: en el primer recuadro de la puerta, por sobre su cabeza, había un hueco y sangre, deslizándose por el vidrio astillado. Mamá le sostenía el brazo: en el brazo, bajando desde el puño apretado, también había sangre. Y él decía que lo perdonara. Ella decía sí, está bien, Vicente, ahora vamos, tenés que dormir. Y él decía eso:

–Perdoname.

Sentado sobre el pasto, veía moverse las cañas, lentamente; aleteaba un viento silencioso en la siesta. De pronto, una calma conocida, anterior, había ido rodeándome. Sentí ganas de llorar y lo hice silenciosamente, hundiendo la cara entre las manos, esperando que alguien viniera y me encontrar así. Pero no pasó nada: ya no podía esperar explicaciones de nadie. No me vieron cruzar el patio, abrir la puerta de alambre. Cuando pasé frente a una ventana, oí hablar a mi tío. Me quedé quieto, con peligro de que volvieran a encerrarme. Sí, decía, está peor que otras veces. Y volvió a repetir que ya no había esperanzas. Después, las voces se alejaron, hacia el interior de la casa. Seguí caminando: había barro, en la calle; había un rostro de mujer asomado a una ventana del colegio de monjas. Pero, también, estaban ahí las escenas, mostrándome cómo papá volvía a levantarse trabajosamente, mientras lo ayudábamos. Y después, la siesta. Yo trataba de simular que dormía; papá, vestido, estaba tirado en la cama grande. Como en sueños oí entrar a mamá. Abrí los ojos: ella me miraba,

silenciosa y triste, como si quisiera decirme algo. Vino hasta mi cama y cuando abrió la boca comprendí que había ocurrido algo extraño –una especie de trampa–, porque dijo que me vistiera, que me iba a llevar a casa de la abuela.

Ahora volvía. La abuela, mis tíos, todo estaba atrás: faltaba poco y nadie me había detenido. Al llegar a la cuadra de casa vi el carro de Don Juan, avanzando lerdamente, como si viniera a mi encuentro. Después, un grupo de gente, rodeando algo, frente a casa. En el mismo instante en que empezaba a correr sentí el ruido de un coche que se ponía en marcha. Recordé, de golpe, las palabras de mi tío, los ojos de papá. Seguí corriendo y me metí entre la gente. Un coche blanco, alargado, tal vez el mismo que yo viera muchas veces, frente al hospital, había llegado a la esquina, doblaba, perdiéndose de vista. Entonces vi a mamá: estaba en medio de la calle, con los brazos apretados al cuerpo. Avanzó hacia mí y me puso la mano en el hombro. Sobre el ruido del motor, que se alejaba, el sonido de la sirena, vertiginoso, comenzó a crecer en la distancia.

2 años – 486 CUENTOS.



CONTINÚA EN EL TOMO II